

Fernando Báez

*Historia universal
de la destrucción de libros*

De las tablillas sumerias a la guerra de Irak



*«Allí donde queman libros, acaban quemando
hombres»* HEINRICH HEINE

Fernando Báez | *Historia universal
de la destrucción de libros*

imago mundi

Fernando Báez

*Historia universal
de la destrucción de libros*

De las tablillas sumerias a la guerra de Irak



La Holland House Library de Londres en 1940,
después de un bombardeo alemán.

(© Hutton-Deutsch Collection/CORBIS)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el
permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

© Fernando Báez, 2004
© Ediciones Destino, S. A., 2004
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
Primera edición: febrero 2004
ISBN: 84-233-3596-8
Depósito legal: M. 3.305-2004
Impreso por Lavel Industria Gráfica, S. A.
Gran Canaria 12. Humanes de Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	15
--------------------	----

Primera parte EL MUNDO ANTIGUO

Capítulo uno. El Oriente Próximo	29
La destrucción de libros comienza en Sumer	29
Ebla y las bibliotecas sepultadas de Siria	32
Las bibliotecas de Babilonia.....	34
La gran biblioteca de Asurbanipal	36
Los libros de los misteriosos hititas	38
Capítulo dos. Egipto	39
El Ramesseum de Egipto.....	39
La quema de papiros secretos.....	40
Las Casas de Vida en Egipto	41
Los escritos prohibidos de Thot	42
Capítulo tres. Grecia.....	43
Entre ruinas y fragmentos.....	43
La destrucción de los poemas de Empédocles	48
Censura contra Protágoras.....	48
Platón también quemó libros	49
La destrucción del templo de Ártemis.....	50
Un antiguo médico griego	52
Dos biblioclastas.....	52

Capítulo cuatro. Auge y final de la biblioteca de Alejandría.....	54
Capítulo cinco. Otras antiguas bibliotecas griegas destruidas...	66
La biblioteca de Pérgamo	66
La desaparición de cientos de obras de Aristóteles.....	67
Más bibliotecas en ruinas	75
Capítulo seis. Israel	78
El Arca y la destrucción de las Tablas de la Ley	78
El libro de Jeremías	79
La adoración del libro hebreo.....	79
Los rollos del Mar muerto.....	80
Los profetas bibliófagos	81
Capítulo siete. China	83
Shi Huandi, el Destructor	83
La persecución contra los textos budistas.....	85
Capítulo ocho. Roma.....	87
Censura y persecución en el Imperio.....	87
Un mundo de bibliotecas perdidas	89
Los papiros quemados de Herculano	93
Capítulo nueve. Los orígenes radicales del cristianismo	94
San Pablo contra los libros mágicos	94
Los libros de Porfirio contra los cristianos	95
Los textos de los gnósticos	95
La heterodoxia de los primeros años	96
El asesinato de Hipatia	97
Capítulo diez. El olvido y la fragilidad de los libros	98
Cuando el desinterés destruye.....	98
La lengua como dominio	100

Segunda parte
DESDE LA ERA DE BIZANCIO HASTA EL SIGLO XIX

Capítulo uno. Los libros perdidos en Constantinopla	105
---	-----

Capítulo dos. Entre monjes y bárbaros	109
Cuando las bibliotecas estuvieron cerradas como tumbas.....	109
Los manuscritos de Irlanda.....	110
Los monasterios	113
De palimpsestos y otras paradojas	113
Los defensores de los libros	114
Capítulo tres. El mundo árabe.....	115
Alamut y la biblioteca de los asesinos.....	115
Hulagu y la destrucción de los libros de Bagdad	116
Capítulo cuatro. Un equívoco fervor medieval	119
Los libros prohibidos de Abelardo	119
Eriúgena, el rebelde	120
El Talmud y otros libros hebreos	120
La censura contra Maimónides	121
La tragedia de Dante	122
Herejías	122
Capítulo cinco. De la España musulmana y otras historias.....	125
Las quemas de Almanzor	125
Los versos prohibidos de Ibn Hazm	126
La destrucción del Corán en la España de la Reconquista....	126
Capítulo seis. Los códices quemados en México	130
La eliminación sistemática de códices prehispánicos	130
La destrucción de libros por parte de los indígenas	133
Capítulo siete. En pleno Renacimiento	134
La desaparición de la biblioteca	
de Matías Corvino	134
La destrucción de la Biblia de Gutenberg	135
Miguel Servet, el hereje	136
Los anabaptistas en Müntzer	139
La biblioteca de Pico della Mirandola.....	140
Persecuciones y destrucciones.....	141
Dos pasajes curiosos.....	143
Capítulo ocho. La inquisición.....	144
El Santo Oficio y la censura de libros.....	144
La Inquisición en el Nuevo Mundo.....	148

Capítulo nueve. La condena de los astrólogos	152
La destrucción de la biblioteca de Enrique de Villena	152
Una obra misteriosa: la «Esteganografía»	153
El libro prohibido de Nostradamus.....	154
La biblioteca secreta de John Dee	154
Capítulo diez. La censura inglesa	156
Los delitos de la ortodoxia.....	156
El censor perseguido	157
Las luchas religiosas inglesas.....	157
Capítulo once. Entre incendios, guerras y errores	159
El gran incendio de Londres	159
El Escorial y la quema de manuscritos antiguos.....	160
Isaac Newton entre libros destruidos	162
La biblioteca de Arni Magnusson.....	163
Siglos de accidentes y desastres	164
La biblioteca de Pinelli.....	173
Naufragios célebres	174
La batalla contra los libros	175
La quema de la biblioteca del Congreso de Estados Unidos.	177
Los textos de Cotton.....	179
La biblioteca del Colegio Seminario de Mérida (Venezuela).....	180
Capítulo doce. De revoluciones y hostigamientos.....	181
La hostilidad contra el pensamiento libre	181
Ataques contra los intelectuales en Francia.....	183
La destrucción de libros durante la Revolución francesa.....	184
El despotismo ilustrado y colonial.....	185
La Comuna de 1871	186
Guerras de independencia y revolución en Hispanoamérica	188
Capítulo trece. En busca de la pureza	191
Jacob Frank	191
Nachman De Bratslav	192
Los manuscritos oscuros de Burton	193
Libros quemados por inmorales.....	194
Darwin y su polémico libro	194
Un inquisidor en Nueva York	195

Capítulo catorce. Algunos estudios sobre la destrucción de libros.....	196
---	-----

Tercera parte
EL SIGLO XX Y LOS INICIOS DEL SIGLO XXI

Capítulo uno. Libros destruidos durante la Guerra Civil española	207
Capítulo dos. El bibliocausto nazi	218
Capítulo tres. Las bibliotecas bombardeadas en la Segunda Guerra Mundial	228
Capítulo cuatro. Censura y autocensura en autores famosos	234
Los ataques contra Joyce	234
Otros escritores con obras destruidas	235
La censura del Estado en Norteamérica	236
Escritores perseguidos.....	236
Salman Rushdie frente al fundamentalismo.....	237
Cuando los autores se arrepienten.....	239
Capítulo cinco. Un siglo de desastres.....	243
Hanlin Yuan y la Gran Enciclopedia del Mundo.....	243
Cuando la memoria está en peligro	244
Dos grandes incendios de bibliotecas: Los Ángeles y Leningrado.....	249
Capítulo seis. Los regímenes del terror	252
Confiscación y censura en el Báltico	252
Regímenes censores	253
La Revolución Cultural en China	256
La dictadura en Argentina	258
Fundamentalistas	260
Cuba: el doble discurso	261
Palestina, un país en ruinas	261
Capítulo siete. El odio étnico.....	263
El librigidio serbio	263
Chechenia sin libros	269

Capítulo ocho. Religión, ideología, sexo	271
Purgas sexuales	271
Las purgas culturales	272
Los estudiantes y su odio por los libros de texto	273
El caso de «Harry Potter»	275
Capítulo nueve. Entre enemigos naturales y legales	276
Sobre los enemigos naturales de los libros	276
Papeles autodestructivos	279
Ejemplares únicos.....	282
Cuando las editoriales destruyen libros	283
El caso de las aduanas	284
Capítulo diez. El terrorismo y la guerra electrónica	285
El terrorismo contra las bibliotecas.....	285
El ataque contra el World Trade Center	286
El caso de los libros-bomba	286
La aniquilación de libros electrónicos	287
Capítulo once. Los libros destruidos en Irak.....	290
Notas	309
Bibliografía.....	337
Agradecimientos	369
Índice de nombres.....	373

*Allí donde queman libros, acaban quemando
hombres.*

HEINRICH HEINE
Almansi, 1821

... cada libro quemado ilumina el mundo...

R.W. EMERSON
Essays. First Series, 1841

INTRODUCCIÓN

I

EL ENIGMA DE BAGDAD

«Nuestra memoria ya no existe. La cuna de la civilización, de la escritura y de las leyes, ha sido quemada. Sólo quedan cenizas.» Escuché este comentario a un profesor de historia medieval en Bagdad, a quien detuvieron pocos días después por pertenecer al partido Baas. Cuando lo dijo, abandonaba la moderna estructura de la Universidad, donde habían saqueado, sin excepción, los libros de la biblioteca, y destruido aulas y laboratorios. Estaba solo, junto a la entrada, cubierto por una sombra sin pausas, y acaso pensaba en voz alta, o no pensaba, sino que su voz también era parte de ese largo, interminable y sucesivo rumor que es a veces Oriente Medio. Lloraba al mirarme. Creo que esperaba a alguien, pero quienquiera que fueses nunca llegó y en pocos minutos lo vi alejarse, sin rumbo, bordeando un enorme cráter abierto por un misil junto al edificio.

Horas más tarde, sin embargo, uno de sus estudiantes de historia dio sentido a su frase cuando se acercó y me abordó, con ese aire de autoridad que da el sufrimiento. Llevaba una bata marrón, sandalias, usaba gafas y, a pesar de la barba recortada, era bastante joven, tal vez veinte o veintidós años, una excelente edad para quejarse. No miraba de frente, ni hacia ningún lado, y de hecho ni siquiera sé si miraba. Me preguntó por qué el hombre destruye tantos libros.

Hizo su planteamiento con calma, prosiguió con una cita que no parecía recordar bien, hasta que se le agotaron los adverbios y dijo que durante siglos Irak había sufrido expolio y destrucción cultural. «¿Usted no es el experto?», me preguntó con ironía. Se llamaba

Emad, y en la mano izquierda sostenía el volumen gastado de un poeta persa, con una rama de palmera seca a modo de punto de lectura. Por lo demás, lo confieso, no supe qué decir y me retiré. Había discusiones en los pasillos y quise evitar la polémica. De cualquier forma, mi confusión me sirvió para revisar algunas ideas, ya en la habitación del hotel, y el tiempo se volvió un solo espacio, un solo paso, estrecho y necesario, incluso inevitable.

No sé por qué me sentí tan impotente y por qué ahora, pasados los meses, persiste aquel incidente en mi memoria, lo cual, en el fondo, corrobora que acaso no entendí nada y que todo esfuerzo de razonar ante el horror es inútil y equívoco. Pero, aun así, pienso que debería esbozar una justificación que recupere el valor de esa pregunta del estudiante bagdadí a partir de mi propia experiencia. Esta introducción no pretende nada más. Ni nada menos.

Bastará decir que cuando llegué a Bagdad, en mayo de 2003, conocí una nueva forma, indirecta, oblicua, de destrucción cultural. Tras la toma de la ciudad por las tropas estadounidenses, comenzó un proceso de aniquilación por omisión, oscilante y superficial, que contravenía las cláusulas de la Convención de La Haya de 1954 y de los Protocolos de 1972 y 1999. Los soldados estadounidenses no quemaron los centros intelectuales de Irak, pero tampoco los protegieron, y esta indiferencia dio carta blanca a los grupos criminales. A este vandalismo profesional se sumó otro, más ingenuo, el de las multitudes de saqueadores, animadas por una propaganda que estimulaba el odio a los símbolos del régimen de Saddam Hussein. Conviene no olvidar que museos y bibliotecas se identificaban con la estructura de poder que existía en esa nación. Y cuando fueron arrasados por el fuego, el silencio legitimó la catástrofe.

El 12 de abril de 2003 se conoció en el mundo la noticia del saqueo del Museo Arqueológico de Bagdad. Treinta objetos de gran valor desaparecieron, más de catorce mil piezas menores fueron robadas y las salas destruidas. El 14 de abril se quemaron un millón de libros en la Biblioteca Nacional. También ardió el Archivo Nacional, con más de diez millones de registros del período republicano y otomano, y en días sucesivos esta situación se repitió con las bibliotecas de la Universidad de Bagdad, la biblioteca de Awqaf y decenas de bibliotecas universitarias en todo el país.

En Basora, el Museo de Historia Natural fue incendiado, al igual que la Biblioteca Pública Central, la Biblioteca de la Universidad y la Biblioteca Islámica. En Mosul, la Biblioteca del Museo fue víctima de expertos en manuscritos, quienes seleccionaron ciertos textos y se los

llevaron. En Tikrit, las bombas golpearon la estructura del museo y facilitaron los saqueos, al provocar la huida de los guardias de seguridad.

Y, sumado a esta catástrofe tan inesperada, miles de yacimientos arqueológicos se vieron en peligro debido a la falta de vigilancia. El tráfico ilícito y transnacional de obras arqueológicas ha comenzado a una escala que no tiene precedentes. Para la fecha actual, pese al esfuerzo de las tropas italianas, ni un solo lugar histórico de Irak está seguro. Bandas con AK-47 recorren lugares como Hatra, Isin, Kulal Jabr, Nínive, Larsa, Tell el-Dihab, Tell el-Jbeit, Tell el-Zabul, Tell Jokha, Ur, Tell Naml, Umm el-Aqarib... Una vez que pasan los helicópteros y las patrullas, los ladrones regresan, desentierran objetos sin cuidado alguno y rompen murales. Algunas piezas son llevadas hasta Kuwait o Damasco y de allí transportadas a Roma, Berlín, Nueva York y Londres, donde los coleccionistas privados pagan lo que se les pide.

¿Por qué este memoricidio en el lugar donde nació el libro?

II

ENTRE LIBROS DESTRUIDOS

Lo que encontré en Irak me hizo recordar la primera vez que ví un libro destruido. Yo tenía cuatro o cinco años y vivía en una biblioteca, no porque fuese mi hogar o por la bondad de algún familiar generoso. La verdad es que mi padre era un abogado honesto, es decir, desempleado, y mi madre, nacida en Las Palmas de Gran Canaria, debía trabajar todo el día en una mercería, lo que la obligaba a dejarme en la biblioteca pública de San Félix, en la Guayana de Venezuela, donde contaba con el apoyo de su prima, la joven secretaria del lugar.

De esta forma, pasaba el día entero bajo la protección indiferente de esta muchacha, entre anaqueles y decenas de volúmenes. Ahí descubrí el valor de la lectura: supe que debía leer porque no podía no leer. Leía porque cada buena lectura me daba motivos más fuertes para continuar haciéndolo. Leía sin atender a manuales, ficheros, guías, selecciones críticas como las de Harold Bloom, etiquetas de «clásicos», recomendaciones de fin de semana. Me interesaban demasiado los libros porque eran mis únicos amigos. No sé si entonces era feliz; al menos sé que cuando hojeaba tan entrañables páginas olvidaba el hambre y la miseria, lo que me salvó del resentimiento o del miedo. Mientras aprendía a leer, desestimaba la soledad tremenda en que me encontraba hora tras hora porque sí y para nada.

Esa felicidad se interrumpió bruscamente, porque el río Caroní, uno de los afluentes del Orinoco, creció sin previo aviso e inundó el pueblo, no sin llevarse con la crecida los papeles que constituían el motivo de mi curiosidad. Acabó con todos los volúmenes. De esa forma, me quedé sin refugio y perdí parte de mi infancia en esa pequeña biblioteca, completamente arrasada por las oscuras aguas. A veces, en las noches siguientes, veía en sueños cómo se hundía *La isla del tesoro* de Stevenson y flotaba el ejemplar de algún drama de Shakespeare.

Nunca me sobrepuse de esa terrible experiencia. Extrañamente, no fue la única. A los diecisiete años presencié cómo mis compañeros de clase en el bachillerato, al concluir el curso, quemaron sus textos escolares. Frenéticos, no hubo modo de disuadirlos y mi intento de apagar el fuego fue motivo de burla. A los diecinueve, cuando me había convertido en el representante de ventas de una enciclopedia, la pesadilla se repitió porque un incendio destruyó la librería de viejo que solía visitar. Aún conservo intacta la imagen del librero, con las manos quemadas, los ojos cerrados y la cara descompuesta. En 1999 visité, con un equipo de trabajo, Sarajevo y vi la Vijećnica en ruinas. Allí conocí a una hermosa poetisa, cuyo nombre debo ignorar, que me dijo: «Cada libro destruido es un pasaporte al infierno». Ese mismo año también presencié cómo un derrubio destruyó las bibliotecas del litoral venezolano. En el año 2000 recorrí varias ciudades de Colombia cuyas bibliotecas habían sido destruidas por la guerra civil que asola al país...

Consciente o inconscientemente, el tema llegó a obsesionarme y un buen día me di cuenta de que preparaba un libro donde narraba estos sucesos. En el 2001, no sin la sorpresa habitual en estos casos, recibí una pesada caja que vino a ser la piedra angular de mi investigación. El cartero, tras extenderme el recibo de entrega, me advirtió de que procedía de Caracas. En el exterior, llevaba adherido un sobre con un papel, escueto y de firma ilegible, donde se insinuaba que se trataba de libros, los únicos bienes de mi abuelo Domingo, quien, a su muerte, me los había legado en su testamento, pero también explicaba que fueron conservados por un tío que acababa de morir. Lo increíble es que yo jamás conocí a mi abuelo paterno, un prestigioso zapatero, y las referencias que tenía de él eran apenas los modestos relatos de mi familia.

En la caja, manchada de aceite y ceniza, conté unos cuarenta volúmenes. Regalé algunos que no me atrajeron, pero me quedé con *Los enemigos de los libros* (1888) de William Blades, que contenía una exposición amena sobre las causas de las destrucciones de textos. Aún conmovido, y convencido de que era una señal, fui a visitar a mi

padre. Se había jubilado, vivía con mi madre, y sufría de Parkinson. Le comenté mi extraña herencia; como era su costumbre, no mostró ninguna emoción; por el contrario, me indicó que mi abuelo solía conversar con él sobre la biblioteca de Alejandría, su enigma histórico favorito. Cuando ya me iba, me abrazó; sentí que ese gesto era definitivo.

Desde que tengo memoria, he sentido horror por las destrucciones de libros. He notado que palabras como «Alejandría», «Hipatia» o «censura» tienden a despertar mi recelo. La pregunta de ese joven de la Universidad de Bagdad me sirvió para entender que debía acelerar la conclusión de este escrito y mostrar al mundo una de sus mayores catástrofes culturales. Desde hace 55 siglos se destruyen volúmenes, y apenas se conocen las razones. Hay cientos de crónicas sobre el origen del libro y de las bibliotecas, pero no existe una sola historia sobre su destrucción. ¿No es ésta una ausencia sospechosa?

III

MITOS APOCALÍPTICOS

En busca de una teoría sobre la destrucción de libros, descubrí, por azar, que son abundantes los mitos que relatan cataclismos cósmicos para explicar el origen o anunciar el fin del mundo. Observé que todas las civilizaciones han postulado su origen y su fin como un mito¹ de destrucción, contrapuesto al de la creación, en un marco cuyo eje es el eterno retorno. La apocatástasis ha sido un recurso para defender el fin de la historia y el inicio de la eternidad. En las mitologías antiguas encontramos cientos de narraciones donde se describe cómo el agua, el fuego o algún otro elemento purificó la maldad humana o la purificará en un futuro pospuesto constantemente.

Por tanto, los períodos de destrucción y creación serían las dos únicas alternativas del universo. Esta creencia siempre estuvo presente en las concepciones hebreas, iranianas, grecolatinas y mesoamericanas. En el mazdeísmo y el zervanismo el fin del universo tiene fecha. Entre los aztecas, los dioses se sacrificaron para suministrar sangre y corazón al sol, y ese ritual se mantuvo gracias a la guerra, que condicionaba a los hombres a repetir perpetuamente ese momento. La *ragnarök* germánica o gran conflagración sintetizó los mitos orientales y los autóctonos como fuente de consuelo. Los oráculos sibilinos anunciaban constantemente el fin de Roma y el nacimiento de un mundo nuevo.

El cristianismo recuperó ese mito y añadió al libro del Génesis del

Antiguo Testamento, el Apocalipsis en el Nuevo Testamento. El apocalipsis sería un cataclismo capaz de revelar la verdad de las cosas y rescatar la pureza perdida. De hecho, la palabra griega «apocalipsis» se traduce como «destrucción», pero también como «revelación». Hay apocalipsis donde hay revelación. El mensaje final, sin embargo, vendría a ser el mensaje de un nuevo tiempo.

Además de tener carácter cosmogónico y escatológico, el mito de la destrucción se incorporó a la esencia de los dioses, quienes a un mismo tiempo debían ser creadores y devastadores. También se asumió que el instrumento de destrucción era sagrado. El fuego era un dios. El agua era un dios. Los cretenses adoraban al toro porque atribuían a su cólera los terremotos y frecuentes temblores de la isla de Creta. Nergal, el dios sumerio de la destrucción, era vindicado como un joven investido del poder de la tormenta. La espada era un atributo divino, con nombre propio.

En este mismo sentido, conocer el mito de cada elemento destructivo proporcionaba la salvación. En el *Kalevala*, por ejemplo, sólo se pudo ayudar al anciano Väinämöinen, herido de gravedad, cuando se recordó el origen sagrado del hierro y se recitó su historia. La mayor parte de las veces un hombre destructor era visto como un iluminado, un dios o demonio en potencia, capaz de curar y de saberlo todo. Los *berserkires*, por ejemplo, desataban su furor para integrarse con los modelos arquetípicos de la furia sagrada de los dioses. El buen rey siempre era un destructor que repetía las acciones de los dioses.

Esta incuestionable pervivencia de mitos de aniquilación en la morfología religiosa y mitológica contiene, a mi juicio, la clave para introducir al lector en mis conjeturas. Esencialmente, me atrevería a decir que esos arquetipos de exterminio reflejan ante todo una convicción en torno a la naturaleza más visible y lacerante del hombre. Los mitos han identificado el escenario a partir de la creencia en la similitud entre cuanto sucede en un orden cósmico y en la vida cotidiana, lo cual supone un modelo de patrocinio ritual que consolida el esquema de la conducta colectiva o individual. El macrocosmos y el microcosmos se yuxtaponen así y se relacionan con el plexo de la inmanencia en su sentido más puro. Vivir una edad racionalista no ha impedido que las premisas del pensamiento y de la ciencia sean otra cosa que mitos disfrazados.

Quienes atribuyen la causa de la destructividad a un instinto² no distan mucho del hombre primitivo que la atribuía a un demonio o a un elemento de la naturaleza. La localización de ese instinto ha dependido de la hipótesis neurológica más reciente: o en el hipotálamo

del cerebro, o en el sistema límbico, o en el lóbulo prefrontal. Parece, por tanto, innegable que la violencia humana se manifiesta por expectativas sociales: en la era de la visión teológica, los dioses nos poseían, y en la era de la visión atómica estamos determinados por unidades mínimas cuya estructura genética impone una herencia de reacción y lucha. Si hay algo claro en esta histeria extrapolativa es que la teoría del instinto se inscribe en un mito de liberación característico del hombre: su intento por librarse de la responsabilidad directa sobre su actividad destructiva.

Ante la pregunta de si hay o no en los mitos antiguos una razón donde se explique la capacidad de destrucción humana,³ debo ofrecer una respuesta positiva, alejada de la campaña del reduccionismo ideológico o cientificista. El mito hace de lo humano y lo total una exigencia práctica asociada con la aspiración de religar lo sagrado y lo actual. Visto así, pasado, presente y futuro se articulan en una cronología transparente e inmediata. El mito, en ese particular, presupone la dinámica de unas expectativas en pleno ejercicio de fundación, normatividad y conservación. El relato apocalíptico proyecta la situación y angustia humana: en cada uno, el origen y el fin interactúan en inevitables procesos de creación y disolución.

Al destruir, el hombre reivindica este ritual de permanencia, purificación y consagración; al destruir, el hombre actualiza una conducta animada desde lo más profundo de su personalidad, en busca de restituir un arquetipo de equilibrio, poder o trascendencia. Sea que se movilice un sistema de disposición biológica o social, la reafirmación tiene un solo propósito: la continuidad. El ritual destructivo, como el ritual constructivo aplicado a la edificación de templos, casas o de cualquier obra, fija patrones para devolver al hombre a la comunidad, al amparo o al vértigo de la pureza.

A medida que aumentaron los riesgos de preservación del hombre, bien por el incremento en la producción de representaciones que desplazaron el sentido natural del hombre o por la aparición de tendencias demográficas incontroladas o por el cierre de espacios de acción, fue mayor la afinidad mítica con la restauración de un orden por la destrucción de la amenaza.

La autonomía convergió en el mito de la destrucción y transfirió contenidos a estructuras psíquicas cuyo más oscuro y arcaico anhelo consistía en una epifanía alrededor de un centro que es la muerte. Destruir es asumir el acto simbólico de la muerte a partir de la negación de lo representado.

IV

LA ELIMINACIÓN DE LA MEMORIA

Yo sostengo que el libro no es destruido como objeto físico sino como vínculo de memoria. John Milton, en *Aeropagitica* (1644), sostenía que lo destruido en un libro era la racionalidad representada: «[...] quien destruye un buen libro mata a la Razón misma [...]». El libro da volumen a la memoria humana. No debe ignorarse que para los griegos, la memoria era la madre de las nueve musas y se llamaba Mnemósine. La idea era la de que la memoria era madre de las artes. Del término griego al latino el matiz se conserva porque memoria proviene de «memor-oris», que viene a ser «el que recuerda».

Ese vínculo poderoso entre libro y memoria hace que un texto deba ser visto como pieza clave del patrimonio cultural de una sociedad, y, por supuesto, de la humanidad entera. Es interesante observar que la palabra «patrimonio» tiene su origen en el griego y alude al Padre y al verbo «moneo», que se traduce como «hacer saber, hacer recordar». Entonces, el patrimonio es literalmente «lo que recuerda al padre», a diferencia de matrimonio, que será «lo que recuerda a la madre». Debe entenderse que el patrimonio cultural existe en la medida en que lo cultural constituye el patrimonio más representativo de cada pueblo. En sí mismo, el patrimonio tiene capacidad para impulsar un sentimiento de afirmación y pertenencia, puede afianzar o estimular la conciencia de identidad de los pueblos en su territorio, es como una cédula de identidad que permite resguardar acciones culturales propicias a la integración.

Un libro se destruye con ánimo de aniquilar la memoria que encierra, es decir, el patrimonio de ideas de una cultura entera. La destrucción se cumple contra todo lo que se considere una amenaza directa o indirecta a un valor considerado superior. El libro no se destruye porque se lo odie como objeto. La parte material sólo puede ser asociada al libro en una medida circunstancial: al principio fue una tablilla entre los sumerios, un hueso entre los chinos, una piedra, un pedazo de cuero, una plancha de bronce o hierro, un papiro, un códice, un papel, y ahora un disco compacto o un complicado dispositivo electrónico.

Al establecer las bases de una personalidad totalitaria, el mito apocalíptico impulsa en cada individuo o grupo un interés por una totalidad sin cortapisas. Cada cultura de la totalidad, en efecto, repudia la totalidad de cada cultura. Entre algunos de los signos fácilmente identificables en el totalitarismo apocalíptico podría enumerar: la tentación colectivista, el clasismo, la formación de utopías milenaristas y el

despotismo preciso, burocrático, servilista.⁴ Incluso sociedades democráticas pueden ser extremadamente totalitarias y procurar la destructividad fortaleciendo la negación de la propia identidad.

Curiosamente, los destructores cuentan con un elevado sentido creativo. Los biblioclastas (término con el cual se designa a los destructores de libros) poseen su propio libro, que juzgan eterno. Tal como prescribe el ritual destructivo antiguo, arrasar puede sacar al involucrado de la circunstancialidad y devolverlo a la eternidad. Cuando el fervor extremista apriorístico asignó una condición categórica al contenido de una obra (llámese Corán, Biblia o el programa de un movimiento religioso, social, artístico o político), lo hizo para legitimar su procedencia divina o permanente (Dios como autor o, en su defecto, un iluminado, un mesías).

Hacia el año 213 a.C., el emperador Shi Huandi hizo destruir todo libro que pudiera recordar el pasado. En su novela *1984*, George Orwell presentó un Estado totalitario donde un departamento oficial se dedicaba a descubrir y borrar todo pasado. Los libros se reescribían y los ejemplares originales eran destruidos en hornos ocultos.

El destructor de libros es dogmático, porque se aferra a una concepción del mundo uniforme, irrefutable, un absoluto de naturaleza autárquica, autofundante, autosuficiente, infinita, atemporal, simple y expresada como pura actualidad no corruptible. Ese absoluto implica una realidad absoluta. No se explica: se aprehende directamente por revelación.

De modo natural, cuando algo o alguien no confirma la postura descrita, sobreviene una inmediata condena, supersticiosa y oficial. La defensa teológica de un libro considerado definitivo, irrefutable e indispensable, no ha tolerado discrepancias. En parte, porque la desviación o reflexión crítica se iguala a la rebelión; en parte, porque lo sagrado no admite conjeturas ni entrecomillados: supone un cielo para sus gendarmes y un infierno con tintes de pesadilla combustible para sus transgresores.

V

LAS FORMAS DEL FUEGO

Una buena pregunta a considerar por el lector puede ser la de por qué el fuego ha sido el factor dominante en las destrucciones de libros. Hay, sin duda, varias explicaciones a este fenómeno. Me limito a proponer una sola: el fuego fue el elemento esencial en el de-

sarrollo de las civilizaciones, fue el primer elemento determinante en la vida del hombre, por razones alimentarias y seguridad colectiva.⁵

El fuego, en suma, ha salvado, y por lo mismo, casi todas las religiones consagran fuegos a sus respectivas divinidades. Ese poder para resguardar la vida también es, y vale la pena señalarlo, poder destructor. Al destruir con fuego, el hombre juega a ser Dios, dueño del fuego de la vida y de la muerte. Y de esta manera se identifica con un culto solar purificador y con el gran mito de la destrucción, que casi siempre ocurre por la epirosis.

La razón del uso del fuego es evidente: reduce el espíritu de una obra a materia. Si se quema a un hombre, se reduce a sus cuatro elementos principales (carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno); si se quema el papel la racionalidad intemporal deja de ser racionalidad para convertirse en cenizas. Además de lo dicho, hay un detalle visual. Quien haya visto algo quemado, reconoce el innegable color negro. Lo claro se torna oscuro.

Hacia 1935, Elías Canetti condenó a su personaje de *Auto de Fe* a morir quemado con toda su biblioteca. La frase final señala: «Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás en su vida había reído». En 1953, Ray Bradbury imaginó en *Fahrenheit 451* un futuro en el que un cuerpo de bomberos se encargaba de quemar los libros para evitar que perturbaran la ortodoxia del sistema imperante.

El poeta romano Publio Papinio Estacio, en la muerte de su padre, pidió evitar la eliminación de sus escritos por el fuego.⁶ Esa ambición se convirtió en un lugar común en la poesía. Ovidio, en el Epílogo a las *Metamorfosis*, declaraba su interés en salvar a su obra del fuego, de la espada, de la mano divina o del tiempo.⁷

VI

LA CULTURA DE LA DESTRUCCIÓN

Es un error frecuente atribuir las destrucciones de libros a hombres ignorantes, inconscientes de su odio. Tras doce años de estudio, he concluido que cuanto más culto es un pueblo o un hombre, más dispuesto está a eliminar libros bajo la presión de mitos apocalípticos.

Sobran los ejemplos de filósofos, eruditos y escritores que reivindicaban la biblioclastia. René Descartes (1596-1650), seguro de su método, pidió a sus lectores quemar los libros antiguos. Un hombre tan

tolerante como el filósofo escocés David Hume no vaciló en exigir la supresión de todos los libros sobre metafísica.⁸

El movimiento de los futuristas, en 1910, publicó un manifiesto en el que pedía acabar con todas las bibliotecas. Los poetas nadaístas colombianos quemaron ejemplares de la novela *María* de Jorge Isaacs hacia 1967, convencidos de que era necesario destruir el pasado literario del país. Vladimir Nabokov, profesor en las Universidades de Stanford y Harvard, quemó el *Quijote* en el Memorial Hall, ante más de seiscientos alumnos. Martin Heidegger sacó de su biblioteca libros de Edmund Husserl para que sus estudiantes de filosofía los quemaran en 1933.

Aquí subyace, por supuesto, un ritual, donde se concibe la reiteración de un mito cíclico. Borges, en «El Congreso», relato incluido en *El libro de arena* (1975), hizo que uno de sus personajes llegara a decir esto: «Cada tantos siglos hay que quemar la biblioteca de Alejandría [...]». De eso se trata: quemar el pasado es renovar el presente.

VII

POSDATA, 2004

En esta historia de la destrucción de libros se observará que la destrucción voluntaria ha causado la desaparición de un sesenta por ciento de los volúmenes. El otro cuarenta por ciento debe imputarse a factores heterogéneos, entre los cuales sobresalen los desastres naturales (incendios, huracanes, inundaciones, terremotos, maremotos, ciclones, monzones, etc.), accidentes (incendios, naufragios, etc.), animales (como el gusano del libro o polilla, las ratas y los insectos), cambios culturales (extinción de una lengua, modificación de una moda literaria) y a causa de los mismos materiales con los cuales se ha fabricado el libro (la presencia de ácidos en el papel del siglo XIX está destruyendo millones de obras). Habría que preguntarse, además, cuántos libros han sido destruidos al no ser publicados, cuántos libros en ediciones privadas se perdieron para siempre, cuántos libros que se dejan tirados en la playa, en el metro o en el banco de un parque han llegado a su final. Es difícil responder a estas inquietudes, pero lo cierto es que en este mismo momento, cuando usted lee estas líneas, al menos un libro está desapareciendo para siempre.

PRIMERA PARTE
EL MUNDO ANTIGUO

CAPÍTULO UNO

PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO

LA DESTRUCCIÓN DE LIBROS COMIENZA EN SUMER

Los primeros libros de la humanidad aparecieron en la ignota y semiárida región de Sumer, en el mítico Cercano Oriente, en Mesopotamia (hoy el sur de Irak), entre los cauces de los ríos Éufrates y Tigris, hace aproximadamente 5.300 años, tras un sinuoso y arriesgado proceso de perfeccionamiento y abstracción.⁹ De un modo extraño, sin embargo, esos mismos libros comenzaron a desaparecer de inmediato, en parte por su material, la arcilla, en parte por desastres naturales, como las inundaciones, o por la mano violenta del hombre.

Esta singular paradoja de la civilización ha sido rara vez considerada con atención, pese a ser la clave de toda nuestra historia. Por el momento, no se conoce la cantidad de libros destruidos en Sumer, pero no es descabellado suponer que supera los cien mil, a causa de los conflictos bélicos que asolaron esta zona. Un hallazgo arqueológico, realizado en 1924, reveló la existencia de los libros más antiguos conservados hasta ahora.¹⁰ La exploración del estrato IV del templo de la temible diosa Eanna, en la ciudad de Uruk, desenterró varias tablillas, algunas enteras, pero otras en fragmentos, pulverizadas o quemadas, que pueden fecharse entre los años 4100 o 3300 a.C. Este descubrimiento, que no es definitivo, porque la arqueología no es una religión ni un insulto, nos presenta una de las grandes paradojas de Occidente: la prueba del inicio de la civilización, de la escritura y de los libros, es también la de las primeras destrucciones de los mismos.

Este deterioro no fue natural, espontáneo o inmediato, sino provocado, premeditado y lento, pues las guerras entre ciudades-estado ocasionaban incendios y, en medio del fragor de los combates, las tablillas caían de sus estantes de madera y se partían en pedazos o quedaban ilegibles. El *Himno a Iishbierra* establecía como objetivo de un ataque: «Sobre la orden de Enlil de reducir a ruinas el país y la ciudad de..., le había fijado como destino aniquilar su cultura».¹¹ Otro elemento destructivo fue la técnica de reciclamiento: las tablillas dañadas se usaban como material para construir ladrillos o pavimentar las ciudades. El otro factor verdaderamente nocivo fue el agua. Las inundaciones causadas por los ríos Tigris y Éufrates acabaron con poblados enteros y, por supuesto, con sus archivos y bibliotecas. No es extraño que en Mesopotamia, donde el agua era considerada una divinidad insobornable y caprichosa, enemiga de los dioses de la memoria, apareciera el mito del diluvio universal.

Estos factores aceleraron el desarrollo de medios más eficaces para preservar a toda costa los textos. Los sumerios o *cabezas negras* creían en el origen sobrenatural de los libros, y atribuían a Nidaba, la diosa de los cereales, su invención. Para dar una idea de la importancia que para ellos tuvo la escritura, conviene recordar la leyenda de Enmekar (h. 2750 a.C.), rey de la ciudad de Uruk, un héroe respetado y temido, que fue condenado a beber agua putrefacta en el infierno por no haber dejado escritas sus hazañas.¹² Otro mito habla de un rey de Uruk que decidió inventar la escritura porque su principal mensajero hizo un viaje demasiado largo y, al llegar a su destino, estaba tan cansado que no pudo decir nada; desde entonces se consideró más adecuado enviar por escrito los mensajes.¹³

Los escribas, una casta de laboriosos funcionarios palaciegos, oraban a la diosa Nidaba antes y después de escribir. Formaban una escuela que transmitía los secretos de los signos a través de una religión secundaria. Tenían la disciplina de la magia, y el ascenso en su casta suponía un largo aprendizaje. Conocían de memoria la flora, la fauna y la geografía de su tiempo, las matemáticas y la astronomía. Nada les era ajeno, como ha demostrado la traducción de los textos de Nippur. El primer grado era el de *dub-sar* (escriba); seguía, después de varios años de ejercer el oficio, el de *ses-gal* (gran hermano); y se culminaba como *um-mi-a* (maestro), una distinción enorme. Este grado liberaba al escriba de toda culpa.

Hacia el año 2800 a.C., los reyes, no sin temor, delegaron en los escribas¹⁴ el poder absoluto sobre la custodia de los libros. De ese modo, los cambios políticos no modificaron la condición histórica

dominante. Los archivos se convirtieron en refugio y garantía de la continuidad ontológica del pueblo. Los acadios, por ejemplo, cuando conquistaron a los sumerios, reformaron los códigos y las costumbres, pero sometieron a los escribas y los obligaron a enseñarles cómo escribir. Los asirios, los amoritas y los persas hicieron lo mismo. De hecho, los mismos signos de escritura sirvieron para la exposición de los más diversos sistemas de lenguas.

Es curioso que los ziggurats o templos escalonados de Sumer se construyeran con el mismo material con el que se fabricaron los primeros libros, es decir, con arcilla; asimismo, ambos debían ser útiles o mágicos. Los templos eran depósitos y fomentaban la administración puntual de la ciudad; los libros eran una metáfora del templo. A saber, las tablillas estaban hechas con una arcilla calentada hasta adquirir una condición idónea para la escritura; algunas tablillas eran pesadas, por lo cual muchas veces participaban dos personas en su composición: uno sostenía la tablilla, el otro redactaba.

El estilo de la escritura era cuneiforme,¹⁵ es decir, con formas de cuñas o incisiones. Se escribía con un cálamo de caña o de hueso. Al principio, esa escritura, que tenía funciones estrictamente mnemotécnicas, era pictográfica y luego se hizo tan compleja que los signos, al adquirir una condición fonética, se redujeron de 2.000 a menos de 1.000. La lengua era (así se ha determinado) aglutinante, es decir, construida sobre una raíz invariable a la que se yuxtaponían otras palabras para darle sentido. Un texto comenzaba en la esquina superior derecha y la dirección de la escritura seguía, aunque no siempre, una orientación vertical.

Una vez concluido el período conocido como Uruk IV, alrededor del 3300 a.C., sobrevino el período Uruk III y aumentó considerablemente la elaboración de tablillas y la creación de las primeras bibliotecas, cuyas baldas incluían registros económicos, listas lexicográficas y catálogos de flora, fauna y minerales. En Ur y Adab se han hallado los restos de las tablillas de dos bibliotecas activas alrededor de los años 2800-2700 a.C. Entre el 2600 y el 2500 a.C., hubo varias bibliotecas en Fara, Abu Salabik y Kis, con los consabidos registros económicos y las listas genéricas, pero también con textos de poesía, magia y escritos paremiológicos. Lo más parecido a un libro actual procede de esta época, cuando los escribas diseñaron textos en cuya parte superior indicaban los nombres del redactor y del supervisor, una innovación memorable.

La biblioteca de Lagas, cincuenta o cien años posterior, contenía inscripciones históricas, la llamada Estela de los Buitres, así como do-

cumentos historiográficos. Hacia el 2200 a.C., el príncipe Gudea creó una biblioteca con textos históricos y poemas de la primera escritora conocida del planeta, Enkheduanna, la hija del famoso Sargón de Akkad. Estos poemas eran himnos a la terrible diosa Inanna. Había también cilindros con textos. Uno de estos cilindros estaba dividido en dos partes: el primer cilindro indicaba que era *la mitad*, en tanto el segundo se refería al fin de la composición.

Hacia los años 2000-1000 a.C., hubo bibliotecas activas en Isin, Ur y Nippur, las dos primeras en los palacios reales de sus ciudades, y la segunda en el área donde habitaban los escribas. En Ur (hoy Muqayyar), se conocen las ruinas de unas casas que fueron devastadas, y en su interior se desenterraron tablillas de archivos familiares que datan del 1267 a.C., aproximadamente, esto es, en pleno período Casita, el cual osciló entre 1595 y 1000 a.C.

En Ur se hallaron archivos y bibliotecas del período elamita, particularmente en Kabnak (hoy Haft Tepe) y también archivos en un palacio de Anshan (Tall-e-Malyan). La mayor parte de las tablillas, que en el caso de los hallazgos de Nippur superan las 30.000, repetían los esquemas económicos tradicionales. Por una parte, incluyeron los primeros textos en lengua acadia; por otra, presentaron los primeros catálogos de biblioteca, unas listas con los títulos de las obras y la primera frase del escrito. De esa época proceden nuevos géneros: la himnografía dedicada a reyes, las listas reales, las cartas y la propia caligrafía dio un salto. Las bibliotecas recibían el nombre autóctono de *é-dub-ba* (casa de las tablillas). En los hallazgos de Nippur (hoy Niffer),¹⁶ al sudeste de Babilonia, se descubrió una zona con miles de tablillas en pedazos, o completamente deshechas; y del período casita se han hallado unas 12.000 tablillas y miles de fragmentos de otras.

Además de las mencionadas, hubo otras decenas de bibliotecas en toda esta franja, aún sepultadas, irónicamente saqueadas tras la invasión de Irak en 2003; pero el factor predominante es el mismo en todos los casos: las primeras bibliotecas del mundo están en ruinas y más de la mitad de sus libros, destruidos.

EBLA Y LAS BIBLIOTECAS SEPULTADAS DE SIRIA

En 1964, el arqueólogo orientalista Sabatino Moscati, de la Universidad de Roma, emprendió la exploración de una colina artificial localizada en Tell Mardik, a 55 km al suroeste de Alepo, en Siria. Al

principio, sólo encontró una puerta, restos de una muralla, templos y casas, pero en 1968 apareció el torso de la estatua de un rey cuya inscripción señalaba expresamente «soberano de Ebla», lo que permitió identificar el asentamiento como la antigua ciudad de Ebla, acaso la más importante región paleosemita de Siria. En el tercer milenio antes de Cristo, este enclave tuvo 250.000 habitantes y más de 1.200 funcionarios administrativos.¹⁷

En 1974, el asiriólogo Giovanni Pettinato fue invitado a descifrar unas tablillas escritas en cuneiforme, en una lengua desconocida. El mismo año fue descubierto el palacio real. Pero el gran hallazgo se produjo en 1975. A inicios de año aparecieron mil piezas, entre tablillas y fragmentos; en septiembre, el arqueólogo Paolo Matthiae y un grupo de colegas suyos italianos, excavó cuidadosamente dos ambientes del palacio G del período Ebla *IIIb*, dentro del patio de las audiencias: en el llamado L. 2712, por ejemplo, se encontraron miles de tablillas y una sala utilizada como biblioteca. El artífice de este descubrimiento comentó:

En el primero de los dos ambientes (L. 2712), sin duda un pequeño almacén, se encontraron un millar de tablillas y fragmentos en un relleno de ladrillos crudos resultantes de los derrumbamientos subsiguientes al incendio y a la destrucción [del palacio]. Evidentemente, en el momento de la destrucción, cuando el techo de madera se precipitó hacia el interior de la estancia y se produjeron los derrumbamientos de las altas y gruesas estructuras que en tres de los lados delimitaban el almacén L. 2712, las tablillas debieron de caerse sobre el pavimento y entre los escombros, reduciéndose a fragmentos [...].¹⁸

La organización de la biblioteca de Ebla ha llevado a pensar que sus encargados hicieron uso de técnicas avanzadas. En la sala L. 2769, que medía 5,10 × 3,55 metros, las tablillas lexicográficas ocupaban la pared norte; las tablillas comerciales, la pared este. Las tablillas se transportaban en tablas alargadas. Las baldas de madera sostenían las tablillas y estaban sujetas por soportes verticales; las estanterías tenían al menos dos anaqueles. Las tablillas se depositaban en cada estante, siguiendo un ángulo recto. En esta sala se consiguieron 15.000 tablillas, algunas enteras y otras, por desgracia, en fragmentos. Un cuarto adyacente a la biblioteca servía para la escritura de los documentos.

Las tablillas, en ocasiones de unos 30 cm por lado, estaban escritas por ambos lados y divididas en columnas verticales con líneas de registro. Tenían un colofón al final y un resumen del contenido de la

obra. Había textos administrativos de una precisión sorprendente. Asimismo, textos históricos con tratados, listas de ciudades conquistadas, comunicaciones oficiales, ordenanzas del rey y distintas disposiciones legales. También aparecieron los primeros diccionarios bilingües, abundantes listas con palabras en sumerio y su correspondiente significado en eblaíta, lo cual demuestra, como señaló Pettinato,¹⁹ que hacia el año 2500 a.C. se hacía en Ebla investigación filológica.

Esta biblioteca fue abandonada cuando el palacio real de Ebla fue atacado e incendiado y miles de tablillas reducidas a fragmentos. El fuego fue devastador y los saqueadores no vacilaron en sustraer el oro y los objetos de más valor, dejando únicamente las tablillas hechas añicos. Se atribuye al rey acadio Naramsin (2254-2218 a.C.) este hecho, pero Paolo Matthiae, quien primero fue partidario de esta versión, ahora sostiene que fue el rey Sargón.

Otra biblioteca de la Siria antigua, aunque de menor importancia, estuvo en el palacio de Zimri-Lim, en Mari, una ciudad hallada en Tell Hariri, cerca del curso medio del Éufrates. Según se sabe, era un punto de control sobre las caravanas comerciales con rumbo al golfo Pérsico y su biblioteca contenía minuciosos recuentos administrativos, conservados sólo en parte.

El puerto más importante de Siria fue Ugarit, situada en un promontorio llamado Ras Shamra, en el sur de Latakia. La principal biblioteca de la ciudad era plurilingüe y subsistió hasta la destrucción del lugar en el 1190 a.C. Las tablillas del Palacio Real, preservadas en gran número, han revelado una mitología y religión propias de los cananeos, y el uso multilingüe de diversos textos demuestran que este centro era fundamental como punto de encuentro de diversas etnias.

LAS BIBLIOTECAS DE BABILONIA

Probablemente hacia el año 2000 a.C., el desplome de la dinastía de Ur III, a manos de un grupo étnico de amoritas, supuso el establecimiento de una nueva fuerza política en las llanuras de lo que es hoy el sur de la moderna Bagdad. Durante el período comprendido entre 1792 y 1750 a.C., sobresalió una ciudad que vendría a ser conocida como Babilonia y su rey, Hammurabi, sexto miembro de una sanguinaria familia, se dedicó a organizar su imperio. Impuso una teología que postulaba la existencia de Marduk, el dios de los cincuenta nombres. Cada guerra de conquista le sirvió para saquear archivos y

trasladarlos hasta la gran biblioteca de su palacio. La lengua que adoptó fue un dialecto del antiguo acadio; la escritura, por supuesto, asimiló la escritura cuneiforme.

Eran tiempos de unificación, y Hammurabi optó por compilar un código temible, basado en el régimen del talió, todavía conocido con ese nombre. La idea del talió puede comprenderse si se conoce la regla 196 del código: «Si un hombre ha sacado el ojo de otro, le sacarán su ojo».

En esa normativa se encuentra una de las primeras referencias a la destrucción de una tablilla: «Si un hombre compra el campo, huerto o casa de un soldado, pescador o arrendatario, su tablilla se romperá y perderá su propiedad».²⁰ No pocas tablillas contenían advertencias para impedir su daño por parte de usuarios imprudentes: «Quien teme a Anu y Antu la cuidará y respetará».

Las leyes estaban almacenadas, junto con miles de obras literarias, matemáticas, astronómicas e históricas, en la biblioteca del rey. Las primeras traducciones interlineales datan de este período, así como los primeros manuales para aprender la lengua sumeria.

Se han encontrado restos de otras dos famosas bibliotecas del imperio babilónico, en Shaduppum y Sippar. Esta última, hoy Abu Habbab, fue el hallazgo más sensacional del año 1987. Unos arqueólogos iraquíes, dirigidos por Walid al-Jadir, de la Universidad de Bagdad, excavaron en las afueras del templo del dios solar de Sippar, construido en los tiempos de Nabucodonosor II, y descubrieron la biblioteca del lugar, mencionada por el sacerdote Beroso en su obra perdida sobre Babilonia. Tres paredes de una sala de 4,40 × 2,70 m, en el cuarto numerado como 355, tenían bancos de ladrillo con nichos de 50 cm de ancho por 80 cm de profundidad. Adjunto se encontraba un cuarto de lectura. En total, se recogieron ochocientas tablillas, clasificadas por los expertos en administrativas, literarias, religiosas y matemáticas, en lenguas acadias y sumerias. No faltó, como en muchas otras bibliotecas de Mesopotamia, una versión del *Poema de Gilgamesh*, el *Enuma Elish* y *Lugal*.

Durante la dinastía de los casitas, que llegaron al poder en Babilonia hacia el año 1595 a.C., existió una intensa actividad en las bibliotecas. El rey Nabucodonosor I (1124-1103 a.C.), una vez hubo vencido a los habitantes de Elam, recobró la estatua del dios Marduk y ordenó preservar el texto sobre ese dios. El poema, salvo por una cantidad de líneas perdidas, puede leerse hoy, bajo el título de *Enuma Elish*, en siete cantos, con unos 1.100 versos. Además de los textos sobre sabiduría popular, se preparó una edición completa del *Poema*

de Gilgamesh, en doce tablillas, con un sorprendente colofón que atribuye al misterioso Sin-liqi-unninni la redacción del mismo. Este escriba era conocido como «mashmashshu» o «exorcista».

En el año 689 a.C., las tropas de Senaquerib arrasaron la ciudad de Babilonia; su nieto Asurbanipal fundaría una de las bibliotecas más famosas de esa época en Nínive, ciudad devastada años más tarde, en el 612 a.C. En cada uno de estos acontecimientos, miles de tablillas desaparecieron, fueron robadas, confiscadas o sencillamente reducidas a escombros. No eran, como no lo son hoy, buenos tiempos para la cultura.

LA GRAN BIBLIOTECA DE ASURBANIPAL

Asurbanipal, soberano asirio desde el año 668 hasta el año 627 a.C., perdió las tierras de Egipto, conquistadas a sangre y fuego por su cruel padre Asarhaddón, peleó contra su hermano hasta derrotarlo, y pasó sus últimos años en guerra. Su reinado fue difícil, pero él, primer rey en obtener la instrucción necesaria para escribir tablillas, se esmeró por estimular una actividad cultural y religiosa que salvara su nombre del olvido. Probablemente, fue el primer gobernante que combinó la espada con la escritura y la lectura.

A partir de 1842, arqueólogos ingleses, coordinados por Henry Layard, hallaron las ruinas de la biblioteca del palacio de Asurbanipal, en la antigua ciudad de Nínive (la moderna Kuyunjik).²¹ Sacaron 20.720 tablillas con miles de fragmentos de otras, y las depositaron en el Museo Británico. Algunos años después se conoció con precisión la organización de la biblioteca. Se confirmó que Asurbanipal fue el primer gran coleccionista de libros del mundo antiguo. Antes que él, el único rey de quien se tiene memoria con la misma afición fue Tiglah Pileser I, rey de Asiria entre el 1115 y el 1077 a.C, aunque en menor escala.

Asurbanipal se jactaba de su pasión:

[...] Lo mejor del arte del escriba, que ninguno de mis antecesores lo consiguió; la sabiduría de Nabu, los signos de la escritura, todos los que han sido inventados, los he escrito en tabletas, los he ordenado en series, los he coleccionado y los he colocado en mi palacio para mi real contemplación y lectura [...].²²

Los escribas trabajaban noche y día y copiaban todos los escritos de todas las culturas. No es raro, por tanto, reconocer en algunas de

las tablillas el *Código de Hammurabi*, el *Enuma Elish* y el *Gilgamesh*; asimismo contenían relaciones exactas de viajes al infierno y fórmulas para la vida inmortal. Hoy en día el número de tablillas descubiertas en esa zona se ha incrementado hasta alcanzar la cifra de 30.000, y al menos 5.000 son textos literarios, con colofones.

En cierto modo, la destrucción de tablillas no debía de ser rara porque se han encontrado inscripciones como ésta: «Quien rompa esta tableta o la coloque en agua [...] Asur, Sin, Shamash, Adad e Ishtar, Bel, Nergal, Ishtar de Nínive, Ishtar de Arbela, Ishtar de Bit Kid-murri, los dioses de los cielos y la tierra y los dioses de Asiria, pueden todos maldecirlo».²³

Los ingleses, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, se toparon con los restos del palacio de Asurbanipal II y de su hijo Salmanasar III. Mientras revisaban un pozo, encontraron 16 tablillas de madera, de unos 45 × 28 × 1,7 cm. A un lado, había unas bisagras de metal. Una vez descifradas, se pudo leer el maligno oráculo de *Enuma Anu Enlil*. Para sorpresa de los expertos, los asirios tenían libros con las páginas enfrentadas y sujetas por bisagras. Además de la célebre biblioteca de Asurbanipal, hubo otras dos en Nínive: la primera se encontraba en los cuartos XL y XLI del palacio sudoeste, construido por el rey Senaquerib, y, probablemente, la del templo del dios Nabu, el dios de la escritura y del conocimiento de los asirios.

Por desgracia, hacia el año 612 a.C., babilonios y medos destruyeron Nínive y arrasaron sus bibliotecas. Frazer ha dado la siguiente versión de este hecho:

[...] La biblioteca se encontraba en uno de los pisos altos del palacio, que se derrumbó durante el último saqueo de la ciudad envuelto en llamas y en su caída redujo a trozos las tablillas. Muchos de ellos se encuentran todavía agrietados y tostados por el calor de las abrasadas ruinas. Más tarde las ruinas fueron saqueadas por anticuarios de la clase de Dousters-wivel, que buscó en ellas tesoros enterrados, no del conocimiento, sino de oro y plata, y que con su codicia contribuyeron aún más a destrozar y deshacer los preciosos recuerdos. Para acabar de completar la destrucción, la lluvia, que penetra a través del suelo todas las primaveras, las empapa en agua que contiene en disolución diversas sustancias químicas, cuyos cristales, depositados en las grietas y fracturas, rompen, al crecer, en fragmentos aún más pequeños las ya destrozadas tablillas [...].²⁴

Conviene observar que en el período comprendido entre 1500 y el 300 a.C., en al menos 51 ciudades del Próximo Oriente, existieron más de 233 archivos y bibliotecas. Unos 225 eran propiamente archivos, y

sólo 55 bibliotecas. De esas bibliotecas, 25 fueron del período 1500 al 1000 a.C y 30 del período 1000 al 300 a.C. Y todas están en ruinas.

LOS LIBROS DE LOS MISTERIOSOS HITITAS

Los hititas, habitantes del influyente reino de Hatti, creían en un dios que cada cierto tiempo, y sin previo aviso, desaparecía sin dejar rastro. Sospechaban que cuando esto ocurría, los amigos de ese Dios lo buscaban de inmediato, porque de lo contrario el mundo podía extinguirse. El propio destino de los hititas heredó ese rasgo, pues su civilización fue aniquilada y lo poco que conocemos de ella es siempre fragmentario o lateral, fugaz y parco. Sus admiradores han intentado encontrar estos restos, seguros de poder obtener las respuestas a grandes enigmas de la historia.

La capital del Imperio hitita fue Hattusa, hoy Bogazköy, y se encuentra al este de Ankara, en Turquía. Entre los años 1800 y 1200 a.C., ésta fue una ciudad organizada, compleja, y en ella se consolidó, durante 600 años, una de las civilizaciones más importantes del Asia Menor, poseedora del máspreciado secreto industrial del mundo antiguo: la fabricación del hierro. El primero de los reyes fue Hattusili I; no sabemos quién fue el último rey. Tracios y frigios invadieron estas tierras hacia el 717 a.C., y Sargón II sometió a todos los hititas a un proceso de eliminación.

Los hititas establecieron en Hattusa una biblioteca en la ciudadela Büyükkale, con textos cuneiformes escritos en lengua hitita (indo-europea). Tres tablillas, una de las cuales se ha perdido, recopilaban más de doscientas leyes. Entre 1906 y 1912, dos expediciones de arqueólogos hallaron más de 10.000 tablillas, escritas en al menos ocho lenguas diferentes. Entre los textos, no sólo había legislaciones sino reproducciones multilingües del *Poema de Gilgamesh*, y oraciones para combatir la brujería o la impotencia sexual. Asimismo, cientos de tablillas estaban fragmentadas. En el Templo de Nisantepe, al sudoeste de la ciudadela, había un archivo con tablillas reales que sufrieron los ataques al lugar.

Las excavaciones también han revelado la existencia de un archivo administrativo en Tappiga (hoy Masat Höyük), destruido en el 1400 a.C., y de bibliotecas en Sapinuwa (hoy Orataköy) y Sarissa (Kusakli). En el área de influencia hitita se sabe que hubo respetables bibliotecas en Emar (hoy Meskenc) y Ugarit (Ras Shamra).

CAPÍTULO DOS

EGIPTO

EL RAMESSEUM DE EGIPTO

A Ramsés II (¿1304?- 1237 a.C.) lo llamaron los griegos Osimandias y lo mitificaron; los egipcios lo adoraron con el nombre de User-maat-Re. Se le creía hijo directo de Amón, dios de lo Oculto. En el terreno humano, era hijo natural de Seti I y de la reina Tuya, y, tras una infancia poco interesante, llegó a distinguirse como un monarca desmesurado. Por demagogia o sinceridad, fue amante de más de 200 mujeres, padre de 100 hijos, 60 hijas, y conquistador de los hititas, rasgo que sus aduladores divulgaron en centenares de estelas. Gobernó setenta y seis años, pero la razón de su mención en esta historia es que fue el fundador de una de las primeras bibliotecas, compuesta exclusivamente de papiros,²⁵ y destruida en fechas tempranas. Esos papiros, relacionados, según una tradición, con la palabra egipcia *Pa-pa-ra* («perteneciente al rey»), procedían de una planta del orden de las ciperáceas, el *Cyperus papyrus*. De esta planta se tomaban los filamentos internos y tras un largo proceso de secado se originaban una especie de hojas sobre las cuales se podía escribir. El método debió de ser complicado, porque una vez olvidado sólo volvió a ser entendido en el siglo xx.

Al inicio del segundo año de su reinado, Ramsés II ordenó construir un templo para albergar sus restos en la ciudad de Tebas; las obras se prolongaron veinte años. En ese templo, llamado Ramesseum, había una biblioteca con decenas de rollos de papiro. El historiador Diodoro Sículo, en su *Biblioteca de historias* (I, 49, 3), mencionó la descripción hecha por Hecateo de Abdera, y resaltó «la biblioteca sagra-

da, sobre la cual estaban escritas las palabras: Lugar de la Cura del Alma [...]. Es hermoso pensar en esa denominación para una biblioteca, pero los egipcios procedieron por razones médicas y no estéticas. Los papiros trataban en su mayoría temas farmacológicos.

Varias generaciones de arqueólogos animadas por las palabras de Diodoro Sículo, han intentado desde el siglo XIX encontrar el cuarto de la biblioteca, sin éxito. J. F. Champollion,²⁶ el mismo hombre que descifró la escritura jeroglífica, creía haberla hallado cerca de las figuras de Thot y su hermana Seshat, dos divinidades relacionadas con el conocimiento, pero la falta de indicios le llevó a conjeturar la demolición del cuarto. Fritz Milkau escribió: «[...] la biblioteca del Ramesseum es imposible de encontrar [...]».²⁷

En todo caso, las hipótesis no se han interrumpido. Tampoco los enigmas. Rainer Stadelmann²⁸ insistió en que la biblioteca sagrada estaba en la parte de atrás, en el primer hipostilo. Luciano Canfora ha supuesto que los estantes de la biblioteca estuvieron en un espacio contiguo al cuarto donde reposaba el triclinio.²⁹ Creo poder afirmar, tras una revisión de los planos de Quibell y los de Christian Leblanc, actual director de la Misión Arqueológica francesa del CNRS, que la biblioteca estuvo siempre en la parte final del templo y es posible ver en la inscripción Lugar de la Cura del Alma una definición del cuarto donde los médicos evitaban que el *Ka* o Alma saliera del cuerpo. Es extraño, insólito y perverso ignorar el papiro Anastasi I, cuyo contenido alude a la biblioteca al decir: «la casa de los libros está oculta, no es visible». Las obras del templo de Ramsés II, si aceptamos el papiro citado, eran fuentes esotéricas, temidas y veneradas.

Por desgracia, los saqueos de los etíopes, de los asirios y de los persas acabaron con el Ramesseum y los libros desaparecieron, tal como sucedió con muchos de los primeros escritos egipcios. En el siglo I d.C., el templo, tomado por los cristianos, se convirtió en una iglesia, pero ya la biblioteca no existía.

LA QUEMA DE PAPIROS SECRETOS

No es difícil que el lector recuerde el mito egipcio de Ra e Isis. El dios Ra tenía un nombre secreto y había decidido ocultarlo al resto de los dioses, tal vez con buenas razones, pero la picadura de un escorpión colocado por Isis lo puso en aprietos: si no decía su verdadero nombre sufriría terribles tormentos; si lo hacía, Isis dominaría su vida. Tener el nombre, en ese entonces, era tener poder sobre lo nombrado. De algu-

na manera, los papiros poseían ese poder y sólo podían ser leídos por un grupo de sacerdotes cuyo miedo a los castigos divinos era superior al deseo de obtener triunfos gracias a la aplicación de sus conocimientos.

La conspiración contra Ramsés III, bien documentada por distintas fuentes, ofrece al lector una explicación de estas creencias. El rey, después de su asesinato [sic], ordenó, a través de un mensaje desde el más allá, iniciar una investigación cuyos pormenores revelaron los nombres de todos los conspiradores. Uno de los rebeldes confesó haber logrado su propósito por tener un mágico rollo de papiro cuya recitación lo convertía en un verdadero dios, tan poderoso como el mismo faraón.

Akhenatón, como buen monoteísta, fue uno de los primeros en quemar libros. Hizo destruir los textos secretos en su afán de consolidar su religión, como ha referido el historiador A. Weigall: «[...] Akhenatón arrojó todas estas fórmulas a las llamas. Duendes, espectros, espíritus, monstruos, demiurgos y Osiris mismo, con toda su cohorte, fueron consumidos por el fuego y reducidos a cenizas [...]».³⁰

Y el resto es conocido: en venganza, sus sucesores borraron incluso su rostro de las piedras, su nombre, y restituyeron de memoria el contenido de muchos de los papiros antiguos.

LAS CASAS DE VIDA EN EGIPTO

La biblioteca del templo conocido como Casa de Vida³¹ servía para proteger, copiar e interpretar textos divinos. Uno de los arquitectos del templo de Luxor consultaba los escritos sagrados en este centro a fin de conocer la voluntad de los dioses. Esto no fue excepcional: Ramsés IV consultó los papiros para emprender la construcción de su tumba y, según parece, ordenó a uno de los escribas de la Casa de Vida ir a una misión en las minas de Wadi Hammamat. La vigencia de este sitio se mantuvo, porque el Decreto Canópico, preparado en el reinado de Ptolomeo III, se atrevía a poner en boca del sacerdote las palabras: «Entraré en la Casa de Vida para desenrollar las emanaciones de Ra y ser guiado por ellas».

Es posible que además del Ramesseum, uno de los antecedentes de la biblioteca de Alejandría pudiera ser la Casa de Vida, localizada en el templo dedicado a Horus en Edfu. Este lugar fue construido por los faraones y reconstruido por Ptolomeo Evergétes. Entre otras cosas, la labor de los sacerdotes bibliotecarios no se limitaba a la parte medicinal; podían facilitar consejos prácticos o mágicos. El sacerdote principal de Ptah, en Menfis, era llamado por el pueblo, según el papiro

Vienna 154, «Profeta de la Biblioteca Sagrada, Escriba de la biblioteca Sagrada [...] que aprecia los contenidos de la biblioteca Sagrada, aquel que restaura lo que ha caído por las emanaciones de Ra».

Una de las paredes de la biblioteca de Edfu expone, además de la imagen de Seshat, diosa de la escritura, 37 títulos fascinantes: *Libro de la Protección Mágica del Rey en su Palacio*, *Libro del Conocimiento de los Secretos*, *Libro del Conocimiento de las formas del Dios*, etc. El papiro Salt 825 (B. M. 10051) del siglo IV a.C. habla de los libros como si fueran emanaciones de Ra y considera estos textos sagrados la suma de todo el saber antiguo.

Los textos eran de acceso público o prohibido. El papiro Bremmer-Rhind, de la época ptolemaica, se refiere a un libro secreto en la Casa de Vida, nunca visto por ningún ojo. No hay una idea acerca de cuál era el libro, porque fue destruido junto con el resto de los tesoros de la biblioteca cuando los cristianos atacaron los viejos monumentos paganos de Egipto.

LOS ESCRITOS PROHIBIDOS DE THOTH

Como es sabido, Thoth fue la divinidad encargada de inventar la escritura entre los egipcios; ejerció, también, el cargo de secretario de las más oscuras divinidades mayores y menores. Naturalmente, en algún momento se imaginó a Thoth como autor de un volumen donde todas las cosas estaban explicadas y cada situación humana predeterminada. Su libro era un compendio de medicina, filosofía y magia. Se cree que el papiro usado por los asesinos de Ramsés III fue el *Libro de Thoth*: la copia, al parecer, quedó destruida. Otras copias provocaron estragos en varios lugares de Egipto: a lo largo de los siglos, estos ejemplares desaparecieron con puntualidad.

Un papiro escrito hace treinta y tres siglos cuenta cómo Nefer Ka Ptah encontró el *Libro de Thoth* sumergido en un río y protegido por serpientes.³² Pudo hacerse con la obra y sumergió una copia en cerveza para luego beberla: adquirió, al instante, todo el saber del mundo, todo cuanto es dado saber sólo a un Dios. Thoth, al enterarse del robo de su libro, regresó desde los umbrales del tiempo y, sin mediar palabra, lo asesinó y recuperó el volumen. Hacia el 360 a.C. el papiro pudo haber sido destruido.

En Alejandría, Thoth se convirtió, si no lo era ya, en Hermes Trimegisto y tras esa identificación aumentaron las copias y, como puede imaginarse, las quemaduras.

CAPÍTULO TRES

GRECIA

ENTRE RUINAS Y FRAGMENTOS

I

La primera imagen que tiene del arte griego antiguo cualquier persona está referida a algún fragmento o templo en ruinas. Es bastante frecuente ver fotos de turistas regodeándose entre columnas derrumbadas, entre escombros y lugares abandonados, expoliados y convertidos en símbolos culturales. Con respecto a la literatura antigua sucede lo mismo. Según las estimaciones más optimistas, el setenta y cinco por ciento de toda la literatura, filosofía y ciencia griega antigua se perdió. Un historiador tan poco nostálgico como K. J. Dover³³ se ha atrevido a comentar: «[...] Todo lo escrito por los griegos se ha preservado sólo en una escasa porción. Tenemos los nombres de un centenar de historiadores griegos, pero apenas poseemos las obras de tres de ellos pertenecientes al período clásico y algunas más pertenecientes a tiempos posteriores. En Atenas fueron representadas más de dos mil obras teatrales entre el 500 y el 200 a.C., pero apenas si podemos leer o representar cuarenta y seis [...]».

El más antiguo fragmento de un libro griego conservado hasta la fecha es el llamado *Papiro Dérveni*, fechado a principios del siglo IV a.C., parcialmente carbonizado,³⁴ con vestigios de una extensa interpretación alegórica y filosófica de un poema atribuido a Orfeo. Este dato resulta aterrador: si los primeros libros griegos, difundidos por medio del papiro importado de Egipto, fueron compuestos en el si-

glo IX a.C., y sólo tenemos un papiro fragmentario del siglo IV a.C., estamos ante unos quinientos años de obras perdidas. Los primeros libros griegos desaparecieron en su totalidad.

Algunas de las pérdidas mayores son de la época helenística, esto es, entre los siglos III a.C. y I d.C. La compilación *Die Fragmente der griechischen Historiker* (Los fragmentos de los historiadores griegos) del gran erudito Felix Jacoby puede ilustrar este aspecto, debido a que contiene los fragmentos de más de ochocientos historiadores de lengua griega del período helenístico cuyas obras se perdieron.

II

Conviene precisar que un libro era entonces una hoja de papiro constituida como un rollo, de extensión variable. Cuando una obra ocupaba el equivalente a dos volúmenes o dos tomos, se decía que tenía dos rollos. Al libro se le denominaba *Biblos*, en honor de la ciudad fenicia de Biblos.³⁵ Al acto de leer se le denominaba *anágnoosis*, cuyo significado es «lectura», pero sobre todo «lectura pública.»³⁶ La lectura, además, se hacía de la siguiente forma: con la mano izquierda se desenrollaba el papiro y con la derecha se sostenía el resto del rollo. Este acto de desenrollar se le llamaba con el verbo *anelittoo*.

Mucho antes de escribir sobre papiros o de asumir el alfabeto fenicio, los griegos de Creta escribieron sobre tablillas de arcilla, como los sumerios, utilizando una escritura silábica, denominada Lineal B por sus descubridores. Se trataba de inventarios y listas de alimentos y animales, pero no de textos literarios; conformaba el archivo del rey. Este hecho, valga el comentario, fue esgrimido por los defensores de Creta³⁷ para probar la equivocación de quienes atribuían al mítico Cadmo la introducción de las letras fenicias en la cultura griega. De cualquier forma, esta tesis no tuvo suerte y hoy se acepta, unánimemente, el abandono del cretense por el alfabeto fenicio y, en este sentido, hay testimonios históricos en las páginas de Herodoto,³⁸ de Sófocles³⁹ y de Aristóteles.⁴⁰

No sabemos qué ocurrió exactamente en el siglo IX a.C., pero, por una parte, el alfabeto fue transformado, bajo la presión innovadora de la poesía hexamétrica griega,⁴¹ y adoptó vocales regulares fluidas; por otra parte, el papiro terminó por ser aceptado como único instrumento para salvar la memoria del pueblo y, hacia el siglo V a.C., escribir y leer fueron actividades comunes en las ciudades.

Hubo, por supuesto, y esto se conoce con detalle, otras formas de difundir los escritos, pero limitados, como el cuero, las tablillas de madera o las piedras. Pausanias⁴² leyó en el Monte Helicón una versión de *Los Trabajos y los días* de Hesíodo, en una placa de plomo bastante deteriorada para el momento. De esto casi no queda nada.

En la organización del mundo griego, la fijación de las leyes por escrito fue un paso determinante. Esquines elogiaba⁴³ la existencia de los archivos públicos porque fortalecían el poder del pueblo al posibilitar la verificación de una mentira. De hecho, los tratados o convenios entre polis se hacían por escrito para evitar cambios de opinión de los firmantes. Hay una tabla del año 500 a.C. con un tratado entre Elis y Heraia donde se pondera la escritura y se advierte de que cualquiera que dañe lo escrito será sancionado con una multa.⁴⁴

El siglo v a.C. fue decisivo en Grecia: una revolución cultural comenzó cuando la cultura escrita se impuso sobre la cultura oral.⁴⁵ Las lecturas se hacían por lo general en voz alta, un recuerdo innegable de los tiempos orales, aunque hay pruebas irrefutables de lectura silenciosa en esas mismas fechas.⁴⁶ La pasión por los libros provocó la aparición del primer comercio de libros. Sócrates se burlaba de sus jueces, al decirles que en el mercado del ágora podían comprarse los libros del ateo Anaxágoras por un dracma.⁴⁷ Ciertamente, existió una venta de libros en el mercado. El comediógrafo Eupolis de Atenas (h. 446-411 a.C.) la mencionó:

[...] Recorrí el Mercado, el ajo y la cebolla
Y el antro de inciensos y aromas
Y donde están las ventas de libros [...].⁴⁸

El erudito Pólux llamó *Bibliothēkai* a estas ventas de libros.⁴⁹ Los copistas griegos, casi siempre esclavos, no tenían, como en Egipto, prerrogativas; eran, en cualquier caso, trabajadores indispensables: su método de escritura, desleal en ocasiones a los manuscritos, consistía en escribir con un instrumento de caña afilado en la punta, llamado cálamo, y una tinta obtenida de la mezcla de goma con negro de humo. Al principio, el texto se escribía sin divisiones, sin puntuaciones y sin minúsculas. Se escribía en columnas. La columna de un texto en prosa podía abarcar ocho centímetros y, en el género poético, la métrica establecía el ancho del texto. Con suerte, el copista obtenía entre uno y cuatro dracmas para obras comunes y, de ser excepcionales, el pago podía salvar su vida de la pobreza. Un libro se consideraba publicado si había sido leído en público por un criado,

llamado lector, o por el autor mismo. Una vez terminada la lectura pública, los oyentes podían hacer preguntas.

En Grecia fueron editados libros con ilustraciones. El primero del que tenemos noticia fue el de Anaxágoras:⁵⁰ «Anaxágoras fue el primero que publicó un libro con dibujos.» Había también ediciones de gran hermosura. La *Vita Marciana*,⁵¹ a diferencia de los tres catálogos conservados de los títulos de las obras de Aristóteles, incluyó una edición lujosa de una *Iliada* para Alejandro Magno, la cual podría haber sido la misma llevada por el conquistador en sus viajes en una caja llena de adornos procedente del botín del persa Darío. Plutarco⁵² ha destacado que Aristóteles fue el autor de esa edición de la *Iliada*, que se perdió o fue enterrada con su dueño, lo cual es casi lo mismo, pues nunca apareció la tumba de Alejandro Magno.

III

Es difícil separar lo perdido y destruido en la historia de los libros, porque en ocasiones las obras se han perdido debido a su destrucción o han sido destruidas porque simplemente desaparecieron. En todo caso, los textos ya no existen, y, salvo el milagro de un hallazgo en una tumba o en un depósito, hay pocas probabilidades de recuperar cientos de miles de escritos desaparecidos en la antigüedad.

Baste señalar que de las 120 obras incluidas en los catálogos del prestigioso Sófocles, hoy sólo existen 7 en estado íntegro y cientos de fragmentos.⁵³ Safo de Lesbos,⁵⁴ la gran poetisa, dejó una obra compilada en 9 libros, pero hoy sólo tenemos dos odas casi completas y meros fragmentos. Los 5 libros de Corina de Tanagra,⁵⁵ la segunda poetisa relevante en la poesía griega, competidora de certámenes donde venció a Píndaro, hoy está reducida a un grupo de fragmentos incoherentes. De las 82 tragedias de Eurípides sólo tenemos 18, un drama de Sátiros y abundantes citas.⁵⁶

Y este horror es todavía mayor. Todos los presocráticos y todos los sofistas están en fragmentos. Siempre resultará sorprendente que no hayamos conservado *Sobre el no ser* o *Sobre la naturaleza* de Gorgias de Leontini,⁵⁷ donde probó que nada existe.

La pérdida de textos se extiende a todos los períodos de la literatura, ciencia y filosofía de Grecia. Citado por Platón, admirado por Sócrates, Agatón de Atenas,⁵⁸ poeta trágico, escribió obras de una perfección casi compulsiva, pero hoy no existen, salvo en la forma de débiles fragmentos. Los *Partenion*, una colección de poemas en 6 li-

bros, escritos por Alcmán de Sardes,⁵⁹ se perdieron. Un encantador texto suyo —número 40 de la antología de Page—, repetidas veces citado, expresa: «Yo conozco el canto de todos los pájaros».

Un caso particularmente delicado es el de Aristófanes de Atenas,⁶⁰ el comediógrafo. De 40 comedias auténticas apenas sobrevivieron 11, más unos 1000 fragmentos preservados gracias a papiros descubiertos y citas de lexicógrafos. ¿No es insólito? Se perdieron las 101 comedias de Dífilo de Sínope,⁶¹ las 100 comedias de Eubulo de Atenas⁶² y las 250 comedias de Alexis de Turi.⁶³

Todos los escritos de los cínicos, los pirrónicos, los escépticos y los estoicos se redujeron a una miscelánea fragmentaria. Tampoco tuvo suerte Zenón de Citio,⁶⁴ quien escribió una *República* que era más leída que la de Platón. De los más de 500 libros de Crisipo de Solos,⁶⁵ sólo hay fragmentos.

Como si no bastara, desaparecieron los 30 libros de las *Memorias* del historiador Arato de Sición,⁶⁶ acaso el inventario de detalles más extravagantes sobre el mundo antiguo. No leemos nada, salvo unos minúsculos segmentos, de los nueve mil quinientos versos que escribió Arctino de Mileto.⁶⁷ Al menos 13 libros de Píndaro⁶⁸ se han perdido.

De las 500 tragedias de Práxinos de Fliunte,⁶⁹ sólo existen fragmentos. Las 250 tragedias de Astidamas⁷⁰ se han perdido. Y qué decir del prestigioso Aristarco de Samos, astrónomo y matemático que midió la tierra y escribió decenas de tratados sobre diversos tópicos, hoy inexistentes.⁷¹ Puede parecer increíble, pero hay más de cien libros perdidos de Plutarco de Queronea.⁷² Según el *Catálogo de Lamprias*, de 227 obras en 278 rollos únicamente se conservan 83 obras en 87 rollos.

De Espeusipo de Atenas,⁷³ que reveló los secretos de su tío y maestro Platón, no ha quedado una sola obra completa. El reconocido Duris de Samos,⁷⁴ favorito de los públicos cultos de Grecia, se ha reducido a un montón de párrafos y frases sueltas. Los 47 libros de las *Memorias Históricas* de Estrabón de Amasia,⁷⁵ autor de la *Geografía*, se perdieron totalmente. Es una verdadera lástima que se hayan perdido los escritos de Beroso de Belos.⁷⁶ Hoy quedan apenas epítomes y fragmentos de su monumental *Historia de Babilonia* (escrita hacia 280 a.C., en 3 libros divididos en tres períodos).

Esta lista, como puede suponer el lector, es extensa (yo he compilado tres tomos de 2.000 páginas cada uno), abrumadora, opresiva. El número de obras que hemos perdido en accidentes, desastres, quemaduras o por la indiferencia es incalculable.

LA DESTRUCCIÓN DE LOS POEMAS DE EMPÉDOCLES

El primer testimonio conocido de la destrucción de una obra literaria en la Grecia antigua aparece, irónicamente, en un fragmento conservado de un libro perdido de Aristóteles que tuvo por título *Sobre los poetas*:

[...] Aristóteles [...] en *Sobre los poetas* dice que [Empédocles] fue homérico y hábil en el uso de las frases, metáforas y otras figuras del discurso poético. Y que entre otros poemas escribió *Marcha de Jerjes* y un *Proemio a Apolo*, todo lo cual fue quemado por una hermana suya —o por la hija, como dice Jerónimo—; el proemio fue quemado contra su voluntad, pero lo que se refería a Persia voluntariamente por ser obra incompleta. También dice que escribió tragedias y tratados de política [...].⁷⁷

No he leído ningún comentario sobre esta extraña cita invicta; el texto, no obstante, permite suponer graves aseveraciones religiosas. El filósofo Empédocles (492-434/431 a.C.), poco modesto, se creía un dios hecho hombre, usaba vocablos portentosos y no es descabellado sospechar que su *Proemio a Apolo* fue elusivo, irreverente, directo y profético, capaz de atemorizar a la propia hermana del autor.

CENSURA CONTRA PROTÁGORAS

La eliminación de los poemas de Empédocles ocurrió en el siglo vi a.C. y fue un episodio familiar, por así decirlo. Pero en el v a.C., Protágoras de Abdera (490-420 a.C.), sofista renombrado, fue víctima de una censura política y religiosa colectiva. Hizo, al parecer, una lectura pública de su tratado *Sobre los dioses* y Pitodoro (o su discípulo Evatlo) lo acusó de impiedad en un juicio público. Según Laercio⁷⁸ y Hesiquio,⁷⁹ el libro fue quemado y las copias confiscadas de casa en casa. Timón de Fliunte, poeta escéptico, dice en sus *Silos*:

[...] y los escritos de Protágoras querían a cenizas reducir,
porque de los dioses constatará ni saber ni poder
percibir cuáles fueran ni aun si existieran,
manteniendo extrema precaución de medida. Pero
eso no lo ayudó, sino que se acogió a la marcha, a fin
de no ir al Hades por beber la fría pócima socrática [...].⁸⁰

Eusebio⁸¹ corroboró esto al afirmar: «[...]Protágoras, cuyos libros fueron quemados por los atenienses en virtud de un decreto[...].»⁸² Protágoras sufrió, como Sócrates, su relativismo epistemológico. Murió, se cree, perseguido por una maldición sobrenatural, pues su barco naufragó durante el viaje a Sicilia. En sus manos tenía el último ejemplar completo de su obra.⁸³

PLATÓN TAMBIÉN QUEMÓ LIBROS

Hacia el 388 o 387 a.C., el filósofo Platón (429-347 a.C.), cuyo verdadero nombre era Aristócles, eligió un terreno sagrado («*temenos*») para fundar un templo a las musas («*Museion*»), en un barrio de las afueras de Atenas dedicado al héroe Academos, justo en el gimnasio. La Academia, nombre adoptado por su nueva escuela de filosofía, tuvo, por supuesto, un destino excepcional en Grecia: de todas partes vinieron alumnos atraídos, como dice Olimpiodoro, «por saber lo que estaba en sus almas».⁸⁴

En la entrada de la Academia había un altar a Eros,⁸⁵ y seguidamente un cuarto para leer y escribir, con dos escenas socráticas pintadas en las paredes laterales procedentes del *Protágoras* y del *Fedón*. En ese cuarto estaba el asiento del maestro, sillas pequeñas para los discípulos, un pizarrón blanco, un globo del cielo, un modelo mecánico de todos los planetas, un reloj construido por Platón, un globo terrestre y mapas con representaciones de los principales geógrafos. En cierto punto, se construyó un cuarto privado para el descanso.⁸⁶ Indudablemente, había una biblioteca con los escritos de los pitagóricos, los escritos egipcios y mesopotámicos, los *Mimos* de Sofrón, obras de Homero, piezas de Epicarmo de Cos y diversos papiros con los textos de numerosos escritores consagrados o desconocidos.

Laercio,⁸⁷ que conocía bien la bibliofilia de Platón, lo acusó de ser biblioclasta por intentar acabar con los tratados de Demócrito, autor al que se negó a citar.⁸⁸ Al parecer había mágicas coincidencias doctrinarias entre los escritos de Platón y el *Gran Diacosmos*, tratado filosófico democriteo con grandes secretos para los iniciados en filosofía. Para confirmar esta tendencia pirómana contra ciertos textos, Laercio ha contado también que Platón, en su juventud, al salir de una competencia en el Teatro de Dionisos, conoció a Sócrates y quemó todos sus poemas.⁸⁹

¿Es posible que Platón quemara obras? Pues sí, lo hizo, y hay suficientes razones para pensar que llegó hasta el extremo de negar todo

discurso que no fuese avalado por la verdad (la verdad de su sistema, claro). Impidió a los poetas la entrada a su Estado ideal, su República, y los calificó de mentirosos y locos. En cuanto a los libros, no los consideraba el mayor de los bienes. Uno de sus estudiantes, devoto hasta la imitación absoluta de las enseñanzas del maestro, perdió todas sus notas en un paseo por el mar; al regreso, dijo, con el tono de alegría de las disculpas, que había entendido finalmente la razón por la cual Platón los instaba a todos a escribir lo dicho en el alma y no en libros de notas.⁹⁰

Este incidente, creo, puede no ser sino una metáfora esotérica. De hecho, se admite hoy la pérdida de lo más valioso del pensamiento platónico al no contar con suficientes libros sobre su doctrina oral. En numerosos pasajes, Platón restó importancia a la escritura, y en el *Fedro* (274 e-275 b) expuso un mito egipcio para explicar que la escritura provocaría en la humanidad un descuido de la memoria.

En la *Segunda Carta* se opuso a la divulgación de sus doctrinas y le contó un terrible secreto a Dionisio: «[...] yo, jamás he escrito nada sobre esto; ni hay ni habrá «escritos de Platón». Lo que ahora se llama así, lo es de Sócrates —de sus tiempos de belleza y juventud—. Vale, y obedece; una vez que leas esta carta, quémala [...]».⁹¹

Es importante resaltar la frase final: «quémala.» Para Giovanni Reale las consecuencias de esta visión develan un sistema jerárquico de conocimiento esotérico.⁹² El grupo de estudiosos de Tubinga ha analizado, con el propósito de recuperar una nueva faceta de Platón, textos como la *Carta Séptima* (el *excursus* 342 D) y otros como uno donde Aristoxeno habla de una desconcertante lección platónica privada titulada *Sobre el Bien*, perdida para siempre como tal, aunque es posible que esté presente en ciertos diálogos existentes.⁹³

LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO DE ÁRTEMIS

El mundo antiguo fue un mundo de prodigios y maravillas, pero la tradición arquitectónica helenística consagró sólo siete monumentos. Uno de ellos fue el templo de Ártemis en la ciudad de Éfeso, conocido universalmente como templo de Diana, cuya construcción comenzó con Creso, rey de Lidia, hacia el 550 a.C. y concluyó, según Plinio,⁹⁴ ciento veinte años después. Lo interesante de su historia es que hacia el 356 a.C., el año del nacimiento de Alejandro Magno, un desconocido llamado Eróstrato, dicen los cronistas, incendió el templo para pasar a las páginas de la historia y su nombre fue prohibido.

Hasta aquí todo ha sido divulgado, pero en ese incendio también se quemó el único manuscrito original de la obra completa del filósofo Heráclito de Éfeso, quien creyó proteger su libro depositándolo en el templo donde solía pasar el tiempo jugando con los niños. Ha dicho Laercio que: «[...] Como obra que se considere suya, está el denso *Sobre la naturaleza*, dividido en tres discursos, uno sobre el universo, otro sobre política y [otro sobre] teología. Este libro lo depositó en el templo de Ártemis [...]».⁹⁵

Hubo dos buenos motivos para este depósito en el templo:

1) El estilo del libro podía haber tenido su origen en la imitación deliberada de las profecías delficas y este detalle, más que probable si se considera que Heráclito era sacerdote en Éfeso, suponía su inclusión en un lugar adecuado al propósito de revelación del *logos*.

2) Ártemis nació en Delos, era hermana de Apolo, hija de Leto y Zeus, se conservó siempre virgen, y no es ilógico pensar que un pensador tan exigente como Heráclito la considerase como un símbolo de su propio pensamiento. Siguiendo una costumbre oriental, nacida en Sumer y continuada en Egipto, depositó su libro en un templo porque sentía que así como el templo revela la verdad de la diosa, su libro era un mapa para acceder a una verdad ajena a las muchedumbres. El fuego «siempre vivo» de su doctrina es el fuego del interior del Templo. Se me ocurre, por ejemplo, que de las decenas de formas ideadas para leer y entender sus fragmentos, una, raras veces utilizada, es la de aceptar la existencia de palabras y expresiones absolutamente alusivas al culto de Ártemis. En un fragmento se refiere al arco, objeto con el cual iba armada la diosa: «El arco tiene por nombre vida, y por obra muerte».⁹⁶

La tendencia a aceptar los hechos históricos sin discutirlos nos ha privado de una teoría que explique cómo Eróstrato incendió el templo más grande de la Antigüedad (80 × 130 m), construido con materiales no combustibles como el mármol. En mi opinión, Eróstrato comenzó su incendio en el interior del templo, en el área de los registros escritos, donde estaba el libro de Heráclito y reposaban distintos objetos de madera. De ese modo no es absurdo pensar en el derrumbe del templo.

Uno de los fragmentos de Heráclito anunció: «Todas las cosas juzgará el fuego al llegar y condenará a todos.»⁹⁷ Es irónico que su manuscrito haya sido destruido por una irreverente devoción hacia esta máxima apocalíptica.

Todos los médicos del mundo, al completar sus estudios, recitan, impacientes y eufóricos, un juramento ético, el denominado Juramento Hipocrático. Se atribuye este texto, aunque hay indicios de que es espurio, al padre de la medicina griega, a Hipócrates de Cos (h. 460-377 a.C.).

Platón consideraba a Hipócrates un seguidor de Asclepíades.⁸⁸ Entre sus logros habría que destacar la organización sistemática de los síntomas de las enfermedades y su cura. Era empírico, pero también desconfiado, lo cual le llevaba a encomendar sus pacientes a los dioses. El cuerpo de su obra, mezclada con la de sus discípulos, está recogido en una colección de escritos que al principio ocupó 70 libros, y hoy sólo 60, pues al menos 10 desaparecieron. Lo curioso es que todos los tratados están compuestos en dialecto jonio, lo que hizo de este dialecto el lenguaje de la medicina.

En cierto momento de su vida visitó el templo de la Salud de Cnido. Se sentía desalentado porque había descubierto que todo era vano y que la muerte o la vida expresaban sólo una metáfora olvidada de la divinidad. Prendió fuego a la biblioteca médica del recinto y huyó. W. H. S. Jones, en su traducción del *Corpus Hippocraticum* de la colección Loeb, recoge esta leyenda; la acusación intenta presentar a Hipócrates como si se tratara de un obseso incapaz de aceptar la posibilidad de dejar en manos de profanos los grandes textos sobre los misterios de la vida y de la muerte.⁹⁹

Otra versión, menos complaciente, es demoledora: Hipócrates destruyó los libros del Templo para evitar posibles acusaciones de plagio.

DOS BIBLIOCLASTAS

Metrócles de Maronea, filósofo, quemó sus propios escritos tras considerarlos meras fantasías. Según otra versión, lo que incineró fueron las lecciones de su maestro Teofrasto. Sea verdad o no, se acordó de unas palabras de Platón y mientras encendía los papiros dijo: «Hefesto, ven pronto, Tetis te necesita».

El filósofo y poeta Bión de Borístenes (h. 335-246 a.C.) fue, según las fuentes más autorizadas, uno de los pensadores más escandalosos de su tiempo, aspecto en el cual tuvo una competencia bastante reñida con otros hoy más famosos que él.¹⁰⁰ Ostentoso, versátil, inepto

por lo general, forjó un estilo de vida y de escritura basada en la variedad y fausto.

Hoy no queda un solo escrito suyo completo, pero hay fragmentos y se conocen los títulos de algunas de sus obras. Escribió *Comentarios*, *Diatribas cínicas*, *Parodias* y *Sátiras*. Inició todo un género durante su etapa de adhesión al cinismo e impulsó el Spoudogéloion, donde las anfibologías, las alegorías, las anécdotas y las paronomasias entretenían a lectores que buscaban moralejas más exhaustivas.

En algún momento de su vida sintió la necesidad de quemar libros y lo confesó abiertamente en una carta irónica, conservada por Diógenes Laercio, que puede servir como una autobiografía de su juventud. La escribió para el general Antígono: «Y yo, que no era un joven sin gracia, fui vendido a cierto orador, quien a su muerte me legó todo lo suyo. Y yo quemé sus obras y recogí todo, vine a Atenas y me dediqué a filosofar [...]».

Bión consideraba que quemar los libros del orador era un modo de decir que ya los había aprendido y no los necesitaba en su viaje a Atenas, donde se dedicaría a la filosofía. De hecho, fue un verdadero sabio. Uno de sus frases favoritas era: «El peor mal es no sufrir ningún mal en vida».

CAPÍTULO CUATRO

AUGE Y FINAL DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

I

Hacia el 285 a.C., en el Bajo Egipto, un griego de tez bronceada murió tras ser mordido por un áspid. Se llamaba Demetrio de Falero. Las autoridades locales encontraron su cuerpo en el suelo, aunque ninguno de los médicos se atrevió a asegurar si se trataba de un suicidio, por aplicación de la serpiente en la muñeca, de un accidente o de un asesinato.¹⁰¹ No obstante, se optó por el silencio: al menos dos de las tres hipótesis eran imaginables porque el personaje en cuestión había caído en desgracia ante los ojos del nuevo rey, Ptolomeo II Filadelfo, y había sido expulsado de Alejandría. Al morir, aparentaba más edad de la que tenía, acaso sesenta o setenta años. Fue enterrado sin honores en el distrito de Busiris, cerca de la región de Diospolis.¹⁰² Su muerte fue el comentario obligado durante varias semanas. Algunos escritores y filósofos sintieron mucha pena, pues era un personaje excepcional. Escribió decenas de libros; fue alumno de grandes pensadores y un líder político influyente; pero, por encima de todo, contribuyó a fundar la más famosa biblioteca del mundo antiguo, la biblioteca de Alejandría. A partir de su deceso, el destino del centro intelectual estuvo sometido a los vaivenes de la política real y de las guerras de conquista. De aquí la necesidad de iniciar este capítulo con una sinopsis de la vida de Demetrio y de la biblioteca, pues comprender sus acciones es la mejor manera de entender lo concerniente al origen y fin de la célebre biblioteca.

Sabemos poco de Demetrio de Falero, pero podemos establecer

algunos aspectos con cierta precisión. Había nacido el año 350 o 360 a.C. en el puerto de Falero, hijo de Fanóstrato, un esclavo de la casa del general Conón. Fue a Atenas y estudió en el Liceo con el propio Aristóteles de Estagira.¹⁰³ Posteriormente siguió su educación con Teofrasto. Era bien parecido, y como todos los favorecidos, era autosuficiente, intuitivo y paranoico. Sus buenos discursos y el apoyo de los filósofos peripatéticos lo llevaron a ser designado por Casandro líder de la ciudad, en el año 317 a.C., y en este cargo permaneció hasta el año 307 a.C., es decir, diez años.

Durante este tiempo realizó un censo, redactó leyes, estableció medidas fiscales y constitucionales oportunas que tuvieron una buena acogida. Se volvió popular, amigo de filósofos, poetas y dramaturgos. Su fama llegó a tal nivel que se erigieron 300 estatuas en su honor. El año 307 a.C. su gobierno finalizó al caer Atenas ante otro Demetrio, apodado Poliorcetes (*Sitiador de Ciudades*). Las estatuas fueron derribadas, se convirtieron en urinarios y su nombre fue borrado de todos los registros.

Al obtener un salvoconducto, marchó a Tebas, donde vivió desde el año 307 a.C. hasta el 297 a.C. Pasaba los días leyendo y escribiendo. Revisaba los poemas de Homero todos los días. Cuando se convenció de la imposibilidad de regresar a Atenas, recogió sus ropas y sus manuscritos personales y se estableció en Alejandría. No esperaba, naturalmente, una ciudad como aquélla. Alejandría, llamada así en honor del conquistador Alejandro Magno, había sido creada el año 331 a.C. en el oeste del delta del Nilo, junto al lago Mareotis, y era obra del arquitecto Dinócares de Rodas,¹⁰⁴ quien decidió darle la forma de una clámide macedónica con una especie de orla.¹⁰⁵ Las calles y la población se dividían en cinco zonas, de acuerdo a las cinco primeras letras del alfabeto griego: Alfa, Beta, Gamma, Delta, Epsilon. Algunos veían en esos cinco signos un acrónimo en griego: «Alejandro Rey Nacido de Dios la fundó».¹⁰⁶

Demetrio, deslumbrado, se introdujo en los palacios reales, en el Bruquion. Era el año 306 a.C. y Ptolomeo I Sóter acababa de asumir el reinado en el territorio de Egipto. Ptolomeo I había nacido en el 369/8. Hijo de Ptolomeo Lago y de Arsinoe, fue uno de los generales de Alejandro Magno; participó en la marcha a la India y su lealtad le valió el aprecio del conquistador. El título de Sóter o *Salvador* se lo ganó en Rodas, cuando ayudó a los habitantes de la isla durante las luchas del año 304 a.C. Murió a la avanzada edad de 87 años.

Demetrio, como ha dicho Plutarco,¹⁰⁷ aconsejó al rey adquirir y leer libros sobre la monarquía, porque lo que los amigos no se atreven a

decir a los reyes está escrito en los libros. Según Eliano,¹⁰⁸ también elaboró leyes y reglamentos. Demetrio, además, fue un gran escritor¹⁰⁹ y naturalmente su inclinación en la corte de Ptolomeo se desvió a tareas intelectuales. Era versátil, y como sucede a veces cuando se ha perdido el poder, eficaz. A Ptolomeo le dedicó todo un libro sobre el arte de la política y lo tituló *Ptolomeo*.

En cierto momento convenció al rey de construir un edificio, dedicado a las musas, con el nombre de museo. La obra se hizo y formó parte del palacio real. La idea del museo era extraordinaria: por una parte contribuía a desplazar en la zona a la cultura egipcia por la cultura griega y por otra sirvió al rey en su objetivo de aumentar el prestigio de sus acciones. Muy pronto, el museo contó con una increíble biblioteca.

Inicialmente, Demetrio, formado en la escuela peripatética, siguió en todo un plan mucho más antiguo para constituir la biblioteca. Ptolomeo I mandó a llamar a Teofrasto a Alejandría,¹¹⁰ pero éste no pudo atender la invitación y envió en su lugar a Estratón de Lámpsaco, quien fue tutor del futuro Ptolomeo II, y recibió por su labor unos 80 talentos. Demetrio, en este contexto, pudo ser el enlace que intentó crear una rama del Liceo en Alejandría.

Demetrio quiso aumentar el número de libros de la biblioteca, según la *Carta de Aristeas a Filócrates*, un registro del siglo II a.C.: «[...] Demetrio de Falero, estando al cuidado de la biblioteca del rey, recibió grandes sumas de dinero para adquirir, de ser posible, todos los libros del mundo [...]».

El anhelo de llegar a 500.000 libros implicaba un cambio en las estrategias de copiado. La misma *Carta* contó cómo Demetrio, al saber de los textos judíos del Antiguo Testamento, quiso ordenar su traducción al griego.¹¹¹ Le dijo al rey que eran necesarios para incrementar la colección. Ptolomeo I mantenía excelentes relaciones con la comunidad judía, que habitaba un barrio en el este de Alejandría. Por tanto, no le pareció nada absurda la propuesta de Demetrio y envió una misiva al sumo sacerdote Eleazar, residente en Jerusalén, solicitándole un grupo de traductores. Con ese propósito envió, también, una comisión. Poco después, setenta y dos judíos llegaron a Alejandría y fueron acomodados en la isla de Faros. En un banquete conocieron al rey Ptolomeo I y conversaron con él sobre tópicos religiosos y políticos. Durante setenta y dos días, estos eruditos trabajaron bajo la dirección de Demetrio hasta completar su labor. Todo el Antiguo Testamento, desde el Génesis hasta el libro de Malaquías, fue traducido y copiado a papiros. Al concluir su labor, los traductores regresaron a Jerusalén repletos de regalos.

II

La única descripción preservada sobre los rasgos del museo indica que era parte de los palacios reales, y contaba con un paseo, una exedra con asientos y una gran casa donde estaba el refectorio.¹¹² Constaba de diversos pasillos y patios (en el último estaban los gabinetes particulares y las estanterías), con pinturas coloridas en las paredes esbozando alegorías y símbolos. Tenía un parque zoológico y un extraño jardín botánico contiguos. El valor del sitio no impidió que la mala lengua de Timón de Fliunte lo considerara «la jaula de las musas».¹¹³

La biblioteca, por un azar casi casual, fue al principio una sala de consulta; en pocos años cambió gracias a las ampliaciones. Años después sería construida la biblioteca del Serapeum, tal vez por problemas de espacio, a cierta distancia del museo. Conviene advertir de que la biblioteca de Alejandría estaba dividida en dos partes. La primera estaba en el museo y la segunda en el templo de Serapis o Serapeum. Ptolomeo I, y de eso hay pocas dudas, se encargó, asesorado por Demetrio de Falero, de alentar la dotación de libros para el museo, aunque Ptolomeo II consolidó y prestigió el centro. En cuanto al Serapeum, los descubrimientos arqueológicos de 1945, descritos por A. Rowe,¹¹⁴ prueban que su fundación se debió a Ptolomeo III.

El Serapeum, según los comentaristas, fue construido para honrar a Serapis. En su interior, el templo contaba con un cuarto para los sacerdotes y otro para la biblioteca. Una leyenda refiere que se realizaban banquetes sagrados en este lugar; otra alude a la gente que pernoctaba allí en busca de una revelación.

III

Según Galeno,¹¹⁵ los Ptolomeos no escatimaron esfuerzos para incrementar la reputación de sus bibliotecas. Una práctica habitual consistía en pagar fianzas para obtener originales y poder copiarlos. No siempre los devolvían. Ptolomeo I solicitó a los atenienses los papiros con las copias oficiales de las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides a cambio de dinero. Después de transcritos, se creía, serían repuestos, pero sólo las copias volvieron a Atenas. Unas 79 obras oficiales de Esquilo, 120 de Sófocles y 88 de Eurípides se amontonaron así en los estantes. Por ley, todo aquel que visitaba Alejandría debía donar una obra.

El copiado y clasificación de los textos en rollos de papiro ocupó

a generaciones enteras formadas bajo los axiomas metódicos de la escuela peripatética. Los bibliotecarios, encerrados en sus gabinetes, atendieron la creciente demanda de lectores interesados en ediciones cada vez más elegantes y comentadas. En cada trabajo crítico los bibliotecarios colocaban, no siempre con buen tino, signos destinados a alertar sobre rasgos textuales: la *atétesis* (para indicar un verso faltante), la *atétesis diplé* (para indicar un verso maravilloso y digno de consideración), el *asterisco* (para indicar un verso repetido de modo incorrecto), la *estigmé* (para indicar versos dudosos), el *obelos* (trazo horizontal para los versos espurios), la *antisigma* (para denotar un cambio en el orden de los versos), etcétera.

IV

Sólo se podía llegar a ser director de la biblioteca por designación real. El director debía ser un sacerdote,¹⁰⁶ y era fuertemente custodiado, debido a los celos y molestias de la población autóctona. Vivía en el palacio del rey y recibía toda clase de estímulos económicos para evitar su posible soborno o traición. No pagaba impuestos. Ejercía, sin poder eximirse, la tutoría del hijo del rey. Es importante no olvidar estos rasgos porque casi nunca se insiste en que los bibliotecarios conformaban un *tíasos* o comunidad cultural eclesiástica. En ese sentido, el museo conservó una tradición oriental que era la de colocar los libros en templos, lo cual resulta lógico dada la situación geográfica de la biblioteca.

Una de las dudas más razonables sobre los directores de la biblioteca tiene que ver con la ya mencionada dualidad de este sitio. ¿Acaso el director del museo era también el director del Serapeum, o se trataba de dos directores completamente distintos? Según algunos, el director del museo delegaba en un erudito las funciones del Serapeum. Pero tal vez no sea ésta la verdad. Agustín Millares Carlos, por ejemplo, opinó que el director era el mismo: «[...] Ambas instituciones, para los efectos administrativos, formaban una sola [...]».¹¹⁷

V

El primer director de la biblioteca no fue Demetrio de Falero sino Zenódoto de Éfeso (325-260 a.C.). Su labor más recordada consistió en la edición de clásicos como Homero. Riguroso, marcaba con

signos los versos dudosos y orientaba al lector al explicar el sentido de las frases difíciles. Algunos autores consideran a Zenódoto como el responsable de haber dividido los poemas homéricos en 24 libros. Uno de sus principales escritos fue una *Vida de Homero*, en el que discutía todas las leyendas en torno al gran poeta épico.

Apolonio de Rodas (fl. h. 295 a.C.), poeta, sucedió a Zenódoto en la biblioteca, y como buen discípulo, lo atacó violentamente en *Contra Zenódoto*, donde evidenció los errores conceptuales y gramaticales de la edición de Homero. De modo inexplicable, Apolonio fue destituido de su cargo, a pesar de haber sido tutor de Ptolomeo III Evergétes, quien no sintió el menor agradecimiento por él y nombró a Eratóstenes como director.

Eratóstenes (276-195 a.C.) fue designado director tras la marcha de Apolonio y modificó la imagen de los bibliotecarios al combinar su actividad crítica con la científica. Era originario de Cirene y en su juventud había viajado a Atenas, en busca de conocimiento. Se convirtió allí en discípulo de Zenón de Citio, y escuchó a los filósofos Aristón de Quíos y Arcesilao de Pitane.¹¹⁸ Ávido de saber, aprendió matemáticas en la Academia, la escuela de filosofía de Platón.

Al asumir la dirección de la biblioteca, Eratóstenes emprendió una gestión que combinaba la investigación científica con la literaria. Sorprendió a todos al medir la circunferencia de la Tierra en 252.000 estadios (unos 39.690 kilómetros). Hoy en día, las mediciones, mejoradas con satélites y computadoras, han calculado la longitud de la circunferencia terrestre en 40.067,96 kilómetros. Consciente de no ser un gramático como sus antecesores, Eratóstenes se llamó a sí mismo *filólogo*.¹¹⁹ Murió porque se negó a comer.

Calímaco de Cirene (310-240 a.C.),¹²⁰ para algunos director y para otros simplemente colaborador¹²¹ de la biblioteca, se enfrentó a Apolonio y lo ridiculizó en decenas de ingeniosos epigramas. También atacó a Platón y lo consideró un pésimo crítico literario, enemigo de la verdadera poesía. El *Léxico de Suda* atribuye a Calímaco la paternidad de 800 rollos de papiro,¹²² de lo que apenas queda una colección de 6 himnos, 63 epigramas algunas elegías, y cientos de fragmentos recopilados.¹²³

Calímaco demostró ser un escritor competente, pero como bibliotecario contribuyó con un aporte insoslayable en la historia de los estudios bibliográficos. Durante meses, hizo un catálogo biobibliográfico de los clásicos más relevantes contenidos en la biblioteca de Alejandría. El título de este trabajo, que ocupó 120 libros, era *Tablas de todos los que fueron eminentes en literatura en todos los géneros*. El método consis-

tió en dividir las obras en más de ocho géneros: retóricos, legisladores, misceláneos, filósofos, historiadores, médicos, poetas épicos, poetas trágicos y poetas cómicos. Según Ateneo,¹²⁴ Calímaco tenía la costumbre de concluir sus reseñas con el número de líneas de las obras completas de los autores.¹²⁵ También dejó otro catálogo titulado *Tabla de escritores dramáticos ordenados cronológicamente desde los primeros tiempos*.

Calímaco tuvo seguidores. El más conocido acaso fue Hermipo de Esmirna (III a.C.),¹²⁶ historiador y filósofo. Además de él, Calímaco encontró alumnos diligentes en Istro de Cirene (siglo III a.C.), compilador de materiales históricos, y Filostéfano, geógrafo.

Aristófanes de Bizancio (257-180 a.C.) obtuvo el cargo de director de la biblioteca en el 195 a.C. Gramático respetado, constituyó la escuela analógica y editó a Homero; se ganó, además, el derecho a establecer los nombres de los clásicos obligatorios en toda Grecia. Sus léxicos de arcaísmos y revisión de las *Tablas* de Calímaco le garantizaron adeptos incondicionales.

Aristarco de Samotracia (220-143 a.C.) ascendió a la dirección de la biblioteca apoyado por su antecesor, para quien la continuación de los estudios gramaticales era un asunto de honor. En 800 libros¹²⁷ comentó a los principales poetas y delimitó importantes problemas propios de la obra de Homero. De él, como del resto de los mencionados (excepto Apolonio de Rodas), no ha sobrevivido siquiera un tratado íntegro.

Algunos ayudantes de la biblioteca fueron recordados por haber sido, ante todo, notables escritores. Licofrón de Calcis (*fl.* 257 a.C.), asesinado con flechas, sobresalió por su doble condición de creador y crítico. Afortunado, es uno de los pocos autores de quien leemos un extenso poema íntegro (*Alejandra* en 1.474 versos), aunque sus versiones críticas no existan.

Otro notable autor de la escuela de Aristarco fue Dídimo de Alejandría (65 a.C.-10 d.C.),¹²⁸ gramático apodado Calcentéreo por unos y Bibliólata por otros (debido a su facilidad para olvidar lo escrito al terminar un libro), autor de unos 3.500 rollos completamente perdidos. Apoyado por los catálogos, escribió comentarios a cada uno de los poetas y estudió con profusión la estructura de la prosa de los oradores.

El asesinato de Ptolomeo VII Neofilopátor, hacia el 144 a.C., desató una crisis. Aristarco y todo su grupo de seguidores, sin vacilaciones, huyeron de Alejandría. Ptolomeo VIII, a quien sus contemporáneos odiaban, designó como director de la biblioteca a un militar sobre quien desconocemos absolutamente todo. Desde ese momento, no se supo nada más de los bibliotecarios.

VI

La brillante labor de la biblioteca fue ensombrecida por una sucesión interminable de ataques. Julio César, en la guerra por el trono de Egipto, se inclinó a favor de Cleopatra. Como consecuencia de esta elección, sobrevino una guerra civil en diversas regiones, incluida Alejandría. El 9 de noviembre del 48 a.C., las tropas egipcias, comandadas por Aquila, asediaron a César en el palacio real de la ciudad e intentaron capturar las naves romanas en el puerto. En medio de los combates, César mandó lanzar teas incendiarias contra la flota egipcia, reduciéndola a cenizas en pocas horas. Dión Casio supuso que el incendio alcanzó unos depósitos en el puerto, donde se quemaron numerosos libros.¹²⁹ Séneca, en efecto, confirmó la pérdida de 40.000 rollos en este hecho,¹³⁰ y Orosio reiteró que «al invadir las llamas parte de la ciudad consumieron cuarenta mil libros depositados por casualidad en los edificios».¹³¹

¿Estos 40.000 libros pertenecían a la biblioteca de Alejandría? Los eruditos aún discuten los pormenores. El historiador Edward Alexander Parsons lo negó.¹³² Luciano Canfora tampoco lo ha creído y advirtió que sólo se trataba de libros de un depósito para su posterior conservación.¹³³ Por mi parte, me arriesgo a conjeturar que esos 40.000 libros estaban en ese depósito después de haber llegado a Alejandría en distintos barcos, es decir, eran adquisiciones recientes para la biblioteca del museo. Por desgracia, los conflictos impidieron la llegada de los textos a su destino final.

Casi nunca se comenta, pero Claudio, gobernante de Roma desde el 41 hasta el 54, tras escribir en griego una obra sobre los etruscos y otra sobre los cartagineses, quiso celebrar la escritura de estos libros y creó un anexo del museo.¹³⁴ En cualquier caso, por aquel entonces Marco Antonio quiso demostrar su amor a Cleopatra donándole los libros de la biblioteca de Pérgamo.

VII

Existe una polémica, todavía vigente, sobre la destrucción de libros hecha por los cristianos. Algunos historiadores han acusado al patriarca Teófilo de haber atacado el Serapeum en el año 389 y la biblioteca el 391, con una multitud enfurecida. El historiador Edward Gibbon ha advertido que «Teófilo procedió a demoler el Templo de Serapis, sin otras dificultades que las encontradas por él en el peso y

en la solidez de los materiales [...]. La valiosa biblioteca de Alejandría fue saqueada o destruida; y cerca de veinte años después, la apariencia de los anaqueles vacíos excitó la furia y la indignación de cada espectador cuya mente no estuviese absolutamente oscurecida por un prejuicio religioso».¹³⁵

Al concluir la toma del Templo, los cristianos llenaron de cruces el sitio y demolieron las paredes. Teófilo era un hombre resentido, mezquino y oportunista: tras haber sido lector fanático de los escritos de Orígenes de Alejandría (185-232 d.C.), pasó a ser enemigo de todo cuanto le parecía derivado de la obra de este autor y condenó sus escritos en el Concilio de Alejandría del año 400.

VIII

El Serapeum fue destruido por órdenes de Teófilo, pero no hay un consenso unánime entre los historiadores en torno a quiénes destruyeron los libros del museo. ¿Fueron los romanos? ¿Fueron los cristianos? ¿O quizá los árabes? Para poder responder a esto debemos revisar qué pruebas hay contra los árabes, antes de seguir repitiendo una calumnia o una verdad a medias.

Según Eutiquio, el comandante Amrou ibn al-Ass, terminada la conquista de Egipto, dirigió una carta al segundo sucesor de Mahoma, Omar I (586-644), donde le presentaba el inventario de Alejandría: 4.000 palacios, 4.000 baños públicos, 400 teatros, 40.000 judíos y 12.000 tiendas. La misiva concluía así: «Los musulmanes parecen aguardar impacientes el disfrute de los frutos de su victoria».¹³⁶

Esta carta omitió la existencia de la biblioteca del museo, la cual era, sin lugar a dudas, un monumento de Alejandría. No obstante, el cronista y pensador Ibn al-Kifti, admirador de Aristóteles, recordó en sus páginas cómo el general Amrou se entrevistó con el comentarista Juan Filópono, quien le pidió tomar una decisión sobre el futuro de los libros de la biblioteca del museo y le advirtió que las actividades estaban momentáneamente suspendidas. Amrou no se atrevió a responder, y prefirió enviar otra misiva con el propósito de indagar qué pensaba el monarca sobre estos libros.¹³⁷

Pasado un tiempo, Amrou recibió la respuesta y leyó a Filópono, no sin pesadumbre, la decisión de Omar: «Con relación a los libros que mencionas, aquí está mi respuesta. Si los libros contienen la misma doctrina del Corán, no sirven para nada porque repiten; si los libros no están de acuerdo con la doctrina del Corán, no tiene caso conservarlos».

Amrou lamentó este criterio, pero fue obediente, según el cronista árabe Abd al-Latif, y no vaciló en cumplir la orden recibida: «La biblioteca de Alejandría fue incendiada y totalmente destruida».¹³⁸ Los papiros, según Kifti, sirvieron para encender el fuego de los baños públicos. En lugar de cualquier otro material, los textos de Hesíodo, Platón, Gorgias, Arquíloco, Manetón, Safo, Alceo, Alcmán y miles más, sirvieron como combustible durante seis largos y áridos meses.

Hasta aquí todo parece estar bien, pero hay eruditos que rechazan estos datos como apócrifos:

1) No hay ningún testigo coetáneo de los hechos. Abd al-Latif e Ibn al-Kifti vivieron entre los siglos XII y XIII, es decir, al menos seis y siete siglos posteriores al incidente.

2) La biblioteca del museo contenía libros de Aristóteles, el más conocido de los filósofos para el mundo árabe. Baste recordar que el Aristóteles de la Edad Media de Occidente vino de las traducciones árabes en su mayor parte. ¿Fueron destruidos todos sus libros?

3) Es muy posible que los cristianos destruyesen los libros considerados heréticos de la biblioteca del museo antes del siglo VI, cuando los árabes conquistaron Egipto. Si los monjes de Cirilo asesinaron sin escrúpulos a la hija del bibliotecario Teón, llamada Hipatia, si destruyeron el Serapeum, obviamente no tuvieron ningún impedimento para reducir a escombros la biblioteca, lo que daría sentido al hecho de no haber sido mencionada en el inventario destinado a Omar I.

4) Juan Filópono no pudo conversar con los enviados de Omar I porque vivió en el siglo VI y no en el VII.

Y aquí todo se complica aún más, pues nadie ha sabido explicar por qué las fuentes son árabes y no griegas, cristianas o romanas. Abd al-Latif e Ibn al-Kifti, los dos historiadores, eran árabes doctos y conocedores del pensamiento aristotélico. Según algunos especialistas en el tema, estos historiadores acusaron a Omar I para deslegitimar así la corriente dinástica de este califa y presentar ante el mundo árabe a Saladino (1137/38-1193), el héroe de las cruzadas, como un salvador, como un sultán contrario a Omar I.

Abd al-Latif e Ibn al-Kifti, en verdad, conocieron y admiraron a Saladino. En el caso de Ibn al-Kifti (muerto el año 1248), formado en El Cairo, hay un aspecto controvertido y es que su libro, titulado *Ta'rikh al-Hukama* (*Crónica de hombres sabios*), se conserva sólo en un epítome realizado por al-Zawzani en el año 1249, como lo ha destacado A. Dietrich.¹³⁹ Así como se perdieron unos 26 libros suyos sobre medicina y filosofía, pueden haberse perdido informaciones determinantes en el resumen hoy preservado.

De cualquier forma, la suposición de la destrucción de la biblioteca de Alejandría por parte de los árabes llegó a Occidente y comenzó a fortalecerse en el siglo xvii. El orientalista inglés Edward Pococke (1604-1691) divulgó esta idea en su traducción de 1649 de la obra *Specimen historiae arabum* de Bar Hebraeus. En 1656 contribuyó a afianzar esta posibilidad cuando apareció su edición de los *Anales* de Eutiquio en árabe y en latín. Su hijo Edward (1648-1727) completó el rompecabezas de la quema de la biblioteca cuando publicó la descripción de Egipto de Abd al-Latif.

Edward Gibbon, en *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* (1776-1788), puso en duda a los dos historiadores árabes, por su distancia cronológica de los hechos y porque en el mundo musulmán la práctica habitual era preservar los libros y no destruirlos.

La polémica se ha mantenido desde el siglo xviii. En el siglo xix, el doctor Le Fort se atrevió a decir que fueron los cristianos y no los árabes los causantes de la destrucción de la biblioteca de Alejandría, ante un auditorio de París. El obispo de Orleáns, monseñor Dupanloup, lo desmintió y acusó a Le Fort de tergiversar los datos. Un profesor de nombre Chastel publicó un artículo indeciso y apoyó la idea de Le Fort.¹⁴⁰ En España, la discusión interesó al padre Tomás Cámara, quien revisó y refutó ese texto, sin pruebas, en una célebre y fácilmente olvidable *Contestación a la historia del conflicto entre la religión y la ciencia* de Juan Guillermo Draper (Valladolid, 1880).

IX

Actualmente, la tesis de los árabes ha perdido fuerza y ha dado origen a nuevas hipótesis. Me limito a repasar tres de ellas:

1) Los romanos. Durante una rebelión en Alejandría ocurrida en el 215, ha dicho Dión Casio,¹⁴¹ las tropas romanas de Caracalla saquearon el museo. El año 272, cuando la reina Zenobia de Palmira decidió asaltar Alejandría, las persecuciones contra bibliotecarios y libros fueron despiadadas. El historiador Ammiano,¹⁴² al describir esta época, se refería al «ahora perdido lugar llamado Bruquion, duradero domicilio de prestigiosos hombres».

En el Bruquion estaban los palacios reales y el museo. El año 273, Aureliano devolvió la ciudad a Roma, pero sus soldados no respetaron la biblioteca. Tras los sucesos con Zenobia, el emperador Diocleciano instigó años más tarde la desaparición de todos los escritos de magia y alquimia hacia el 297. Supersticioso en exceso, creyó que los

alejandrinos podían aprender a convertir metales en oro con el propósito de comprar armas.¹⁴³ Diocleciano también persiguió a cientos de cristianos, como dice Anastasio el Bibliotecario,¹⁴⁴ y quemó los libros sagrados con fuego. Diocleciano hacía destruir los libros en el mercado.¹⁴⁵ Un registro antiguo ha advertido que el *Acta Martyrum* era muy costosa porque numerosos ejemplares habían desaparecido.¹⁴⁶

Llama la atención la abundancia de registros de censura y persecución contra libros cristianos en África. Los textos eran confiscados. Según el testimonio de Zenófilo, en Cirta, ciudad de Numidia, hacia el 395 se recogían los textos cristianos para su destrucción.¹⁴⁷ En Abisinia, el obispo Fundano le entregó los libros sagrados al magistrado y éste ordenó su quema, pero cuando los soldados los pusieron en una hoguera pública, llovió y las obras se salvaron.¹⁴⁸

2) Un terremoto. Al menos 23 terremotos asolaron Alejandría entre el 320 y el 1303. En el verano del año 365 un devastador terremoto acabó con numerosas edificaciones. De hecho, el equipo de Franck Goddio del Institut Européen d'Archéologie Sous-Marine, ha encontrado en el fondo de las aguas del puerto cientos de objetos y pedazos de columnas que demuestran el hundimiento en las aguas de parte de la ciudad de Alejandría.

3) La negligencia. Los diversos choques políticos y militares derivaron en la falta de presupuesto e interés en las actividades de la biblioteca. Los bibliotecarios se marcharon en busca de ciudades más tranquilas, como Roma, por nombrar una, y la labor de copiado fue progresivamente abandonada. Esta hipótesis no es en absoluto descartable.

X

Al hablar de esta destrucción sistemática de la biblioteca de Alejandría, hay que recordar al lector el número de obras de los depósitos. Según la *Carta de Aristeas*, hubo 20.000 rollos, y el plan del rey era alcanzar la cifra de 500.000. Aulo Gelio¹⁴⁹ y Amianno Marcelino¹⁵⁰ coincidieron al hablar de 700.000 rollos. Georgius Syncellus habló de 100.000 libros. Juan Tzetzes,¹⁵¹ comentarista bizantino, quiso mediar al referirse a la división de la biblioteca: con 42.800 manuscritos en el Serapeum y 490.000 en el museo, de los cuales 400.000 estaban editados y 90.000 aguardaban edición.

CAPÍTULO CINCO

OTRAS ANTIGUAS BIBLIOTECAS GRIEGAS DESTRUIDAS

LA BIBLIOTECA DE PÉRGAMO

Casi a la sombra, ignorada con saña, la historia de la biblioteca de Pérgamo es, a pesar de su misteriosa desaparición, un hito tan fascinante como la biblioteca de Alejandría, de la que fue rival. Según Estrabón,¹⁵² la fundó el rey Eumenes en el siglo II a.C. con la intención de desafiar a los monarcas de Alejandría. Vitruvio,¹⁵³ en un comentario menos polémico, resaltó que «los monarcas atálidas, estimulados por su gran amor por la filología, establecieron una magnífica biblioteca pública en Pérgamo».

A lo largo de los años, Eumenes llegó a reunir 200.000 o 300.000 volúmenes copiados en pergamino, un material más flexible, menos perecedero. El uso del pergamino se debió, como ha indicado Lido,¹⁵⁴ a la negativa de Ptolomeo V de exportar más papiro, con el fin de aniquilar la fuente de trabajo de los bibliotecarios de Pérgamo. Plinio¹⁵⁵ convalidó este dato al decir: «Después, por la rivalidad entre Ptolomeo y Eumenes por las bibliotecas, cuando Ptolomeo suprimió la exportación de papiros, otra vez de acuerdo con Varrón, los libros de ovejo fueron inventados en Pérgamo; y de ahí que el uso de este material se volviese común, tanto que vino a ser el instrumento de la inmortalidad del hombre [...]».

Galeno descubrió numerosas falsificaciones en esta biblioteca. Al parecer, la prisa por contar con una de las colecciones más valiosas del mundo fomentó deslices filológicos.¹⁵⁶ Uno de los casos más graves fue el del falso hallazgo de un discurso desconocido de Demóste-

nes; en realidad, apenas era un texto poco divulgado, pero ya editado en Alejandría. Laercio ha contado que los bibliotecarios a veces cometían censura contra los libros y expurgaban los pasajes que les parecían inconvenientes.¹⁵⁷

Con Crates de Malos como director de esta biblioteca se impuso una directriz filosófica,¹⁵⁸ con predominio de la doctrina estoica. Se privilegió el ejercicio de las conjeturas alegóricas homéricas, y la práctica etimológica, dedicada a intentar establecer dominios gramaticales inéditos para reforzar tesis epistemológicas. Un ejemplo del tipo de investigaciones realizadas por Crates puede ser el siguiente: mientras que varias generaciones consideraron la descripción hecha por Homero del escudo de Aquiles como una mera interpolación posterior (el *Escolio de Aristónico* S 483, hoy disponible, mencionó la atétesis de Zenódoto), Crates justificó el pasaje al proponer una lectura en la que las diez partes del Escudo correspondían exactamente a los diez círculos celestiales, lo cual hizo de Homero el padre de la astronomía.

Antígono de Caristo, hacia el siglo III a.C., trabajó en la biblioteca y se distinguió como biógrafo e historiador. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Antígono viajó y buscó testimonios sobre obras arquitectónicas, leyendas y personajes. El helenista Wilamowitz lo consideró un genio y advirtió en todos sus libros el afán por la amenidad y por el asombro.¹⁵⁹

Este esfuerzo se detuvo por las acciones bélicas en el Asia Menor. Se cree que Marco Antonio, tras la destrucción de Pérgamo, envió los pergaminos (unos 200.000) a su amada Cleopatra con el propósito de donarlos al Serapeum de Alejandría (era su manera de disculpar la quema del 47 a.C.). Por desgracia, esta información, proporcionada por Plutarco,¹⁶⁰ tiene por única fuente a un escritor desconocido llamado Calvisio.

En todo caso, la rivalidad acabó en remedo, mera mueca. No importa ya si los libros terminaron en los anaqueles de la biblioteca de Alejandría o fueron destruidos en Pérgamo: todos desaparecieron y la biblioteca es hoy un montón de ruinas.

LA DESAPARICIÓN DE CIENTOS DE OBRAS DE ARISTÓTELES

I

Alfonso Reyes se refirió a la obra perdida de Aristóteles de Estagira (384-322 a.C.): «[...] ya se sabe que, si de Platón conservamos las

obras exotéricas, de Aristóteles conservamos sobre todo las esotéricas [...]». ¹⁶¹ Lo que actualmente se preserva del filósofo son meros apuntes de clase, reunidos por bibliófilos o discípulos. Sus primeros diálogos, recopilaciones, epístolas y poemas, desaparecieron.

Para entender por qué sucedió esto convendría comenzar, a tal efecto, con una cita del geógrafo Estrabón de Amasia: «[...] [Aristóteles], hasta donde sé, fue el primer coleccionista de libros conocido y el que enseñó a los reyes de Egipto cómo ordenar una biblioteca [...]». ¹⁶² Aristóteles de Estagira fue el más renombrado bibliófilo en el mundo griego y uno de los primeros hombres en ser llamado El Lector. ¹⁶³ A la muerte del filósofo Espeusipo, sobrino de Platón y director de la Academia, obtuvo las obras de éste tras el pago de tres talentos. Su memorable colección de libros fue finalmente colocada en la biblioteca del Liceo, un gimnasio donde comenzó a formar estudiantes hacia el año 335 a.C.

Con el fin de instruir, Aristóteles impuso a sus alumnos un régimen para fomentar la lectura:

1) Estaban las lecciones *acroáticas* o *acroamáticas*, que eran sólo para iniciados y consistían en charlas en las que se discutían nociones profundas durante una caminata.

2) También estaban las lecciones *exotéricas* o *exteriores*, para aprendices, en las que se leían o recitaban las obras populares del pensador, como sus diálogos. Es probable que cada alumno asumiera un papel a interpretar y el propio Aristóteles condujera la conversación como una especie de moderador. ¹⁶⁴

De hecho, los escritos de Aristóteles, se admite hoy, estaban clasificados como sus lecciones: *exotéricos*, cuando eran diálogos al estilo platónico (hoy perdidos), y *acroamáticos* o *esotéricos*, cuando eran textos de uso interno en el Liceo.

II

El destino de la célebre biblioteca de Aristóteles, que es el destino de sus propios textos, cambió súbitamente por un hecho histórico decisivo en la historia de Grecia: la muerte abrupta e inexplicable de Alejandro Magno el 323 a.C. Aristóteles, que había sido tutor del conquistador, asesor del régimen macedonio y probablemente espía, fue acusado casi de inmediato de impiedad por el responsable de los sacrificios de Atenas. En su contra se esgrimió un poema compuesto en honor del tirano Hermias, un gran amigo suyo de la región de As-

sos, asesinado por los persas. Como Sócrates, Aristóteles pudo quedarse y beber la cicuta, pero huyó; se mudó al cercano pueblo de Calcis, en la isla de Eubea, donde la familia de su madre poseía tierras y una casa. Pronto redactó su testamento, seguro ya de morir (falleció, en efecto, el 322 a.C.), y legó su biblioteca y la dirección del Liceo al joven Teofrasto de Ereso.

Otro discípulo importante del Liceo, Eudemo de Rodas, genio de la aritmética, tras el nombramiento de Teofrasto, se retiró a su ciudad natal con un cargamento de copias de tratados, notas y diálogos del maestro, estableciendo así una nueva rama peripatética de gran influencia posterior en la cultura romana. Andrónico, quien llegaría a ser el editor de los trabajos de Aristóteles en el siglo I a.C., era, por ejemplo, nativo de Rodas.

Teofrasto impulsó el crecimiento del Liceo. Llegó a tener más de dos mil alumnos (no simultáneos, claro),¹⁶⁵ procedentes de todas las regiones de Grecia. Fue director del Liceo durante 34 o 35 años. A diferencia de su admirado maestro, tuvo la propiedad de la tierra donde estaba la escuela gracias a las gestiones de su discípulo y amigo Demetrio de Falero, y contribuyó de un modo que nos es totalmente desconocido a aumentar considerablemente la biblioteca del edificio. Ordenó la compra de ejemplares nuevos y escribió muchísimo. Laercio le atribuyó cientos de escritos sobre una enorme variedad de temas.¹⁶⁶ En cualquier caso, Teofrasto, a los ochenta y cinco años, dispuso el futuro de esa biblioteca. Se la entregó a un amigo suyo llamado Neleo: «[...] todos los libros, a Neleo [...]».¹⁶⁷

A la muerte de Teofrasto, Estratón de Lámpsaco quedó como director, lo cual no deja de sorprendernos. ¿Por qué los libros se los dejó sólo a Neleo? ¿Por qué no designó a Neleo como director? Según la conjetura magistral de Hans B. Gottschalk,¹⁶⁸ Teofrasto no le dio los libros a Estratón, a pesar de designarlo, y sí a Neleo, porque deseaba que éste preparara un catálogo y editara sus propios textos y los de Aristóteles. Neleo era todo un experto en la obra aristotélica; era, asimismo, un respetable discípulo de Teofrasto, con setenta años, y tenía relación suficiente con ese legado bibliográfico.

Otra causa de esta elección es la siguiente: tal vez los textos corrían peligro inminente en Atenas, debido a la cada vez más inestable situación política de la ciudad y dado que los atenienses conocían los vínculos del Liceo con los macedonios. Ya en el año 306 a.C, un líder llamado Sófocles propuso la prohibición de la enseñanza de la filosofía en Atenas, con miras al cierre del Liceo. No resulta descabellado pensar que Neleo había sido instruido por su maestro y amigo para llevarse los

libros a un lugar más seguro, bien Alejandría o bien su propia ciudad natal. Teofrasto dejó en manos de Neleo más de 157 títulos de Aristóteles, en 542 rollos de papiro, y 225 títulos suyos, en 463 rollos de papiro, lo cual suma la cifra alarmante de 382 obras, contenidas en más de 1.005 rollos de papiro. Si añadimos los cientos de originales o copias de autores presentes en la biblioteca del Liceo, estamos hablando de una biblioteca cuyos fondos podían poseer 10.000 papiros. Lo increíble es cómo pudo transportar Neleo estos manuscritos desde Atenas hasta las tierras tan lejanas donde los llevó, según los comentarios más fiables.

Pero ¿quién era Neleo en realidad? Se sabe que era respetado en el Liceo. Había nacido en Escépsis, ciudad del Asia Menor, en una fecha hoy ignorada del siglo IV a.C. Probablemente era coetáneo de Teofrasto. Su padre fue Corisco, amigo de Aristóteles, su compañero en Assos, donde vivieron bajo la protección de Hermias. La importancia de este hecho debe considerarse extrema: Platón, por ejemplo, mencionó a este Corisco en la *Carta Sexta*, donde lo definió como un estudioso urgido de experiencias políticas; Aristóteles lo nombró en sus obras sobre lógica y en la *Ética a Nicómaco*. Estos antecedentes y, sin duda, su propia formación, otorgaban a Neleo condiciones suficientes para ser designado sucesor de Teofrasto, pero no sucedió así. Al ser nombrado Estratón de Lámpsaco, apodado *El Físico*, como escolarca en el Liceo desde el año 288/6 a.C., Neleo recogió sus ropas, guardó sus libros y anunció su viaje a Escépsis, lo que dejó a los peripatéticos sin las obras del maestro.

III

Neleo, según una versión,¹⁶⁹ vendió los míticos libros a cambio de una elevada suma a la biblioteca de Alejandría. Según otra versión, los libros llegaron hasta Escépsis y allí se quedaron en manos de los herederos de Neleo, quienes los escondieron bajo tierra para evitar que fueran robados por los reyes atálidas.¹⁷⁰

El asunto es delicado: ¿Neleo vendió por afán de lucro los libros o escogió regalarlos a su familia, que se distinguía por su ignorancia? P. Moraux, con gran astucia, formuló, ante tantas contradicciones, una hipótesis sensacional: Neleo habría vendido a Ptolomeo *todos* los libros de la biblioteca de Aristóteles y de Teofrasto, pero *todos* los utilizados por éstos para sus labores de enseñanza y escritura. Quizá facilitó también originales de diálogos y copias de notas o de obras raras; hubo, no obstante, algo de burla en su acción.¹⁷¹

Mi tesis es diferente. Neleo, a mi juicio, accedió a vender un buen número de textos editados de Aristóteles y Teofrasto y los libros de otros autores de la biblioteca del Liceo. Se quedó, en cambio, con los manuscritos aún sin ordenar, específicamente con los escritos acromáticos, los cuales no estaban, por su condición de notas del maestro o de sus discípulos, en un estado de edición aceptable. Neleo conservó para sí la parte esotérica, la parte secreta, y sus descendientes los escondieron en un depósito para evitar su robo o saqueo.

La venta hecha fue realizada a través de un intermediario, el cual pudo ser Demetrio de Falero, quien todavía trabajaba para ese entonces en la biblioteca de Alejandría bajo las órdenes de Ptolomeo I. Demetrio era seguramente buen amigo suyo, pues ambos habían compartido en el Liceo las enseñanzas de Teofrasto. Que aceptara, además, deshacerse de muchos manuscritos tiene sentido por las siguientes razones:

- a) Porque el viaje a Escépsis exigía fondos.
- b) Porque el arriesgado traslado por tierra y por mar de una biblioteca de tal magnitud no podía ser obra de un solo hombre.
- c) Porque era una manera de garantizar la seguridad de los textos.

Una prueba de que algunos de los libros heredados por Neleo llegaron a Alejandría se encuentra en un documento de al-Farabi, conservado por Ibn-Abi-Usaybi'a,¹⁷² donde expresamente se destacó que el emperador Augusto, una vez conquistada Alejandría, «[...] inspeccionó las bibliotecas y la fecha de la producción de los libros, y encontró en ellas manuscritos de obras de Aristóteles, escritas en su tiempo y en el de Teofrasto[...]».

Ninguno de estos manuscritos podría haber estado en Alejandría de aceptar que Neleo no los vendió.

IV

Neleo guardó las obras acroamáticas en su casa y las legó a sus sucesores, *hombres ordinarios*, quienes las ocultaron en un lugar bajo tierra.¹⁷³ Para salvar los libros de los reyes atálidas, los condenaron a la humedad y los hongos. Doscientos años después, lo salvado fue adquirido por Apelicón de Teos, quien les pagó en oro. Ateneo ha confirmado que «[...] así filosofó las tesis peripatéticas, y compró la biblioteca de Aristóteles y otros muchos escritos —pues era rico— [...]».¹⁷⁴

Tras la adquisición, Apelicón completó un extraño ciclo y remitió los libros hasta su casa en Atenas, donde transfirió los textos a nuevas

copias que salieron con muchos errores. Apelicón era vanidoso y ladrón. Robó los originales de las antiguas resoluciones de la Asamblea de Atenas.¹⁷⁵ De acuerdo a un plan premeditado, obtuvo la ciudadanía ateniense y quiso ganar la simpatía del tirano Atenión, haciendo valer su dominio de los principios de la escuela peripatética, a la cual pertenecía este último. Apelicón divulgó su errónea labor filológica y recordó a sus compatriotas su adquisición, un símbolo útil en medio de la guerra de independencia contra los romanos que libraba en aquella época el general Mitrídates. La adulación, casi siempre, recompensa: finalmente fue enviado a Delos con un grupo de soldados, pero su ignorancia en materia militar permitió al general romano Orbio capturar a los griegos, aunque Apelicón logró huir.

Sila, en el 87-86 a.C., asedió y capturó Atenas. No quería destruirla; toleró un pillaje controlado, actitud que le valió el apodo de *El Afortunado*. Los soldados saquearon casa tras casa y encontraron a Apelicón refugiado en su biblioteca, donde lo asesinaron. Sila ordenó transportar sus libros en un barco hasta Roma, donde los expuso en su villa para envidia de los eruditos.¹⁷⁶ Ibn al-Kifti, al salvar un catálogo de los libros de Aristóteles hecho por un tal Ptolomeo El-Garib (El Extraño), retomó la versión de Estrabón y Plutarco y señaló, al reseñar el título 92, lo siguiente: «[...]los libros encontrados en la biblioteca de un hombre llamado Apelicón[...]».¹⁷⁷

Otro general romano, Lúculo, encontró manuscritos y copias de los escritos de Aristóteles en Amiso, tierra de sabios, y los trasladó a su casa en Roma; no olvidó traer entre los prisioneros de guerra a Tiranión, un erudito griego. Tiranión vivió en Roma desde el 67 a.C. y su condición de esclavo no le impidió consolidar, debido a su carácter amable y a su sabiduría, una hermosa amistad con Cicerón (106-43 d.C.), Ático y otros estudiosos del imperio. Escribió libros sobre problemas homéricos y textos gramaticales. Si nos atenemos al mismo Cicerón,¹⁷⁸ fue un consumado conocedor de la geografía de su tiempo. Entre otras cosas, creó una escuela temida por su rigor. Estrabón lo tuvo por maestro en Roma, seguramente hacia el año 30 a.C., y este vínculo hace pensar que toda su crónica sobre la transmisión de los libros de Aristóteles y Teofrasto tuvo como fuente una conversación o lección de Tiranión, cuyo mayor interés era convertirse en el editor de los míticos libros.¹⁷⁹

Sila y Lúculo pusieron sus bibliotecas a disposición de sus amigos. Cicerón, por ejemplo, iba a la de Lúculo y revisaba algunos textos de Aristóteles.¹⁸⁰ Tiranión, en cambio, siempre reconoció como más interesantes los manuscritos de la villa de Sila y planificó con premedi-

tación y alevosía un método para poder leer y editar los textos. No comunicó a nadie su proyecto; tenía por inspirador a su maestro en Rodas, Dionisio Tracio, un discípulo de Aristarco, el filólogo de la biblioteca de Alejandría. Sabía, entre otras cosas, del engaño de Neleo; sabía de la venta a Apelicón de Teos; no vaciló en acometer su empresa. Estrabón lo definió como «un amante de las cosas de Aristóteles» y dijo que «puso las manos en la Biblioteca por lisonjear». ¹⁸¹

Según parece, Apelicón produjo una pésima edición y arruinó decenas de libros; Tiranión tampoco logró una buena edición, lo cual inició una tradición de permanentes malentendidos en torno a los estudios aristotélicos. Plutarco, casi de refilón, dijo que Tiranión preparó *la mayor parte de las cosas*, es decir, los libros. ¹⁸² Con algo de paciencia y mucho egoísmo, Tiranión quiso culminar esta magna aventura intelectual, pero su muerte frustró su intento.

V

Andrónico, formado en la isla de Rodas, supuesto decimoprimer director del Liceo, hizo la edición definitiva de las obras de Aristóteles y Teofrasto. Hacia el 40 o 20 a.C., animado por los trabajos de Tiranión, editó las obras y dejó en el quinto volumen un catálogo de títulos hoy perdido. ¹⁸³ Porfirio admitió la existencia de una edición hecha por Andrónico, que se ordenaba por materias y no por fechas, edición que él imitó al clasificar las *Enéadas* de Plotino. ¹⁸⁴

No hay modo de saber qué refundió Andrónico, pero cambió la historia de los escritos aristotélicos al provocar el olvido de sus libros populares. ¹⁸⁵ Pudo haber creado el término de *metafísica* para referirse a los tratados relacionados con la filosofía primera. Mouraux, escéptico ante esta presunción, ha sugerido que el catálogo de Laercio sí contenía el título de *Metafísica*, pero dado que existe una laguna de cinco títulos en la cuarta columna de las cinco en las cuales fue transcrito el catálogo, puede pensarse que ese espacio era ocupado, junto con otros cuatro títulos, por el de *Metafísica*. ¹⁸⁶ De cualquier modo, se trata sólo de una nueva conjetura.

Cicerón no conoció la edición de Andrónico porque murió el 43 a.C., pero pudo reconocer tempranamente las diferencias existentes entre los escritos exotéricos y los acroamáticos. ¹⁸⁷ En *De Finibus* (V5,12) estableció que los escritos morales fueron *escritos popularmente*, como si fueran exotéricos, en tanto los otros eran *más limados* y difíciles. Una de sus cartas reveló su gusto por ir a la villa del hijo de Si-

la, Fausto, a leer los libros de Aristóteles.¹⁸⁸ Fausto heredó todas las riquezas de su padre, entre las cuales sobresalió la biblioteca capturada en Atenas, y al menos por un tiempo fue el centro de atención de los intelectuales. Su derroche lo arruinó y en poco tiempo debió publicar la lista de sus bienes para rematarlos. Con la venta, la biblioteca quedó en distintas casas y desde entonces los volúmenes se perdieron.

Lo único conocido es que el emperador Caracalla (188-217), en una crisis de locura, ordenó quemar muchos de los libros de Aristóteles y de la escuela peripatética porque consideraba responsable al pensador de la muerte de Alejandro Magno, esto es, le atribuyó el envenenamiento sufrido por éste.¹⁸⁹

VI

En la historia de la pérdida de los escritos de Aristóteles hay una ausencia que ha dado origen a la más intensa discusión de todos los tiempos en el ámbito literario. Se trata, sin duda, de la desaparición o destrucción del segundo libro de la *Poética* de este pensador, dedicado al estudio de la comedia antigua y al del concepto de catarsis. Su existencia ha sido cuestionada, pero hay suficientes pruebas para demostrar lo contrario. De hecho, la destacan los tres catálogos de la obra de Aristóteles preparados en la antigüedad. El comentarista Eustracio, en el 1100, por ejemplo, en sus *Comentarios sobre la Ética Nicomáquea* dijo que Aristóteles mencionó el Margites de Homero en el primer libro de la *Poética*, lo cual evidencia una continuación.¹⁹⁰ Es el mismo caso de William de Moerbeke, quien en su traducción latina de la *Poética*, usó un título ilustrativo: «*primus Aristotilis de arte poetica liber explicit*». Ese «primus» ha hecho temblar a decenas de profesores de filosofía.

Sobre cómo pudo perderse, coexisten varias teorías. Cito algunas de las más importantes:

1. Umberto Eco, en *El nombre de la rosa* (1980), propuso una hipótesis interesante: el segundo libro fue destruido progresivamente por la Iglesia en su intento por contener la influencia de las comedias.

2. Jacob Bernays se basó en una cita del filósofo Proclo, donde éste discutió los efectos de la comedia y la tragedia en las emociones humanas, para señalar que en el siglo v d.C. todavía podía leerse la obra.¹⁹¹

3. Ingram Bywater ha escrito que el segundo libro se perdió

cuando los libros de Aristóteles estaban en rollos de papiro separados, por lo cual no fueron transferidos a códices.¹⁹²

4. Valentín García Yebra, en el prólogo a su traducción castellana de la *Poética*, advirtió que el segundo libro desapareció por el desinterés por la comedia y la elaboración de epítomes cuya superficialidad fomentó la falta de copias de la obra original.¹⁹³

5. El helenista Richard Janko ha tenido otra idea: la *Poética* era el último de los libros en la edición de las obras de Aristóteles, lo cual pudo haber ocasionado que la falta de interés suspendiera la reproducción y el volumen desapareciera sin dejar otro rastro que un epítome bizantino, el *Tractatus Coislinianus*, el cual, según él, es un resumen de ese segundo libro.¹⁹⁴

Quiero señalar que mi sospecha, solitaria, escéptica, procede precisamente de la idea de Janko. El desinterés fue la verdadera causa de la desaparición de este mítico segundo libro, y una tradición paralela, secreta, persuasiva, comenzó desde entonces con epítomes para recordar el contenido: uno de esos intentos es el famoso *Tractatus Coislinianus*.

MÁS BIBLIOTECAS EN RUINAS

La historia cultural de la Grecia clásica, según se ha visto, es también la historia de decenas de bibliotecas desaparecidas. Además de las ya mencionadas, que acaso son las de mayor prestigio, hubo otras.¹⁹⁵ Aulo Gelio comentó que la biblioteca del tirano Pisístrato se la llevó el persa Jerjes y que fue devuelta por el rey Seleuco.¹⁹⁶

En el siglo II a.C., Mar Ibas insistió en que Seleuco, al ser nombrado rey, quemó todos los libros encontrados en el mundo «porque quería que el cálculo del tiempo comenzara con él». En las llamas de la biblioteca de Atenas ardió el manuscrito de la *Historia* de Tucídides, y, de acuerdo con su extraño relato, Demóstenes volvió a dictar la obra entera porque la sabía de memoria.¹⁹⁷ Según Luciano de Samósata, el orador había copiado a mano ocho veces este volumen.¹⁹⁸ Otros libros que debieron de arder fueron las ediciones de la *Iliada* y la *Odisea*, cuya primera edición escrita fue gestada por el tirano Pisístrato.

No hay modo de saber qué sucedió con bibliotecas como la de Atenas, fundada por Adriano.¹⁹⁹ Los Ptolomeos hicieron construir también en Atenas el Ptolemaion, un edificio que constaba de una biblioteca regular. Hay una inscripción donde puede leerse que «[...] dedicaron un vaso a la diosa madre y Estefanoro 17 dracmas, de

acuerdo al decreto de Dioscorides, el hijo de Dioscorides de Fegas. También dedicaron cien libros a la biblioteca en el Ptolemaion según el decreto [...]».²⁰⁰

Y así como este texto se han conservado otros.²⁰¹ No queda nada de la biblioteca construida por Arquímedes de Siracusa para el tirano Hierón en un barco de lujo llamado *Alejandrina*.²⁰² Eurípides tuvo una estupenda biblioteca privada, que se dispersó a la muerte del autor.²⁰³

En la *Anábasis* hay un pasaje memorable (VII, 5, 14), donde el narrador, tras un intento de motín, refirió su llegada a Salmideso, en cuya costa encontraron «muchas camas, muchas arcas, muchos libros y muchos objetos transportados por los navegantes en baúles [...]». El espectáculo debió de impresionar a Jenofonte, alumno y amigo de Sócrates.

Existe una inscripción con un catálogo alfabético referido a la biblioteca de Rodas.²⁰⁴ El orden mantenido ofrece un modelo de lo que era un catálogo:

Beocios
Aristaichmos, uno
Cleón, uno
Fedondas o sobre la [oligarquía]
Sobre la legislación de los atenienses, cinco
Hegesias, Discursos en favor de los Atenienses
Aspasia, uno
Alcibiades, uno
Teodectes, Arte, cuatro
Sobre la Anficciónía, uno
De Teopompo, Lacónico, uno
Corintíaco, uno
Mausolo, Olímpico, uno
Filipo, uno
Encomio de Alejandro, uno²⁰⁵

Antíoco III el Grande fundó una biblioteca en Siria y designó al poeta Euforión de Calcis (276-200 a.C.) como director.²⁰⁶ Una inscripción del siglo II a.C. prueba que existió una biblioteca en Cos, apoyada por benefactores interesados en contar con mejores textos.²⁰⁷ Entre otros datos, la inscripción registra una donación de 100 dracmas. Hoy ni siquiera las ruinas de estas dos bibliotecas subsisten.

La epigrafía²⁰⁸ ha hecho posible saber de otras bibliotecas como la de Milasa, en el Asia Menor. En Tauromenio hubo, según una ins-

cripción descubierta, una biblioteca anexa al gimnasio.²⁰⁹ Lo mismo puede decirse de Olimpia,²¹⁰ Afrodisia, Corinto, Dirraquio,²¹¹ Edesa, Nisa, en la Caria, Prusa, Esmirna, Solos y en Pela, construida por Filipo de Macedonia. Tampoco sobrevivieron.

En Delfos hubo una biblioteca con libros de oro: «Un libro de oro de Aristómaco de Eritrea, quien había ganado la competencia dos veces con un poema épico, fue dedicado al tesoro de los Sicionios de Delfo [...]».²¹² Tenemos pruebas de la existencia de bibliotecas en Egina,²¹³ Creta, Chipre²¹⁴ y Eretria, igualmente extintas. Los archivos de los santuarios no se preservaron: ya no queda nada de los textos y registros del Pritaneo, de Metrón, de Dura Europos, de Creofilakion, de Epidauro.²¹⁵

El fin de la dominación griega legalizó, por así decirlo, el olvido y condenó a la destrucción a miles de obras y centros intelectuales. Según Galeno, factores como los incendios y terremotos, abundantes en ese tiempo, destruyeron igualmente innumerables libros entre los griegos.²¹⁶

CAPÍTULO SEIS

ISRAEL

EL ARCA Y LA DESTRUCCIÓN DE LAS TABLAS DE LA LEY

La historia de Israel es la historia de la relación de un pueblo con un dios extremadamente ambiguo. Los intermediarios en ese vínculo se distinguieron por su cólera y celo, lo cual puede explicar por qué el primer líder hebreo fue un destructor de libros. Como es sabido, Moisés, tras descender de una montaña en el desierto del Sinaí con el escrito elaborado por Yahveh con su propio dedo, encontró al pueblo adorando a un becerro de oro y «encendido en cólera, tiró las tablas y las rompió al pie de la montaña» (Éxodo, 32, 19). Además de esto, ordenó matar al hermano, amigo y familiar de los culpables y al final de la sangrienta jornada murieron tres mil personas como sacrificio a Dios, quien perdonó al pueblo e invitó a Moisés a volver a labrar de nuevo dos piedras para escribir los llamados Diez Mandamientos (Éxodo, 34, 1). Esta historia se torna más compleja cuando conocemos que Yahveh exigió la construcción de un Arca para guardar las tablas.

El Arca de la Alianza, construida por Besalel (cuyo nombre significa «a la sombra de Dios»), estaba hecha de madera de acacia negra de unos dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho, y codo y medio de alto (Éxodo, 25, 10), lo cual es, más o menos, 1,31 metros de largo por 0,78 metros de alto y ancho. La idea de su exterior e interior fue revelada con minuciosidad a Moisés: «La cubrirás de oro puro, por dentro y por fuera, y en torno de ella pondrás una moldura de oro. Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en

los cuatro ángulos, dos de un lado, dos del otro. Harás unas barras de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y las pasarás por los anillos de los lados del arca para que pueda llevarse. Las barras quedarán siempre en los anillos y no se sacarán».

La tapa era de oro, con dos querubines alados de oro, esculpidos en los extremos. Siglo tras siglo, el Arca constituyó un talismán sagrado contra los enemigos. Estuvo en varios lugares hasta que Jeremías la ocultó en una gruta secreta, donde debía permanecer (Macabeos, 2, 1-8). Nunca más se supo de las tablas.

EL LIBRO DE JEREMÍAS

La Biblia contiene otro pasaje donde se evidencia la antigüedad de la quema de libros en el mundo hebreo. El profeta Jeremías dictó sus palabras al escriba Baruc, quien se lo entregó a Judí, un hijo de Natanías. Éste no vaciló en llevarlo ante el rey:

[...] Estaba el rey en las habitaciones de invierno, era el noveno mes, y tenía delante de sí un brasero encendido, y según iba leyendo Judí tres o cuatro columnas del volumen, lo iba rasgando el rey con el cuchillo del escriba y lo arrojaba al fuego del brasero, hasta que lo quemó todo [...]. (Jeremías 36,4.)

La destrucción de este texto no impidió que tuviéramos el actual libro de Jeremías, pero anunció las persecuciones que los romanos pondrían en práctica.

LA ADORACIÓN DEL LIBRO HEBREO

La idea de un libro dictado por Yahveh hizo creer a los judíos que se trataba de un libro sagrado, un libro de libros, cuyo sentido encerraba toda la racionalidad posible del mundo. Lo curioso de esta tradición está en sus consecuencias: al considerar sagrados los libros, cada letra pasó a tener una significación mágica (estudiada por la Cábala), pero en su idioma original y en ningún otro.

Existía una disposición a la protección de las escrituras. El historiador Flavio Josefo ha contado que los judíos preferían dejarse matar antes que aceptar la profanación de sus textos.²¹⁷ Una de las razones del levantamiento de los macabeos fue precisamente la destrucción

de obras por parte de los soldados de Antíoco IV: «[...] y los libros de la Ley que hallaban los rasgaban y echaban al fuego. A quien se le hallaba con un libro de la alianza en su poder y observaba la Ley, en virtud del decreto del rey se le condenaba a muerte [...]».

No obstante, los romanos doblegaron el orgullo judío y destruyeron numerosos libros. La destrucción del Templo de Jerusalén en el 70 acabó con cientos de textos, aunque los judíos lograron esconder algunos. El mismo Josefo se arriesgó para salvar volúmenes del Templo.²¹⁸ Según una hipótesis actual, en el Templo estaban los textos oficiales religiosos; el resto eran copias elaboradas por competentes escribas.

LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

En 1947, unos jóvenes beduinos que perseguían una cabra, entraron en una cueva situada al noreste del Mar Muerto, cerca de las ruinas de la antigua comunidad de Qumran, y, para su sorpresa, encontraron varias jarras cilíndricas que contenían rollos sagrados. Al informar de su hallazgo, arqueólogos y teólogos iniciaron la exploración de once cuevas y lograron recuperar una biblioteca escondida durante dos mil años, con rollos intactos y algunos otros destruidos, los cuales son, para los filólogos, un crucigrama siniestro (15.000 fragmentos).

Los textos, escritos en hebreo, arameo y, excepcionalmente, en griego, son extraordinarios. El primer aspecto sorprendente es que se trata de la primera colección conocida de escritos del Antiguo Testamento; hasta entonces el *Códice Aleppo*, del siglo x, era el código bíblico más antiguo. Así, hay una copia del libro de Isaías anterior en más de mil años a cualquier otra. El segundo aspecto se relaciona con el acto mismo de esconder la biblioteca: fue deliberadamente ocultada en las cuevas alrededor de los años 66 o 70, cuando las tropas romanas combatían contra los judíos rebeldes. Como tercer aspecto, se debe señalar que se atribuye a los esenios la escritura de los rollos.

A modo de cuarto punto, conviene destacar el material usado: casi todos están hechos con pieles, con papiros y al menos uno es de cobre. Escritos con una tinta con una base de carbón, no muestran sensibilidad por los signos de puntuación o división de los párrafos y, como muchos manuscritos griegos, tampoco respetan los espacios entre palabra y palabra. El más extenso de los manuscritos, llamado *el Rollo de los Salmos*, apareció en 1956 en la Cueva 11, y las columnas

conservadas muestran entre catorce y diecisiete líneas. El *Tetragramatón*, la cuarta letra del nombre divino de Dios, aparece en este rollo para magnificar su poder. Como quinto aspecto, los rollos han sido divididos en tres categorías: bíblicos, apócrifos y sectarios.

Como prueba del temor causado por estos manuscritos, está la historia del jesuita José O'Callaghan. Este erudito ha estudiado durante toda su vida un pequeño trozo de papiro encontrado en la Cueva 7, descubierta en 1955 y se atrevió a decir, en un artículo de 1972, que el fragmento de papiro conocido como 7Q5 es un fragmento del Evangelio de San Marcos (6,52-53), escrito probablemente hacia el 50, lo cual significa, entre otras cosas, que este diminuto texto, con apenas unas letras, demuestra de forma contundente la existencia histórica de Cristo, porque su composición es apenas posterior a su muerte en unos 30 años. Semejante hallazgo le ha valido, por supuesto, toda clase de críticas violentas y ataques arteros. Los teólogos no parecen preparados para admitir la existencia de Cristo más allá de la fe.

LOS PROFETAS BIBLIÓFAGOS

Los raros casos de bibliofagia (esto es, de «libros comidos») más famosos están descritos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Ezequiel ha dicho que Dios le presentó un rollo de papiro y le ordenó:

Abre la boca y come lo que te presento. Miré y vi que se tendía hacia mí una mano con un rollo. Lo desenvolvió ante mí y vi que estaba escrito por delante y por detrás, y lo que en él estaba escrito eran lamentaciones, elegías y guayes.

Y me dijo: Hijo de Hombre, come eso que tienes delante; come ese rollo y habla luego a la casa de Israel. Yo abrí la boca e hízome él comer el rollo, diciendo: Hijo de hombre, llena tu vientre e hincha tus entrañas con este rollo que te presento. Yo lo comí y me supo a mieles. (2, 8 y 3,1-4)

En el Apocalipsis de Juan de Patmos se retoma esta idea de tragar una obra:

[...] La voz que yo había oído del cielo, de nuevo me habló y me dijo: Ve, toma el librito abierto de mano del ángel que está sobre el mar y sobre la tierra. Fuime hacia el ángel diciendo que me diese el librito. Él me respondió: Toma y cómelo, y amargará tu vientre, mas en tu boca será dulce como la miel. Tomé el librito de mano del ángel y me puse a co-

merlo, y era en mi boca como miel dulce; pero cuando lo hube comido sentí amargas mis entrañas. Me dijeron: Es preciso que de nuevo profetices a los pueblos, a las naciones, a las lenguas y a los reyes numerosos [...] (10, 8-11).

Sin duda, el sabor dulce y amargo debe referirse al contenido, hermoso en la superficie y fuerte en su interior. Tragar el libro garantiza la transferencia de propiedades, la transmisión de conocimientos. En lugar de leerlo, el bibliófago recibe directamente la enseñanza y queda capacitado para hablar distintas lenguas o expresarse de forma más segura.

Hacia el 130 d.C., Artemidoro escribió sobre los sueños y en su catálogo mencionó aquellos donde se comen libros: «[...] Soñar con comer un libro es bueno para personas instruidas, para sofistas y para todos aquellos que se ganan la vida disertando sobre libros [...]».²¹⁹

Muchos pueblos eran antropófagos para obtener poderes sobrenaturales. Si se asumen las propiedades divinas de un libro, si se lo cree parte de Dios, no debe parecernos extraña la ambición de devorarlo. Gérard Haddad²²⁰ ha sostenido que «comiendo el Libro de su grupo de origen, cada sujeto sufre una profunda metamorfosis. Por la identificación amorosa con su grupo, con la inscripción en una genealogía que ella implica, recibe su aptitud futura para engendrar, para convertirse a su turno en hombre y padre en ese grupo [...]».

CAPÍTULO SIETE

CHINA

SHI HUANDI, EL DESTRUCTOR

Zhao Zheng se convirtió en el 246 a.C., a los trece años, en el líder de Qin, uno de los tantos feudos en los cuales estaba dividida la China antigua. La corta edad del muchacho, por supuesto, entusiasmó a sus enemigos, pero se trató de una apreciación superficial y no de un juicio correcto. De nariz prominente, ojos grandes, voz recia y hábitos de guerra, hijo de la concubina de un comerciante adinerado, Zhao Zheng no pudo ejercer el mando hasta el año 238 a.C., pero apenas se supo rey mató al amante de su madre y mandó al exilio al tutor regente.

De inmediato comenzó una campaña contra el resto de los feudos dominantes y los sometió uno por uno. Creía que las causas de las interminables guerras de la región residían en la condición feudal. Intentaron asesinarlo, pero como siempre sucede en estos casos, fortalecieron su coraje. En el 230 venció al último príncipe Han. En el 228 capturó Hantan. En el 226 conquistó Yan. En el 225 sumó a su territorio Daliang, capital de Wei. En el 223 sometió Chu. En el 221 Qi, en la actual provincia de Shandong, fue suya. En el 220, una campaña feroz lo hizo dueño de Fujian y Guangxi. Ya para el 215 a.C. era dueño de un verdadero imperio, y ordenó colocar una inscripción en Taizhan: «He reunido a todo el mundo por primera vez».

No vaciló en matar, sobornar y destruir a todos sus opositores, convirtiéndose, al mismo tiempo, en un monarca rico y poderoso.

Además era ansioso, ególatra y jamás benevolente. Un día decidió adoptar un título universal para declarar su majestad. Se proclamó entonces Huandi (augusto soberano), y, seguro de su inmortalidad, anticipó a este nombre el de Shi (Primero) y así fue Shi Huandi. Siguiendo una tradición, consideró oportuno basar su dinastía en tres principios: en el número 6, en el agua y en el color negro.²²¹

Asesorado por su leal ministro Li Si, uno de los discípulos más inteligentes de Xunzi, de la escuela de los legalistas,²²² impuso la doctrina de la ley. Las medidas, las pesas, el ancho de los caminos, las vestimentas, las opiniones, los modos de lucha e incluso el idioma, todo fue uniformizado. Centralizó el ejército, sujetó numerosas actividades económicas a controles que implicaban, casi siempre, la conversión de los comerciantes en agricultores. Creó 36 distritos con administradores celosamente vigilados. El historiador Arthur Cotterell ha dicho: «En su lucha por imponer la uniformidad se convirtió en uno de los grandes destructores de la historia [...]».²²³

Misterioso, Shi Huandi nunca se dejaba ver, y era imposible saber en cuál de sus 260 palacios se encontraba. En el fondo, no sólo quería impresionar sino restar posibilidades a sus enemigos. Viajaba sin avisar a lugares remotos, en busca del elixir de la inmortalidad o para seducir vírgenes. Veneraba, con la pasión de los déspotas, el reinado del orden.

Con fines militares hizo que el general Meng Tian, junto con 300.000 soldados, enlazara en el 214 a.C. las antiguas murallas en las frías tierras de la frontera del norte, para así consolidar una sola Gran Muralla, destinada a contener las invasiones de los *xiongnu*. En la construcción de ese bastión militar murieron miles de hombres, aunque no se terminó. Fue reparada en el siglo IV y complementada en los siglos XV y XVI. También ordenó construir una tumba monumental, cerca de Xianyang, en la cual trabajaron 700.000 hombres durante 36 años. Como custodios de su extraño mausoleo se construyeron miles de soldados de terracota.

El año 213 a.C., en el cual un grupo de hombres intentaba reunir todos los libros en Alejandría, Shi Huandi ordenó quemar todos los libros, excepto los que versaban sobre agricultura, medicina o profecía. Entusiasmado por sus acciones contra la casta de los letrados, creó una biblioteca imperial dedicada a vindicar los escritos de los legalistas, defensores de su régimen, y ordenó confiscar el resto de los textos chinos. De hogar en hogar, los funcionarios se apoderaron de los libros y los hicieron arder en una pira, para sorpresa y alegría de quienes no los habían leído.

El peor delito era ocultar un libro, sancionado con el envío del infractor a trabajar en la construcción de la Gran Muralla. Sima Qian (h. 145-85 a.C.), el gran cronista de China, reseñó el acontecimiento:

[...] Las historias oficiales, con excepción de las Memorias de Ts'in, deben ser todas quemadas. Excepto las personas que ostentan el cargo de letrados en el vasto saber; aquellos que en el imperio osen esconder el Shi King y el Schu King o los discursos de las Cien Escuelas deberán ir a las autoridades locales, civiles y militares para que aquéllos los quemen. Aquellos que osen dialogar entre sí acerca del Shi King y del Schu King serán aniquilados y sus cadáveres expuestos en la plaza pública. Los que se sirvan de la Antigüedad para denigrar los tiempos presentes serán ejecutados junto con sus parientes [...]. Treinta días después de que el edicto sea promulgado aquellos que no hayan quemado sus libros serán marcados y enviados a trabajos forzados [...].²²⁴

Centenares de letrados reacios murieron a manos de los verdugos y sus familias sufrieron incontables humillaciones. Esta medida, además, acabó con cientos de escritos recogidos en huesos, conchas de tortuga y tablillas de madera.

Shi Huandi odiaba los escritos de Kongfuzi o Confucio y los hizo quemar. Algunos años más tarde, cuando los sirvientes limpiaban la Biblioteca Central, descubrieron una copia oculta de los escritos de Confucio. No es imposible que un bibliotecario se burlara de este modo de la autoridad constituida.

En el año 206 a.C., sin embargo, ocurrió un hecho ajeno a los planes del emperador: la guerra civil no respetó la condición venerable de la biblioteca, que fue arrasada. Sólo en el año 191 a.C., durante la dinastía Han, pudo restituirse la memoria de China, pues numerosos eruditos habían conservado en la memoria obras enteras y, salvo por algunos deslices que hoy aún aturden a los sinólogos estadounidenses, pudieron componer nuevamente la literatura de su tiempo.

LA PERSECUCIÓN CONTRA LOS TEXTOS BUDISTAS

El período de destrucción de obras iniciado por Shi Huandi no cesó en los años venideros. Hacia el año 99 a.C., el cronista Sima Qian,²²⁵ llamado el Herodoto oriental por sinólogos europeos, no describió correctamente la magnificencia, el poder y la legitimidad del emperador al referirse a las luchas contra los invasores *hsiung-un* y esta falta de delicadeza de su parte, acaso la timidez de ciertos adje-

tivos, le costó un juicio que concluyó con su castración y la quema del material. Hoy se lee su texto *Shiji* de un modo incompleto.

La introducción del budismo en China fue accidentada. Los neo-confucianos rechazaron el budismo por insustancial, por su teoría de la renunciación y del vacío. Así como en el pasado los confucianos fueron perseguidos por los miembros de la escuela legalista, ellos combatieron y alentaron el desprestigio del budismo. En todo caso, el *Mahayana* o *Gran Vehículo* logró imponerse a partir del siglo I d.C.²²⁶ tras la adaptación de términos como *sangha* o comunidad de monjes y la revisión de las relaciones familiares y la iluminación. La posibilidad de que cualquiera podía ser un *Bodhisattva* o salvador cundió en el ánimo popular. Durante este proceso, no pocas veces los textos budistas sufrieron confiscación y destrucción. Las persecuciones contra monjes y obras ocurrieron casi desde el principio y arreciaron entre los años 446 y 452, en el 574 y todavía Wuzong, en el 845, ordenó arrasar 4.600 templos y decenas de escritos.

En la llamada Ruta de la Seda, en China, se descubrió, en 1900, una serie de grutas en el sector sur de Dunhuang, en Mogao,²²⁷ un oasis en medio del temible desierto de Gobi, y en su interior se hallaron miles de textos sagrados del budismo, muchos en buen estado, pero otros en fragmentos, pertenecientes a los siglos V al XI. Al parecer, las grutas comenzaron a ser pintadas y utilizadas desde el año 366, cuando el bonzo Yuezun excavó, después de una visión, la primera gruta. A lo largo de 1.500 años, desde los Dieciséis Reinos hasta la dinastía Yuan, se mantuvo este espíritu que llevó a la idea de la Cueva de los Cánones Búdicos, una especie de biblioteca donde se guardaron 50.000 manuscritos y obras artísticas. Con este depósito de libros sagrados se pretendió proteger una cultura de toda posibilidad de censura. El número de grutas del sector sur sobrepasó las quinientas. En las 243 grutas del sector norte había libros de sutras en ocho idiomas: chino, tibetano, uigur, sánscrito, xixia, basba, uigur-mongol y sirio. Entre otros, apareció el misterioso libro *Oro quebrado*, y algunos fragmentos del libro *Sutras originales* de Ksitigarbha, el único ejemplar que existe.

CAPÍTULO OCHO

ROMA

CENSURA Y PERSECUCIÓN EN EL IMPERIO

El formato de los libros se mantuvo en Roma, es decir, continuó el rollo de papiro y el pergamino, pero la tenaz actividad destructiva prosiguió también.²²⁸ Los libros del legislador Numa, unos doce escritos hierofánticos y doce filosóficos, fueron colocados en dos cajas sepultadas con su creador. El año 181 a.C., una inundación sacó las cajas a la luz y fueron leídas, con temor reverencial, por el pretor Quinto Petilio, quien las llevó al comicio, «donde se quemaron».²²⁹ Tito Livio aclaró que el Senado podía llamar a los magistrados a fin de que se «recolectaran libros para ser quemados», hecho que ocurría alrededor del 186 a.C.²³⁰

El templo de Júpiter, construido en la época de Tarquino el Soberbio, último de los reyes etruscos, guardaba en su interior los *Libros Sibilinos*, que eran estudiados por unos sacerdotes llamados «flámines». La historia de los libros no tiene desperdicio. Según parece, la Sibila de Cumas le trajo al rey Tarquino Prisco nueve libros y le pidió trescientas piezas de oro por este material. El rey, por supuesto, se rió y se negó rotundamente; la sibila quemó varios libros y le preguntó cuánto le daría por ellos, y esta vez el rey se sorprendió y comenzó a sentir miedo porque presumió que en esos libros estaba escrito el futuro de Roma. La Sibila volvió a quemar más libros, y, finalmente, el rey terminó pagando las trescientas piezas de oro.²³¹ En el año 83 a.C., un incendio destruyó estas obras, aunque se preservaron unos ejemplares, quemados en dos posteriores oportunidades: el 69 y el 80. Se

cuenta que Augusto salvó algunos de los Libros Sibilinos y los colocó en el templo de Apolo en el Palatino, donde también ardieron años después. Días antes de su muerte, un tal Estílico, en el 408, destruyó el resto de los libros sibilinos.²³²

El defensor de Virgilio, Augusto, destruyó millares de obras no sin alegar razones de Estado. Fue Augusto quien prohibió el año 8 la circulación de *Ars Amatoria* de Ovidio (obra quemada de nuevo en Florencia por Savonarola en 1497 y hacia 1599 en Inglaterra, en la versión del espía y dramaturgo Christopher Marlowe, por órdenes de los arzobispos de Canterbury y de Londres). Augusto, según Tácito,²³³ ordenó quemar todos los escritos de Casio Severo. Desterrado, pasó sus últimos días (hablo del 35 d.C.) sentado ante una piedra donde escribió una crónica del mundo nunca leída por sus opositores ni por sus amigos. La *Historia* de Timágenes de Alejandría fue quemada públicamente por orden de Augusto, quien llegó a pensar que este autor no había escrito su obra con el respeto merecido por él.²³⁴ También Augusto quemó más de dos mil libros griegos y romanos que le disgustaban. Era, al parecer, un lector radical.²³⁵

Alguien resentido, al parecer, acusó a un poeta de injuriar en su obra al mítico Agamenón; otra acusación peligrosa imputó a un historiador haber escrito alabanzas a Bruto y Casio. Tiberio, ofuscado, condenó a muerte a éstos y a otros escritores destruyendo sus libros con verdadera saña. Olvidó que los mismos poetas ajusticiados leyeron sus creaciones a Augusto, quien las elogió.²³⁶

Al senador Cremucio Cordo le quemaron sus libros en la época de Tiberio y lo conminaron a suicidarse.²³⁷ Calígula, sucesor de Tiberio, recomendó años más tarde sacar de circulación las obras de Cremucio,²³⁸ lo cual prueba que la censura no pudo acabar con sus obras. Domiciano procuró paliar los incendios de las bibliotecas causados por las incursiones bárbaras enviando mensajeros a Alejandría en busca de copias fieles de los clásicos. Esta labor la acompañaba de una insana tendencia a destruir en quemaderos públicos todos los libros sospechosos de ofenderlo. Los poetas eran apaleados y los editores crucificados o empalados.

Al menos 3.000 tablas de bronce se quemaron en el incendio de la época de Nerón. Las tablas se hallaban en la colina Capitolina y «eran el registro más hermoso y antiguo del Imperio que comprendía decretos y decisiones del pueblo y del senado romanos y que se remontaba casi a la fundación de Roma [...]».²³⁹

Durante el reinado de Justiniano, Juan Malalas, cronista de Antioquía, escribió una *Cronografía* o historia del mundo donde comen-

tó la destrucción de libros en Roma: «[...] en el mes de junio [...] algunos griegos fueron arrestados de casa en casa, y sus libros, sus imágenes y las estatuas de sus miserables dioses fueron quemadas en el Kinegión».

UN MUNDO DE BIBLIOTECAS PERDIDAS

A pesar de la presencia de registros de poesía popular temprana, la literatura latina puede fecharse, con toda seguridad, en el siglo III a.C., época en la cual, ya adoptado el formato del libro como rollo de papiro, un autor como Livio Andrónico, esclavo griego, tradujo la *Odisea* y propició la representación de obras teatrales. No por mera paradoja, fue un griego quien fundó la literatura de lo que sería uno de los imperios más importantes del mundo antiguo. En todo caso, conviene recordar que el impulso literario fue acompañado por una gradual circulación de libros.²⁴⁰ Había ventas en la calle destinadas a surtir las colecciones privadas, y es un hecho que la primera biblioteca pública romana, planificada por Julio César, vino a ser una realidad cuando éste fue asesinado el 15 de marzo del año 44.

Por lo que sabemos, Marco Terencio Varrón fue escogido por Julio César para abrir esa biblioteca pública.²⁴¹ Autores como Quintiliano consideraban a Varrón como el «más erudito de los romanos.»²⁴² Escribió 74 obras en 620 rollos de papiro, sobre diferentes temas. Hoy casi nada ha permanecido. Uno de los textos perdidos se titulaba *Sobre las bibliotecas* y es uno de los precedentes más antiguos en torno al tema. Lamentablemente, el asesinato de Julio César no permitió la creación de la biblioteca y cuando Varrón murió, en el año 43, todos sus libros fueron saqueados y algunos destruidos.

El historiador Asinio Polión (crítico de Julio César) fue, irónicamente, quien creó esta biblioteca: «[...] Polión fue el primero en abrir en Roma una biblioteca pública, integrada por obras tanto griegas como latinas; las imágenes de muchos escritores aparecían expuestas en su atrio, que había adornado con la mayor magnificencia con obras procedentes de botines [...]».²⁴³

El emperador Octavio Augusto formó dos bibliotecas, las cuales también fueron pasto de las llamas. Una estaba junto al templo de Apolo y se llamó Palatina. Fue organizada por Pompeyo Macro²⁴⁴ (a quien le correspondió la deshonrosa tarea de eliminar de los archivos a Ovidio²⁴⁵ y determinar el grado de accesibilidad de ciertos textos de Julio César)²⁴⁶ y estuvo después en manos de Cayo Julio Higi-

no. Todo apunta a que esa biblioteca constaba de dos cámaras, con textos griegos en un lado y romanos en el otro, con nichos para los armarios y una decoración realizada por las estatuas. Este centro fue destruido por un incendio el 64, el 200 y lo restante, el 363. La otra biblioteca fue la del pórtico de Octavia, que durante el reinado de Tito resultó arrasada por las llamas. En un comentario sobre Malco de Bizancio aparece que este historiador se refirió con tristeza a la quema de la biblioteca pública y la galería de Augusto.²⁴⁷

Se sabe que Marco Ulpio Trajano (53-117), primer emperador de origen hispano, pasó muchos años en compañía de Dión Crisóstomo; de esa relación nació en su espíritu el deseo de construir un gigantesco foro donde instaló la biblioteca Ulpia en el 114. Esta biblioteca bilingüe recibió elogios por sus casi 20.000 volúmenes, desaparecidos tras un devastador incendio hacia la mitad del siglo v.

La referencia que tenemos de la biblioteca Capitolina se limita a presentar su destrucción,²⁴⁸ y en cuanto al *Athenaeum*, donde hubo una biblioteca, poco es lo que podemos conjeturar. Una estupenda biblioteca pública, desestimada regularmente, fue la del Panteón, que estuvo a cargo de Sexto Julio Africano, en el siglo III.²⁴⁹

La biblioteca del templo de la Paz, fundada por Vespasiano, fue destruida por un incendio en el 191. En ese incidente desaparecieron varios manuscritos de las obras del médico Galeno de Pérgamo, quien las había depositado en el templo, como otrora hizo el filósofo Heráclito de Éfeso, por juzgarlo el único lugar seguro. La mera fortuna nos permite leer aún unos veinte volúmenes de Galeno.

Según el minucioso censo de Constantino, que tiene por fecha el 350, existieron 28 bibliotecas públicas en Roma; ninguna sobrevivió.

En los baños públicos de las ciudades se construyeron bibliotecas. Trajano impulsó la construcción de una, completada antes del año 109, con las dos secciones habituales. Caracalla ordenó la construcción de un complejo de baños con capacidad para unas mil quinientas personas. En busca de popularidad, se permitió que todos los romanos, incluso los esclavos, pudieran usar sus instalaciones, las cuales disponían de agua caliente, templada y fría. Asimismo tenía dos gimnasios y una biblioteca con las dos secciones de costumbre, en griego y latín.

En cuanto a los coleccionistas, el más renombrado acaso fue Sereno Sammonico, dueño de una biblioteca de 62.000 libros, perdidos tras su asesinato durante una cena.²⁵⁰ Epafrodito de Queronea, esclavo educado por el gramático Arquias de Alejandría, adquirió una biblioteca privada de 30.000 volúmenes, utilizada en sus escritos, y, por desgracia, desvanecida totalmente. E. Lünzner habló extensamente

de la biblioteca de Epafrodito y advirtió sobre sus gigantescos depósitos, en griego y latín.²⁵¹

Muchos de los administradores de teatro también poseían sus colecciones privadas de comedias y tragedias. Cuando se proponía un espectáculo teatral, lo primero que se consideraba era tomar la idea de un comediógrafo o trágico griego, ya conocido y respetado por el público, y se invitaba a un autor romano a adaptarlo o retomarlo, como frecuentemente hacía Plauto, por ejemplo. De estas colecciones no queda nada.

En las villas de militares como Sila y Lúculo, celebradas por las élites de la época, estuvieron diferentes manuscritos tomados en las guerras de conquista; casi nada ha sobrevivido. En el caso de Sila, contaba con los manuscritos acroamáticos del filósofo Aristóteles, robados en Atenas. C. Sulpicio Galo, astrónomo y lector voraz, contaba con una biblioteca de autores griegos de epístolas que fue elogiada por Cicerón,²⁵² pero no logró salvarse de un final desconocido. En Dartona hubo una villa con una biblioteca, al igual que en Civitavecchia.²⁵³

También Cicerón poseyó una biblioteca única en su siglo, perdida posteriormente. En sus cartas, es frecuente encontrar alusiones a libros y esclavos copistas o bibliotecarios. Uno de los que le arregló su biblioteca fue un tal Dionisio, quien luego huyó.²⁵⁴ Tiranión le clasificó la colección de un modo tal que quedó satisfecho.²⁵⁵ Se conoce, además, que Ático, un rico erudito romano, fue dueño de *plurimi librarii* (muchos copistas) y de una respetable serie de volúmenes, que luego de unas décadas ya no se preservaban.

Las ventas de libros, que recibían el nombre de *libraria taberna*,²⁵⁶ eran abundantes. Uno de los primeros en darles el nombre en una obra, y tal vez a él le debemos su consagración, fue Aulo Gelio, quien dijo: «*in libraria, ego et Julius Paulus poeta consederamus.*»²⁵⁷ No es imposible que la influencia de este autor impusiera la palabra en Europa a partir del siglo XIV. La decadencia y las crisis repetidas, naturalmente, condenaron estos comercios y tras la caída del Imperio no quedó ni uno.

En otras regiones del imperio también se edificaron sedes de bibliotecas pequeñas y limitadas (una sola sección para autores latinos en lugar de dos). Una vez destruida Cartago, hacia el 146 a.C., junto con su biblioteca, Augusto estimó apropiado levantar otra ciudad sobre sus ruinas y la que impuso, contó, por supuesto, con una biblioteca. En la ciudad de Timgad, fundada por el mismo Trajano alrededor del año 100, existió una biblioteca posteriormente reducida a ruinas.

Diversas inscripciones dan cuenta de la existencia de una biblio-

teca en Como, donada por Plinio el Joven, otra en Suesa Aurunca,²⁵⁸ en la Campania, construida por Matidia, familiar de Adriano, y hubo colecciones de libros en Volsini²⁵⁹ y en Tíbur. En Pérgamo, Adriano compensó a la zona con una biblioteca, y por lo que sabemos una mujer llamada Flavia Melitine donó una biblioteca al santuario de Asclepio, destinada a entretener a los enfermos. En la España romana, las ciudades más importantes fueron Tarraco, Emérita e Hispalis, donde se conjetura que debió de haber dos bibliotecas,²⁶⁰ pero no hay documentación sobre la existencia de bibliotecas públicas o incluso privadas de algún noble, militar o estudioso.

En Atenas se encuentran los restos de una biblioteca fundada en honor de Trajano por un hombre llamado Tito Flavio Pantaino, quien donó «el peristilo, la biblioteca con sus libros y todos los muebles de su propio bolsillo» (según reza una inscripción del año 100).²⁶¹ Hay otra inscripción donde queda regulada la utilización de la biblioteca (un antecedente que puede ser el primero encontrado de este tipo): «Ningún libro puede ser tomado según hemos jurado [...]. La biblioteca está abierta desde la primera hasta la hora sexta [...]». El horario aludía a las mañanas, por razones de comodidad visual. Se piensa que unas esculturas, halladas en las cercanías, donde se personificaba la *Iliada* y la *Odisea*, formaban parte de la estructura de esta antigua biblioteca.

Por su parte, el emperador Adriano hizo construir otra biblioteca en Atenas hacia el año 132, que tenía una piscina y un complejo rectangular de al menos 82 × 60 metros.²⁶² El año 267, el edificio fue destruido.

Una inscripción, escrita hacia el año 135, precisó: «Para Tiberio Julio Aquila Polemeano, cónsul, procónsul de Asia, Tiberio Julio Aquila Polemeano, cónsul, su hijo, construyó la biblioteca de Celso de su propio bolsillo, con su decoración, santuario y libros [...]». Esa biblioteca, que hoy está a la vista de todo el mundo en las ruinas que permanecen en lo que fue la antigua ciudad de Éfeso (ahora en Turquía), fue iniciada en el 110, en un esfuerzo por adoptar el diseño del arquitecto Vitruvia. Constaba de un sarcófago monumental en mármol y una fachada de dos niveles adornados con columnas. En los nichos se encontraban estatuas representando a diferentes virtudes como la Sabiduría, el Conocimiento, la Inteligencia y la Excelencia. Al parecer, el interior de la biblioteca medía 10,90 × 16,72 metros. La invasión del año 262 acabó con ella, aunque su fachada permaneció intacta. En esa triste ocasión se perdieron no menos de 12.000 volúmenes.

La caída del Imperio Romano de Occidente empeoró la paciente labor de conservación. Alarico tomó Roma con sus hordas bárbaras el

410 d.C. Desde el 24 de agosto, día del suceso, hasta una semana después, la ciudad fue saqueada sin piedad. Los papiros sirvieron como lumbre en las orgías. Uno de los caudillos de los godos, cuando sus tropas incendiaron las bibliotecas, levantó su voz y propuso dejarlas a los enemigos como distracción idónea para apartarlos de los ejercicios militares y entregarlos a ocupaciones sedentarias y ociosas. Montaigne, fuente de esta anécdota, la relató como si se tratase de un modelo absolutamente contrario a los hechos aquí expuestos.²⁶³

LOS PAPIROS QUEMADOS DE HERCULANO

Herculano²⁶⁴ fue una hermosa y pacífica ciudad de la Campania, en Italia, situada a unos pocos kilómetros de la fértil región de Nápoles. Vivían allí, aproximadamente, 5.000 habitantes, amantes de la buena vida, del sol y de la cultura. Hacia el año 62 o 63 d.C., sufrió un terremoto que redujo a escombros parte de las casas y mató a varios pobladores. Por desgracia, fue sólo el anuncio de la erupción sobrevenida después. En el año 79 d.C., el volcán Vesubio sepultó toda la ciudad. En su testimonio, Plinio el Joven advirtió que todo quedó «cubierto como de nieve de una espesa capa de ceniza [...]».²⁶⁵

En 1752, el azar de una excavación arqueológica permitió encontrar en una villa la biblioteca particular de un pensador, con casi 1.800 rollos de papiro, en griego, totalmente quemados, algunos en pedazos. Pertenecía a Lucio Calpurnio Pisón. La biblioteca era una sala pequeña, de unos 3,2 × 3,2 metros, con pisos decorados por mosaicos de intensos colores. En la mitad del cuarto había un armario, de doble cara, delgado y labrado con cuidado, donde estaban los papiros.²⁶⁶ La dimensión tan reducida de esta sala ha hecho pensar a los expertos que no pudo servir para la lectura, y que debió existir otro cuarto, construido sólo para leer. También se ha conjeturado que, si los romanos no se sentían satisfechos si sus bibliotecas no contenían escritos romanos y griegos, y sólo han aparecido estos últimos, es posible que cualquier día aparezcan las obras de autores latinos.

Vale la pena insistir sobre la importancia de este hallazgo, porque los papiros quemados, al ser examinados, pusieron al descubierto discursos que se creían perdidos del filósofo Epicuro, por ejemplo, y los textos de Filodemo de Gádara (110-35 a.C.),²⁶⁷ amigo y mentor del dueño de la biblioteca.

CAPÍTULO NUEVE

LOS ORÍGENES RADICALES DEL CRISTIANISMO

SAN PABLO CONTRA LOS LIBROS MÁGICOS

En Hechos (19,19) del Nuevo Testamento está descrita la visita del apóstol cristiano Pablo de Tarso (10-62 d.C.) a la ciudad griega de Éfeso, en el Asia Menor. Allí expulsó demonios, convirtió a nuevos fieles y divulgó el cristianismo que había atacado con verdadero odio en su juventud.

Los magos de Éfeso, temerosos, quemaron voluntariamente sus obras:

[...] muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era de cincuenta mil piezas de plata [...].

El monto del total de dinero ha provocado una polémica interesante: algunos piensan que la hoja de papiro tenía un coste equivalente a unos 50 dólares de hoy. Otros creen que los textos sobre magia se escribían sobre papiros baratos y, por tanto, el número de obras destruidas en la ocasión debió de ser enorme. Lo peor es que un delirio semejante reaparecería en los años posteriores. Pablo advirtió que quienes habían crucificado a Cristo gestaron la forma de su destrucción (1 Cor, 2,6), y de hecho, el cristianismo posterior se encargó de perseguir a todo el que no aceptara la doctrina de un Cristo divinizado.

LOS LIBROS DE PORFIRIO CONTRA LOS CRISTIANOS

Porfirio de Tiro (h. 232/4-305? d.C.), editor de los escritos de Plotino, filósofo neoplatónico, escribió *Contra los cristianos*, un tratado en quince libros con análisis precisos sobre los aspectos contradictorios del cristianismo. Porfirio rechazó fechas y objetó el culto a Cristo, a quien consideró una mera apariencia. Algunos teólogos, precursores de quienes serían devotos del pensamiento de Platón y de su Escuela, tomaron a mal la obra y el 448 d.C. quemaron ejemplares. Desde esa fecha no se conoce ningún texto completo.

Leemos hoy algunos fragmentos más o menos luminosos de dicha obra. Uno en especial, recuperado por Eusebio de Cesarea, alude a Orígenes con molestia:

Él estaba estudiando frecuentemente a Platón, y se ocupaba de los escritos de Numenio y Cronio, Apolófanes, Longino, Moderato y Nicómaco, y muchos otros célebres entre los pitagóricos. Y usó los libros de Queremón el Estoico, y los de Cornuto. Tras adquirir a través de ellos una interpretación figurativa de los misterios griegos, los aplicó a las escrituras judías [...]. Estas cosas fueron dichas por Porfirio en el libro tercero de su obra *Contra los cristianos* [...].

La copia del modelo clásico y su aplicación a los textos bíblicos debió de irritar sobremanera a Porfirio, quien posiblemente estaba confundido por la asimilación de elementos griegos en las teorías cristianas.

LOS TEXTOS DE LOS GNÓSTICOS

La desaparición de los escritos de los gnósticos, causada, en gran medida, por la feroz persecución de la Iglesia católica, merece un libro aparte. Baste decir aquí que los gnósticos antiguos fueron un grupo heterogéneo influido por tendencias religiosas egipcias, hindúes, griegas y babilónicas. Antes de la Era cristiana, en especial desde el siglo II hasta el siglo V, este grupo tuvo el valor de decir que en este mundo dominado por el mal nadie se salva por la fe sino por el conocimiento (*gnosis*).

Los gnósticos creían demagogos a los cristianos por postular la recondición de todos; el cielo supremo sólo podía, según ellos, ser alcanzado por élites de hombres dotados de almas poderosas. Admitieron el

dualismo; aborrecían el cuerpo; no obstante, algunos sectores se atrevieron a proponer la siguiente tesis: si el cuerpo es desechado por el alma como algo ajeno, no importan nuestros pecados carnales porque el alma es superior a todo ese horror. Jehová era para ellos un dios secundario, inferior en todo al verdadero Dios Supremo, al Dios Total, al Innombrable. Divididos por sus indagaciones, han sido clasificados por escuelas: la de Siria, primera de todas; la de Alejandría; la dualística; y, por último, la de las antinomias. De este conjunto sobresalieron distintos autores como Saturnino y Basílides, en el siglo I; Valentino, Teodoto, Heracleón y Taciano, en el siglo II; Epifanio, en los siglos IV y V.

De los cientos de escritos de los gnósticos, me sorprende la escasez de textos conservados. Basílides, jefe de una agrupación de Alejandría, escribió un *Evangelio*, 24 libros de un *Comentario al Evangelio* y una serie de *Himnos*, pero sólo permanecen unos pocos fragmentos. Isidoro, su hijo, continuó la tradición de su padre y escribió textos prescriptivos. En estos casos, como en los de muchos otros, los fragmentos fueron recuperados por quienes refutaron sus doctrinas (Epifanio, san Ireneo, Hipólito Romano), pues era necesario citar los pasajes controvertidos; de este modo, hemos podido salvar verdaderas joyas del pensamiento religioso antiguo.

Los grupos, por lo general, escondían sus manuscritos. En diciembre de 1945, dos *fellahin* egipcios, mientras buscaban fertilizantes naturales, encontraron un jarrón. Pensaron que se trataba de oro, pero era un conjunto de 13 códices, con al menos 52 textos de carácter mitológico, exegético, litúrgico y gnómico. Esta pequeña biblioteca se conoce como Biblioteca de Naj' Hammadi, y hoy sólo unos pocos de los códices están en mal estado.

LA HETERODOXIA DE LOS PRIMEROS AÑOS

Además de los problemas causados por los gnósticos, la Iglesia tuvo que combatir la aparición de otras herejías. El obispo Paulino de Dacia, por ejemplo, fue expulsado porque sus escritos defendían la magia como recurso legítimo, pero la intervención del obispo Macedonio provocó la quema de sus libros.²⁶⁸ En el año 398, el Arcadio rechazó las obras de Eunomio y las hizo destruir.²⁶⁹

En el 435 y el 438, Teodosio y Valentiniano dirigieron grupos que iban de casa en casa confiscando libros, sobre todo los de la secta nestoriana, condenada por el Concilio de Nicea²⁷⁰ y por el IV Concilio Ecuménico de Éfeso, realizado el año 431. Los nestorianos creían en

un Dios dual: con una persona divina y otra humana, y les parecía absurdo llamar a María, la madre de Cristo, «Madre de Dios», pues era para ellos una contradicción. No reconocían la supremacía del obispo de Roma y predicaban la vida sencilla de los apóstoles.

EL ASESINATO DE HIPATIA

Hipatia fue la primera mujer asesinada en la historia por ser una investigadora de la ciencia. Era la hija más hermosa de Teón, bibliotecario en Alejandría. Su padre había escrito tratados sobre geometría y música, era un erudito reconocido, pero ella lo aventajó en todo y llegó a poseer el dominio total de la astronomía y las matemáticas de su tiempo. Escribió textos densos. Se sabe, por ejemplo, que fue autora de un *Comentario sobre la Aritmética de Diofanto*, un *Comentario sobre las Cónicas de Apolonio*, y una edición del tercer libro de un escrito donde su padre divulgó el *Almagesto* de Ptolomeo. Lamentablemente no queda absolutamente nada, porque sus escritos fueron destruidos.

Durante la primavera del año 415 d.C., una muchedumbre de monjes devotos, liderados por un tal Pedro, seguidor del venerable Cirilo, obispo de Alejandría, la secuestró. Hipatia se defendió y gritó, pero nadie se atrevió a ayudarla. El temor se impuso y, de esta forma, los monjes pudieron llevarla hasta la iglesia de Cesario. Allí, a la vista de todos, comenzaron a golpearla brutalmente con tejas. Le arrancaron los ojos y la lengua. Cuando ya estaba muerta, llevaron el cuerpo a un lugar llamado Cinaro y la despedazaron, le sacaron los órganos y los huesos y finalmente quemaron los restos. La intención final no era otra que la total aniquilación de todo cuanto significaba Hipatia como mujer.

Cirilo era sobrino de Teófilo, el causante de la destrucción del Serapeum. Tenía un destino pendiente y lo cumplió. Entre el 412 y el 444 d.C., rigió los destinos espirituales de los alejandrinos. No soportó la sabiduría de Hipatia, capaz de poner en duda las doctrinas cristianas al practicar, con modestia, el método científico. Damascio ha contado lo siguiente: «Cirilo se carcomía hasta tal punto en su ánimo que tramó el asesinato de esta mujer de manera que sucediera lo antes posible [...]».²⁷¹

El prefecto de la ciudad, avergonzado, ordenó una investigación sobre la muerte de Hipatia, y se designó como coordinador a Edesio, quien no tardó en recibir dinero de Cirilo para olvidarlo todo. El crimen de Hipatia quedó, así, impune, por ese bochornoso soborno.

CAPÍTULO DIEZ

EL OLVIDO Y LA FRAGILIDAD DE LOS LIBROS

CUANDO EL DESINTERÉS DESTRUYE

Juvenal se quejaba de la vida efímera del papiro; ignoraba, no obstante, otro peligro más temible y destructivo: el desinterés. Entre los griegos no hubo muchas copias de un solo texto al principio, por lo cual era natural que el texto quedase reservado a unos pocos lectores, con la excepción de Homero o Hesíodo.²⁷² Cuando las copias eran escasas, se deterioraban y al cabo de los años la humedad o cualquier otro factor ambiental facilitaba la desaparición absoluta.

Hoy en día no hay muestras de papiros griegos anteriores al siglo IV a.C.²⁷³ De hecho, a pesar de la labor de las bibliotecas y del amplio comercio de libros de la época helenística, los escritos de papiro no reemplazados o copiados en códices²⁷⁴ se perdieron. Distintos descubrimientos arqueológicos han permitido saber que las comunidades cristianas sustituyeron los rollos de papiro por códices debido al bajo coste de los pergaminos: muchos de los textos bíblicos del siglo II eran códices; los de los siglos III y IV, ya eran, casi todos, códices. Los textos de los llamados paganos, en cambio, tuvieron la mala fortuna de ser transcritos lentamente, en un proceso propicio a muy pocos.

El desinterés por la literatura pagana, gestado por los cristianos, provocó, entre otras cosas, la extinción natural de muchos libros. Miles de obras de comediógrafos griegos desaparecieron tras las condenas eclesiásticas por la ligereza e inmoralidad de las piezas cómicas; hubo persecuciones contra los montajes teatrales y contra las copias

de los actores, lo cual supuso una etapa oscura en la que miles de comedias fueron escondidas en los anaqueles hasta transformarse en curiosidades arqueológicas. El año 691 d.C. fue elaborada el *Acta del Concilio en Trullo* cuyo *Canon LXII* prohibió la representación de comedias debido a sus efectos nocivos en la moral de los fieles de la Iglesia.

En el año 363 o 364, Joviano quemó una gigantesca biblioteca en Antioquía sólo porque su predecesor, el apóstata Juliano, había favorecido la presencia de libros de autores griegos y romanos. Lo que no se sabe es si se trata de la misma biblioteca fundada por Antíoco el Grande.²⁷⁵

A lo dicho debo sumar una tendencia alejandrina acentuada en todo el mundo antiguo: la selección de libros de un autor o de autores clásicos y los epítomes de obras extensas. Se sobreentendía que las obras de determinados escritores debían leerse en lugar de otras.

Filón de Biblos,²⁷⁶ por ejemplo, proponía una lista de textos recomendados en su tratado especializado *Sobre la adquisición y selección de libros*, que ocupaba 12 rollos de papiro; Télefo de Pérgamo²⁷⁷ hizo lo mismo en los 3 rollos de su texto *Experticia sobre libros*. En la época helenística era imprescindible leer las siete obras consagradas de Sófocles, en detrimento del centenar escritas por él, guardadas en una copia oficial finalmente desaparecida de las bibliotecas de Atenas y Alejandría. Los bibliotecarios de esta última ciudad, tal vez por imitar la palabra de Platón,²⁷⁸ solían hacer «selecciones» y no, como se ha dicho, «cánones». La palabra «canon» era usada por los griegos para referirse a la ética, como hoy llamamos «modelo» a cuantos actos deben ejecutarse por sus virtudes. El primero en dar nombre de «canon» a las selecciones alejandrinas fue David Ruhken,²⁷⁹ quien siguió el término eclesiástico de «canon» en los libros de la Biblia admitidos como auténticos.

En Alejandría, por influencia de Aristófanes de Bizancio, autores como Homero y Hesíodo estaban al frente de todas las listas de poetas épicos; Arquíloco encabezaba las selecciones de poetas yámbicos; los poetas líricos eran nueve: Píndaro, Baquílides, Safo, Anacreonte, Estesícoro, Simónides, Ibico, Alceo y Alcmán (acaso Corina reemplazó en ocasiones a Alcmán o pasó a ser un añadido excepcional). Sin duda, esta actitud aumentó el olvido y desaparición de cientos de libros de autores considerados menores por los exigentes bibliotecarios.

L. Bieler²⁸⁰ ha llegado a esta conclusión:

[...] Una de las causas de la desaparición, sobre todo de las obras más vastas, fue la práctica de epitomizar, muy en boga desde el siglo III d.C., precursora de nuestras ediciones abreviadas y *books digest*. No todos los lectores tenían paciencia ni tiempo para estudiar los 142 libros de la *Historia Romana* de Livio. Por eso se hicieron pronto extractos que se difundieron en el comercio librero. Pero en los siglos III y IV estos extractos se reducen todavía más para convertirse en compendios mezquinos. Es conocido el sino de la obra de Livio: de sus 142 libros sólo poseemos 35 [...].

Los epítomes se hicieron imprescindibles porque aludían a libros ya inexistentes.

LA LENGUA COMO DOMINIO

La imposición del latín fue lenta, pero definitiva. No cabe duda de su efecto considerable en el olvido de los textos griegos y, aunque no logró detener el trabajo en ciudades como Bizancio, contribuyó a hacerlo en el continente europeo. El cristianismo, en principio sumiso al griego como idioma para la propagación del evangelio, desestimó el hebreo y cualquier otra lengua, para finalmente exaltar el latín por razones sociales; hubo, sin embargo, algunas reservas iniciales hasta la consolidación del largo proceso, marcado por el desprecio hacia los clásicos griegos. Ireneo de Lyon, que rezaba en latín y hablaba en latín o en antiguo celta, escribía curiosamente en griego sus ataques contra los herejes. Taciano escribía en Roma, pero lo hacía en griego, como Hipólito.

De cualquier modo, textos y documentos para el siglo III d.C. comenzaron a estar escritos en latín, como lo confirma un antiguo documento fechado el 20 de enero del 250 d.C. Novaciano fue, tal vez, el primer cristiano en valerse del latín para divulgar sus doctrinas en Roma. El Concilio de Elvira (300 d.C.) dejó un testimonio redactado íntegramente en latín.

Las consecuencias de este cambio fueron obvias:

1) El griego, lengua de filósofos y poetas, fue repudiado, salvo excepciones, por todos aquellos padres que observaban en la literatura y en la filosofía el origen de numerosas herejías. Tertuliano se aventuró a decir en un momento: «[...]de hecho las herejías son todas instigadas por la filosofía [...]».²⁸¹

2) En el paso de los papiros a los códices se impuso el criterio de seleccionar libros útiles, famosos, y, en la medida justa del control, or-

todoxos. El lector debe imaginar cuántos libros desaparecieron por eso; sin imaginación no hay forma de cuantificar las pérdidas ocurridas entre los siglos II y VI d.C.

Orígenes había fundado en Palestina la biblioteca de Cesarea, la cual, incrementada por la labor de su alumno Pánfilo (240-310), distribuyó Biblias en todo el mundo hasta su destrucción en el año 637. Notables escritores como Eusebio y Jerónimo adquirieron su conocimiento en Cesarea; Eutalio, un aventajado editor de textos griegos, debió a Cesarea todo su conocimiento técnico y humanístico.

SEGUNDA PARTE

DESDE LA ERA DE BIZANCIO
HASTA EL SIGLO XIX

CAPÍTULO UNO

LOS LIBROS PERDIDOS EN CONSTANTINOPLA

I

El Imperio bizantino fue el vínculo más directo con la cultura griega clásica. En la historia de la transmisión de los textos antiguos, el mundo le debe la posibilidad de leer a autores que, de otro modo, serían únicamente una referencia nominal. Sin su aportación, probablemente no tendríamos las obras de Platón, Aristóteles, Herodoto, Tucídides o Arquímedes, por nombrar sólo algunos.

La bibliofilia de los bizantinos abarcó todos los campos. Sabemos de una carta escrita por Juan Tzetzes al emperador Manuel I, donde le explicaba la pesadilla que tuvo con un libro. En medio del fragor de una batalla, vio la *Historia de Escitia* de Dexipo de Atenas, cuyo ejemplar había buscado toda su vida sólo por obtener un dato preciso y secreto. El volumen en cuestión estaba en llamas, pero aun así se conservaba íntegro. La palabra, afirmó Tzetzes, había vencido al fuego.²⁸² Este sueño es, de alguna manera, un indicio de los anhelos de la época.

Entre los siglos II y III se impuso un nuevo formato para los libros, el códice, que aportaba numerosas ventajas: permitía escribir por las dos caras, y su material, el pergamino, resultó más resistente que el papiro a los embates del uso y del tiempo. Los escritos que adoptaron el nuevo sistema han sobrevivido hasta nuestros días, a pesar de los conflictos de los siglos VII y VIII, cuando la biblioteca del Colegio Real, con 36.500 volúmenes, fue quemada sin piedad.

En el siglo IX comenzó a incrementarse el número de copias de

libros. De hecho, fue el momento estelar de la civilización bizantina: el patriarca Focio (820-891 d.C.) podía leer obras hoy extintas y compendiar sus argumentos en una monumental biblioteca, que constaba de 280 secciones donde abundaban las reseñas de escritos en prosa de historiadores, novelistas y oradores; leía discursos del orador ateniense Licurgo y tratados del filósofo Enesidemo, hoy inexistentes. Focio leía los relatos de aventuras de Aquiles Tacio y, a pesar de condenarlos por obscenos, no perdía ocasión de elogiar la belleza de sus heroínas. También se distinguió por proteger a los copistas, quienes, con intensa erudición, decidieron salvar obras antiguas en manuscritos transcritos con una escritura minúscula, que garantizaba mayor espacio y les permitía trabajar a mayor velocidad. Estos libros sustituyeron a los papiros y a los códices en letra uncial, con la consiguiente obliteración y eliminación de las copias anteriores.

Durante el reinado de Constantino VII Porfirogénito se copiaron cientos de textos históricos, filosóficos y jurídicos. De esta época es el manuscrito conocido como *Parisinus graecum 1741*, elaborado con fines didácticos, el cual incluyó las primeras versiones conocidas de la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles, filósofo admirado entonces por su *Organon* y despreciado por su estilo áspero y laberíntico.

Los bizantinos hicieron uso sobre todo de tres tipos de materiales para los libros: papiro, pergamino y papel. La importancia del papiro se reducía a libros y documentos imperiales (como el papiro Saint Denis). Se cree que la última muestra conocida de un documento en papiro en Bizancio fue el *Tipikon* de Gregorio Pakourianos, fechado en 1083. Con relación al papel, una invención china robada por los árabes, es obvio que interesó sobremanera a los copistas. En la actualidad, el manuscrito griego sobre papel de mayor antigüedad es el Códice Vaticanus 2200, escrito hacia el año 800 por algún escriba árabe. En Bizancio, en cambio, el papel fue introducido alrededor del siglo IX o X, y el primer papel encontrado allí es del tipo oriental (*bombikinon* o *bambakeron*). El hecho de que era más barato que cualquier otro material impulsó lentamente el papel, pero su fácil deterioro fue motivo de preocupación entre los monjes.

II

El orgullo bizantino estuvo presente en todas las manifestaciones espirituales del imperio. Temistio,²⁸³ en el 357, elogió la posibilidad de la creación de una biblioteca imperial para impedir la desaparición

ción de los clásicos; él, como todos los eruditos de su tiempo, se creía uno de los impulsores del último refugio intelectual de Occidente. Miguel Pselos, neoplatónico, se jactaba de la biblioteca de su madre, dotada de obras de Orfeo, Zoroastro, Parménides, Empédocles, Platón y Aristóteles. Entre otras bibliotecas privadas estaba la de Eustacio Boilas, con 78 libros en 1059, la de Miguel Ataleiates, con 54 libros para 1079, y la de Teodoro Skaranos, con 14 libros para 1274. Habría que añadir que los monasterios también tenían excelentes bibliotecas.²⁸⁴

Estos esfuerzos, en todo caso, no bastaron para impedir la destrucción en serie de libros. El año 730 un incendio devastó toda una biblioteca con cientos de manuscritos. En el 781, un incendio en los palacios y parte de la ciudad, redujo a cenizas cientos de textos, entre ellos los de san Crisóstomo. La usurpación de basílicas, entre el 802 y el 807, costó a los bizantinos un incendio que destruyó más de 120.000 libros.

Cuando la Iglesia de Bizancio censuraba una obra, casi nunca era de autores clásicos. En el 1117, Eustracio de Nicea analizó decenas de obras para atacar a la Iglesia de Armenia y descubrió dos o tres herejías ocultas en las obras del ortodoxo san Cirilo; como es natural, escribió un largo informe que provocó la destrucción de cientos de copias de los libros en cuestión. En 1140, las autoridades ordenaron confiscar las obras de un monje rebelde y quemaron tres copias.

En el 1204 sobrevino el caos. La Cuarta Cruzada llegó a Constantinopla y miles de manuscritos fueron arrasados. Al menos durante tres interminables días los cruzados asesinaron, saquearon y destruyeron con fe excepcional. Atacaron salvajemente: violaron a las mujeres, robaron los tapices de las iglesias, las obras de arte y los candelabros. Los sacerdotes, conscientes de la necesidad de mantener el temor a Dios como inicio de toda sabiduría, robaron con timidez todas las reliquias encontradas y prometieron la absolución a todos los saqueadores. Según el historiador Steve Runciman, «el saqueo de Constantinopla no tiene comparación en la historia... No hubo nunca un crimen mayor contra la humanidad que la Cuarta Cruzada [...]».²⁸⁵

El mismo año del desastre desapareció *Hécale*, uno de los mejores textos de Calímaco de Cirene, citado y leído, con un deleite que hoy nos causa envidia, por Miguel Choniates.²⁸⁶ También dejaron de existir ejemplares de Safo²⁸⁷ y de otros clásicos. No obstante, los bizantinos recuperaron la estabilidad de la ciudad de Constantinopla y continuaron su labor filológica. Desde el 1261 hasta mediados del siglo xvi proliferaron los manuscritos y las clases vindicaban a los maes-

tros. El *Ambrosianus* C222 resaltó que todo la obra de Aristóteles debía leerse con atención.²⁸⁸

Barlaam de Calabria (h. 1290-1348), aristotélico, fue gran amigo de Andrónico III, en Constantinopla, pero sus críticas y polémicas²⁸⁹ lo hicieron impopular y el concilio de la ciudad lo condenó en 1341, con la expresa condición de que todos sus escritos fueran quemados. Huyó, como era de esperar, y se estableció en Aviñón. Entre otras actividades, no precisamente menores, le enseñó a Francesco Petrarca el griego antiguo.

III

En 1453, un grito desgarró Constantinopla. Tras el feroz asedio de las tropas turcas comandadas por el sultán Mahomet, los soldados cristianos huían despavoridos porque habían cedido las defensas y sólo podía oírse de boca en boca: ¡Han tomado la ciudad! El emperador Constantino, desencantado, arrojó sus insignias al suelo y desapareció en medio de los combates. Dos soldados se atribuyeron después su decapitación, pero nunca se supo si mentían o decían la verdad, pues no quedó un cadáver sin decapitar.

Los turcos se dedicaron a saquear la ciudad durante tres días, de acuerdo a una tradición establecida. Barrio a barrio, calle a calle, aniquilaron a las mujeres y a los niños. Sin piedad, destruyeron iconos, iglesias y manuscritos. En el palacio imperial, en Blachernas, exterminaron a la guarnición veneciana y prendieron fuego a todo lo que pudieron. Eliminaron todos los libros que encontraron, no sin arrancar antes las cubiertas con joyas de algunos de ellos. Hay pruebas de saqueos en las iglesias de Santa Sofía, San Juan de Patra, Chora y Santa Teodosia, así como la triple iglesia del Pantocrátor. Numerosos centros religiosos se transformaron en mezquitas.

Según Edward Gibbon, 120.000 manuscritos improprios de la fe de Mahoma fueron apilados y, al concluir la violenta jornada, quedaron flotando en el mar hasta hundirse.²⁹⁰ Constantino Láscaris, en una cita conservada por Migne en su *Patrología Latina* (161.918), aseguró que los turcos destruyeron el ejemplar de una copia íntegra de la *Historia Universal* de Diodoro Sículo. En cualquier caso, «la mayoría de los libros fueron quemados [...]».²⁹¹

La noticia de la caída de Constantinopla recorrió toda Europa y, como ya sabe el lector, el imperio se extinguió de un modo definitivo.

CAPÍTULO DOS

ENTRE MONJES Y BÁRBAROS

CUANDO LAS BIBLIOTECAS ESTUVIERON CERRADAS COMO TUMBAS

Hubo un momento en el que todo el continente europeo estuvo, literalmente, sin bibliotecas. Amiano Marcelino, hacia el siglo iv d.C., fue el privilegiado testigo que escribía: «[...] Las bibliotecas estaban cerradas como sepulcros a perpetuidad [...]». ²⁹²

Copiar y leer fueron actividades poco usuales entre los siglos v y vi, casi siempre practicadas por nobles o por devotos. Caius Sollius Modestus Apollinaris Sidonius, en la Galia, hizo perseguir a un monje al enterarse de que éste llevaba un manuscrito raro a Bretaña, y lo obligó a dictarlo a sus secretarios. En el fondo, temía no ver nunca más ese escrito.

Gregorio I, embajador especial en Bizancio, primer monje en ser designado papa, creó una pequeña biblioteca en el palacio Laterano en Roma: un grupo de pobladores, afectados por el hambre causada por las inundaciones del Tíber en el año 589, quiso quemarla, pero la feroz autoridad eclesiástica se impuso.

Un pasaje excepcional de las *Institutiones* (2.5.10) de Casiodoro, político y después monje, me sirve ahora para retratar el miedo de los hombres de esta oscura época por las invasiones de los bárbaros. Casiodoro habló sobre un tratado de música de un tal Albino y advirtió acerca de un ejemplar en una biblioteca de Roma: «[...] si esa copia ha desaparecido en las invasiones de los bárbaros, usted tiene una copia de Gaudencio aquí en su lugar [...]».

Casiodoro se retiró en el 540 al Vivario, un monasterio donde ins-

taló una modesta escuela de copistas y una biblioteca constituida para conservar textos antiguos. No sabemos si los llamados clásicos paganos fueron copiados en el Vivario, pero es presumible dada la cultura enciclopédica de Casiodoro. Éste, de hecho, estuvo entre el 550 y el 554 en Constantinopla, lo cual le facilitó la adquisición de libros griegos y latinos. La falta de pruebas, sin embargo, nos impide saber cómo desaparecieron los manuscritos de la biblioteca del Vivario: apenas se conserva un manuscrito del siglo VI de las *Complexiones* de Casiodoro y un códice con todos los rasgos característicos de las copias elaboradas en el Vivario.²⁹³ La hipótesis destinada a convencer a los historiadores del traslado de la biblioteca de Casiodoro a la biblioteca de Gregorio I o a la del monasterio de Bobbio no es, ciertamente, absurda, pero sí aventurada. Casiodoro pudo haber hecho copias para enviarlas a esas bibliotecas en Roma; tras el cierre del Vivario, dos décadas después de la muerte de Casiodoro, es factible conjeturar la dispersión de los libros en varios monasterios, posteriormente destruidos.

En la España visigótica no hubo muchas bibliotecas. El monasterio servitano, en Valencia, tenía libros procedentes de África, pero no hay datos precisos sobre su destino. En el siglo VII existió en Toledo una biblioteca que fue propiedad de un conde llamado Laurencio, cuya muerte significó el fin de los libros. En Sevilla, el célebre obispo Isidoro ordenó copiar los libros de Casiodoro, impuso en el Cuarto Concilio de Toledo el estudio del griego y del latín en las escuelas episcopales, y, consciente de la importancia de salvar la memoria de la humanidad, recopiló miles de datos en sus *Etimologías*. Una obra semejante requirió, sin duda alguna, de una enorme biblioteca (hay 52 autores citados); el destino del libro fue desigual: dio a conocer las teorías y datos de numerosos autores paganos y, a la vez, facilitó el olvido de muchas fuentes de la literatura clásica como la extraña *Pratae*, la misteriosa enciclopedia de Suetonio.

LOS MANUSCRITOS DE IRLANDA

Los clásicos griegos sobrevivieron en Bizancio; los clásicos latinos y celtas fueron salvados, en buena medida, por los monjes de Irlanda. Conviene recordar aquí la historia de este esfuerzo.

San Patricio fue enviado a Irlanda por el papa Celestino I en el 432, con la orden de evangelizar la isla remota donde vivió como esclavo. El santo sopesó diferentes maneras de cumplir su misión y se

decidió por la fundación de monasterios, abadías y obispados adaptados a la idiosincrasia nativa. Estos centros religiosos se dedicaron a rescatar la fe de Cristo y los antiguos manuscritos latinos. Los monjes, conocedores del griego y del latín, asumieron los antiguos alfabetos irlandeses de Ogham y, tras crear una escritura artística sublime, copiaron cientos de obras. Su labor no se limitaba a recuperar textos, sino a salvar los mitos y la literatura céltica. Transcribieron los mitos de Ulster, Tain, Leinster, Finn, en sitios como Aran, Glendaloch, Armagh, Clonard, Bangor, Lismore, Clonmacnois, etcétera.

Un poema celta, fechado por Kuno Meyer²⁹⁴ en el siglo vi, inauguró la literatura irlandesa con un testimonio célebre donde Dallan Forgaill agradeció al santo Columcille su defensa de los *filid*, una orden de poetas acusada de exagerar sus atribuciones políticas en una asamblea del año 575.

Herederos de los druidas, los poetas irlandeses no podían llamarse a sí mismos poetas o *filid* si no alcanzaban primero la condición de maestros o, como llamaban a éstos, de *ollam*. Coursaban doce años de estudio y pasaban de grado. El grado más bajo, *oblaire*, sólo permitía el conocimiento de siete historias; el grado más alto, el de *ollam*, permitía conocer trescientas setenta historias y suponía, además, el conocimiento de la gramática, la mitología, la topografía y las leyes. Los exámenes eran anuales y el aspirante debía permanecer en una celda húmeda y oscura mientras lograba versificar sobre lo aprendido de tal modo que su obra, siendo igual a lo mejor de la tradición, diese lugar a una tradición superior. Estos poetas, subestimados por su erudición y pesadez, fueron narradores de historias con espontáneas y maravillosas concepciones del mundo. La *Historia de Tuan Mac Cairill* narra cómo un hombre se transforma, sucesivamente, en ciervo, jabalí, águila y finalmente en salmón, etapa en que es capturado por un hombre y devorado por una mujer. En el vientre de esa mujer se transforma en hombre, nace como profeta y escribe el poema hoy admirado.

El *Libro de Kells* (*Codex Cenannensis*), guardado hoy en día en la biblioteca del Trinity College de Dublín, demuestra que el arte de la copia no se limitaba al texto sino a presentar obras visuales capaces de despertar sentimientos místicos. El *Libro de Kells*, decía Geraldus Cambrensis, había sido hecho por un ángel y no por un hombre. Cada obra tenía el formato del códice, más fácil de leer y más perdurable, fabricado con cuero seco de carnero. Los monjes preparaban el libro cortando el cuero, doblándolo y cosiéndolo hasta conformar un volumen; de inmediato, iniciaban la transcripción y decoración de

los textos. Thomas Cahill ha divulgado una teoría según la cual los trazos de la escritura irlandesa obedecían a una matemática prehistórica proclive a desequilibrios equilibrados, a una armonía sin centros evidentes. Las iluminaciones de los libros irlandeses prescindían a menudo de figuras humanas, pero resaltaban ornamentos geométricos obsesivos: espirales divergentes, zigzags y rasgos zoológicos.²⁹⁵

Columcille, destinado al mando por ser miembro del clan Conaill, conocido como san Columba, fundó inicialmente el monasterio de Derry y siguió con unos cuarenta monasterios donde se copiaban decenas de libros. Hacia el 563, acompañado por doce discípulos, llegó a la isla de Iona, cerca de Escocia, y estableció un monasterio para crear ediciones increíbles de libros sagrados. Murió, se dice, después de haber escrito una extraña frase del Salmo 34. Su más sumiso biógrafo, Adamnan, ha asegurado que no pasó un solo día sin dedicar tiempo al estudio o a la difusión del conocimiento.²⁹⁶

Esta mágica etapa de Irlanda, extendida pronto a Europa,²⁹⁷ culminó con las invasiones de los vikingos. Hacia el siglo IX, los vikingos, conocedores de sus riquezas, destruyeron los monasterios irlandeses y los libros. Ni los pequeños reyes de Irlanda ni las débiles tropas pudieron impedir que cada saqueo arruinara siglos de trabajo minucioso y acabara con la estabilidad de la región. En busca de oro y piedras preciosas, los vikingos arrancaban las tapas de los libros y arrojaban el resto al mar. La *Crónica Anglosajona*, al referirse al año 793, expuso: «[...] el 8 de junio de ese mismo año, los saqueos y desmanes de los hombres paganos destruyeron lamentablemente la iglesia de Dios en Lindisfarne [...]».

En Lindisfarne se producían códices para todo el mundo, pero los vikingos sabían de sus riquezas y lo arrasaron repetidamente. En el 801 incendiaron las edificaciones; en el 806 asesinaron a los monjes y lo quemaron de nuevo; en el 867 acabaron con todo. Destruyeron otros monasterios: Glendalough fue incendiado al menos en nueve ocasiones; Clonfert, Clonmacnois, Inis Murray, Bangor, Kildare y Moville sencillamente desaparecieron. En Irlanda e Inglaterra las bibliotecas quedaban en ruinas. La biblioteca del antiguo York, por ejemplo, desapareció por completo. La colección de Peterborough acabó en manos de los mismos daneses causantes del incendio del monasterio de Crowland en el año 860. En 1091, un fuego destruyó lo reconstruido en Crowland y comenzó la decadencia del lugar.

LOS MONASTERIOS

Se atribuye a Carlomagno (742-814), rey de los francos, nieto de Carlos Martel, la fundación de la Europa moderna al gestar un período de síntesis cultural. Desde el siglo VIII, Carlomagno, dotado de una visión internacional, animó a los obispos a fundar escuelas y bibliotecas. Consiguió convencer al clérigo y erudito Alcuino y lo instó a abandonar la ciudad de York, donde había fundado una biblioteca, e instalarse en Aachen con el propósito de fomentar nuevos programas de estudio. Alcuino impulsó las siete artes liberales y, ya cansado, se retiró a la abadía de San Martín de Tours, donde creó una escuela de copistas distinguida por una escritura llamada posteriormente carolingia minúscula.

Varias bibliotecas importantes florecieron en la época carolingia, pero su destino fue atroz: Fulda, la mejor dotada de Alemania, sufrió, siglos más tarde, durante la Guerra de los Treinta Años, serios destrozos; la de Monte Casino, fundada en Italia, ha sido arrasada numerosas veces en la historia. Su estupenda colección de libros fue mermada por diferentes hechos y reducida a escombros: hacia el 585 los lombardos capturaron el monasterio y destruyeron algunos volúmenes raros. En el siglo IX los sarracenos quemaron la biblioteca. El escritor Giovanni Boccaccio, quien la visitó, observó con tristeza decenas de ejemplares en el piso. La última destrucción es un capítulo de la Segunda Guerra Mundial: los aliados, en un encuentro paradigmático, bombardearon el monasterio hasta eliminarlo.

DE PALIMPSESTOS Y OTRAS PARADOJAS

Durante doscientos años (entre el 550 y el 750) Europa vivió una de sus épocas más oscuras. Los libros clásicos no sólo no eran copiados,²⁹⁸ sino que eran borrados para ser utilizados en la copia de textos más leídos y mejor pagados. De este modo nacieron los palimpsestos, es decir, los manuscritos donde el escrito original era borrado para transcribir un nuevo texto. Obras de Plauto, Cicerón, Tito Livio, Plinio el Viejo, Virgilio, Lucano, Juvenal, Frontón fueron sacrificadas para dar a conocer sermones y tratados teológicos.

En Bobbio, los monjes borraron *De Republica* de Cicerón en el siglo VII para transcribir un estudio sobre los salmos realizado por san Agustín. Irónicamente, los fragmentos de esa obra de Cicerón proceden de la recuperación, por métodos químicos, de los textos elimi-

nados en este manuscrito conservado como *Vat. Lat. 5757*. Como puede notarse, hoy en día el tratado de san Agustín importa poco, pero miles de filólogos y lectores desean comprender el magnífico libro ciceroniano, el cual, según indican algunos, es a su vez una copia de una obra perdida de Aristóteles, posiblemente un diálogo.

LOS DEFENSORES DE LOS LIBROS

En los primeros años de la Edad Media, un diácono español, de Zaragoza, llamado Vicente, se enfrentó a un juez cuando éste pretendió destruir los libros de su secta. Después de una lucha inútil, gritó: «¡El fuego con que amenazas a las letras sagradas te hará arder a ti mismo como un acto de justicia!».

Una historia similar, en este recuento de defensa de los libros, fue la del monasterio de Saint Gall, atacado en mayo del 925. Los bárbaros pretendían aniquilar a los monjes y prender fuego al lugar, lo cual hubiera significado el fin de miles de libros cuidadosamente almacenados. Una mujer llamada Wilborada se ocupaba entonces de la biblioteca y tuvo una visión. No sabemos cuál fue, pero entre el atardecer del día anterior y la madrugada del primero de mayo enterró las obras. Según la crónica, los sitiados vencieron a sus atacantes; el fuego, de cualquier manera, consumía el monasterio y el cuerpo de Wilborada, mutilado, vejado, yacía sobre un montón de tierra donde se encontraron más tarde los libros intactos. Su acto le valió la santidad y el patronazgo absoluto sobre los bibliófilos.

Menos conocido fue el martirio de Casiano. Perseguido por sus tesis, fue entregado a sus propios alumnos, quienes resolvieron convertirlo en mártir asesinándolo con sus estiletes, haciéndole tragar sus propios escritos y partiéndole en la cabeza unas tablas destinadas a la escritura.

El poeta satírico Ulric von Hutten, cuando los habitantes de Mainz le pidieron sus libros para apilarlos en una hoguera, advirtió a todos: «Si quemáis mis libros, quemaré toda la ciudad». A decir verdad, no se sabe con certeza si esta amenaza surtió efecto alguno entre los exaltados pobladores.

CAPÍTULO TRES

EL MUNDO ÁRABE

ALAMUT Y LA BIBLIOTECA DE LOS ASESINOS

Asesino, según la etimología más aceptada, procede de «haxixino», el nombre dado a los adeptos de una secta consumidora de *haxix*, una droga alucinógena obtenida a partir de las plantas femeninas de un cáñamo denominado *Cannabis indica*. Otra versión de los hechos, bastante convincente, señala que asesino procede de «*hasasin*», seguidores de Hassan.²⁹⁹ El erudito Arkon Daraul ha sostenido que «*assassin*» se traduce en árabe como «guardián».³⁰⁰ Asesino sería entonces el guardián de las doctrinas esotéricas.

La secta de los asesinos estaba liderada por al-Hassan ibn-al-Sabbah, llamado el Viejo de la Montaña, un persa nacido hacia el año 1054, amigo de Omar Khayyam, autor de los famosos *Rubaiyat*. Iniciado en la doctrina ismaelita, Hassan era un misionero supremo, que en 1090 sometió una región llamada Alamut, en Irán, y creó allí una orden con una jerarquía de nueve grados muy compleja, donde había aprendices (*lassik*), sagrados (*fedawi*) y compañeros (*refik*). Los *fedawi* se encargaban de misiones suicidas: al recibir una instrucción especial de matar a alguien, lo hacían a costa de cualquier sacrificio.

La secta de los asesinos tenía su sede en Alamut (a 1.800 metros de altitud en Mazenderan, al sur del mar Caspio), donde además de los refectorios e instalaciones de entrenamiento, los seguidores contaban con una extraordinaria biblioteca, que contenía cientos de documentos comprometedores para la mitad de los grandes líderes del mundo árabe.

La biblioteca de Alamut cayó con la fortaleza en diciembre de 1256. Después de una resistencia heroica, los miembros de la secta sucumbieron al ataque de los mongoles. Una anécdota conservada refiere que alguien pidió permiso para examinar los libros de la biblioteca.³⁰¹ Descubrió, con sorpresa, que además de los textos religiosos había gran cantidad de poemarios y tratados de astronomía, algunos de los cuales hizo llevar a caballo. El cronista Arif Tamir escribió que después de esto, «el mongol destruyó la biblioteca ismaelita que contenía un millón y medio de volúmenes».³⁰² Otras fuentes señalan que no hubo más de 200.000 libros en Alamut, pero igualmente fueron destruidos.

El historiador Steven Runciman ha precisado: «En Alamut los asesinos tenían una gran biblioteca llena de obras de filosofía y ciencias ocultas. Hulagu envió a su chambelán musulmán, Ata al-Mulk Juveni, para inspeccionarla. Juveni apartó ejemplares de las ediciones del Corán que encontró y otros libros de valor científico e histórico. Las obras heréticas fueron quemadas. Por extraña coincidencia, al mismo tiempo se produjo un gran incendio, originado por un rayo, en la ciudad de Medina, y su biblioteca, que poseía la mayor colección de obras de filosofía ortodoxa musulmana, fue totalmente destruida».³⁰³

Y de Alamut, los mongoles siguieron a Bagdad.

HULAGU Y LA DESTRUCCIÓN DE LOS LIBROS DE BAGDAD

Se conserva una crónica del ataque de Gengis Khan a la mezquita de Bujara, donde los libros fueron confiscados y destruidos:

Llevaron al patio de la mezquita cofres llenos de libros y de manuscritos sagrados y los vaciaron en el suelo, utilizaron los cofres como pesebres en las caballerizas, bebieron copas de vino y llamaron a los músicos de la ciudad para divertirse y bailar en la mezquita. Los mongoles cantaron y gritaron para saciar sus apetitos, y ordenaron a los imanes, a los sabios, a los doctores de la religión, a los jefes de los clanes y a los notables que se pusieran a su servicio y que se ocuparan de atender sus caballos. El Kan decidió entonces partir para su palacio, seguido por sus hombres, que pisotearon las páginas arrancadas del libro sagrado, caídas entre el cúmulo de objetos destrozados. En aquel instante, el emir imán Jalaleddin Ali ben Hassan Al-Rendi, jefe religioso supremo de la Transoxiana, se volvió al imán Rokneddin Imamzadeh, el eminente sabio, y le preguntó: ¿Qué es lo que nos ocurre, Molana? ¿Es un sueño o la

realidad? Molana Imamzadeh respondió: No digáis nada más. Es el viento de la cólera de Dios que nos barre, y ya no nos quedan fuerzas para hablar [...].³⁰⁴

Un descendiente suyo, Hulagu Khan,³⁰⁵ repitió su crueldad en Bagdad, ciudad a la cual llegó en 1257. Como era habitual en esos casos, tuvo un gesto diplomático y envió un mensajero con un ultimátum al califa abasid, Al Mutasim, en el que le pedía la rendición incondicional. Se cuenta que Hulagu era amable y cruel, una ambigüedad que en un rey es signo de grandeza. Horas más tarde, el astrólogo Husim-al-Din, seriamente afectado, recomendó desistir del sitio a Bagdad porque algunos indicios y planetas no eran favorables: «[...] Si el rey no escucha y abandona su intención, seis demonios se le manifestarán: primero, todos sus caballos morirán y los soldados enfermarán; segundo, el sol no saldrá más; tercero, no lloverá; cuarto, habrá tormentas y el mundo será devastado por un terremoto; quinto, la hierba no crecerá en la tierra y, sexto, el Gran Rey morirá ese mismo año [...]». ³⁰⁶

En medio de este desastroso dilema, Hulagu hizo llamar a Nasir al-Din al-Tusi, cronista y matemático (inventó la trigonometría) que había incorporado a su séquito tras la captura y destrucción de Alamut y de la secta de los asesinos, de la cual formaba parte este erudito. Después de escuchar a todos los consejeros, Nasir sentenció: «Son cálculos falsos. No ocurrirá nada si atacas Bagdad».

Estas palabras bastaron para decidir al conquistador y de inmediato ordenó cruzar el Tigris. Tras asolar las aldeas de los alrededores de Bagdad, asedió la ciudad el 15 de noviembre de 1257. Había fuertes inundaciones y fue necesario esperar, pero el califa se adelantó y el 17 de enero atacó a los mongoles en Bashiriya. Cuatro horas de combate dejaron 12 mil soldados muertos. Finalmente, el 4 de febrero Hulagu supo que las tropas habían comenzado a entrar en Bagdad y tuvieron lugar feroces combates hasta el día 12.

Las crónicas recuerdan que el califa decidió entregarse, pero el 13 seguía la carnicería y más de quinientos mil cuerpos quedaron en las calles, las casas fueron saqueadas y sólo se respetó a los cristianos porque la mujer de Hulagu era una cristiana nestoriana. En algún momento, el califa fue capturado y entró junto con el invasor al palacio Al-Rihainiyyin, donde estaba toda la familia real, que fue asesinada sin piedad.

Los manuscritos de la biblioteca fueron entonces transportados a orillas del Tigris, arrojados y la tinta se mezcló con la sangre. El cali-

fa Al-Mustasim fue enrollado dentro de una alfombra y golpeado hasta morir, pues como se había profetizado que si su sangre llegaba a la tierra los mongoles sufrirían, evitaron ese problema con la envoltura.

Otro descendiente de Gengis Kan, Tamerlán, volvió a atacar Bagdad en 1393 y acabó con todo lo que encontró. Sus soldados continuaron y asolaron Siria, eliminando, de este modo, todos los libros de sus adversarios.

En El Cairo se creó una de las bibliotecas más interesantes de todo Egipto. Consistía en miles de libros de todos los pueblos conocidos. La invasión de los turcos, en 1068, destruyó las obras.

CAPÍTULO CUATRO

UN EQUÍVOCO FERVOR MEDIEVAL

LOS LIBROS PROHIBIDOS DE ABELARDO

La vida de los grandes pensadores suele ser peligrosa. Sócrates tuvo que beber la cicuta, Protágoras vio cómo quemaban su libro en Atenas, Demócrito se arrancó los ojos como Edipo para poder pensar, Platón estuvo a punto de ser asesinado, Aristóteles huyó acusado de impiedad hacia Calcis. Pedro Abelardo no escapó a esta maldición y sufrió la castración por su amor indebido —como todos— con una joven llamada Eloísa que no era, al parecer, tan hermosa como dulce.

Además de esto, cuando editó en 1120 su *Introductio ad Theologiam*, un texto dialéctico contra las proposiciones heréticas, un sínodo ortodoxo lo condenó por desviaciones de la fe, no sin solicitar que se quemara la obra y se recluyera al autor en el convento de San Medardo. Veinte años después, su obra completa fue prohibida por el Concilio de Sens y el papa Inocencio III, preocupado por los sofismas de Abelardo, hizo quemar hacia 1141 los escritos y llamó a su autor «dragón infernal que es el precursor del Anti Cristo.»

En un año tan distante como 1930, un tribunal de Estados Unidos prohibió la circulación de las *Cartas de Amor a Eloísa* de Abelardo, porque defendía los sentimientos, que siempre han sido temidos, y promovía una respetable introducción al sexo entre intelectuales.

Herederero de la rebeldía irlandesa, el misterioso Juan Escoto Eriúgena, nacido en un año ignorado y fallecido en otro aún más desconocido, fue uno de los filósofos más originales de la Edad Media. Conocía el griego a la perfección y tradujo a Dionisio Aeropagita para Carlos II el Calvo, entre los años 860 y 862. A su libro más célebre, *De divisione naturae*, debemos la existencia de Giordano Bruno y de Spinoza, lo que no es poco.

El papa Honorio III, asustado, exhortó a la comunidad de la Iglesia a buscar el texto para quemarlo. Borges comentó esta quema: «*De divisione naturae, libri V*, la controvertida obra que la predicaba, ardió en la hoguera pública. Acertada medida que despertó el fervor de los bibliófilos y permitió que el libro de Eriúgena llegara a nuestras manos [...]».²⁷⁸

Eriúgena, al combatir la herejía del teólogo Gottschalk, quien imputó a Dios haber condenado a casi todos los hombres al infierno, incurrió en otra negación al decir, en *De praedestinatione*, que nadie está condenado al Infierno porque Dios es omnipotente, y no existe un solo ser ajeno a él.

En una nota curiosa (y seguramente falsa), Guillermo de Malmesbury atribuyó la muerte de Eriúgena a las puñaladas de los niños de la escuela abacial donde enseñaba, quienes estaban hartos, se sospecha, de los maltratos del filósofo.³⁰⁸

EL TALMUD Y OTROS LIBROS HEBREOS

El Talmud, compilación hebrea de comentarios e interpretaciones sobre la Biblia, ha sido uno de los libros más perseguidos en la historia. En Egipto, en 1190, alguien ordenó la eliminación de varios ejemplares para cumplir con las nobles verdades del Evangelio. Gregorio IX, en 1239, designó a varios censores y les ordenó buscar ejemplares del Talmud; cuando supo que habían sido almacenados, los hizo quemar. En París, decenas de sacerdotes eliminaron cientos de copias el año 1244. Luis IX, en Francia, mandó buscar copias entre 1247 y 1248 y las destruyó. También Felipe III, en 1284, y Felipe IV, entre 1290 y 1299, convirtieron la obra en cenizas.

En 1319, en Perpignan y Toulouse la Iglesia quemó decenas de copias. En 1322, el bondadoso papa Juan XXII lo hizo quemar públicamente. En 1490, en Salamanca, un auto de fe incluyó al Talmud y otras decenas de libros hebreos.³⁰⁹

En abril o mayo de 1559 se quemaron 12.000 libros, escritos en lengua hebrea, en Cremona, ciudad donde había una imprenta de libros judaicos. Entre algunos de los libros destruidos estuvo el *Ziyyuni*, cuyas mil copias desaparecieron casi por completo. El 9 de septiembre de 1553, un grupo de sacerdotes en Roma recogió ejemplares del Talmud y optó por quemarlos en Campo di Fiore.³¹⁰

Una polémica célebre enfrentó a Johann Reuchlin (1455-1522) con Johann Pfefferkorn. Según se sabe, el emperador ordenó en 1509 la destrucción de todas las reproducciones del *Talmud* que existieran en su reino, avalado por el fanatismo piadoso de Pfefferkorn, pero Reuchlin se opuso a esta decisión y defendió la utilización con fines teológicos del *Talmud*, el *Zohar*, los estudios de Rashi, Ibn Ezra, Gersonides o Nahmanides, pero rechazó otros como el *Toledot Yeshu*, donde se denigra la figura de Jesús. Bien por ignorancia, por temor o por un anhelo secreto de ecuanimidad, el emperador revocó su edicto de destrucción el 23 de mayo de 1510.

El libro *Gelilot Erez Yisrael*, probablemente publicado en Lublin en 1635, del viajero Gershon Ben Eliezer Ha-Levi, fue quemado por los jesuitas en Varsovia casi de inmediato, y se impuso una segunda edición, en 1691, para evitar su desaparición.

Se conoce bastante bien una de las quemas más recientes del Talmud, ocurrida en Polonia en 1757. Los kamenets-podolski se hicieron con 1.000 copias de esta obra y las destruyeron públicamente. Y, naturalmente, los nazis, de quienes hablaremos más adelante, no perdieron la ocasión de aniquilar cualquier ejemplar existente en Alemania del Talmud.

LA CENSURA CONTRA MAIMÓNIDES

La vida de Moisés Maimónides, uno de los pensadores del judaísmo más influyente de todos los tiempos, estuvo marcada por algunas paradojas célebres.

Había nacido en 1135, en Córdoba, en España, durante la dominación musulmana, y sus padres practicaban la fe judaica en secreto. Era, sin saberlo, un español judío y árabe. A la edad de veintitrés años comenzó un tratado sobre la Mishné Torá o Segunda Ley, en lengua hebrea, que completó diez años más tarde. Ese trabajo le valió el respeto de los judíos y de los musulmanes. En 1176 comenzó el libro que lo haría famoso en todo el mundo, escrito en árabe y titulado *La Guía de Perplejos*. Era un estudio contradictorio, eficaz en sus percan-

ces y se basaba en una lógica donde se reivindicaban las alegorías y el repudio al materialismo.

También compuso otras obras, sobre medicina y diversas epístolas didácticas: *Epístola a Yemen*, *Epístola sobre la Apostasía*, y el profético estudio sobre astrología *Epístola a la comunidad de Marsella*. Al morir, tuvo algunas visiones sobre la obra de Aristóteles y quiso corregir algunos párrafos de sus libros, pero no pudo y en 1204 cerró los ojos para siempre.

Mucho tiempo después, cuando sus obras eran leídas por todos, sus textos fueron quemados. En 1232 ardieron sus tratados en Marsella; un año más tarde, en Montpellier, los dominicos no soportaron su visión de Dios y destruyeron sus libros.

LA TRAGEDIA DE DANTE

La vida de Dante Alighieri estuvo marcada por una serie de incidentes lamentables. Vivió en el destierro y sufrió varios intentos de asesinato. En 1315 fue condenado a la decapitación y hubo de refugiarse en Ravena. Su tratado *Sobre la Monarquía*, donde probaba cómo la autoridad de los reyes no la legitima el papa sino Dios mismo, fue quemado en Lombardía, en 1318.

El 7 de febrero de 1497, Savonarola sustituyó el carnaval de Florencia por la fiesta de la Penitencia; hizo encender en la Señoría una hoguera a la que se arrojaron cosméticos, joyas y libros, mientras que los artistas vieron con estupor cómo se consumían sus obras paganas. Los libros de Dante estuvieron entre los volúmenes convertidos en cenizas. Savonarola ignoraba en ese momento que un año más tarde la Iglesia iba a torturarlo y a quemar su cuerpo con todos sus escritos, sermones, ensayos y panfletos. Sus seguidores colaboraron, emocionados, para que el fuego se mantuviera más tiempo.

Como corolario a esto, hacia 1581 varios ejemplares de la *Divina Comedia* fueron confiscados y destruidos en Portugal.

HEREJÍAS

El derecho canónico define la herejía como «un error religioso en el cual se persevera por voluntad propia y de forma duradera, en contra de la verdad proclamada por la Iglesia». Ese concepto fomentó la organización de un sistema para combatir tal práctica, por me-

dio de procedimientos teóricos y prácticos, y no faltó la justificación de persecuciones contra los miembros de cualquier secta reacia a acatar la autoridad de la Iglesia.

Uno de los primeros casos heréticos medievales fue el de Leutardo, un campesino que abandonó a su esposa, destruyó las cruces y dijo que Dios le había hablado para emprender una misión apocalíptica.

El principal problema de la época era la diversidad de movimientos, lo cual impedía una comprensión exacta de los verdaderos motivos de cada grupo considerado herético. En 1259 aparecieron los flagelantes, que anunciaban la salvación a cuantos se flagelaran 33 días; los adamitas proclamaban la vuelta a la desnudez original; los bogomiles exaltaban el amor libre; los cátaros proponían una vuelta al maniqueísmo; los albigenses negaban los sacramentos; los *stadingers* defendían la total libertad sexual; los euquitas no repudiaban al demonio por ser hijo de Dios... El papa Inocencio III autorizó cruzadas contra los albigenses y contra los cátaros. Además de las matanzas, los soldados quemaban sus escrituras. Según Caesarius de Heisterbach, en París se tomó la decisión de prohibir la lectura de los libros de física y se quemaron ejemplares de las obras de David de Dinant y de los llamados *Libros Gálicos*.³¹¹

Los discursos del predicador Arnaud de Bresse ardieron en 1155. Las obras de Amaury de Chartres, fundador de los almaricos, quien sostenía que Dios y las criaturas eran apenas una estrategia de la providencia donde Dios era todo y el todo era Dios, fueron quemadas en 1215 después de la condena del papa Inocencio III. También *L'évangile éternel*, texto atribuido a Joachim de Flore y sus discípulos, fue destruido hacia 1256.

Marguerite Porete fue condenada a muerte el 31 de mayo de 1310, entre otros motivos porque no aceptaba su condición de mujer. Al día siguiente, el 1 de junio, fue quemada, junto con sus libros sobre el amor místico. Uno en especial fue causa de discordia: el que tituló *Espejo de las almas aniquiladas*.³¹² En 1322 fue quemado Lolardo Waltero junto con sus libros.

En el caso de los valdenses, como advierten los historiadores, la falta de documentos existente se debe a su destrucción sistemática. Nacido el movimiento de los pobres de Lyon, encontraron un estímulo en un asceta llamado Waldo para confrontar la hipocresía católica y volver a la pobreza inicial. Desde 1160 los valdenses cuestionaron el poder de la Iglesia de Roma y se dedicaron a la enseñanza abierta de la Biblia. Escribían sus textos en lengua provenzal, y proporcionaban nuevas interpretaciones de los salmos, del Viejo y Nue-

vo Testamento. La excomunión los colocó al margen de las actividades legales y fueron perseguidos con verdadera saña desde el siglo XIII hasta el siglo XVI. La resistencia del movimiento fue ejemplar, pero no pudo evitar una carnicería. El 5 de junio de 1561, en San Sixto, una aldea de 6.000 habitantes fue atacada y sus escritos quemados. Los prisioneros fueron colocados en estacas y prendidos como antorchas.

La herejía no siempre era religiosa: podía ser política o ficticia. Juan XXII, por ejemplo, ordenó quemar un libro en 1328 sólo porque ponía en duda su omnipotencia sobre la propiedad eclesiástica: «[...] En esos tiempos fueron condenados por el papa dos clérigos que habían compuesto un libro lleno de errores en ocho libros. Ellos se esforzaron en probar que el emperador podía corregir, poner y desposar según su voluntad, y que los bienes de la Iglesia estaban a merced de la voluntad del emperador [...]». ³¹³

Hay una crónica, suministrada por Gabriel Peignot, ³¹⁴ con fecha 16 de agosto del año 1463, donde se evidencia la quema de un ejemplar sobre magia. Al revisar su contenido, en un hotel en Dijon, Messire Jehan Bonvarlet, acompañado de sacerdotes, de personajes locales como Jehan de Molesmes, Aymé d'Eschenon, Jehan Robustel, Aymé Barjod, tomó una decisión irrevocable que la crónica resguarda: «[...] y este libro fue condenado al fuego [...]». El mismo narrador, con temor y reverencia, pero no sin ironía, advirtió que la decisión de quemar la obra provocó una gran confusión entre los presentes.

Hacia el 23 de mayo de 1473 se levantó un cadalso frente a las puertas de la iglesia de Santa María en Alcalá de Henares. Inmediatamente comenzó la ceremonia de cremación de un ejemplar de la obra *De confessione*, de Pedro Martínez de Osma, catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca. El libro fue paseado por las calles, escupido, y luego se quemó, no sin que esta acción fuese precedida por una bula de excomunión. ³¹⁵

CAPÍTULO CINCO

DE LA ESPAÑA MUSULMANA Y OTRAS HISTORIAS

LAS QUEMAS DE ALMANZOR

Durante el régimen del califato, en España, Al Hakam II, que adoptó el título sagrado de al-Mustansir, quiso distinguirse de todos sus predecesores. Era precavido, piadoso y testarudo, virtudes que lo ayudaron a mantener el reino en paz. Entre sus placeres estaba el de conversar con los sabios y se animó a fundar en Córdoba la biblioteca más importante de toda la Europa medieval. Se calcula que para esta época había 60 bibliotecas en toda España.

En pocos años, Al Hakam adquirió textos raros y envió mensajeros a divulgar su deseo de obtener reproducciones de los mejores libros del mundo. Sus asesores seleccionaron 400.000 volúmenes, sobre todas las materias del saber humano. Al menos 44 volúmenes de 50 páginas cada uno contenían el catálogo de la biblioteca. Lo que sorprende es que Al Hakam confesaba que los había leído todos y entre sus costumbres estaba la de colocar al inicio o final de cada libro todos los detalles que podía sobre el autor.

Al morir, legó el trono a su hijo, que era aún menor de edad, His-ham II al-Mu'ayyad, pero éste no pudo contra las ambiciones del intendente y amigo de su padre, Muhammad Ibn Abu 'Amir Al-Mansur, conocido como Almanzor (938-1002), y perdió el poder.

Almanzor, en el año 981, se autonombró al-Mansur bi-Allah (único victorioso por Alá); en el año 994 asumió el título de al-Malik al-Karim. Como él mismo era un escritor frustrado, protegió a los teólogos, y en un rapto inexplicable permitió que sus consejeros quemaron to-

dos los libros que no eran sagrados para los musulmanes de la biblioteca creada por Hakam. Los textos fueron apilados en una gran hoguera, donde ardieron varios días. Almanzor, consciente de su acto, escribió a mano todo el Corán y se convirtió en un fanático de ese libro.

Hoy sólo se conserva un libro de la biblioteca de Al Hakam, fechado en el año 970.

LOS VERSOS PROHIBIDOS DE IBN HAZM

Ibn Hazm (994-1063), autor de *Tawq al-Hamama* (*El collar de la paloma*), uno de los mejores tratados sobre el amor, fue perseguido por su deseo de mantenerse apegado a los ritos zahiri y no a los malequi de al-Andalus. Conocido en España como Ben Hazam, exploró los sentimientos amorosos con una destreza inigualable.

El rey de Sevilla al-Mutadid, protector de los poetas, esposo de una poetisa, padre de poetas, tomó la decisión de ordenar la quema de todos los libros de Ibn Hazm; no acabó, ciertamente, con todos sus volúmenes, pero consiguió amedrentarlo. Algunos historiadores han advertido que al-Mutadid fue deportado, tras perder el poder, a Marruecos; pasó hambre y escribió cientos de versos en los que imitaba con genuina fidelidad las metáforas del hombre a quien humillara en su lejana e inolvidable Sevilla.

LA DESTRUCCIÓN DEL CORÁN EN LA ESPAÑA DE LA RECONQUISTA

Un rumor suele ser una verdad dilatada. Al menos eso comprobaron, con fascinación al principio y estupor al final, los habitantes moros de la exuberante Granada, un día de enero o febrero de 1500. Todo comenzó con los gritos de los ancianos y de las mujeres, pero el alboroto se extendió y una multitud encolerizada se concentró en las calles, porque se decía que un austero sacerdote llamado Francisco Jiménez de Cisneros³¹⁶ había dado una orden que suponía, de un modo radical la integración de una nueva cultura y la eliminación de otra. La confusión era enorme, pues ese mismo hombre no había dejado de causar problemas en su anhelo de convertir a los infieles.

De casa en casa, sacerdotes y soldados confiscaban libros y, entre golpes y cuchicheos, advertían que había llegado la hora de quemar

un antiguo libro sagrado, el Corán, uno de los atributos del dios de los herejes. Como es obvio, la reacción de los creyentes musulmanes no se hizo esperar, aunque los disturbios fueron controlados por las tropas españolas que habían tomado la ciudad en 1492, después de diez largos años de sitio. Hubo quien enterró sus ejemplares, pero la pesquisa fue minuciosa y logró dar con más de cinco mil libros.³¹⁷ Los reyes vencedores, los grandes héroes de la reconquista del reino de España, Fernando e Isabel, apodados Católicos, autorizaron esa quema porque eran conscientes de que vivían años decisivos. Cisneros, el astuto confesor de la reina, les había señalado cómo la tolerancia podía ser peligrosa en una ciudad donde los textos musulmanes se leían en secreto. No bastaba con proclamar la unidad de todo un pueblo, no bastaba con vencer a los moros, no bastaba con imponer una nueva fe: era necesario propiciar acciones para borrar una fe distinta, una concepción del mundo resumida en la visión de un hombre llamado Mahoma, y en un libro con el poder de convocar a los enemigos en cualquier nueva ocasión.

Cisneros era un hombre insobornable. Nacido en 1436, en Torrelaguna, provenía de familia pobre, pero compensó ese origen social con los estudios realizados en Salamanca y Roma. Su carrera eclesiástica comenzó de una manera bastante anormal: en la cárcel. El arzobispo de Toledo, conocedor de las intrigas de Cisneros en Roma, no aceptó los términos de la carta con la que el papa Paulo II lo recomendaba para el cargo de arcipreste de Uceda y, ante la insistencia grosera de Cisneros, lo hizo detener. Pasó varios años encerrado, olvidado, apegado a la lectura de la Biblia. Víctima del miedo, se hizo franciscano y cambió su nombre de pila, Gonzalo, y se autodenominó Francisco. Estaba decepcionado del mundo, nada le interesaba, y pasó casi diez años en varios conventos, hasta que la recomendación de un amigo suyo lo convirtió en arzobispo de Toledo en 1495 y en confesor de la reina. Cualquiera que conozca la vida de Isabel, puede entender casi de inmediato por qué Jiménez de Cisneros adquirió un poder absoluto sobre ella. Esto explica, además, la razón de su indiferencia ante los ejemplares existentes del Corán. Su estrategia consistía en amedrentar a todos los seguidores de la fe musulmana, ya vivieran en Granada, en África o en el resto del mundo.

Hay varias narraciones de testigos sobre las destrucciones de los libros en Granada, pero conviene revisar con atención el informe preparado por uno de los mejores amigos de Cisneros:

Para desarraigarles del todo de la sobredicha su perversa y mala secta, les mandó a los dichos alfaquíes tomar todos sus alcoranes y todos los otros libros particulares, cuantos se pudieron haber, los cuales fueron más de 4 o 5 mil volúmenes, entre grandes y pequeños, y hacer muy grandes fuegos y quemarlos todos; en que había entre ellos infinitos que las encuadernaciones que tenían de plata y otras cosas moriscas, puestas en ellos, valían 8 y 10 ducados, y otros de allí abajo. Y aunque algunos hacían mancilla para tomar y aprovecharse de los pergaminos y papel y encuadernaciones, su señoría reverendísima mandó expresamente que no se tomase ni ninguno lo hiciese. Y así se quemaron todos, sin quedar memoria, como dicho es, excepto los libros de medicina, que había muchos y se hallaron, que éstos mandó que se quedasen; de los cuales su señoría mandó traer bien 30 o 40 volúmenes de libros, y están hoy en día puestos en la librería de su insigne colegio y universidad de Alcalá, y otros muchos añafles y trompeticas que están en la su iglesia de San Ildefonso, puestos, en memoria, donde su señoría reverendísima está sepultado [...].³¹⁸

Uno de los mejores discípulos de Cisneros fue Alvar Gómez de Castro, quien escribió la biografía oficial de su maestro en latín. Lo sorprendente es la forma como confirma la quema y la purga religiosa:

Alegre por el éxito Jiménez y estimando que debía aprovecharse una ocasión tan favorable, y extirpar radicalmente de sus almas todo el error mahometano, no se detenía ante el parecer de quienes juzgaban más prudente ir quitando poco a poco una costumbre inveterada; pues pensaba que este método era aplicable en asuntos de poca importancia, y en los que no se ventile la salvación de las almas. Así que, con facilidad, sin dar un decreto y sin coacción, logró que los Alfaquíes, dispuestos en aquella época a hacer todo tipo de favores, sacasen a la calle los ejemplares del Corán, es decir, el libro más importante de su superstición, y todos los libros de la impiedad mahometana, de cualquier autor y calidad que fuesen. Se reunieron cerca de cinco mil volúmenes, adornados con los palos de enrollar; los cuales eran también de plata y oro, sin contar su admirable labor artística. Estos volúmenes cautivaban ojos y ánimos de los espectadores. Pidieron a Jiménez que les regalase muchos de ellos; pero a nadie se le concedió nada. En una hoguera pública fueron quemados todos los volúmenes juntos, a excepción de algunos libros de Medicina, a la que aquella raza fue siempre y con gran provecho muy aficionada. Tales libros, librados de la quema por el mérito de arte tan saludable, se conservan actualmente en la biblioteca de Alcalá. Hasta este momento había marchado realmente sobre ruedas el programa de nuestro Obispo [...].³¹⁹

Con esta quema, Cisneros realizó el primer auto de fe de la religión católica en Europa. Los estudiosos insisten en que la destrucción no se limitó al Corán, sino también a tratados religiosos y poéticos de los sufíes. En efecto, Granada había atraído a decenas de místicos sufíes, y sus poemas, que constituían un capítulo aparte en la literatura de los árabes, fueron arrasados. Al menos la mitad de la literatura sufi quedó devastada por los cristianos. Aun así, los reyes estimaron que su orden no se había cumplido íntegramente. Un ambiguo documento del año 1511 prueba que el propio rey Fernando quedó insatisfecho porque se salvaron «los libros de medicina e filosofía e crónicas».³²⁰ Y esa decepción propició que la destrucción de obras de la cultura árabe continuara en toda España. La llamada Mora de Úbeda, por ejemplo, comentó que un precioso manuscrito musulmán fue destruido para convertirlo en «papeles de niño».³²¹

Cisneros ganó por esta acción un prestigio sin precedentes que, en su época y aún muchos siglos después, legitimó su condición de biblioclasta. Pero se distinguió en otras tareas, las cuales también le granjearon el temor y la distraída admiración de quienes lo rodearon. Impuso el celibato clerical, aconsejó a los reyes la expulsión de todos los judíos y torturó a miles de personas para convencerlas de las bondades de la fe de Cristo. Castraba, azotaba, desmembraba y quemaba a los rebeldes.

En 1507 fue nombrado cardenal y gran inquisidor de todo el reino de España. Algunos le atribuyen haber nombrado a un oscuro fraile llamado Torquemada como jefe de la Inquisición. En 1508 logró ver realizado un viejo sueño, el de la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares (donde puso a buen recaudo los manuscritos árabes sobre medicina y ciencia). La llamada *Biblia Sacra Polyglota*, en griego, hebreo y caldeo, con traducción al latín, fue elaborada por orden suya. Tenemos, de este modo, un hecho controvertido que reafirma nuestra creencia: la adoración por la Biblia lo hizo odiar con tanto fanatismo el Corán.

En 1517, muertos ya Isabel y Fernando, se le notificó que debía salir al encuentro del nuevo rey, Carlos I. Tenía ochenta y un años y mientras visitaba la población de Roa, en Burgos, donde tenía familia, murió. Según algunos, fue envenenado. Según otros, la causa de su muerte se debió a su precaria salud.

CAPÍTULO SEIS

LOS CÓDICES QUEMADOS EN MÉXICO

LA ELIMINACIÓN SISTEMÁTICA DE CÓDICES PREHISPÁNICOS

Fray Juan de Zumárraga fue siempre taciturno, díscolo, proclive al desaire y a hablar solo en voz alta. No le gustaba ser mencionado, ni ser anónimo, y en medio de tantas paradojas la decisión del monarca Carlos V de convertirlo en el primer obispo de México lo transformó en una leyenda. Había nacido en 1468, en el mítico pueblo vasco de Durango, en España, y una de sus primeras tareas como monje franciscano fue examinar los casos de brujería más conocidos de su región, lo cual lo llevó a practicar exorcismos. La recomendación de un amigo lo acercó al emperador Carlos V, y éste, el 20 de diciembre de 1527, dictó el decreto que lo enviaba a México, pero la lentitud de los procesos le impidió llegar hasta un año después. Desconocía casi por completo el mundo que le correspondía convertir al cristianismo, e intentó reunirse con los indios de manera pacífica. Estaba, por supuesto, sorprendido ante lo que veía: una cultura deslumbrante y una literatura espléndida.

Los aztecas y mayas contaban con una de las civilizaciones más extraordinarias del México antiguo. En el palacio de Netzahualcóyotl, que era poeta, había una gran biblioteca, lo mismo que en el palacio de Moctezuma. Los libros eran códices hechos de papel amate, obtenido de una higuera silvestre, y reproducían dibujos.

En el año 1530, en Tetzaco, hizo una hoguera con todos los escritos e ídolos de los mayas.³²² Su acto tuvo una repercusión enorme

porque no hubo nadie entre quienes vieron la quema que no entendiera su significado: la idea era borrar el pasado y dar paso a una nueva etapa. Juan Bautista Pomar relató que entre las grandes pérdidas de los indígenas estaban sus pinturas «en que tenían sus historias, porque al tiempo que el marqués del Valle con los demás conquistadores entraron por primera vez en Tetzaco, se las quemaron en las casas reales de Nezahualpiltzintli, en un gran aposento que era el archivo general de sus papeles [...]». ³²³

C. W. Ceram ha revelado que Zumárraga «[...] destruyó en un gigantesco auto de fe cuantos documentos pudo obtener [...]». ³²⁴ La tradición católica ha intentado salvar la imagen de este religioso presentándolo de otra forma. Hoy es un lugar común en todas las historias sobre el libro atribuirle la introducción de la imprenta en México, pues en 1533 trajo a los primeros expertos en impresión desde España. Asimismo, y como paradoja, se señala que fue el creador de la primera biblioteca pública. ³²⁵ A petición suya, Juan Cromberger creó una sucursal de su imprenta en México y con ese propósito envió a Giovanni Paoli (Juan Pablos), de Brescia, Italia, quien comenzó su labor al editar, en 1539, la *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana*, el primer libro americano, del cual no se conserva, irónicamente, ningún ejemplar de la impresión original. Cuando murió Zumárraga, en 1548, cientos de fieles lo lloraron.

Diego de Landa continuó su labor. También pertenecía a la orden de los franciscanos, y se había educado en el convento de San Juan de Los Reyes, en Toledo, donde supo de otro célebre alumno de esa casa de estudios religiosos, el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. Al parecer, ambos aprendieron una teología radical, porque sus acciones así nos lo muestran. Landa hizo torturar a 4.500 indios.

Landa dedicó meses a revisar la escritura maya y dejó un tratado donde describió su experiencia filológica, pero no aprendió la lengua por interés histórico sino para conocer mejor la personalidad de los indígenas y poder de esta forma adoctrinarlos con mayor éxito. En julio de 1562 hizo quemar en Maní cinco mil ídolos y 27 códices de los antiguos mayas. En su relato autobiográfico justificó su ataque al decir: «Usaba también esta gente de ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con estas figuras y algunas señales de las mismas, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosas en que no hubiese superstición y falsedades del de-

monio, se los quemamos todos, lo cual sintieron a maravilla y les dio mucha pena [...]». ³²⁶

El padre José de Acosta dejó otra versión de esta quema en la *Historia natural y moral de las Indias*. Dado que su texto es poco citado, conviene recordarlo: «[...] En la provincia de Yucatán [...] había unos libros de hojas a su modo encuadernados o plegados, en que tenían los indios sabios la distribución de sus tiempos, y conocimiento de plantas y animales, y otras cosas naturales, y sus antiguallas; cosa de grande curiosidad y diligencia. Pareciose a un doctriero que todo aquello debían de ser hechizos y arte mágica, y porfió que se habían de quemar, y quemáronse aquellos libros, lo cual sintieron después no sólo los indios, sino españoles curiosos, que deseaban saber secretos de aquella tierra. Lo mismo ha acaecido en otras cosas, que pensando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas, que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio, que sin saber, ni aun querer saber las cosas de los indios, a carga cerrada dicen, que todas son hechicerías [...]». ³²⁷

Esta acción produjo un conflicto que terminó con el asesinato de cientos de indios. Una investigación manipulada por el propio Landa lo exoneró de toda responsabilidad, y posteriormente fue nombrado segundo obispo de Yucatán. Las crónicas lo han exaltado y reivindicado como autor de uno de los más grandes estudiosos de los mayas, titulado *Relación de las cosas de Yucatán* (1566). Esto, por supuesto, no resulta increíble. Más estupefacto puede quedar un lector que lea la condena de estos hechos realizada por el gran inquisidor fray Juan de Torquemada, que quemó cientos de libros en España. Enemigo de los franciscanos, escribió con ironía: «Porque los religiosos y el obispo primero don Juan de Zumárraga quemaron libros de mucha importancia para saber las cosas antiguas de esta tierra, pues entendieron que era demostración de supersticiosa idolatría; y así quemaron todos cuantos pudieran haber a las manos, que a no haber sido diligentes algunos indios curiosos en esconder parte de estos papeles y historias, no hubiera ahora de ellos aun la noticia que tenemos [...]». ³²⁸

En todo caso, sobrevivieron tres códices que revelan la magnitud de la pérdida. El de Dresde, el Tro-Cortesiano y el Peresiano, todos en tiras largas dobladas. El de Dresde es un tratado de astronomía; el Tro-Cortesiano es un libro de adivinanzas y el Peresiano resume los rituales mayas.

CAPÍTULO SIETE

EN PLENO RENACIMIENTO

LA DESAPARICIÓN DE LA BIBLIOTECA DE MATÍAS CORVINO⁴⁹⁰

En tierras de Hungría, el ejército turco, comandado por el mítico Solimán I, El Magnífico, cruzó ríos desbordados y colinas boscosas hasta llegar a la lluviosa Mohács el 29 de agosto de 1526. Poco después, y con el vaticinio en contra de un consejero que no supo interpretar un signo celestial, estas tropas se enfrentaron contra los húngaros del rey Luis II (1506-1526), un erudito en la cetrería y en las hierbas de poderes viriles. En unas horas, 20.000 soldados europeos quedaron tendidos en la tierra, incluido el propio rey de Hungría y un obispo que había dicho que hubiera sido mejor usar todas estas almas para el martirio en Roma. La carnicería de los jenízaros y de los espahíes culminó en la matanza y tortura de 2000 prisioneros. De alguna forma, era una venganza por lo ocurrido en la batalla librada en 1456 por Nándorfehérvár (hoy Belgrado), donde János Hunyadi humilló a los turcos y detuvo, por unos años, la expansión otomana.

El 2 de septiembre, con la tropa ya descansada, Solimán remontó el Danubio y marchó contra la ciudad de Buda. En el camino, cada villa era saqueada sin piedad, pese a las buenas intenciones del monarca. Según su diario, en Buda encontró a una población sumisa, pero no pudo evitar que se iniciara un inexplicable y voraz incendio que lo devastó todo. Antes, había recorrido el palacio de Matías Hunyadi (1443-1490), llamado Corvino, quien fue rey de Hungría entre

1458 y 1490, y quedó admirado por la gigantesca biblioteca que encontró, formada desde 1476.³³¹

Para ese entonces la biblioteca de Corvino era una de las bibliotecas más importantes del mundo, la segunda junto con la del Vaticano. Contenía textos en griego, latín y hebreo, y la había organizado Taddeo Ugoletto, quien estimuló la iluminación de libros a manos de artistas talentosos como Attavante degli Attavanti. Al menos cuatro amanuenses trabajaron en las copias de libros, que abarcaban los campos de la filosofía, la teología, la literatura, el derecho, la geografía, la medicina y la arquitectura. Según algunas fuentes, la biblioteca contaba con 2000 o 2500 volúmenes. Según otras, tuvo 3.000. Algunos afirman que como precursoras las bibliotecas del obispo János Vitéz y la de Janus Pannonius, las cuales terminaron por formar parte de la de Corvino.

Solimán consultó sobre la biblioteca y decidió su confiscación y transporte por el Danubio. Fue la última vez que esa colección se vio íntegra. Hoy se conocen 216 libros que pudieron haber sido copiados o que pertenecieron a esa biblioteca. Unas 53 obras están todavía en bibliotecas húngaras, 39 en la Biblioteca Nacional de Austria, y el resto está disperso en Francia, Alemania, Inglaterra, Turquía y Estados Unidos.

LA DESTRUCCIÓN DE LA BIBLIA DE GUTENBERG

Todo cuanto sabemos de Johannes Gutenberg es dudoso, deformado y ambiguo.³³² Se cree que nació en Maguncia, hacia 1394 o 1397, pero no hay pruebas concluyentes. Se sabe que no se llamaba Johannes Gutenberg, sino Johann Gensfleisch zur Laden, pero adoptó apellidos más aristocráticos. Se dice que sus padres fueron Friele Gänzfleisch y Else Wyrich. De ella, no se conoce nada aunque se sospecha que perteneció a una familia aristocrática. En cierto momento, tal vez en 1437, Gutenberg tuvo amores con una joven, y acabó en los tribunales por faltar a su promesa de matrimonio, lo que lo decidió a abandonar esa idea para siempre, si es que no había tomado esa decisión previamente.

Al parecer, era orfebre, experto en acuñar monedas y medallas. Por razones que no están aún claras, se asoció con Hans Riffe, Andres Dritzehn y Andres Heilmann para comercializar unos inventos: una herramienta para pulir gemas, instrumentos para fabricar espejos perfectos y una prensa para imprimir libros. Los negocios fraca-

saron y durante el proceso de los tribunales se hizo público el secreto: alguien pretendía inventar una imprenta.

La falta de dinero obligó a Gutenberg a pedir prestado a un abogado de Maguncia, Johannes Fust, quien se convirtió en su socio. Gutenberg diseñó para su máquina las letras que habría de usar, aunque no se conoce el modelo que utilizó. El tipo de letra debía ser idéntico al gótico alemán de la época, ilegible, firme, y quiso que las páginas reprodujeran los antiguos manuscritos iluminados para no romper con la tradición. El resultado fue la Biblia de 42 líneas, que concluyó entre los años 1453 y 1455. De esta obra se imprimieron unas 180 copias, pero sólo quedan las partes de 48 copias, 36 impresas en papel, y 12 en pergamino. El museo Británico guarda dos copias completas en sus anaqueles.

El mismo Gutenberg, según algunas fuentes, destruyó ejemplares en su afán de perfeccionar la belleza de los textos. Para dar una idea del valor que tiene esta obra, conviene señalar que una sola hoja vale actualmente setenta mil dólares.

El carácter del inventor, el celo o la postergación de los logros, molestó a Fust y demandó a Gutenberg. Ganó el pleito y la imprenta pasó a manos de Peter Schoffer, de Gernsheim, al servicio de Fust. Irónicamente, en 1457, Fust produjo el *Salterio* de Maguncia.

Al final de sus días, Gutenberg quedó ciego, y fue mantenido por el elector Adolph von Nassau. Al menos, es la información que la leyenda fomenta. Murió el 3 de febrero de 1468.

MIGUEL SERVET, EL HEREJE

Como en muchos otros casos similares, se eligió el mediodía para la quema del hereje. Pasadas las doce del 27 de octubre de 1553, una procesión de magistrados y clérigos trajo al hombre al campo de Champel, en Ginebra, encadenado y atontado por golpes en el rostro. A ratos, gritaba de indignación. El verdugo le amarró la cabeza con una cuerda que pasó varias veces por su cuello. Sobre su cabeza colocaron sarmiento verde con gotas de azufre; la ropa, sucia y destrozada por los empujones, mostraba serios daños en la zona del abdomen. En sus pies, alguien depositó un ejemplar de su libro *Christianismi Restitutio*, rechazado por cristianos y reformistas.

Algunos curiosos indagaron y pudieron saber que el condenado se llamaba Miguel Servet, al parecer un español orgulloso y difícil de trato que había irritado a las autoridades católicas en el pasado, y,

tras su defensa teológica de un catolicismo cristocéntrico, despertó la ira de los reformistas. Detenido el 13 de agosto, su proceso se prolongó entre el 14 de agosto y el 26 de octubre, y fue condenado a muerte por los síndicos de Ginebra. De cualquier forma, la leña ya estaba preparada, aunque húmeda (tal vez para incentivar la dilación del acto). Farel, un ministro de Juan Calvino, sonrió y dijo unas palabras ante los síndicos, y por un momento su oración se confundió con los gritos de la víctima. Dos horas más tarde, las cenizas y los pedazos carbonizados se arrojaron a un lago cercano.

No contento con esto, un tribunal eclesiástico exclusivamente compuesto de ex amigos suyos, estableció el 23 de diciembre de ese mismo año, en Viena: «Ordenamos que todos y cada uno de los libros compuestos por el llamado Villeneuve, además de los ya quemados, sean entregados a las llamas [...]».

Miguel Servet, el hereje, había sido un reconocido polígrafo, un estudioso de la geografía, de la matemática, de la filosofía, de los clásicos griegos y latinos, de la gramática y de la teología, no sin mezclar todo con la astrología. Aunque su vida ha estado envuelta en un misterio, se sabe que nació el 29 de septiembre de 1511, en Villanueva de Sigüenza, en Huesca, Aragón. Era hijo del notario Antón Servet Meller y de Catalina Conesa Zaporta. Al completar sus estudios, bien en Zaragoza o Barcelona, aprendió latín, griego y hebreo. En 1528, fue a Toulouse a estudiar derecho. Admiraba a Erasmo de Rotterdam y fue a buscarlo, pero en su lugar encontró en 1530 al reformador Johannes Oecolampadius en Basilea, y se instaló en su casa unos 10 meses. En 1531 quiso contribuir a la discusión sobre el problema de la trinidad divina e hizo imprimir, en Haguenau, su libro *De Trinitatis erroribus*, donde atacó la idea con una tesis violenta.

De modo natural, enojó a Ecolampadio, Zwinglio y a otros. Aun así, y contra todo pronóstico, persistió en sus ideas, y en 1532 publicó su obra *Dialogorum de Trinitate*. La vulgarización de este libro hizo que el 24 de mayo el Consejo de la Inquisición le abriera un proceso y se convirtió en un perseguido. En París, dijo que se llamaba Michel de Villeneuve, y que era nativo de Tudela, en la región de Navarra. Entre 1533 y 1534, obtuvo el título de Maestro en Artes y dio clases en la Universidad de París. Casi por coincidencia, conoció en 1534 a Juan Calvino, quien vendría a ser su más encarnizado enemigo.

En Lyon hizo amistad con Simphorien Champier (1472-1539), médico y latinista renombrado. En 1535, le entregó a Melchor y Gaspar, mejor conocidos como los hermanos Trechsel, su versión de la *Geografía* de Ptolomeo. En 1536, editó *In Leonardum Fuchsium apolo-*

gia. El 25 de marzo de 1537 se matriculó en la Facultad de Medicina de París y al poco tiempo ya era capaz de discutir las propiedades de los jarabes, tema al que dedicó un volumen publicado por Simon de Colines, y que llevó por título *Syruporum Universa Ratio*. Con su amigo y compañero de búsquedas, Andrés Vesalio, estudió anatomía. De sus clases de astrología surgió una predicción suya que se cumplió el 13 de febrero de 1538, cuando ocurrió el eclipse de Marte por la Luna. Diestro con la espada, se batió a duelo con un enemigo en Francia y lo dejó con una vergonzosa herida.

Acosado por deudas y por motivos religiosos, Servet se dedicó a la medicina en la Viena del Delfinado, en los alrededores de Lyon. También aprovechó para revisar la edición bíblica de Santes Pagnini (1470-1541), un dominico políglota. En 1542, de las imprentas de Hugues de la Porte salió su corrección ampliada de la Biblia Pagnini. Y en 1545, aprovechando el apoyo de los impresores A. Vincent y G. Treschel, sacó otra edición de la Biblia en 7 tomos ilustrados.

En el año 1552, Servet había concluido un manuscrito que consideraba su gran legado y que había titulado *Christianismi Restitutio*. Entre otras cosas, incluía una descripción precisa de la circulación de la sangre, y la postulación del pancristismo. Servet quería publicarlo en Basilea, pero el temor de los impresores fue enorme. No obstante, convencido del valor de su escrito, continuó insistiendo, y el 29 de septiembre de 1552 comenzó la edición en el taller secreto de Baltasar Arnoullet. El 3 de enero de 1553 salieron 800 ejemplares sin encuadernación, y sin firma, aunque la página final incluía las iniciales: M. S. V. Tras una reunión en el taller, se decidió el envío de ejemplares a Lyon, Ginebra y Francfort.

Los inquisidores, a pesar de los cuidados de Servet, localizaron libro por libro y fueron confiscando y destruyendo la edición entera. Hoy sólo se conservan tres ejemplares, uno de ellos con marcas de fuego. La reimpresión no fue hecha hasta 1790, una labor de Christoph Gottlieb von Murr (1733-1811), en la ciudad de Nürenberg.

Al matar a Servet, Calvino recibió un efusivo elogio de Melanchton. Pero a la historia le agradan las simetrías rebeldes. Étienne Dolet, tipógrafo e impresor, aprovechó un permiso de Francisco I para editar a Terencio, Rabelais, Cicerón, Virgilio y otros clásicos; una redada piadosa encontró en su hogar textos de Calvino y Melanchton e inmediatamente quedó detenido y sufrió proceso y condena a la hoguera. El día de su ejecución, el 3 de agosto de 1546, alguien, tal vez consciente o indeciso, pensó correcto usar también leña húmeda para que el tormento se prolongase, y la plaza Maubert se llenó de humo y ceniza.

Los anabaptistas escogieron una vía de salvación radical del cristianismo durante los años de la Reforma de Lutero. Debido a la persecución contra sus miembros, hoy no disponemos de muchas pruebas sobre su origen en Zurich, pero conocemos bastante bien sus propuestas extremistas. Al parecer, eran partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado, del rechazo del bautismo de los niños, del bautizo como salvación de los adultos, de la libertad de conciencia, del repudio al trabajo industrial, del pago de impuestos y, lo más interesante, asumieron literalmente cada propuesta de la Biblia. Creían, como hoy muchos, en el fin inminente del mundo; de ese modo los profetas anabaptistas intentaron convencer al pueblo de la necesidad de expiar sus culpas y de redimirse.

La gran oportunidad de los anabaptistas provino de la caída de la ciudad de Münster, en Westfalia. Dirigidos inicialmente por Huter y a su muerte por Jan Matthys, un orador alto y barbado, crearon una comunidad basada en sus principios religiosos. El día final de la toma de la ciudad —sede de un obispado— los anabaptistas quemaron y destruyeron los libros de la biblioteca, especialmente los libros sobre Teología: «Los anabaptistas se vanagloriaban de su despreocupación por los conocimientos libresco, añadiendo que eran los incultos los escogidos por Dios para redimir al mundo. Cuando saquearon la catedral, mostraron un particular interés deshojando, rompiendo y quemando los libros y manuscritos de su antigua biblioteca. Finalmente, durante los últimos días de marzo, Matthys prohibió todos los libros salvo la Biblia. Todas las demás obras impresas, incluso las que se mantenían en régimen de propiedad privada, debían trasladarse a la plaza de la catedral y ser arrojadas a la hoguera [...]».³³³

Las colecciones privadas fueron apiladas en una hoguera pública que ardió una noche entera.³³⁴ La intención de los líderes estaba a la vista: se trataba de abolir el pasado y proporcionar a los anabaptistas un control absoluto sobre la interpretación de la Biblia. El 5 de abril de 1534, Matthys salió a la calle y advirtió a su gente que él era el elegido de Dios: como tal se enfrentó con apenas 20 fieles al obispo atacante de Münster. La batalla, no obstante, refutó su divinidad y murió de forma horrible.

Vale la pena añadir lo siguiente: la primera edición alemana del hereje anabaptista David Joris (1501-1556) fue prohibida en Holanda y sus ejemplares confiscados y destruidos. Se titulaba *David Georgen ausz Holand dess Ertzktzers warhafftige histori seines lebens unnd verf*

(1559). De alguna forma, con este texto se hizo lo mismo que ya se había practicado con el propio David Joris. Éste era un fascinante personaje con la audacia suficiente como para ejercer la prédica de las más controvertidas tesis contra la Iglesia católica romana, y un buen día, sin avisar, se presentó en el pueblo de Basle y adoptó el nombre de Jan van Brugge, lo cual le permitió morir completamente en paz. Un hallazgo inesperado de una comisión de la Universidad de Basle reveló su verdadera identidad, y la Iglesia ordenó la exhumación de sus restos y su quema pública, junto con todos los libros y folletos referidos a él hacia el 13 de mayo de 1559.

LA BIBLIOTECA DE PICO DELLA MIRANDOLA

A Giovanni Pico della Mirandola le bastaron unos pocos años para ser uno de los más extraños hombres del Renacimiento y de cualquier época.³³⁵ Nació el 24 de febrero de 1463. Lector precoz, entre el otoño de 1480 y la primavera de 1482 estudió en Padua con Nicoletto Vernia da Chieti y Elia del Medigo, quienes les enseñaron hebreo y lo convirtieron en un perfecto comentarista del pensamiento de Aristóteles. El griego antiguo lo aprendió con Manuele Adramiteno. Entre julio de 1485 y marzo de 1486 estudió teología en París. De vuelta en Italia, Lorenzo de Médicis lo salvó de una cárcel segura por enredos amorosos, pero Pico della Mirandola ya estaba signado, y en diciembre de 1486, con apenas veintitrés años, redactó una circular para invitar a los mejores teólogos de Roma a disputar con él 900 tesis sobre distintos tópicos que abordaban «proposiciones dialécticas, morales, físicas, matemáticas, teológicas, mágicas, cabalísticas, que son propias de la sabiduría caldea, árabe, hebrea, griega, egipcia y latina». Pero en lugar de un debate propició su condena por herejía. En marzo de 1487, una comisión del papa Inocencio VIII rechazó sus propuestas y las consideró ajenas al verdadero espíritu de la Iglesia.

Pico della Mirandola se defendió con un escrito que apareció el 31 de mayo de 1487, titulado *Apologia*, aunque no pudo impedir el ataque de la Iglesia. Siguió escribiendo otros libros como *Heptaplus* (1489), un comentario sobre el libro bíblico del Génesis, *De Ente et Uno* (1492), un tratado donde intentaba conciliar la epistemología de Platón y la de Aristóteles y *Disputationes adversus astrologiam divinatricem* (1496). Enfermo de una fiebre inexplicable y ya débil, murió el 17 de noviembre de 1494.

Su riqueza le permitió formar una biblioteca inmensa, catalogada en mil ciento noventa y un títulos sobre magia, filosofía, religión, cábala, historia y matemáticas en latín, griego, hebreo, caldeo y árabe. Cada libro de Pico della Mirandola tenía notas manuscritas del extravagante dueño, quien no fue nunca, en ningún sentido, un lector sumiso.³³⁶

Dos años después de su muerte, el cardenal Domenico Grimani compró los libros.³³⁷ Quería tener en sus manos obras de Homero, Platón, Euclides, Aristóteles, Sexto Empírico, Averroes, Ramon Llull, Leonardo de Pisa. En su lecho de muerte, el Cardenal legó los textos a la biblioteca del monasterio veneciano de San Antonio en 1523. Allí estuvieron hasta que un infortunado incendio, acaecido en 1687, lo redujo todo a cenizas.³³⁸

PERSECUCIONES Y DESTRUCCIONES

La persecución de ciertos libros ha sido uno de los capítulos más infames de la historia. Paso a enumerar algunos de los incidentes más conocidos.

La revuelta de los campesinos en la Inglaterra de 1381 se caracterizó por una obsesión enfermiza contra libros y documentos. Los rebeldes no eran ingenuos; buscaban obras o textos que contuvieran frases perjudiciales a los intereses de los dueños de las tierras. Una vez confiscados los libros los hacían pedazos.³³⁹

En el Vietnam antiguo, donde existían escuelas budistas organizadas, fueron arrasados miles de textos durante la invasión china, comenzada en 1407. El emperador chino ordenó confiscar todos los libros vietnamitas y los hizo destruir en Nanjing.

El Corán, en árabe, en la edición de Paganini, de 1537, fue destruido por una instrucción directa del papa. Hasta hace pocos años, se creía que no había quedado ninguna copia, pero en realidad hay una sola en el mundo, descubierta por Angela Nuovo,³⁴⁰ en la biblioteca dei Fratri Minori de San Michele, en Isola, Venecia.

Pero esto no termina aquí.

En esta misma época fueron innumerables los ataques contra libros en Francia. Los libros del consejero de Francisco I, Louis Berquin, luego de una denuncia de 1523, resultaron confiscados, y el 17 de abril de 1529 un decreto hizo cumplir la orden de destrucción. A causa de este juicio salió a las calles de París un folleto, también destruido, titulado *La farce des théologastres à six personnages*.³⁴¹

La actividad editorial de Antoine Augereau le valió la muerte. Fue quemado en la Navidad de 1534 por imprimir textos heréticos. Uno de ellos, del que se ha demostrado que nunca fue publicado por él (sino por su admirador, Ottaviano Scoto),³⁴² se ha convertido en una rareza, y es la exhaustiva versión del tratado de Próspero Tiro Aquitano, titulado *Opuscula de gratia et libero arbitrio* (Paris, Antoine Augereau, 1534). Hoy sólo sobreviven cuatro copias de este libro: París, Bolonia, Newberry y Folger.³⁴³

Georges Bosquet contó con detalle la toma de Toulouse en 1562 y no omitió detalles en torno a la crueldad ni a la rapiña. Su libro, titulado *Hugoneorum Hæreticorum Tolosæ Conivrationum Profligatio* (1563), provocó la ira del consejo local y el texto fue condenado a las llamas el 18 de junio del mismo año. Pierre d'Ésgain, acusado de escribir contra el rey Enrique III, sufrió condena el primero de diciembre de 1584 y su escrito satírico fue confiscado y hecho desaparecer.

El ataque y persecución convirtió en una rareza el escrito de Grassis Barletta, titulado *Concilium Pauli* (1543-4). Algunos de los escasos ejemplares sobrevivieron a la cacería y están a la venta en librerías de viejo.

La segunda edición de *Sermons de la simulée conversion* (1594), obra de J. Boucher, fue condenada a ser quemada debido a las propuestas e ideas políticas de su autor, quien pidió la masacre de todos los miembros de la casa de Borbón en 1593.

Las sátiras y sermones de Samuel Rowlands (*The Letting of Humours Blood in the Head Vaine*) contra la corte de Londres, obra de 1600 y reeditada en tres ediciones hasta 1611, fueron quemadas públicamente.

El 26 de junio de 1614, el Parlamento de París emitió una ordenanza condenando al fuego la obra *Defensa de la fe* de Francisco Suárez. Cuatro años después, en 1618, un libelo titulado *Ripazographie* del poeta Durant, fue condenado a ser roto y quemado en la plaza Grève. Una condena extraña se impuso oficialmente en 1618 contra los folletos distribuidos por Joseph Bouillerot y Melchior Mondiere: el verdugo debía romper los libros y «lacerarlos.»

El 6 de octubre de 1626, la cámara de Béziers ordenó la quema de una obra de largo título: *Discours des vrayes raisons pour lesquelles ceux de la religion en France peuvent* (1622). Juristas como Grotius rechazaron el contenido de este volumen de 70 páginas, sobre todo por sus propuestas radicales.

Hacia 1647 salieron los *Pensées de Morin*, obra de un hombre tremebundo que decía llamarse Simon Morin y ser el más portentoso

iluminado de la tierra. Una sentencia del 20 de diciembre de 1662, condenó al autor y al libro al fuego, lo cual sucedió efectivamente el 14 de marzo de 1643.

De Jean Baptiste Claude Isouard, quien firmaba sus escritos como Delisle de Sales, se sabe que su libro de 1766, titulado *De la Philosophie de la Nature*, fue condenado, como también su autor, quien sufrió exilio; los ejemplares fueron secuestrados y quemados. Años más tarde, el propio autor dio una contundente respuesta a sus perseguidores: *Mémoires de Candide, sur la liberté de la presse*.

Un autor decisivo, aunque olvidado, en la historia de la neurología, ha sido, sin duda, Joseph Priestley, quien defendió las ideas de David Hartley sobre la psicofísica de las funciones cerebrales. Fueron confiscadas las copias de *Hartley's Theory of the Human Mind on the Principle of the Association of Ideas* (1775) y quemadas en 1782.

DOS PASAJES CURIOSOS

Es imposible no experimentar sorpresa y también encanto por un irónico pasaje de la obra del padre Feijoo: «[...] De Alcyonio refiere Paulo Jovio que habiendo traducido mal algunas obras de Aristóteles (*cum aliqua ex Aristotele perperam, insolenterque vertisse*), el docto español Juan de Sepúlveda escribió contra él, manifestando tan claramente los defectos de su traducción, que Alcyonio confuso y corrido apeló al recurso de comprar en las librerías todos los ejemplares que pudo del escrito de Sepúlveda, y hacerlos cenizas [...]»³⁴⁴

Alcyonio fue, según las malas lenguas de la época, un traductor que ante los pasajes oscuros o difíciles, pretendía corregir los originales con sus propias palabras. Esa censura, al parecer, radicalizó su posición, y utilizó una pira para negar el valor de los cuestionamientos críticos.

Resulta bastante excéntrico el caso del veneciano André Navagero, quien idolatraba la obra del poeta romano Catulo y no pasaba un día sin leerla, sin traducirla y discutir línea por línea sus ambigüedades. Creía, como les sucede a muchos con Homero, con Shakespeare o Neruda, que toda la literatura residía en Catulo. Lo increíble es que llegó al extremo de encender todos los años en su honor una hoguera, donde quemaba, impaciente, libros con los *Epigramas* de Marcial; culminaba con una lectura en voz alta de los textos de su autor venerado.

CAPÍTULO OCHO

LA INQUISICIÓN

EL SANTO OFICIO Y LA CENSURA DE LIBROS

La Inquisición fue una de las instituciones judiciales de naturaleza religiosa más severas que haya podido crear el hombre para combatir la disidencia y el pensamiento heterodoxo. Su actividad representó en Europa, y en los países donde actuó, un terrible período de censura, hostigamiento, tortura y destrucción de vidas humanas y libros. Su historia, en cualquier caso, sólo resume y legitima una concepción humana bastante antigua, la cual queda en evidencia cuando se revisan sus circunstancias originarias y finales.

El dogmatismo ha requerido siempre órganos de protección e intimidación, y la Inquisición, en ese sentido, sirvió fielmente a la consolidación política de la Iglesia católica. Algunos hechos pueden facilitar la explicación de este comentario. Digamos, por ejemplo, que la pluralidad de movimientos religiosos aparecida en Europa casi desde el mismo momento en el cual se consolidaba el poder y autoridad de la Iglesia, hizo necesario recurrir a medidas y estrategias de disuasión a través de la excomunión, la tortura, la inmisericorde ordalía o «prueba de Dios», la quema de los herejes o el ataque contra poblaciones enteras. Este procedimiento era inquisitorio; posteriormente, el proceso se institucionalizó, sobre todo a partir de la Reforma planteada por Martín Lutero, catalogada como el desafío más peligroso para el catolicismo oficial.

En 1520, una bula del papa León X excomulgó a Martín Lutero y públicamente prohibió la difusión, lectura o cita de cualquiera de

sus escritos. En las calles, el pueblo quemaba libros y efigies de Lutero, quien a su vez hizo destruir la bula en una hoguera. Carlos V, preocupado por la expansión de la doctrina de Lutero, ordenó la destrucción de todos sus libros. El fracaso de esta medida tuvo sus consecuencias: el 14 de octubre de 1529 se prohibió la impresión de cualquier libro no autorizado por un cuerpo sacerdotal. El 29 de abril de 1550 repitió su antigua orden y en una ordenanza condenó a muerte a todos los autores e impresores de libros heréticos.

Podemos recordar cómo, tres siglos antes, el rey Federico II, desde su coronación ocurrida en Roma en 1220, promulgó una ley de carácter imperial con el propósito de autorizar la confiscación de todos los bienes de los herejes, y esta ley sirvió a Gregorio IX para legitimar en 1231 la quema de herejes pertinaces. Por su parte, Inocencio IV promulgó la bula *Ad extirpanda* en 1252 y ratificó a dos órdenes eclesiásticas como defensoras de la Iglesia y encargadas del cumplimiento de las penas contra los herejes: los dominicos y los franciscanos. Poco después, fue imprescindible organizar las técnicas de combate a la herejía y se escribió el primer manual con las instrucciones precisas para el juicio: *Inquisitionis ereticici brabitis*, obra de 1323 de Bernardo Guidonis, un dominico fanático que durante toda su carrera como inquisidor en Toulouse participó en 930 sentencias, con 42 penas de muerte a la hoguera y al menos 307 confinamientos.

Los éxitos sociales del protestantismo, no sus proposiciones, alarmaron al clero romano, y en 1542, el papa Pablo III constituyó la *Sacra Congregatio Romanae Universalis Inquisitionis seu Sancti Officii* (Congregación de la Inquisición), que algunos han preferido abreviar como Santo Oficio. Es interesante observar que la inquisición medieval fue dura contra todas las herejías proclives a causar problemas políticos, en tanto el Santo Oficio se interesó por los teólogos y sacerdotes, rastreando a través de espías y mercenarios cualquier idea dudosa. El papa Pablo IV, un fanático con enormes problemas emocionales, ordenó a la Congregación redactar una lista con todos los nombres de los libros más peligrosos para la fe, y en 1559 se publicó, sin erratas, un temible *Índice de Libros Prohibidos*, titulado en latín *Index seu catalogus librorum qui prohibentur mandato Ferd. De Valdez Hispal. Archiep. Inquisitoris generalis Hispaniae*. No obstante, ya había índices de este tipo en la Sorbona (1544 y 1547), en la Universidad de Lovaina (1546 y 1550), en Luca (1545), en Siena (1548) y Venecia, donde, en 1543, se había editado el *Index generalis scriptorum interdictorum*.

Hacia 1583, la Universidad de Salamanca culminó un índice dividido en dos partes: obras prohibidas y pasajes prohibidos. De esta

manera se añadió un detalle expurgatorio referido a la supresión de frases, párrafos o partes de la misma para hacer posible la edición o circulación de un libro. Los índices de Quiroga, como se conocieron estos índices, se reeditaron en 1612, 1632, 1640, 1707, 1747 y 1790.

En España, la palabra Inquisición adquirió un nuevo matiz. En 1478, el rey Fernando II y la reina Isabel I pidieron permiso al papa y pudieron crear un capítulo de la Inquisición en las tierras de España. Desde entonces, se persiguió a los árabes y a los judíos. Quienes no se convirtieron fueron ejecutados. La llegada de Felipe II al poder en España instaló un verdadero aparato de censura católica. El duque de Alba, ejecutor de sus medidas, ahorcó a autores y editores y llamó al servicial decano de la Facultad de Teología de Lovaina, Arias Montano, a fin de establecer un catálogo oficial en 1570 con el título de *Index Librorum prohibitorum*. El edicto del 15 de febrero de 1570 dio legalidad al catálogo, y sirvió para la confiscación y destrucción de miles de obras en toda Europa.

La Inquisición española estaba formada por un inquisidor general al frente del Consejo Supremo de la Santa Inquisición, compuesto por siete miembros. Cada tribunal particular constaba de tres inquisidores, un fiscal, tres secretarios, un alguacil mayor y tres receptores, calificadores y consultores. En España había catorce de estos tribunales, tres en Portugal y tres en América (México, Lima y Cartagena de Indias). Las actividades de la Inquisición perfeccionaron los autos de fe contra el pensamiento alternativo. De los *Índices*, iniciados en 1559, se pasó pronto a la acción frenética contra toda opinión contraria.

La audacia en el pensamiento le costó a fray Luis de León dos procesos de censura. El primero comenzó en 1572, y la acusación consistió en cuestionar su rechazo al texto de la Vulgata latina de la Biblia y en la publicación de una traducción directa del hebreo del *Cantar de los cantares*. Desde marzo de 1572 hasta 1576, fray Luis de León estuvo detenido en una cárcel de la Inquisición de Valladolid. Años más tarde, en 1582, volvió a estar envuelto en un proceso inquisitorial, por defender al jesuita Prudencio de Montemayor. Y este caso se repitió con otros teólogos y escritores. Al humanista Francisco Sánchez, El Brocense,³⁴⁵ nacido en 1522 y muerto en 1600, lo llevaron hasta los tribunales de inquisición sus afirmaciones heréticas y sinceras sobre aspectos particulares del culto católico. Él, que era ante todo un gramático, rechazaba hincarse de rodillas y adorar las imágenes, aseguraba que los Reyes Magos no eran reyes, y que no habían venido a adorar a Cristo unos días después de nacer éste, sino dos

años después, que Cristo no había nacido en diciembre, sino en septiembre... en fin. Hacia 1600, cumplió prisión en casa de su hijo, pero no murió sin admitir francamente su adhesión al catolicismo.

La Real Cédula de la regente Juana del 7 de septiembre de 1558, había prohibido expresamente la importación de libros y se notificó a todos los impresores sobre la urgencia de solicitar licencias al Consejo de Castilla. Se incrementó el número de penas para quien practicara el contrabando de libros prohibidos. El *Índice* vetaba todas las biblias en lenguas vulgares, y el procedimiento de censura bíblica daba el privilegio de investigación sobre las mismas a las universidades de Salamanca y Alcalá. Tampoco se autorizaba la circulación de escritos de Lutero, Calvino y Zwinglio, el Talmud, el Corán, los libros de adivinación, supersticiones, alusiones sexuales o nigromancia.

En 1566, en Francia, Carlos IX ratificó públicamente la ordenanza de 1563, sobre todo su artículo LXXVII, donde se intimidaba a los impresores, vendedores y autores a través de medidas como la cárcel o como la destrucción de los libros editados por fuego. En 1571, señaló que ningún libro podía aparecer sin permiso real, bajo pena de cárcel. Como bien lo ha expuesto el historiador A. S. Turberville:

No bastaba con publicar Índices; era necesario comprobar que no se leían libros prohibidos. La Inquisición utilizaba agentes para inspeccionar las librerías y aun las bibliotecas particulares. Pero donde más vigilancia había era en los puertos de mar y en la frontera francesa. No sólo se examinaban los paquetes de libros, sino toda clase de mercadería [...] A la llegada de un barco al puerto, su tripulación, pasajeros y mercaderías tenían que ser examinados por un comisionado de la Inquisición. Estas visitas de navíos eran molestas, imponían demoras y gastos, pues el agente cobraba por sus servicios. Los comerciantes elevaban constantes quejas, especialmente en Bilbao, puerto principal de la costa de Vizcaya; estas quejas eran apoyadas por los embajadores de potencias extranjeras, pero todo resultaba inútil. El Estado aprobó plenamente el sistema inquisitorial de protección al pueblo contra el veneno de la literatura nociva, y sus propias leyes de imprenta fueron excesivamente drásticas [...].³⁴⁶

Miguel de Cervantes, en el capítulo VI de la primera parte de *Don Quijote* de la Mancha, aludió con ironía a la Inquisición y la personificó en las figuras del cura y el barbero, quienes quemaron los libros de la biblioteca de Alonso Quijano por considerar que tales lecturas lo habían enloquecido. También en el capítulo XXXII, de la misma primera parte, quedó retratada esa obsesión inquisitiva:

[...] Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero y dijo:

—Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen —respondió el barbero—, que también sé yo llevarlos al corral, o a la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—Luego ¿quiere vuestra merced quemar más libros? —dijo el ventero.

—No más —dijo el Cura— que estos dos: el de Don Cirongilio y el de Félixmarie.

—Pues, por ventura —dijo el ventero—, mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

—Cismáticos queréis decir, amigo —dijo el Barbero—; que no flemáticos.

LA INQUISICIÓN EN EL NUEVO MUNDO

Desde su misma llegada, la mayor preocupación de los españoles en el Nuevo Mundo fue religiosa; los reyes de España no vacilaron en ceder numerosos poderes a la Iglesia para aplicar un plan de catequización general entre los indígenas. En cuanto a los españoles e hijos de españoles, el Santo Oficio juzgó imprescindible crear puntos de control en las tierras recién descubiertas. De hecho, se organizaron tres.

La sede de Lima, se creó —como la de México— por Cédulas Reales del 25 de enero de 1569 y provocó 27 autos de fe. El primero ocurrió el 15 de noviembre de 1573: se quemó a un hombre llamado Mateo Salado por su fe luterana (los herejes eran quemados en el Pedregal, cerca del cerro San Cristóbal). El cambio de mentalidad en el siglo XIX redujo poco a poco los procesos inquisitoriales y las Cortes de Cádiz, el 22 de febrero de 1813, suprimieron estos juicios de manera temporal y luego de forma permanente.

En México, por ejemplo, fueron los frailes quienes asumieron el papel de inquisidores con poderes episcopales, durante el período de 1522-1532, otorgados por medio de las bulas papales de 1521 y 1522. Los indios, castigados en los primeros momentos por sus prácticas, ya no respondieron a los procesos inquisitoriales, a partir del 30 de diciembre de 1571. La Inquisición mexicana dependía de la Secretaría de Aragón, la cual respondía a la de Castilla. Como rasgo sobresaliente, la Inquisición preservó en el Nuevo Mundo los mismos códigos vigentes en la península española y no se alteraron en los juicios las normativas de las Constituciones de Torquemada, las del ar-

zobispo de Granada, las de Diego de Deza o las de Fernando de Valdés, aunque don Diego de Espinosa, cardenal inquisidor general y presidente del Consejo Real, ordenó la redacción de apéndices válidos para casos excepcionales en las colonias.

Apoyados en la figura del comisario, los inquisidores inspeccionaban puertos y barcos en busca de cualquiera de los libros señalados en los índices de obras prohibidas, tales como biblias en lengua vernácula, novelas de caballería y obras científicas o políticas comprometedoras. El Concilio Provincial Mexicano de 1555, en su ítem LXXIV, advirtió sobre el peligro de cierto tipo de libros. Las imprentas eran constantemente examinadas, los libreros no podían vender hasta que sus archivos habían sido registrados y las bibliotecas privadas eran sometidas a exhaustivas pesquisas. El Segundo Concilio Provincial de 1565 fue determinante al restringir la circulación de biblias y negó el derecho de poseerlas a los indios. El Tercer Concilio de 1585 amenazó con la excomunión a todos los poseedores de libros prohibidos.

Existía un libro guía, de Giovanni Alberghini, titulado *Manual Qualificatorum Sanctae Inquisitionis*,³⁴⁷ donde estaban definidos los libros peligrosos y los métodos para expurgarlos o destruirlos. Los comisarios solicitaban a los pasajeros sus datos mientras revisaban sus pertenencias a fin de encontrar libros condenados, que se enviaban a la aduana y se quemaban una vez confirmada su condición herética o su inconveniencia.

En el caso de Venezuela,³⁴⁸ dependiente de la sede creada por Cédula Real del 25 de febrero de 1610, en Cartagena de Indias, en Nueva Granada, los comisarios de la Inquisición de Caracas interrogaron a numerosos poseedores de libros durante una visita domiciliaria. La Real Cédula del 25 de abril de 1742 prohibió los libros sin licencia en el Consejo de Indias. Se sabe que dos lectores, José Antonio Garmendia y José España, admitieron haber quemado las obras de Gaetano Filangieri; Francisco Javier Briceño rompió un tomo de la *Vida del Conde de Saxe*.³⁴⁹ Esto sucedió en 1806. En Caracas, el comisario de la Inquisición contaba con un personal para las pesquisas: un notario y dos alguaciles.

François Depons proporcionó una lista de los textos que era imposible leer en Venezuela:

Las obras francesas condenadas a proscripción absoluta son: *El Nuevo Abelardo*, *La Academia de las Damas*, el *Año dos mil cuatrocientos cuarenta*, *El Filósofo de Buen Sentido*, *El discurso del Emperador Juliano contra los cristianos*, *Las Máximas Políticas de Paulo III*, *El Diccionario de Bayle*, la *Teología Por-*

tátil del Abate Bernier, la continuación de la *Historia Universal* de Bossuet, la teoría de las Leyes Criminales, de Brissot de Warville, los seis últimos volúmenes del *Curso de Estudios de Condillac*, los *Diálogos sacados del Monialismo*, el *Tratado de Virtudes y Recompensas*, los *Errores Instructivos*, el *Diario del Reinado de Enrique IV, Rey de Francia*, la *Filosofía Militar*, *El Genio*, de Montesquieu, la *Historia literaria de los trovadores*, la *Historia filosófica y política del Abate Raynal*, *Belisario*, de Marmontel, las *Memorias y aventuras de un hombre distinguido*, *De la Naturaleza*, de Robinet, *Investigaciones sobre los americanos*, el *Sistema de la Naturaleza*, el *Sistema social*, las obras de Voltaire, las obras de Rousseau, el *Ensayo sobre la Historia Universal*, por Juan de Antimoine, la *Historia del Príncipe Basilio*, la *Historia y vida de Aretino*, los *Monumentos de la vida privada de los doce césares*, etc. [...].³⁵⁰

Francisco de Miranda, uno de los héroes más interesantes de la Guerra de Independencia de Venezuela, se quejó ante el ministro inglés Pitt porque «la perniciosa censura de la Inquisición prohibía a los hispanoamericanos leer libros útiles o instructivos».³⁵¹

En Colombia, el Archivo General de la Nación (Fondo Milicias y Marina), conserva documentos sobre la destrucción de textos. Unas estampas satíricas contra Carlos III fueron quemadas por una orden del 11 de agosto de 1772. Menos cordial, una Real Cédula del rey contra un libro solicitó su destrucción en 1778:

Real Cédula sobre el libro *Año dos mil cuatrocientos y cuarenta*. El Rey. Por cuanto habiendo llegado a entender por muy seguros, e indubitables informes, que ha empezado a introducirse en mis Reales Dominios un libro en octavo mayor, escrito en lengua francesa, intitulado *Año dos mil cuatrocientos y cuarenta*, con la data de su impresión en Londres, año de mil setecientos y setenta y seis, sin nombre de autor, ni de impresor, y que no solo se combate en él la Religión Católica, y lo más sagrado de ella, sino que también se tira a destruir el orden del buen Gobierno [...] promoviendo la libertad e independencia de los súbditos a sus Monarcas, y Señores legítimos: He resuelto, que además de prohibirse por el Santo Oficio este perverso libro, se quemen públicamente por mano del verdugo todos los ejemplares que se encuentren [...]. A cuyo fin he mandado igualmente, por Real Orden de doce de marzo de este año a mi Consejo de las Indias expida Cédula circular aquellos reinos para el cumplimiento de la expresada mi real resolución [...]. Fecha en Aranjuez a veinte de abril de mil setecientos y setenta y ocho. Yo EL REY [...].

En 1779, la *Historia de América* de William Robertson fue quemada en la costa. Entre 1810 y 1816, decenas de folletos, periódicos pasquines y libros fueron quemados en las plazas de Colombia por ór-

denes directas de las autoridades españolas y con el apoyo de los miembros de la Inquisición. Se sabe, por ejemplo, que el volumen titulado *Devocionario de Ibagué en memoria de las hazañas, prodigios y virtudes de la Lanza de Don Baltasar, que aún hoy día se conserva en la santa iglesia matriz de aquella ciudad* (Imprenta de Ambrosio Carabina, 1813) del doctor José Francisco Pereira (1789-1863), fue quemado públicamente cuatro años después de su aparición, según la orden del comandante Ramón Sicilia.³⁵²

CAPÍTULO NUEVE

LA CONDENA DE LOS ASTRÓLOGOS

LA DESTRUCCIÓN DE LA BIBLIOTECA DE ENRIQUE DE VILLENA

Alquimista, astrólogo y poeta, Enrique de Villena, uno de los escritores más interesantes de la Edad Media de España, nació, probablemente, en 1384, y murió en 1434. Presumía, como todo familiar bastardo, de ser el nieto ilegítimo de Enrique II de Castilla. Obsesionado con la mitología, escribió *Els dotze treballs de Hèrcules* (1417), en catalán. También fue autor de escritos extraños como *Tratado de aojar o fascinología*, libro que se convirtió en una referencia y en un estigma. Amante de la cortesía y los modales, hizo imprimir su *Tratado del arte del cortar del cuchillo*, donde presentó explicaciones rigurosas sobre la postura y la actitud correcta en la mesa. Un fragmento de esta obra claramente se refiere a la destrucción de la biblioteca de Alejandría:

[...] Según concordia de muchas historias que hablaban de ello, Cam hijo de Abraham y que por algunos es llamado Zoroastes, descubrió, ordenó y dio a conocer las artes y las ciencias escribiendo aquéllas en siete columnas o pilares de cobre y aquellas mismas en otras siete columnas de tierra cocida sabiendo que el mundo debía perecer por fuego, según sucedió en tiempo de Phetonte, o por agua, según fue en tiempo de Noé y de Ogigio y Deucalión. Y cuatro de estas columnas de cobre de aquellas del diluvio un gran trozo se encuentra en el lugar en el que hoy está Atenas, la ciudad, en Grecia. Y a causa de ellas fueron allí numerosos estudiosos y escolares y escritores de libros llegándose a publicar setecientos mil volúmenes, según Agelio, mención hecha in li-

bro *Notæ Acticarum*, lamentando la quema y destrucción de aquel estudio [...].

Villena tradujo por primera vez a una lengua europea toda la *Eneida* de Virgilio y también hizo la primera traducción de la *Divina Comedia* de Dante. Se le atribuye la obra *Arte de trovar*, editada hacia 1420, donde se preocupó por hacer una historia de la lengua castellana y del uso de las normas poéticas de los trovadores. Escribió una carta sobre el amor esotérico titulada *Epístola a Suero de Quiñones* (1428). De cualquier forma, su prestigio no bastó para evitar ratos ingratos en sus últimos años. La Iglesia no cesó en su empeño de perseguirlo y consiguió hacerle perder en 1414 el derecho a estar en la Orden de Calatrava.

El mismo día de su muerte, además, todos sus libros fueron confiscados, revisados y la mayoría quemados.

UNA OBRA MISTERIOSA: LA «ESTEGANOGRAFÍA»

A pesar de su anhelo de pasar al anonimato, Jean Tritheme, nacido en 1462 y muerto en 1516, antes Johannes Zeller de Heidenberg, se ha convertido en una de las personalidades más complejas de Europa. Fue, según sabemos, miembro de una sociedad secreta, la Cofradía Celta, donde se estudiaba la astrología, la magia, la cábala, la matemática y la literatura.³⁵³ Un afán de supervivencia, estimulado por su pobreza, lo acercó a la religión, y acabó como abad de Sponheim, lugar donde creó una biblioteca monástica. Años más tarde fue el abad de Saint-Jacques de Wurzburg, donde falleció. Predicaba una teología severa, incontrastable; practicaba, en cambio, una fe estética.

Hay algunas obras suyas que dan cuenta exacta de sus intereses mágicos e históricos: *Annales hirsaugienses* (1514), *Annales de origins Francorum*, *De scriptoribus ecclesiasticis* (1494), *Catalogus illustrium virorum Germaniae* (1491) y *Antipalus maleficiorum* (1508). Sus estudios sobre la cábala hebrea los resumió en los ocho tomos de su *Estegano-grafía*, un manuscrito dictado durante en un sueño. La obra, en suma, describía métodos de escritura secreta, telepatía y telequinética.

Felipe II, en España, asesorado por sus consejeros, que no la conocían, la hizo cremar por miedo a su divulgación. Desde 1609, la obra apareció en los *Índices prohibidos* de la Iglesia y fue quemada regularmente. Aún hoy, es bastante difícil conseguir un ejemplar.³⁵⁴

Michel de Notredame (1503-1566), conocido como Nostradamus, médico, ha sido el profeta más reconocido en la historia de Occidente. De su vida se sabe poco y la mayor parte de los datos son meras conjeturas. De su obra, citada cada año con mayor ahinco, se reconoce como la más importante la titulada *Centurias*. La primera edición de este libro se hizo en 1555, en Lyon, en los talleres de Macé Bonhomme. Llevaba el título de *Les Prophéties*. Incluía las tres primeras centurias y 53 versos de la cuarta.

Esta primera edición, no obstante, es una verdadera rareza porque ha sido sistemáticamente destruida desde su aparición. En el siglo XIX hubo un ejemplar en la Biblioteca de la Villa de París, pero la destrucción del edificio acabó con esa muestra. Había otro ejemplar en la biblioteca Mazarino, pero terminó siendo vendido por 12.310 francos al Hôtel Drouot el 17 de junio de 1931. Hoy se sabe de dos ejemplares: uno en la biblioteca de Viena. Y otro en la biblioteca Rochegude, en la región de Tarn. De esta primera edición se han hecho, sin embargo, numerosas reimpresiones.

LA BIBLIOTECA SECRETA DE JOHN DEE

Astrólogo, matemático, espía, mago y escritor, John Dee nació en Inglaterra en 1527 y murió en 1608. Fue, ciertamente, uno de los personajes más encantadores de su época, plena de hombres y mujeres excepcionales. Era irascible, impulsivo, agudo, y no perdió la oportunidad de ganarse el favor de las reinas María Tudor e Isabel I. A ambas las convenció de sus poderes sobrenaturales y ninguna salía de su palacio sin revisar el horóscopo indescifrable que les realizaba este curioso maestro.

Viajó por distintas regiones de Europa, donde aprendió los secretos más delicados de la alquimia. De noche y de día, leía sin parar la *Esteganografía* del abad Tritheme. En 1581 conoció a Edward Talbott (1555-1597), un farsante luego apellidado Kelly, y logró impresionarlo cuando le mostró cómo podía hablar con los muertos. Kelly difundió el rumor de que él y Dee podían transformar el plomo en oro y ambos tuvieron la fortuna de ser recibidos en todas las cortes. Esta sociedad se mantuvo en buenos términos durante años, pero un día Dee escuchó a Kelly decir que había tenido un sueño en el cual un ser superior le revelaba que la esposa de Dee debía ser compartida con su amigo, y el ca-

rácter filantrópico y siempre bondadoso de Dee se agrió como era de esperar. De cualquier forma, cuando abandonó a Kelly, no supo si éste había seducido a su esposa y, lo peor, descubrió el enorme descrédito en que había caído debido a las mentiras de tan increíble personaje.

La reina Isabel admiraba a Dee, y no sólo le perdonó sino le encomendó misiones que ni siquiera sus colaboradores más cercanos llegaron a conocer. Entre otras cosas, Dee llevó a su país los primeros globos terráqueos de Mercator, contribuyó a la primera traducción de los *Elementos* de Euclides, y escribió un libro misterioso titulado *La Mónada Jeroglífica*.

Durante uno de sus viajes, su casa, en Mortlake, fue atacada por una turba supersticiosa, y cuando regresó, en 1589, encontró que su biblioteca,³⁵⁵ una de las más completas en cuanto a textos esotéricos se refiere,³⁵⁶ fue sometida al pillaje.

Ha habido discrepancias sobre el número de libros de esa biblioteca, donde, dicho sea de paso, había también instrumentos científicos matemáticos como un cuadrante hecho por Richard Chancellor, globos de Mercator, compases, un reloj fabricado por un experto de apellido Dibbley, imanes y mapas. La estimación más respetada ha señalado: «A partir de las principales fuentes o particularmente el catálogo de 1583 sabemos que las estanterías de Dee guardaban entre tres y cuatro mil títulos, que representaban virtualmente cada aspecto del conocimiento clásico, medieval y del Renacimiento. La biblioteca era especialmente rica en manuscritos científicos e históricos, y sus textos herméticos, marítimos, artísticos, parecelsianos y semíticos han atraído durante largo tiempo la atención de los estudiosos. La aspiración de un conocimiento total que caracterizó a Dee y a otros estudiosos del Renacimiento fue la fuerza que estuvo detrás de la forma de su colección».³⁵⁷

Una parte de los libros desapareció y otra, con los años, se dispersó a través de diversas bibliotecas de Inglaterra. Se cree que algunos de esos libros se quemaron en el incendio de Londres de 1666.

El nuevo rey, Jacobo I, no quiso ayudar a Dee y terminó sus días en la pobreza y en el olvido. Algunos atribuyeron su caída a su relación con Kelly, y otros a los terribles secretos revelados en sus escritos. Mucho tiempo después de su muerte fue publicado un libro suyo en 1659, *Una verdadera y fiel relación de lo ocurrido entre el Dr. John Dee y algunos espíritus*, donde el mago describió sus conversaciones con seres de otra dimensión, logradas a través de una piedra negra de antracita. Esos seres se habrían puesto en contacto con él interesados en un acercamiento provechoso; un dato relevante: viajaban por el tiempo y no por el espacio.

CAPÍTULO DIEZ

LA CENSURA INGLESA

LOS DELITOS DE LA ORTODOXIA

En 1599, y siguiendo instrucciones del arzobispo de Canterbury, fue quemada la obra de John Marston, titulada *The Metamorphosis Of Pigmaliions Image* (1598). Jaime I de Inglaterra, en 1603, ordenó destruir todos los ejemplares de *A discovery of Witchcraft*, obra de Reginald Scott, miembro del Parlamento, quien publicó en 1584 su libro con la esperanza de demostrar la inexistencia de las brujas.

Unas 6.000 copias del Nuevo Testamento, traducido por William Tyndale, introducidas de contrabando a Inglaterra, desaparecieron cuando un grupo de sacerdotes, escandalizados por esta vulgarización de las escrituras, armó una pira enorme y quemó todos los ejemplares.

La purga de libros perpetrada en Inglaterra entre 1536 y 1540, por orden de Enrique VIII, fue religiosa; en 1550, los partidarios de Eduardo VI quemaron y robaron los libros de la biblioteca de la Universidad de Oxford:

Los trabajos de los estudiosos, a saber los de P. Lombardo, T. Aquino, Scoto y sus seguidores con sus críticas también, y los que tenían los Escolios Papistas en ellos, fueron expulsados de todas las Bibliotecas de la Universidad y Estudios Privados [...] No satisfechos con esto, calumniaron a esos nobles autores como culpables de barbarismo, ignorancia de las Escrituras, y mucho engaño, y tanto como pudieron condenaron sus memorias por la eternidad. Y para que su impiedad y tontería en este acto llegara más lejos, trajeron a ciertos jóvenes rudos

que debían llevar este gran despojo de libros sobre la ciudad en los féretros; haciendo lo cual, los pusieron en el mercado común y allí los quemaron, para dolor de muchos, tanto de los protestantes como de otras partes. [...] ³⁵⁸

Sólo Thomas Bodley pudo, en la época de Isabel I devolver la fama perdida a esta biblioteca (con el tiempo le daría hasta su nombre: hoy la conocemos, de hecho, como biblioteca Bodleiana).

EL CENSOR PERSEGUIDO

William Prynne, famoso teólogo inglés y legislador radical, atacó duramente las licencias tomadas por los actores y más de una vez invitó a sus amigos a condenar públicamente los excesos de las obras teatrales. En 1633 apareció su libro *Histrion-mastix the players scourge, or Actors tragaediae*, donde formalizó sus denuncias con argumentos demoledores. Por desgracia, no estaba de suerte, pues una inocente obra suya editada seis semanas antes, de estilo pastoral, autorizada y bien vista por algunos religiosos, provocó la cólera inexplicable de la corte. Lord Cottington no quiso explicar qué le repugnaba de la obra, pero aconsejó a la reina quemar todos los ejemplares públicamente.

El censor resultó así víctima de sus propias ideas. Fue encarcelado, vejado, degradado, perdió hasta las orejas. No obstante, tuvo el coraje de defenderse en *A new discovery of the prelates tyranny* (1641), un panfleto feliz y útil que le sirvió para anular algunos de los cargos en su contra.

LAS LUCHAS RELIGIOSAS INGLESAS

Según Ernest A. Savage, ³⁵⁹ en la primera mitad del siglo XVI cientos de miles de manuscritos ya habían desaparecido en Inglaterra. La persecución contra una obra y su autor respondió, casi siempre, a la temerosa debilidad cuestionada. De largo título y breve contenido, *The discovery of a Gaping gulf where into England is Likely to be Swallowed by another french marriage* (1579) fue quemado en la cocina de Stationer's Hall. El autor, John Stubbs, perdió la mano derecha por oponerse al matrimonio de la reina Isabel y el duque de Anjou, pero algunos testigos no olvidaron su gesto de levantar su mano izquierda para gritar: ¡Dios salve a la Reina!

El 27 de junio de 1659, el breve tratado *Iconoclasta*, un ataque del poeta John Milton a la hipocresía religiosa, fue quemado; un año más tarde fue destruido otro libro suyo: *Pro Populo Anglicano Defensio* (1652).

La tolerancia puritana provocó un lamentable incidente en 1664. Benjamin Keach, un sacerdote bautista, publicó 500 ejemplares de *The Child Instructor*. Se trataba de un inocente manual carente de toda teología que alarmó al poco sonriente Thomas Disney, quien ordenó colocar en la picota al autor en Ailsbury «con un papel en la cabeza con la inscripción: «Por escribir, imprimir y publicar un libro cismático». Asimismo se procedió a quemar toda la edición.

La quema de los ejemplares de la impecable *Collection of Speeches* de sir Edward Dering, en 1642, produjo reacciones encontradas entre los políticos y los religiosos ingleses. Después de varios desencuentros, varios grupos se enfrentaron. Unos eran de tendencia *whig* y los otros eran *tories*. Daniel Defoe,³⁶⁰ en esa época apenas un escritor en busca de fama, decidió redactar un texto ingenioso titulado *The shortest way with the dissenters* (1702), donde se hacía pasar por un clérigo respetable que de manera satírica se atrevía a sugerir argumentos absurdos contra los opositores. La popularidad de su texto le valió la cárcel en mayo de 1703.

La exaltación por esta misma lucha llevó a Henry Sacheverell a sacar un violento panfleto titulado *The perils of False Brethren* en 1709. El 27 de marzo de ese mismo año sus escritos fueron quemados, e incluso los censores no olvidaron destruir un decreto de julio de 1683 que había sido reimpreso con el fin de darle divulgación al texto de Sacheverell.

En 1683, algunos eruditos de la Universidad de Oxford, inconformes con las tesis sobre el Estado de Thomas Hobbes, condenaron dos libros de éste: *De Cive* y *Leviathan*. Del segundo, dedicado a hacer de la religión un instrumento gubernamental de control para mantener la paz en un Estado, se dijo que merecía el fuego y algunos fanáticos lo quemaron en una pequeña hoguera pública.

Un libro satírico de Laurence Sterne titulado *A Political Romance* fue quemado en 1759 por órdenes eclesiásticas. En 1779 fue quemado por el verdugo un libro de John Hely-Hutchinson titulado *The Commercial Restrain of Ireland Considered* (1779), cuya esencia consistía en una denuncia contra la corona británica.

CAPÍTULO ONCE

ENTRE INCENDIOS, GUERRAS Y ERRORES

EL GRAN INCENDIO DE LONDRES

En el misterioso incendio de Londres de 1666, la cuarta o quinta parte de la ciudad quedó devastada. Más de 13.200 casas y unas 90 iglesias o capillas se redujeron a cenizas. No hubo un número enorme de muertos, pero se extinguieron miles de obras.

Uno de esos textos fue *Ars signorum vulgo character universalis et lingua philosophica* (1661) de Giorgio Dalgarno, aunque una nueva versión de los hechos asegura que fue John Wilkins quien quemó la obra aprovechando el incendio general para evitar acusaciones de plagio.³⁶¹ Sea cual sea la verdad, la primera versión de *Essay towards a Real Character, and a Philosophical Language* de Wilkins (1614-1672) ardió en 1666, lo cual obligó al autor a reescribir su propuesta de construir una lengua basada en principios reales de connotación internacional.³⁶²

El catálogo de libros desaparecidos en este incendio registra, entre otros, *An Exact Chronological vindication and historical demonstration of our British Roman, Saxon, Danish, Norman, English Kings, supreme ecclesiastical jurisdiction* (1666). A este volumen perdido debe añadirse *Aesop's Fables, with his Life in English, French and Latin by Rob. Codrington* (1666), libro que desapareció por completo y para siempre.

Textos como *Cambrensis Eversus* (1662) de John Lynch y *London's Dreadful visitation* (1665) también se quemaron en esa desafortunada ocasión.

Una de las grandes pérdidas de este incendio fue la de la mayor

parte de los ejemplares del cuidado volumen *Mr. William Shakespeare's Comedies, Histories, and Tragedies* (1664). Otra desgracia fue la quema de *Poems* (1665) de Matthew Stevenson, una edición con un hermoso retrato realizado por Gaywood. Un texto dedicado a Carlos II, titulado *Remonstrantia Hibernorum contra Iovanienses* (1665) de R. P. F. R. Caron, quien se apodaba a sí mismo El Emérito, se perdió entre las llamas.

EL ESCORIAL Y LA QUEMA DE MANUSCRITOS ANTIGUOS

Se evoca, no sin injusticia, al monarca Felipe II (1527-1598) por sus debilidades, por la derrota de la Armada Invencible, la sublevación de su secretario, la tragedia de su hijo, sus delirios nocturnos, su agónica muerte, la crisis económica más grave de España, pero acaso sea más importante rescatar aquí, y de modo contundente, su condición de gestor de uno de los mayores monumentos de la historia de Europa, considerado hoy como la octava maravilla del mundo, el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en cuya obra se trabajó a lo largo de 21 años y cuya dirección se entregó a los padres jerónimos. Se cree (un análisis estimulado por la Escritura de Fundación y Dotación del edificio, preparada por el rey el 22 de abril de 1567) que la razón de ser de este lugar está relacionada con el triunfo de San Quintín el 10 de agosto de 1557, cuando las tropas francesas fueron derrotadas por un pequeño ejército. No obstante, es obvio que Felipe II, como la dinastía de los Ptolomeos o la de los Médici, quiso hacer ostentación de su poder a través de una obra incomparable en su tiempo. Rara vez los triunfos militares gestan bibliotecas.

El Escorial, además, fue situado en un lugar poco accesible, lo que revela el escaso interés por la fama que había detrás de su construcción. El encargado de edificarlo fue, primero, el arquitecto Juan Bautista de Toledo, y tras la muerte de éste en 1567, Juan de Herrera, cosmógrafo y matemático. Entre muchas de las divisiones se pensó, dada una recomendación especial de Juan Bautista Cardona, en la conveniencia de preparar una biblioteca y al final hubo tres: una principal, frente al Patio de Reyes, otra con manuscritos y finalmente la de los libros corales y litúrgicos. Asimismo contó con un Archivo, donde estaban las cartas, los títulos de fundación, bulas apostólicas, Privilegios, Cédulas Reales, todo esto almacenado en unas arcas de acceso bastante limitado. La organización de la biblioteca, por su parte, se debió al humanista Benito Arias Montano, nacido en Frege-

nal de la Sierra (Badajoz) en 1527 y muerto en Sevilla el 6 julio de 1598. Montano era el capellán de Felipe II, y a la vez consejero en asuntos secretos concernientes a Flandes y Portugal.³⁶³ Hacia 1577 fue asistido por el padre José de Sigüenza. Es bien conocido que Montano dejó una Biblia Políglota.

Sería difícil exponer aquí toda la historia de esta biblioteca,³⁶⁴ pero conviene insistir en que el rey quiso que fuera la mejor del mundo y con ese propósito donó sus libros, y además de ello, o por ello, no escatimó ningún dinero para adquirir textos. Los más cercanos colaboradores recibieron instrucciones para comprar en París, Roma y Venecia libros raros y manuscritos. Una carta del 28 de mayo de 1567 señalaba al embajador en Francia: «[...] todavía holgaré que de aquí se tomen todos los más raros y exquisitos que se pudieren haber, porque es una de las principales memorias que aquí se pueden dejar, así para el aprovechamiento particular de los religiosos que en esta casa hubieren de morar, como para el beneficio público de todos los hombres de letras que quisieren venir a leer en ellos [...]».

Conscientes de la importancia de este proyecto, algunos cortesanos legaron sus bibliotecas enteras. Los 2.000 volúmenes de don Diego Hurtado de Mendoza, la mayoría italianos, engrosaron la biblioteca y así pasó con muchos miembros de la nobleza. En 1573, Felipe II contrató al copista Nicolás Turrianós o de la Torre, nativo de Creta, y éste pasó 30 años copiando al menos 40 códices griegos. Los fondos —2.000 manuscritos y 2.500 impresos— aumentaron con diarios de viajes, mapas, partituras musicales y objetos científicos, tales como esferas armilares, astrolabios y globos terráqueos. En la batalla de Lepanto se obtuvieron 20 códices persas, árabes y turcos, entre los que sobresalió el *Alcorán* de Lepanto. Había una sección especial de libros prohibidos, donde reposaban textos que fueron cosidos para evitar que alguien pudiera leerlos. En 1612, la escuadra de Luis Gajardo capturó, en las proximidades de Agadir, un barco que transportaba la biblioteca de Muley Zidán, sultán de Marruecos, con 4.000 volúmenes, y todos fueron a dar a esta biblioteca.

Las crónicas registran distintos incendios menores en El Escorial, pero el domingo 7 de junio de 1671, a las dos de la tarde, ocurrió una verdadera catástrofe:³⁶⁵ «Ardió todo el edificio en soberbia y terrible hoguera, en la que destacaban como manchas sombrías las habitaciones de Felipe II, la biblioteca y la basílica [...]».³⁶⁶

La propagación del incendio fue rápida debido a los vientos del Guadarrama, y en unas ocho horas, el monumento se convirtió, casi íntegramente, en cenizas. Posteriormente se supo que el fuego co-

menzó en una chimenea del colegio, en la parte norte, y se extendió violentamente hasta la sección de los manuscritos, donde desaparecieron textos magníficos. Al menos 3 manuscritos con escritos del escéptico Sexto Empírico se extinguieron para siempre,³⁶⁷ lo mismo que otros códigos griegos: «[...] Fenecieron cuadros, mesas, objetos de arte y ciencia y muchos rarísimos códigos [...] unos 6.000 de todas lenguas y facultades se quemaron y bastantes de los que aún quedan muestran el estrago y el peligro padecido».

Las pérdidas fueron enormes.³⁶⁸ Entre otros, ardió un manuscrito con el texto del *Beato de Liébana*, y el manuscrito *Lucense*, un código de concilios visigóticos, textos de Dioscórides, la *Historia Natural de las Indias*, que tenía 19 volúmenes, y había sido escrita por el erudito toledano Francisco Hernández, quien estudió la botánica, la zoología y las costumbres de todo México. Por orden expresa de Felipe II, Francisco Hernández se desplazó a las Indias Occidentales entre los años 1571 y 1577 en busca de información científica. Hernández, médico, describió 3.000 especies de plantas desconocidas en Europa, 400 animales y 14 minerales nuevos, y lo increíble es que cuando se quemó su obra el fuego arrasó también con las láminas pintadas por indígenas. Al final, se salvaron unos 4.500 códigos, los cuales, durante más de cincuenta años, estuvieron hacinados en el Salón Alto del monasterio.³⁶⁹

En la Biblioteca de Impresos, sobre la cual reposaba el archivo de libros peligrosos, la acción rápida impidió que se quemaran las obras. No pocos ejemplares se lanzaron por las ventanas. La Biblioteca del Coro, sin embargo, se salvó. Y el archivo no sufrió daños, entre otras cosas, porque los padres comprendieron la significación jurídica y política de los documentos allí almacenados.

ISAAC NEWTON ENTRE LIBROS DESTRUIDOS

La vida de los grandes hombres suele interpretarse o leerse a partir de una visión idealista, reduccionista, donde cualquier aspecto negativo se coloca a pie de página, como si no constituyera una esencia del personaje. En el caso de Isaac Newton hay un enorme temor por divulgar algunos de sus rasgos mezquinos.

Un estudio reciente ha evidenciado cómo Newton se dedicó en vida a censurar y disminuir el valor de los trabajos de John Flamsteed, astrónomo real de Greenwich.³⁷⁰ No sin envidia, rechazó sus trabajos y llegó a utilizar sus ideas sobre las estrellas. El advenimiento de un nue-

vo rey, le permitió al astrónomo solicitar la confiscación de 300 ejemplares de un volumen donde Newton plagió sus propuestas y logró quemarlo. Sólo después de muerto, Flamsteed pudo tener publicada su *Historia Coelestis Britannica*, en 1725. Newton, en venganza, removió de su obra principal, *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, toda alusión a este científico.

De cualquier forma, el propio Newton sufrió en carne propia la destrucción de su obra. Un desafortunado accidente redujo a cenizas sus manuscritos, cuando su perro tumbó una vela y los papeles se incendiaron. Entre otras, desaparecieron observaciones agudas sobre óptica y sobre religión.³⁷¹

LA BIBLIOTECA DE ARNI MAGNUSSON

Se considera a Arni Magnusson uno de los coleccionistas de libros más importantes del mundo. Fue también un héroe en Islandia, donde nació en 1663. Hijo de un sacerdote, marchó a Copenhague cuando tenía diecinueve años para estudiar en la Universidad, pero su constancia lo convirtió en el asistente de Thomas Bartholin, anticuario real, en 1684.

A la edad de 38 años, alcanzó la cátedra de historia en la Universidad de Copenhague. Cumplió labores políticas, pero las más importantes se refieren a su bibliofilia, que lo llevó hasta su muerte, en 1730, a buscar textos en diversas naciones, todos referidos a la cultura de Islandia. Estaba interesado en los manuscritos medievales, muchos de los cuales habían pertenecido a las familias más poderosas del país. Hacia 1690, Magnusson poseía excelentes copias de las principales sagas islandesas. Seis años más tarde, afirmaba que era dueño de la mejor colección de sagas del mundo. Tras una estancia de dos años en Alemania, regresó a Copenhague en 1697 y fue designado secretario de los archivos reales daneses.

Conocía de precursores como Brynjólfur Sveinsson, quien logró hacerse con diversos textos. Se sabe que este obispo de Skálholt le presentó al rey de Dinamarca, en 1656, la propuesta de imprimir los textos de los *Flateyjarbók*, el *Grágás* y *Völsunga*. Años después, cedió al enviado del rey la *Edda Menor*, la *Edda Mayor* y la saga de *Njáls*. En su afán, Brynjólfur no perdió la oportunidad de transcribirlos y le asignó esa labor a Jón Erlendsson, de Villingaholt. Como consecuencia de estas gestiones, los libros islandeses medievales se divulgaron y renació un interés nacional por las sagas.

La colección de Magnusson llegó a tener 2.500 objetos, manuscritos enteros o fragmentarios. Tenía unas 200 sagas, documentos, cartas, 5.500 diplomas y 10.400 apógrafos.

La tarde del 20 de octubre de 1728 un incendio destruyó Copenhague. Durante tres días, quemó barrio por barrio, y finalmente alcanzó la colección de Magnusson, quien logró salvar numerosos manuscritos, pero no pudo evitar que sus libros impresos, sus notas y papeles fueran pasto de las llamas. Uno de los textos extinguidos fue el *Breviarium Nidarosiense*, el primer libro impreso en Hoolum, ciudad de Islandia, en el siglo XVI.

También se quemó la biblioteca de la Universidad y Magnusson, en un gesto que aún emociona, legó lo salvado a esta institución. Murió el 7 de enero de 1730.

SIGLOS DE ACCIDENTES Y DESASTRES

I

Terremotos, incendios e inundaciones han provocado a lo largo de los siglos el mismo sentimiento de miedo, impotencia y rabia. El inventario de desastres que han afectado a bibliotecas, colecciones de libros y editoriales resulta imposible de censar, pero juzgo suficiente un recuento dedicado a recordar diversos momentos lamentables en la historia de la cultura.

Comienzo con los incendios en bibliotecas. En Canterbury, un fuego alcanzó en 1067 los edificios monásticos y dejó un saldo de cientos de libros convertidos en cenizas. Hacia 1184, Glastonbury contaba con una biblioteca respetable: un intenso fuego quemó decenas de ejemplares. En 1318, se destruyó la biblioteca de la iglesia de Todos los Santos.³⁷² En 1440, toda la biblioteca del monasterio de Megapisleon se quemó, y en 1660, una vez reconstruida, volvió a arder. Un destino fatal.

La Vie Dem de Chasteuil, solitaire du Mont-Liban (1666) de François Marchety, se quemó en las llamas que devastaron una biblioteca en Monteigue, Francia. La biblioteca real de Estocolmo se incendió en 1697: casi toda la colección de Jorgen Seefeldt, estimada en unos 25.000 libros, ardió en ese accidente.

La biblioteca de L. Stockflett, famosa por sus 18.000 volúmenes, fue destruida por las llamas y se perdió *Virga Pastoralis ad exactoris onfractam vigilans*, un escrito polémico que deleitó a los lectores del siglo XVIII.

La biblioteca personal del astrónomo Anders Spole (1630-1699), amigo de Huygens, Hooke, Boyle, Mercator y otros grandes científicos, fue destruida con todos sus instrumentos en el incendio que causó la devastación de Uppsala en mayo de 1702. Otros libros aniquilados por el mismo incendio fueron *Atlantid eller Manheim. Atlantica sive Manheim* (1675-1689), *Campi Elysii liber Primus* (1701) y *Nora Samolad sive Laponia illustrata* (1701) del minucioso Olaf Rudbeck.

En 1731 un incendio en Ashburnham, Westminster, arrasó con cientos de manuscritos. En 1764, un incendio acabó con la biblioteca del Harvard College, fundada con un fondo de 400 libros por John Harvard en 1638 y los casi 5.000 libros de los anaqueles se transformaron en humo. La biblioteca franciscana de Milán se destruyó parcialmente durante un incendio ocurrido en 1743.

Un episodio que describen con horror todas las crónicas es el del terremoto del primero de noviembre de 1755, en Lisboa. En esa ocasión, además de la pérdida de miles de vidas humanas y de edificios antiguos, desapareció la Real Biblioteca de Portugal, y los libros salvados, milagrosamente, fueron transportados a Brasil no sin dificultades, donde sirvieron para crear la Biblioteca Nacional de este país.³⁷³

El 15 de enero de 1777, el palacio del príncipe de Colonia se quemó, y decenas de obras antiguas desaparecieron. Las llamas devastaron, en 1778, la biblioteca de la Universidad de Carolina del Sur y de 5.000 libros, apenas quedaron 185. En el incendio de la Cámara de los Comunes en 1811 existen registros de la destrucción de *Reports from the Lords Committees* (1820-1825).

En el fuego de Moscú de 1812, miles de libros se quemaron. Uno de los más raros fue *Poikila Ellenika seu varia graeca* (1811), preparado por el helenista Fr. de Matthaei. Un extraordinario libro desaparecido en este fatal incendio fue *Veterum et Clarorum Medicorum* (1808). Asimismo no se salvaron ni la biblioteca ni los manuscritos de Georg Franz Hoffmann, quien había llegado a Rusia desde la Universidad de Göttingen, en busca de la creación de un *Herbario*. Tampoco pasaron la prueba del fuego los libros de Johann Gottlieb Buhle, un erudito alemán, nacido en Brunswick y educado en Göttingen. De este experto en Aristóteles desaparecieron *Handbuch der Geschichte der Philosophie* (8 vols., 1796-1804) y *Geschichte der neuen Philosophie* (6 vols., 1800-1805), además de decenas de ejemplares de sus ediciones.

En 1827, en Abo, Finlandia, la catedral y la biblioteca de la ciudad se quemaron y desaparecieron unos 40.000 libros. El 24 de septiembre de 1845, la biblioteca del Marischal College, en Aberdeen, se quemó debido a un fuego iniciado en el salón de latín. Hacia 1848,

aproximadamente, se incendió la biblioteca de W. H. Smith, constituida por manuscritos raros de diversos siglos. Muchas de las notas perdidas debió reescribirlas para poder editar *Aedes Hartwellianae* (1851-1864).

La biblioteca de la Universidad de Indiana sufrió dos incendios: el 11 de abril de 1854 el fuego destruyó la colección colocada en Seminary Square; la reconstrucción y nueva dotación alcanzó al importante número de 13.000 libros que desaparecieron entre las llamas en 1883.

La biblioteca Humboldt también se quemó en 1865, y 17.000 libros quedaron destruidos. El 10 de julio de 1865, la Sala de Encuadernación del museo Británico se quemó y cientos de textos se perdieron. El 30 de diciembre de 1866, un fuego en el Crystal Palace, devastó un ala entera de la biblioteca.

En 1871, un terrible incendio destruyó más de 10 kilómetros cuadrados de la ciudad de Chicago, y entre los edificios completamente devastados se contaron la biblioteca de la ciudad y la de la iglesia.

En 1873, se quemó el *Manchester Athenaeum*, con 19.000 libros. En julio de 1877, trece iglesias se quemaron en New Brunswick, y con ellas las bibliotecas particulares de sus párrocos. El mismo año se perdió la biblioteca mercantil de Filadelfia.

El 11 de enero de 1879, la Free Library de Birmingham se quemó con 50.000 libros. Sólo en la sección Shakespeare Memorial Library, se perdieron 7.000 obras; en la Stauton Warwickshire y Cervantes Library los desastres fueron similares.

Quince años después del devastador incendio de Nottingham Castle, que causó la desaparición de antiguos manuscritos y pinturas, ardió, en 1879, Clumber House, del duque de Newcastle.³⁷⁴

El mismo año, en Irkutsk, Siberia, un incendio arrasó la biblioteca pública, la colección Vaghine (que contenía el manuscrito de Gedenstrom) y la biblioteca de una rama de la Sociedad Geográfica Rusa.

II

A partir de la aparición de la figura del impresor comenzó también la crónica de accidentes en los talleres.

Uno de los primeros, y más famosos, sucedió el 1 febrero de 1672 en Gravenstraat, donde estaban los depósitos del cartógrafo holandés Joan Blaeu (1599-1673). Alphonse Willems ha descrito el suceso:

«Un gran pesar invadió a Blaeu. El 22 de febrero de 1672, su imprenta, reputada como la más prestigiosa de Europa, fue víctima de las llamas [...] y el daño alcanzó a 355.000 florines».³⁷⁵ Había buenas razones para temer lo peor en este incidente porque se quemó *Le Grand Atlas* (12 vols., 1663), el libro más costoso del siglo XVII, preparado por el mismo Blaeu.³⁷⁶

En este terrible hecho desaparecieron *Casparis Barlei Renom per octennium in Brasilia et alibi gestarum* (1647); se quemó la *Flandria illustrata* (2 vols. 1641, 1644) de Antonio Sandero;³⁷⁷ y, por si fuera poco, no sobrevivió la *Genealogiae franciscae plenior assertio* (2 vols., 1654).

La obra *De morinis et morinorum rebus* (3 vols., 1639, 1647, 1654) se quemó en los depósitos de su editor. Lo mismo sucedió en 1665 con *Le Fidele et Vaillant Gouverneur* (1658) del jesuita P. Guillaume de Waha-Baillonville. Tras la muerte del editor, fueron destruidos, tal vez por ignorancia, numerosos ejemplares de *La Ville et la République de Venise* (1680) del escritor y diplomático Alexandre-Toussaint Limojon de Saint Didier. Hoy sólo quedan cuatro ejemplares conocidos de esa primera edición.

Uno de los más perspicaces e innovadores impresores de Inglaterra fue William Bowyer, quien estuvo a punto de perder todo su esfuerzo cuando sus depósitos se incendiaron en 1712.³⁷⁸ Entre los muchos libros que desaparecieron sobresale *The Ancient and Present State of Gloucestershire* de Roger Atkyns. De modo insólito, la segunda edición de esta obra, hecha en 1768, ardió en el fuego de otra biblioteca.

El célebre depósito de Bryson se quemó en 1750 y cientos de libros desaparecieron.³⁷⁹ *The Holy Bible*, una edición en dos volúmenes de 1762, desapareció, excepto seis ejemplares, en un incendio en los depósitos de un impresor llamado Dod.

La *Machina coelestis, continens organographiam* (2 vols., 1673, 1679) se destruyó, casi toda, en el incendio de la casa del impresor Jean Hevelius el 26 de septiembre de 1679. Pocos años después de su edición, el tomo 13 de la obra *Rerum Gallicarum, et francicarum scriptores* (23 vols., 1738-1735) desapareció entre las llamas.

El 8 de enero de 1770, un incendio destruyó los depósitos de John Payne y de su socio Joseph Johnson, en Paternoster Row. La sensación de ruina obligó a Payne a irse a Marsham Street, en Westminster y se convirtió en un trabajador incansable. Superó los estigmas de la pérdida y usó públicamente seudónimos como George Augustus Hervey, William Frederick Melmoth y muchos otros.

Joseph Johnson, por su parte, se marchó a St. Paul's Churchyard tras el fuego, y no cedió. Fue el primer impresor inglés del *Vathek* de

William Thomas Beckford, en 1787, y editó a Priestley, Horne Tooke, Mary Wollstonecraft y Thomas Paine, hasta su condena a prisión en 1797 por vender un panfleto de Gilbert Wakefield. Acosado por las pesadillas, murió soñando con un libro quemado.

Thomas Cadell I, librero y editor, casi perdió su negocio cuando los depósitos de su tienda se quemaron el 2 de marzo de 1776. Se perdieron decenas de libros en esa oportunidad. Cadell fue amigo de Samuel Johnson y de David Hume. Fue, además, el impresor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, la obra de Edward Gibbon, entre los años 1776 y 1788; editó *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, en 1776. También publicó *English Poets* de Johnson.

También en 1776, pero el 2 de marzo, se quemaron numerosas obras en los depósitos de Peter Elmsley, nacido en 1736, en Aberdeenshire y muerto el 3 de mayo de 1802, en Brighton. Este librero, importador de libros extranjeros, fue miembro del selecto Shakespeare Dining Club.

Es inagotable la lista de impresores perjudicados. John Dean, discípulo de Valentine Green, fue uno de ellos. Tenía sus depósitos en Bentinck Street, en el Soho, cuando se quemaron. El fuego también dejó pérdidas superiores a las 2.500 libras a James Dodsley, impresor y librero. A la destrucción se añadió el grave problema económico que le causaron Elliott y MacFarquhar, editores de Edinburgo, al reimprimir Las *Cartas* de lord Chesterfield.

Los depósitos del impresor Samuel Hamilton, en Falcon Court, Fleet Street, se quemaron en 1802 así como las oficinas. Una de las mejores ediciones de la obra de Lucrecio, titulada *Lucretii Cari De Rerum Natura libros sex* (3 vols, 1796-1797) se perdió en ese accidente; también se perdieron numerosos ejemplares de otro libro que con el tiempo demostró estar condenado al fuego: *Travels of Anacharsis the younger in Greece* (7 vol., 2.^a edición, 1791) de William Beaumont. Años más tarde, este excéntrico libro volvió a quemarse cuando ardieron el 12 de diciembre de 1805 los talleres del impresor Thomas Gillett, en Fleet Street. Gillett, por desgracia, no se recuperó de este hecho, y todo empeoró cuando su oficina se redujo a cenizas el 28 de julio de 1810. Hoy, los libros salidos de sus prensas son difíciles de encontrar.

George Robinson II, vendedor de libros en Paternoster Row, entre 1785 y 1811, quebró debido a un gigantesco incendio que destruyó el galpón de impresión, lo cual causó, además, la pérdida de cientos de obras.

El 5 de noviembre de 1807 casi toda una edición de *A complete verbal index to the plays of Shakespeare* (1805), elaborada por Francis Twiss,

desapareció en el incendio de una imprenta. Otro incendio, en 1807, arrasó con los ejemplares de *Picturesque views of the principal mountains of the world* (3 vols., 1807) de Joseph Wilson.

Por sus consecuencias tanto como por la enorme cantidad de registros dañados, uno de los incendios más devastadores en la historia del comercio y de la impresión en Inglaterra es el que sucedió en los depósitos de John Nichols. Había ejercido el comercio de libros y la impresión desde joven; estuvo asociado con William Bowyer hacia 1766, y ya en 1777 trabajaba por su cuenta. Amigo de Samuel Johnson, casado en dos ocasiones, sufrió su primer percance cuando se incendiaron sus oficinas el 7 de mayo de 1786. El segundo incendio, quizás el peor, sobrevino cuando su oficina, depósito y talleres ardieron en el fuego fortuito producido el 8 de febrero de 1808.³⁸⁰ En el prólogo de la segunda edición de sus memorias, Nichols escribió: «En mayo de 1802, yo empecé a imprimir una vez más; y poco a poco había conseguido llegar a la mitad de la edición, cuando mi progreso fue repentinamente detenido por una calamidad que bien entrada la noche me descorazonó de reasumir la tarea de ser editor o impresor [...]».³⁸¹

En este incendio, desaparecieron ejemplares de *The Antiquaries Museum* (1791-1800) de Jacob Schnebbelie, de *Miscellaneous Antiquities*, un complemento de la *Bibliotheca topographica Britannica* (8 tomos), de *British Topography* (2 vols., 1780) de Richard Gough, de *Custumale Roffense* (1788) de John Thorpe. Asimismo, quedaron en cenizas *The history and antiquities of pleshy in the county of Essex* (1803) y *Sepulchral Monuments in Great Britain* (3 vols., 1786-1796) de Richard Gough, *The history and antiquities of the town and county of Leicester* (4 vols., 1795-1815) de John Nichols y *The progress and public processions of Queen Elizabeth* (3 vols., 1788-1805) del mismo Nichols. En el catálogo de obras destruidas en este aciago lugar debe incluirse una edición de *Songs and Sonnettes* (2 vols., 1795-1807), exquisita antología de poemas.

En marzo de 1815, el depósito del librero Kelly, localizado en Paternoster Row, se quemó. La labor de Joseph Downes ha sido injustamente olvidada, a pesar de la calidad de sus ediciones y el rigor de su tipografía. Sufrió un gran revés cuando el 20 de junio de 1818 se quemaron su oficina y todo el depósito de sus libros, pero se repuso con ayuda oficial. De hecho, entre 1799 y 1828 editó *The Police Gazette*.

El 26 de junio de 1819 se destruyeron los depósitos de los talleres de impresión de Thomas Bensley II, en Nelson Square, y desaparecieron casi todos los ejemplares de *The Hymnes and songs of the Church* (1815) de George Wither, junto con *History of the western division of the county of Sussex* (2 vols., 1815, 1819) de James Dallaway, *Sta-*

tuary and Sculpture among the ancient (1816) de James Dallaway y *The Dialogues of Creatures moralized* (1816), editado por Joseph Haslewood. Este desastre no fue el primero, puesto que sus depósitos se quemaron también el 5 de noviembre de 1807.

Los depósitos de Caxton Printing Office se quemaron el 7 de febrero de 1821. Fue un suceso terrible: al menos 3.000.000 de folios se perdieron junto con máquinas e instalaciones.

En marzo de 1822 ocurrió un devastador incendio que aniquiló los depósitos de Samuel Bagster en Londres. Bagster era un vendedor de libros raros: ejerció su oficio en Paternoster Row entre 1816-1860 y en King's Road, Bedford Row, entre 1850 y 1860. Uno de sus grandes logros fue la preparación de la versión inglesa de la *Biblia polyglotta*. Cada volumen tenía 16 x 10,5 pulgadas y un grosor de 3,5 pulgadas, con el texto en una página en inglés, hebreo y latín y griego, y en alemán, francés, italiano y español en la otra página, y al final en siríaco. Esta magnífica obra apareció entre 1817 y 1828 en cuatro volúmenes titulados *Biblia sacra polyglotta Bagsteriana*, la cual desapareció en gran parte debido al fuego en los talleres del impresor.³⁸²

La magnífica autobiografía de Samuel William Ryley, en nueve tomos, publicados entre 1816 y 1827 con el título *The Itinerant*, al alcanzar la tercera tirada desapareció debido a la bancarrota del impresor, quien debió vender las obras para que otros lo utilizaran como papel de desecho.

En agosto de 1824 se quemaron los depósitos de los impresores Moyes y Wilson. Decenas de obras fueron destruidas, incluyendo la que estaba en imprenta, casi a punto de aparecer ya, titulada *Further Inquiry into the national debt* de Corbaux. El 11 de agosto de 1830, todos los ejemplares de la *Enciclopedia Londinensis* se destruyeron al arder los talleres de Adlar, un impresor de Bartholomew Close. El 18 de febrero de 1836, esta cadena de incendios alcanzó la librería metodista de Nueva York y todas las obras se redujeron a cenizas. El 20 de marzo de 1837, un fuego en los depósitos de Spottiswoode causó la desaparición de ejemplares de la *Lardners Cyclopaedia*, obras de Byron y de otros poetas ingleses.

El 10 de junio de 1852, los depósitos de Clowes, en Duke Street, se destruyeron parcialmente. Entre algunos de los libros perdidos en esa ocasión debo mencionar *Sunday Book* (censo de 1851). En el fuego de los depósitos de Harper Brothers, hacia el 10 de diciembre de 1853, se destruyeron 494 copias de *Pierre; Or, The Ambiguities* (NY, 1852), el excéntrico relato de Herman Melville. Apenas 110 copias sobrevivieron y hoy son verdaderamente raras y costosas.

En 1860, ardieron los depósitos del librero Thomas Kerslake, en Parkstreet, en Bristol, y decenas de textos desaparecieron. El 4 de septiembre de 1861, en Paternoster Row, ardieron los depósitos de Longman and Co., y cientos de libros antiguos se perdieron, entre ellos la reedición de *Tooke's History of Prices*.

El 3 de diciembre de 1871, al quemarse la casa del impresor M. Rousseau-Pallez, ardieron varios libros, entre ellos *Chronique de Metz, de Jacomin Husson, 1200-1525* (1870) y *Pouillé du diocese de Metz* (1871), los cuales, al menos en el último caso, eliminaron toda una edición (hoy existe un único ejemplar).

En 1878, un devastador fuego destruyó decenas de tiendas de librerías, talleres y depósitos en Edimburgo. El 28 de diciembre de 1879, en Boston, un incendio devastó los depósitos de editores y librerías, afectando a Houghton, Osgood and Co. y Rand, Avery and Co. El 31 de marzo de 1880, en Londres, Dickens y Evans anunciaron el desastre en sus depósitos, en New Street Square, en Fleet Street, y la extinción de decenas de obras.

III

Ediciones completas o casi completas se han extinguido en diferentes accidentes. Hacia 1630, apareció la *Ortografia kastellana nueva y perfetta* de G. Korrea, la cual pretendió imponer una nueva ortografía en la lengua castellana, adelantándose a las reformas propuestas en el siglo XIX por el venezolano Andrés Bello. Por desgracia, este curioso escrito acabó como papel de desecho.

El famoso *Mantuan Opera omni* (4 vols., 1576) desapareció en un incendio. Desde la muerte de Charles Trigan, doctor de la Universidad de la Sorbona, en 1764, los ejemplares de su *Histoire ecclésiastique de la Province de Normandie* se fueron dispersando hasta quedar un número reducido, hoy objeto de culto de algunos bibliófilos.

No ha habido modo de saber qué sucedió con los ejemplares de *Rerum Mogunticarum Libri V* (3 vols., 1722-1727) de Nic. Serrario. La rigurosa edición *Lucii Coeciliani Lactantii opera omni* (2 vols., 1748) se perdió debido a su colocación desafortunada en un depósito húmedo, donde las hojas se arruinaron.

Uno de los diccionarios más increíbles del siglo XVIII, titulado *Dictionary of the Hindostane Language* (1774) de John Fergusson, fue enviado a la India y, durante el viaje, casi toda la edición desapareció.

Aunque no se precisa el año, hacia 1794 una gran parte de la edi-

ción de *Bibliotheca Scriptorum qui res in Sicilia gestas sub Aragonum imperio retulere* (2 vols., 1791-1792) desapareció en un incendio. Casi toda la edición de *La Tribu indienne, ou Edouard et Stellina* (2 vols., 1799) de Lucien Bonaparte se quemó. En otro incendio en Copenhague desapareció *Reisebeschreibung nach Arabien und Andern umliegenden laendern* (2 vols., 1774-1778) de Carsten Nieburgh, viajero insaciable, quien describió miles de curiosidades de Siria, Palestina, Chipre y el Asia Menor.

En la historia de la gastronomía, uno de los libros más curiosos y buscados es la primera edición de la obra de Richard Warner (1763-1857), titulada *Antiquitates Culinariae* (1791). Este libro fue acusado de piratear un trabajo de John Carter y en consecuencia la edición fue recogida, pero los talleres se incendiaron misteriosamente y casi todo se perdió.

En la década de 1820 desapareció en un incendio *Select Remains of the ancient popular poetry of Scotland* (1822), preparado por David Laing. La estupenda versión de Thomas Taylor titulada *Select Works of Porphyry* (1823) se perdió casi toda en un incendio. La *Istoria della Vercellese letteratura de arti* (4 vols., 1819-1824) de G. de Gregory desapareció en un lamentable accidente que arruinó los ejemplares.

No hay mayores detalles, pero según un catálogo, *Précis historique sur les fetes, les spectacles et les réjouissances publiques* (1829), obra de Claude-Fortuné Ruggieri, desapareció años después de su edición. Ithiel Town, fundador de la Academia Nacional de Diseño en Estados Unidos, publicó *A Detail of Some Particular Services Performed in America* (1835). Este libro desapareció casi por completo en la quema de su edición³⁸³ y hoy cualquier ejemplar es una verdadera rareza.

De Daniel Defoe desaparecieron sus *Complete Works* (3 vols., 1840-1843), en un incendio y hoy sus ejemplares son objeto de culto de los bibliófilos. Apenas quedan 26 ejemplares de *Poems upon several occasions* (1841) de Peter Cunningham, libro aparecido en una tirada de 75 ejemplares.

Un incendio redujo casi toda la edición de *A Trip Across the Plains, and life in California* (1851) del escritor George Keller. Un incendio en el barrio del Soho destruyó los ejemplares de *Sketches and Characters* (1853) de James William Whitecross. Hoy en día permanecen menos de ochenta de la tirada original.

La *Primera epístola del Almirante Don Cristóbal Colón* (1858), editada en circunstancias que merecerían todo un ensayo, se destruyó durante una inundación en Brasil. En el incendio de Chicago de 1857 se destruyeron miles de obras, pero una de ellas, constatada, fue la de

John Reynolds, titulada *My Own Times* (1855), un recuento histórico y anecdótico de Illinois en el siglo XIX por parte de quien fue miembro de la Corte Suprema y gobernador en 1830. De este libro se imprimieron 400 copias, y 300 desaparecieron.

La colección Offor se perdió en un incendio ocurrido el 2 de julio de 1865. Entre otros, ardió un John Bunyan único. En mayo de 1871, el Hotel de Ville se quemó y con él un libro extraordinario de Charles Nisard titulado *Dictionnaire du Patois et de la banlieue*.

En 1897, en Bradstreet, se produjo un feroz incendio que destruyó la reimpresión hecha por los miembros del Club Agathynian de la famosa edición de los *Proverbios* de Erasmo, preparada por Middleton en 1550. F. S. Hoffman, uno de los fundadores de dicho Club, salvó algunos ejemplares, hoy conservados como una verdadera rareza.

LA BIBLIOTECA DE PINELLI

Hay un debate legendario que quisiera recuperar aquí. Como se sabe, una de las mayores colecciones de todos los tiempos³⁸⁴ fue la del humanista italiano Gian Vincenzo Pinelli.³⁸⁵ De alguna forma, su prestigio estimuló a los humanistas de la época a solicitar copias y algunos autores como Escalígero las obtuvieron.³⁸⁶

Según Charles Schefer,³⁸⁷ la colección se trasladó a Nápoles en tres barcos y cuando se encontraban entre Venecia y Ancona,³⁸⁸ un grupo de piratas turcos, creyendo que transportaban oro o piedras preciosas, secuestró las naves y, al parecer, hundió al menos una, con 33 cajas de libros antiguos.³⁸⁹ Posteriormente se recuperaron 22 cajas, y 11 se perdieron. De estas últimas, 2 contenían cuadros y dibujos, otra instrumentos matemáticos y 8 guardaban libros.³⁹⁰

El resto fue almacenado por los herederos en un ático y vendido al cardenal Federico Borromeo para consolidar la biblioteca Ambrosiana en 1609,³⁹¹ aunque hay manuscritos en la biblioteca del Vaticano y en la Biblioteca Nacional de Francia. Se sospecha que el original de un manuscrito árabe de León Africano estuvo entre los textos destruidos.

Según otra versión, la biblioteca que sufrió ese percance fue la de Maffei (o) Pinelli, la cual habría sido destruida en parte al ser transportada de Venecia a Londres. Al parecer, lo que sucedió fue que un reconocido vendedor de libros de Pall Mall, llamado James Edwards (1720-1816), compró en Venecia, por seis mil libras, la célebre colección con manuscritos griegos, latinos e italianos originales, elabora-

dos desde el siglo XI hasta el XVI,³⁹² y en el traslado fue víctima del acto vandálico. William Blades fue uno de los mayores defensores de esta hipótesis errada.³⁹³

NAUFRAGIOS CÉLEBRES

Sería descabellado pretender que todos los casos de destrucción de volúmenes pueden estar en este libro (hay miles de incidentes que sucedieron y no fueron documentados), pero más absurdo sería creer posible conocer con detalle todos los libros desaparecidos en naufragios. No obstante, he logrado recopilar algunas informaciones.

Numerosos ejemplares de la *Biblia Polyglotta* (o Biblia Regia), preparada por Arias Montano entre 1569 y 1573, en ocho volúmenes, se perdieron en un naufragio cuando eran transportados a España. Según Benjamin D'Israeli, en 1700 una tormenta hizo naufragar un buque con los manuscritos orientales de Heer Hudde, rico burgomaestre de Middleburgh.

El ingenioso y satírico librero John Dunton ha contado cómo perdió cientos de libros durante su viaje por barco a Boston, donde abrió una librería.³⁹⁴ Tras su publicación, en 1707, la obra *Poema to-grai* casi desapareció para siempre cuando naufragó el barco en que eran transportados los textos. El singular *Rituel du Diocèse de Québec* (1703) desapareció, una vez editado, en un naufragio. Enviados al famoso conde Romanoff, casi todos los ejemplares de *Leonis diaconi caloensis historia scriptoresque alii ad res byzantina pertinentes* (1819) desaparecieron con el hundimiento del barco.

En 1873, el escritor y músico venezolano Felipe Larrazábal, arruinado, corregía en el barco *Ville du Havre* el manuscrito de una de sus principales compilaciones sobre la vida y obra de Simón Bolívar. A ratos, leía algunos de los libros escogidos para el viaje o revisaba algunos de sus tres mil documentos.³⁹⁵ No pudo terminar su trabajo, porque una tormenta hundió la nave, causando la muerte al autor y la desaparición de su manuscrito y otros papeles.

Una misteriosa simetría relaciona a Larrazábal con el poeta colombiano José Asunción Silva: el buque *Amerique* en el que regresaba este último a Colombia, tras cumplir una misión diplomática en Caracas, encalló en un banco de arena y, aunque salvó la vida, perdió muchos de sus libros y los manuscritos originales de obras como *Cuentos Negros*, *Las almas muertas* y *Poemas de la carne*.

En el mítico *Titanic* viajaban unas 2.227 personas y con su hundimiento en el Atlántico, el año 1912, tras el choque con un iceberg, quedaron 705 sobrevivientes. La biblioteca del barco y todos los libros de los pasajeros quedaron destruidos.

La lista de naufragios es bastante extensa, por lo cual cabe deducir que la pérdida de libros también lo es. No pocos yates han poseído bibliotecas bastante completas, las cuales reposan en el fondo del mar tras diversos accidentes raras veces divulgados.

LA BATALLA CONTRA LOS LIBROS

Invito al lector a considerar otros acontecimientos, en este caso bélicos, en que la destrucción alcanza mayor magnitud.

Baste decir que entre 1467 y 1477, una guerra civil en Japón acabó con todas las bibliotecas de Kyoto. La célebre colección de Ichijyo Kanera, prestigiosa en el mundo oriental, fue destruida. En 1527, el ejército de Carlos V conquistó Roma, y sometió la ciudad hacia el 6 de mayo. Fue un día sombrío, a causa de los saqueos. En medio de este enorme alboroto fueron destruidas dos enormes bibliotecas: la de Elijah ben Asher Levita, notable cabalista, y la de su amigo el cardenal Ægidio de Viterbo. Los libros fueron usados como combustible por los soldados, helados por el frío viento de las noches italianas.

Rebeldes irlandeses quemaron ejemplares de los libros del poeta Edmund Spencer, cuando atacaron su hogar, en el castillo Kilcolman, en County Cork, en 1598. Algunos ejemplares de *The Faerie Queene* (1590) fueron destruidos.³⁹⁶

En Dinamarca y Noruega desatendieron una orden del Concilio Odense y utilizaron los antiguos pergaminos procedentes de Iglesias y Monasterios para hacer las cubiertas de los libros de contabilidad.³⁹⁷ Un fragmento de Saxo Gramático, verbigracia, fue hallado en la cubierta de las cuentas del catastro de 1627 y 1628 del castillo de Kronborg. En 1634, los pergaminos se usaron para envolver los cartuchos de los fuegos artificiales encendidos en honor del príncipe Christian.

Kenelm Digby fue un hombre polifacético. Médico, alquimista, diplomático y militar, repudió el Fellow Commoner, en Gloucester Hall, donde estuvo entre 1618-1620, y se marchó de ese lugar sin un grado académico, lo cual, no obstante, no le impidió dedicarse al estudio y a la escritura con enorme erudición.³⁹⁸ En 1628 publicó *A relation of a brave and resolute sea-fight*, obra hoy sólo conservada en dos únicos ejemplares.

Un texto buscado con pasión por los estudiosos, *Chorographia sacra Brabantiae* (2 vols., 1659-1669) del historiador Antonio Sandero (1586-1664), fue reimpreso en La Haya entre 1726 y 1727, en una edición confiscada y destruida en los ataques del ejército francés a la ciudad de Bruselas en 1695.

En 1780, en Gordon Riot, fue quemada la casa de lord Mansfield, y desapareció su biblioteca, con una selección de los más importantes textos jurídicos de todos los tiempos. La biblioteca de la Universidad de Princeton, cuando estaba en un cuarto del segundo piso de Nassau Hall, fue atacada por soldados en la Revolución y en 1802 un incendio destruyó casi todos sus libros; los bibliotecarios acudieron a benefactores pródigos para recuperar la pérdida de manuscritos y obras únicas.

El Guipuzcoano instruido (1780) de Ignacio de Egaña fue arrasado casi totalmente en el asedio de los franceses a San Sebastián. El decreto de José II en Austria, que disolvió numerosos monasterios acabó con 738 monasterios cuyas bibliotecas, en la mayoría de los casos, se perdieron. Los ataques de los soldados prusianos redujeron a cenizas la biblioteca de M. le Chevalier de Fonvielle, como éste lo contó en el prólogo de uno de sus libros.³⁹⁹

En 1807, la escuadra inglesa atacó la ciudad de Copenhague, bombardeó e incendió numerosas casas: una de ellas era la de Grímur Jónsson Thorkelín, un excéntrico erudito de origen danés dedicado a elaborar una edición crítica completa del poema anglosajón titulado *Beowulf*. Evidentemente, el manuscrito de esta edición se destruyó y Thorkelín debió conformarse con editar una versión bastante forzada, pero meritoria.

Durante la guerra entre Perú y Chile, ocurrida entre 1879 y 1894, el escritor Ricardo Palma debió reorganizar la Biblioteca Nacional de Perú en su condición de director. Las pérdidas fueron enormes debido a los saqueos y a los incendios.

En la Guerra de Secesión de Estados Unidos, centenares de libros desaparecieron. Vale la pena recordar que en septiembre de 1866 una compilación de cantos patrióticos sureños y texanos, compuestos durante los años de la guerra, fue quemada por los soldados nortistas, cuando el mayor G. W. Smith ordenó destruir la propiedad del compilador. El título de la obra era *Allan's Lone Star Ballads*, pero hubo una reimpresión en Galveston, en 1874. Una de las canciones era la popular *The Texas Ranger*. La biblioteca Byrd, con 4.000 obras, se quemó.

En 1870 la biblioteca de Estrasburgo fue quemada por las tropas

prusianas y el fuego de artillería acabó con gran parte de la biblioteca de la Escuela Especial Militar de Saint-Cyr. En este fuego se perdieron documentos sobre la historia de Francia, correspondencia de Napoleón y ejemplares del *Journal Militaire* y del *Spectateur Militaire*. Un obús destruyó en el arsenal un volumen de Sexti Pompei titulado *De verborum significatione*, anotado por el erudito Dacier. La biblioteca Sainte-Geneviève, la noche entre el 8 y el 9 de enero, fue atacada y se perdieron libros y manuscritos antiguos.

LA QUEMA DE LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS

En 1812, la biblioteca del Congreso pudo tener su primer catálogo, bajo la coordinación del encargado, un malhumorado, religioso y perturbado hombre de apellido Magruder.⁴⁰⁰ La lista era sencilla, austera hasta el límite, y clasificaba los libros por géneros, en función de su número y hasta de su precio. Había unos 3.076 volúmenes y 53 mapas. Las ambiciones de los bibliotecarios eran, en realidad, modestas, pero definidas, y pasaban los días pendientes de una errata o de un libro raro. Esa tranquilidad que parecía infinita se desvaneció, por desgracia, pronto.

El 12 de junio del mismo año, el presidente Madison recurrió al Congreso a fin de solicitar apoyo para un ataque contra las tropas británicas, y la lucha no tardó en sobrevenir, aunque nadie esperaba que se tornara tan hostil.

No obstante, nada salió como estaba previsto. En 1813, los soldados norteamericanos tomaron Canadá y York, quemaron el Parlamento y la biblioteca legislativa. Un avance rápido permitió a los británicos, en cambio, llegar a la bahía Chesapeake, en agosto de 1814, y el coordinador de la biblioteca del Congreso debió marcharse para cumplir con el servicio militar, lo cual no hizo sin antes designar en una sencilla ceremonia a un tímido reverendo, J. T. Frost, quien, al sospechar lo que iba a ocurrir como venganza por los hechos de Canadá, hizo preparar la salida de cientos de libros el 22 de agosto. Él salvó cuanto pudo, pero no contaba con los recursos apropiados y los objetivos militares apuntaban más a resguardar vidas que libros.

Madison, obligado por la circunstancia no pequeña de la falta de municiones y de pertrechos, huyó de Washington y entonces comenzó el horror. Los británicos avanzaron sin piedad. El general Robert Ross ordenó quemar todo lo que fuese representativo de la cultura

enemiga y recomendó ser fieles al juramento de la reciprocidad del combate.

Como consecuencia ardió la Casa Blanca, la Casa del Tesoro y el Capitolio. La Biblioteca del Congreso se quemó el 24 de agosto, y lo único que podía verse en su lugar, al día siguiente, eran las ruinas.

Thomas Jefferson, al enterarse de esta noticia, le escribió una carta, hoy célebre, a Samuel H. Smith, fechada el 21 de septiembre de 1814, en la que le manifestó su profundo sentimiento de repudio por la destrucción de la biblioteca: «Estimado señor, yo he sabido por los periódicos que el vandalismo de nuestro enemigo ha triunfado en Washington sobre la ciencia así como las artes, por la destrucción de la biblioteca pública con el noble edificio donde estaba depositada [...]».

Un informe procedente del Departamento de Estado,⁴⁰¹ advirtió claramente sobre la destrucción de esta biblioteca, aunque su propósito central era dar cuenta de los miles de libros y documentos destruidos como resultado de los ataques perpetrados. Un libro posterior, de George R. Gleig, también describió con cierto detalle la quema del lugar.⁴⁰²

La crisis, una vez terminada la guerra, planteaba una única alternativa racional, y era reconstruir todo desde sus cimientos. Se pensó en un nuevo director para la biblioteca y en una colección idónea. No todos, ciertamente, pero al menos más de 2.600 libros se destruyeron, entre los cuales, por decir algo, estaban copias de las obras de Edward Gibbon, diccionarios, gramáticas, manuales teológicos, textos de la literatura clásica, etcétera.

Thomas Jefferson, con cínica filantropía, sugirió la compra de su colección de 6.487 volúmenes, y en 1815 se le canceló la suma de 23.950 dólares, lo cual no dejó de molestar a algunos de sus opositores. El catálogo preparado para la ocasión, en lugar de ser alfabético, introdujo la novedad de estar dividido por temas.

En la navidad de 1851, cuando la colección alcanzaba ya los 55.000 volúmenes, un incendio destruyó 35.000 libros en la biblioteca del Congreso, y algunos de los escritos extintos pertenecían a la colección Jefferson, pero este hecho no impidió que con los años la biblioteca creciese hasta convertirse, un siglo después, en una de las más renombradas del planeta. Hoy tiene más de 19 millones de libros y 56 millones de manuscritos.

La noche del 23 de octubre de 1731 comenzó un incendio en Ashburnham House, Inglaterra. El horror de este espectáculo aumentó cuando se supo que ardían los manuscritos de la colección de sir Robert Bruce Cotton, amigo de Francis Bacon, bibliófilo excéntrico que ordenó sus libros de acuerdo a los bustos de los emperadores de Roma.

El doctor Bentley, consciente de la amenaza, conocedor de la maldición lanzada a la biblioteca por el duque de Buckingham, seguro de que esos libros habían causado la muerte de su dueño, salió a toda carrera. Como le interesaba el contenido de esos libros no vaciló en penetrar en la biblioteca a riesgo de su vida: salió de un salto con el llamado *Codex Alexandrinus* bajo el brazo e intentó volver, pero lo detuvieron.

Al día siguiente, los manuscritos preservados fueron trasladados a un cuarto de la Westminster School. Un año más tarde se elaboró un informe general de daños, el cual precisaba, entre otras cosas, que de un total de 958 manuscritos de la biblioteca Cotton se quemaron 114 y 98 resultaron deteriorados. En realidad, sólo 13 manuscritos desaparecieron totalmente y una buena parte quedó en fragmentos quemados.

La lista de libros destruidos incluyó:

- 1) Un Génesis (Otho B.VI) en griego, uno de los más antiguos, quedó reducido a fragmentos;
- 2) La *Vida de Alfredo* de Asser y *La batalla de Maldon* (Otho A.XII), con 115 folios perdidos.
- 3) El *Defensor de la Fe*, un texto sobre Enrique VIII (Vitellius B. IV) quedó en fragmentos.
- 4) Textos como los de Gildas (Vitellius A. VI), el manuscrito G de la famosa *Crónica Anglosajona* (Otho B. XI), la *Crónica* de Æthelweard (Otho A. X) quedaron hechos ceniza.
- 5) Diversos manuscritos iluminados desaparecieron: uno de ellos un Evangelio del siglo VIII elaborado en Nortumbria (Otho C. V).
- 6) Estuvo a punto de desaparecer el Vitellius A XV, con el único ejemplar del *Beowulf* existente, el gran poema anglosajón.

En 1753 se pensó que era una buena idea transferir los manuscritos Cotton al museo Británico. Ya en este centro, los libros dañados fueron retocados. Cada restaurador trabajó contra su predecesor y el último, Frederic Madden, apoyado por un fondo de protección, en 1845, hizo verdaderos milagros. Por desgracia, toda su labor, que

juzgaba él mismo como consagratória en sus diarios personales, terminó de modo vulgar cuando en 1865 un incendio volvió a quemar manuscritos y destruyó íntegramente los manuscritos Galba A. I, con la *Crónica de Murimoth* y Galba A. II y III, con sermones en inglés antiguo. Los manuscritos Egerton 343, 1961 y 1962 también se quemaron, en tanto otros sufrieron una grave destrucción. En una nota del 22 de septiembre de 1866, Madden dijo que no había recibido ninguna recompensa por su trabajo, ni siquiera un simple agradecimiento.

LA BIBLIOTECA DEL COLEGIO SEMINARIO DE MÉRIDA (VENEZUELA)

Entre los siglos XVIII y XIX existió una extraordinaria biblioteca en el Colegio Seminario de la ciudad de Mérida, en Venezuela. Esta formada por los libros de los padres jesuitas y de los agustinos, los del obispo fray Juan Ramos de Lora y los de su sucesor, el obispo Torrijos, quien incrementó el número de obras de modo insólito junto con quien sería el cuarto obispo de la diócesis, Santiago Hernández Milanés. Torrijos, al parecer, fue un bibliófilo digno de recuerdo por haber ordenado traer en mulas unos 3.000 volúmenes⁴⁰³ a Mérida, con textos de todos los clásicos de la literatura y la teología.

Esta biblioteca, inusual para su época,⁴⁰⁴ fue destruida por el terremoto que acabó con la ciudad de Mérida en marzo de 1812. El edificio cayó y los libros, entre los cuales destacaban incunables⁴⁰⁵ y ediciones únicas, quedaron esparcidos. Francisco Javier Irastoza, en un informe de 1815, aseguró que en 1814 las tropas del español Sebastián de la Calzada llegaron a Mérida y destruyeron o vendieron decenas de incunables. Las guerras civiles del siglo XIX completaron la labor de destrucción.

Juan de Dios Picón, cronista minucioso, ha corroborado todas estas informaciones: «[...] el terremoto, la irrupción de los enemigos de la Independencia, el abandono en que quedó [la biblioteca] y los saqueos que experimentó, la han dejado en estado casi de nulidad; sin embargo, existen algunos volúmenes y buenas obras que el nuevo rector trata de arreglar y conservar [...]».⁴⁰⁶

Fue una fortuna que se preservaran una *editio princeps* de Galileo y otra de Baltasare Castiglione.

CAPÍTULO DOCE

DE REVOLUCIONES Y HOSTIGAMIENTOS

LA HOSTILIDAD CONTRA EL PENSAMIENTO LIBRE

El 10 de marzo de 1610 fue quemado con toda la pompa del caso *The interpreter* de John Cowell, un texto impreso en 1607 por John Legate. Lo curioso es que se trataba de un diccionario, de una inocente interpretación del significado de diversas palabras, pero el Parlamento consideró ofensivas las entradas concernientes a «King», «Parliament», «Prerogative», «Recoveries» y «Subsidies».

En Estados Unidos hubo quemas de libros en el siglo xvii. En 1634 una obra de un tal Israel Stoughton fue destruida por ofensiva.⁴⁰⁷ En 1650, los parlamentarios ingleses concibieron la idea de aniquilar al régimen anterior: pensaron destruir cada documento capaz de legitimar el pasado. También en 1650, en el mes de octubre, la Corte General en Boston, Nueva Inglaterra, abrió un proceso a William Pynchon por publicar un libro herético titulado *The meritorious price of or Redemption*. La sentencia estableció firmemente la quema del libro en el mercado popular de Boston.

En 1654 volvieron a arder libros en Boston: las obras de John Reeves y Ludowick Muggleton, dos profetas modernos, fueron destruidas en el mercado a la vista de todos. Los escritos de John Rogers fueron confundidos y quemados públicamente en Boston.

Decenas de ejemplares destruidos redujeron *The Protestant tutor for children* (1685). Hoy sólo queda una copia.⁴⁰⁸ En 1695, un libro de Thomas Maule, titulado *Truth held Forth and Maintained*, fue quema-

do por orden del Concilio de Boston bajo el alegato de instigación a las «mentiras y escándalos».

En 1657, las *Cartas a un Provincial* de Pascal, escritas para revelar ciertas distracciones morales de los jesuitas, fueron quemadas en Francia. El rey Luis XVI tampoco admitió su contenido y las hizo quemar en una hoguera. Ya Pascal había advertido que «los hombres nunca obran mal de una manera tan perfecta y aclamada como cuando lo hacen movidos por la convicción religiosa».

La actividad alquímica del autor le costó a Anders Petrus Kempe que una orden real en Suecia, fechada el 31 de marzo de 1671 decretase que su versión del libro *Paul Felgenhauer Probatorium theologicum* (1664) debía ser quemada. La propia reina Hedvig Eleonora hizo destruir los ejemplares de *Catechesens enfaldige förklaring* (1669) de Erik Gabrielsson Emporagrius, sólo porque el autor sugería, veladamente, algunas opiniones no compartidas por tan noble dama.

Un antiguo documento, de largo título, refiere el proceso de condena sufrido por un autor bajo el reino del pacífico Carlos XII. El folleto es *Rättmätigh näpfst på den arga förrädarens Johann Rheinhold Patkuls skändelige i trycket uthgjfne Deduction* (1701). Al parecer, Johan Reinhold Patkul fue repudiado por la corte en 1694, y el 18 de diciembre de 1701 sus textos fueron quemados públicamente. El 27 de abril de 1702, la destrucción de sus escritos se repitió, pero en Moscú.

La crónica *Beskrifning om Ryszlands belägenhet* (1706) de Jöran Wichzell fue destruida en Rusia y hoy sólo quedan algunos escasos ejemplares de esta edición. El libro *Kort beskrifning och omdöme öfwer almänna sakernas tilstand i Europa* (1739) de Jacob Röding provocó una gran indignación y la obra fue prohibida y poco después, hecha desaparecer.

Hacia 1718, según Judith Henchy,⁴⁰⁹ una orden imperial supuso la eliminación de todos los libros vietnamitas escritos en la lengua *nom*, considerada vulgar. Un intento del movimiento Tay Son por oficializar esa lengua fracasó con la predecible quema de todos los archivos concernientes a ese grupo por parte de la dinastía Nguyen. En el período comprendido entre 1774 y 1782, el emperador Kao-Tsung, de la dinastía Manchú, ordenó destruir todos los libros contrarios a sus propósitos políticos y ardieron más de 2.000 obras.⁴¹⁰

En 1754 se quemó en Boston un panfleto contra la corte de Massachusetts titulado *The Monster of Monsters*.

Francia ha sido la cuna de la libertad europea porque también ha sido la cuna de la censura.

Las Cartas filosóficas de Voltaire, publicadas en abril de 1734, provocaron la ira de la Iglesia; el escritor fue detenido y un decreto del Parlamento autorizó a un verdugo a desgarrar y quemar las epístolas por «inspirar el libertinaje más peligroso para la religión y para el orden de la sociedad». En el Epistolario de Voltaire, en una de sus cartas personales, dirigida al conde de Rochefort, y con fecha 2 de noviembre de 1768, dijo, con toda su ironía, que «lo mejor sería hacer una nueva noche de San Bartolomé de todos los filósofos, y que se degollara en su cama a todos los que tuvieran en su biblioteca a Locke, Montaigne y Bayle. Incluso desearía que se quemaran todos los libros, todos excepto la Gaceta Eclesiástica y el Diario cristiano [...]».

Idéntico cinismo evidenció Voltaire en una carta del 29 de septiembre de 1764, dirigida a un tal Damilaville: «[...] He arrojado al fuego ese desventurado *Portátil* [se refiere al *Diccionario Filosófico*], que acababa de comprar, y la tragedia de Pedro, y todos mis papeles; he decidido definitivamente dedicar el resto de mi vida a no ocuparme más que de agricultura [...]».

En 1750, la publicación del primer tomo de la *Enciclopedia* causó tal escándalo que las autoridades suspendieron la licencia de impresión en 1759 y confiscaron numerosos ejemplares, posteriormente suprimidos. El propio editor, Le Breton, destruyó numerosos ejemplares. El *Discurso Preliminar* lo había escrito el filósofo Jean-Baptiste Le Rond D'Alembert.

Apenas aparecer, los *Pensées philosophiques* (1746) de Denis Diderot, fueron quemados por orden del Parlamento de París, debido, entre otras cosas, a su ateísmo. La obra fue perseguida en todo el país.

También *El espíritu de las leyes* (1748) de Montesquieu fue una obra hostigada. El *Índice de Libros Prohibidos* lo incluyó en su lista en 1790. Los reyes de España impidieron que fuera divulgado en sus colonias de América y los ejemplares confiscados en los barcos eran destruidos regularmente.

Claude-Adrien Helvetius, autor de *De L'esprit*, provocó la ira de la Universidad de la Sorbona, del Parlamento de París, del Papa, del obispo de París y de todos los sacerdotes franceses, y en consecuencia su obra fue quemada públicamente.⁴¹¹

En 1762, el Parlamento de París rechazó las tesis del *Emilio* de Jean-

Jacques Rousseau: el libro fue quemado y el autor debió huir, aunque la tolerancia de las ciudades lo invitó a escapar a las tierras de Federico El Grande. Rousseau dijo: «[...] se oía afirmar sin rebozo a los individuos del Parlamento que de nada servía quemar los libros, y era necesario quemar a los autores [...]». ⁴¹² Poco más adelante agregó: «[...] Quemaron mi libro, y decretaron mi prisión el día 18, esto es, nueve después de haberse hecho en París». En otro pasaje, Rousseau advirtió sobre el escándalo causado por sus cartas de la montaña, en 1765: «[...] empezaron las murmuraciones, y quemaron el libro no sé dónde [...]».

El temor comenzó a generar respuestas violentas entre los monarcas y los miembros de la nobleza francesa. En 1768, el Parlamento de París hizo detener a J.-B. Jossevand, Jean Lécuyer y Marie Suisse, y se les sentenció a varios años de cárcel por vender libros prohibidos del barón de D'Holvach, Voltaire o Dubois Fontanelle. Los textos, por supuesto, fueron quemados, siguiendo instrucciones de un funcionario llamado Saint-Fargeau.

El íntimo escándalo causado por *Porte-Feuille D'un Talon Rouge* (París, Paradès, 1782), obra donde se relataban los excesos sexuales más increíbles del grupo de Maria Antonieta, produjo la confiscación y quema en abril de 1783. ⁴¹³

LA DESTRUCCIÓN DE LIBROS DURANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La Revolución comenzada en 1789, en Francia, destruyó finalmente el régimen monárquico y las órdenes feudales, pero se distinguió por los motines, saqueos, asesinatos y ataques directos contra las propiedades de quienes fueron definidos como enemigos de la libertad. La guillotina acabó con la vida de miles de franceses. Saint-Just, no obstante, no estaba satisfecho con el número de muertos y advirtió que era preciso aniquilar el centro mismo del poder, es decir, al rey. De esta forma, el 21 de enero de 1793, Luis XVI fue ejecutado. El 10 de octubre, la Convención señaló que Francia sería revolucionaria sólo hasta la llegada de la paz, pero esta tardó más de diez años en llegar. Un intento de matar a Robespierre culminó con la declaración de la ley del Terror, la cual sirvió para condenar a miles de sospechosos.

Mientras esta violencia se mantuvo, las bibliotecas también fueron atacadas. Sólo en París, se destruyeron más de 8.000 libros; en el

resto del país desaparecieron más de 4.000.000, de los cuales 26.000 eran antiguos manuscritos.

En varias oportunidades, los escritos de Simon-Nicolas-Henry Linguet sufrieron censura y confiscación. El Parlamento de París, por ejemplo, en un contraataque contra la difusión de las ideas revolucionarias, ordenó que el número 116 de los *Anales*, donde aparecía un texto reformista suyo, fuera destruido públicamente, y en concreto al pie de las escaleras del Palacio de Justicia. Otro libro suyo perseguido fue *La France plus qu'Angloise* (1789).

Un texto poco citado y menos leído, redactado por el jesuita P. Jean-Joseph Rossignol, titulado *Traité sur l'usure*, desapareció casi por completo al ser destruido por los temibles *sans culottes*. Los incendios provocados aniquilaron miles de obras, y hay constancia de que al menos el *Conciliorum Galliae* (1789) quedó reducido a cenizas. En los archivos se perdió, tras un incendio, el *Recueil des édits, déclarations, lettres patentes et arrêts du conseil enregistrés au parlement de Metz* (5 vols., 1774-1788).

Los revolucionarios no respetaron las *Réflexions édifiantes* (2 vols., 1791) de una mujer poco ortodoxa llamada J. A. Brohon. Una magnífica edición de *Sancti Gregorii Nazianzeni Opera Omnia* (1788) se interrumpió por la violencia y los ejemplares resultaron aniquilados. Un estudio de las normas jurídicas provinciales francesas titulado *Costumes et status de la Ville de Bergerac* (1779), que no era en el fondo sino una traducción de un texto escrito en latín, se quemó en un incendio en 1792. En 1794 fue incendiada la abadía de Saint Germain des Près, y toda la biblioteca se consumió con las llamas.

Fue una mala época para los libros.

EL DESPOTISMO ILUSTRADO Y COLONIAL

Un libro de difícil acceso es *Diarium itineris in Moscoviam*. Está editado en Viena, aproximadamente en 1700. Su autor fue Johann Georg Korb, quien se atrevió a relatar la masacre de los *stryeltsi*, los mosqueteros que fomentaron acciones contra Pedro el Grande en 1698. La rabia del monarca provocó la destrucción sistemática de esta obra, aunque aún se encuentran algunas reproducciones.

Luis XVI prohibió la circulación de *Le mariage de Figaro* de Beaumarchais, y el autor sufrió prisión y burlas. Los ejemplares de la edición de 1785 fueron, en muchos casos, confiscados y destruidos.

En 1790, Alexander Radischev publicó, de su propio peculio, la

obra *Viaje de San Petersburgo a Moscú*, donde hacía algunas críticas agudas e ingeniosas contra los excesos de poder del zarismo. La reina no leyó el texto, pero sus consejeros le advirtieron de que exponía ideas revolucionarias, y temió por su propia vida. De inmediato ordenó la búsqueda de ejemplares y condenó a muerte al autor, quien debió pasar siete años en Siberia. Decepcionado, aunque ya libre de cargos, se suicidó en 1802. Hoy quedan 17 copias de su libro.

La extraña edición de *Misión de la India en Europa y Misión de Europa en Asia* de Saint-Yves d'Alveydre, desapareció porque el autor fue conminado a destruir todos los ejemplares de su obra, bajo amenaza de muerte; una nueva edición de 1909 fue destruida por los nazis cuando ocuparon Francia en 1940. Blades recuerda la anécdota de un librero holandés, un tal Muller, quien le envió en una ocasión una carta donde le reveló la existencia de una sociedad católica denominada Papel Antiguo, dedicada a destruir los libros de los Protestantes.⁴¹⁴

Las novelas de Honoré de Balzac fueron perseguidas desde su misma aparición, pero hay registros de que *Le Vicaire des Ardennes* fue quemada en Francia en 1822 por un grupo de ciudadanos ofendidos por su audaz contenido.

El libro de Pierre François Hugues d'Hancarville, titulado *Monuments de la vie privée des douze cesars* (1780), un verdadero ejemplo de ilustraciones de naturaleza erótica, fue condenado al fuego por orden de la Corte de París en mayo de 1815 y otra vez en septiembre de 1826.⁴¹⁵

LA COMUNA DE 1871

Uno de los acontecimientos políticos más interesantes que se han dado en Francia en el siglo XIX fue la Comuna de París, considerada por Karl Marx como la primera gran revolución proletaria de la edad moderna. Incluyó entre sus partidarios a escritores, artesanos, obreros y pequeños comerciantes. A saber, fue una reacción contra los resultados de la guerra franco-prusiana, contra la actitud moderada del gobierno de Thiers y contra las desigualdades sociales imperantes.

La Comuna se inició propiamente el 18 de marzo de 1871 y finalizó, violentamente, el 28 de mayo del mismo año. La guerra llevó a la revolución. Durante las acciones de combate hubo un momento terrible: el período de la Semana Sangrienta, entre el 21 y el 28 de mayo. Más de veinte mil franceses murieron a manos del ejército ofi-

cialista, en tanto que los *communards* se dedicaban a asesinar a personalidades como el arzobispo de París y a destruir propiedades.

Desdichadamente, no se pudo impedir la quema de bibliotecas y textos. El incendio de las Tullerías, en París, en 1871, ocasionó la extinción de cientos de obras. El edificio, además, quedó en ruinas. Uno de los textos quemados, bastante raro, fue la *Chronique de la Pucelle d'Orliens* (1512).

Entre la noche del 23 y 24 de mayo del fatídico 1871, decenas de manuscritos desaparecieron en el voraz incendio de la biblioteca del Louvre en París. Como en muchos otros casos, sería imposible pretender que presente aquí un catálogo exhaustivo con los títulos de los manuscritos desaparecidos,⁴¹⁶ pero resulta desalentador saber que se perdieron tesoros bibliográficos no sólo de una nación sino del mundo. Entre las mayores desgracias debo mencionar que los fondos primitivos se perdieron. Asimismo sufrieron daños casi totales las series de derecho público, administración, historia, literatura, estudios sobre arte, etc. Para dar una idea del desastre baste decir que el catálogo de materias abarcaba nueve volúmenes; el catálogo alfabético, veintidós volúmenes; el catálogo de anónimos tenía seis volúmenes y el de manuscritos al menos un volumen. Entre otros, diversos manuscritos del laureado poeta Guillaume Colletet se quemaron. Su *Vies des Poètes français par ordre chronologique, depuis 1209 jusqu'en 1647*, con más de cuatrocientas cincuenta y nueve biografías, no sobrevivió y tanto el original como una copia bastante respetable se convirtieron en cenizas. De François Colletet ardieron *Mémoires des choses arrivées de nostre temps*.

El manuscrito con *Heures de Charlemagne* tampoco se salvó, ni textos como la *Bulle sur Papyrus du pape Agapet*, del año 951, el *Huit Herbiers* de madame de Genlis, *Consecratio Regis*, *Notice historique sur les sépultures d'Héloise et d'Abelard* (1815) de Alexandre Lenoir, *Documents sur la picardie* de M. H. Cocheris. La prestigiosa *Bibliotheca magica* de Nicolas-Philibert Hémey d'Auberive no pudo salvarse. Durante la Revolución francesa los libros de este autor también se habían perdido.

Entre el 23 y el 24 de mayo fue incendiado el Palais du Conseil d'Etat y numerosas obras fueron destruidas. Émile Zola escribió, presa del pánico: «[...] el inmenso incendio, el más enorme, el más horrible, el cubo de la piedra gigante, los dos suelos de pórticos, vomitaban las llamas».⁴¹⁷

De modo similar, el fuego devastó los archivos de la Prefectura de Policía y acabó casi con todos los ejemplares del *Rapport général sur les travaux du conseil d'hygiène publique et de salubrité du département de la sei-*

ne (1861) de Adolphe Trébuchet. La biblioteca Sainte-Geneviève, que ya había sido atacada por los prusianos, sufrió daños irreparables en la sección de Geografía cuando las tropas tomaron París. Entre otros, se quemaron ejemplares de una colección en formato de 12, cuyo título general era *Histoire des voyages*.

GUERRAS DE INDEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN EN HISPANOAMÉRICA

La guerra de la Independencia de España se prolongó desde el año 1808 hasta 1814, cuando el rey Fernando VII retomó el control del poder de la monarquía. Fue un tiempo cruel, descrito perfectamente por el pintor Goya en su serie sobre los horrores de la guerra.⁴¹⁸ Es bien conocido que las tropas invasoras utilizaron centenares de obras como papel para la munición.⁴¹⁹

La abadía de Montserrat, que contaba con una de las bibliotecas más extraordinarias de España y quizá de Europa, con un archivo completo y organizado, fue arrasada por las tropas francesas, para evitar que sirviera como fortificación. La biblioteca y el archivo fueron pasto de las llamas. Sólo algunos libros se salvaron, la mayoría porque no estaban en aquel momento. Buena parte de la producción impresa de la abadía —que había tenido imprenta desde 1499— desapareció; el archivo de la escuela de música más antigua de Europa —la escolanía de Montserrat—, que había dado músicos importantes durante los siglos XVI, XVII y XVIII y que custodiaba abundantes muestras de música medieval, desapareció para siempre.

En el episodio de Monserrat sucedió, según parece, una pérdida que sigue causando polémica entre los bibliófilos. Sucede que Francesc Vicent, nacido en Segorbe, próxima a Valencia, había publicado, en idioma catalán, un libro impreso en 1495 con 100 problemas de ajedrez. Los editores fueron Lope de Roca Alemany y Pere Trincer o Tringer. El incunable en cuestión estaba en la abadía y desapareció en el saqueo.⁴²⁰ Nadie sabe si fue destruido o se encuentra desaparecido. Su título era *Libre dels jochs partits dels schacs en nombre de 100*. El erudito Mariano Aguiló Fuster ha explicado: «[...] No se conoce ningún ejemplar de este libro rarísimo, que se supone totalmente perdido, por haber desaparecido el único ejemplar conocido en el saqueo hecho por los franceses en el monasterio de Montserrat durante la guerra de la Independencia [...]».⁴²¹

Durante la guerra, el expolio francés de las bibliotecas, palacios

y monasterios españoles fue tan grave que llevó a José Bonaparte a prohibir a sus generales requisar y llevarse a Francia los bienes del Reino de España. Al fin de al cabo, él era el rey. Una parte de esos tesoros fue devuelta a España, pero otra se quedó en Francia, en virtud de la Paz de Viena de 1815. Por si fuera poco, lo que dejaron los franceses se lo llevaron los ingleses que ayudaron en la lucha contra Francia, entre ellos Wellington.

Hacia 1868, la descomposición política de España produjo la fragmentación de la sociedad y una verdadera crisis que culminó en la revolución de septiembre, en la instalación de un gobierno provisional y la elaboración de una Constitución un año después. En medio de esta gran confusión, el ambicioso Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, emitió un decreto el 26 de enero de 1869 que evidencia el deterioro de los libros en la España del siglo XIX:

En el Ministerio de Fomento existen expedientes en que constan estos y otros hechos escandalosos: por 1.000 rs. [reales] se han salvado del fuego de una fábrica varias arrobas de riquísimos pergaminos de las Bibliotecas y Archivos eclesiásticos de Aragón; los códices que sirvieron a Cisneros para la Biblia Complutense se han empleado en hacer petardos y cohetes para una función de fuegos artificiales; un empleado en Bibliotecas rescató de una fábrica de cartones y regaló al Estado buena parte de los papeles de la Inquisición de Valencia; por un reloj de plata y una escopeta se ha canjeado en otro punto un libro, adquirido poco después por el museo Británico en 45.000 rs.; la Biblioteca Nacional ha gastado algunos miles en comprar manuscritos extraídos fraudulentamente de las Bibliotecas de las órdenes militares. Por último, un erudito alemán ha publicado un catálogo en que da minuciosas noticias de las arrobas de códices y documentos españoles adquiridos en el extranjero, cuya exactitud es una vergüenza para todo amante de España.

[...]

Los documentos a que se refiere este decreto no son propiedad de ninguna persona ni corporación: son del pueblo, son de la Nación, son de todos, porque son glorias nacionales o monumentos en que debe estudiarse la historia patria y la verdad de los hechos pasados. El ministro que suscribe no puede menos de censurar, como lo hará seguramente toda persona ilustrada, el criminal egoísmo de las corporaciones religiosas que han ocultado, tapiando una habitación, riquísimos códices, cuyo hallazgo se debe a las incansables investigaciones de la Academia de la Historia.

Por estas razones, en uso de las facultades que me competen como individuo del Gobierno Provisional y Ministro de Fomento:

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El Estado, y en su nombre el Ministro de Fomento, se incautará de todos los Archivos, Bibliotecas, gabinetes y demás colecciones de objetos de ciencia, arte o literatura que con cualquier nombre estén hoy a cargo de las Catedrales, Cabildo, monasterios u órdenes militares.

Art. 2.º Esta riqueza será considerada como nacional, y puesta al servicio público, en cuanto se clasifique, en las Bibliotecas, Archivos y museos nacionales.

Art. 3.º Continuarán en poder del clero las Bibliotecas de los Seminarios.

La emancipación de Latinoamérica estuvo marcada por episodios que destruyeron decenas de bibliotecas y colecciones de libros. En Venezuela, la retirada que causó la derrota de La Puerta hizo caer en manos del ejército español todos los ejemplares que había reunido Simón Bolívar en 1814 para una biblioteca pública. Manuel Pérez Vila, historiador, resumió así las consecuencias: «[...] en marzo de 1817 el comisario del Santo Oficio mandará quemar 691 tomos de obras diversas, que una vez estuvieron a punto de constituir el núcleo de la biblioteca pública de Caracas, en plena guerra a muerte [...]». ⁴²²

En México, la guerra de Independencia significó la destrucción de varias bibliotecas y colecciones de libros. Hoy se sabe que los ejemplares de la *Bibliotheca Americana Septentrional* (3 vols., 1816, 1819 y 1821) fueron eliminados al ser utilizados para hacer cartuchos de pólvora. La ruina general, por lo demás, contribuyó a acentuar el abandono y la pérdida de ejemplares valiosos.

CAPÍTULO TRECE

EN BUSCA DE LA PUREZA

JACOB FRANK

La vida de Yakov ben Judah Leib Frankovich fue la de cualquier fanático: sin sosiego, sin seguridad, inmodesta. De su padre, además de las deudas clásicas y una soberbia histérica, heredó un fervor inusual por el movimiento mesiánico judaico de Sabbatai Tsevi, un místico que afirmaba ser capaz de tener relaciones sexuales con vírgenes «sin desflorarlas», y un erudito que propuso destruir rollos de la Torá para gestar el nacimiento de una nueva era. «Hay que destruir —advertía—. Todo volverá a ser nuevo. Lo prohibido es el bien.» Hizo pisar las *tefilin*, pequeñas cajas de cuero con manuscritos que se coloca, mientras se reza, en la frente y en el brazo. El movimiento tuvo adeptos en distintos rincones de la geografía de Europa y África, desde Yemen hasta Amsterdam, ya fuesen askenazíes o sefardíes. Fue un fenómeno insospechado donde multitudes enteras aguardaron el retorno de los milagros de Cristo y de los antiguos profetas.

Yakov se convenció a sí mismo de que era la reencarnación de Sabbatai Tsevi y de Barujiah Russo, otro mesías, y en 1751, con un viaje a Turquía de por medio, se hizo llamar Jacob Frank. Detestaba, por razones oscuras, ciertas etimologías judaicas y, por doctrina, los libros. En 1755 encontró unos discípulos a los que denominó frankistas y los obligó a quemar obras. En 1756 fue condenado por hereje, pero no esto no lo desanimó. Nada más cruel que un ignorante con carisma.

Hacia 1757, tras vencer a los rabinos en un debate, recorrió casa

por casa y eliminó cientos de ejemplares del Talmud en una plaza pública, lo que le valió a su secta el nombre de Antitalmudista. Con cínica humildad, solía recordar a sus seguidores su carácter de Mesías y el valor oral de su doctrina. «Yo soy la palabra, yo soy el hijo, yo soy», decía. Inventó una trinidad donde había un verdadero Dios, ajeno a todo, un Dios encarnado y una Mujer. Él se consideraba ese Dios encarnado. La especulación sobre la ley lo exaltaba y en sus sueños creía haber descubierto las señales de los nuevos principios de una mezcla de cristianismo y judaísmo.

En cierta época obliga a sus seguidores a usar sandalias fabricadas con rollos de pergamino donde estaban escritos textos de la Torá. Creó una orden con 12 apóstoles y 12 concubinas, todos santos, piadosos e implacables, defensores del sexo más violento. En 1760, fue detenido y encarcelado por las autoridades de Varsovia y después expulsado.

Según la leyenda, murió en Offenbach y pidió, en su lecho de muerte, la destrucción de todos los libros. «Quémenlo todo —suplicó—. Lo verdadero muere conmigo.» Como curiosidad, vale la pena comentar que decía que la cara de Dios había crecido en los rasgos de la suya.

NACHMAN DE BRATSLAV

Nachman de Bratslav nació en Ucrania en 1772. Su madre era hija del fundador del hasidismo moderno, el milagroso Baal Shem Tov. Desde pequeño estaba obsesionado con su tradición y se preparó para ser un *tzadiq*, un justo sobre quien residía el poder de la Ley. Expulsado de su tierra natal, vivió desde el otoño de 1802 hasta la primavera de 1810 en Bratslav. En 1811 murió tuberculoso. Llama la atención que el *hasidismo* supone la falta de un guía que herede el papel del maestro. Nachman fue el único maestro de toda su doctrina. Enterrado en Umán, hoy su tumba es un lugar de peregrinación.

En 1808, Nachman sufrió una crisis terrible. El historiador Marc-Alain Ouaknin, especialista en problemas sobre el origen del lenguaje y sobre el Talmud, ha señalado que Nachman perdió una vez el control y citó como prueba un testimonio directo:

Contó entonces que tenía en su casa un libro que había causado la muerte de su mujer y de su hijo y de su propia situación. No sabía qué hacer [...]. Pensaba que sólo podría seguir viviendo si el libro en cuestión era

quemado. ¡Pero cómo! Quemar el libro extraordinario a que se había entregado totalmente [...]. Es seguro que podré vivir todavía un tiempo, si el libro fuera quemado. A pesar de todo, me hace sufrir mucho quemarlo, porque tú no percibes la santidad de ese libro: y yo, yo he perdido a mi primera mujer y a mis hijos y numerosos sufrimientos me han aquejado a causa de eso. Lloraba, lloraba. Entonces vino el médico [...] habló un poco con el rabino Nachman y se fue. El rabino Nachman seguía llorando y llorando. Le dijo enseguida al rabino Shimon: Si es así, he aquí la llave de mi pequeño armario. Ve rápido, no flaquees, alquila un carruaje hacia Bratslav. Que no detengan la lluvia o la nieve. Cuando llegues allá encontrarás los dos libros. Tómalos y quémalos. Apúrate [...].⁴²³

Lo interesante de Nachman es su obra y su fanatismo contra los libros. A su muerte, su secretario privado, Nataniel Sternhartz, recopiló sus escritos en tres partes: un primer libro con aforismos y cuentos, un segundo libro titulado *Sefer Ha-Nisraf* (Libro quemado) y un tercer libro virtual conocido como *Sefer Ha-Ganuz* (Libro oculto). El segundo fue quemado por órdenes de Nachman y el tercero nunca fue leído por nadie debido a que desapareció (o nunca fue escrito).

Su aforismo más recordado fue éste: «[...] Quemar un libro es aportar luz al mundo [...]».

LOS MANUSCRITOS OSCUROS DE BURTON

Richard Francis Burton, como Empédocles, fue censurado por su propia familia. Borges recordó que la viuda entregó al fuego dos obras: *El jardín fragante de Nafzauí* y la *Recopilación de Epigramas inspirados por Priapo*.⁴²⁴ Este feliz comentario ha sido discutido por todos los biógrafos de Burton.

Edward Rice⁴²⁵ advirtió que este extraordinario explorador, narrador y traductor, eludió la censura victoriana colocando las palabras vulgares en latín: así procedió en *The Kama Sutra* (1883), *The Book of the Thousands Nights and a night* (1883-1888), *Un Manual de Erotología* (1886) y en otros.

Isabel Burton, quien fue, como se sabe, una escritora talentosa, tomó la determinación de quemar los diarios, cartas y papeles privados de su esposo tras recibir órdenes expresas de éste desde la época del consulado en Trieste. Obsesionada, revisó los irreverentes capítulos de *The Secented garden*, una versión nueva de *The perfumed garden*, trabajo erótico de origen arábigo donde se ponderan las facultades sexuales y ofrece remedios para la impotencia y la ninfomanía. En

principio, la viuda recibió una oferta de 3.000 libras por el manuscrito y más tarde una contraoferta por 6.000 libras, lo cual despertó las sospechas de la mujer, cuya curiosidad hacia el escrito creció; tras una lectura ininterrumpida, escogió destruir el ejemplar, a pesar de la gran cantidad de dinero ofrecida. Un amigo de la familia, Grenville Baker, contó a un periodista que *The Scented Garden* era una obra maestra, con cientos de anotaciones superiores a las de *The Perfumed Garden*.

En 1896, Isabel murió, pero su hermana, heredera de la mojigatería y el desdén como símbolos de autoridad y autoestima, continuó la labor piromaníaca y quemó los diarios de Burton de 1862 a 1890. Asimismo quemó numerosas cartas de amor (precisas en sus detalles íntimos, como las escritas por el irlandés James Joyce a su esposa Nora Barnacle).

LIBROS QUEMADOS POR INMORALES

Una superstición de naturaleza ambigua pretendió aniquilar toda la edición de *Memoirs of a Woman of Pleasure* (1749), una novela de John Cleland donde se relatan las experiencias sexuales de Fanny Hill, una prostituta inglesa. La obra fue prohibida el mismo año de su aparición; hacia 1960, los grupos de acción moral quemaron ejemplares en Manchester, Inglaterra y en Japón.

El argumento de ofensa volvió a ser utilizado en 1934 por una Corte de Westminster, en Inglaterra, para eliminar todos los ejemplares existentes en la ciudad de una traducción literal del *Satyricon* de Petronio, libro picaresco e incompleto donde se expuso con crudo realismo la libertad sexual de los banquetes romanos.

Una obra de Louis Lemercier de Neuville (1830-1918), titulada *Le Théâtre érotique de la rue de la Santé suivi de La grande symphonie des punaises* (1864) fue condenada por el Tribunal de Lille, el 6 de mayo de 1868, a ser quemada. Y no pocos ejemplares desaparecieron.

DARWIN Y SU POLÉMICO LIBRO

Acaso uno de los libros más controvertidos, pero también más importantes, sea *Sobre el origen de las especies por los medios de la selección natural* de Charles Darwin. Apareció por primera vez en 1859, en Londres, impreso por John Murray, con 1250 ejemplares para la venta, y

ya en 1860 salió una segunda edición, la cual se agotó casi de inmediato. La idea de este atractivo texto era presentar la teoría de la evolución a través del mecanismo de la selección natural. Asimismo propuso que todos los organismos provienen de un antepasado común.

El escándalo fue enorme, y muy pronto algunos ejemplares fueron quemados. Ediciones posteriores fueron destruidas, vetadas por los colegios, rechazadas por distintas bibliotecas del mundo y particularmente despreciadas, incluso, por cientos de científicos que vieron sus trabajos arruinados ante la novedad que suponía la ingeniosa idea de Darwin.

Ya en sus últimos años, publicó otros libros polémicos: *La variación de los animales y plantas bajo la acción de la domesticación* (1868), *La descendencia humana y la selección sexual* (1871) y *Expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1872). Darwin murió, en Down, el 19 de abril de 1882, y fue enterrado en Westminster.

UN INQUISIDOR EN NUEVA YORK

El 21 de septiembre de 1915 murió Anthony Comstock, a la edad de setenta y un años. Durante 40 largos años fue el inquisidor religioso más temido del mundo y aún hoy su nombre se relaciona con la destrucción del mayor número de libros de la historia de Estados Unidos.

Comstock había nacido el 7 de marzo de 1844 en Nueva Canaán, en Connecticut. Luchó en la guerra civil en el ejército de la Unión, y algo de cuanto vio o no vio determinó sus posteriores acciones. Se instaló en Nueva York, y, en 1872, trabajó en Young Men's Christian Association. Leía la Biblia con un fervor que asustó a todos sus amigos. El Demonio, a su juicio, se había apoderado de muchos escritores y su misión sobre la tierra era poner fin a esa atrocidad. Nada lo detuvo en esa inexplicable cruzada moral.

En 1873 fundó la *Sociedad de Nueva York para la Eliminación del Vicio*, y, como si esto no bastara, impulsó y logró la aprobación de la llamada Ley Comstock en el Congreso, la cual impuso la prohibición de transportar por correo cualquier texto considerado inmoral. De forma gratuita revisó miles de libros y revistas y con una sola hojeada podía encontrar las verdaderas faltas a las buenas costumbres.

Unas 120 toneladas de libros, revistas y folletos, fueron quemadas públicamente. Según se sabe, odiaba la obra de George Bernard Shaw.

CAPÍTULO CATORCE

ALGUNOS ESTUDIOS SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LIBROS

I

La revisión de los catálogos existentes de libros griegos y romanos demuestra cómo en la antigüedad, aunque existió interés por las bibliotecas, la selección de obras y su clasificación, no se elaboró ningún estudio completo sobre la destrucción de libros. El *Léxico de Suda* ha revelado los nombres y títulos de algunos autores dedicados a hacer propuestas sobre colecciones de libros, como Filón de Biblos, quien redactó una lista de textos recomendados en su tratado especializado *Sobre la adquisición y selección de libros*; también hay referencias a Télefo de Pérgamo, gramático, quien hizo lo mismo en los 3 rollos de su texto *Experticia sobre libros*. Esto en lo que respecta a los griegos.

En Roma, el erudito Marcus Terentius Varro (116 - 27 d.C.) escribió *Sobre las bibliotecas*, un tratado que no conservamos hoy, donde describió la organización de una biblioteca y es probable que diese sus razones para resaltar la importancia del libro como hecho cultural. De acuerdo con otros textos del mismo autor, se puede conjeturar que preparó una breve historia de las bibliotecas griegas, pero no existen pruebas. Séneca, quien atribuyó a las tropas de Julio César la quema de cuarenta mil libros, restó importancia a las destrucciones, porque le disgustaban los «demasiados libros».

La razón de esta falta de interés por el tema, se debió a que el libro era un fenómeno emergente entre estos pueblos y sólo se preo-

cuparon por informar o describir casos puntuales de libros destruidos (la crónica, por ejemplo, hecha por el geógrafo Estrabón de Amasia sobre la singular desaparición de numerosos escritos de Aristóteles, los comentarios elaborados por Ateneo de Náucratis sobre algunos libros perdidos o las observaciones de Aulo Gelio).

El enciclopédico Isidoro de Sevilla (560/570-636) aludió a varias bibliotecas destruidas en sus *Etimologías*,⁴²⁶ un libro escrito a petición del obispo de Zaragoza. En el capítulo III comentó: «[...] Esdras, movido por el espíritu de Dios, vueltos los judíos a Jerusalén, reparó la Biblioteca del *Antiguo Testamento*, incendiada por los caldeos, reparó los estragos del fuego, y corrigió todos los libros de la ley y de los profetas [...]».

II

Uno de los primeros volúmenes en plantear la defensa del libro contra su destrucción fue el *Philobiblon* de Richard de Bury (1281-1345), dueño de una de las mayores bibliotecas de su tiempo. Consiste en una serie de reflexiones personales que estaban destinadas a ser la normativa de la biblioteca del Durham College de Oxford. De Bury señaló a las guerras⁴²⁷ como principales fuentes destructivas de libros.

Defendió los libros por ser depósitos de sabiduría, y expresamente invitó a cuidarlos como modo de servir a Dios. De alguna forma, confesa o no, creía que sólo podía destruir libros alguien poseído por el odio a la sabiduría. Esta explicación teológica, no obstante, apareció a la muerte del autor. La primera edición fue póstuma, y apareció en Colonia en 1473, en París en 1500 y en Inglaterra la hizo publicar Thomas James entre 1598 y 1599.

Thomas Browne se interesó por los libros perdidos y también por los imaginarios. En *The Works Of the Learned Sr Thomas Brown* (1686),⁴²⁸ la sección IV, dedicada a textos misceláneos, incluyó el titulado *Musæum clausum, or, Bibliotheca Abscondita*. Es un ensayo corto, curioso, y se reduce a ofrecer la lista de escritos sumamente difíciles de conseguir. Algunos están basados en suposiciones eruditas del propio Browne, lo cual los hace imaginarios, pero otros son reales. Así ocurre con el sexto registro: «Un Sabio Comentario sobre el Periplo de Hanón el Cartaginés, o su Navegación en la Costa Occidental de África, con los varios lugares que recorrió; qué Colonias fundó, qué Naves esparcieron su Flota cerca de la línea Equinoccial, de la

que no se oyó hablar después y qué sintió probablemente en los vientos alisios, y que lo trajeron sobre la Costa de América».

Browne se refirió asimismo a otros textos extraños: «[...] Algunos manuscritos y rarezas traídas desde las bibliotecas de Etiopía, por Zaga Zaba, y después fueron transportados a Roma, y dañadas por los Soldados del Duque de Borbón, cuando sus bárbaros saquearon esa ciudad [...]».

El poeta John Milton, tras una lectura de un texto de Isócrates, escribió su tratado *Aeropagitica*, el primer texto escrito en Occidente en contra de la censura. En uno de los apartados sobre la destrucción de libros manifestó tajantemente: «[...] tanto como matar un hombre es matar un buen libro. Quien mata un hombre mata una criatura razonable, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios [...]».⁴²⁹

III

Fue en el siglo XIX cuando aumentó la bibliografía sobre destrucciones de bibliotecas y libros.

De William Blades, el gran iniciador de la tradición de estudios ingleses sobre este aspecto, se sabe poco. Nació en Clapham, Londres, el 5 de diciembre de 1824. Se crió entre libros y máquinas, en los talleres de la imprenta East & Blades, propiedad de su padre. Enamorado de la tipografía del gran artífice William Caxton, estudió 450 libros preparados por este maestro de la impresión, y de esa rutina sobrevino su primer gran texto, el estudio *Life and typography of William Caxton* (1861). Fue una obra exhaustiva que convirtió a su autor en un bibliómano devoto.

William Blades se abocó a escribir el volumen *Enemies of books* (1881). La relevancia de este raro texto reside, tal vez, en el hecho de que ofreció el primer estudio sistemático dedicado a la destrucción de libros y bibliotecas. Dividió las causas en varios renglones: fuego, agua, gas y calor, polvo, negligencia, ignorancia, maldad, y, además, incluyó a los coleccionistas, a los libreros, a los gusanos de los libros, a los insectos, a los niños y a la servidumbre. Al colocar el fuego entre los principales elementos de destrucción, no se equivocó.

Al parecer, le agradaban las paradojas, como lo prueba que denunciara a John Bagford, fundador de la Sociedad de Anticuarios por practicar la biblioclastia (este oscuro personaje tenía la perversa costumbre de arrancar las tapas de los libros antiguos para coleccionarlas).

narlas y a veces arrojaba la obra a la basura). Blades murió en Sutton, en Surrey, el 27 de abril de 1890.

Cornelius Walford (1827-1885) fue uno de los más eximios precursores en el campo de la preservación de bibliotecas. A solicitud de algunos clientes, redactó un breve ensayo con el título *The Destruction of Libraries by Fire Considered practically and Historically*, que apareció en una edición periódica. Este texto fue completado con un catálogo histórico que lleva el título de *Chronological Sketch of the Destruction of Libraries by Fire in Ancient and Modern Times and of Other Severe Losses of books and Manuscripts by Fire and Water*.

Al año siguiente, en 1880, Walford hizo aparecer un pequeño folleto: *The destruction of libraries by fire considered practically and historically* (Londres, Chiswick Press). En su prefacio, advirtió: «La destrucción de bibliotecas, sean extensas o pequeñas, públicas o privadas, siempre es un acontecimiento que debe ser deplorado; no sólo en el ámbito del valor intrínseco de los objetos consumidos, sino porque, muy a menudo, los tesoros no pueden ser reemplazados únicamente por desembolsos pecuniarios, y frecuentemente de ningún modo. El tema ha venido prominentemente a consideración durante el año en curso por varias circunstancias. La casi total destrucción de la Biblioteca Pública de Birmingham es el más destacado de éstas [...]».

En su folleto, Walford proporcionó una tabla con una lista de los incendios más famosos de bibliotecas en el mundo. Desde Alejandría hasta su tiempo.

Walford fue citado por William Hazlitt y homenajeado por Mark Twain, quien estuvo en una recepción en su honor que se realizó el 12 de octubre de 1874. Su bibliografía, respetable, incluyó numerosos libros sobre ferias, accidentes, una estadística del Canadá, una justificación de las causas sociales de la pobreza, una historia de las hambrunas en el mundo, un índice sobre libros ingleses y una reflexión escéptica sobre las ventajas de la hospitalidad. Ningún diccionario ni bibliografía le ha dedicado un artículo, aunque extrañamente, la revista *Hartford Courant* observó que Walford era un «autor inglés sobre seguros bien conocido».

IV

Etienne Gabriel Peignot (1767-1849), en Francia, fue uno de los primeros en producir fuentes confiables sobre el tema de la destrucción de libros. Acaso su mejor estudio fue *Essai historique sur la liberté*

d'écrire chez les Anciens et au Moyen Age (MDCCCXXXII). Lo que hace extremadamente interesante su obra es que refirió distintas informaciones históricas sobre la destrucción de libros, asociada por él como una tentativa por silenciar la libertad de prensa e imprenta en el mundo.

Asimismo, Peignot dejó otros escritos sobre el tema: *Dictionnaire critique littéraire et bibliographique des principaux livres condamnés au feu, supprimés ou censures* (1806), o *De Pierre Aretin* (París, 1836).

Charles Nodier acotó que era sumamente extraño que nadie hubiera pensado elaborar bibliografías sobre los libros perdidos en el mundo: esta ausencia era tan lamentable como la de un estudio sobre los libros y las bibliotecas imaginarias. Dos de los hombres que lo escucharon, animados por esa sugerencia, dedicaron su vida a esa tarea y abrieron una nueva vía en la tradición de la bibliofilia francesa. El primero fue Gustave Brunet; el segundo, Paul Lacroix.

Pierre Gustave Brunet (conocido como Philomneste Junior), un bibliófilo francés reconocido y prolífico, nacido en 1807 y muerto en 1896, escribió numerosos ensayos extensos o cortos sobre los más diversos temas. Dejó un *Essai sur les bibliothèques imaginaires* (1862) y una monografía sobre el capítulo VII de la segunda parte de la obra *Gargantúa* de François Rabelais: *Catalogue de la bibliothèque de l'abbaye de Saint-Victor au seizième siècle* (1862).

Resulta toda una curiosidad el volumen de *Fantaisies bibliographiques. Un catalogue de livres singuliers que jamais nui bibliophile ne verra* (1864), lo mismo que *Imprimeurs imaginaires et libraires supposés* (1866). Su devoción lo llevó a analizar con detenimiento los evangelios rechazados en el canon católico: *Les Évangiles apocryphes* (1863).

Seguidor de Plinio y Ateneo de Náucratis, coleccionó una serie de obras extrañas en *Curiosités théologiques* (1861). En este escrito, reseñó teologías desconocidas, y algunas versiones sobre ritos demoníacos no muy difundidos.

Editó cientos de folletos de obras curiosas, algunas casi desaparecidas, y fue uno de los primeros en catalogar los libros destruidos. Lo hizo en varios textos, pero sobresalen *Dictionnaire de bibliographie catholique* (París, Migne, 1858), y en *Dictionnaire de Bibliologie catholique* (1860). Preparó un sorprendente escrito titulado *Livres perdus et exemplaires uniques* (1872).

Como Brunet, de quien fue colaborador, Paul Lacroix (1806-1884), no resistió la tentación de imaginar bibliotecas y libros perdidos. Editó numerosos clásicos de la literatura francesa, y siguiendo el uso de la época, forjó el seudónimo de Bibliophile Jacob. Entre otros, preparó un *Catalogue de Curiosités bibliographiques... recueillis par le Bi-*

bibliophile voyageur. Dixième année (1847). Su pasión oscura por los burdeles de París, gestó su minuciosa *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde* (1851).

Paul Lacroix publicó en 1880 su *Essai d'une bibliographie des livres français perdus ou peu connus*. El número de libros incluidos fue de 115. Los primeros 52 los consideraba absolutamente perdidos, refiriéndose a los desaparecidos por destrucción o porque sencillamente no se conocía su paradero. Lacroix, obviamente, no pretendió nunca explicar el porqué de las pérdidas de libros, sino que se abocó a la tarea, no siempre grata, de documentar el problema con miras a despertar fascinación por la condición de ciertos libros. En su catálogo, pueden leerse algunos títulos indudablemente atractivos. El ítem número 11 resalta *Le Debat de deux Gentilshommes espagnols sur le fait d'amour* (París, Jean Longis, 1541, in-8°). El ítem 42 es *Silene insensé, ou l'étrange metamorphose des Amans fideles* (París, 1613, in-8°).

V

La influencia de Nodier, Brunet y Lacroix, sobre Fernand Drujon (1845) es innegable. Drujon, de alguna manera, resumió las ambiciones de todos sus precursores. Su obra, aún no reconocida, es sencillamente magnífica. Uno de sus primeros grandes trabajos sobre la destrucción de libros fue *Catalogue des Ouvrages, Écrits et Dessins de Toute Nature poursuivis, Supprimés ou Condamnés depuis le 21 Octobre 1814 jusqu'au 31 Juillet 1877* (1879). En este catálogo de unas 430 páginas, comentado y profusamente anotado, detalló todos los libros, manuscritos e impresos que fueron eliminados o condenados legalmente en Francia a lo largo de unos 63 años. Lo interesante de este tratado es que primero ofreció un extenso catálogo de todos los escritos y prosiguió con la descripción de los textos censurados. En la página XXIX ofreció una lista de las fotografías (interesantes ejemplos de los inicios de ese arte) obscenas o sediciosas.

Unos años más tarde, Drujon preparó *Essai bibliographique sur la destruction volontaire des livres ou Bibliolytie* (París, 1889). La revisión e incremento de los datos de este libro dio como resultado su mejor trabajo, titulado *Destructarum Editionum Centuria* (1893), cuyo objetivo fue claramente expuesto desde el principio: «[...] yo me propuse describir un cierto número de obras cuyas ediciones han sido destruidas, en su totalidad o en parte, por sucesos funestos, catástrofes tales como incendios, naufragios, revoluciones [...]».

El método de esta obra promovió un índice alfabético acompañado de las observaciones históricas sobre la destrucción del ejemplar. El registro 26, por ejemplo, se refirió a la persecución contra el libro sagrado de los musulmanes, el Corán:

[...] CORAN (El). Uno encuentra la nota siguiente en el «Boletín del Bibliófilo» de 1853 (p. 133).

Una biblioteca muy considerable existió en Trípoli, Siria, donde estaban cientos de copistas que trabajaron sin descanso. Uno encontraba allí, se dice, 50.000 copias del Corán, y 20.000 comentarios sobre este libro venerado de los Musulmanes... Los Cruzados, tras la toma de Trípoli, en 1109, pensaron que era necesario aniquilar masivamente este libro anticristiano, y todos estos manuscritos fueron, sin examen, entregados a las llamas. - Éste no es el único tiempo que el Corán fue destruido en masa; la historia de España proporcionaría muchos ejemplos de destrucción semejantes [...].

El último registro (100) destacó la destrucción de toda una biblioteca:

[...] VIRGA PASTORALIS AD EXACTORIS CONFRACTAM VIGILANS... escrito polémico dirigido contra Jean-Jacques Steinhofer, todos los ejemplares se quemaron en el incendio que destruyó, en 1701, la biblioteca (18.000 libros) de L. Stockflett. (Ver: *Amoenitates variae*, t. 11, p. 397) [...].

Fernand Drujon, silenciosamente, transformó su tradición, aunque no tuvo seguidores en el siglo xx. Quería descubrir un enigma, pero como todo gran descubridor, no lo explicó, sino que describió su sentido mágico en Occidente.

VI

En el siglo xx, debo resaltar dos teorías sobre el porqué de la destrucción de libros. La primera fue de Jacques Bergier, fundador de un género periodístico conocido como «realismo fantástico». Bergier, como se sabe, señaló que existe una conspiración mundial organizada por una sinarquía que repudia los textos que puedan contribuir a «una difusión demasiado rápida y extensa del saber [...]».⁴³⁰

Esta conjetura fue apoyada por toda una generación de lectores, acostumbrados a las cofradías, los cenáculos y los espías de las nove-

las de John Le Carré. Según Bergier, «hace muchísimo tiempo que se practica la destrucción sistemática de libros o documentos sobre descubrimientos peligrosos antes o en el momento mismo de su publicación». ⁴³¹ Desde los libros de Thot hasta el caso de *La doble hélice* de James D. Watson, el ingenioso francés indagó las razones de la persecución de diferentes textos a lo largo de la historia, y forjó una paranoia más o menos intensa entre sus seguidores.

No fue hasta la década de los noventa que el psicoanalista Gérard Haddad, autor de *Manger le Livre* (1984) y *Los biblioclastas* (1993), realizó el primer estudio riguroso sobre el tema. Veía en el libro «la materialización del Padre simbólico freudiano canibalísticamente devorado en la identificación primaria [...]». ⁴³² Con esta premisa —una obra es el padre de un determinado pueblo—, asumió dos posiciones para explicar la destrucción de libros. Si se come un libro, es para recibir su don generativo, su poder de engendrar. Si se quema, por el contrario, es para negar su paternidad, rechazar la función de ser padre: «[...] El auto de fe actúa en forma velada y extrema el odio y el rechazo al Padre [...]». ⁴³³

El odio al libro, señaló Haddad con vigor irresoluto, desemboca a menudo en el racismo, pues el racismo niega el color de otra cultura, entendida como acto de generación de otro pueblo. Por otra parte, Haddad también ha descifrado los movimientos milenaristas al identificarlos «con un culto cuyo sacrificio central sería el holocausto del Libro [...]». ⁴³⁴

En el milenarismo cristiano, según él, hay diversas modalidades de rechazo al libro, y una parece consistir en la voluntad de borrar toda huella de la metáfora del Padre. Otra idea feliz fue su propuesta de que la difamación es un recurso para aniquilar el valor de un texto.

TERCERA PARTE

EL SIGLO XX Y LOS INICIOS
DEL SIGLO XXI

CAPÍTULO UNO

LOS LIBROS DESTRUIDOS DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

I

Hace unos diez o doce años, yo buscaba una obra de Miguel de Unamuno en una librería de viejo de Madrid. La librería, oscura y descuidada, era un local gótico de salas desiguales, con anaqueles metálicos de color azul, paredes de un tono marfil estéril y ventanas con arcos elevados. Recuerdo, o mejor dicho, no olvido cómo el dueño del lugar imponía un silencio opresivo, casi humillante. Era un atardecer caluroso, y con gran dificultad podía leer los lomos con los nombres casi ilegibles de cada autor. El dependiente, entretenido en una quiniela, me ignoró y preferí retirarme a una esquina, evitada generalmente por los clientes. Ante mis ojos se confundían nuevas y antiguas ediciones: la *Didascalía Multiplex* (1615) del Abad de Rute, con notas manuscritas, un manual de mitologías sexuales africanas (con ilustraciones), el *Jardín de flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada...

El libro no apareció, pero en un momento dado tomé en mis manos, por azar, un volumen roto y devorado por los insectos. No tenía portada ni portadilla; el colofón era una mancha. La extensa introducción había sido arrancada. Los agujeros impedían, además, una lectura coherente. A duras penas, reconocí entre los fragmentos un poemario de Federico García Lorca. Leí, fascinado, un texto y, mientras sostenía las páginas, pedazos enteros cayeron al suelo. El libro no tenía índice y faltaban las líneas finales, arrancadas con poco cuida-

do. Había una nota oficial de algún censor: «Libro prohibido. Asturias, El Infierno». Intrigado, corrí a preguntar el precio y el implacable dueño me pidió que me lo llevara, con visible molestia. Ante mi desconcierto, el hombre dijo: «Lléveselo, no sé quién pudo traer hasta aquí el libro de ese comunista».

El tono de sus palabras desató mis temores. No las esperaba. Observar, por añadidura, el volumen destrozado, saberlo ignorado por la administración infalible de la tienda, reconocer en su contenido los poemas prohibidos de un poeta asesinado, me alarmó y huí, visiblemente nervioso y con la garganta seca. Afuera, la lluvia azotaba las calles y cuando por fin encontré un taxi, el volumen roto apareció en uno de los bolsillos de mi abrigo.

Y así comenzó esta investigación, por un error, como todas las cosas que tienen importancia. Armado con ese libro en ruinas como único amuleto, vine a descubrir que además de los cientos de miles de muertos, la Guerra Civil española dejó un desastre cultural oculto durante décadas.⁴³⁵

II

Vale la pena señalar que antes del inicio de la guerra, en el período de la República, ya se destruían libros. Entre el 10 y el 11 de mayo de 1931, fueron quemadas las bibliotecas y los archivos de los conventos; presa de la obsesión anticlerical, un movimiento eliminó catecismos, libros y folletos del catolicismo derechista, al mismo tiempo que cometía actos de vandalismo en iglesias. Decenas de sacerdotes sufrieron ataques personales. Se conoce un *Memorando* leído el 9 de enero de 1937 en la ciudad de Valencia por el dirigente vasco Manuel de Irujo Olo, quien trabajó junto a Largo Caballero y Negrín:

La situación de hecho de la Iglesia, a partir de julio pasado, en todo el territorio leal, excepto el vasco, es la siguiente: a) Todos los altares, imágenes y objetos de culto, salvo muy contadas excepciones, han sido destruidos, los más con vilipendio. b) Todas las iglesias se han cerrado al culto, el cual ha quedado total y absolutamente suspendido. c) Una gran parte de los templos, en Cataluña con carácter de normalidad, se incendiaron. d) Los parques y organismos oficiales recibieron campanas, cálices, custodias, candelabros y otros objetos de culto, los han fundido y aun han aprovechado para la guerra o para fines industriales sus materiales. e) En las iglesias han sido instalados depósitos de todas clases,

mercados, garajes, cuadras, cuarteles, refugios y otros modos de ocupación diversos, llevando a cabo -los organismos oficiales los han ocupado en su edificación- obras de carácter permanente. f) Todos los conventos han sido desalojados y suspendida la vida religiosa en los mismos. Sus edificios, objetos de culto y bienes de todas clases fueron incendiados, saqueados, ocupados y derruidos. g) Sacerdotes y religiosos han sido detenidos, sometidos a prisión y fusilados sin formación de causa por miles, hechos que, si bien amenguados, continúan aún, no tan sólo en la población rural, donde se les ha dado caza y muerte de modo salvaje, sino en las poblaciones. Madrid y Barcelona y las restantes grandes ciudades suman por cientos los presos en sus cárceles sin otra causa conocida que su carácter de sacerdote o religioso. h) Se ha llegado a la prohibición absoluta de retención privada de imágenes y objetos de culto. La policía que practica registros domiciliarios, buceando en el interior de las habitaciones, de vida íntima personal o familiar, destruye con escarnio y violencia imágenes, estampas, libros religiosos y cuanto con el culto se relaciona o lo recuerda [...].

Al saber de estos incidentes, algunos quisieron atribuirlos a grupos anarquistas; pero no pocos historiadores han visto en la destrucción de iglesias, asesinato de sacerdotes y destrucción de textos católicos el origen del malestar popular que desencadenó los conflictos posteriores. Este infausto período contra textos eclesiásticos ocurrió contra la voluntad de intelectuales republicanos como Antonio Rodríguez-Moñino, nacido en 1910 y fallecido en 1970.⁴³⁶ Este bibliófilo había estudiado con los agustinos en El Escorial, estaba afiliado al partido de Azaña, y era vocal de la Junta de Incautación que luchó por impedir la destrucción de algunos bienes culturales, aunque no logró evitar el latrocinio contra las iglesias. No obstante, fue uno de los pocos que se atrevió a defender el Monetario del museo Arqueológico, donde desaparecieron centenares de valiosas monedas de oro. Cuando los combates arreciaron, fue uno de los pocos que se mantuvo firme en la convicción de salvar archivos y libros. Terminada la guerra, fue juzgado, depurado y liberado.

De una forma casi irónica, estos ataques sucedieron en una de las mejores etapas de la cultura española, puesto que, si a ello vamos, estaba en su apogeo toda la generación de poetas del 27, cineastas como Luis Buñuel elaboraban sus primeros grandes trabajos, artistas como Salvador Dalí y muchos otros cambiaban la historia de la pintura del país y pensadores como Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset imprimían una nueva vitalidad al ensayo y la filosofía en lengua castellana.

III

Pero en octubre de 1934, en Asturias, una insurrección popular se convirtió, por diferentes motivos, en una especie de comuna, y su fracaso desató una represión feroz, en la cual cualquier observador imparcial puede descubrir los primeros ejemplos de lo que sería el modo de pensar del general Franco y su entorno represivo. Las fuerzas del orden destruyeron los libros de más de 257 bibliotecas populares en los ateneos: «Después de los sucesos de octubre de 1934, la fuerza pública quema los libros de las bibliotecas de los ateneos. Parecida suerte corrieron las bibliotecas de las casas del pueblo o de sindicatos como el de los Ferrovianos del Norte, que poseía más de cuatro mil volúmenes [...]». ⁴³⁷

La Biblioteca Universitaria de Asturias, cuyo depósito de manuscritos era admirado por otras instituciones de los pueblos vecinos, desapareció entre las llamas el día 13 de octubre de 1934. ⁴³⁸ El rector de la Universidad de Oviedo, Sabino Álvarez Gendín, y un grupo de notables creó una Comisión para la Depuración de Bibliotecas. A su rigor y celo deben su fin cientos de textos completos hasta 1939. ⁴³⁹ Se incautaron todos los libros definidos como pornográficos, revolucionarios o nocivos para la moral pública. Parte de los escritos fue colocada en una sección a la cual se denominó El Infierno, en la Biblioteca Pública de Oviedo, reabierta sólo en 1974.

Al llegar el año 1936, el daño fue inevitable. Los exaltados soldados del general Franco ocuparon en noviembre Alcorcón, Leganés, Getafe y Cuatro Vientos y lograron llegar hasta los alrededores de Madrid. Los combates se centraron contra las defensas del Frente Popular, con una estrategia que incluía el control de zonas como la Casa de Campo, Puente de los Franceses, Ciudad Universitaria y Parque del Oeste. En medio de esa violencia, el Parque Metropolitano, un conjunto de viviendas, fue bombardeado sin piedad. Uno de los hogares destruidos fue Velintonia 3, donde habitaba el poeta Vicente Aleixandre, poeta de la generación del 27 y premio Nobel de Literatura en 1977. Una semana más tarde, el poeta, aquejado por grandes dolores y acompañado por Miguel Hernández, llegó al sitio para tratar de rescatar sus pertenencias. Bajo los escombros estaba toda su biblioteca. Lloró al ver ese espectáculo tan siniestro y se marchó con unos doce ejemplares de poemarios, todos llenos de polvo. La historia completa de este incidente ha sido ofrecida recientemente:

El encuentro entre Vicente y Miguel tuvo también su nota pintoresca y entrañable. Relataba Aleixandre a Gabriele Morelli, algunos años después, que el poeta de Orihuela le visitó, en efecto, aquellos días en que su casa había sido invadida por el frente militar de la guerra. En el traslado forzoso de cuantos enseres y libros se hallaban esparcidos por la vivienda, Hernández colaboró activamente. Éste —cuenta Morelli— había acudido a la operación de la mudanza llegando con una carreta de mano, donde puso los libros con las cosas personales de Aleixandre, llevando al final al poeta en brazos para colocarlo encima de la carreta. Durante el trayecto, el joven Miguel disimulaba el esfuerzo que la carreta requería para superar el difícil y malgastado empedrado de la época, y lo hacía acelerando el paso y acompañándolo con voces como un vendedor ambulante. Aleixandre aún recordaba, después del recorrido, el cuerpo sudado y ardiendo del joven amigo, mientras lo abrazaba para ayudarlo a bajar del carro, depositándolo con cuidado en la acera de la calle [...].⁴⁴⁰

La misma jornada militar redujo a cenizas muchas librerías y bibliotecas. Se perdieron los libros del poeta Manuel Altolaguirre, del pintor Moreno Villa y de Emilio Prados. La guerra convirtió a la Ciudad Universitaria de Madrid en zona de combate, y de hacer caso a algunos relatos contemporáneos, los libros estaban junto a los combatientes, con todos los riesgos que esto suponía: «[...]Frente a Madrid, en las trincheras de las primeras líneas de la República, hemos visto escuelas y bibliotecas a cien metros del frente fascista. Las ametralladoras de los moros tiran por encima de las trincheras, mientras que los jóvenes soldados van a la escuela [...]».⁴⁴¹

Algunos versos de la época reflejan las preocupaciones en torno a la destrucción de libros a manos del fascio. Así, la letra del himno del Batallón Mateotti:

[...] El fascio es vil enemigo
de la paz y la cultura:
suprime libros y escuelas
y es de la ciencia la tumba [...].⁴⁴²

En 1937, la Biblioteca Nacional, en Madrid, fue bombardeada, y sólo por la abnegación de los bibliotecarios se pudieron salvar cientos de libros y manuscritos. Una canción de combate repudiaba semejantes ataques en esos años:

[...] Pasaron las alas negras.
Otro objetivo encontraron:

ésta es la Biblioteca,
donde salen hombres sabios,
y allí dejan caer sus bombas
las alas negras del fascio.
Ya no hay biblioteca.
Las alas negras pasaron.
Está convertida en ruinas;
donde se hacían los sabios,
la casa de hombres ilustres,
el fascismo la ha destrozado[...].⁴⁴³

El archivo histórico de la Universidad Complutense sufrió numerosos ataques, lo cual significó la pérdida de decenas de libros del siglo xv. A duras penas, un grupo de investigadores logró restaurar, en el 2002, un ejemplar de Jiménez de Rada, otro de la Biblia Griega, la Biblia Hebrea y el Sanctorale. En medio del caos que se desató en noviembre de 1936, el dirigente anarquista Juan García Oliver aprovechó para promover la destrucción de los principales registros judiciales de Madrid, lo que ocurrió también en Barcelona y en otras ciudades.

El balance de bibliotecas destruidas no cesa, sin embargo, aquí. Ramón Gaya, un intelectual admirado, que habitaba una residencia próxima a la Ermita del Santo, se quedó sin sus libros por una explosión. La casa de los Baroja, en Mendizábal 34, fue atacada y desaparecieron algunos textos, manuscritos y dibujos. Los libros de Ernesto Giménez Caballero fueron confiscados y con ellos, los archivos de la *Gaceta Literaria* que dirigía. Los libros del poeta Rafael Dieste, tras su huida, desaparecieron para siempre.

IV

Durante la ocupación de Barcelona, las tropas franquistas requisaron la tirada del último número de la revista *Hora de España*. Los ejemplares fueron apilados y quemados, aunque uno resultó salvado y se reimprimió después. Lo sorprendente estaba en su contenido: escritos de Antonio Machado, Octavio Paz y José Bergamín, por citar a tres de los más relevantes. Sobre los hechos de Barcelona, Hugh Thomas ha precisado:

[...] Sin embargo, se salvaron las principales obras de arte, pues la Generalitat movilizó a sus agentes para salvar colecciones de arte y bi-

bliotecas. Aunque se perdieron muchos tesoros de segundo orden, el único acto de vandalismo fue el incendio de los diez mil volúmenes de la biblioteca de la catedral de Cuenca, entre los que se encontraba el célebre Catecismo de Indias. También fueron destruidas las que se consideraban las pinturas más antiguas conocidas de Goya, que estaban en las puertas de madera de una cámara-relicario en la iglesia parroquial de Fuendetodos, su pueblo natal [...].⁴⁴⁴

Además de estos hechos, fue destruido el Ateneu Enciclopèdic Popular el 27 de marzo de 1939 y al menos seis mil volúmenes al ser lanzados por las ventanas. En Barcelona fueron destruidas 72 toneladas de libros, procedentes de librerías, editoriales y bibliotecas públicas (la Can Mainadé de Esplugues de Llobregat, por ejemplo) o particulares, y todo por sus contenidos comunistas.

En el caso de Navarra, la situación fue extremadamente violenta:

[...] Los responsables fascistas en Navarra pusieron especial interés en el expurgo en las escuelas y bibliotecas de «todos los libros, periódicos y folletos antipatrióticos, sectarios, inmorales, heréticos y pornográficos que han determinado un estado de corrupción y miseria en la conciencia de las masas». La quema de libros fue un ritual frecuente tras el asalto a sedes y domicilios. Al abogado Astiz le quemaron toda la colección de Espasa. Piadosísimos folletos de carácter meramente vasquista fueron asimismo pasto de las llamas. En su primer ejemplar, *Arriba España* lo dejaba claro: «¡Camarada! Tienes obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo. Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas, sus propagandas. ¡Camarada! ¡Por Dios y por la patria!». Sin embargo, ante la proliferación de las hogueras, solicitan posteriormente medida, calma, y tacto exquisito en el tema, estableciendo la previa y rígida censura de los libros, expurgando las bibliotecas públicas, pero debiendo dejar en paz las privadas. Era ya noviembre de 1936. Arrasadas las bibliotecas de las izquierdas, se trataba de salvaguardar el resto [...].⁴⁴⁵

El 2 de septiembre de 1937, el ministerio de Instrucción Pública, entonces a cargo de Jesús Hernández, comunista, ordenó recopilar los archivos de Madrid para ser usados en las fábricas de papel. Posteriormente, un informe presentó los escandalosos resultados:

[...] Ya es sabido que los numerosísimos fondos que constituían este Archivo fueron, casi en su totalidad, quemados en el mes de diciembre pasado, al necesitarse para servicios de guerra los sótanos en que estaban custodiados. De esta quema se salvaron solamente los legajos co-

rrespondientes a cinco de sus salas y algunos legajos (unos 3.000 aproximadamente) que fueron depositados en el Patio Árabe del museo Arqueológico Nacional [...].

V

Los archivos de toda España fueron gravemente perjudicados y el patrimonio documental del país vio disminuida esta parte indisociable de su pasado cultural.⁴⁴⁶ Es un hecho innegable que la guerra sirvió para fomentar casos de destrucción de archivos (simplemente por los desastres de la guerra, pero no menos por una decisión expresa de quien ejerciera el poder), casos de desaparición, casos de exilio, casos de incautación o confiscación. Y nos referimos a una tipología de archivos muy amplia: archivos nacionales, archivos parroquiales y de otras instituciones eclesiásticas (catedralicios, diocesanos y de congregaciones religiosas), archivos notariales, Registro Civil, Catastro (registro de la propiedad), archivos de sindicatos, archivos de partidos políticos y archivos municipales. Al menos, se conoce que los archivos de Orzales y Renedo se quemaron totalmente. En Sitges la documentación municipal, en su mayor parte, fue quemada al igual que los registros parroquiales. En Valencia, en la fábrica de Layana, «se llegaron a recoger 3.525 kilos de papel del archivo de Segorbe y mil pergaminos. Esta fábrica de papel ingresó fondos archivísticos de diversas procedencias para ser convertidos en pasta de papel, principalmente de la catedral de Segorbe y de otras iglesias». ⁴⁴⁷ De los archivos del ministerio de Instrucción Pública fueron eliminadas unas veintiocho toneladas de papel con documentos de los años 1842 y 1914, y, como si esto no fuera ya atroz, se revisaron los sótanos, donde se encontraron gran cantidad de libros (unos 20.000 kilos) que por ser considerados fascistas se destruyeron.

Fue tal el grado de censura y de destrucción que hoy en día los gobiernos de Cataluña y el País Vasco reclaman al Gobierno central la devolución de los documentos originales confiscados por las tropas de Franco. La Comissió de la Dignitat, constituida por representantes de diversos sectores animados por el deseo del rescate de los archivos, en el 2002, señaló que después de 60 años el Archivo General de la Guerra Civil, con sede en la ciudad castellano-leonesa de Salamanca, no ha prestado atención a su solicitud de devolución y tal escándalo aún no está resuelto, lo que demuestra el delicado problema que quedó pendiente a causa de la guerra civil. Y en 2003 se supo

que sólo un 10 por ciento de los documentos requisados por las tropas franquistas en Cataluña permanece en el Archivo General de Salamanca. De aproximadamente 160 toneladas de documentos, sólo 16 están en los archivos porque el resto sirvió para fabricar pasta de papel.

VI

Como sucede en todas las guerras civiles, la de España fue acompañada por una serie de medidas que atentaron directamente contra la libertad de expresión. El 4 de septiembre de 1936, las objeciones fueron en estos términos:

La gestión del Ministerio de Instrucción Pública, y especialmente de la Dirección General de Primera Enseñanza, en estos últimos años, no ha podido ser más perturbadora para la infancia. Cubriéndola con un falso amor a la cultura, ha apoyado la publicación de obras de carácter marxista o comunista, con las que ha organizado bibliotecas ambulantes y de las que ha inundado las Escuelas, a costa del Tesoro Público, constituyendo una labor funesta para la educación de la niñez.

Es un caso de Salud Pública hacer desaparecer todas esas publicaciones, y para que no queden ni vestigios de las mismas, la Junta de Defensa Nacional ha acordado:

Primero. Por los gobernadores civiles, Alcaldes y Delegados gubernativos se procederá, urgente y rigurosamente, a la incautación y destrucción de cuantas obras de matiz socialista o comunista se hallen en bibliotecas ambulantes y escuelas.

Segundo. Los inspectores de enseñanza adscritos a los Rectorados autorizarán, bajo su responsabilidad, el uso en las escuelas únicamente de obras cuyo contenido responda a los santos principios de la religión y de la moral cristiana, y que exalten con sus ejemplos el patriotismo de la niñez.

El 23 de diciembre de 1936 la Junta Técnica del Estado promulgó un decreto contra la producción y comercio de literatura pornográfica. Entre otros, uno de los artículos precisaba:

Se declaran ilícitos la producción, el comercio y la circulación de libros, periódicos, folletos y de toda clase de impresos y de grabados pornográficos de literatura socialista, comunista, libertaria, y, en general, disolvente [...].

El 22 de mayo de 1937, la Delegación del Estado para la Prensa y Propaganda encomendó a una sola oficina la censura de libros, folletos y demás impresos. En el artículo 8 se precisó una petición que no debería sorprender al lector:

Los funcionarios afectos a los servicios de censura y propaganda estarán exentos de cualquier otro cometido y deberán reunir, a ser posible, la circunstancia de funcionario de la provincia o Municipio del Lugar en donde se desempeñen tales cometidos, y el estar en posesión de un título académico [...].

Una orden del 16 de septiembre de 1937, emanada de la Presidencia de la Junta Técnica del Estado, promulgó una política de depuración de bibliotecas y centros culturales, apoyando la orden del 23 de diciembre de 1936. El propósito central consistía en retirar exclusivamente «toda publicación, que sin valor artístico o arqueológico reconocido, sirva por su lectura para propagar ideas que puedan resultar nocivas a la sociedad».

El 22 de junio de 1938, el Ministerio de Interior ratificó un decreto del 29 de abril donde se limitaba la distribución de obras extranjeras. Además, formalizó la confiscación de textos de carácter político y social. Algunos de los libros fueron almacenados en depósitos, pero otros, por falta de espacio, se perdieron o fueron utilizados con fines mezquinos. El 17 de agosto de 1938, un decreto impuso las normas para la depuración e instalación de secciones de uso restringido en las bibliotecas españolas.

El marco jurídico, como puede verse, fue devastador.⁴⁴⁸ Ya en el poder, el general Francisco Franco, responsable directo o indirecto del fusilamiento del poeta Federico García Lorca y del encarcelamiento del poeta Miguel Hernández (muerto de tuberculosis en prisión), extremó los mecanismos de censura:

[...] A medida que las poblaciones iban siendo «liberadas» los libros habían de expurgar también sus existencias. En Madrid, el 1 de abril de 1939, el Servicio Nacional de Propaganda cursa un Aviso a todos los libreros en el que les indica que la reapertura de sus librerías sólo podrán hacerla aquellos «que se hayan presentado en este Departamento (Serrano, 71) para recibir instrucciones respecto a la depuración de sus existencias, presentación que es de carácter obligatorio, sancionándose debidamente su incumplimiento» [...].⁴⁴⁹

En cualquier caso, finalizo este capítulo con una anécdota ilustrativa. Sucede que después de haber sobrevivido a la censura y a la guerra, al olvido, a la falta de presupuestos y a la negligencia, la travesura de un niño que jugaba con cerillas el día 11 de agosto de 1939, redujo a cenizas 2.460 metros de estanterías del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, llamado en su tiempo Archivo General Central de España. La destrucción —no intencionada— de este archivo provocó una enorme laguna en la historiografía española, que perdió la documentación del Estado de gran parte del siglo XIX en este lamentable suceso: nada menos que la documentación de los ministerios de Hacienda; Fomento; Gobernación; Guerra y la Sección Tercera del Tribunal de Cuentas y una biblioteca con 8.000 volúmenes de Historia del Derecho.

CAPÍTULO DOS

EL BIBLIOCAUSTO NAZI

I

El Holocausto fue el nombre que se dio a la aniquilación sistemática de millones de judíos a manos de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Pero este acontecimiento fue precedido por el Bibliocausto,⁴⁵⁰ en que millones de libros fueron destruidos por el mismo régimen. Entender cómo se gestó este horror puede permitirnos comprender cuánta razón tenía Heinrich Heine cuando escribió proféticamente en su obra *Almanzor* (1821): «[...] Allí donde queman libros, acaban quemando hombres [...]». La destrucción de libros de 1933 fue apenas el prólogo de la matanza que siguió. Las hogueras de libros inspiraron los hornos crematorios.

La barbarie comenzó el 30 de enero de 1933, cuando el presidente de la República de Weimar, Paul von Hindenburg, designó a Hitler como canciller, un antiguo cabo del ejército, pintor frustrado, gestor del fracasado golpe de Estado de 1923, quien no desaprovechó el tiempo y concibió una estrategia de intimidación contra los judíos, los sindicatos y el resto de los partidos políticos.

El 4 de febrero, la Ley para la Protección del Pueblo Alemán restringió la libertad de prensa y definió los esquemas de confiscación de cualquier material considerado peligroso. Al día siguiente, las sedes de los partidos comunistas fueron atacadas salvajemente y sus bibliotecas destruidas. El 27, el Parlamento Alemán, el famoso Reichstag, fue incendiado, junto con todos sus archivos. El 28, la reforma de la Ley para la Protección del Pueblo Alemán y el Estado legitimó me-

didadas excepcionales en todo el país. La libertad de reunión, la libertad de prensa y la de opinión, quedaron restringidas. En unas elecciones controladas, el Partido Nazi obtuvo la mayoría del nuevo Parlamento y nació el Tercer Reich.

Alemania estaba transformando sus instituciones después de la terrible derrota sufrida en la Primera Guerra Mundial. Hitler, que no era alemán, fue considerado como el estadista idóneo para rescatar la autoestima colectiva, y sus purgas contra la oposición lo convirtieron en un líder temido. Su eficacia estaba sustentada en varios hombres. Uno de ellos era Hermann Göring; el otro era Joseph Goebbels. Ambos eran unos fanáticos, pero el segundo convenció a Hitler de la necesidad de extremar las medidas que ya venían ejecutando, y logró su designación al frente de un nuevo órgano del Estado, el *Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda* (Ministerio del Reich para la Ilustración del Pueblo y para la Propaganda).

Hitler le dio carta blanca a Goebbels. Tenía una fe absoluta en su amigo. Goebbels no había ingresado en el ejército a causa de su cojera, y se había doctorado como filólogo en 1922 en Heidelberg, donde Hegel fue profesor. Era un lector apasionado de los clásicos griegos y, en cuanto a pensamiento político, prefería el estudio de los textos marxistas y todo escrito contra la burguesía. Admiraba a Friedrich Nietzsche, recitaba poemas de memoria y escribía textos dramáticos. Cuando se unió a Hitler, reconoció su verdadera vocación, como dijo en numerosas ocasiones, y ya como ministro, en 1933 redactó la Ley Relativa al Gobierno del Estado, sancionada el 7 de abril de ese año. Ahora tenía un control absoluto sobre la educación y fomentó un cambio en las escuelas y universidades.

El 8 de abril envió un memorando a las organizaciones estudiantiles nazis, en el cual proponía la destrucción de aquellas obras consideradas peligrosas. De todos modos, ya el mes anterior, exactamente el día 26 de marzo, se habían quemado libros en Schillerplatz, en un lugar llamado Kaiserslautern. El primero de abril, Wuppertal sufrió saqueos y quemas de libros en Brausenwerth y en Rathausvorplatz.

Una especie de fervor inusitado, limitado únicamente por la presión internacional europea, se apoderó de los estudiantes e intelectuales. El 11 de abril, en Düsseldorf, se destruyeron libros. Algunos de los más importantes filósofos se adhirieron a las ideas de Goebbels, como sucedió con Heidegger.⁴⁵¹ En abril, Heidegger fue designado Rector de la Universidad de Friburgo y el 1 de mayo se hizo miembro del NSDAP.⁴⁵²

II

El 2 de mayo se destruyeron textos en la Gewerkschaftshaus de Leipzig. Pero el 5 de mayo empezó todo. Los estudiantes de la Universidad de Colonia fueron a la biblioteca y recogieron todos los libros de autores judíos. Horas más tarde, los quemaron. Estaba bastante claro que ésa era la vía elegida para mandar un mensaje al mundo entero.

El día 6, del mismo mes, las juventudes del Partido Nazi y miembros de otras organizaciones, sacaron media tonelada de libros y folletos del Instituto de Investigación Sexual de Berlín. Goebbels organizaba reuniones todas las noches porque había decidido iniciar un gran acto de desagravio a la cultura alemana. Como fecha tentativa, propuso el 10 de mayo. El 8 de mayo hubo algunos desórdenes en Friburgo, y destrucciones de libros en las que participó Heidegger.

El 9 de mayo, Goebbels, en Kaiserhof, se dirigió al gremio de los actores y les advirtió: «Protesto contra el concepto que hace del artista el único en ser apolítico... El artista no puede mantener atrás, porque debe tomar la bandera y marchar a la cabeza». Rodeado por los más talentosos intérpretes del teatro de Goethe y Schiller, no perdió tiempo y se atrevió a hacer una invitación a eliminar los rasgos judíos de la cultura alemana.

El 10 de mayo fue un día agitado. Miembros de la Asociación de Estudiantes Alemanes se agolparon en la biblioteca de la Universidad Wilhelm von Humboldt y comenzaron a recoger todos los libros prohibidos. Había una euforia inesperada, contagiosa. Los libros, junto con los que se habían obtenido en centros como el Instituto de Investigaciones Sexuales o en las bibliotecas de judíos capturados, fueron transportados a Opernplatz. En total, el número de obras sobrepasaba los 25.000. Pronto se concentró una multitud alrededor de los estudiantes. Éstos empezaron a cantar un himno que causó gran impresión entre los espectadores. La primera consigna fue fulminante:

Contra la clase materialista y utilitaria. Por una comunidad de Pueblo y una forma ideal de vida. Marx, Kautsky.⁴⁵³

La hoguera ya estaba encendida. Joseph Goebbels levantó la voz y después de saludar con un estruendoso *Heil!*, explicó los motivos de la quema:

La época extremista del intelectualismo judío ha llegado a su fin y la revolución de Alemania ha abierto las puertas nuevamente para un modo de vida que permita llegar a la verdadera esencia del ser alemán. Esta revolución no comienza desde arriba, sino desde abajo, y va en ascenso. Y es, por esa razón, en el mejor sentido de la palabra, la expresión genuina de la voluntad del Pueblo [...].

Durante los pasados catorce años Uds., estudiantes, sufrieron en silencio vergonzoso la humillación de la República de Noviembre, y sus bibliotecas fueron inundadas con la basura y la corrupción del asfalto literario de los judíos. Mientras las ciencias de la cultura estaban aisladas de la vida real, la juventud alemana ha reestablecido ahora nuevas condiciones en nuestro sistema legal y ha devuelto la normalidad a nuestra vida [...].

Las revoluciones que son genuinas no se paran en nada. Ninguna área debe permanecer intocable [...].

Por tanto, ustedes están haciendo lo correcto cuando ustedes, a esta hora de medianoche, entregan a las llamas el espíritu diabólico del pasado [...].

El anterior pasado perece en las llamas; los nuevos tiempos renacen de esas llamas que se queman en nuestros corazones [...].⁴⁵⁴

Los cantos prosiguieron y al final de cada estrofa se arrojaban a la hoguera los libros de los autores mencionados:

Contra la decadencia misma y la decadencia moral. Por la disciplina, por la decencia en la familia y en la propiedad.

Heinrich Mann, Ernst Glaeser, E. Kaestner

Contra el pensamiento sin principios y la política desleal. Por la dedicación al Pueblo y al Estado.

F. W. Foerster.

Contra el desmenuzamiento del alma y el exceso de énfasis en los instintos sexuales. Por la nobleza del alma humana.

Escuela de Freud.

Contra la distorsión de nuestra historia y la disminución de las grandes figuras históricas. Por el respeto a nuestro pasado.

Emil Ludwig, Werner Hegemann

Contra los periodistas judíos demócratas, enemigos del Pueblo. Por una cooperación responsable para reconstruir la nación.

Theodor Wolff, Georg Bernhard

Contra la deslealtad literaria perpetrada contra los soldados de la Guerra Mundial. Por la educación de la nación en el espíritu del poder militar.

E. M. Remarque

Contra la arrogancia que arruina el idioma alemán. Por la conservación de la más preciosa pertenencia del Pueblo.

Alfred Kerr

Contra la impudicia y la presunción. Por el respeto y la reverencia debida a la eterna mentalidad alemana.

Tucholsky, Ossietzky.⁴⁵⁵

La operación, cuyas características se habían mantenido secretas hasta ese instante, se reveló pronto en su verdadera dimensión porque el mismo 10 de mayo se quemaron libros en numerosas ciudades alemanas: Bonn, Braunschweig, Bremen, Breslau, Dortmund, Dresden, Frankfurt/Main, Göttingen, Greifswald, Hannover, Hannoversch-Münden, Kiel, Königsberg, Marburg, München, Münster, Nürnberg, Rostock y Worms. Finalmente hay que mencionar Würzburg, en cuya Residenzplatz se incineraron cientos de escritos.

La noche de la quema, Hitler cenaba con algunos amigos, y cuando supo que ardían los volúmenes, se limitó a observar a su confidente, y estremecido por lo que sería el alcance de este acto, hizo un extraño comentario sobre Goebbels: «Cree en lo que hace».

Y Goebbels insistió en continuar con estas quemas de libros prohibidos. No hubo un rincón en el que los estudiantes y los miembros de las juventudes hitlerianas no destruyeran obras. El 12 de mayo, se eliminaron libros en Erlangen Schlossplatz, en la Universitätsplatz de Halle-Wittenberg. Al parecer, el 15 de mayo, algunos miembros apiaron textos en Kaiser-Friedrich-Ufer, en Hamburgo, y a las once de la noche, después de un discurso ante una escasa multitud, los quemaron. La apatía preocupó a los integrantes de los incipientes servicios de inteligencia del partido y se decidió repetir el acto. El 17 de

ese mismo mes, la Universitätsplatz de Heidelberg se conmovió cuando los niños participaron en estas acciones. También el 17 se volvió a utilizar la Jubiläumsplatz, en Heidelberg, para las quemaduras. Hubo otras destrucciones adicionales el 17 de mayo: en la Universidad de Colonia, en la ciudad de Karlsruhe.

Hitler llegó a emocionarse. Y Goebbels, seguro de los efectos de este éxito, pidió a los jóvenes que no se detuvieran. El día 19 se mantuvo el horror en el museo Fridericanum, en Kassel, y en la Messplatz, de Mannheim. El 21 de junio se quemaron libros en tres regiones. Por una parte estaba Darmstadt, en cuya Mercksplatz se llevaron a cabo los hechos; por otra, Essen y la mítica ciudad de Weimar. Varios años más tarde, específicamente el 30 de abril de 1938, la Residenzplatz, de la famosa Salzburgo, fue utilizada por estudiantes y militares para una destrucción masiva de ejemplares condenados.

III

El impacto producido por las quemaduras de mayo de 1933 fue enorme. Sigmund Freud dijo a un periodista que semejante hoguera era un avance en la historia humana: «En la Edad Media ellos me habrían quemado. Ahora se contentan con quemar mis libros [...]».

Varios grupos intelectuales manifestaron en Nueva York contra estas medidas.⁴⁵⁶ La revista *Newsweek* no vaciló en hablar de un «holocausto de libros»⁴⁵⁷ y la revista *Time* utilizó el término «bibliocausto.»⁴⁵⁸

El poeta Bertolt Brecht repudió la quema en su poema *Die Bücherverbrennung*, escrito poco después de enterarse de que sus textos habían sido destruidos:

Cuando el régimen ordenó, a los libros con sabiduría peligrosa
Quemar en público, carretas con libros a las hogueras,
Y todos los bueyes fueron forzados a hacerlo, pero
Uno de los poetas perseguidos al revisar, con gran estudio,
la lista de los quemados, se quedó estupefacto, pues su libro
había sido olvidado. Fue volando en las alas de la ira
a su escritorio, y escribió una carta a las autoridades.
¡Quémenme!, escribió con gran pesar, ¡Quémenme!
¡No me hagan esto a mí! ¿No he dicho
Siempre la verdad en mis libros?
¡Y ahora me tratan Uds. como si fuera un mentiroso!
Yo les ordeno: ¡Quémenme!⁴⁵⁹

Según W. Jütte,⁴⁶⁰ se destruyeron las obras de más de 5.500 autores. Los principales textos de los más destacados representantes de inicios del siglo xx alemán recibieron vetos continuos y ardieron sin piedad. La Comisión para la reconstrucción cultural judeo-europea estableció que en 1933 había 469 colecciones de libros judíos, con más de 3.307.000 volúmenes⁴⁶¹ distribuidas de modo irregular. En Polonia, por ejemplo, había 251 bibliotecas con 1.650.000 libros; en Alemania, 55 bibliotecas con 422.000 libros; en la Unión Soviética, 7 bibliotecas con 332.000 libros; en Holanda, 17 bibliotecas con 74.000 libros; en Rumania había 25 bibliotecas con 69.000 libros; en Lituania había 19 bibliotecas con 67.000 libros; y en Checoslovaquia había 8 bibliotecas con 58.000 libros. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, no quedaba ni la cuarta parte de estos textos.

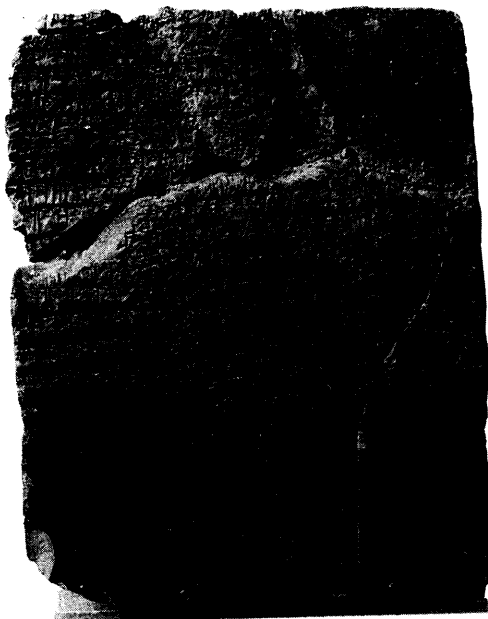
Los libros judíos fueron considerados como «enemigos del pueblo» y estaban prohibidos. Entre 1941 y 1943, los dueños de las colecciones eran deportados y sus bibliotecas confiscadas. Un informe confidencial de Ernst Grumach ha revelado que la Gestapo convirtió en pasta de papel cientos de obras para poder sacar folletos y revistas propagandísticas.⁴⁶² Las colecciones judaicas de Polonia y Viena se quemaron en un incendio en las oficinas de la Reichssicherheits-hauptamt (Oficina Central de Seguridad del Reich), ocurrido entre el 22 y 23 de noviembre de 1943.

La obra de Siegfried Kracauer, por ejemplo, especialmente una que llevaba por título *Die Angestellten. Aus dem neuesten Deutschland* (Frankfurt, Societätsdruckerei, 1930), fue quemada por los nazis debido a sus análisis sociológicos, que contradecían las estadísticas del partido.

IV

En Polonia, los Brenn-Kommandos acabaron con las sinagogas judías y prendieron fuego a la gran biblioteca talmúdica del Seminario Teológico Judío de Lublín. Un informe nazi señalaba que era «motivo de especial orgullo destruir la Academia Talmúdica, conocida como una de las más grandes de Polonia [...]». Nosotros sacamos la notable biblioteca talmúdica fuera del edificio y colocamos los libros en el mercado, donde les prendimos fuego. El fuego demoró veinte horas [...].⁴⁶³

Desde 1939 no hubo semana en la cual no se produjese un ataque contra una biblioteca o museo polaco. La biblioteca Raczyński, la biblioteca de la Sociedad Científica y la biblioteca de la catedral (dotada con una renombrada colección de incunables), sufrieron quemas



Tablilla sumeria rota
(3200 a.C.)



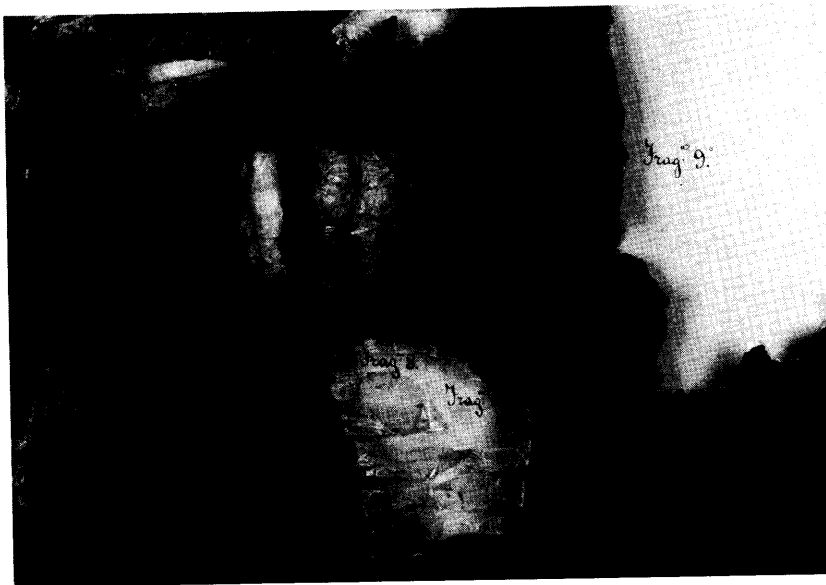
Tablilla sumeria.



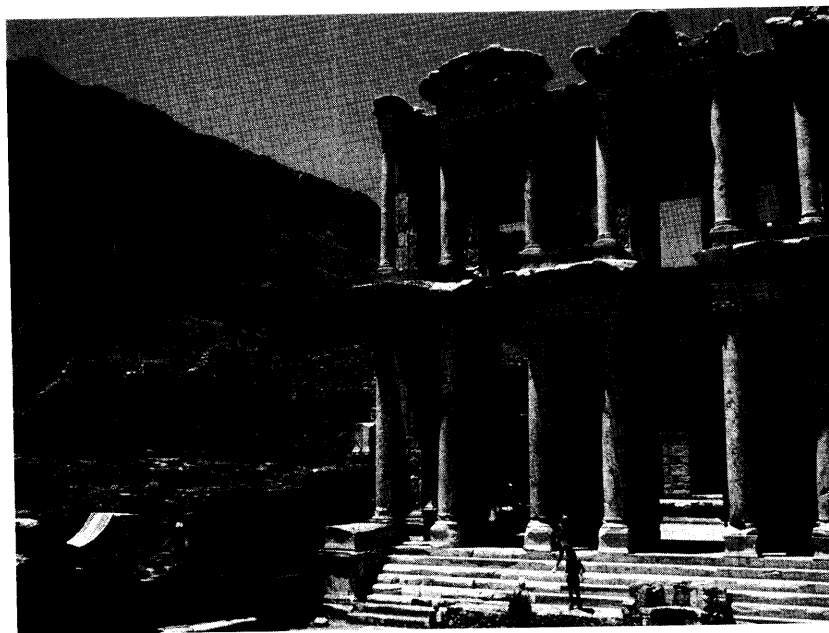
Papiro Dérvin (siglo IV a.C.).



Templo Ramesseum.



Papiro quemado hallado en Herculano.



Ruinas de la biblioteca de Celso (Éfeso).



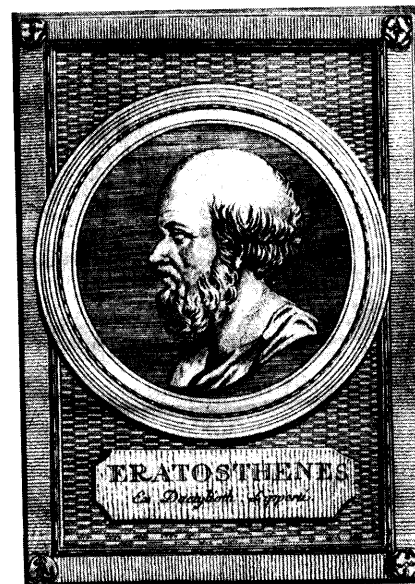
Papiro con fragmentos de una obra de Esquilo.



Ruinas de la biblioteca de Timgad.



Códice maya salvado
de la Inquisición.

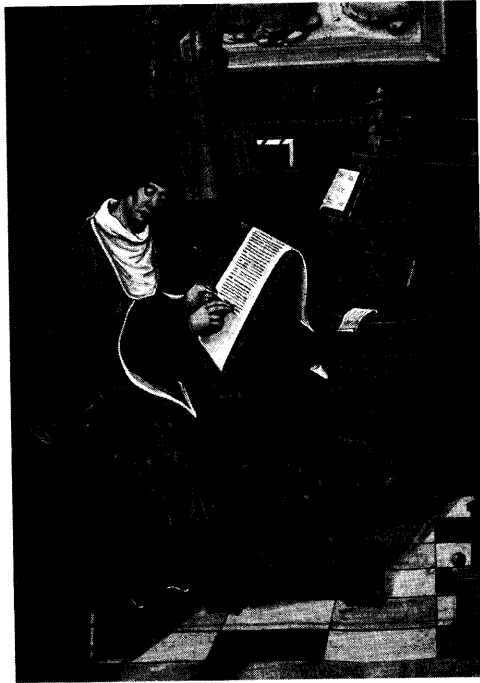


Eratóstenes, uno de los directores de la biblioteca de Alejandría.

El emperador Shi Huandi.



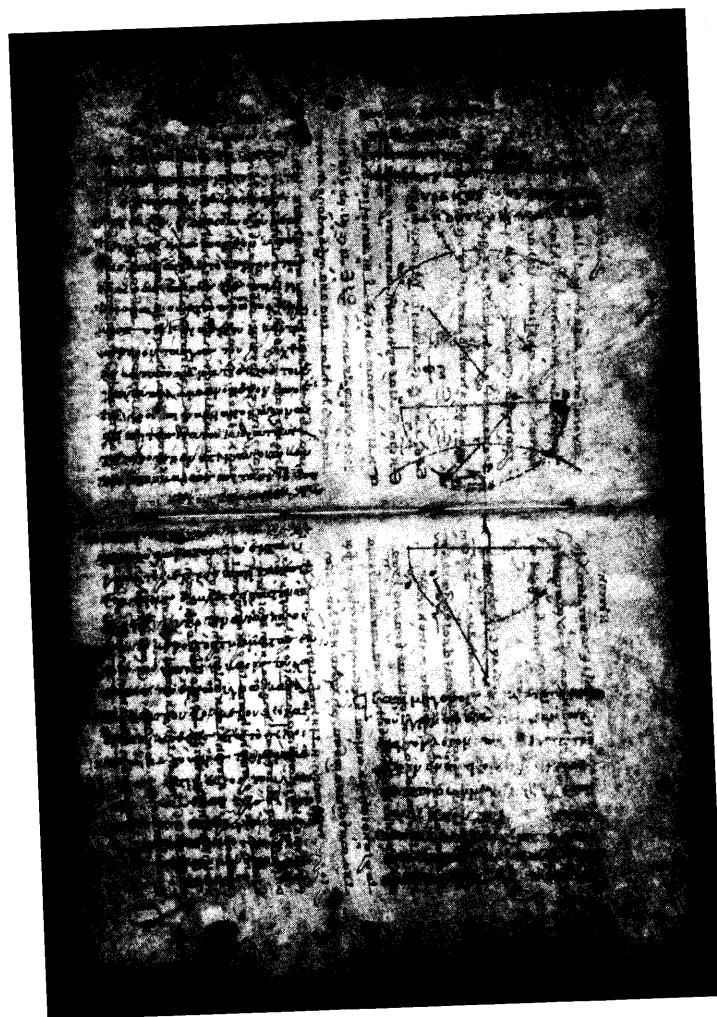
Quema de libros ordenada por Shi Huandi.



La labor de los copistas
en el *scriptorium* no pudo
contra la destrucción
de libros en las guerras.

El Escorial, cuya biblioteca fue destruida en un incendio en 1671.



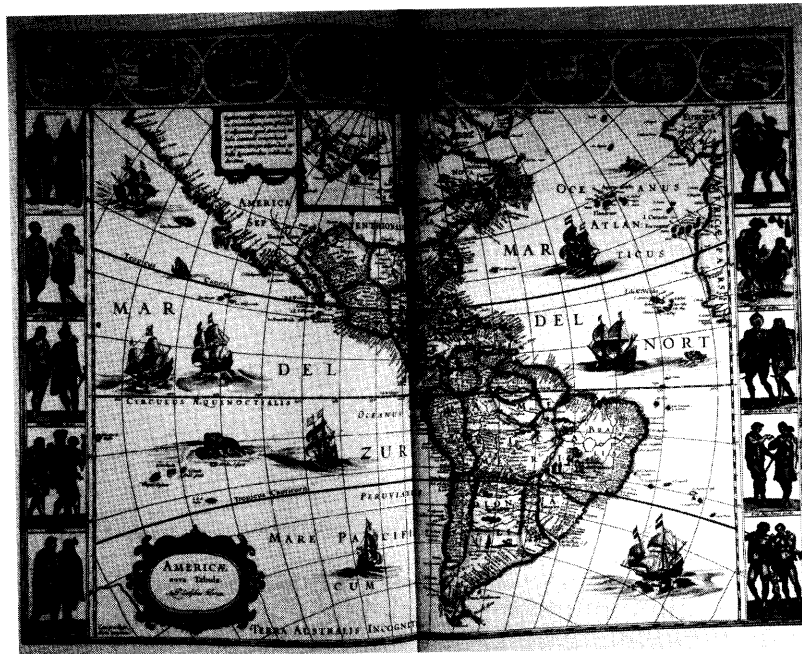


Palimpsesto con obra de Arquímedes.



Guttenberg destruyó parte de su obra por su afán de perfección.

Un ejemplar salvado del Atlas Major de Joan Blaeu.



SPHAERA IO-

ANNIS DE SACRO BOSCO, TYPIS
auctior, quàm antehac, atq; ex diligēti manuscri-
ptorum impressorumque codicum collatione casti-
gator, cum annotationibus, quæ locis aliquot ob-
scuris magnam lucem afferunt.

~~Adiunxit etiam, ut in his sphae-~~
~~ris, quæ antehac, tum a Gulielmo, tum a~~
~~Gulielmo, tum a Gulielmo, tum a Gulielmo,~~

~~Adiunxit etiam, ut in his sphae-~~

~~ris, quæ antehac, tum a Gulielmo, tum a~~

~~Adiunxit etiam, ut in his sphae-~~

~~ris, quæ antehac, tum a Gulielmo, tum a~~

~~Adiunxit etiam, ut in his sphae-~~

~~ris, quæ antehac, tum a Gulielmo, tum a~~

Ludovicus de Ferraris

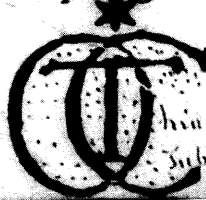


PARISIIS,

Apud Gulielmum Canelat, in pingui gallina, ex
adverso collegij Cameracensis.

1550.

Cum privilegio Regis.

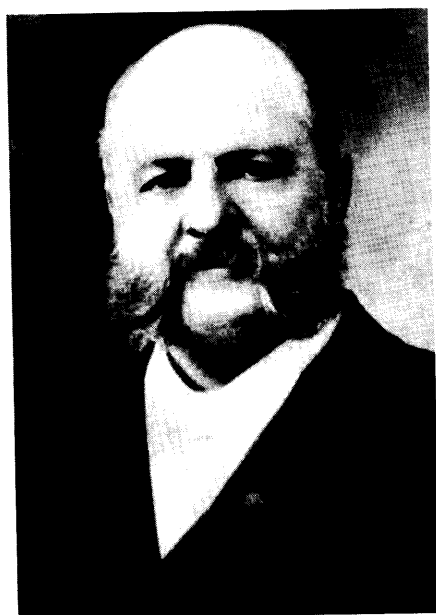


Citra... hinc...
Sub. mo. e.

Portada censurada por la Inquisición.



Jóvenes nazis queman libros en Salzburgo (Austria), en abril de 1938.
(© Associated Press, AP)

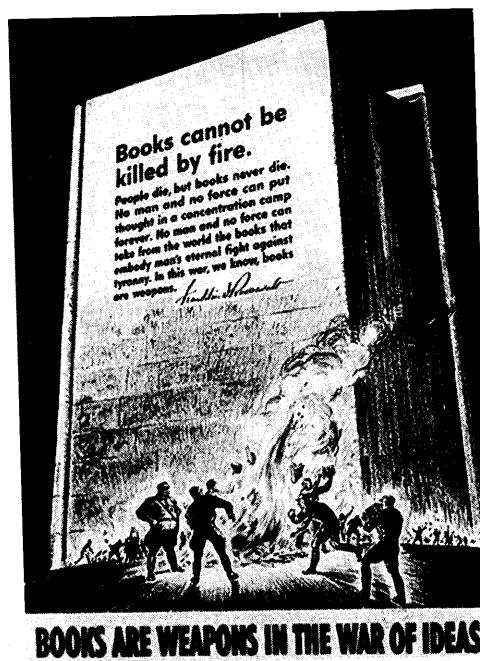


Anthony Comstock fue el
mayor censor de la historia
de Estados Unidos.



Cartel propagandístico contra la quema de libros en 1933.

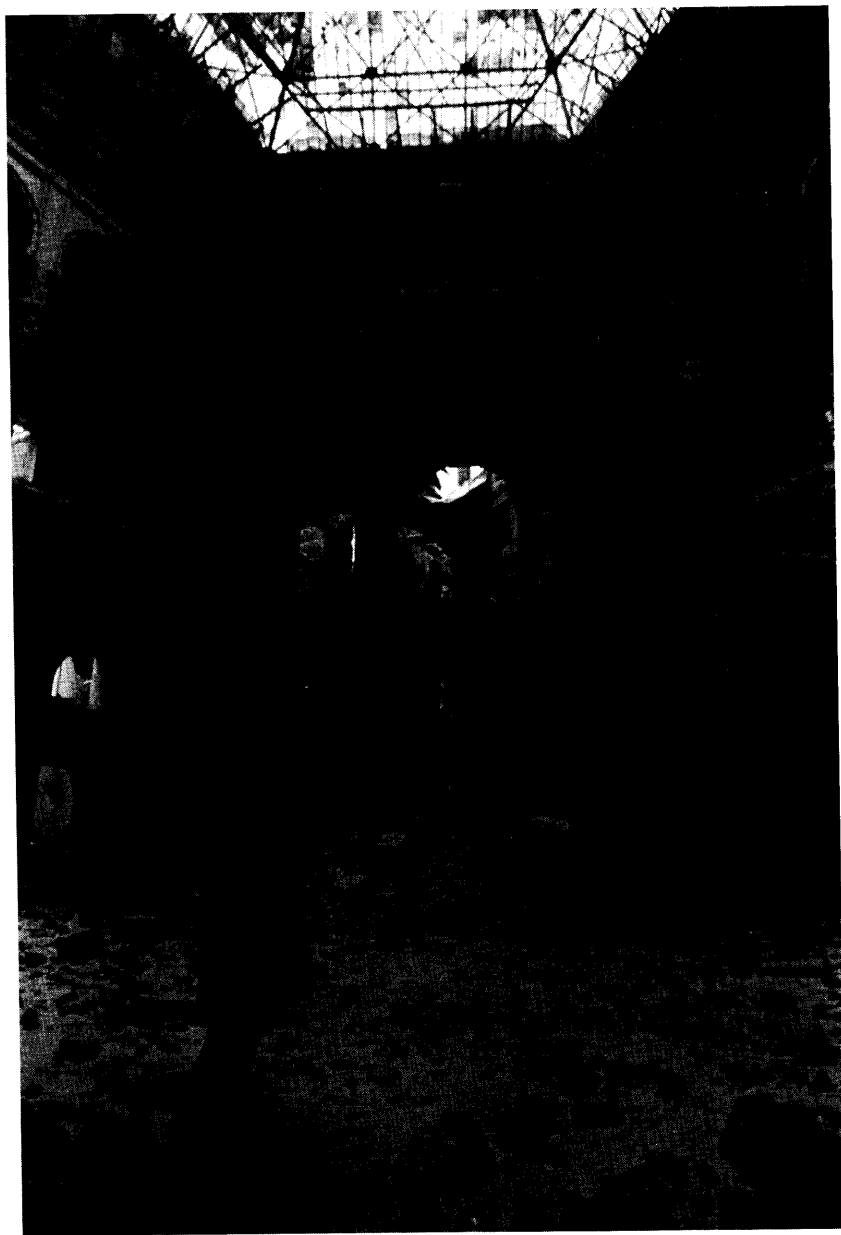
Otro cartel estadounidense contra la quema de libros.



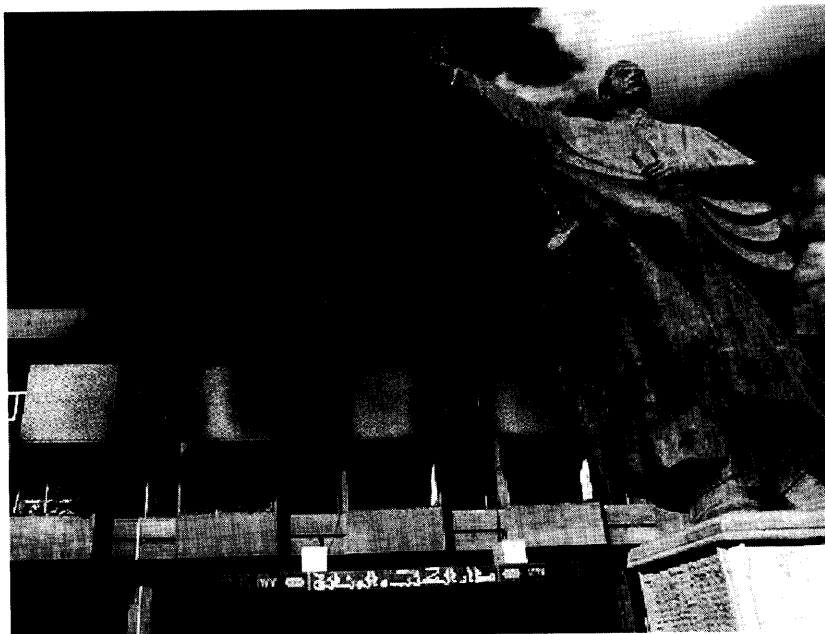


Restos de una biblioteca municipal en Malisheve, Kosovo,
quemada en julio de 1998.

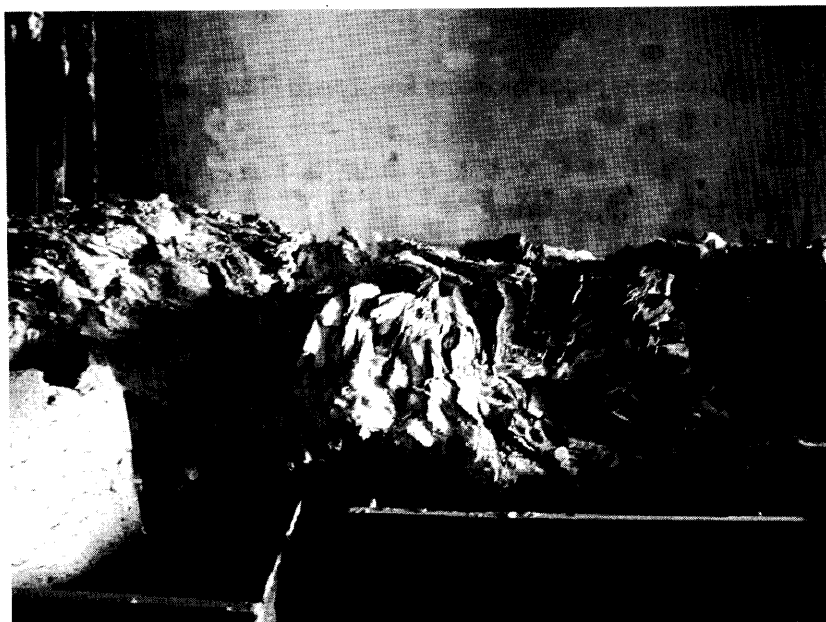




Ruinas de la Vinejnica, la Biblioteca Nacional de Sarajevo.
(© Stringer Stravatos / Associated Press, AP.)



Fachada de la Biblioteca Nacional de Bagdad.



Diez millones de documentos se quemaron
en el Archivo Nacional de Bagdad.



Libro destruido
por hongos.

Nuevos formatos: la célebre *Enciclopedia Británica* en CD.



devastadoras. La Biblioteca Nacional de Varsovia, en octubre de 1944, fue destruida con tal saña que se quemaron 700.000 libros. Esto no es todo: la biblioteca militar, con 350.000 obras, fue arrasada. Cuando los alemanes abandonaban el país, quemaron los archivos de la Biblioteca Pública de Varsovia. La Biblioteca Tecnológica de la Universidad de Varsovia, con 78.000 libros, fue atacada y destruida en 1944. A duras penas, los bibliófilos rescataron 3.850 títulos unos años después.⁴⁶⁴

La persecución afectó al matemático Waclaw Sierpinski (1882-1969), famoso por haber resuelto un problema planteado por Gauss y por haber escrito libros ininteligibles como *La teoría de los números irracionales* (1910). En 1944, los nazis, preocupados por sus hallazgos, arrasaron su biblioteca y la de otros colegas suyos. Sierpinski ha dejado constancia de estas quemas en una especie de memorias donde escribió:

[...] Ellos quemaron la Biblioteca de la Universidad de Varsovia, la cual contenía varios miles de volúmenes, revistas, obras matemáticas y miles de reimpresos de obras matemáticas de diferentes autores. Todas las ediciones de *Fundamenta Mathematica* (32 tomos) y diez tomos de *Monografía Matemática* fueron completamente quemados. Bibliotecas privadas de los cuatro profesores de matemáticas de la Universidad de Varsovia y también un largo número de manuscritos de sus trabajos y manuales escritos durante la guerra fueron igualmente quemados [...].

Según los expertos, unos 15.000.000 de libros desaparecieron en Polonia. Entre 1938 y 1945, el ejército alemán, inspirado por el mito de una raza pura con textos sagrados, invadió también Checoslovaquia. Casi de inmediato, las bibliotecas de la zona de Sudetenland sufrieron saqueos y numerosos ataques además de quemas públicas de libros.

La biblioteca de la Universidad de Praga fue gravemente dañada y al menos 25.000 libros desaparecieron. Todos los volúmenes de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Naturales fueron destruidos. Al final de la ocupación, ya no existían 2.000.000 de obras y clásicos como la *Biblia Eslava* y siete códices preciosos pertenecientes a la biblioteca de Jan Hodejovsky, quedaron reducidos a cenizas.⁴⁶⁵

V

Entre otros muchos, los autores censurados, vetados o eliminados por los nazis, bien en Alemania, Polonia, Francia o en otros lugares conforman una larga lista:

Nathan Asch Schalom Asch (1880-1957) Henri Barbusse (1873-1935) Richard Beer-Hofmann (1866-1945) Georg Bernhard Günther Birkenfeld Bertolt Brecht (1898-1956) Hermann Broch (1886-1951) Max Brod (1884-1968) Martin Buber (1878-1965) Robert Carr Hermann Cohen (1842-1918) Otto Dix (1891-1969) Alfred Döblin (1878-1957) Kasimir Edschmid (1890-1966) Ilja Ehrenburg (1891-1967) Albert Ehrenstein (1886-1950) Albert Einstein (1879-1955) Lion Feuchtwanger (1884-1958) Georg Fink Friedrich W. Foerster (1869-1966) Bruno Frank (1887-1945) Sigmund Freud (1856-1939) Rudolf Geist Fjodor Gladkow Ernst Glaeser (1902-1963) Iwan Goll (1891-1950) Oskar Maria Graf (1894-1967) George Grosz (1893-1959) Karl Grünberg Jaroslav Hasek (1883-1923) Walter Hasenclever (1890-1940) Werner Hegemann Heinrich Heine (1797-1856) Ernst Hemingway (1899-1961) Georg Hermann (1871-1943) Arthur Holitscher (1869-1941) Albert Hotopp Heinrich Eduard Jacob Franz Kafka (1883-1924) Georg Kaiser (1878-1945) Josef Kallinikow Gina Kaus (1894-?) Rudolf Kayser (1889-1964) Alfred Kerr (1867-1948) Egon Erwin Kisch (1885-1948) Kurt Kläber Alexandra Kollantay Karl Kraus (1874-1936) Michael A. Kusmin (1875-1936) Peter Lampel (1894-1965) Else Lasker-Schuler (1869-1945) Vladimir Ilich Lenin (1870-1924) Wladimir Lidin Sinclair Lewis (1885-1951) Mechtilde Lichnowsky (1879-1958) Heinz Liepmann Jack London (1876-1916) Emil Ludwig Heinrich Mann (1871-1950) Klaus Mann (1906-1949) Thomas Mann (1875-1955) Karl Marx (1818-1883) Erich Mendelsohn (1887-1953) Robert Musil (1880-1942) Robert Neumann (1897-1975) Alfred Neumann (1895-1952) Iwan Olbracht (1882-1952) Carl von Ossietzky (1889-1938) Ernst Ottwald Leo Perutz (1882-1957) Kurt Pinthus (1886-1975) Alfred Polgar (1873-1955) Theodor Plievier (1892-1955) Marcel Proust (1871-1922) Hans Reimann (1889-1969) Erich Maria Remarque (1898-1970) Ludwig Renn (1889-1979) Joachim Ringelnatz (1883-1934) Iwan A. Rodionow Joseph Roth (1894-1939) Ludwig Rubiner (1881-1920) Rahel Sanzara Alfred Schirokauer Schlump Arthur Schnitzler (1862-1931) Karl Schroeder Anna Seghers (1900-1983) Upton Sinclair (1878-1968) Hans Sochaczewer Michael Sostschenko Fjodor Ssologub Adrienne Thomas Ernst Toller (1893-1939) Bernard Traven (1890-?) Kurt Tucholsky (1890-1935) Werner Türk Fritz von Unruh (1885-1970) Karel Vanek Jakob Wassermann (1873-1934) Arnim T. Wegner (1886-1978) H. G. Wells (1866-1946) Franz Werfel (1890-1945) Ernst Emil Wiechert (1887-1950) Theodor Wolff (1868-1943) Karl Wolfskehl (1869-1948) Émile Zola (1840-1902) Stefan Zweig (1881-1942) Arnold Zweig (1887-1968). [FUENTES: *Encyclopaedia Britannica*; *Enciclopedia Espasa-Calpe*; doctor Birgitt Ebbert.]

VI

Hitler no disminuyó jamás su afecto por Goebbels y se lo perdonó todo, incluso sus perversiones favoritas con prostitutas. El día de su suicidio, en 1945, lo nombró canciller del Reich. Y Goebbels aceptó este honor, pero por unas horas. Pronto supo que las tropas soviéticas exigían la rendición incondicional y se negó. Casi como si se tratara de una perversa simetría, en mayo, el mes de la gran quema de libros, el día primero, Goebbels ordenó a un dentista suministrar veneno a todos sus hijos, vio cómo su esposa Magda ingería otra sustancia y moría, y luego, no sin arrojar al suelo un cigarro, esbozó, al parecer, una sonrisa de triunfo, alzó su mano para celebrar al fñhrer, y se dio muerte. Algunos escucharon un disparo de una pistola Walther; otros aseguraron que fueron dos. Décadas más tarde se descubrió en Rusia su diario y se supo que había legado 75.000 páginas al mundo para justificar el Holocausto, el Bibliocausto y exonerar a Hitler de toda culpa.⁴⁶⁶

Poco después los libros de la biblioteca personal de Hitler fueron encontrados en una mina de sal cerca de Berchtesgaden por un grupo de soldados de la 101 División.⁴⁶⁷ De una colección de más de 16.000 libros quedaban 3.000, pero algunos más fueron robados y los otros destruidos debido a los datos que contenían; el resto, unos 1.200, fueron transferidos a la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos en enero de 1952, y desde entonces permanecen allí. Lo interesante de este hallazgo fue que nos ha permitido saber que Hitler era un lector voraz, un bibliófilo preocupado por las ediciones antiguas, por Arthur Schopenhauer, y una devoción total por *Magie: Geschichte, Theorie, Praxis* (1923) de Ernst Schertel, obra en la que todavía se puede encontrar subrayado de su puño y letra: «Quien no lleva dentro de sí las semillas de lo demoníaco nunca dará nacimiento a un nuevo mundo».⁴⁶⁸

Esta curiosa frase puede ser la que explique el horror descrito en este capítulo.

CAPÍTULO TRES

LAS BIBLIOTECAS BOMBARDEADAS EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

I

LOS INICIOS

El anuncio formal, aunque ambiguo y dilatado, de la enorme destrucción cultural que causaría la Segunda Guerra Mundial fue, sin lugar a dudas, la Primera Guerra, porque el 25 de agosto de 1914 las tropas alemanas, tomada Bélgica, atacaron la biblioteca de la Universidad Católica de Lovaina. En pocas horas acabaron con 300.000 libros, 800 incunables y 1.000 manuscritos. Esa misma biblioteca volvió a ser atacada con artillería pesada en mayo de 1940 por los nazis: casi 900.000 libros, 800 manuscritos y 200 obras antiguas fueron destruidos.

Idénticos daños sufrió la biblioteca de Tournay, que recibió cientos de impactos cuyo poder acabó con miles de libros. De modo insólito, según comenta B. D. H. Tellegen,⁴⁶⁹ la biblioteca provincial de Zeeland fue atacada en mayo de 1940 por los alemanes y más de 160.000 libros fueron destruidos.⁴⁷⁰ Las obras salvadas quedaron a merced de los elementos.

La Biblioteca Nacional de Belgrado fue destruida por bombas alemanas en 1941: quedaron así quemados 1.300 manuscritos en cirílico, miles de libros de autores del país, incunables y obras raras. En la invasión alemana contra la Unión Soviética, 100.000.000 de libros (no es un error: cien millones de libros)⁴⁷¹ desaparecieron tras intensos combates.

II

FRANCIA

La Segunda Guerra Mundial fue uno de los acontecimientos más devastadores del siglo xx, pero no sólo porque acabó con la vida de millones de hombres y mujeres sino porque destruyó gran parte del legado cultural de Europa. En Beauvais, 42.000 libros fueron destruidos en junio de 1940. La biblioteca municipal y la de la Universidad de Caen fueron arrasadas en 1940. Un error hizo que una bomba norteamericana destruyera 23.000 libros, cientos de incunables y manuscritos en la biblioteca de Chartres. Durante la retirada de Francia en 1944, los alemanes destruyeron la biblioteca municipal de Dieppe. Más de 110.000 volúmenes fue el saldo de la destrucción en la biblioteca municipal de Douai. La biblioteca de la Société Commerciale de Le Havre, que conservaba miles de textos históricos y geográficos, fue destruida por las bombas.

Un soldado alemán, en 1944, quiso salvar el prestigio de su patria al lanzar una granada en un depósito de Saint-Quentin, donde reposaban miles de libros de la biblioteca de Metz: su heroico acto destruyó el *Evangelio de Reichenau* del siglo xi y un manuscrito iluminado del siglo xiii.

La biblioteca de la Asamblea Nacional de París fue atacada en 1944, y al menos 40.000 libros antiguos quedaron destruidos. Se cree que unos 300.000 libros fueron aniquilados en los bombardeos alemanes de septiembre de 1944 contra la biblioteca nacional y la biblioteca de la Universidad de Estrasburgo. Más de 200.000 obras, 400 incunables y 400 manuscritos desaparecieron en el ataque contra la biblioteca municipal de Tours.¹⁷²

III

ITALIA

Según algunas estimaciones optimistas, más de 2.000.000 de libros y 39.000 manuscritos desaparecieron en Italia durante la Segunda Guerra Mundial. No es improbable la veracidad de esto si se consideran algunos ejemplos aterradores: vale la pena comenzar con lo sucedido en Turín en 1938, cuando los seguidores de Mussolini penetraron en la biblioteca de la comunidad judía, confiscaron miles de libros y los llevaron a la plaza Carlina, donde los hicieron arder en una hoguera pública. Había analfabetos en el grupo, pero también estudiantes.

En Milán, la biblioteca pública, tras los bombardeos, sufrió la destrucción de 200.000 volúmenes. En 1943, en Nápoles, los encargados del archivo de la ciudad trasladaron 30.000 volúmenes y unos 50.000 documentos a Montesano, por miedo a su posible destrucción. Un escuadrón alemán, sin embargo, el día 30 de septiembre, después de haber examinado los textos, procedió a destruirlos en una pira pública. El daño causado fue enorme, porque en los depósitos estaban 378 registros de la época de Anjou (1265-1435), registros de Aragón, manuscritos antiguos, códices, tratados del Reino de Nápoles, Archivos de la Casa de Borbón, de la Casa de Farnesio, de las Cortes, de la Cámara Real de Santa Clara, de la orden de Malta y de las primeras notarías.⁴⁷³

La Biblioteca Palatina de Parma fue atacada y decenas de libros destruidos; en 1942, las acciones contra la Biblioteca Nacional de Turín acabaron con parte de la colección de libros de este sitio.⁴⁷⁴ La biblioteca de la Academia Toscana de Ciencias y Letras, conocida como La Colombaria, fue destruida en 1944. Los 534 manuscritos poseídos se redujeron a 185.⁴⁷⁵ En 1944, un incendio provocado destruyó 70.000 volúmenes en la Biblioteca Comunale Manfrediana de Faenza.

IV

INGLATERRA

Inglaterra, entre 1940 y 1942, fue atacada por la aviación alemana.⁴⁷⁶ Unos 100.000 libros desaparecieron tras el bombardeo que derrumbó la biblioteca de Coventry. La biblioteca del Central Lending de Liverpool, junto con sus libros, desapareció después de los ataques.

En Londres, la biblioteca del Inner Temple, restaurada en 1668 e incrementada por valiosas donaciones, fue bombardeada. La torre se derrumbó el 19 de septiembre de 1940, y en medio de su desesperación los bibliotecarios trataron de apilar los libros en cajas, pero hacia mayo de 1941 toda la colección John Austin de jurisprudencia (133 textos con notas escritas de puño y letra) desapareció. Numerosas bombas acabaron con el gran salón de la Universidad de Bristol, donde reposaban 7.000 libros traídos del King's College. Más de 25.000 obras fueron destruidas en el ataque a Guildhall.

Las bombas destruyeron 20.000 libros de la biblioteca pública Minnet. Increíblemente, fue atacado el museo Británico, pero el coraje de los bibliotecarios impidió que las pérdidas superaran los 225.000 libros y unos 30.000 tomos con periódicos.⁴⁷⁷

El derrumbe del nazismo sobrevino junto con uno de los ataques aéreos más destructivos de la historia. Los aliados bombardearon las ciudades más importantes de Alemania y millones de libros desaparecieron.

La noche del 9 de marzo de 1943 fueron destruidos 500.000 libros sobre humanidades y ciencias naturales en la Biblioteca Baviera, donde se perdió la mayor colección de Biblias del mundo. En la ciudad de Aachen, 50.000 volúmenes de la biblioteca de la Universidad Técnica, junto con cientos de tesis doctorales y periódicos, fueron destruidos en julio de 1943.

Berlín, la capital, fue el escenario de los combates más encarnizados. Miles de muertos quedaron tendidos en las calles y las pérdidas culturales fueron enormes. La Staatsbibliothek perdió 2.000.000 de obras. Unos 20.000 volúmenes quedaron convertidos en cenizas durante los ataques a la Universidad de Berlín. Centros prestigiosos como la Stadtbibliothek, la biblioteca del Reichstag, la biblioteca del Deutsche Heeresbücherei, no sobrevivieron.

Se redujo al 75 por ciento la colección de la Universidad de Bonn. La Staatsbibliothek de Bremen, famosa por sus obras raras, antiguos libros ilustrados y clásicos anotados, quedó en ruinas y 150.000 libros desaparecieron. La Hessische Landesbibliothek, en Darmstadt, con 760.000 libros, 2.217 incunables y unos 4.500 manuscritos fue bombardeada hasta que sólo quedó un solar quemado. La biblioteca de la Universidad Técnica de Darmstadt también sufrió por el fuego de las bombas y quedó con su colección reducida a sus dos terceras partes.

Desaparecieron 250.000 libros en los ataques a la Stadtbibliothek y a la Landesbibliothek de Dortmund. Casi 300.000 libros fueron destruidos cuando la Saechsische Landesbibliothek de Desden fue bombardeada repetidas veces en febrero y marzo de 1945. La Stadtbibliothek de Dresden, tras un ataque sorpresa en febrero de 1945, quedó sin la colección de referencia, unos 200.000 volúmenes y unos 12.000 libros pertenecientes a una Sociedad Geográfica llamada *Verein für Erdkunde*. La Stadtbücherei de Essen perdió 130.000 libros.

Los bombardeos en Frankfurt arrasaron con la Stadtbibliothek y la biblioteca de la Universidad, lo cual significó una pérdida de 550.000 libros y 440.000 tesis doctorales. Más de 17.000 libros y unos 1.900 manuscritos de grandes autores desaparecieron en el ataque a la Universidad de Greifswald. Unos 600.000 libros fueron quemados

en los bombardeos de 1943 y 1944 sobre la Staatsbibliothek y la Universitätsbibliothek en Hamburgo.

Otra incursión aérea en 1943 acabó con 174.000 libros en la Commerz-Bibliothek de la misma ciudad. La Stadtbibliothek de Hannover, primero en 1943 y luego en 1944, quedó en ruinas y 125.000 obras desaparecieron. Casi 360.000 volúmenes se perdieron cuando aviones atacaron la Badische Landesbibliothek de Karlsruhe en septiembre de 1942. En la Universidad Técnica de Karlsruhe, 63.000 libros de ciencias naturales quedaron reducidos a cenizas.

La Landesbibliothek de la famosa Kassel dejó de funcionar en septiembre de 1941: unos 350.000 volúmenes dejaron de existir mientras lo preservado sufrió daños por las lluvias. La Murhardsche Bibliothek de Kassel, con 241.000 libros de política, filosofía y ciencias sociales, redujo a la mitad su colección en octubre de 1943. La biblioteca de la Universidad de Kiel fue atacada en abril de 1942 y en mayo de 1944: 250.000 libros desaparecieron de inmediato. La Schleswig-Holsteinische de Kiel, en enero de 1944, perdió toda la colección principal de obras. Miles de libros e incunables desaparecieron en la biblioteca de la Universidad de Leipzig.

Unos 175.000 volúmenes desaparecieron en los ataques a la Stadtbibliothek; en un bombardeo hecho en diciembre de 1943, 60.000 libros fueron destruidos en la biblioteca del museo Alemán del Libro. En septiembre de 1944, los aviones destruyeron 140.000 libros en la Stadtbibliothek de Magdeburg. Más de 500.000 libros desaparecieron en los cuatro bombardeos acaecidos entre 1943 y 1945 en la Bayerische Staatsbibliothek de München. Las destrucciones se repitieron en la biblioteca de la Universidad, donde desaparecieron 350.000 libros. Tampoco quedó nada de los 80.000 volúmenes de la Stadtbibliothek ni de los 120.000 textos de la biblioteca Benedictina.

En Münster, diversas bibliotecas sufrieron pérdidas irreparables: la biblioteca de la Universidad se quedó sin 360.000 libros en 1943; la biblioteca de la Familia Fürstenberger-Stammheim, dotada con 22.000 obras raras de la literatura e historia de Alemania y Francia, fue completamente arrasada. En Nürenberg, los vuelos aliados rasantes de enero de 1945 lanzaron bombas sobre la Stadtbibliothek, lo cual acabó con 100.000 libros.

En Stuttgart, que era un símbolo intelectual germano, los bombardeos fueron inclementes: en julio de 1944, la biblioteca de la Universidad Técnica, perdió 50.000 volúmenes; entre julio y septiembre del mismo año, la biblioteca de la Academia Musical fue devastada; y en el terrible mes de septiembre la Württembergische Landesbiblio-

thek quedó en ruinas, con un saldo de 580.000 libros destruidos. Más de 200.000 obras y 230.000 tesis doctorales desaparecieron tras el bombardeo de la biblioteca de la Universidad de Würzburg.

VI EL FINAL

A las 8.15 de la mañana del 6 de agosto de 1945, el *Enola Gay*, un Boeing B-29, dejó caer una bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima.⁴⁷⁸ El 9 de agosto, a las 11.02, otra bomba atómica fue arrojada sobre Nagasaki. En ambas acciones murieron más de 100.000 japoneses y no quedó un solo edificio en pie. La colección de libros clásicos de Nagasaki, un centro donde se importaron libros chinos en el siglo XIX, fue borrada de la faz de la tierra y la infraestructura cultural desapareció sin dejar rastro.

Durante los bombardeos de 1945 en la ciudad de Manila, Filipinas, desaparecieron textos extremadamente importantes para la cultura de este país. Entre otros, y por mencionar algunos, *Misericordia de la ciudad de Manila* (1728), el cual estaba en la Biblioteca Nacional de Filipinas. Al parecer, contenía datos de legislación civil y disposiciones testamentarias relacionadas con la Santa Casa de Misericordia. La *Tertulia de San Gabriel* (1813), un pequeño opúsculo con una sátira en verso contra los escritorzuelos filipinos, no sobrevivió a la existencia de éstos. Tampoco se conservó la obra de Juan Bautista de Urlante.

CAPÍTULO CUATRO

CENSURA Y AUTOCENSURA LITERARIA MODERNA

LOS ATAQUES CONTRA JOYCE

El escritor irlandés James Joyce (1882-1941) es una de las referencias obligadas de la literatura universal. No obstante, la censura lo persiguió durante toda su vida. Por ejemplo, cuando publicó *Dubliners* (1912), en una edición de 1.000 copias, el impresor, llamado John Falconer, radicado en Dublín, quemó 999 libros porque le pareció que la obra no tenía un lenguaje apropiado. Joyce, mientras esperaba en una estación de tren en Flushing, Holanda, escribió entonces un poema titulado *Gas from a burner*, dedicado a satirizar al biblioclasta. Unas líneas casi finales del poema expresaban:

[...] Quién fue el que dijo: no resistan el demonio.
Quemaré ese libro, y me ayudará el demonio [...].⁴⁷⁹

En 1914, hizo reeditar la colección de relatos.

Una de las novelas más polémicas e influyentes del siglo xx fue precisamente suya y se tituló *Ulyses* (1922). Cuando apareció la primera entrega del relato en *Little Review*, Nora Barnacle, la mujer del escritor, rechazó el texto con asco; los miembros de U.S. Post Office, herederos de la filosofía de Anthony Comstock e ignorantes de los gustos de esta delicada mujer, quemaron ejemplares de la revista para evidenciar su enojo. En octubre de 1920, la Sociedad para la Supresión del Vicio, en Nueva York, demandó a los directores de la re-

vista y en 1921, Margaret Anderson y el resto del comité editorial fueron condenados a pagar 50 dólares de multa a la vez que se les prohibió la publicación de otros capítulos.

OTROS ESCRITORES CON OBRAS DESTRUIDAS

Mijaíl Mijáilovich Filipov fue asesinado por orden del zar Nicolás II en octubre de 1903. Sus manuscritos y libros científicos fueron quemados tras una revisión minuciosa cuyos pormenores alarmaron a los militares. Autor de *La revolución a través de la ciencia o el fin de las guerras*, fundador de una *Revista de la Ciencia*, Filipov descubrió (o simuló descubrir) una forma de transmitir un haz de ondas con el poder de una explosión por medio de un sistema sencillo.

Según él, la magnitud de las catástrofes provocadas pondría fin a cualquier intento de guerra o desorden en el mundo.

En 1915, copias de *El arcoiris*, texto de D. H. Lawrence, fueron destruidas en Inglaterra, y su feliz novela *El amante de Lady Chatterly* no sólo fue destruida sino que no pudo ser vendida durante muchos años.

En 1935, diversas bibliotecas públicas rechazaron el contenido de las novelas de Theodor Dreiser, autor de *Hermana Carrie* (1900), *Jennie Gerhardt* (1911) y *Una tragedia americana* (1925). Algunos bibliotecarios llegaron a quemar ejemplares.

En 1939, los bibliotecarios de St. Louis Public Library rechazaron *Las uvas de Ira* de John Steinbeck y quemaron el libro en una pira pública, que sirvió para que los oradores advirtieran al resto de los escritores estadounidenses que no tolerarían lenguajes obscenos ni doctrinas comunistas.

En octubre de 1945, un grupo de militantes del partido Acción Democrática quemó la biblioteca del historiador Caracciolo Parra Pérez, uno de los fundadores de la Unesco, y este ataque provocó la pérdida de la versión original de uno de sus más importantes manuscritos.

Kurt Vonnegut tomó la decisión de publicar en 1973 una novela extraordinaria y herética titulada *Slaughterhouse Five*, que un vigilante de Drake High School de North Dakota quemó por considerarla pornográfica. Frente a un nutrido grupo de profesores y estudiantes, hizo arder 32 ejemplares del libro.

LA CENSURA DEL ESTADO EN NORTEAMÉRICA

La tolerancia cultural de los Estados Unidos en la Segunda Guerra queda desmentida por varios hechos históricos irrefutables. Entre 1940 y 1941, las autoridades del Servicio Postal confiscaron 600 toneladas de libros extranjeros en West Coast y las destruyeron.

Numerosas universidades cumplieron una labor patriótica entre septiembre de 1939 y el 7 de diciembre de 1941 al destruir ejemplares de obras atribuidas a los enemigos alemanes.⁴⁸⁰

El Departamento de Estado estadounidense, unas veces de modo encubierto y otras de modo completamente descarado, se ha pronunciado contra ciertos libros. Durante la cacería de escritores de tendencia comunista, en 1940, un ataque sorpresa contra la librería de uno de los miembros del Partido Comunista en la ciudad de Oklahoma, implicó la confiscación y quema de cientos de obras de Lenin y Marx. Los clientes fueron detenidos y los encargados condenados a diez años de prisión.

En 1954 se inició una persecución contra los libros de Wilhelm Reich. El 10 de febrero de ese mismo año, la acción civil número 1056 intentó prohibir sus obras. El 15 de julio de 1955, la acción criminal número 5003 logró su cometido y, posteriormente, los libros de Reich fueron quemados y destruidos por funcionarios del Departamento de Estado.

En 1953 se elaboró una lista negra de escritores cuyos libros no debían estar en las bibliotecas. Entre los autores censurados, cuyos libros fueron confiscados y convertidos en cenizas o pulpa de papel, hay que nombrar a Howard Fast, Joseph Davies, Lilian Hellman y, aunque ese catálogo ortodoxo no termina con él, Dashiell Hammett.

La mayor ironía es que no hubo un país en el mundo que condenara con tanto ahínco las quemaduras de los nazis como Estados Unidos.

ESCRITORES PERSEGUIDOS

La persecución de escritores fue común en el siglo xx, pero me quiero referir a cuatro en particular. El primero es James Hanley (1901-1984). Al publicar *El Chico* (1931), novela realista que narra la iniciación de un joven marino, los editores del libro fueron sentenciados por un juez de Manchester a pagar 400 libras y a retirar la edición de las librerías. En 1934, la Editorial Boriswood reeditó la obra y la policía decomisó 99 ejemplares de este relato para su destrucción.

inmediata. Por añadidura, Hugh Walpole destruyó un ejemplar en público y dijo: «[...] es tan desagradable y horrible, tanto en la narración como en los incidentes que se relatan, que me extraña que los impresores no se hubieran declarado en huelga mientras la imprimían...».

El segundo es Mario Vargas Llosa, peruano, autor de *La ciudad y los perros* (1962), magnífica novela donde describió sus experiencias en el colegio militar Leoncio Prado de Lima. Los militares, alarmados por el contenido de esa obra, quemaron en 1964 los ejemplares confiscados. En la Universidad Central de Venezuela fueron quemados varios ejemplares de sus obras y artículos suyos sobre el gobierno de Cuba.

El tercer autor es el marxista brasileño Jorge Amado, autor de *Doña Flor y sus dos maridos*. La obra de este creador (1.700 ejemplares de una novela suya) fue quemada por órdenes directas del dictador Getulio Vargas.

En último lugar, debo hablar de Taslima Nasrim, que tuvo que abandonar Bangladesh debido al hostigamiento de los musulmanes. Haber escrito en bengalí para fortalecer la posición de la mujer en el mundo islámico le costó la destrucción de varios libros suyos en la década de los noventa del siglo xx.

SALMAN RUSHDIE FRENTE AL FUNDAMENTALISMO

El 26 de septiembre de 1988 la editorial Viking Penguin, no sin reservas, publicó *Los versos satánicos*, una novela satírica del escritor angloindio Salman Rushdie, nacido en Bombay el 1 de junio de 1947. Como es natural, y casi predecible, en el ámbito literario de lengua inglesa las críticas iniciales denunciaron que el autor no sabía escribir y, que cuando sí sabía, el tema no era bueno. A pesar de todo, obtuvo el Whitebread Award. El tema de la obra era una burla de crítica contra Mahoma y contra los tabúes del islamismo.

Las reacciones de los musulmanes no tardaron en suceder. Un ministro de la India, ignorante del verdadero contenido de la obra, la condenó por blasfema. Una semana más tarde, miles de fotocopias con los pasajes considerados más ofensivos, comenzaron a circular en los centros de estudios islámicos. El objetivo era despertar indignación, y de hecho ese propósito fue todo un éxito, pues el 8 de octubre, los periódicos sauditas acusaron a Rushdie de instigar el repudio al Islam.

En enero de 1989 la televisión de Inglaterra mostró imágenes de varios grupos de eruditos árabes quemando ejemplares de *Los versos satánicos* en las calles de Bradford, en la ambigua West Yorkshire. En Irán, hubo saqueos y ataques contra el Centro de Cultura Americana, en Islamabad. La cadena de incidentes se extendió a todo el planeta, y en pocas semanas el autor recibió amenazas de muerte y ataques directos de fanáticos, cuando tenía la ocurrencia de salir a la calle. En Cachemira, hubo sesenta heridos y un muerto en una protesta contra la novela.

Pero estos hechos eran apenas el inicio de una persecución sin precedentes. El ayatollah Jomeni, líder de los iraníes, apareció en público el 14 de febrero de 1989 e hizo saber que había decidido poner fin a la irreverencia de Rushdie con una *fatwa*:

Anuncio a todos los devotos musulmanes del mundo que el autor del libro titulado *Los versos satánicos*, el cual ha sido compuesto impreso y publicado en abierta oposición al Islam, al Profeta, y al Corán, y todo lo que está relacionado con esta publicación, están condenados a muerte.

Yo hago un llamado a todos los devotos musulmanes a ejecutarlos lo más rápido posible [...]. La voluntad de Dios, es que quien (los encuentre y aniquile) si es asesinado en su intento será considerado un mártir [...].

El escritor V. S. Naipaul, comentó de inmediato, con un humor negro y visceral, que el decreto de Jomeini le parecía una forma extremista de hacer crítica literaria. Para incentivar el asesinato de Rushdie, se ofreció un millón de dólares a quien lo matara. El año 1993, el editor noruego William Nygaard fue atacado por atreverse a publicar la obra de este autor, y en 1997, la recompensa por su cabeza aumentó a dos millones.

De un modo insospechado, una quema masiva de libros de Rushdie se inició en todas partes. Algunas librerías fueron saqueadas y destruidas en su totalidad. Y esos ataques no han cesado. El 12 de febrero de 1999, un grupo de musulmanes quemó fotografías, libros e imágenes de Rushdie en la India. En la mezquita de Jama Masjid, en la capital del país, más de 100 activistas gritaron contra él, y no faltó quien pidiera su eliminación a manos de algún santo.

El miedo, el abatimiento o la decepción ha hecho que muchos escritores destruyan sus obras o manifiesten en el lecho de muerte interés por su desaparición.

El poeta Publio Virgilio Marón, dictó su testamento y ordenó la quema de su poema épico *Eneida*. Incluso el día anterior a su deceso, pidió los *scrinia* (una especie de caja cilíndrica para guardar libros) con el propósito de quemar con sus manos su obra, pero nadie le hizo caso y murió convencido de que su texto estaba incompleto.⁴⁸¹ Plinio, creyendo a Octavio Augusto el salvador de este libro, indicó que fue el emperador quien prohibió la destrucción de la obra.⁴⁸² Ovidio, en el exilio, confesó haber quemado sus poemas porque le decepcionaban.⁴⁸³

El poeta inglés John Donne escribió *Biathanatos* para estudiar el suicidio, pero no estaba muy seguro de su valor. Borges ha señalado: «Este tratado fue compuesto a principios del siglo XVII por el gran poeta John Donne, que dejó el manuscrito a sir Robert Carr, sin otra prohibición que la de darlo a la prensa o el fuego. Donne murió en 1631; en 1642 estalló la guerra civil; en 1644, el hijo primogénito del poeta dio el viejo manuscrito a la imprenta «para defenderlo del fuego».⁴⁸⁴

William Collins, lector de Safo, Alceo y Píndaro, y una de las promesas más grandes y más interrumpidas de la literatura inglesa, quemó numerosos ejemplares de su libro *Odes On Several Descriptive And Allegoric Subjects* (1747), preocupado por su aceptación.⁴⁸⁵

Ya seguro de su gloria e incómodo ante la posibilidad de que algunos manuscritos mal redactados fuesen leídos después de su muerte, Adam Smith, el autor de *La riqueza de las Naciones* (1776), «hizo destruir numerosos textos suyos, entre los cuales debieron estar los relacionados con la retórica» (las lecturas realizadas en Edimburgo y las conferencias sobre teología natural y jurisprudencia dadas en Glasgow).⁴⁸⁶

Hay testimonios que confirman de que Robert de Paul Lamanon quemó casi toda la primera edición de su *Mémoire litho-géognosique sur le valle de Cahmpseur et la montagne de Drouvierre dans le Haut-Dauphiné* (1784). Dejó unos doce ejemplares llevados consigo a una expedición, pero el naufragio del barco donde viajaba acabó con sus libros. Otra versión cuenta que se salvó del naufragio y fue asesinado por los salvajes, el día 10 de diciembre de 1787 en la isla de Maonna, dejando sus libros a merced de una destrucción segura.

Un poeta inglés poco recordado, Robert Tannahill, autor de *The*

Soldier's Return: a Scottish Interlude in Two Acts, with other poems and songs (1807) y de *Poems and Songs* (1815), quemó casi todos sus papeles por no encontrar un editor para sus poemas tras la publicación de su primer libro en 1807.

La edición de *Shadows of the clouds* (1847) de James A. Froude, apareció bajo el pseudónimo de Zeta, en Londres, pero el padre del autor quemó todo lo que pudo encontrar.

El ejecutor del testamento del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) encontró, a la muerte de éste, numerosos papeles sobre filosofía y varias notas. Algunas de esas notas estaban escritas en inglés y trataban de problemas sexuales y fantasías eróticas del autor. Dado que éste había sido un misógino y había estado envuelto en la caída de una mujer por unas escaleras, el testamentario creyó interpretar la voluntad del pensador y quemó en secreto esos papeles.⁴⁸⁷

James Fenimore Cooper, autor de la novela *El último mohicano*, quemó todos sus manuscritos en 1826. James Thomson, autor de *The City of Dreadful Night*, señaló en su diario cómo en cierta ocasión sintió un enorme terror al quemar sus escritos: «He quemado todos mis viejos papeles, manuscritos y cartas, excepto el manuscrito del libro ya impreso en su mayor parte. He tardado cinco horas en hacerlo, teniendo cuidado de no prender fuego a la chimenea y vigilando al mismo tiempo la combustión. Me sentía triste y estúpido; apenas los he ojeado: si hubiera comenzado a leerlos quizá no habría sido capaz de destruirlos».

Hacia el 23 de octubre de 1873, Arthur Rimbaud viajó a Bruselas a buscar los ejemplares recién publicados de su libro *Una temporada en el Infierno* (53 páginas). El editor en Bruselas, dueño de Jacques Poot et Cie, le adelantó diez o veinte copias. Llevó una al portero de la cárcel donde se encontraba Verlaine, otra a Millot, a Delahaye y a Forain (hay pruebas de que la copia de Forain fue vendida en 1998 en la venta de Hugues), pero no es imposible que haya quemado al menos un ejemplar cuando se refugió en Charleville y que destruyera sus manuscritos.⁴⁸⁸ El resto de la edición permaneció en un depósito hasta ser encontrada en 1901.⁴⁸⁹

Además del autor, también los amigos pueden promover la destrucción de una obra. Baste recordar a Gustave Flaubert. En septiembre de 1849, éste invitó a su hogar en Croisset, en los alrededores de Rouen, a dos de sus mejores amigos (Maxime Du Camp y Louis Bouilhet), para leerles un manuscrito. Se trataba de *Tentación de San Antonio*, obra extraña escrita a partir de la impresión que le había causado un cuadro de Breughel. En cuatro jornadas de cuatro

horas, les leyó el texto a ambos, pero el veredicto de sus amigos fue negativo: «Debes quemar eso y no hablar nunca de ello.»⁴⁹⁰

En *Al Aaraaf, Tamerlane and Minor Poems* (1829), Edgar Allan Poe advirtió que la edición de su primer poemario, titulado *Tamerlane and other poems* (1827) había sido «suprimida a causa de circunstancias de naturaleza privada». Esta frase ha sido intensamente debatida en los últimos años. Según algunos, Poe no pudo cancelar esta edición y debió resignarse a perder los ejemplares; otros, en cambio, señalan que Poe destruyó todos los ejemplares en un acto de auto-crítica.

Tamerlane fue editado en junio o julio de 1827 en los talleres de Calvin Frederick Stephen Thomas, y la edición era en 12mo, con cuatro páginas en latín y numeradas desde la 5 hasta la 40. Un especialista como Thomas Ollive Mabbot ha asegurado que se hicieron 200 copias,⁴⁹¹ mientras James Albert Harrison juzgó que sólo fueron unas 40.⁴⁹² Menciono estos datos porque hoy sólo se conocen 12 copias.⁴⁹³ El resto sencillamente desapareció o fueron destruidas.

En *Crónica personal* (1912), Joseph Conrad admitió que su padre, revolucionario polaco, eficaz traductor de Shakespeare y Victor Hugo, ordenó la quema de sus manuscritos. La descripción aún puede conmovernos: «[...] Se procedió a la quema bajo su propia supervisión. Resulta que aquella noche entré en su habitación algo antes de lo acostumbrado, y sin que nadie se fijara en mi presencia vi cómo la enfermera alimentaba las llamas de la chimenea [...]».⁴⁹⁴

Franz Kafka le pidió a Max Brod que quemara sus cuadernos. Le dejó, en efecto, un papel con este mensaje: «Querido Max: Mi última petición: Todo lo dejado tras de mí... es para ser quemado sin leerlo». Por suerte, Brod no lo hizo. A Dora Dymant, en cambio, Kafka le pidió lo mismo y, como fiel amiga, quemó toda la parte última de su diario.⁴⁹⁵ Borges, algo socarrón, dijo que cuando un hombre «quiere la desaparición de sus libros no encarga esa tarea a otro».⁴⁹⁶

El poeta colombiano Germán Pardo García quemó su libro *El árbol del alba* (1928) frente a su amigo Germán Arciniegas. El venezolano Enrique Bernardo Núñez (1895-1964), autor de *Cubagua* (1931), arrojó, decepcionado, a las aguas del río Hudson toda la edición de 1938 de su novela *La Galera de Tiberio*. La novela *El girasol* fue quemada por Eduardo Santa, colombiano, después del 9 de abril de 1948. Hoy sólo queda un ejemplar de esa primera edición.

En el misterioso incendio de su cabaña, Malcolm Lowry perdió, el 7 de junio de 1944, el manuscrito de *In Ballast to the White Sea*, y si el testimonio de la segunda esposa del escritor es cierto, se perdieron

más de 2.000 páginas manuscritas. No ha faltado quien recrimine a Lowry por prender fuego a su propio hogar.

Ernst Jünger en su *Diario de guerra y ocupación* reconoció haber quemado sus papeles en 1945 por temor a los aliados: «Conque aquel día hice el primer auto de fe, o, para ser más exacto, eché gran cantidad de papeles a los cubos de la basura que había en el patio. Diarios desde 1919, poesías y cartas. Lo hice sin pena; los acontecimientos tenían un carácter que impulsaba a la acción. Había que soltar lastre. Hasta resultaba agradable [...]».⁴⁹⁷

Borges, en *Un ensayo autobiográfico* no ocultó la quema de sus libros iniciales: «Hasta hace algunos años, si el precio no era excesivo, solía comprar ejemplares de ellos y los quemaba». Hasta sus últimos años de vida, se negó a reeditar tres obras suyas de la segunda década del siglo xx: *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1928).

Emil Cioran dejó casi 34 cuadernos de unas 1.000 páginas a su muerte con una precisa indicación donde advertía: «Destruir».

Y hay muchos más casos, algunos ni siquiera registrados por el pudor de sus autores.

CAPÍTULO CINCO

UN SIGLO DE DESASTRES

HANLIN YUAN Y LA GRAN ENCICLOPEDIA DEL MUNDO

El 24 de junio de 1900, en Pekín, la coalición de tropas aliadas occidentales se enfrentó al poderoso movimiento nacionalista chino. La guerra había sido declarada el 21 y unos 3000 católicos, entre los que se encontraban 43 italianos y marinos franceses, se refugiaron en una Catedral. En cierto momento, los chinos prendieron fuego a las legaciones de los británicos que comandaba sir Claude MacDonald, pero el viento extendió el incendio hacia el edificio de HanLin Yuan, el centro intelectual más importante de toda China.

La voracidad de las llamas no permitió contenerlas y muy pronto las paredes ardieron junto con el piso y el techo, no sin alcanzar la biblioteca. Lancelot Giles, hijo del sinólogo Herbert Allen Giles, fue testigo de los hechos y ha narrado el pánico que causó a los eruditos la quema de la famosa enciclopedia *Yung-lo Ta-tien*,⁴⁹⁸ consistente en 22.937 secciones sobre todas las cosas humanas y divinas en más de 370 millones de palabras. Lancelot se arrojó a las llamas y en una lacónica confesión dijo: «Yo salvé la sección 13.345 por mí mismo».⁴⁹⁹

Era casi irónico, inútil, porque todas las secciones aludían a otras. Alguien había dicho que para leer un párrafo de esa múltiple enciclopedia era necesario conocer todos los dialectos y aventurarse en la exploración de la astronomía y la zoología. También se cuenta que cuando fue culminada alguien la comparó con el universo, porque se supuso que nadie jamás la recorrería íntegra. Como la Gran Muralla, la enciclopedia era una vasta construcción destinada a ocupar gene-

raciones enteras en la defensa de la identidad china. De cualquier forma, es conveniente decir que la enciclopedia original nunca fue impresa y siempre se conservó manuscrita. Desapareció por primera vez en un incendio ocurrido en 1449: la única copia existente, restituida de memoria, era la quemada en 1900.

Peter Fleming,⁵⁰⁰ otro testigo clave, ha advertido la falta de un catálogo fiel de la biblioteca de HanLin Yuan, aunque contaba, entre otras cosas, con «una enciclopedia que había sido ordenada por el segundo emperador Ming. Había sido completada en 1407, después de que 2.000 sabios habían trabajado en ella. Este renombrado trabajo abarcaba «la sustancia de todos los clásicos, históricos, filosóficos y literarios escritos hasta ese día, incluyendo astronomía, geografía, ciencias ocultas, medicina, budismo, taoísmo y las demás artes [...]».

Los británicos culparon a los chinos de quemar su propia cultura, y los chinos señalaron que los británicos habían desviado el fuego. Pero el resultado fue el mismo: la destrucción de la gran enciclopedia.

Además, en ese incendio se quemaron otros extraordinarios libros. Vale la pena recordar que en Hanlin Yuan estaban depositados los ejemplares de una colección de 3.500 clásicos transcritos en 36.000 exóticos volúmenes. Esa colección, conocida como *Siku Quan Shu*, exploraba todos los órdenes de vida en el mundo, y casi desapareció por completo.

CUANDO LA MEMORIA ESTÁ EN PELIGRO

I

El siglo xx ha estado marcado por desastres naturales de toda índole: incendios, terremotos, inundaciones, maremotos, huracanes, tornados y devastaciones por volcanes. Cada uno de estos hechos ha causado devastación cultural.

Entre el 25 y 26 de enero de 1904, un incendio afectó la Biblioteca Nacional Universitaria de Torino,⁵⁰¹ la cual conservaba valiosos manuscritos clasificados en latinos, griegos y orientales. Al final quedaron destruidos unos 2500 textos, incluidos escritos franceses y italianos. Toda la sección piamontesa quedó en cenizas. Obras como el *Códice Teodosianus*, palimpsestos de Cicerón, entre otras muchas, quedaron completamente dañadas.

El 18 de abril de 1906, a las 5.12 de la mañana, un terremoto que duró 45 o 60 segundos acabó con 28.000 edificios de la ciudad de San

Francisco y dejó 700 muertos. Uno de los edificios era la biblioteca de la ciudad, famosa por contener manuscritos y piezas únicas. La llamada San Francisco Law Library, fundada en 1865, desapareció en esta catástrofe junto con 46.000 libros. En 1910, con la Bud Werner Memorial Library ardió una de las colecciones más completas de Estados Unidos.

En el terremoto de 1923 desaparecieron 700.000 libros de la biblioteca de la Universidad Imperial de Tokio: esta importante cantidad incluía registros de ciudades y villas japonesas del siglo XIX, registros gubernamentales, la Sala Max Muller sobre idiomas y religiones, las Salas Nishimura y Hoshino con textos de historia y filosofía china antigua.⁵⁰²

En 1931, un terremoto destruyó la Biblioteca Nacional de Nicaragua (el hecho se repitió en 1972), y se perdieron miles de obras. El 16 de diciembre de 1934, el Tucker Memorial Hall de la biblioteca de la Escuela de Leyes de Lee y Washington University desapareció en un incendio que destruyó 11.000 libros. Las inundaciones de 1937 en Estados Unidos, acabaron con miles de libros en Ohio, West Virginia y Mississippi.⁵⁰³ Una explosión en una mina olvidada causó en la década de 1940, la desaparición de 50.000 libros de la biblioteca de la Universidad de Marburg.

En mayo de 1943, la Biblioteca Nacional de Perú, en Lima, se incendió y unos 100.000 libros y 40.000 manuscritos sobre la conquista, la época colonial y la independencia sudamericana desaparecieron para siempre. El 23 de febrero de 1949, la biblioteca Ferdinand Postma fue destruida por un incendio que arrasó los anaqueles en pocas horas.

Las llamas acabaron con la biblioteca Estatal de Michigan en febrero de 1951: el fuego y las aguas usadas para extinguir el fuego eliminaron 22.400 libros y 7.200 panfletos. En 1955, el primer piso del British Council en Nicosia, Chipre, ardió por completo con su biblioteca. En julio de 1963, un terremoto devastó la ciudad de Skopje, en la antigua Yugoslavia, y destruyó la biblioteca central.⁵⁰⁴ La biblioteca del Seminario Teológico Judío de la ciudad de Nueva York quedó en ruinas tras un incendio que destruyó en 1966 unos 70.000 libros y dañó más de 150.000.⁵⁰⁵

Sólo la desesperación de los bibliotecarios italianos permitió salvar miles de obras cuando el río Arno inundó las tierras de Florencia en 1966 y dañó edificaciones como la Biblioteca Nazionale Centrale, donde 1.200.000 libros, 100.000 manuscritos, 50.000 folios y 400.000 volúmenes con compilaciones de periódicos, quedaron bajo el agua.

También sufrieron pérdidas y daños la Biblioteca Vieusseux y la biblioteca de la Universidad, en la cual 200.000 libros estuvieron expuestos al agua.

En 1968 el fuego destructor del Holyoke Community College de Massachusetts acabó con 16.000 libros.⁵⁰⁶ Un incendio misterioso en la biblioteca Central de Godthab en Groenlandia, ocurrido en 1968, destruyó 30.000 libros con ediciones limitadas.⁵⁰⁷ Otro incendio en 1969 eliminó 40.000 libros en la biblioteca de la Universidad de Indiana y causó graves daños a 27.000 textos sobre la cultura alemana.⁵⁰⁸

El 28 de julio de 1972, una gran parte de la colección de libros de la Temple University Law Library de Philadelphia, Pennsylvania, Estados Unidos, ardió. El 22 de febrero de 1977, un incendio en la biblioteca de ingeniería de la Universidad de Toronto, en Ontario, Canadá, acabó con 12.000 libros.

La biblioteca de la Universidad de Stanford perdió 40.000 libros, en la tormenta de 1978. La primera edición de la traducción del *Infierno de Dante* de Tom Phillips se perdió casi completa (sólo quedaron dos ejemplares) porque Ediciones Aleto se quemó en 1978.

II

Aquí no cesa este registro de siniestros.

La Navidad de 1985, la Compañía Jenkins, empresa especializada en la venta de libros en Austin, Texas, sufrió un extraño incendio que acabó con 500.000 libros.⁵⁰⁹ El dueño, John H. Jenkins, había nacido el 22 de marzo de 1940, en Beaumont, Texas; sirvió en el ejército, y desde 1963 puso en marcha el gran proyecto de una editorial llamada Pemberton Press y Jenkins Publishing Company. La tragedia de 1985, no obstante, lo estimuló a continuar, y no cerró su negocio, pero el 16 de abril de 1989, murió asesinado.

En septiembre de 1986, las lluvias destruyeron la biblioteca del *News-Sun*. Miles de libros de la biblioteca de la Universidad de Amsterdam fueron destruidos en un incendio ocurrido en noviembre de 1987.

A fines de siglo xx, la biblioteca del monasterio de Dabra Damo en Etiopía, localizado al norte del camino de Adwa, fue destruida por un voraz incendio. El monasterio, fundado hacia comienzos del siglo vi d.C. por uno de los llamados nueve santos, Abuna Za-Mika'el Aragawi, tuvo alguna vez más de mil volúmenes, pero en 1965 el doctor

Otto Jaeger, que visitó el lugar, encontró unos 50 manuscritos preciosos de incalculable valor. La deflagración los destruyó todos y una investigación policial iniciada por el Gobierno logró demostrar que «los culpables eran desconocidos y que, en una hora imprecisa, sin testigos, atacaron el monasterio por razones que se ignoran». Esta excelente pesquisa demuestra el poco interés en atribuir las pérdidas a algún grupo político del país.

La biblioteca de Norwich Central en Inglaterra fue destruida el 1 de agosto de 1994: casi 350.000 libros quedaron hechos cenizas a pesar de los esfuerzos de los bomberos. La biblioteca Langley sufrió grandes pérdidas tras un incendio ocurrido el 7 de julio de 1996 que arrasó con el ochenta y cinco por ciento de los libros.

El 21 de diciembre de 1996 se quemó en México la biblioteca del poeta Octavio Paz, quien dijo en esa oportunidad: «Los libros se van como los amigos». En este incidente se perdieron primeras ediciones de autores como Rubén Darío, Manuel Díaz Mirón, Manuel José Othón, y la herencia de libros dejados por su abuelo Irineo. Un grupo de admiradores del poeta llevó algunos de los textos a un laboratorio de restauración y conservación, y otros los colocaron en cofres.

Aproximadamente a las 15.30 del 3 de febrero de 1997 comenzó un incendio en la Feria del Libro de Calcuta, y durante una hora se quemaron más de 600 puestos; además del saldo de un muerto y más de 40 heridos, desaparecieron miles de obras.⁵¹⁰

La agencia de noticias *Associated Press*, en una nota del miércoles 5 de febrero de 1997, reseñó un incendio inexplicable en el Observatorio Astronómico Pulkov, próximo a la ciudad de San Petersburgo; en medio del fuego lo primero en quemarse fue una gigantesca colección de libros reunida en parte por Vasily Struve, fundador del centro, en el siglo XIX. La cuarta parte de los escritos clasificados entre 1500 y 1850 ya se había perdido en la Segunda Guerra Mundial, incluyendo ediciones raras de los libros de Kepler. El fuego de 1997 arruinó el resto.

En abril de 1997, 35.000 libros se quemaron en un incendio en la Biblioteca Shirley, en Estados Unidos. En agosto de 1997 las inundaciones en la República Checa acabaron con miles de libros. La Biblioteca Técnica Estatal de Ostrava, con más de 35.000 textos, sufrió daños irreparables: tal vez el más grave fue la pérdida de 3.600 enciclopedias, diccionarios y libros técnicos básicos de consulta. Algunos testigos cuentan horrorizados que el peor espectáculo fue el de los libros flotando junto a los cadáveres.

III

Los tornados de marzo de 1998 destruyeron la biblioteca Pública de San Pedro, en Minnesota, Estados Unidos, y desapareció su colección de 30.000 libros. El huracán *Mitch*, en octubre de 1998, destruyó más de 295.000 libros en Nicaragua.

Entre la noche del 11 de junio y el mediodía del 12 de junio de 1999, un incendio accidental destruyó por completo los fondos de la Biblioteca Central de las Universidades de Lyon 2 y Lyon 3, biblioteca que fue fundada en 1886 y atendía las demandas de más de 10.000 estudiantes y miles de usuarios externos e internos. El número de pérdidas en este incidente superó los 280.000 libros.

En septiembre de 1999, una inundación destruyó 28.000 libros, videos y documentos en la biblioteca de Rahway. También destruyó las bibliotecas de Park Ridge, Springfield, Fanwood, Caldwell, Berkeley Heights, Summit y Trenton.

Un periódico de la India, *The Asian Age Calcutta*, publicó el 30 de septiembre de 1999 una información donde detalla la inundación que destruyó 80.000 libros del College Street: «El agua destruyó libros raros y manuscritos cuidadosamente preservados por años [...]».⁵¹¹

Entre el 15 y 17 diciembre de 1999, todo el litoral central venezolano fue destruido por las lluvias. La biblioteca de Macuto desapareció. Era, ciertamente, una biblioteca escolar, pero en sus anaqueles se encontraban obras de Joseph Conrad y de grandes poetas como Udón Pérez y Ramos Sucre. Los libros del museo Armando Reverón fueron arrastrados por corrientes de lodo. La biblioteca del Núcleo del Litoral de la Universidad Simón Bolívar, quedó en escombros. Las aguas arrasaron 32.000 ejemplares.⁵¹² En Carmen de Uria, hermoso pueblo completamente devastado, desaparecieron escuelas y bibliotecas.

Las escalofriantes inundaciones europeas del año 2002 arrasaron miles de textos. En un balance provisional, se comenta que la biblioteca de la Universidad Carlos de Praga perdió la tercera parte de la colección de libros jurídicos. También fueron dañados el Archivo Histórico Militar, la Academia de Ciencias, la Orquesta Filarmónica de Checoslovaquia y la Oficina Central de Estadísticas.

El 29 de mayo de 2002, un incendio destruyó 3.000.000 de libros de la colección Belles Lettres, en Gasny, Francia. Había clásicos griegos y latinos, todos editados magistralmente en el prestigioso sello Budé. En este desastroso suceso desaparecieron ejemplares de Plinio, Aristófanes, Platón, Aristóteles, Plotino y decenas de otros maestros de la literatura.

El 3 de junio de 2002 se incendió la Biblioteca West Slope (fundada en 1950), en el área de Raleigh Hills Park, en Portland, y desaparecieron los periódicos y la colección de libros infantiles. El día 9 de diciembre de 2002 otro incendio destruyó el núcleo viejo de Edimburgo. Miles de libros sobre inteligencia artificial se perdieron en la Escuela de Informática.

El terremoto de diciembre de 2003 en Bam, Irán, acabó con toda la ciudad medieval, y destruyó la colección de libros árabes que se encontraba en la biblioteca municipal. Murieron más de 40.000 personas en ese desastre.

No es improbable que el día de hoy, al revisar ud. su diario o ver las noticias en la televisión, haya sabido de otro incidente que ha acabado con miles de libros. La falta de previsión, por una parte, y de defensas eficaces contra la naturaleza ha impedido evitar mayores pérdidas.

DOS GRANDES INCENDIOS DE BIBLIOTECAS: LOS ÁNGELES Y LENINGRADO

«Nunca había ocurrido algo semejante en la historia de las bibliotecas de Estados Unidos», comentó un reverendo en las calles de Los Ángeles al contemplar cómo el humo salía del imponente edificio de la Biblioteca Central. «Nunca fue tan evidente la fragilidad —continuó de esta manera—. Somos humo y somos polvo.» Ciertamente, y más allá de la retórica del momento, fue el mayor incendio en una nación donde existen los mecanismos más modernos para la protección de bibliotecas.

El 29 de abril de 1986, seis días después de la celebración mundial del día del libro, se incendió un depósito de la prestigiosa Biblioteca Pública de Los Ángeles. Cierta falta de previsión, la desidia y el exceso de confianza, provocó que el incendio se prolongase por siete horas y como consecuencia de este acto, numerosas salas resultaron afectadas. Al menos 400.000 libros se quemaron y 400.000 volúmenes más quedaron dañados. Entre otras colecciones, desapareció la correspondiente a inventos norteamericanos y la de ciencia y tecnología.

El 30 de abril, todo era ruinas y desolación. Unos 1500 voluntarios comenzaron desde la cuatro de la tarde a trasladar los libros, en 100.000 cajas, para su posterior recuperación. Los volúmenes estaban mojados y se creyó necesario emplear el protocolo de procedimien-

tos en caso de desastre en bibliotecas, que consiste en su secado y limpieza. Las pérdidas superaron los 20 millones de dólares.

El irreverente Charles Bukowsky (1920-1994) dedicó a este incidente el poema titulado *El incendio de un sueño*:

La vieja biblioteca Pública de Los Ángeles
muy probablemente evitó
que me convirtiera en un
suicida,
un ladrón
de bancos,
un tipo
que pega a su mujer,
un carnicero o
un motociclista de la policía
y, si bien admito que
puede que alguno sea estupendo,
gracias
a mi buena suerte
y al camino que tenía que recorrer,
aquella biblioteca estaba
allí cuando yo era joven y buscaba
algo a lo que aferrarme
y no parecía que hubiera
mucho.

y cuando abrí el
periódico
y leí la noticia sobre el incendio
que había destruido
la biblioteca y la mayor parte de
lo que en ella había

le dije a mi
mujer: «Yo solía pasar
horas y horas
allí [...]».

Antes de la caída del comunismo, se supo del incendio devastador en la biblioteca de la Academia Rusa de Ciencias (Biblioteca Académica Nauk), ocurrido el 14 de febrero de 1988, en la vieja Leningrado, hoy San Petersburgo. Todo comenzó en la sala hemerográfica, en el tercer piso. Esta biblioteca ya se había incendiado en 1747, en 1901 y en 1942.

El registro conservado del hecho indicó que 400.000 libros fueron destruidos y más de 3.600.000 libros sufrieron graves daños, algunos irreparables. En su mayor parte se trataba de textos científicos, rusos, médicos y de investigación en campos heterogéneos, publicados entre los siglos xvii, xviii y xix.

CAPÍTULO SEIS

LOS REGÍMENES DEL TERROR

CONFISCACIÓN Y CENSURA EN EL BÁLTICO

En noviembre de 1940, las tropas soviéticas invadieron Letonia, Estonia y Lituania. Masacraron a la población civil y establecieron una férrea censura. Los soldados confiscaban las obras y luego, animados por sus compañeros, las quemaban para amedrentar.⁵¹³ En Ucrania, los alemanes destruyeron 151 museos, 62 teatros y unas 19.200 bibliotecas.

La ocupación de Estonia fue rápida y estuvo caracterizada por la inmediata prohibición de 212 periódicos y autores contrarios al régimen. Una norma del 22 de agosto de 1940, de Harald Haberman, representante de la Sección de Asuntos Internos del ministerio de Educación, estipulaba que las bibliotecas debían retirar aquellos libros con literatura antisoviética, burguesa, chovinista y teológica. Buena parte de los libros eran entregados en la Universidad Tartu, donde eran destruidos o en la Universidad de Toompes, donde eran expurgados. El 23 de agosto del mismo año, una honorable comisión de bibliófilos seleccionó 1.552 títulos para su remoción de las bibliotecas, pero unos 200.000 volúmenes fueron destruidos. El 23 de octubre fue fundado *Glavlit*, Departamento encargado de la censura editorial.

Cuando los soldados alemanes invadieron Estonia en 1941, prohibieron todos los libros prosoviéticos y los destruyeron. No obstante, los soviéticos volvieron a recuperar el poder en el país y en noviembre de 1944 una orden general facilitó la confiscación de todos

los libros fascistas y antisoviéticos. Entre 1946 y 1950, unas 150.000 obras de la Biblioteca Central de Tallin desaparecieron como consecuencia de la purga cultural. Otra orden propuso la destrucción masiva de todos los libros extranjeros y en 1949 un contratista obtuvo 19.000 rublos por acabar con miles de textos.

REGÍMENES CENSORES

I

La expansión del comunismo conspiró contra la cultura de naciones enteras. Entre 1944 y 1945, decenas de bibliotecas fueron destruidas en Budapest, la capital de Hungría. Bibliotecas como la del Parlamento, la de la Academia de Ciencias y la del Instituto Politécnico resultaron incendiadas sin piedad.⁵¹⁴ En Rumania la situación se repitió: 300.000 libros desaparecieron en los ataques de 1945.⁵¹⁵ La biblioteca del Instituto Politécnico de Jassy fue destruida, junto con 150.000 libros y unas 4.000 revistas sobre temas matemáticos. La división de Alemania permitió a los soviéticos construir un muro para impedir a los occidentales conocer las purgas culturales en la Alemania Oriental, donde en 1953 los comunistas confiscaron 5.000.000 de libros y los destruyeron.

Asaf Rustamov, escritor y defensor de la medicina tradicional de Azerbaiján, ha contado⁵¹⁶ una historia que retrata el régimen de Stalin. Cuando tenía diez años, en julio de 1928, vivía en Lahij, una aldea caucasiana en Azerbaiján, país sometido por el expansionismo comunista. Un grupo de agentes gubernamentales llegó a la villa; ordenaron a todos que reunieran los libros existentes. Cualquiera que desafiara la medida, moriría; quien a las cinco de la tarde del mismo día no entregara sus libros, moriría. Las obras estaban escritas en la misma lengua del Corán, pero los agentes consideraban mero opio semejantes lecturas. Al final del día, reunieron al pueblo, lo alentaron a la libertad colectiva, y quemaron las obras. Rustamov no concluye aquí su relato: según él, le tocó hacia 1949, cuando era soldado del ejército ruso, quemar sus propios libros debido a la advertencia que le hizo un agente de la KGB amigo suyo. Quemó toda su biblioteca y sintió un vacío enorme. Varios días después, todavía lloraba.

II

La literatura española fue cortada en dos mitades por el terror del régimen de Francisco Franco. Durante los primeros veintiocho años, se estableció la Ley de Prensa del 22 de abril de 1938, una ley que sólo pudo ser sustituida el 18 de marzo de 1966 por la Ley de Prensa e Imprenta, gestada en buena medida por Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo. Estas dos leyes sirvieron sólo para intimidar y combatir la libertad creativa. Miles de obras fueron convertidas en pasta de papel o quemadas.

En el fragor de los combates contra el régimen de Ceaucescu, en Rumania, más de 500.000 libros de la biblioteca de Universidad de Bucarest fueron destruidos y otras decenas de bibliotecas quedaron en ruinas.

«No hay libros. El Gobierno del Pueblo ha triunfado.» Un letrero con este extraño mensaje se mantuvo colgado en la entrada de la Biblioteca Nacional de Camboya durante algunos meses del inicio del año 1976. En el interior de este centro, campesinos y soldados convivían en barracas junto con cerdos y gallinas que dormían donde antes se encontraban anaqueles y sillas. Los pocos libros que aún sobrevivían eran utilizados para labores cotidianas o para liar cigarrillos.

Este proceso de destrucción en Camboya no se limitó a una Biblioteca o a un año específico. Hacia 1975, los jémeres rojos entraron en Phnom Penh y proclamaron la República Democrática de Kampuchea. Fue el Año Cero de Camboya. Hacia 1976, había una nueva Constitución, y la Asamblea del Pueblo designó al príncipe Sihanuk y a Khieu Sampham en calidad de jefes de Estado y Gobierno respectivamente. Pero fue un engaño, porque al regresar Sihanuk, fue encarcelado y el sanguinario Pol Pot se convirtió en el hombre fuerte. Entre otras medidas, cerró las fronteras de Camboya, suprimió la moneda y desplazó toda la población de las ciudades a los campos. Todo tipo de actividad religiosa fue prohibida, así como la educación privada y la propiedad; todo quedó en manos del régimen. Desde 1975 hasta 1979 el movimiento asesinó a 1.700.000 personas y se ocupó de una purga cultural sin precedentes. Escritores y artistas fueron asesinados al ser considerados inútiles y los libros fueron arrasados sin piedad. Toda biblioteca fue sometida a confiscación. Millones de obras sirvieron para hogueras al igual que cientos de manuscritos antiguos. En total, la cifra de textos aniquilados superó los dos millones.

La era sanguinaria de Augusto Pinochet, en Chile, ha estremeci-

do a hombres de todas las latitudes por la impunidad que la distingue. Después del 11 de septiembre de 1973 comenzó una feroz represión contra todos los sectores que apoyaron a Salvador Allende. Fue atacada la Editorial Quimantú, donde se cortaron en pedazos millones de textos. Asimismo hay constancia de que se destruyeron libros como *Canción de gesta* de Neruda, *Mister Jara* de Gonzalo Drago y *Puerto Engaño* de Leonardo Espinoza. Poco después, los censores hicieron cerrar la librería y la editorial PLA (Prensa Latinoamericana) y la distribuidora UDA. El plan de los militares golpistas fue propiciar un control absoluto sobre la actividad editorial, y no fueron raras las cacerías para dar con textos de tendencia socialista.

Durante la dictadura de Pinochet, cientos de miles de libros fueron confiscados y destruidos. El 28 de noviembre de 1986, por ejemplo, las autoridades del puerto de Valparaíso quemaron 14.846 ejemplares de *La aventura de Miguel Littin*, *Clandestino en Chile* del escritor colombiano Gabriel García Márquez. También fueron destruidos ejemplares de los libros de Jorge Edwards y de Ariel Dorfmann, así como ediciones de poetas como Neruda o textos sobre el presidente derrocado Salvador Allende.

En medio de la guerra de Vietnam hubo tiempo para perseguir a los sacerdotes budistas entre 1963 y 1968. Las bibliotecas de sus templos fueron incendiadas, especialmente en la ofensiva Tet de 1968: en esa ocasión miles de libros quedaron destrozados y esparcidos en las calles. Algunos de los documentos y libros que se salvaron se encuentran hoy en Ciudad Ho Chi Minh.

Los kurdos han sido perseguidos por los turcos y por los iraquíes con gran crueldad. Las matanzas son continuas y las quemas de libros frecuentes. En Arbil, ciudad kurda, fue destruida la biblioteca del erudito kurdo Nouri Talabany, con 3.000 libros y decenas de manuscritos. Se estima, no sin optimismo, que más de 250.000 libros de bibliotecas públicas o privadas en villas de los kurdos han sido destruidos. Esta destrucción fue llevada a cabo por orden del gobierno de Saddam Hussein, quien también fue responsable de la destrucción de documentos y libros en Kuwait durante la invasión de 1990.

En otros países árabes, el pueblo, animado por líderes que condenan libros no leídos, ha destruido y sigue destruyendo las novelas de escritores como Zuliekhed Abu-Risheh (publicó un relato titulado *En la celda*), Fadia A. Faqir (escribió un estupendo texto titulado *Nisanit*), Suhair El-Tell, Nawal El-Saadawi, Muthfer El-Nawad, Mahmoud Darwish.

En África, las guerras civiles han desatado odios tribales que han provocado la destrucción de bibliotecas enteras en Angola, Somalia, Uganda, Zambia, Tanzania, Senegal, Namibia, etc., a lo que se ha sumado la falta de presupuestos y personal capacitado. Durante la guerra de Nigeria, entre 1967-1970, no quedó una sola biblioteca abierta en todo el país.

LA REVOLUCIÓN CULTURAL EN CHINA

El 18 de agosto de 1966, el mundo entero supo de la Guardia Roja, un ejército de militantes fanáticos del comunismo en la República Popular China. La impresión que causó este descubrimiento fue enorme, por diversas razones. La primera porque este grupo de jóvenes procedentes de las ciudades y de los campos vociferaba, en la plaza Tiananmen, en Pekín, citas del *Libro Rojo* de Mao Zedong, y, en nombre de ese libro, pedía una transformación radical de la nación. La segunda, porque junto a ellos, con la cabeza reclinada, varios intelectuales y antiguos dirigentes caminaban portando carteles donde estaban descritas sus fechorías contrarrevolucionarias, su oportunismo, sus miserias contra el pueblo y toda clase de pecados capitales.

En cierto modo, Mao Zedong, hacia 1966, sabía que era necesario cambiar de estrategias porque sus enemigos se estaban apoderando de espacios políticos y militares importantes, y las grandes contradicciones y fallos del Gran Salto Adelante, que lo habían obligado a abandonar los escenarios públicos, exigían una iniciativa rápida. En la Undécima Sesión Plenaria del Octavo Comité del Partido, el 8 de agosto, hizo que se promulgase la Gran Revolución Cultural Proletaria,⁵¹⁷ en un texto que vendría a ser conocido como el de los Dieciséis Puntos.

Días más tarde, se reunió con el movimiento Hongweibing (Guardia Roja), integrada por jóvenes de entre doce y treinta años, organizados en secciones y destacamentos, con cuarteles generales provinciales y municipales. En la plaza, mostró a sus opositores el nuevo instrumento de lucha que tenía, y para demostrar su apego a los rebeldes, se colocó una banda roja. El nuevo grupo, que llegaría a contar con millones de miembros, era muy útil porque garantizaba poder mantener a raya a cualquier disidente a través de acciones de vigilancia e intimidación.

La Revolución Cultural se puso, pues, en marcha. En el fondo, era

un intento de introducir el análisis marxista de la sociedad para destruir los focos de resistencia intelectual y popular y las inclinaciones «capitalistas» de la población y los miembros del Partido Comunista. Mao quería reducir a los que llamó los Cuatro Viejos: costumbres, hábitos, cultura y pensamiento. Se trazó como objetivo la construcción de un nuevo país, pero bajo las premisas de que no existe «ninguna construcción sin destrucción» y de que «es justo rebelarse contra los reaccionarios». La magnitud de esta Revolución Cultural, no obstante, vino a conocerse cuando comenzaron los arrestos domiciliarios y los ataques contra los maestros. Desde 1967, se hizo obvio que el terror sería el signo de este proceso.

La esposa de Mao, Jiang Qing, que había sido actriz, se ocupó de la Ópera de Pekín y la transformó a tal punto que logró desestimar los antiguos argumentos operísticos chinos para dar paso a cantos e historias de naturaleza ideológica. En poco tiempo, los intelectuales clasificados como «oportunistas» sufrieron asalto y prisión. En las calles, millones de guardias rojos, vestidos del mismo modo, amedrentaban a los líderes más moderados y sometían por la fuerza a cualquier escritor que no dedicase su obra a la revolución. Desde 1949, la quema de libros era bastante popular, pero se incrementó en 1967, en plena Guerra Fría, cuando sobrevino una etapa de destrucción masiva de obras, a lo largo de toda la nación. La Universidad de Pekín sufrió la confiscación y quema de todos aquellos libros considerados dañinos para la conciencia del pueblo.⁵¹⁸ Era tal la histeria que un autor como Ba Jin ha confesado: «Yo destruí libros, revistas, cartas y manuscritos que yo había almacenado por años [...]. Yo me negaba completamente a mí mismo, a la literatura y a la belleza [...]».⁵¹⁹

Gao Xingjian, ganador del premio Nobel de Literatura en el año 2000, fue enviado a los campos de reeducación y tuvo que quemar una maleta con todos sus textos inéditos. Como él, miles de escritores quedaron confinados o acabaron sus días vejados y olvidados.

La ocupación China del Tíbet, en 1950, por ejemplo, condenó decenas de escritos a su desaparición, pero ya en 1966 el número se incrementó de modo alarmante y tanto la cárcel como la muerte podía costarle a un monje poseer determinados textos, como ha confirmado E. M. Neterowicz.⁵²⁰ Al menos, 6000 monasterios y más de 100.000 monjes fueron atacados.

Una de las historias más espeluznantes del mundo editorial de la Argentina ocurrió durante la dictadura militar.⁵²¹ El 30 de agosto de 1980, en los terrenos vacíos de Sarandí, varios camiones depositaron, bien temprano, un millón y medio de libros, todos publicados por el Centro Editor de América Latina. Minutos más tarde, la euforia policial, legitimada por la orden de un juez federal de la Plata llamado De la Serna, animó a varios agentes a rociar con nafta los ejemplares y a prenderles fuego. Horrorizado, impotente, José Boris Spivacow, fundador del Centro y valiente organizador de eventos culturales, contempló la quema hasta que las risas y el desaire despertaron su ira.

Vale la pena recordar que Spivacow impulsó colecciones que educaron a generaciones de intelectuales en Iberoamérica, como «Cuadernos», «Ediciones Previas» y «Serie del Siglo», en Eudeba. Asimismo, «Historia de América Latina en el Siglo xx», «Historia del Movimiento Obrero», «El País de los Argentinos» y «Los Hombres de la Historia». Fue el primero en sacudir a todo un continente con *El miedo a la libertad* de Erich Fromm.

Graciela Cabal ha resumido el ambiente que imperaba durante la dictadura:

Al principio tuvimos mucho miedo; yo, cada vez que me iba para el Ceal, le decía a mi vecina de arriba que si a determinada hora no volvía se llevara a mis tres hijos a la casa de mi mamá. Pero, a la vez, nos acostumbramos a trabajar en ese contexto de terror. El escritorio donde yo me sentaba —por ejemplo— tenía un agujero, que fue dejado por el impacto de una de las bombas que tiraron a la editorial, y yo apoyaba los papeles al lado. De repente llamaban de un depósito, nos avisaban que había habido un allanamiento y que venían para la redacción. Nosotros nos preparábamos, tirábamos carpetas, escondíamos agendas en el jardín, incinerábamos papeles. Les decíamos a los vecinos que íbamos a hacer un asado y quemábamos papeles en la bañera, que quedaba negra del humo.

También las bañeras de nuestras casas estaban negras. Yo rompí y quemé muchos libros, y fue una de las cosas de las que nunca me pude recuperar. Lo hacía y lloraba porque no quería que mis hijos me vieran, porque no quería que lo contaran en la escuela, porque no quería que supieran que su madre era capaz de romper libros... Porque sentía mucha vergüenza.

Los libros del depósito de Sarandí ardieron durante tres días, algunos habían estado apilados y se habían humedecido, así que no pren-

dían bien. La colección [...]. Nueva Enciclopedia del Mundo Joven, fue quemada íntegra. Me acuerdo de que en uno de los fascículos, de historia del feudalismo, había un príncipe que no se terminaba de quemar. El pobrecito era un príncipe medio afeminado y lleno de flores que se resistía a la hoguera [...].

La Operación Claridad, gestada por el general Roberto Viola con el propósito de decomisar libros marxistas, preparó fichas para delatar obras sospechosas. Cada registro debía contener los siguientes datos: «1) Título del texto y la editorial. 2) Materia y curso en el cual se lo utiliza. 3) Establecimiento educativo en el que se lo detectó. 4) Docente que lo impuso o aconsejó. 5) De ser posible se agregará un ejemplar del texto. Caso contrario, fotocopias de algunas páginas, en las que se evidencie su carácter subversivo. 6) Cantidad aproximada de alumnos que lo emplean. 7) Todo otro aspecto que se considere de interés».

Al menos 697 libros fueron confiscados en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Entre Ríos. Con todo este material se hizo una hoguera. En abril de 1976,⁵²² un grupo de fanáticos quemó en la ciudad de Córdoba *El Principito* de Antoine Saint-Exupéry, porque lo consideraban contrario a los valores tradicionales. La misma hoguera sirvió para incinerar obras de Marcel Proust, Gabriel García Márquez, Pablo Neruda y Mario Vargas Llosa.

La quema de libros fue acompañada de otras acciones no menos intimidatorias. Las oficinas de Siglo XXI fueron clausuradas y los editores detenidos. La Editorial Galerna de Guillermo Schavelzon fue atacada con explosivos. Asimismo fueron quemados los libros de la editorial de la Fundación Constancio C. Vigil de Rosario, además de las sanciones legales contra sus editores. La librería To Be, propiedad de Omar Estrella, en Tucumán, fue arrasada.

En medio de un silencio inexplicable, el 24 de marzo de 1976 fueron secuestrados Alberto Burnichon, Carlos Pérez, Héctor Fernández, Horacio González e Isabel Valencia, dueños estos últimos de la prestigiosa Librería Trilce. La lista de desaparecidos engrosó con los nombres del editor Roberto Santoro, Enrique Alberto Colomer, de Riverside, Claudio Ferrari, pilar de los libros de «La Opinión», el librero Maurice Geger, corrector de pruebas de «La Gaceta de Tucumán», Silvia Lima, Conrado Guillermo Cerreti y Enrique Walker, corrector de la Editorial Abril. Daniel Luaces, uno de los redactores del Centro Editor de América Latina (CEAL), fue asesinado vilmente y la asistente de la editorial, Graciela Mellibovsky, desapareció, lo mismo

que Piri Lugones, Héctor Abrales, redactor técnico de CEAL, Diana Guerrero, traductora del CEAL, Ignacio Ikonkof y decenas más de hombres y mujeres. Hogar por hogar, los militares buscaban ejemplares comprometedores, los confiscaban y destruían sin clemencia.

Como detalle curioso, aunque también como algo más que eso, vale la pena destacar el caso de Oscar Elissamburu y Nélica Valdez, su esposa. Ambos, durante la dictadura, con apenas veintinueve años, enterraron una veintena de libros para no quemarlos en casa. Escogieron los libros peligrosos, es decir, *El libro rojo de Mao*, *Las venas abiertas de América latina* de Eduardo Galeano, *El diario del Che* en Bolivia, y otros. En el 2001, mientras miraban un vídeo sobre los desaparecidos, recordaron el incidente y desenterraron las obras, lamentablemente destruidas debido a que las bolsas que los contenían no resistieron la humedad.

FUNDAMENTALISTAS

Desde el 5 de octubre de 1988, han muerto en Argel más de 60 periodistas y escritores. El 27 de mayo de 1993 fue asesinado el escritor y editor de la revista *Ruptures*, Tahar Djaout. Semanas antes él había dicho: «Si hablas, mueres; si no dices nada, mueres. Así pues que habla y muere».

En 1998, Lounes Matoub fue perseguido y acosado hasta la muerte. Y los casos se incrementan. Durante las marchas, los extremistas queman libros en señal de rechazo a sus autores.

El 27 de enero de 1998 fue quemada en Amán, Jordania, una librería cristiana. Además de los libros quemados, se perdieron ordenadores, impresoras, digitalizadores, televisores, 300 cintas de video, y distintos documentos.

La periodista Mary Anne Weaver ha dicho que Nasr Hamed Abu Zeid, profesor egipcio, fue acusado de herejía por un clérigo musulmán de nombre Abdel-Sabour Shahin. En su reportaje, se ha revelado que el acusador, en un raptó de ira, le advirtió a Zeid que regresara del exilio y renunciara a sus ideas: «Debe quemar sus libros públicamente».⁵²³

Los talibanes destruyeron en Kabul, Afganistán, todas las bobinas de películas encontradas y los libros contrarios a su fe. Como si no bastara, el 18 de agosto de 1998, Omar, jefe de los talibanes, visitó Pol-i Jomri, ciudad norteña de Afganistán, y ordenó que 50.000 libros del centro cultural Hakim Nasser Josrow Balji fueran quemados.

CUBA: EL DOBLE DISCURSO

En diciembre de 1999, cientos de libros donados por el Gobierno español fueron destruidos, tras ser colocados en el estacionamiento del edificio del Poder Popular del distrito cerro de la Habana.⁵²⁴ La razón del incidente se debió a que funcionarios del Ministerio del Interior encontraron 8.000 textos con la Declaración de los Derechos Humanos aprobados por las Naciones Unidas en 1948.

Este hecho no es nuevo. En Cuba existe un magnífico sistema sanitario y educativo, pero el lastre ideológico ha sido motivo de persecuciones incontables a intelectuales y de sospechosas destrucciones de libros. En algunos casos, el escándalo ha contribuido a impedir un verdadero análisis de los hechos; de todos modos, la revolución cubana ha sido efectiva en las purgas culturales.

Mientras escribía este libro, me llegaron noticias alarmantes que me conmovieron. La colección de libros de José Maceo fue confiscada y no se volvió a saber de las obras. El 24 de febrero de 2000, la colección de la biblioteca Felix Varela, que ha sido una de las primeras instituciones totalmente libres, fue saqueada en Las Tunas por unos delincuentes interesados, al parecer, en leer novelas de Victor Hugo y Leon Tolstoi. En el año 2003, decenas de bibliotecarios fueron arrestados y algunos de sus libros confiscados y destruidos.

PALESTINA, UN PAÍS EN RUINAS

En junio de 1967, Israel atacó Palestina (Cisjordania, Jerusalén este de Jordania y la franja egipcia de Gaza), así como el Sinaí de Egipto y la zona de Golán en Siria. Como resultado de esta guerra, y tras una serie de acuerdos, Israel devolvió algunos de los territorios ocupados, pero se adueñó de otros, hoy en disputa. Esta lucha, estimulada por sectores extremistas de ambos bandos, ha causado miles de pérdidas con relación a la destrucción de libros y bibliotecas.

Un caso reciente fue debido a la incursión de las tropas de Israel el 29 de marzo del 2002. El 2 de abril, dos de los centros más importantes de la Universidad Al Quds, ubicados en El Bireh, fueron atacados con fuego de artillería. Las aulas de la Escuela de Medicina desaparecieron y la biblioteca fue destruida. El Instituto de Medios y la Televisión Educativa de dicha universidad también sufrieron daños.

El 13 de abril, el Gobierno palestino denunció el ataque contra el Centro Khlalil Sakakini, atacado con granadas, y confiscados los li-

bro que contenía. El 14 de abril fue incendiada la biblioteca de la Universidad Bethlehem, aunque los daños pudieron minimizarse debido a la acción rápida del cuerpo de seguridad de esta institución. Al menos gran parte de la infraestructura del Centro Cultural Francés de Ramallah fue bombardeada y el fuego de ametralladoras acabó con casi 4.000 libros. El Centro Cultural Greco-Macedonio fue reducido a escombros por el lanzamiento de diez cohetes. Las bibliotecas municipales no escaparon a la destrucción sistemática de cintas de vídeo, grabaciones y libros (con o sin propaganda). Al-Bireh fue uno de los blancos.

A saber, el 22 de abril fueron quemados los archivos de Ramala, donde se guardaban los documentos y registros de propiedad de la tierra, además de las historias de más de un millón de estudiantes de primaria, enseñanza media y universitaria, algunos registros de seguros, patente vehicular, registros policiales y, en suma, todo lo concerniente a la vida de Palestina.

La ALA (American Library Association) presentó una resolución para condenar estos hechos el 19 de junio del 2002. Por desgracia, este mensaje no ha detenido la destrucción cultural presente actualmente en Palestina que parece, por el contrario, incrementarse.

CAPÍTULO SIETE

EL ODIO ÉTNICO

EL LIBRICIDIO SERBIO

I

«Aquí no queda nada —comentó Vkekoslav, un bibliotecario—. Vi una columna de humo, y los papeles volando por todas partes, y yo quería llorar, gritar, pero me quedé arrodillado, con las manos en la cabeza. Toda mi vida tendré esta carga de recordar cómo quemaron la Biblioteca Nacional de Sarajevo.» Un escritor bosnio, Ivan Lovrenovic, ha contado que, en efecto, la Vijećnica, el imponente, elevado y colorido edificio dedicado a albergar la Biblioteca Nacional de Bosnia y Herzegovina, en Sarajevo, abierta en 1896 junto al río Miljacka, fue bombardeada desde las diez y media de la noche del 25 de agosto de 1992 con fuego de artillería.⁵²⁵ La biblioteca tenía 1.500.000 volúmenes, 155.000 obras raras, 478 manuscritos, millones de periódicos del mundo entero, pero fue devastada por órdenes del general serbio general Ratko Mladic por medio de 25 obuses incendiarios, lanzados durante tres días, a pesar de que sus instalaciones estaban marcadas con banderas azules para indicar su condición de patrimonio cultural. Algunos amantes del libro habían formado una larga cadena humana para pasarse los textos y transportarlos a un lugar seguro, y salvaron algunos. Los bomberos intentaron apagar las llamas, sin suerte, porque la intensidad de los ataques no lo permitió. Finalmente, las columnas moriscas ardiéron y las ventanas estallaron para dejar salir las llamas. El techo se

derrumbó y por el suelo quedaron regados los restos de manuscritos, obras de arte y escombros de las paredes y escaleras. Un bombero improvisado, Kenan Slinic, cuando fue abordado por los corresponsales de guerra para que explicara por qué arriesgó su vida por la biblioteca dijo: «Yo nací en esta tierra y ellos queman una parte de mí».

El poeta bosnio Goran Simic escribió el texto *Lamento por Vijecnika* (1993):

La Biblioteca Nacional se quemó los últimos tres días de agosto y la ciudad se ahogó con la negra nieve.

Liberados los montones, los caracteres vagaron por las calles, mezclándose con los transeúntes y las almas de los soldados muertos.

Vi a Werther sentado en la cerca arruinada del cementerio; vi a Quasimodo columpiándose con una sola mano en un minarete.

Raskolnikov y Mersault cuchichearon juntos por días en mi sótano; Gavroche alardeó en un camuflaje fatigado;

Yossarian vendía ya reserva al enemigo; por unos pocos dinares el joven Sawyer se zambulliría lejos del puente del Príncipe.

Cada día más fantasmas y menos personas vivas; y la terrible sospecha se confirmó cuando los esqueletos cayeron sobre mí.

Yo me encerré en la casa. Hojeé las guías de turista. Y no salí hasta que la radio me dijera cómo ellos pudieron tomar diez toneladas de carbón del sótano más profundo de la quemada Biblioteca Nacional.⁵²⁶

¿Cuándo comenzó esta barbarie? La antigua Yugoslavia había sido una nación unida por Joseph Tito con mano de hierro. A su muerte, la incapacidad de los líderes que le sucedieron, resquebrajó esa unidad y desencadenó la aparición de rasgos potenciales: diferencias étnicas entre la minoría serbia y la mayoría bosnia, mal uso de los medios de comunicación, parcelamientos territoriales erróneos, y el militarismo impuesto en toda la sociedad. Pronto, el país se fragmentó en una serie de Estados independientes. Croacia, por ejemplo, se proclamó como República el 25 de junio de 1991, tras un referéndum donde el 85 por ciento de la gente se pronunció a favor de esta medida. La represión brutal del ejército yugoslavo fue tremenda, aunque no impidió que el 15 de enero de 1992 la soberanía de Croacia fuera reconocida por el mundo. Entretanto, ya la guerra se había iniciado, sin necesidad de decretarla. Y una de sus peores consecuencias fue la puesta en práctica, por parte de los serbios, un grupo poderoso, de una política de memoricidio y genocidio contra sus rivales. La estrategia de *damnatio*

memoriae (borrar la memoria) se cumplió de una manera que aún nos estremece. Quemaron millones de libros y aniquilaron a todo un pueblo.⁵²⁷

En la región de Eslovenia, la biblioteca municipal de Vinkovci (fundada en 1875) fue la primera en ser convertida en ruinas el 17 de septiembre de 1991 por dos ataques serbios de artillería. De este modo, 85.000 volúmenes (joyas de la literatura y el pensamiento, manuscritos de notables autores locales) fueron destruidos. La gente, recogía, según han dicho algunos testigos, libros incompletos del suelo y trataba de pegar los pedazos. La biblioteca pública de Pakrac (fundada en 1919) fue atacada con artillería y sus 22.000 textos evacuados, no sin graves pérdidas.

El avance de las tropas serbias no se contuvo frente a los edificios de la Universidad de Osijek: un ataque contra la Biblioteca Central de Agricultura, construida apenas en 1990, destruyó unos 12.000 libros de un total de 30.000. En la misma ciudad de Osijek, los archivos históricos y libros raros fueron destruidos.

El museo municipal de Vukovar, que estaba en una villa del siglo XVIII y contenía 32.513 objetos históricos, 515 volúmenes raros (fechados entre los siglos XVI y XIX) y unos 13.000 libros, fue bombardeado entre el 25 y el 26 de agosto de 1991. El 20 de septiembre un avión bombardeó varias veces el edificio y dejó la biblioteca en llamas; entre el 22 y el 28 del mismo mes, la artillería pesada destruyó cuanto pudo y los libros raros salvados (muy pocos) quedaron a merced de saqueadores que los vendieron en el mercado negro. Aún se encuentran en librerías de viejo de todo el mundo textos procedentes de este lugar.

La biblioteca pública de Vukovar (fundada en 1947), con 76.000 volúmenes, miles de casetes y cintas de vídeo, fue destruida en el otoño de 1991 y los bibliotecarios a duras penas pudieron rescatar las joyas bibliográficas. La biblioteca del Museo Histórico y del museo conmemorativo Lavoslav Ruzicka fue arrasada sin piedad. También en Vukovar sufrió devastación el monasterio de los franciscanos, donde estaban guardados 4 incunables y 17.000 libros editados entre los siglos XV y XX. Hasta la fecha nadie sabe qué se salvó. El 18 de noviembre de 1991, las fuerzas serbias tomaron Vukovar y expulsaron a sus 50.000 habitantes (sobre todo mujeres y niños); cada libro considerado indeseable fue quemado.

II

Antes se decía que en Dalmacia estaba el corazón de Yugoslavia y tal vez por eso fue atacada con tanto odio. En Zadar, la Biblioteca Científica, un precioso monumento de 1850 elogiado por los turistas, fue destruida por artillería el 5 de octubre de 1991. De las 600.000 obras, 33 incunables, 1.080 manuscritos, 370 pergaminos, 1.350 libros raros, 1.500 partituras musicales, 5.566 periódicos, 929 revistas, 1.200 mapas, 2.500 fotos y 60.000 documentos misceláneos, los soldados serbios saquearon cuanto pudieron. Por desgracia, en octubre de 1991, las tropas fueron obligadas a retroceder y en su marcha no supieron qué hacer con los 200.000 libros robados. La decisión de los oficiales fue considerada magistral por todo el ejército: una vez salvados los textos con caracteres latinos, los demás fueron arrojados a las llamas. Algunos han afirmado que unos días más tarde el humo todavía podía verse a decenas de kilómetros.

La biblioteca municipal de Zadar (reliquia de 1857), con unos 60.000 libros, fue atacada con bombas el 9 de octubre de 1991, pero esta vez sólo sufrió graves daños la colección de partituras y libros de música de la Escuela de Música.

En Dubrovnik, la biblioteca del Centro Interuniversitario fue alcanzada el 6 de diciembre de 1991 por proyectiles incendiarios y 20.000 libros desaparecieron para siempre. La Biblioteca Científica, fundada en 1950, conservaba 200.000 volúmenes, 922 manuscritos, 77 incunables, casi 10.000 libros raros y 7.783 periódicos. Allí podían leerse los 13.000 libros de la colección del *Collegium Ragusinum*. Todo esto fue destruido por más de 60 obuses el 19 de noviembre de 1991 y por 5 proyectiles el 8 de junio de 1992. La ciudad de Dubrovnik, el lugar donde se creó la primera farmacia europea, patrimonio de la humanidad, resultó destruida a lo largo de 1991. El 6 de diciembre de ese triste año, 800 proyectiles arrasaron con todo.

La biblioteca municipal de Drnis, con 15.000 volúmenes, fue saqueada sin misericordia. Según los informes, como consecuencia de este vandalismo en Croacia, en 1991 fueron destruidas más de 195 bibliotecas, a las cuales deben añadirse 11 bibliotecas de Universidades, 3 de centros de investigación, 8 de uso de especialistas, 12 de carácter histórico, 23 de uso público y 138 destinadas a los niños.

III

En Bosnia-Herzegovina fueron perpetrados los actos de violencia más desproporcionados de la historia de Europa. Ya he descrito cómo fue destruida la Biblioteca Nacional de Sarajevo, pero es que no fue el único blanco. El Instituto Oriental de Sarajevo, con 5.263 manuscritos árabes, turcos, persas, griegos y bosnios, 7.000 documentos del siglo XVI al siglo XIX y 10.000 textos especializados, fue atacado con bombas incendiarias desde las colinas vecinas.

La biblioteca municipal de Sarajevo, con 300.000 libros, al final de la agresión redujo sus volúmenes a la mitad. El museo Nacional de Bosnia, con 400.000 libros, fue atacado y parte de su patrimonio sufrió importantes destrozos. La biblioteca de los franciscanos en Nedjarici fue saqueada. En Mostar, 50.000 libros fueron destruidos en el ataque incendiario a la biblioteca del Archivo en mayo de 1992. La biblioteca de la Universidad de Mostar, en un momento de desesperación de los agresores, fue destruida con obuses, granadas y armas incendiarias. La biblioteca municipal de Mostar también fue incendiada, pero la determinación de los bibliotecarios salvó más de la mitad de los libros.

El ya citado Lovrenic⁵²⁸ ha confesado que en mayo de 1992 debió huir dejando atrás su biblioteca, compuesta por cientos de clásicos de la literatura, manuscritos con diarios, ensayos y relatos, una Biblia Vulgata de 1883, un Diccionario Latin-Croata y una copia del *Catecismo* de Fray Matija Divkovic de 1611. Esta biblioteca fue quemada por los serbios con el fin de calentar a los soldados.

IV

Entre 1993 y 1994, mientras la Organización de las Naciones Unidas discutía la posibilidad de juicios rigurosos a criminales de las guerras en Bosnia, las milicias del HVO (nacionalistas croatas de Bosnia) destruían sin piedad diversos monumentos musulmanes. Entre otros edificios, arrasaron bibliotecas públicas y privadas.

La biblioteca de la comunidad musulmana de Stolac fue quemada a mediados de julio de 1993, con lo que desaparecieron cientos de libros y unos 40 manuscritos de los siglos XVII al XIX. La Biblioteca de la Mezquita del Emperador, con cientos de manuscritos antiguos también fue exterminada. Al finalizar la labor, las ruinas fueron di-

namitadas para evitar su posterior reconstrucción. La biblioteca de la Mezquita Pogradska fue incendiada en el fragor de los combates, a las 11.00 del día 28 de julio de 1993. Según diversos informes, las enormes bibliotecas privadas de decenas de familias fueron quemadas, aunque sobresalen las de familias como los Behmen, Mahmutcehajic, Mehmedbasic y Rizvanbegovic.

Se cree que desde 1992 hasta el final de la guerra fueron afectadas 188 bibliotecas, 43 completamente destruidas, y resultaron devastadas 1.200 mezquitas, 150 iglesias católicas, 10 iglesias ortodoxas, 4 sinagogas, 1.000 monumentos culturales, y esa cuenta aún está incompleta.

Los informes del Consejo de Seguridad Europea se han referido a «una catástrofe cultural y europea de una amplitud aterradora»⁵²⁹ y en un informe penoso, melancólico y severo, la Comisión de Expertos de las Naciones Unidas estableció que hubo «destrucción intencional de bienes culturales que no se puede justificar por la necesidad militar».⁵³⁰ Ni siquiera los nazis lograron destruir libros con tanta eficacia.

V

En el año 2000, una Misión de la Administración Provisional de las Naciones Unidas en Kosovo (UNMIK), junto con especialistas designados por la UNESCO, por el Consejo de Europa (COE) y por la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones Bibliotecarias (IFLA), visitó Kosovo, en Albania, entre el 25 de febrero y el 7 de marzo. Buscaban evaluar los daños causados por las purgas de los serbios y encontraron que la situación era peor de lo pensado.

El informe elaborado incluía las siguientes estadísticas: 3 bibliotecas centrales fueron destruidas con 261.000 libros quemados y 62 bibliotecas provinciales destruidas con 638.000 libros quemados.

Los serbios arrasaron con la cultura de Kosovo por razones étnicas. Entre 1991 y 1995, más de 100.000 libros fueron destruidos en la Biblioteca Nacional. Otros 100.000 libros, junto con 8.000 revistas e incontables periódicos fueron sacados de la biblioteca en camión y llevados a una hoguera pública.

Los líderes serbios han contraatacado esta información con notas de prensa donde acusan a los albaneses independentistas, definidos como terroristas y criminales, de destruir 2.000.000 de libros serbios en Kosovo. A esto añaden que las bibliotecas de Pristina,

Prizren, Djakovica, Istok, Glogovac, Srbica, Podujevo y de muchas otras ciudades que estaban bajo el poder de los grupos albaneses, fueron expurgadas. Se ha alegado que 11.000 libros serbios de la biblioteca Vuk Karadzic fueron convertidos en pasta de papel en Vladicin Han.

CHECHENIA SIN LIBROS

La imagen a tener presente, ahora, es la de Edilbek Kasmagomarov, director de la Chejova, la biblioteca más importante del Cáucaso norte, sentado sobre la grama de un oscurecido estadio de fútbol, en 1995, aterido de frío, mientras observa de lejos, o de cerca, poco importa, las puertas de los depósitos del sótano, donde están almacenados los únicos 20.000 libros que se salvaron del bombardeo realizado por los rusos en la ciudad de Grozny y en la biblioteca. En 1994, la colección de esta biblioteca era de 2.648.000 obras, en más de treinta lenguas, y un índice de patentes de 800.000, que abarcaban desde 1957 hasta 1992. «No hay nada que hacer —ha comentado el bibliotecario—, todo ha sido destruido.» Un joven de pelo castaño, con un cigarro a medio fumar, replica: «Y esto es sólo el comienzo», y acaso recuerda algo. Es posible que estuvieran acompañados por algunos amigos, o solos, pero este caso es ejemplar porque el terror de estos hombres, para el año 2003, no ha cambiado, pues no hay una sola biblioteca en pie en toda la región.

Todo este desastre cultural comenzó cuando Chechenia se independizó de la Unión Soviética en 1991; en 1994 las tropas rusas ingresaron en territorio checheno y arrasaron Grozny para transmitir un mensaje a los seguidores del líder local Dzhokhar Dudayev. Entre 1994 y 1996 murieron 80.000 personas y quedaron 200.000 refugiados. De una forma humillante, el ejército ruso tuvo que retirarse, y se instaló un nuevo gobierno; en 1999 las acciones contraofensivas comenzaron. Fueron definidas como terroristas, pero habría que conocer mejor lo sucedido para atreverse a juzgarlas como tales.

En el inicio de la guerra había más de 1.000 bibliotecas en la región y más de 11.000.000 de libros, una red de 109 bibliotecas científicas, redes bibliotecarias en la Universidad de Grozny, el Instituto Petrolero y el Instituto Pedagógico, 14 bibliotecas técnicas y 450 bibliotecas escolares. Hacia 1995, los rusos habían destruido la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Nacional Infantil, la Biblioteca Nacional Médica, las bibliotecas universitarias y la Biblioteca Central de Cien-

cias. Más del 60 por ciento de los bibliotecarios huyó y cientos de lugares quedaron cerrados.

De esta manera, millones de textos fueron saqueados y destruidos. Sin embargo en Occidente esta barbarie, denunciada numerosas veces, sigue sin dolientes. Los mercados negros del arte y de los libros están repletos de textos procedentes de esta zona.

CAPÍTULO OCHO

RELIGIÓN, IDEOLOGÍA, SEXO

PURGAS SEXUALES

Oscar Wilde fue condenado a prisión, en 1895, por mantener relaciones escandalosas con un joven de su mismo sexo, lord Alfred Douglas. El escándalo supuso que sus libros fueran destruidos y, en algunos casos particulares, execrados. Esta purga sexual se mantuvo en el siglo xx.

Un caso sorprendente es el de John Henry Mackay, cuyo primer libro, debido a la ambigüedad sexual de su personaje, fue quemado en 1909 y otra edición de 1913 fue destruida por los nazis.

En 1949, el ministro de Educación de Venezuela, Augusto Mijares, un célebre historiador, ordenó la quema de las *Memorias* de Bous-singault por las alusiones sexuales a la vida de Simón Bolívar. El funcionario en cuestión comentó después con cinismo: «Lo que yo mandé incinerar como ministro de Educación fue un extracto en 166 páginas de aquellas memorias».⁵³¹

El escritor Juan Álvarez Garzón ha advertido que su novela *Gritaba la noche* (1962) fue quemada porque el tema hirió la sensibilidad cristiana del gobernador Carlos Moncayo Quiñónez. En 1982, ardieron muchos ejemplares de *Anne on My mind* de Nancy Garden, porque algunos estudiantes consideraron obscenas sus propuestas. La autora, quien no por eso ha dejado de vender miles de libros infantiles, recordó ese incidente en *The year they burned the books* (1999), donde presentó a un grupo que constituye una sociedad denominada Familias por los Valores Tradicionales. Este sindicato moral quema los libros de la protagonista.

En marzo de 1997, los bibliotecarios de la Escuela Hertford ordenaron la destrucción de 30.000 libros donados sobre temas homosexuales. Anne Saita ha informado de que 35 voluntarios, durante ocho horas, enterraron los libros.⁵³² El Superintendente de la Escuela, Andrew Carrington, se justificó al definir los libros como inapropiados para escolares.

LAS PURGAS CULTURALES

La noche del 31 de mayo de 1981, un grupo de fanáticos que había recibido instrucciones directas del Partido de Unidad Nacional, en Sri Lanka, prendió fuego a la biblioteca Jaffna, fundada en 1841 y ubicada en un magnífico edificio en 1950, con 97.000 libros y manuscritos de la cultura tamil. Una de las obras era *Yalpanam Vaipavama*, crónica histórica sobre Jaffna, cuya única copia estaba en los anaqueles.⁵³³

En la India, un grupo de estudiantes quemó el estudio de Katherine Mayo, *Mother India* (1927). En 1992, la biblioteca de Srinagar ardió y centenares de manuscritos antiguos fueron destruidos.

Durante la captura de la ciudad de Khojali, en febrero de 1992, fueron asesinadas más de 1.000 personas, sobre todo niños y mujeres. Por si esto no fuera suficiente, las tropas armenias invadieron Shusha en 1992, y comenzaron por atacar en todo el país más de 927 bibliotecas y más de 22 museos. Como consecuencia, 4.600.000 libros fueron destruidos, incluyendo copias de tratados antiguos de filosofía y música. También desaparecieron 40.000 libros raros.

Una satisfacción similar a la de los nazis, aunque en menor intensidad, sintió el obispo Nikon Mironov de la Iglesia ortodoxa rusa, cuando ordenó en 1998 quemar decenas de ejemplares de tratados teológicos donde se proponía a la fe ortodoxa interactuar con otros credos religiosos. De este modo, las obras de John Meyendorff, Alexander Men, Nikolai Afanasiev y Alexander Schmemmann fueron destruidas públicamente en Ekaterinburgo.

Activistas contra el *apartheid* demostraron su tolerancia al atacar en Amsterdam la biblioteca de la Sociedad Holandesa-Sud-Africana y arrojar todos los libros a los canales.

En marzo de 1999, fue atacada una sinagoga de la ciudad siberiana de Novosibirsk. De acuerdo con el informe de daños, fueron destruidas preciosas reliquias y prístinos textos religiosos. El peor daño ocurrió en la Congregación B'nai Israel: la biblioteca fue completa-

mente destruida, junto con decenas de videos sobre la historia del pueblo hebreo, el Holocausto y las tradiciones rabínicas.

Según una estadística perversa, entre enero de 1995 y septiembre de 1998, más de 670 centros religiosos fueron atacados por grupos fascistas. El objetivo no son siempre los judíos: en abril de 1999, una librería de textos religiosos de Kansas City llamada Steel's Used Christian Books fue incendiada y más de 100.000 libros quemados sin que fuera posible detener a un solo culpable.

Los árabes también han sufrido purgas culturales. En 1998, un librero francés, de cuyo nombre no quieren acordarse los medios europeos, fue condenado a dos años de suspensión por destruir libros musulmanes y arábigos en una Biblioteca Municipal de París. El fanático escondía los libros árabes y se los llevaba a su casa, donde los quemaba. Un movimiento contra el racismo y por la amistad entre los pueblos condenó el hecho y cuestionó la débil sanción que recibió el culpable.

En febrero de 1999, el gobierno de Vietnam confiscó más de 700 kilos de libros budistas por atentar contra la cultura del país. Fue detenido Nguyen Thi Phu, un granjero de cuarenta y dos años, a quien se acusó de fotocopiar los textos para su posterior venta. Como en todos los casos precedentes, las obras fueron destruidas.

En 1998 fueron destruidos numerosos libros en Hollins College, en Southwestern Virginia.⁵³⁴ Un grupo llamado Colectivo de Mujeres encendió una gigantesca hoguera donde arrojaron todos los libros, periódicos y revistas a su juicio dedicadas a degradar la condición de la mujer a lo largo de la historia. Volúmenes de Schopenhauer, páginas de la Biblia, fotos del papa, revistas *Cosmopolitan*, cartas de novios machistas y novelas románticas fueron destruidos en cuestión de minutos. Las 50 estudiantes participantes no se retiraron sin celebrar con gritos la desaparición de las odiadas páginas.

En 1996, un tribunal en Bordeaux ordenó la detención de Jean-Luc Lundi, dueño de una librería de textos revisionistas. Los libros fueron destruidos, y se prohibió la venta futura de cualquier ejemplar de este tipo en territorio francés.

LOS ESTUDIANTES Y SU ODIO POR LOS LIBROS DE TEXTO

Una antigua costumbre juvenil es la de quemar textos escolares. Cuando culminé mis estudios de bachillerato, el primer acto consumado, además de las firmas en las camisas, fue prender fuego a todos

los manuales de estudio, lo cual no dejó de impresionarme, pues los profesores avalaban la práctica con sus sonrisas.

Salvador García Jiménez ha escrito:

En uno de los institutos de Bachillerato donde estuve destinado como profesor, en la clausura del curso quemaron los alumnos varios libros en las pistas de baloncesto. El claustro de profesores se echó ridículo las manos a la cabeza, ignorando la clave que le hubiera dado Freud para comprenderlo con su interpretación de aquel episodio de la niñez de Goethe. Cuando éste tira los cacharros de la vajilla a la calle para hacerlos trizas tras el nacimiento de su hermano, está realizando un acto simbólico mediante el cual manifiesta su deseo de arrojar al bebé que acaba de pisar el mundo para perturbarlo por la ventana. Para aquellos alumnos, el manual de Literatura que arrojaron a la hoguera representaba a su exigente, estúpida y pedante profesora.

Quien superó a todos en vengarse del daño que le habían causado los textos fue el anónimo estudiante que prendió fuego a la Biblioteca Nebrija de la Universidad de Murcia. Tras pasar la noche oculto entre sus libros, a las seis menos cuarto de la mañana los roció con una lata de gasolina para que ardieran hasta los incunables. Los sermones del siglo xv, tan cargados de infierno, encontraron anillo a sus palabras; la *Historia de las hierbas y plantas* de Dioscórides gimieron como las brasas de una encina; el *Libro de la vanidad del mundo* de Diego de Estella se retorció borracho de gasolina; el *Ceremonial de los oficios de difunto* despabiló sus velas... El culpable anda desaparecido después de dos años; todos lo buscaban en caliente para expedientarlo y condenarlo, nadie para saber de sus labios las cabronadas que le habrían hecho los profesores para tomarla con sus adoradas pieles de becerro. La noticia aireada por la prensa dejaría a muchos estudiantes que no se habían atrevido a ello purificados con sus llamas [...].⁵³⁵

En junio del 2001, hubo un caso escandaloso en las arenas de la playa La Victoria, en Cádiz, donde cientos de estudiantes se reunieron para hacer una gran hoguera. Entre risas y gritos, arrojaron a las llamas todos sus textos, incluyendo algunos de los libros de lectura obligatoria. De este modo, ni siquiera algunos clásicos de la literatura española se salvaron en medio de lo que iba a ser, únicamente, un acto de fin de curso.

Uno de los rituales secretos de Harvard consiste en que al finalizar el curso se queman los libros del último año. De esa forma, habitualmente, desaparecen decenas de manuales académicos.

EL CASO «HARRY POTTER»

El domingo 30 de diciembre de 2001, en Alamogordo, al sur de Nuevo México, en Estados Unidos, una comunidad religiosa quemó cientos de ejemplares de la serie literaria juvenil que impulsó el prestigio del inolvidable Harry Potter, personaje creado por J. K. Rowling.

Jack Brock, pastor obsesionado con esta serie de libros, advirtió al mundo, por distintos medios de comunicación, que la intención de su grupo era destacar que Harry Potter era inconveniente para los jóvenes ya que estimulaba el aprendizaje de sortilegios y hechicerías. «Ese Potter es un producto diabólico», dijo. Y finalizó su discurso con este mensaje: «Harry Potter es el diablo y está destruyendo a la gente».⁵³⁶

Brock y todos sus feligreses admitieron, por supuesto, no haber leído nunca un libro sobre este feliz personaje. Alguno de los presentes, además, no olvidó lanzar a las llamas las novelas de Stephen King.

CAPÍTULO NUEVE

ENTRE ENEMIGOS NATURALES Y LEGALES

SOBRE LOS ENEMIGOS NATURALES DE LOS LIBROS

I

Horacio lamentaba la futura desaparición de su obra por la polilla. Es triste pensar, en verdad, que este gusano de los libros haya reducido tantas miles de obras a desechos. De esta especie, hay algunos particularmente destructivos como el *Anobium pertinax*, el *Anobium punctatum*, el *Anobium eruditus* y el *Anobium paniceum*. También debo mencionar el *Xestobium rufovillosum*, causante de los agujeros en cientos de textos de los siglos xv, xvi, xvii y xviii. La *Oecophora pseudopretella* abre agujeros enormes en una página y puede acabar con un volumen en poco tiempo.

En una carta de Cincius Romanus a un discípulo de Petrarca llamado Francisco de Fiana, la cual data al parecer de 1416, se advierte cómo durante un viaje al monasterio de San Gall en Alemania pudo encontrar en la torre de la iglesia «incontables libros mantenidos como cautivos y la biblioteca descuidada e infestada con polvo, gusanos, hollín, y todas las cosas relacionadas con la destrucción de libros [...]». ⁵³⁷

Entre los *Lepidoptera* (lepidópteros), hay dos familias nocivas para los libros. Los *Tineidae* (tinéidos), pequeños, de un gris pardo, tienen larvas capaces de devorar encuadernaciones casi completas. La otra es la *Tineola pellionella*, una polilla destructora.

En el caso de los insectos, es obvio que los que devoran plantas se

sienten atraídos por la celulosa presente en el papel, la madera, telas, cortinas, tapices, hilos, las cuerdas y telas de las encuadernaciones. Hay adhesivos usados por encuadernadores que tienen un origen vegetal, como los engrudos, elaborados con harina, o de origen animal como la famosa goma de carpintería, hecha a partir de gelatinas.

La lista de insectos perjudiciales es bastante extensa, por lo que voy a limitarme a resaltar los más interesantes.⁵³⁸

En primer lugar, hay que mencionar a los *Thysanura* (tisanuros), que incluyen el *Lepisma saccharina* (pececillo de plata), cuyo color es plumizo, y se distingue por su cubierta de escamas. Tiene un cuerpo fusiforme, culminado en tres largos y delgados filamentos. De hábitos nocturnos, come papel, goma, cuero o textiles. Raspa las superficies con gran precisión y sentido de limpieza, y ocasiona perforaciones pequeñas, similares a las de las ratas. Cuando destruye el cuero o el pergamino, deja hoyos con forma de embudo.

Siguen los *Blattodea* (blatarios), que dejan sus huevos entre los lomos. Numerosas bibliotecas contienen miles de miembros de la especie cucaracha negra (*Blatta orientalis*), la *Blatella germanica* (cucaracha rubia) y los *Periplaneta americana* (los cucarachones). En los trópicos, se comen la madera y todo el papel húmedo que encuentren a su paso. También devoran el cartón de los lomos, las etiquetas de los dorsos de los volúmenes y su encuadernación, además, que ensucian con sus excrecencias el papel de los libros.

Entre los *Orthoptera* (ortópteros) el inocente *Gryllus domesticus* puede destruir libros porque come papel, tela, cuero y pegamentos. En cuanto a las termitas, incluidas entre los *Isoptera* (isópteros), en ocasiones alados, debido a su fuerte gusto por la madera y la celulosa, suelen ser grandes destructoras de bibliotecas en continentes como África o en Iberoamérica.

Los *Ptinidae* (tínidos) mínimos y convexos, se alimentan de madera, cueros, lana y hasta de pieles. La especie *Ptinus fur* puede acabar con pergaminos y encuadernaciones. Crean perforaciones en el papel, y ocultan sus larvas en el fondo.

También hay que mencionar aquí los *Corrodentia* (corrodencios), unos piojos con antenas largas que comparten su hábitat con líquenes y mientras los hongos destruyen el papel, se aprovechan de esta labor perforando las hojas, siendo las más dañinas las especies *Trogium pulsatorium* y *Liposcelis divinatorius*.

Los *Coleoptera* (los coleópteros) incluyen a los derméstidos, son particularmente destructivos porque atacan las encuadernaciones de cuero y pergamino.

Entre los *Cerambycidae* (cerambícidos), enormes y oblongos, están los *Hylotrupes bajulus*, comedores de madera y papel.

II

En cuanto a los *Hymenoptera* (himenópteros), el peligro está en su modo de colocar las larvas, pues perforan las hojas. Las *Formicidae* (formicídos), que incluye a las hormigas, tienen a las *Camponotus*, con una voracidad increíble que les permite destruir papel. Y las abejas carpinteras, incluidas entre los *Anthophoridae* (antofóridos), de color negro, son capaces de hacer canales completos de una longitud superior a los 10 cm en los libros de un mismo anaquel.

Se conoce que la especie *Vespidae* (véspidos), donde están las avispas cartoneras, negras y amarillentas, son potencialmente nocivas si construyen sus nidos en un anaquel, porque usan hasta el papel. Hay mención de daños causados por miembros de las *Vespa*, las *Eumenes*, en Europa, y el *Sceliphron*, pueden adherir entre si los lomos de dos o tres libros, provocando deterioros por causa de la humedad del barro y la adhesión del papel.

Uno de los más avanzados formatos del libro en la actualidad es el CD, seguro y capaz de almacenar millones de datos de información. Su composición de aluminio y policarbonatos lo convierte en un material no biodegradable de un alto nivel de duración. No obstante su prestigio, se descubrió en 1999 que es atacado por un hongo del tipo *Geotrichum*, el cual es, en esencia, un hongo común, utilizado, incluso, en la elaboración de quesos y en la de cítricos.⁵³⁹ El *Geotrichum* se introduce en los discos compactos de la siguiente forma: entra por los bordes y mantiene una trayectoria sinuosa que causa daños irreversibles en las pistas del disco hasta destruirlo. Como puede verse, el peligro es real.

Además de gusanos e insectos, las ratas causan graves estragos. Cicerón⁵⁴⁰ fue, tal vez, uno de los primeros autores en considerar el problema: «[...] Habiendo roído hace muy poco las ratas de mi casa la República de Platón [...]».

Hacia el siglo XVIII la biblioteca de Westminster sufrió graves pérdidas por un descontrol en el número de ratas.

En la antigüedad, los papiros y pergaminos estaban condenados a una existencia efímera, que podía prolongarse o acortarse de acuerdo a los más heterogéneos factores climáticos; en cuanto al papel, que se consideró un soporte más perdurable, su contenido de ácido (un PH entre 3 y 6) en los libros elaborados desde los años 1850 hasta finales del siglo xx, permitió comprobar a los expertos que también podía extinguirse.

Al parecer, mientras los papeles fueron hechos con trapos de lino o algodón, su resistencia fue notable, pero la introducción de la pasta de madera y de los nuevos procesos de blanqueo y encolado, provocó, como ha señalado el experto Arsenio Sánchez Hernampérez «la presencia de elementos inestables, como las hemicelulosas o la lignina. Además, el encolado con sales de alumbre y colofonia acelera el rápido deterioro del papel, pues a largo plazo facilita la formación de ácidos que fragmentarán las cadenas moleculares reduciendo su tamaño».⁵⁴¹ En pocas palabras, el complejo de cadenas de moléculas de glucosa unidas por acetales, primordial en la pasta de papel, tiene el defecto de ser atacado por un exceso de iones de hidrógeno. La hidrólisis ácida se caracteriza justo porque rompe esas uniones acetales y altera la estructura de la celulosa, determinando los daños irreversibles que resquebrajan el papel.⁵⁴²

Este percance en la historia del libro comenzó cuando un impresor llamado Didot Saint-Leger, junto con Nicolás Luis Robert, desarrolló una máquina para suplir la mano de obra, que era escasa y costosa. Después de varias pruebas, ambos consiguieron, no sin perjuicio de su propia salud, sustituir el cedazo artesanal por una máquina que constaba de una cinta impulsada por una manivela. En 1798, el invento había conseguido su propósito, que era fabricar papel, pero la falta de estímulos y no pocas deudas, obligaron a sus gestores a vender la idea en Londres, hacia 1803, a los hermanos Fourdrinier, quienes perfeccionaron la máquina con rodillos donde se colocaba una tela sobre la que se depositaba la pasta. El papel de algodón o lino fue sistemáticamente obviado debido a que la máquina Fourdrinier utilizó papel hecho a base de la extracción de la celulosa de la madera.

El uso de la madera fue producto del aislamiento de la celulosa realizado por el científico Anselme Payen, en 1839. Desde entonces los productores de papel sometieron la madera a tratamientos químicos para extraer la celulosa a través de la eliminación de la lignina

y los materiales resinosos que unen las fibras. Hugh Burgess y Charles Watt, patentaron el proceso en Estados Unidos el año 1854: cocían madera de frondosas en sosa cáustica, aplicándoles temperaturas elevadas, para conseguir fibras, que una vez blanqueadas, pudieran servir para elaborar papel estucado y de impresión. Como resultado, los papeles tenían baja resistencia, y se distinguían por su opacidad y blandura. La refinación de estos métodos, a lo largo del siglo XIX, aumentó las ganancias de los editores, pero condenó a la autodestrucción a miles de textos.

La condición de estos libros plantea uno de los grandes retos a los nuevos bibliotecarios. La IFLA ha revelado que sólo en Estados Unidos hay 80 millones de libros con ese tipo de papel; en Alemania, en el sector oeste, 30 millones de libros. La Biblioteca Nacional de Hungría cuenta con unos 230.000 volúmenes condenados a desaparecer. La Biblioteca Nacional de París tiene millones de obras con esa característica. El experto David Hon ha precisado:

[...] de los aproximadamente 20 millones de libros y panfletos de la colección de la Biblioteca del Congreso, aproximadamente el 30% se encuentra en un estado tan crítico de conservación que no pueden circular. Una inspección en la Biblioteca Pública de Nueva York revelaba que cerca del 50% de sus más de cinco millones de libros se encontraban al borde de la desintegración. Este fenómeno puede observarse en las mayores bibliotecas universitarias o de investigación. Millicent Abell, de la Biblioteca de la Universidad de Yale, estimó que alrededor de 76 millones de libros de todo el país podían convertirse, literalmente, en polvo [...].⁵⁴³

Lejos de considerar escandalosa esta información, hay que invitar a una reflexión aguda sobre el impacto que tiene este fenómeno en la realidad de las bibliotecas actuales, con bajos presupuestos y crisis más o menos continuas. Un estudio de Richard Smith de 1972, en torno a la conservación de 20 ejemplares de una misma edición, ubicados en la Lawrence University, Newberry, y en la New York Public Library, ha demostrado que el deterioro es acelerado.⁵⁴⁴ El cotejo de los datos finales probó que la vida media se reducía a la mitad en un período de 12,8 años para la New York Public Library o de 17,6 años en la Lawrence University. Smith logró fijar una tasa de desmejoramiento del 57 por ciento cada quince años y de 58 por ciento cada veinte para un ejemplar.

Tiempo después,⁵⁴⁵ Smith comentó que el porcentaje de alteración era de un 4,66 por ciento anual. ¿Qué quiere decir esto? Pues

baste imaginar que una colección de 14 millones de libros, con un costo de sustitución de 100 dólares por unidad, tendría un valor de 1.400 millones de dólares, y si se aplica la tasa de pérdida de resistencia a un 4,66 por ciento, la depreciación de tal colección sería de 65,3 millones de dólares anuales o, para exponerlo de un modo más contundente, 178.700 dólares diarios. En 1985, se contaban trescientos millones de volúmenes en las bibliotecas de Estados Unidos, y esta cifra puede servir para ilustrar cómo los recursos económicos necesarios para paliar los efectos de la degradación ácida, serían cuatro veces superiores al presupuesto bibliotecario para todo el país.⁵⁴⁶ Y esto sin considerar los daños que sufren los libros por el uso, por agentes biológicos o por el fotocopiado.

Se sabe de varios factores que pueden acelerar la destrucción del papel. Un ambiente inadecuado, por ejemplo, es perjudicial, lo mismo que la humedad, una pésima ventilación, una atmósfera seca, la alta temperatura, la contaminación, o el exceso de luz. La luz, en cualquiera de sus longitudes de onda —sea visible, sea infrarroja o ultravioleta (UVA)—, contribuye a la descomposición química de todo material orgánico por oxidación. Si el lector ha dejado un libro junto a una ventana por la que entre mucha luz, habrá observado que las páginas se decoloran con los días, y toman un aspecto amarillento, síntoma inocultable de lo denunciado. La radiación UVA, cada día más frecuente, produce esa apariencia quebradiza de los papeles compuestos de celulosa.

Se han buscado, ciertamente, distintas soluciones para detener la degradación ácida del papel. Ante los costos que pueden tener estos tratamientos, el polémico novelista Nicholson Baker ha escrito que los directores de la Biblioteca Británica o la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos prefieren salvar los libros y periódicos antiguos por medio de la más misteriosa solución de todos los tiempos: disminuir los presupuestos de restauración y conservación y aumentar los del uso del microfilm. Una vez microfilmado un documento o texto, ha dicho Baker, el original se desecha. Además de las razones de economía del espacio, Baker ha señalado que en 1950, la CIA y la Biblioteca del Congreso privilegiaron las nuevas tecnologías y optaron por hacer desaparecer miles de libros, sin un aval que permitiera pensar que el microfilm iba a ser más duradero que el papel: «[...] La Biblioteca del Congreso ha gastado enormes sumas en microfilmar libros y su conservación asciende a once millones al año, dinero suficiente para comprar un inmenso depósito donde guardar todo un siglo de periódicos. ¿Es posible que los jerarcas de la biblioteca sean

tan grotescamente ineptos como para no tomar medidas a la hora de prevenir el afortunado e inevitable crecimiento del conocimiento humano de este país?». ⁵⁴⁷

Lo cierto es que Baker con sus investigaciones y críticas ha originado un acalorado debate en torno a la veracidad, exageración o falsedad de sus afirmaciones. En lo personal, juzgo completamente verídico lo sucedido en la Biblioteca Británica y en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, y dudoso lo relativo al volumen de pérdidas en la Biblioteca de San Francisco y lo de la conspiración de la CIA para imponer una tecnología. No obstante, la discusión ha permitido que los lectores conozcan una penosa situación: también las bibliotecas destruyen libros, documentos, periódicos y revistas.

EJEMPLARES ÚNICOS

Cualquiera que haya ido a una librería de viejo, una feria de libros antiguos, leído un catálogo de libros raros, o, por qué no, visitado un museo o exposición, debe estar acostumbrado a leer, en la descripción de la obra, una breve advertencia escrita en letra minúscula, pero determinante y lúcida: «único ejemplar conocido». No se trata de un ejemplar único porque el autor o editor así lo quiso (como ocurre con los libros artísticos); la verdad es que es el resultado de una edición donde se ha salvado sólo un ejemplar de una destrucción o pérdida. Ciertamente, existen en el mundo miles de libros cuya edición, por diversas razones, desaparecieron casi íntegramente y hoy en día la muestra se limita a un ejemplar, cuyo valor, por supuesto, generalmente alto, proporciona una referencia de lo que significaría su eliminación. En el incendio de los manuscritos de la colección de sir Robert Bruce Cotton, por ejemplo, pudo haberse perdido el códice con la única edición manuscrita del *Beowulf*, que ya había desaparecido antes en acciones de guerra. Del tratado *Christianismi Restitutio* de Miguel Servet sólo se conocen tres ejemplares de la primera edición porque los demás fueron quemados.

Habría mucho material a catalogar en este renglón, pero baste con señalar algunos ejemplos. Es el caso de la *Historia de las amors e vida del cavaller Paris e de Viana*, una novela que aludió a las cruzadas y a Palestina. De esta obra, impresa por Diego de Gumiel en Barcelona, en 1497, con apenas 60 páginas, lamentablemente sólo existe en un ejemplar que ha sido reeditado posteriormente y no pocas veces. Del *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, en la traduc-

ción castellana de la versión latina del *Calila e Dimna*, con ilustraciones de Pablo Hurus, impresa el 30 de marzo de 1493, sólo existe un ejemplar.

Tal vez convenga saber que la primera obra literaria impresa en España fue *Obres o trobes en lahors de Verge Maria*, que se imprimió en Valencia, en Lambert Palmart, hacia el 25 marzo de 1474. El único ejemplar que existe está en la Biblioteca Universitaria de Valencia.

La *Obra a llaors de Sent Cristófol*, impresa por Pedro Trinchet en Valencia, el 3 de febrero de 1498, es un incunable (esto es, un libro impreso entre 1450 y 1501) depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid y ha sido, debido a su carácter raro, bastante estudiado. Presenta las justas poéticas de agosto de 1488, donde quince poetas se confrontaron, no siempre con amabilidad. Hay una sola copia del *Mare Magno della Crucifissa*, un manuscrito anónimo hecho en Florencia o Venecia hacia 1530. El *Splendor Solis* de Solomon Tresmosin pudo haberse realizado en 1532, pero el único manuscrito conservado es de 1582 y se encuentra en el museo Británico.

De J. M. Quérard y Gustave Brunet, sería recomendable leer su estudio *Livres perdus et exemplaires uniques* y de Paul Lacroix, su *Essai d'une bibliographie des livres français perdus ou peu connus* (1880). En esas obras, hay reportes en orden alfabético de cientos de libros franceses extraviados o que existen en un único ejemplar.

Con el paso de los siglos, la imprenta hizo más difícil esta situación, pero no imposible. Uno de los libros más curiosos del siglo xx es, sin duda, *In Peaceable Caves* (1950) del poeta Kenneth Patchen (1911-1972), uno de los escritores favoritos de Henry Miller, y la causa de esta rareza se debe a la quema total de la edición en los depósitos de la editorial; el único ejemplar sobrevivió sólo porque había sido enviado al autor para su revisión. Tan extraño texto, jamás reeditado, permanece en la biblioteca de la Universidad de California, en Santa Cruz.⁵⁴⁸

Hay, por supuesto, otros textos en la misma condición, pero el lector los ha encontrado ya en las páginas precedentes.

CUANDO LAS EDITORIALES DESTRUYEN LIBROS

Las mismas editoriales dedicadas a defender la lectura y los libros se ven obligadas a destruir numerosos ejemplares usándolos como pasta de papel o quemándolos. Esta práctica editorial, condena todos los libros invendibles, los libros con erratas y los textos desactualiza-

dos. Los manuales escolares y científicos son desechados tan fácilmente como las teorías o datos que los sustentaban.

Los *worst-sellers* son los libros nunca comprados y finalmente deteriorados: casi siempre pasan a manos de un equipo de producción que les busca un rápido final. Asimismo los daños en las ediciones obligan a tomar la decisión drástica de la eliminación de obras. En Venezuela, la Biblioteca Ayacucho, institución dedicada a la promoción de las letras y el pensamiento latinoamericano, convirtió miles de libros en pasta debido al deterioro de numerosos ejemplares de clásicos de Pablo Neruda, Rómulo Gallegos, Macedonio Fernández, etcétera.

En determinados casos, las editoriales procuran mantener en secreto esta información porque hay autores cuyos niveles de ventas no son lo que declaran.

EL CASO DE LAS ADUANAS

Es una práctica común que las aduanas de todos los países confiscen libros violatorios de la propiedad intelectual, atentatorios contra la religión o moral de una nación, y los destruyan, por medio del fuego o convirtiéndolos en pasta de papel. Se ha dado el caso de enciclopedias y libros utilizados por los narcotraficantes como depósitos de droga, para lo que las páginas de las obras son vaciadas. Tras su decomiso, los agentes destruyen el caparazón y la droga.

El novelista venezolano Enrique Bernardo Núñez manifestó⁵⁴⁹ que los ejemplares de su novela *Cubagua* fueron, posiblemente, incinerados en la aduana. El 12 de abril de 1998 la agencia France Press divulgó una noticia donde se señalaba que la policía china destruyó 1.400.000 libros y revistas pornográficas. Esta práctica, por desgracia, es una costumbre establecida en China.

En Europa, los tenderos que venden libros son perseguidos y las obras destruidas.

CAPÍTULO DIEZ

EL TERRORISMO Y LA GUERRA ELECTRÓNICA

EL TERRORISMO CONTRA LAS BIBLIOTECAS

La amenaza de ataques terroristas contra bibliotecas es hoy un factor ineludible. Desde hace pocos años, diversos grupos han manifestado su interés en destruir la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, la Biblioteca Vaticana, la Biblioteca Nacional de París, la Biblioteca Bodleiana de Oxford, el museo Británico y otros numerosos centros. De hacerlo, lograrían aniquilar ejemplares únicos de obras raras, desaparecerían textos en ediciones artísticas limitadas, y, lo que es peor, iniciarían una época de incertidumbre y caos.

En 1978, un grupo atacó el museo Aeroespacial de San Diego y el Salón de la Fama, en California, destruyendo toda la colección de libros. En julio de 1995, una bomba acabó con el Centro Cultural Judío de Buenos Aires. Unas 100 personas perdieron la vida en ese incidente y toda la biblioteca de ese centro, una de las más completas del mundo, se extinguió para siempre, con ediciones de lujo y estudios sobre el Talmud y la cábala.

En 1996, en Suecia, una bomba incendiaria contra la oficina de inmigración acabó con cientos de manuscritos de la Edad Media y 70.000 libros de la Biblioteca de Linköping, la cual estaba en el mismo edificio atacado.

También en 1996, el científico Theodore Kaczynski, llamado el Unabomber (por su atracción por las Universidades y las aerolíneas), fue sentenciado a la cárcel por sus actividades terroristas. Un año antes, exigió a los principales diarios de Estados Unidos publicar un ma-

nifiesto de 35.000 palabras contra la tecnología, similar a una carta ya publicada en *Saturday Review* el 28 de febrero de 1970. En el texto pidió que todas las fábricas y las industrias en el planeta fueran destruidas. Advirtió, en el mismo escrito, que era necesario quemar todos los textos con propuestas técnicas o científicas, lo cual, bien mirado, fue un modo de pedir la destrucción de más de la mitad de los libros de todas las bibliotecas de Oriente y Occidente. No era un retórico. El 26 de mayo de 1978, atacó la biblioteca de una Universidad, pero la bomba explotó en las manos de un guardia de seguridad.

EL ATAQUE CONTRA EL WORLD TRADE CENTER

En 1993, el World Trade Center de Nueva York fue atacado por una bomba. El 11 de septiembre de 2001, se repitió el ataque contra las llamadas Torres Gemelas, de 110 pisos, parte del famoso WTC, con varios aviones comerciales que fueron desviados de su curso por miembros de una red terrorista.

La destrucción del World Trade Center,⁵⁵⁰ que marca, y conviene decirlo sin vacilaciones, el inicio del siglo XXI no es ajena a la historia que aquí se relata. Baste recordar que durante horas miles y miles de papeles cayeron desde lo alto de las Torres. Hay que señalar que el World Trade Center contaba con enormes bases de archivos y bibliotecas de gran importancia en el campo económico, ahora completamente desaparecidos. Algunas fotos muestran que las escaleras del vestíbulo del conjunto de edificios quedaron inundadas de libros y papeles destruidos.

Se destruyeron obras invalorable como las de Joan Miró, Masuyuki Nagare, Louise Nevelson y Alexander Calder. El Citigroup, que tenía oficinas en el WTC, perdió 1.113 obras de arte, entre esculturas y pinturas de los artistas más destacados de todos los tiempos: Alex Katz, Bryan Hunt, Wolf Kahn, Jacob Lawrence... El programa de residencia de artistas llamado Lower Manhattan Cultural Council's (LMCC) se perdió por completo, y al menos uno de los artistas pereció en el atentado.

EL CASO DE LOS LIBROS-BOMBA

Una de las preocupaciones que se añade a esta crónica de la destrucción de libros es el uso particular dado por algunos grupos te-

terroristas y carteles de la mafia a los libros. Desde hace ya muchos años, se han elaborado libros-bomba, volúmenes en cuyo interior se colocan explosivos de alta potencia para matar a su destinatario cuando éste lo abre. El libro, utilizado como un medio de intimidación o asesinato, se convierte así en un instrumento de terror bastante efectivo, y cualquiera puede ser víctima de este tipo de ataque.

Hay cientos de manuales clandestinos sobre cómo hacer un libro bomba. En Internet hay textos con instrucciones detalladas sobre el uso de los componentes y las construcciones menos arriesgadas. Hay incluso preferencias por ciertos autores y abundan las listas de títulos, categorías de palabras, tamaños... Ciertos grupos, por ejemplo, consideran inadecuada la Biblia y en cambio muy útil *Don Quijote*.

Terroristas como el Unabomber hicieron uso de este mecanismo perverso en 1980. La Casa Blanca recibe año tras años cientos de libros con bombas, que desactivan los organismos de seguridad. En Colombia, es bastante frecuente el envío de libros-bomba a políticos, fiscales, periodistas o militares. En el 2002, por ejemplo, el fiscal general de este país recibió una biografía de Simón Bolívar, en cuyo interior había 210 gramos de nitrato de amonio, los cuales hubieran podido matarlo si no fuera porque una brigada especial actuó con gran celeridad. En diciembre de 2002, el senador Germán Vargas Lleras quedó gravemente herido después de la explosión de un libro bomba. Y hechos como éste se repiten semanalmente en ese país.

Cientos de empleados postales, porteros, secretarías, y hombres y mujeres de los más variados oficios, han muerto por esta causa. El 12 de diciembre de 2002 fue enviado un libro-bomba a sede de la oficina de redacción del diario *El País*, en Barcelona. Los responsables de este atentado frustrado fueron miembros de un grupo llamado Cinco C, opuestos al capitalismo, a las cárceles y a los carceleros.

El 27 de diciembre de 2003 estuvo a punto de morir Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, cuando abrió un libro bomba en el que se había colocado pólvora. El ejemplar que recibió fue *Il piacere* de Gabriele D'Annunzio.

LA ANIQUILACIÓN DE LIBROS ELECTRÓNICOS

En los últimos años del siglo xx e inicios del xxi encontramos un cambio de formato en el libro que, además de transformar la lectura e introducir elementos de interacción bastante cómodos, genera nuevos problemas. Ahora existe el Disco Compacto (Cd), una es-

estructura hecha con una base de policarbonato de 1,2 mm, con una capa de aluminio de 100 nm y una última capa de barniz acrílico cuyo espesor es frecuentemente de 10 nm. La información contenida es almacenada a través del uso de un láser que produce microagujeros codificados según normas binarias de la informática. Esos microagujeros se llaman o bien *pits* (agujeros) o *halls* (elevaciones), y la presencia del haz de luz de otro láser de unos 0,8 mm se refleja en una superficie cuyos pulsos finales son recogidos por un diodo que los transforma en impulsos eléctricos.

La importancia de un CD puede medirse considerando que un solo disco puede almacenar toda la literatura griega antigua (como es el caso del famoso *Thesaurus Linguae Graecae*, que incluye textos desde los tiempos de Homero hasta el imperio de Bizancio). Asimismo puede contener todas las obras de Miguel de Cervantes o de William Shakespeare. Puede contener íntegramente la *Enciclopedia Británica* o un Atlas actualizado del mundo, puede guardar fotos digitalizadas de miles de manuscritos medievales, lo cual nos indica que cuando alguien destruye un disco con semejante información destruye una biblioteca entera. Y de hecho esto ocurre en muchos casos, pues los CD, cuando se rayan o no son leídos ya por el llamado CD-Rom o lector de discos compactos, son arrojados a la basura.

Hora tras hora, el libro está cambiando. Ha comenzado una revolución que apenas muestra sus primeros resultados. En los últimos años, ha aparecido en el mercado un nuevo tipo de libro llamado en inglés *e-book* (*electronic book*). Hay un amplio mercado para estos libros, aunque todavía no logra sustituir al libro tradicional elaborado con papel. Existen dispositivos como el *Smart e-book*, el *Rocket e-book* y el *Softbook*, por nombrar sólo los más importantes de este momento. Cada uno puede almacenar millones de datos y ya se comenta que, en pocos años, un estudiante irá a clase con toda una biblioteca de más de 14.000.000 de libros en el bolsillo. Esta época, naturalmente, sólo está en sus inicios, pero es obvio que la destrucción continua de estos libros, por accidentes o voluntad, no podrá ser evitada. Imaginemos que uno de esos estudiantes destruya su biblioteca electrónica portátil: al menos 14.000.000 millones de textos desaparecerán, aunque su existencia obedezca a bondades eléctricas y químicas.

Por otra parte conviene señalar que millones y millones de libros han sido digitalizados y convertidos en datos electrónicos que son exhibidos por una especie de bibliotecas de carácter virtual. La Universidad de Virginia o el llamado Proyecto Gutenberg, por mencionar sólo a dos famosos patrocinadores de libros electrónicos, ofrecen a

través de Internet miles de obras de todos los clásicos en distintas lenguas. Estas bibliotecas con rasgos futuristas, sin embargo, no están a salvo. Se ha sabido que decenas de *hackers* o piratas informáticos intentan atacarlas constantemente con el propósito de destruir sus archivos. No está lejos el día en que en lugar de fuego los biblioclastas utilicen programas informáticos destructivos, limpios y devastadores.

Internet, sin duda, ha sido un primer paso para la globalización del conocimiento y posiblemente hará más difícil el trabajo de quienes destruyan libros, pero no impedirá que la censura y los grupos ejecuten la destrucción de los centros de almacenamiento de datos.

La destrucción de los libros está lejos de terminar.

CAPÍTULO ONCE

LOS LIBROS DESTRUIDOS EN IRAK

I

El día 10 de mayo de 2003, visité la sede devastada de la Biblioteca Nacional de Bagdad, llamada en árabe *Dar al-Kutub Wal-Watha'q*. Lo extraño es que se cumplían 70 años de la gran quema de 1933 en Alemania, una fecha fatal para la cultura. Iba ya prevenido por mis colegas, claro, pero lo que averigüé y lo que vi, vale la pena advertirlo, me produjo insomnio durante las noches siguientes. Hubiera sido mejor, tal vez, olvidar, pero he descubierto que uno olvida para que todo, de nuevo, lo sorprenda. Las trampas de la razón son las más arteras.

La Biblioteca Nacional que todavía está en pie es un edificio de tres pisos uniformes de 10.240 m² con celosías arábigas en todo el medio, construido en 1977. Cuando llegué, aún permanecía una estatua de Saddam Hussein con la mano izquierda en posición de saludo y la derecha sosteniendo contra su pecho un libro (aunque no se crea, Hussein era un lector voraz). Entiendo que esa estatua fue derribada después, como todas las demás. Desde lejos pude observar que la fachada, en el centro, había sufrido daños por el fuego. Rompió con tal fuerza las ventanas que imprimió en el sitio un aire melancólico. La entrada, protegida del sol por un saliente en cuyo borde está escrito el nombre de la biblioteca, dejaba ver en el interior a decenas de obreros y expertos que trabajaban en el lugar. La luz filtrada por las ventanas dejaba a la vista miles de papeles en el suelo. La sala de lectura, el fichero con el catálogo de todos los libros y los estantes mismos habían sido literalmente arrasados.

La estructura se veía tan severamente afectada que la juzgué precaria: difícilmente soportaría el impacto de un temblor mínimo. Un empleado me comentó, en voz baja y con vacilaciones inexplicables, que la biblioteca había sufrido dos ataques, no uno, y dos saqueos, lo cual me dejó estupefacto porque no había leído esta información en informes anteriores. Aún había cenizas por todo el suelo. Los archivos de metal estaban quemados, abiertos y vacíos.

II

El saqueo de la biblioteca estuvo precedido por algunos hechos desconcertantes. Primero fue el ataque a Bagdad con bombas MOAB y misiles, que destruyeron más de 200 edificios públicos, y decenas de mercados y negocios. La operación Impacto y Pavor se mantuvo durante los últimos días de marzo. El 3 de abril se iniciaron los combates en el Aeropuerto Saddam Hussein, a diez kilómetros del centro. El 7 había tanques en las calles. Hacia el 8 de abril, las tropas estadounidenses controlaban ciertas zonas de Bagdad. Ese día, en uno de los recodos del Tigris, entre los puentes Al Jumhuriya y 14 de julio, la ofensiva se tornó más feroz. Por una ribera avanzaba la Tercera División de Infantería desde el sur, y los iraquíes intentaban huir hacia el norte, interesados en colocar una bomba al puente Al Jumhuriya. En el fondo, el combate resultó suave y en pocas horas, de 7.30 a 9.30, las calles estaban atestadas de tanques Abrams M1. Asimismo, los dos palacios presidenciales más importantes fueron sometidos a la par que varios ministerios, como los de Asuntos Exteriores e Información. Decenas de soldados fueron apostados en el Ministerio del Petróleo, del cual, por cierto, no se extravió ni un lápiz.

A saber, el foco de resistencia estaba en el sur de la ciudad, donde los *fedayines* o mártires combatían con vigor. En cierto momento, la artillería aliada hizo explotar un depósito de armas y municiones que se hallaba oculto bajo terraplenes de arena, en la orilla misma del río Tigris. Estos ataques, no obstante, además de la información de que el régimen de Hussein había caído y el presidente había huido con sus hijos a un refugio, provocaron una confusión general. No había policía y los soldados estadounidenses tenían órdenes expresas de no disparar contra civiles.

El miércoles 9 de abril cayó la estatua de Hussein en la plaza central. Un soldado llegó incluso a colocarle una bandera de Estados

Unidos en la cara, y poco después corrigió su gesto y la reemplazó con una bandera iraquí. Una vez que estas imágenes circularon y el rumor se confirmó, una oleada humana, reprimida por 10 años de bloqueo económico y una dictadura implacable, se lanzó a las calles sin control. El pillaje inicial se dirigió contra los palacios y las casas de los jefes iraquíes. De los hospitales se llevaban hasta las camas. En las tiendas, los comerciantes, armados con pistolas, fusiles y barras de hierro, montaban guardia y ahuyentaban a los ladrones, muchos de ellos jóvenes, niños y mujeres. No pocos fueron los lugares, considerados símbolos del régimen, que sucumbieron entre el 9 y el 10 ante la violencia de los saqueos.

Fue el día 10 cuando se reunió una multitud en la biblioteca, que no estaba protegida. Al inicio predominó la cautela y la prisa, luego el descaro, y una anarquía impuso las reglas de saqueo. Niños, mujeres, jóvenes y ancianos se hicieron con todo lo que pudieron, de un modo selectivo, como si hubieran ido de compras. El primer grupo de saqueadores sabía dónde estaban los manuscritos más importantes y se apresuró a tomarlos. Otros saqueadores, hambrientos y resentidos con el régimen depuesto, llegaron después y provocaron el desastre posterior. La muchedumbre corría por todos lados con los libros más valiosos. También cargaban consigo las fotocopadoras, resmas de papel, los equipos informáticos, las impresoras y los muebles. En las paredes quedaron escritos mensajes como «Muerte a Saddam», «Muere Saddam», «Saddam apóstata». Inexplicablemente, un camarógrafo filmó sin prisa estos actos y luego desapareció sin dejar rastro.

Los saqueos se repitieron una semana más tarde y, sin mediar palabra, un grupo llegó en autobuses de color azul, sin sellos oficiales, el día 13, y alentado por la pasividad de los militares, roció con algún combustible los anaqueles y les prendió fuego. Es obvio que se hicieron también piras con libros para encenderlos. Según otra versión, se usaron fósforos blancos, de procedencia militar, para el incendio, y hay evidencias que así lo confirman. Pasadas unas horas, una columna de humo podía verse a más de cuatro kilómetros, y en ese incendio voraz desaparecieron las obras. Entre otros daños, ardieron las viejas máquinas y algunos periódicos. En el tercer piso, donde estaban los archivos microfilmados, no quedó nada. El calor, según pude constatar, fue tan intenso que dañó el piso de mármol y causó severos deterioros en las escaleras de concreto y el techo. En el mismo ataque fue destruido el Archivo Nacional de Irak, en la segunda planta de la biblioteca, que contaba, por cierto, con un equi-

po de trabajo de 85 personas. Desaparecieron diez millones de documentos, incluso algunos del período otomano como los registros y decretos.

El periodista Robert Fisk fue testigo de los hechos y comentó en una crónica que se ha hecho célebre lo siguiente:

Ayer se produjo la quema de libros. Primero llegaron los saqueadores, después los incendiarios. Fue el último capítulo en el saqueo de Bagdad. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional, un tesoro de valor incalculable de documentos históricos otomanos —incluyendo los antiguos archivos reales de Irak— se convirtió en cenizas a 3.000 grados de temperatura... Vi a los saqueadores. Uno de ellos me maldijo cuando intenté reclamarle un libro de leyes islámicas que llevaba un niño de no más de 10 años. En medio de las cenizas de la historia iraquí, encontré un archivo volando por los aires: páginas de cartas escritas a mano en la corte de Sharif Husein de La Meca —que dio comienzo a la revolución árabe contra los turcos— para Lawrence de Arabia y los gobernadores otomanos de Bagdad.

Y las tropas estadounidenses no hicieron nada. Todo volaba sobre el patio mugriento. Y las tropas estadounidenses no hicieron nada; cartas de recomendación para las Cortes de Arabia, peticiones de munición para las tropas, informes sobre robo de camellos y ataques a los peregrinos, y todo escrito en delicada caligrafía. Yo sostenía en las manos los últimos vestigios de la historia escrita de Irak. Pero para Irak este es el Año Cero; con la destrucción de las antigüedades en el Museo Arqueológico Nacional el sábado y la quema del Archivo Nacional y después de la Biblioteca Coránica, la identidad cultural de Irak se ha borrado. ¿Por qué? ¿Quién prendió el fuego? ¿Con qué demente finalidad se ha destruido toda esta herencia?²⁵⁵¹

Concluido el desastroso pillaje, no había literalmente nada que hacer. El Secretario de Defensa de Estados Unidos comentó que «la gente libre es libre de cometer fechorías y eso no puede impedirse». El anterior director de la biblioteca se lamentó con nostalgia: «No recuerdo semejante barbaridad desde los tiempos de los mongoles». Aludía a que en 1258 las tropas de Hulagu, descendiente de Gengis Khan, invadieron Bagdad y destruyeron todos sus libros arrojándolos al río Tigris. Otro empleado de la biblioteca comentó: «César arrasa de nuevo con los libros». Sus palabras me recordaron un pasaje del drama *César y Cleopatra* de George Bernard Shaw:

RUFIO. ¿Qué ha ocurrido, hombre?

TEODOTO. (bajando a la carrera el vestíbulo) El fuego se ha extendi-

do de vuestros barcos. Perece la primera de las siete maravillas del mundo. La biblioteca de Alejandría está en llamas.

RUFIO. ¡Bah! (Completamente aliviado, sube al templete y contempla los preparativos de las tropas que están en la playa.)

CÉSAR. ¿Eso es todo?

TEODOTO. (Incapaz de dar crédito a sus sentidos.) ¿Todo? César, ¿quieres pasar a la posteridad como un soldado bárbaro, demasiado ignorante como para conocer el valor de los libros?

CÉSAR. Teodoto, yo mismo soy autor y te digo que es mejor que los egipcios vivan sus vidas en lugar de soñarlas con la ayuda de los libros.

TEODOTO. (Arrodillándose, con genuina emoción literaria, con la pasión del pedante.) César, una vez en cada diez generaciones de hombres el mundo conquista un libro inmortal.

CÉSAR. (Inflexible.) Si dicho libro no halagara a la humanidad, el verdugo lo quemaría.

TEODOTO. Sin historia la muerte te pondrá junto al más humilde de tus soldados.

CÉSAR. La muerte lo hará, de cualquier modo. No pido una mejor tumba.

TEODOTO. Lo que arde allí es la memoria de la humanidad.

CÉSAR. Es una memoria infame. Que arda. [...]

En cuanto a las pérdidas, se quemó 1.000.000 de libros, a lo que debe añadirse la gran cantidad de textos perdidos. La biblioteca, además de ocuparse del depósito legal, constaba de tres partes: impresos, periódicos y archivos. El depósito legal consistía en la entrega de cinco ejemplares, aunque la situación económica redujo considerablemente esta práctica. Miles de donaciones enriquecieron el centro durante años. La entrada del Archivo Nacional muestra los signos de una quema terrible (parece la puerta de un ascensor en ruinas) y el destrozo de todo lo que existía en su interior.

Lo más doloroso es la certidumbre que hay de la desaparición de ediciones antiguas de *Las Mil y Una Noches*, de los tratados matemáticos de Omar Khayyam, los tratados filosóficos de Avicena (en particular su Canon), Averroes, Al Kindi y Al Farabi, las cartas del Sharif Husayn de La Meca, textos literarios de escritores universales como Tolstoi, Borges, Sábato, Paul Auster, manuales de historia sobre la civilización sumeria...

En las calles, en las ventas de libros, pueden conseguirse volúmenes de la Biblioteca Nacional a precios irrisorios. Los viernes, en la feria de la calle Al-Mutanabbi, estas obras salen a la venta. Personalmente pude ver un tomo de una enciclopedia árabe con el sello

oficial estampado en su portadilla. Hubo un intento de borrarlo, sin éxito. También encontré un volumen titulado *Miskhaf Resh* (Libro negro), sobre la cultura de los yezidíes, un grupo religioso que habita el norte de Irak. Se trata de una etnia extraña, a la que se conoce como adoradores del diablo debido a su fe en Melek Taus. Los yezidíes manifiestan que Dios ya perdonó al demonio y que éste vive a su lado. Por razones simbólicas, detestan el color azul, fabrican templos en los lugares de peregrinación, y no van a La Meca, sino a la tumba de Cheij Adi, cerca de Mosul.

Es tal el daño en el edificio de la biblioteca que los coordinadores culturales de la CPA (Coalition Provisional Authority) han decidido demolerlo y utilizar otra sede, bien un palacio o alguna instalación como el Club Militar de Irak, lo que todavía es dudoso: la violencia creada por una resistencia creciente pone en serio riesgo la seguridad de lo preservado. Los libros, me comentaron, serían llevados a la Universidad Bakr. Los Archivos, por su parte, serán colocados en un lugar diferente, y lo que se salvó subsiste en bolsas, sin que ninguna medida oficial de preservación haya sido asumida. Por otro lado existe una gran duda en lo que se refiere a la situación lamentable que atraviesan los empleados. Antes había 119 personas, dirigidas por Khamel Djoad Hachour. Sus salarios, cancelados con mezquinidad, no han garantizado su estabilidad laboral.

III

Afortunadamente, se salvaron numerosos libros al trasladarlos a lugares secretos o apartarlos a zonas más alejadas de la biblioteca. La historia de este esfuerzo por salvar los volúmenes confirma el inmenso amor que sienten los iraquíes por su cultura. Hoy perduran, por ejemplo, 500.000 volúmenes almacenados en el primer y segundo pisos, en pilas sin clasificación. No cuentan con protección, porque los soldados ya no resguardan el edificio. Esta tarea ha sido asignada a algunos empleados chiíes.

Además de estos libros, al-Sajid Abdul-Muncim al-Mussawi, ordenó a sus fieles rescatar de la Biblioteca casi 300.000 libros que fueron transportados en camiones hasta la mezquita de Haqq, donde fueron amontonados en hileras interminables que, en algunos casos, llegan al techo. No vacilaría en advertir que las condiciones son pésimas y es probable que diversos insectos comiencen a atacar los textos, aunque Mahmud al-Sheikh Hajim, su protector, estima que

peor hubiera sido su destrucción. Lo curioso es que el grupo que salvó estos libros alega que pertenece a un Colegio de Clérigos chiíes, mejor conocido como al-Hawza al-Ilmija. Para estos religiosos, los libros son sagrados. Su religión, el islam, postula un libro, el Corán, que sería la encarnación misma de Dios y esta posibilidad los mantiene alertas.

Asimismo, hay unos 100.000 libros más en una instalación que perteneció al Departamento de Turismo. Y varios intelectuales me mostraron libros ocultos en sus casas hasta que retorne el orden o se vayan los «extranjeros». Un pintor que no quiso identificarse compró en las ferias de libros decenas de textos sólo para cuidarlos. La mayoría está depositada en lo que antes se conocía como Ciudad Saddam, un barrio pobre que alberga a más de dos millones de seres humanos hacinados en laberintos poco vistosos.

Un milagro salvó de los saqueos otras colecciones de libros en Bagdad.⁵⁵² Se salvó la mezquita Qadiriya, cuya biblioteca representa a la orden sufí más famosa del mundo, dirigida por Sajid Abd al-Rahman al-Gaylani, sucesor número 16 de Abd al-Qadir al-Gaylani. No pude ver la colección, pero supe que contiene 65.000 libros y 2.000 manuscritos secretos. Tampoco fue afectada la colección Deir al-Aba al-Krimliyin, con 120 manuscritos de la obra de al-Ustadh Mari al-Krimli, pero no tuvo igual fortuna la Maktabat al-Hidaya, que encontré saqueada. De un total de 600 manuscritos permanecía sólo la mitad.

IV

La destrucción de la Biblioteca Nacional no tuvo, sin embargo, la repercusión que tuvo en el mundo el pillaje del Museo Arqueológico de Bagdad.⁵⁵³ Es una majestuosa construcción, próxima a la estación del tren, con dos torres laterales de color arena, hoy vigiladas por un tanque en cuyo cañón está escrito «Saludos del pueblo estadounidense». La noticia de su saqueo conmovió al mundo entero cuando se conoció, el 12 de abril, y un malentendido hizo creer que se habían perdido más de 170.000 objetos. La verdad es que desaparecieron 25 obras de gran importancia y más de 14.000 obras menores.

Fue tal el escándalo, que ahora es obligatorio identificarse en la entrada y sufrir requisas en la salida. Allí trabaja, como encargado de investigar lo sucedido y recuperar los objetos robados, el coronel

Mathew Bogdanos, un oficial responsable y acucioso respaldado por Donny George, encargado de antigüedades iraquíes, el FBI, la CIA, distintos organismos de estudios islámicos, expertos en arqueología y un grupo de soldados. Bogdanos es abogado, tiene estudios clásicos y una trayectoria que aún no logra borrar su participación como fiscal en Manhattan contra el novio de la cantante Jeniffer López hace unos años. Su equipo cuenta con varias mesas donde se colocan y clasifican los objetos recuperados, que se incrementan porque se decretó una amnistía a todo poseedor de una obra que quiera devolverla.

No es raro ver a un joven acercarse hasta las puertas, posar en el suelo una escultura y marcharse. Las salas no fueron quemadas el día de los saqueos, pero sí devastadas. Hay cientos de objetos en pedazos. Un recorrido por los pasillos me permitió revisar algunos objetos que no fueron robados, pero sufrieron daños cuando los saqueadores intentaron transportarlos. Entre otros, encontré en el cuarto 3 un par de leones de Tell Harmal, bastante rotos. En ese mismo cuarto estaban los tres leones de Hadita, uno de los cuales tenía la nariz rota y los otros mostraban raspaduras. Se nota que hubo un intento de romperlos en partes para facilitar su traslado. En la Galería Asiria, la estatua de Korsabad, que tiene el IM 25904, está rota. Un poco más allá, la estatua de Shalmaneser III, que fue robada y cortada en cuatro pedazos, fue devuelta. Vi a un joven que la miraba con una profunda melancolía. La estatua de Eros, cuyo número es IM 73041, la estatua de Poseidón, con el número IM 72005, y la estatua de Apolo, numerada como IM 73004, de la Galería de Hatra, tampoco habían tenido suerte. Los daños eran importantes.

Del cuarto patrimonial, fueron robados manuscritos y porcelanas en un número de 236. Algunas han aparecido por mera suerte. De un total de ocho depósitos, los saqueadores lograron penetrar en cinco tras derrumbar la puerta, y rompieron algunas de las piezas y otras, en su prisa, las dejaron todavía embaladas. No vacilaron en huir con los microscopios, los químicos y los equipos arqueológicos del Área de Conservación. Y en el primer piso, donde están las galerías, decenas de objetos fueron sacados, lo cual dejó un desorden y un caos increíble en todo el lugar. De 451 estantes de exhibición, por lo menos 28 fueron destruidos o dañados. De las oficinas se llevaron documentos, libros, ordenadores, escritorios, sillas y todo lo que era transportable.

Es importante precisar aquí que los de la Biblioteca Nacional no

fueron los únicos libros destruidos o saqueados. Algunas tablillas de arcilla de los sumerios, de unos 5.300 años de antigüedad, fueron robadas de sus vitrinas de exhibición en el museo. Asimismo, desaparecieron cientos de tablillas de arcilla aún sin descifrar. Por fortuna, 100.000 tablillas se salvaron porque el cuarto donde estaban depositadas no pudo ser abierto. Y las tablillas de Sippar también se cuentan entre los objetos afortunados.⁵⁵⁴

El 22 de mayo salí de Bagdad a cumplir otras labores en Viena y Londres, y un mes después supe que la ORHA (Office of Reconstruction and Humanitarian Assistance) había nombrado a Piero Cordone, Fergus Muir y los oficiales A. J. Kesel, Cori Wegener, Chris Varhola y Wes Somners, miembros estos últimos de la División de Asuntos Civiles del Ejército. Este grupo anunció la reinaguración del museo en menos de uno o dos meses, y el hallazgo de varios objetos desaparecidos. Noté que ninguno quiso volver a hablar de lo que pasó ni de los verdaderos responsables. El 3 de julio, por ejemplo, una absurda exhibición de dos horas con los tesoros de Nimrud, le costó la vida a un soldado y a un periodista, además de que puso en riesgo un legado cultural tan importante.⁵⁵⁵

Para el mes de septiembre, Matthew Bogdanos dio una rueda de prensa sobre los avances de su labor. Anunció que más de 3.500 objetos habían sido devueltos. Al menos unos 1.700 fueron entregados, unos 900 confiscados y más de 750 recuperados en otros países. Reconoció que los propios directivos del museo trasladaron 21 cajas a las bóvedas del Banco Central con 6.744 piezas de oro y piedras preciosas. Asimismo, otras cinco cajas contenían el tesoro de Nimrud. La bóveda, tras un accidente, se inundó y fue necesaria la ayuda de Jason Williams y de la National Geographic para recuperar las cajas. En otras 179 cajas, más de 8.366 objetos fueron escondidos y los miembros juraron ante el Corán no revelar su localización. Las presiones del equipo de Bogdanos los hicieron ceder, bajo la amenaza de un encarcelamiento seguro.

El segundo hecho relevante de septiembre fue la aparición de la Dama de Warca, mejor conocida como la Mona Lisa de Mesopotamia. Fue encontrada la segunda semana de septiembre enterrada en la región de Kali, a 40 kilómetros de Bagdad. El hallazgo fue realizado por la policía iraquí y el aporte de dos investigadores: el capitán Vance Kuhner, de la Brigada 812 de la Policía Militar, y el sargento Emanuel González.⁵⁵⁶

V

Además del museo y la Biblioteca Nacional, el desastre cultural alcanzó a otros centros. La colección de 5.000 manuscritos islámicos de la Biblioteca Al-Awqaf, situada a unos 50 metros de la Biblioteca Nacional, ya no existe.⁵⁵⁷ El fuego destruyó la instalación, como pude evidenciar. Hubo, por supuesto, los saqueos rutinarios y las consecuencias fueron terribles. Al menos el 50 por ciento de la colección desapareció, y el edificio quedó en tal estado de destrucción que difícilmente pueda ser reparado. Los cables cuelgan y las vigas, peladas, se unen a columnas a punto de caer. Los volúmenes salvados, unos 5.300, están a cargo de bibliotecarios que temen por su propia vida, y se hallan tan deprimidos que no creen en soluciones procedentes de ninguna organización. Según me dijeron los pocos que se animaron a hablar, el guardia fue asesinado por los soldados de Estados Unidos.

Diversos testigos me aseguraron que la destrucción de los libros ocurrió cuando unos 15 o 20 civiles, posiblemente árabes, llegaron e irrumpieron violentamente en la biblioteca. Los seguía un joven con una cámara filmadora. Una vez robados los manuscritos, fueron arrojadas granadas de fósforo en el interior. Inexplicablemente, de 32 bultos con los libros, más de 10 fueron eliminados y desaparecieron más de 800 manuscritos.

VI

La situación de las Universidades iraquíes es crítica. Supe que después del fatídico 8 de abril, grupos de saqueadores atacaron las instalaciones de la Universidad de Bagdad y se llevaron todo lo que fueron capaces de transportar. Incluso trajeron camiones y huyeron con aires acondicionados, equipos de laboratorio, archivos, escritorios, pupitres, sillas, insumos, ordenadores, impresoras, escáneres, fotocopadoras... Además de esto, y como si tal grado de destrucción no bastase, todos los registros estudiantiles, la base de datos de tesis y monografías, los certificados con las notas y los títulos se perdieron, en medio del pillaje y del caos.

La violencia ha quedado como una marca indeleble en la memoria de los estudiantes. Algunos, al contemplar su centro de estudios incendiado, con las ventanas rotas y las paredes escritas con consignas contrarias a Hussein, recuerdan que al principio de los

ataques un misil cayó justo al lado de la Universidad, aunque poco después los estadounidenses admitieron que se trataba de un error. El agujero que dejó en el suelo era similar al de un meteorito.

En las Facultades, el panorama es desolador. En la de Lenguas, la biblioteca con textos en ruso y alemán, la mayoría con clásicos como Dostoievsky, Tolstoi, Turguenev, Chejov, Pushkin, Gorki, Goethe, es sólo un montón de ceniza que ha sido recogida en bolsas. Un volumen del *Fausto*, observé, estaba quemado en los bordes y el centro mostraba los signos de páginas arrancadas por la fuerza y daños causados por el fuego intenso. Sin deseos de identificarse, una linda joven, cubierta con un velo, me advirtió que fueron estudiantes los que quemaron esos libros porque los rusos y alemanes colaboraban con el dictador Hussein. Un caso extraño, en verdad.

Las disputas entre colegas por la destitución de partidarios del antiguo régimen, y la posibilidad de unas elecciones son dos de los temas más candentes. Cuando visité a varios profesores, ninguno quería hablar de otra cosa. Era obvio que el resentimiento se había apoderado de todos, y diversos papeles colocados en las paredes de los pasillos informaban sobre las opiniones de los distintos grupos. Me llamó la atención que uno que despotricaba de los invasores y el otro que rechazaba el papel anterior con un recuento de la vida de quienes lo escribieron. Otro aspecto era el del dinero de los sueldos y las becas. Muchos estudiantes que recibían becas desde el exterior no podían cobrarlas porque ningún banco funcionaba; decenas de profesores no habían cobrado desde la toma de Bagdad y la rabia los mantenía en una depresión permanente.

La Biblioteca de Medicina de la Universidad Mustansiriya sobrevivió a los primeros intentos de combate en sus alrededores, pero la Biblioteca Central de la Mustansiriya no tuvo suerte y los saqueos fueron indiscriminados. Un inventario preliminar ha permitido saber que numerosos libros desaparecieron, lo mismo que muebles y equipos donados desde hacía mucho tiempo. El Colegio de Médicos, cuya biblioteca gozaba de un prestigio enorme debido a que poseía una colección con los mejores textos de medicina árabe medieval, fue saqueada, y lo que pude encontrar demuestra la aviesa intención de los atacantes. Algunos lomos en el piso indicaban que el problema del peso llevó a los vándalos a arrancar los forros y portadas para aligerar el traslado.

Un joven de la Universidad de Bagdad, que vive en el barrio de Al-Mansur, me dijo: «Algún día alguien quemará la Biblioteca del

Congreso de Estados Unidos, sabe, y no se habrá perdido tanto como lo que ha sido destruido aquí». Cuando se considere la importancia cultural de Irak, debe recordarse que este país contiene cientos de lugares declarados patrimonio de la humanidad por la Unesco. En esas tierras se encuentra Nínive, donde gobernó Asurbanippal; Uruk, donde se han encontrado las primeras muestras de escritura; Asur, capital del imperio asirio; Hatra y Babilonia, en fin.

VII

La Bayt al-Hikma o Casa de la Sabiduría también fue atacada. El 11 de abril, según constaté, fueron destruidas las muestras de la exposición sobre el Imperio otomano, y una parte del edificio se incendió. A saber, los saqueadores en la mañana no dejaron nada de valor, pero regresaron por la tarde, con más brío y confiados en que lo mejor estaba oculto. Entre los lugares saqueados, están la imprenta, el salón de lectura y las bibliotecas. Probablemente la sala de lectura fue atacada con granadas porque los daños de las paredes así lo revelan. La sección de libros extranjeros mostraba, cuando llegué, los signos del pillaje: las estanterías vacías y el suelo cubierto de papeles rotos. Entre otros, hay catálogos que indican que se perdieron más de 5.500 volúmenes de la Oficina Exterior del Reino Unido, unos cinco tomos de documentos franceses alusivos a la Primera y Segunda Guerra Mundial, documentos clasificados de Estados Unidos sobre el golpe de Estado en 1940, documentos sobre la comunidad judía en Bagdad, 15 volúmenes del período otomano, 15 volúmenes de la corte de Mahkama Shar'ija y tomos de la Enciclopedia Británica. Entre los textos perdidos estarían un Corán del siglo ix, una copia del siglo xii de Maqamat al-Hariri, los textos más importantes de Avicena, crónicas históricas, poemas y obras de teatro. Unas cuerdas más allá, me avisaron, vendían algunos de estos libros y quise comprobarlo. En efecto, me acerqué a un joven de bigote poblado que no dudó en ofrecerme sus libros. Y coincidían con los de la Bayt al-Hikma.

En el segundo piso, los incendios fueron desastrosos y no quedó nada que los saqueadores no tomaran: ordenadores, impresoras, lámparas, aires acondicionados, sillas, escritorios, lapiceros y muebles. La sala de conciertos quedó irreconocible. En un cuarto parecía como si hubiera estallado algún artefacto. Las estanterías de metal, sin libros ni papeles, estaban quemadas, al igual que las ventanas y

paredes. Posteriormente, la CPA ofreció 17.000 dólares para reconstruir la colección, una cifra irrisoria que ignora lo más relevante: este centro contaba antes de la guerra con 70 personas y casi 100 contratados. De una forma mezquina, tras los saqueos se ofreció 20 dólares a cada trabajador, lo que generó más molestias que alegría.

La Academia de Ciencias de Irak o al-Majma' al-'Ilmi al-'Iraqi, uno de los más prestigiosos centros de investigación del Oriente Medio, sufrió grandes pérdidas. Localizada en Waziriya, tuvo en su mejor época manuscritos, periódicos, libros extranjeros, revistas científicas y humanísticas, tesis, monografías y cientos de papeles con artículos. Había un laboratorio con 20 ordenadores, imprenta, salas de lecturas, y cubículos bien dotados para los investigadores. El saqueo comenzó con la llegada de unos soldados estadounidenses y un tanque. La bandera de Irak, que ondeaba en la Academia fue retirada y, de un modo violento, horas más tarde, los saqueadores llegaron dispuestos a llevárselo todo. Y así lo hicieron. No dejaron un solo ordenador, escritorio, regulador de voltaje, impresoras ni nada sin tomar. Estaban enloquecidos. A diferencia de otros centros intelectuales, la Academia no fue incendiada, pero de un total de 60.000 libros la mitad se perdió, lo mismo que cientos de publicaciones que eran enviadas desde el mundo entero en diferentes lenguas. La fotocopias no se conservaron, y algunas pudieron rescatarse, sin orden aparente, de entre el desastre. Una política eficaz de intercambio mantuvo en vigencia la actualización permanente de la Academia, lo que permitió a sus investigadores disponer de la mejor información del planeta.

Cuando pedí el catálogo de los libros, se me dijo que se encontraba entre los objetos robados, así que la labor de clasificación sería difícil. Vi algunos cuartos donde aún se conservan cientos de libros y papeles, y el desorden, no obstante, no preocupa a ninguno de los académicos, porque peor hubiera sido perder los textos. La pila de papeles amedrentaría a cualquier especialista en bibliotecas, pero no a hombres que han sobrevivido a bombardeos, asesinatos y a un pillaje que extravió los textos inéditos del historiador 'Abbas al-Azawi.

La colección *Dar Saddam li-l-makhtoutat* se salvó porque Usama N. al-Naqshabandi, su director, la ocultó. La *Bayt al-Hikma*, dedicada a la investigación de ciencias sociales, derecho, ciencias económicas y políticas, quedó destruida. En Mosul, las bibliotecas del museo y la Universidad se desvanecieron.

Mientras dormía, o fingía que podía hacerlo, en la tienda que había improvisado en el asentamiento arqueológico de Isin, en la zona de Ishan Bakrijat, oí un estruendo ensordecedor seguido de continuos disparos. Era la noche del 19 de mayo de 2003 y, en efecto, cuando salí, los soldados estadounidenses establecidos en el lugar corrían después de que su vehículo Humvee fuera impactado por un explosivo ingenioso, que resultó una mezcla de piezas de artillería de 155 milímetros con clavos. Treinta hombres en la distancia disparaban sus AK-47. Algunos poseían lanzacohetes. Otro grupo, no obstante, se separó y se dedicaba a introducirse en las ruinas y sacar objetos con rapidez. Estaba realmente asustado, lo confieso, y me lancé al suelo. A mi lado, un sargento sugirió rodear a los vándalos. El soldado más cercano lo miró con desprecio, y lo atajó con este comentario: «Vaya usted. Yo no voy a morir por unas piezas de barro. No vine desde Nueva Jersey a cuidar ruinas. Pida apoyo». Pasó una media hora de combate de sombras, donde todos disparaban hacia ninguna parte, y, finalmente, un helicóptero Black Hawk lanzó una ráfaga que no alcanzó a matar ni herir a ninguno de los atacantes.

Al día siguiente, presa del trasnocho, vi que el asentamiento era un hueco sin fondo y supe lo que realmente pasaba. Al asomarme al borde, encontré que la excavación había sido destruida. Como bien se sabe, Irak es una de las naciones con mayor número de asentamientos de importancia en el Medio Oriente, y cuando uno piensa que fue justo en estas tierras donde nació el libro, donde nacieron las bibliotecas, los primeros códigos legales, atemoriza pensar que la guerra y los sucesos posteriores a marzo de 2003 hayan podido poner en peligro la posibilidad de nuevos descubrimientos que cambien por completo nuestra concepción de la Historia. En los asentamientos se encuentran muestras de la cultura sumeria, asiria y babilónica, griega y romana.

Y el problema ha persistido. En diciembre de 2003, diariamente fueron saqueados el-Hadr, donde está Hatra, un patrimonio cultural de la Humanidad, Kulal Jabr, Kuyunjik (Ninive), Tell Senkerreh (Larsa), Tell el-Dihab, Tell el-Jbeit, Tell el-Zabul, Tell Jokha, Tell Muqajar (Ur), Tell Naml, Umm el-Aqarib... en fin. La situación es mejor en el sur que en el norte, por supuesto, como han determinado los informes del Instituto Oriental de Chicago y de la National Geography. Eso se debe a la inseguridad que ofrece la segun-

da zona. Y de los más de 600 *tells* que permanecen sin exploración debido a las sanciones de 1991, poco se sabe, pese a que desde 1987 los hallazgos se incrementaban. La Biblioteca del dios Sol apareció en Sippar, y se sabe que en Nimrud los tesoros de las Tumbas de las Reinas permitieron al mundo contemplar joyas de oro y miles de piedras preciosas.

En Umm Al-Ajarib, cerca de Nassiriya, los arqueólogos iraquíes, entre los que se encontraba Fadhil Abdulwahid, habían descubierto un gigantesco cementerio sumerio al que llamaron Ciudad de Tumbas, ya visitado por William Hayes en 1886. Los muertos estaban enterrados con joyas y estatuas. La aparición de cientos de escorpiones hizo que la zona fuese llamada «Madre de los escorpiones». Hoy en día, los robos han dejado un paisaje que debe de ser familiar a los astronautas que han logrado pisar la superficie lunar. Decenas de cráteres y espacios devastados son lo único que puede verse.

En el *tell* de Al-Majalla, Muzahem Mahmoud, supervisor, y el vigilante Ibrahim Atta, custodian la antigua ciudad de Nimrud. Una serie de túneles subterráneos son su mayor preocupación. Decenas de saqueadores ingresan todas las noches y se llevan decenas de piezas, además de que destruyen otras, que consideran menos importantes. Lo que se codicia más es el oro, y es singular el hecho de que las bandas rompen vasijas porque les parecen insignificantes. El Palacio Noroeste ha sufrido robos descarados. Hay daños en el Cuarto S (al sur de la Corte Y), relieves robados en el cuarto B, en el cuarto I y en el S. Durante un tiroteo entre saqueadores y soldados, una de las paredes sufrió cientos de impactos de bala.

El caso de Nippur, a 200 kilómetros al sudeste de Bagdad, no muy lejos de Isin, es dramático. Los saqueadores, armados, actúan de día y de noche. Realizan excavaciones sin control y se llevan tablillas, objetos de arte y lo que no reconocen de valor queda en la arena. Algunos de los saqueadores se jactan de su labor en Afak, un pueblo cercano. El guardia que protegió la instalación hace años, Abass Karmod, ha confesado que este saqueo ha destruido años de exploración.

Asur, en la zona ahora llamada Qala'at en Sherkat, ha sido declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco en fecha reciente, pero no se ha salvado por eso de saqueos interminables y ataques indiscriminados, y hoy está en grave peligro. Asur fue una ciudad de gran importancia, la primera capital de Asiria, lo cual ha despertado las sospechas entre los ladrones de que pueda contener aún objetos de valor inconmensurable.

En las ruinas del Palacio de Senaquerib, en Nínive, el deterioro

es evidente. El bloqueo de diez años impidió el acceso a Irak de numerosos grupos de arqueólogos y financiamiento. El daño, por tanto, es enorme. Los relieves están destruidos y hay agujeros en algunas salas. Cerca de las ruinas de Babilonia, el museo de Babilonia muestra los daños de un saqueo que, por fortuna, no llegó a destruir la estructura, aunque sí hay quemaduras que convirtieron el lugar en un desastre.

También han ocurrido hechos insólitos. En Ur, donde estuvo una gran ciudad imperial entre los años 2100 al 2000 a.C., algunos de los soldados, al saber que Abraham nació allí, han tomado pedazos de bloques de arcilla para llevarlos hasta su nación, donde, posiblemente, los guardarán en sus casas o los venderán como reliquias sagradas. Y para colmo, hay graffitis escritos en las piedras con mensajes como «I was here».

En Eridu (hoy Abu Shahrain), hay saqueos menores; en Ubaid, una villa prehistórica, los saqueadores han dejado huella, pero la falta de objetos parece haberlos desanimado; en Girsu (hoy Telloh), al norte de Nassiriya, donde estuvo una villa prehistórica con parte de una ciudad del reino de Lagash, siguen los saqueos; en Larsa (hoy Senkere), no hay protección alguna y los saqueos han sido permanentes; en Ctesifonte, hay graffitis políticos escritos en árabe en el arco, y la construcción con la batalla de Kaddisiye fue destruida y saqueada. Asimismo, los robos siguen en Tell Mohammed.

Una vez tomadas las obras, las bandas, que están organizadas de acuerdo a las normas más estrictas de selección de personal, las ocultan en maletas, cajas, o vasijas de artesanía, y de esta forma existe hoy un tráfico ilícito y transnacional en una escala que no tiene precedentes. Algunos objetos robados se venden por Internet y en algunos casos se han diseñado incluso páginas web para poder exhibirlas. El 11 de junio fue detenido Joseph Braude, autor de *The New Irak: Rebuilding the Country for Its People, the Middle East and the World*, porque portaba consigo tres sellos cilíndricos que había comprado por 200 dólares. Aún las piezas tenían el IM (Iraqi Museum), un identificador del Museo Arqueológico de Bagdad. Hasta la fecha más de 700 objetos han sido confiscados en ciudades como Nueva York, Roma, Londres, Moscú, Tokio, Ammán y Damasco. Algunos objetos han sido vendidos también por soldados estadounidenses.

IX

En todo caso, la destrucción y saqueo de estos asentamientos era esperada. El 24 de enero, hubo una reunión inusual y secreta en el Pentágono. Un grupo de arqueólogos tuvo el atrevimiento de entrevistarse con Joseph Collins, quien se suponía que informaría al asesor del presidente Paul Wolfowitz y a oficiales de alto rango. Los académicos pidieron al ejército de Estados Unidos que protegiera una serie de museos y asentamientos. McGuire Gibson, el respetado investigador del Instituto Oriental de Chicago, proporcionó, incluso, un documento con 5.000 lugares fundamentales. En ese momento no quedó muy claro, pero el primer sitio que aparecía en este texto era el Museo Arqueológico de Bagdad. Martin Sullivan, asesor cultural del presidente George Bush, lo llamó en varias ocasiones y cuando comenzaron los saqueos renunció, lleno de ira. El 27 de febrero, la Sociedad de Arqueología Americana envió una carta al Secretario de Defensa, donde ha quedado constatada una de las advertencias más contundentes que hayan podido hacerse alguna vez a político alguno.

Los motivos de esta preocupación eran legítimos. Había antecedentes inocultables. El proyecto B.R.I.L.A. (Bureau For Recovering And Investigating Iraqi Looted Antiquities), tras la guerra del Golfo en 1991, instaló dos centros para investigar los objetos iraquíes robados y, por supuesto, los daños causados al patrimonio cultural iraquí por parte de los aviones de la coalición aliada. Se instalaron dos sedes, una en Torino, en Italia, y la otra en Bagdad, en lo que se llamó el Instituto de Ciencias Arqueológicas Italiano-Iraquí (Dar Al-Naqeeb Al-Ghailani). Conviene saber que entre diciembre de 2000 y 2001, se elaboró una lista de obras sustraídas. El cuadro preparado sobre este gigantesco robo fue exhaustivo, directo: 1) En Babil, 46; 2) En Kirkuk, 685; 3) En Kufa, 140; 4) En Qadissija, 46; 5) En Maysan, 588; 6) En Dohuk, 200; 7) En Wasit, 74; 8) En Basora, 714, y 9) En Asur, 115. El número llegó a 2.625. La mayor parte no ha podido ser recuperada, a pesar de que muchas piezas se exhiben en museos de Francia, España, Alemania, Roma y Estados Unidos.

X

¿Quiénes son los responsables de la destrucción cultural de Irak?
La mayor parte de culpa la atribuyo a la Administración actual

de Estados Unidos, que desestimó todas las advertencias hechas y violó la Convención de La Haya de 1954 al no proteger los centros culturales y estimular, a través de una propaganda de odio, los saqueos. También incurrió en los delitos de crímenes contra el patrimonio cultural, expuestos en el Protocolo de 1999. Tal vez por eso la administración de George W. Bush ha solicitado inmunidad para oficiales y soldados ante posibles juicios en los tribunales penales internacionales. Tal vez también por eso decidió reingresar a la Unesco, y envió a su esposa a negociar cargos ejecutivos dentro de esta organización, despedir a los asesores más incómodos, y silenciar toda crítica.

De igual modo, acuso al régimen de Saddam Hussein. La infame presencia del Baaz en los centros culturales provocó que miles de manifestantes los atacasen al identificarlos con el despotismo de Saddam Hussein. Desde su ascenso en 1968, este partido político estableció programas de acción cultural que no respondían, en la mayoría de los casos, a la tradición histórica de Irak. La megalomanía de Hussein impuso unas prácticas absurdas. En Babilonia, por ejemplo, los ladrillos originales fueron sacados para colocar en su lugar ladrillos donde aparecía el nombre del presidente. Hussein era escritor, lector, arqueólogo, pintor, poeta, dramaturgo, experto en museos, sanador, y en cada actividad exigía una adulación irrestricta. Cuando escapó de Bagdad, estaba a punto de publicar su tercera novela.

Los empleados de las bibliotecas y museos, en particular los directivos, aunque hay excepciones brillantes, eran miembros naturales de los comités de participación y defensa de la revolución. No pertenecer al partido significaba perder el derecho a tener una cuenta bancaria, a tener trabajo o a poder publicar un libro, una reseña en una revista o a obtener los materiales para pintar, dibujar o esculpir. Ningún director de cine podía filmar sin previa autorización del Baaz. En el caso de los directivos de los museos, su anuencia con el partido los llevó a permitir que se instalasen depósitos de municiones y francotiradores en puntos estratégicos, lo que puso en riesgo el patrimonio cultural.

Hay, por tanto, dos grandes responsables, pero no se ha abierto un solo proceso penal internacional. Tal impunidad es escandalosa.

Conviene leer con atención este fragmento: «Los comunicados procedentes de Bagdad son inadecuados, falsos e incompletos. Todo se encuentra mucho peor de lo que nos han dicho. Hoy estamos próximos a un desastre». Este texto no forma parte del reporte de un oficial estadounidense ni lleva por fecha el año 2003; es un fragmento de una carta escrita en 1920 por Lawrence de Arabia a sus superiores. Lo curioso, no obstante, es que esas palabras tuyas siguen vigentes porque no cesan las contradicciones y mentiras en el caso de esta funesta ocupación. La guerra contra el terrorismo ha dado paso al terrorismo de la guerra.

Irak, por eso que he descrito y por todo, es ahora una nación árabe ocupada por la fuerza extranjera más repudiada en el Medio Oriente, una nación empobrecida por décadas de guerra, asediada por conflictos religiosos y atentados terroristas, en crisis económica, que sufre racionamientos de alimentos, sin medicinas en los hospitales, y, como si eso no fuera suficiente, su memoria ha sido borrada, expoliada y sometida. En Irak se ha cometido el primer memoricidio del siglo XXI.

¿Podría imaginarse un destino peor para la región donde comenzó nuestra civilización?

NOTAS

1. Entiendo por mito todo cuanto se refiere al relato sagrado de un determinado pueblo correlativo a un tiempo primordial y capaz de justificar el sentido ritual de una actividad.

2. Sigmund Freud era partidario de la presencia de un instinto destructivo. Él hablaba de un instinto de Eros, para el amor, y de un instinto de Tá-natos, para justificar la agresión y la destrucción. Escribió varios textos en torno a los instintos, pero los hay dignos de examen. El primero lleva el título de *Los instintos y sus destinos* (1915), y contiene algunos conceptos bastante interesantes. El instinto, según él lo consideraba, es interior, y responde como un impulso único, no momentáneo, sino constante; creía que la necesidad planteada sólo puede ser compensada por una satisfacción. Consta de un factor motor, al cual Freud definió como perentoriedad, de un fin, de un objeto y de una fuente somática. El segundo texto que debe revisarse es *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* (1915), donde los instintos fueron retomados para explicar la Primera Guerra Mundial. En *El malestar de la cultura* (1930), Freud retomó estas ideas y se atrevió a presentar su explicación final de por qué los hombres atacan la cultura. Advirtió que las pasiones instintivas innatas son más poderosas que los intereses racionales, y que la represión de los instintos o pulsiones destructivas por parte de la cultura, a través de leyes o de otros factores, provoca una extraña necesidad humana de liberación y venganza por la represión sufrida. No obstante, años más tarde, Freud llamó a la teoría de las pulsiones o instintos «*la mitología del psicoanálisis*», debido a numerosos detalles que no le agradaban.

3. La destructividad humana se ha incrementado. El número de guerras ha sido proporcional a los avances de la civilización. Entre 1480 y 1499, hubo apenas 9 batallas, en tanto entre 1900 y 1940 hubo 892 batallas. En el siglo XXI, concluida la época de enfrentamiento bipolar, la tensión, el miedo y la angustia crecen.

4. Cfr. Tzvetan Todorov, *Memoria del bien, tentación del mal*, Península, Barcelona, 2002.

5. Josef H. Reichholf, *La aparición del hombre*, Crítica, 2001, p. 166.
6. *Stat. Silu.* 3.3.31-39.
7. *Ov. M.* 15.871f.
8. *Enquiry concerning Human Understanding* (1748), Section XII, Part III, 132.
9. La escritura se originó en Sumer por razones económicas. A partir de los análisis y hallazgos de la arqueóloga Denise Schmandt-Besserat (*Before Writing*, 2 vols., Austin, 1992), se han definido tres etapas anteriores a la invención de la escritura:
 - 1) En pleno neolítico, se pasó de la pintura al pictograma y se elaboraron bolas con fichas. En Uruk se han encontrado pelotas de arcilla, en cuyo interior hay fichas con figuras. Es obvio que la pelota se refería a una unidad administrativa y constituía una forma inicial de contabilidad. Las figuras de las fichas trataban de parecerse a animales y, en otros casos, representaban formas geométricas.
 - 2) En un segundo momento, las pelotas de arcilla tenían signos impresos en su exterior, lo que indica que por razones de velocidad en la revisión de los registros se avanzó hacia el diseño de signos capaces de representar en segundo grado un contenido interno.
 - 3) Finalmente, se impusieron las tablillas, dado que eran más prácticas. Los signos llegaron a ser entendidos no sólo como signos sino como sonidos. La escritura se tornó más abstracta y hacia el 2000 a.C. los escribas dotaron a cada signo de una complejidad tal que redujo su número.
10. Las pruebas de radiocarbono en las tumbas de Abidos, en Egipto, apuntan a que había una especie de proto-jeroglifos hacia el 3.400 a.C, pero no son confiables. Hoy por hoy, la polémica se reduce a dos civilizaciones: egipcios y sumerios.
11. Lara Peinado, Federico. *Himnos Sumerios*, Tecnos, 1988, p. 167.
12. John A. Garraty y Peter Gay, *El mundo antiguo*, vol. 1, p. 108.
13. El texto original en Vanstiphout, Herman L.J. (ELA/ECSL, 1998: texto y transliteración).
14. Cfr. *Los orígenes de la Civilización* (1936) de V. Gordon Childe: [...] *seguramente era un acto mágico el que un hombre, desaparecido del mundo de los vivos desde mucho tiempo atrás, pudiera hablar todavía desde una tablilla*[...].
15. E. Kämpfer, en 1700, utilizó el término «cuneiforme» por vez primera.
16. R.L. Zettler, «Nippur», *OEANE* 4, 1997, pp. 148-152.
17. William Culican, «Siria», en Arthur Cotterell (Ed.), *Historia de las civilizaciones antiguas*, vol. 1, p. 264.
18. Paolo Matthiae, *Ebla*. Torino, 1989, p. 161.
19. Giovanni Pettinato. *Ebla, una ciudad olvidada*, Barcelona, 2000, p. 175.
20. Postgate, J.N., *La Mesopotamia arcaica*, 1999, p. 292.
21. Sven Dahl, *Historia del libro*, Alianza, 1999, p. 22.
22. M. Weitemeyer, «Archive and Library Technique in Ancient Mesopotamia», *Libri* 6, 1956, p. 228.
23. G. Offner, *Revue d'assyriologie et d'archeologie orientale* 44, 1950, p. 137.

24. *El folklore en el Antiguo Testamento* (1994), p. 70.
25. Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, VI, 10) ha dicho: «Fue en Egipto donde por primera vez empezó a utilizarse el papiro, descubierto en la ciudad de Menfis».
26. *Lettres et Journaux*, 1909.
27. *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, III.I, 1955, pp. 10-11.
28. *Ramesseum. Lexikon der Aegyptologie*, V, 1983, pp. 94-98.
29. *The vanished Library*, 1990, p. 158.
30. *The Life and Times of Akhnaton*, 1923, p. 121.
31. Donald B. Redford, «The earliest years of Ramesses II», *Journal of Egyptian Archeology* 57, (1971), p. 113.
32. Brian Brown, *The wisdom of the Egyptians*, 1928.
33. *Literatura en la Grecia Antigua*, 1986, p. 15.
34. Se trata del *Papiro de Dervéni*, descubierto en 1962 en Macedonia. Algunos eruditos como C. H. Roberts, al juzgar el tipo de letra, datan el texto en el 300 a.C. Cfr. *Studies on the Derveni Papyrus* (1997) de André Laks.
35. Hago notar al lector que fue una palabra fenicia la que se impuso a la hora de designar la Biblia.
36. Es interesante observar lo siguiente. La palabra griega para lectura aparece documentada en Pindaro Ol. X, v.1; *Eutidemo* 279E; *Ranae* v. 52; Demóstenes X, 27; Andócides I, 47.
37. «Dosíadas», 458, en *Die Fragmente der griechischen historiker*, 6.
38. *Historias*, V, 58.1.2.
39. Fr. 514: *Cadmo las trajo de Fenicia*[...]
40. Fr. 501 Rose: *Cadmo las introdujo en Grecia*.
41. El hexámetro exigió la existencia de vocales largas y breves, sin las cuales no hay hexámetros.
42. *Periégesis*, 9, 31.
43. *Discursos* 2,89;3, 75.
44. *A Selection of Greek Historical Inscriptions* (1988) de R. Meiggs y D. M. Lewis. En este caso se trata de la inscripción 17.
45. Giovanni Reale. *Platón. En búsqueda de la sabiduría secreta*, Herder, 2001.
46. Bernard Knox (*Silent Reading in Antiquity*, 1968) ha apoyado esta tesis con dos ejemplos clásicos: 1) El primero pertenece al *Hipólito* de Eurípides, fechado por algunos filólogos en el 428 a.C.: en esta obra, Teseo observa una tablilla en la mano de Fedra y la toma tras desatar el cordón usado como sello. Casi de inmediato, Teseo grita: «¡Ay de mí! ¿Qué infortunio intolerable, indecible, vendrá a añadirse a la desgracia? ¡Desgraciado de mí!». El coro, que representa la curiosidad del público, le pregunta qué contiene la tablilla, y Teseo, sin leer en voz alta, hace un resumen donde demuestra haberla leído para sí mismo; 2) El segundo texto está en *Los caballeros de Aristófanes*, que es del 424 a.C. Nicia le roba un oráculo escrito a Paflagón, y en lugar de leerlo en voz alta, decide leerlo para sí. A estas dos pruebas, debo añadir un ejemplo irrefutable, presente en *Las Ranas* (52) de Aristófanes,

obra del 405 a.C., donde el personaje Dioniso dice: «[...] cuando estaba a bordo leyendo / para mí mismo Andrómeda [...]».

47. *Apología* 26 d-e.

48. J.M. Edmonds (*The fragments of attic comedy*, 1957, p. 419). Se trata del Fr. 304.

49. *Onomastikon*, 9, 47.

50. Laercio 2, 11.

51. 427, 3-7 Rose.

52. *Alejandro*, 26.

53. Nacido en Colono el año 497 y muerto el 407 a.C., Sófocles cambió la historia del teatro griego. Un catálogo de Aristófanes de Bizancio le atribuyó 130 tragedias; el *Léxico* de Suda reseña un número de 123. Los fragmentos salvados pueden leerse, en español, en *Sófocles: Fragmentos* (1983) de J.Ma. Lucas de Dios. Cfr. *Introducción al teatro de Sófocles* (1944) de M.R. Lida.

54. Los fragmentos de la obra de Safo están recogidos en *Poetarum Lesbiorum Fragmenta* (1955) de Edgard Lobel y D.L. Page. En español, F.Rodríguez Adrados incluye sus textos en *Lírica griega arcaica* (1986).

55. Vivió en el siglo v a.C. No queda, como he dicho, ningún escrito suyo conservado en estado aceptable. Un grupo de escasos fragmentos y testimonios aparece en *Lyra Graeca* (MCMXXVII, pp. 6-39) de J.M. Edmonds y en *Corinna* (1953) de D.L. Page. En español hay versiones en *Lírica griega Arcaica* (1986) de F. Rodríguez Adrados. Cfr. E. Lobel («Corinna», *Hermes* 65, 1930).

56. Nacido el 480 y muerto el 406 a.C., Eurípides es el más filosófico de los poetas trágicos. La recopilación de sus fragmentos puede leerse en *Tragicorum Graecorum Fragmenta* (1964) de A. Nauck y Snell. Con mayor actualización está el estudio *Nova Fragmenta Euripidea in Papyris reperta* (1968) de C. Austin. Cfr. *Studies on the text of Euripides* (1981) de J. Diggle.

57. (H. 480-375 a.C.), Sofista. Se ha perdido casi todo lo que escribió. Apenas sobreviven dos discursos suyos completos y fragmentos, los cuales pueden leerse en *Protágoras y Gorgias. Fragmentos y testimonios* (1984) de José Barrio Gutiérrez. Cfr. «Gorgias on nature or that which is not» (*Phronesis* I, 1955) de G.B. Kerfeld.

58. (H. 448-401 a.C.). Los fragmentos fueron recopilados en *Tragicorum Graecorum Fragmenta* (tomo 1, 1971) de B. Snell. Cfr. *Agathon* (1955) de Pierre Leveque.

59. (H. fin. del siglo VII a.C.), Poeta. Lo que queda se lee en *Poeta Melici Graeci* (1968) de Denis L. Page y en *Lírica griega arcaica* (1986) de F.R. Adrados. Cfr. «Alkman» (*RE*, Sup.XI, col.20, 1968) de Max Treu.

60. (H. 450-388 a.C.). Fragmentos en *Fragments of Attic Comedy* (1957) de J. M. Edmonds. También A. C. Cassio hizo una recopilación singular en *Banchettanti: i frammenti* (1977). Cfr. *Aristophanes. His plays and his influence* (1963) de L.E.Lord.

61. (H. 250-263 a.C.), Comediógrafo. Fragmentos en *Fragmenta comicorum Graecorum* (1839/1857, t. 4) de A. Meineke. Cfr. *Euripides und Diphilos* (1953) de W. H. Friedrich.

62. (Fl. h. 360 a.C.), Comediógrafo. Fragmentos en la edición de R. L. Hunter titulada: *Eubulus: the fragments* (1983).
63. (h. 392-286 a.C.), Comediógrafo. Sobreviven un aproximado de 340 fragmentos, recopilados en *The Fragments of Attic Comedy* (1959, t.2) de J.M. Edmonds.
64. (H. 332-261 a.C.), No se conserva ningún escrito suyo, salvo un grupo de fragmentos, los cuales pueden leerse en *I frammenti degli stoici antichi* (1971) de N. Festa. Cfr. «Las obras de Zenón y las fuentes de su sistema» (*Filosofía* 7, 1994) de Angel J. Cappelletti.
65. (H. 280-207 a.C.), Fragmentos en *Stoicorum veterum fragmenta* (Reedición de 1964) de H. von Arnim y en *I frammenti degli stoici antichi* (1971) de N. Festa. Cfr. *Chrysippe* (1910) de E. Bréhier.
66. (H. 271-213 a.C.), Historiador. No se conserva ningún escrito suyo.
67. (Fl. h. el siglo VII a.C.), Poeta. Hay escasos fragmentos recopilados en la edición de Homero que preparó T.W Allen y fue publicada en 1912. Cfr. *Sobre griegos y latinos* (1991) de Guillermo Morón.
68. (H. 518-446 a.C.), Poeta. Las mejores compilaciones de sus fragmentos en *Pindari Carmina cum fragmentis* de Bruno Snell (t.1, 1953; t.2, 1964). Cfr. «Pindaros» (*RE* XX, 1950, cols. 1606 y ss.) de F. Schwenn.
69. (Siglo V a.C.). Fragmentos en *Poeta Melici Graeci* (1967) de D. L. Page y en *Tragicorum graecorum fragmenta* (1971) de B. Snell. Cfr. *Das Satyrspiel und Pratinas von Phleius* (1926) de M. Pohlenz.
70. (Siglo IV a.C.), Poeta trágico. Lo existente puede leerse en *Elegy and Iambus* (MCMXXXI, t.2) de J.M. Edmonds y en *Tragicorum Graecorum fragmenta* (1971) de B. Snell.
71. (Fl. h. 270 a.C.), Astrónomo. Se ha perdido casi todo lo que escribió.
72. (H. 50-120 d.C.), Historiador, biógrafo, filósofo. Cfr. *Der sogenannte Lampriaskatalog der Plutarchsschriften* (1873) de M. Treu; *Plutarch* (1973) de D. A. Russell.
73. (Siglo IV a.C.), Filósofo. No se conserva ningún escrito suyo, salvo fragmentos recopilados en *De Speusippi Academici Scriptis accedunt Fragmenta* (1911). Cfr. *La academia platónica* (edi. esp., 1926) de P.L. Landsberg.
74. (Siglos IV - III a.C.), Historiador. Salvo fragmentos, recogidos en *Die fragmente der griechischen Historiker* (ver sección 76) de F. Jacoby, no queda nada de sus escritos. Cfr. *Griechische Geschichtschreiber* (1957) de Eduard Schwartz; *In the Shadow of Macedon: Duris of Samos* (1977) de R. B. Kebric.
75. (H. 64-después del 24 d.C.), Historiador, geógrafo. Perdida la gran mayoría de sus escritos. Cfr. *The textual tradition of Strabo's Geography* (1975) de A. Diller.
76. (Siglo III a.C.), Historiador. La recopilación puede leerse en *Die fragmente der griechischen Historiker* (Sección 680) de F. Jacoby. Cfr. *Berosos und die babylonisch-hellenist. Literatur* (1923) de F. Schnabel.
77. Fr. 70 Rose.
78. *Laercio* 9,52.
79. *Onomatol.*, Esc. Plat., esp. 600C.

80. *Silos*, Fr. 5. La fuente original de este fragmento es Sexto Empírico (*Contra los matemáticos*, IX, 56, II). Cfr. *Poesía Helenística Menor* (1994) de José A. Martín García.
81. *Cron. Hier.*
82. [...] *P. sophista cuius libros decreto publico Athenienses combusserunt Ol.* 84 [...].
83. Hay varias fuentes donde puede leerse la historia de Protágoras: Cic.N.D. 23.63; Josephus Ap. 2.37.266; Laercio 9.52; Philostr. V.S. 1.10 (494); Min. Fel. Oct. 8.3; Laet. *De Ira* 9.1f; Eus. *Praep. Ev.* 14.19.10.
84. *Proll.*, II, 30-33.
85. Pausanias, *Periégesis*, I 30.1.
86. Ael. *Var. Hist.* III, 9.
87. *Laercio* 9, 7, 40-41.
88. Aristoxeno de Tarento (h. 370-¿?) era de la Escuela peripatética y tenía más de un buen motivo para rechazar a Platón y todos sus seguidores. Cfr. *The Development of Greek Biography* (1971) de A. Momigliano.
89. *Laercio* 3, 5.
90. Herm. (*in Phdr.* 275 c).
91. *Segunda Carta*, 314c.
92. «El Platón italiano de Hans Kraemer» en: *Platón y los fundamentos de la Metafísica de Hans Kraemer*, p. 21, 1996.
93. *Elementa Harmonica* 2.20. 16-31.3 Macran.
94. Plinio, XXXVI.95.
95. *Laercio* 9,1,6.
96. Fr. 39 Marcovich; 48 Diels.
97. Fr. 82 Marcovich; 66 Diels.
98. *Protágoras* 311b.
99. W.H.S. Jones and E.T. Withington. *Hippocrates*, 4 vols. Loeb Classical Library, 1957-59.
100. *Bion of Boristhenes* (1976) de J.F. Kindstrand.
101. Cicerón, *Pro Rabirio Postumo* 9.23.
102. *Laercio* 5.78.
103. No hay citas antiguas sobre esta relación, pero E.A. Pearsons (*The Alexandrian Library*, 1953, pp. 215-216) hace la sugerencia, que resulta bastante aceptable.
104. Vitruvio (*De Architectura*, II, praef.1) establece una diferencia al llamarlo Dinócrates.
105. *Plinio*, V, 10.
106. *PseudoCalístenes* I.32.
107. *Regum et imperatorum apophthegmata*, 189D.
108. *Historia Varia*, 3, 17.
109. Un catálogo de sus libros recoge los siguientes títulos: *Apología de Sócrates*, *Aristides*, *Aristómaco*, *Artajerjes*, *Asamblea jurada*, *Calcidico*, *Cartas*, *Catálogo de los arcontes*, *Cleón*, *De Esopo*, *De la fe*, *De la fortuna*, *De la gracia divina*, *De la Iliada* (2 libros), *De la incursión de los atenienses*, *De la magnificencia*, *De la*

Odisea (4 libros), *De la opinión*, *De la oportunidad*, *De la Retórica* (2 libros), *De la vejez*, *De las leyes de los atenienses* (5 libros), *De las leyes*, *De las nupcias*, *De los ciudadanos atenienses* (2 libros), *De los estudios*, *De los niños*, *Del ejército* (2 libros), *Del gobierno* (2 libros), *Dionisio*, *Exhortatorio*, *Fedondas*, *Homérico*, *Las Embajadas*, *Medón*, *Proemio Histórico*, *Sobre un haz de luz en el cielo*.

110. Laercio 5.37.

111. Aristetas, *Epistula ad Philocratem*, 10-317.

112. Estrabón, 17.1.8.

113. Fr. 12 Wachsmuth.

114. «The Discovery of the Famous Temple and Enclosure of Sarapis of Alexandria», *Suppl. aux Annales du service des Antiquités de l'Égypte*, Cahier Nro. 2, 1946.

115. 17 (1). 607.

116. El término, mencionado por Estrabón, puede estudiarse en *Priester und Tempel im hellenistischen Ägypten* (1905, I, pp. 166 y sgs.) de W. Otto.

117. *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, 1986, p. 229.

118. *Geografía*, I.2.2.

119. R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, I, p. 284.

120. Sería recomendable revisar, entre otros, estos textos sobre Calímaco: «*The Pinakes of Callimachus*», *Libr. Quarterly* 28, 2, 1958, de Fr. J. Witty; *Callimachos* (1975) de A. Skiadas.

121. El prestigio de la obra de Calímaco ha hecho pensar a todos los especialistas en el mundo helenístico que tuvo que ser director de la Biblioteca. Pero las listas antiguas que conocemos no le asignan ese rango; Juan Tzetzes lo llamó «*aulicus regius bibliothecarius*», lo cual prueba que el poeta tenía estrechas relaciones con la Biblioteca.

122. Léxico de Suda, K227: «Calímaco, hijo de Bato y Mesatma, de Cirene, gramático. Discípulo del gramático Hermócrates de Iaso. Se desposó con la hija de Eufrates de Siracusa; el hijo de su hermano fue Calímaco el joven, quien escribió sobre las islas en verso épico. Fue tan hábil que escribió poemas en cada uno de los metros, y compiló muchos trabajos en prosa. Escribió más de 800 libros. Vivió en la época de Ptolomeo Filadelfo. Antes de tener relación con el rey, enseñó gramática en Eleusis, una villa en Alejandría. Sobrevivió bajo el reino de Ptolomeo, llamado Evergétas, en la Olimpiada 127, en cuyo segundo año comenzó el reino de Ptolomeo Evergétas. Sus libros son: La venida de Io, Semele, Fundación de Argos, Arcadia, Glauco, Esperanzas, obras satíricas, tragedias, comedias, poemas líricos, Ibis (poema deliberadamente oscuro y ofensivo, dirigido a un Ibis, que fue enemigo de Calímaco: se trataba de Apolonio, autor de la Argonatica), museo, Tabla de escritores dramáticos ordenados cronológicamente desde los primeros tiempos, Tablas de todos los que fueron eminentes en literatura en todos los géneros, Cuadro de las glosas y de los escritos de Demócrito; Nombres de los meses por nación y ciudad, Fundaciones de Islas y Ciudades, y sus cambios de nombre, Sobre ríos en Europa, Rarezas de todo el mundo reunidas por lugares, Sobre los cambios de los nombres en los peces, Sobre los vientos, Sobre

pájaros, Sobre los ríos del mundo deshabitado, Colección de maravillas en el mundo entero, organizadas por lugar».

123. Pfeiffer hizo la compilación en su monumental obra *Callimachus* (2 tomos, 1949 y 1953).

124. *Deipnosophistas* 244 A., 585 B.

125. Las citas de Ateneo constituyen los Fragmentos 434 y 435 de la edición en dos tomos titulada *Callimachus* (1949-1953), cuyo autor es R. Pfeiffer.

126. Cfr. *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer litterarischen Form* (1901) de F. Leo.

127. Hay que leer *Aristarchs Homerische Textkritik* (1884) de A. Ludwich.

128. Cfr. P.M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 1972, pp. 471-4; L. Pearson and S. Stephens, *Didymi in Demosthenem commenta*, 1983; R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica*, I, 1981, pp. 481-489; M. Schmidt, *Didymi Chalcenteri grammatici Alexandrini fragmenta quae supersunt omnia*, 1854.

129. XLII, 38,2.

130. *De la tranquilidad del alma*, 9,5.

131. VI, 15, 31.

132. *The Alexandrian Library. Glory of the Hellenistic World* (Amsterdam, 1952), pp. 288-319.

133. *Julio César. Un dictador democrático*, 2000, p. 226.

134. Suetonio, *Vida de los Césares*, Claudio, XLII, 2.

135. *The decline and Fall of the Roman Empire*, 1839.

136. *Annals*, II, edi. Pococke, p. 316.

137. El título de su obra es *Ta'rikh al-Hukama* (Crónica de hombres sabios).

138. Cfr. Edward Gibbon, *Op. cit.*, London, 1839, p. 956.

139. «Ibn al-Kifti», *Enciclopedy of Islam*, I, vol. 3, p. 840.

140. *Les destinées de la bibliotheque d'Alexandrie* en la *Revue Historique* (I, 1876).

141. LXXVII, 7.

142. XXII, 16, 15.

143. Cfr. Gibbon, *Op. cit.*, p. 145: [...]la persecución de Diocleciano es el primer suceso auténtico en la historia de la Alquimia[...]

144. *Vida de San Pedro de Alejandría*, apud Maium, Spicilegii, vol. III, p. 671 y ss.

145. *Eus. Hist. Eccl.* 8.2.1; Hier. In Zach. 2.8 (Migne XXV 1467).

146. G. Boissier, *La fin du paganisme* (1891), I 387f.

147. Aug. *Cont. Cresc.* 3.27.30 (C.S.E.L. LII); *ibid.* 3.29.33.

148. Acta SS. Saturnini, Dativi, et al. (Migne VIII 691), [Paris, 1689], 410.).

149. *Noches Áticas*, VII, 17.

150. XXII, 16, 13.

151. Cfr. *Op. cit.*.

152. *Geografía*, 13,6,24.

153. *De Architectura*, VII, 4.

154. *De mensibus*, I, 28, de. R. Wuensch 1898.

155. *Plinio*, XIII, 70.

156. *Comentario sobre Hipócrates*, XV, Kühn, pp. 105-107.

157. *Op. cit.*, VII, 1, 34.
158. Cfr. *Ptolemaic Alexandria* (Oxford 1972, pp. 465-7) de P.M. Fraser.
159. *Antigonos von Karystos*, 1881.
160. *Vida de Antonio*, 58.
161. *La crítica en la Edad Ateniense*, en *Obras completas*, p. 205.
162. *Geografía*, 13.1.54.
163. *Vita Marc.* 6.
164. Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, 20,5.
164. Cfr. *Léxico de Suda* (Nro. 199) y Laercio 5, 16.
166. *Op. cit.*, 5.
167. Laercio 5, 52.
168. «Notes on the Wills of the Peripatetic Scolarchs», *Hermes* 100, (1972), pp. 314-342.
169. Ateneo, *Deipnosophistas* 1.4 3a-b.
170. Estrabón, *Geografía*, 13.1.54.
171. *Der Aristotelismus bei den Griechen*, I, Berlín, 1973, pp. 13-16.
172. *Información esencial sobre las Generaciones de los Médicos*, 15.
173. *Op. cit.*, 13.1.54.
174. *Ibid.*, 5.214d-e.
175. *Ibid.*, 5.214e.
176. Plutarco, *Sila*, 26.
177. Ver *Crónica de Varones Sabios*.
178. *Ad. Att.*, II 6,7,
179. Estrabón, 12.3.16.
180. *De fin.* III, 7.
181. *Op. cit.*, 13.1.54.
182. *Sila*, 26.
183. *Ibid.*
184. *Vida de Plotino*, 24.
185. El recuento más riguroso sobre el papel de Andrónico tal vez sea el que hizo Jonathan Barnes en su artículo «Roman Aristotle», en Barnes, J. y Griffin, Miriam (Eds.) *Philosophia Togata II. Plato and Aristotle at Rome*, Oxford University Press, 1999, pp. 1-69.
186. *Les listes anciennes des ouvrages d'Aristote*, 1951, pp. 314-315.
187. *De natura deorum*, I33, 35.
188. *Ad Atticum*, IV.10: *ego hic pascor bibliotheca Fausti*.
189. *Dión Casio*, LXXVII,7.
190. VI 7 1141a14f, fol. 95b, p. 320.38 Heylbut.
191. *Zwei Abhandlungen über die aristotelische Theorie des Drama*, Berlin, 1880, 48.
192. *Aristotle on the Art of Poetry*, Oxford, 1909, xxff.
193. *Poética de Aristóteles*, 1974.
194. *Aristotle on comedy*, 1984.
195. La fuente primordial es *Sources on the earliest greek libraries with the testimonia* (1968) de Jenö Platthy.

196. *Op. cit.*, VII, 17.
197. C. Müller (*Oratores Attici*, II, p. 523).
198. *Contra el ignorante coleccionista de libros*, 4.
199. Eusebio, *Chron. Ol.* 227, ed. I.K. Fotheringham, London, 1923, p. 282; Pausanias, I, XVIII,9.
200. I.G. II2, 1029, a, 96/95 a., L. 24-25.
201. I.G.2, 1009, 1030, 1040, 1041, 1042 y 1043.
202. Ateneo, *Deipnosophistas*, V, 207E.
203. Ateneo, *Ibid.*, I, 3 A.
204. M. Segre, *Rivista di filologia e d'istruzione classica* 13, pp. 214-222, 1935.
205. *Librorum Catalogus*. Maiuri, Amedeo: *Nuova silloge epigrafica di Rodi e Cos* (Firenze, 1925), nro. 11.
206. Suda, s.v. *Euforión*.
207. *Bulletin de Correspondance Hellénique* 59, 1935, pp. 421-425.
208. Burzachechi M. «Ricerche epigrafiche sulle antiche biblioteche del mondo greco: II», *RAL* XXXIX, (1984), pp. 307-338.
209. Blanck, Horst, «Un nuovo frammento del Catalogo della biblioteca di Tauromenion», *La Parola del Passato* 52, (1997), pp. 241-255.
210. Aeliano, *Varia historia*, X, 7.
211. En C.I.L. III, 1, 607, queda claro que L. Flavio Tito Emiliano Telurio Gaetulico donó 170.000 sestericios para la construcción de la biblioteca de Dirraquio.
212. Plutarco, *Quaestiones convivalium*, liber V, 675B.
213. Isocrates, *Aegineticus* 5.
214. *Inscriptiones Graecae ad res Romanas pertinentes* III, nro. 930.
215. Krug, Antje (Ed.). *From Epidaurus to Salerno*, 1992.
216. XV: ed. Kühn, p. 24.
217. *Contra Apionem* 1, 42-44.
218. *Vita* 418.
219. *Interpretación de los sueños*, 2, 45.
220. *Los biblioclastas*, p. 6.
221. Derk Bodde, *China First Unifier*, 1938.
222. La Escuela legalista, precursora de algunos de los puntos de vista de Maquiavelo, estuvo representada por Shen-Dao, Shen Bu-hai y Shang Yang. Las tesis de estos tres entusiastas del absolutismo fueron sintetizadas por Han Fei-zi. Cfr. W.K. Liao, *The complete Works of Han Fei Tsu, a Classic of Chinese Legalism*, 1939.
223. *Historia de las civilizaciones antiguas*, vol. 2, Crítica, Barcelona, p. 315
224. *Historia de la China Antigua* (1974, p. 298) de A. Montenegro.
225. Ssu-ma Ch'ien, *The Grand Scribe's Records. Volume 1. The Basic Annals of Pre-Han China*, William H. Nienhauser, Jr. (Ed.), Indiana University Press, 1995.
226. Se ha señalado el año 65 como una fecha clave.
227. Whitfield, Roderick, Whitfield, Susan y Agnew, Neville. *Cave Temples of Mogao: Art and History on the Silk Road*, 2001.
228. Hay bastantes textos que referir aquí, pero resulta recomendable la

lectura de Theodor Birt, *Das antike Buchwesen in seinem Verhältniss zur Litteratur, mit Beiträgen zur Textgeschichte des Theokrit, Catull, Properz, und anderer Autoren*. Berlin, W. Hertz, 1882; M.Finley, «Censorship in classical antiquity», *TLS*, (1977), pp. 923-5.

229. Las fuentes de esta información proceden de: *Plin.* N.H. 13.84-87; *Liv.* 40.29; *Varro ap. Aug.* C.D. 7.34; *Val. Max.* 1.1.12; *Plut.* Numa 22; *Lact. Inst. Div.* 1.22.5-8; *Anon. De viris Illust.* 3.3.

230. *Liv.* 39.16.8: «*vaticini libri*.»

231. *Varro ap. Lact. Inst. Div.* 1.6.10f.

232. Este dato procede de *Rutilius Namatianus (De Reditu Suo 2.52): Ante Sibyllinae fata cremavit opis.*

233. *Anales*, 1.72,4.21.

234. *Sen. Rhet. Contr.* 10.5.22; *Sen. De Ira* 3.23.6.

235. *Suet. Aug.* 31.1.

236. *Suetonio, Vida de los doce césares* 3, LXI.

237. *Tácito, Anales*, 4,35; *Dión Casio*, 57, 24.

238. *Suet.*, «*Calígula*», 16.

239. *Suet.*, «*Vespasiano*», 8, 5.

240. E. J. Kenney, «Books and readers in the roman world», en *The Cambridge history of classical literature*, vol. II, Latin literature, Cambridge, pp. 3-32, 1982.

241. *Suet.*, *Iul.*, 44.

242. *X*,1,95.

243. *Isidoro, Etimologías*, VI, 5.

244. P. White, «*Pompeius Macer and Ovid*», *CQ* 42, (1992), pp. 210-18.

245. Gareth D. Williams, *Banished Voices: Readings in Ovid's Exile Poetry*. Cambridge, 1994.

246. *Suet.*, *César*, 56,7.

247. *Suda*, 120.

248. *Oros. Hist.* 7.16.3.

249. J.-R. Vieillefond, *Les Cestes de Julius Africanus*, Paris 1970, pp. 290-91 y F. Granger, «*Julius Africanus and the Library of the Pantheon*», *Journal of Theological Studies*, n.s., Vol. 34, (1933), pp. 157-161.

250. *Aelius Spartianus, Vida de Antonino Caracalla*, IV.

251. *Epaphroditi grammatici quae supersunt*, 1866.

252. *Cic.*, *Brut.*, 78.

253. *Antike Welt* 17, pp. 22-43, 1986.

254. *Ad fam.* 5, 10^a.1

255. *Cic.*, IV.4a.

256. *Cic. Phil.* 2, 9, 21.

257. *Gell.* 5, 4, 1.

258. *Corpus Inscriptionum Latinarum* 10.4760.

259. *Corpus Inscriptionum Latinarum* 11.2704.

260. C. Hanson, «Where there libraries in Roman Spain?», *Libraries & Culture* 24, (1989), pp. 198-216.

261. Stevens, G.P., «A Doorsill from the Library of Pantainos», *Hesperia* 18, (1949), pp. 269-274.
262. Lorne, Bruce, «Roman Libraries, A Review Bibliography», *Libri* 35, (1985), p. 99.
263. «De la pedantería», *Ensayos*, I.
264. Amedeo Maiuri (*Herculaneum*, 1977).
265. *Epistulae* VI, 16 y 20.
266. Sandra Sider, «Herculaneum's Library in 79 A.D.: The Villa of the Papyri», *Libraries & Culture*, Vol. 25, No. 4, (1990), pp. 539.
267. Filodemo, poeta y filósofo. Un proyecto multidisciplinario de profesores, que conforma el Proyecto Filodemo, coordinado por Richard Janko, intenta publicar todos los fragmentos de sus libros. Un buen análisis de su pensamiento está en *La literatura griega de la época helenística e imperial* (edi. esp., 1972) de Raffaele Cantarella.
268. *Hil. Op. Hist.* Fr. 3.27 (Migne x 674).
269. *Philostorg.* 11.5; *Cod. Theod.* 16.5.34.
270. *Cod. Just.* 1.1.3; *Mansi Collectio conciliorum* V 417.
271. *Vida de Isidoro*, 79, 24-25.
272. Esto se aplica a épocas posteriores: existe una sola fuente manuscrita para el Lexico de Hesiquio de Alejandría (Siglo v d.C.), que es el Marc. Gr. 622, del siglo xv. Sólo Kurt Latte hizo una edición en dos tomos que aparecieron en 1953 y en 1966. ¿Qué hubiera pasado si tan valioso manuscrito desaparece en un incendio?
273. El *P. Berol.* 9865, con *Los Persas* de Timoteo de Mileto, es uno de los más antiguos papiros conservados de la literatura griega junto con el Papiro Dérveni.
274. Cfr. Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, VI, 12): «y se llama código por traslación del nombre de los troncos (códices) de los árboles, o de las vides, como si dijéramos caudex, porque asemeja sostener libros como el tronco sostiene las ramas».
275. Jo. *Antioc.* Frag. 181.
276. *Léxico* de Suda: «Filón, de Biblos, gramático. Vivió en el tiempo de Nerón y se extendió mucho; según Severo, como Herenio en gestiones públicas, según se dice, hasta los 78 años, en la Olimpíada 220. Escribió: Sobre la adquisición y selección de libros en 12 libros, Sobre Polis y los famosos que cada una ha producido en 30 libros, Sobre el reinado de Adriano, bajo quien vivió Filón, y otros. Que Filón llegó a ser Cónsul, Herenio en la gestión pública, lo dice él mismo [...]».
277. *Léxico* de Suda: «Télefo, de Pérgamo, gramático, también escribió..., donde enseña cómo muchas cosas debe conocer un gramático, Sobre las Figuras Retóricas en Homero en dos libros, Sobre la sintaxis del discurso ático en 5 libros, Sobre la retórica en Homero, Sobre la relación entre Homero y Platón, Amores de aprendizaje variable en 2 libros, Vidas de los trágicos y cómicos, Experticias sobre libros en dos libros, donde enseña que los libros son una adquisición notable, Sobre que Homero es el

único autor griego antiguo que escribió el griego correctamente, Descripción de Pérgamo, Sobre el Templo de Augusto en Pérgamo en dos libros, Sobre la Corte en Atenas, Sobre los reyes de Pérgamo en cinco libros, Sobre el uso de la ropa y otras cosas que usamos (en orden alfabético), Sobre el curso errante de Odiseo, Nacimiento fácil: es una colección de epítetos prácticos con el propósito mismo de ayudar a mejorar la fluidez de las frases, en 10 libros [...]».

278. *República*, 377 c.

279. *Rutilius Lupus*, 1768.

280. *Historia de la literatura romana*, 1971, p. 20.

281. *On the Proscription of Heretics*, trans. T. Herbert Bindley, 1914.

282. *Epístola* 58.

283. *Panegirigo de Constancio*, p. 59d-60c.

284. Wilson, N. «Books and Readers in Byzantium», en *Byzantine Books and Bookmen*. Washington D.C., 1975.

285. *A History of the Crusades*, vol. 2, pp. 123-139.

286. *Michael Choniates Metropolit von Athen* (1934) de G. Stadtmüller.

287. Hay una seria discusión sobre esta afirmación. El papa Gregorio VII ordenó quemar ejemplares de los poemas de Safo en 1073 en las ciudades de Roma y Bizancio, lo cual hizo pensar que ningún otro ejemplar sobrevivió hasta el siglo XIII. No obstante, D.L. Page (*Sappho & Alceus*, 1955, p. 113) recuerda que hay una mención del libro 8 de la obra completa de Safo en la Biblioteca de Focio (cod. 161, y, p. 103a40 Bekker). Miguel Psellos mencionó a Safo también en una carta (Sathas, Mes. Bibl. 5, 59 f.) dando testimonio de la popularidad de esta notable poetisa. En *The Oxford Dictionary of Byzantium* (1991, p. 1841) encuentro asimismo: «Después de un período de silencio reaparece Safo al final del siglo X, cuando el Suda incluyó su biografía y pasajes de los poemas originales [...]. Safo era especialmente popular en el siglo XII, aunque a menudo Isaac Tzetzes (Cramer, Anecd. Gr. Paris. 1: 63. 20-21) reclama que sus obras habían desaparecido [...]. El interés por Safo disminuyó después del siglo XI, aunque Planudes, Moscopoulos y Metoquides tuvieron familiaridad con sus versos [...]».

288. Cfr. M. Treu, «Ein byzantinisches Schulgespräch», *BZ* 2, (1893), 96-105.

289. A saber, hay un libro de Petrus Arcudius (1563-1634), originario de Corfú, sobre este personaje, fechado en 1637.

290. *Op. cit.*, cap. LXVIII, 1839.

291. Steven Runciman, *La caída de Constantinopla*, Austral, 1997, p. 227.

292. XIV, 6, 18.

293. Ms. Leningrado Q.v.1.6-10.

294. *Selection from Ancient Irish Poems*, London, 1911.

295. *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*, 1998.

296. *Vida de San Columba*, Liber II, c. 29, Liber III, c. 15 y c. 23.

297. Heiric de Auxerres (Vida de Saint German) dijo el 870 d.C.: «¡Casi toda Irlanda, desdeñando el mar, está emigrando hacia nuestras costas con un rebaño de filósofos!».

298. Leighton D. Reynolds y Nigel G. Wilson, *Copistas y filólogos*, 1986, pp. 114-166.
299. Lewis, Bernard. *The Assassins: A Radical Sect in Islam*, 1987.
300. *A History of Secret Societies*, 1989.
301. Berthold Spuler, *The Muslim World*, London, 1969, 2nd vol., p. 18.
302. «Khams Rasail Ismailiyya», Beirut, 1956, p. 195.
303. Steven Runciman, *Historia de las Cruzadas*, 3, *El reino de Arce y las últimas cruzadas*. Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 278-279.
304. Pedram, Latif, «Afganistán: la biblioteca arde», *Auto da fe* 1, Otoño 2000.
305. David Nicolle. *The Mongol warlords: Genghis Khan, Kublai Khan, Hulegu, Tamerlane*, 1990.
306. Blochet, Edgar (Ed.). *Rashid al-Din Tabid. Djami el-tévarikh: histoire générale du monde. Tarikh-i moubarek-i ghazani: histoire des Mongols*, 2 vols. 1911.
307. *Historia de la Eternidad*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1974, p. 363.
308. *Pat. Lat.*, CDXXIX, pp. 1084-1085.
309. William Popper, *The censorship of Hebrew books*, s/d.
310. Grätz, *Gesch. der Juden*, ix. 346, note 1.D. A. R..
311. *Diálogo sobre los milagros*, V: 20-22.
312. Marguerite Porete. *Marguerite Porete: The Mirror of Simple Souls*. Mahwah, New Jersey, 1993.
313. *Histoire des sciences, des lettres, des arts et de la civilisation, dans le pays Messin, depuis les Gaulois jus qu'à nos jours*, par M. Em. Aug. Bégin, Metz, 1829, p. 279.
314. Peignot, Etienne Gabriel. *Essai historique sur la liberté d'écrire chez les Anciens et au Moyen Age* (Paris, MDCCCXXXII), pp. 26-28.
315. *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón, Ediciones Trea, 2002, p. 229.
316. Reginald Merton, *Cardinal Ximenes and the Making of Spain* (1934). Vale la pena revisar Luis Suárez Fernández, «Francisco Jiménez de Cisneros», en AAVV, *Diccionario de Historia de España*, Revista de Occidente, 1952, tomo I, pp. 655-656.
317. La expulsión de moros y judíos obligó a los sefarditas, por ejemplo, a abandonar centenares de manuscritos. En marzo de 2003, manuscritos escritos en hebreo, entre ellos actas notariales, contratos de compra-venta, certificados matrimoniales o versiones de La Torá, aparecieron ocultos en las cubiertas de unos libros en Girona. Lo que salvó los textos fue la táctica de engordar las cubiertas de los libros rellenándolas con los manuscritos prohibidos.
318. *Memorial de la vida de Fray Francisco Jiménez de Cisneros*, ed. Antonio de la Torre y del Cerro (Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1913), p. 35.
319. *De las hazañas de Francisco Jiménez de Cisneros*, trad. José Oroz Reta (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1984), págs. 99-100.
320. Luis Fernández de Retana, *Cisneros y su siglo*, 1929-30, I, p. 242.
321. Luce López-Baralt, *Huellas del Islam en la literatura española*. De Juan Ruiz a Juan Goytisolo, Madrid: Hiperión, 1985, p. 137.
322. Eduardo Galeano, *Memorias del Fuego*, vol. I, 2000, p. 98.

323. Pomar, Juan Bautista, *Relación de Tezcoco* (ed. facsimilar de la de 1891 con advertencia preliminar y notas de Joaquín García Icazbalceta, México, Bibl. Enciclopédica del Estado de México, 1975).
324. *Dioses, tumbas y sabios*, 1985 p. 356.
325. *La primera biblioteca pública del Continente americano* (Divulgación histórica 8, IV, 15 de junio de 1943, México) de Alberto Mma. Carreño.
326. Ver *Relación de las cosas de Yucatán* (1978, pp. 104-105) de Diego de Landa.
327. Ed. P. Francisco Mateos, en *Obras del P. José de Acosta*, BAE, 73 [Madrid: Atlas, 1954], p. 188
328. *Monarquía Indiana*, México, 1977.
329. «El texto sahumaguntino sobre los mexicas» (*Anales de Antropología*, UNAM II-A, 1985, p. 310) de Alfredo López Austin.
330. *Tratado Segundo: Libro de los ritos y ceremonias en las fiestas de los dioses y celebración de ellas*, 1995.
331. Berkovits, Ilona. *Illuminated manuscripts from the library of Matthias Corvinus*, Budapest, Corvina Press, 1964; Lengyel, Alfonz, *The library of the humanist King Mathias Corvinus of Hungary*, 1978.
332. Johnson, Henry Lewis. *Gutenberg and the book of books*, 1932.
333. N. Cohn, *En pos del Milenio*, Alianza, p. 266.
334. Gérard Haddad, *Los biblioclastas*, 1993, p. 114.
335. Garin, E. *Giovanni Pico della Mirandola. Vita e dottrina*, 1937.
336. Pearl Kibre, *The library of Pico della Mirandola*, Columbia University Press, New York, 1936.
337. Zorzi, M. *La circolazione dei libri a Venezia nel Cinquecento: biblioteche private e pubbliche*, CLXXVII, 1990, pp. 140-142.
338. P. Paschini, *Domenico Grimani cardinale di S. Marco (+ 1523)*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1943, VI, pp. 123-145.
339. Steven Justice, *Writing and Rebellion: England in 1381*, 1994, pp. 256-257.
340. *Alessandro Paganino*, Padua, 1990.
341. Peignot, p. 50.
342. J. Veyrin-Forrer, *La Lettre & le texte*, p. 24, n. 60bis.
343. Pelland, Lionel. S. *Prosperi Aquitani doctrina de praedestinatione et voluntate Dei salvifica: de ejus in augustinismum influxu*, Montréal, 1936.
344. *Teatro Crítico Universal*, XVII, pp. 156-157.
345. A. Tovar y M. de la Pinta, *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*, Madrid, 1941.
346. Turberville, Arthur Stanley. *La Inquisición española*, F.C.E., México, 1960, pp. 115-116.
347. Alberghini, R. P. F. Joanne. *Manuale Qualificatorum Sanctae Inquisitionis, in quo, omnia quae ad illud Tribunal ac Haeresum censuram pertinent, brevi methodo adducuntur; Episcopis, Inquisitoribus, eorum Ministris, Theologis, Consultoribus, Confessariis, & Jurisconsultis perutile & necessarium. Acthore... Panormitano. Coloniae, Sumpt. Fratrum de Tournes, 1740.*

348. Felice Cardot, Carlos. «El impacto de la inquisición en Venezuela y en la Gran Colombia 1811-1830», *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, 624-625, octubre-noviembre, 1966.
349. Hay un artículo sobre este tema escrito por Ermila Troconis de Veracruz: «Los Libros y la Inquisición», *Revista Nacional de Cultura* 191, (1970), pp. 67-73.
350. *Viaje a la parte oriental de tierra firme*. Caracas, Venezuela, Tipografía Americana, 1930.
351. William Spence Robertson. *La vida de Miranda*, 1982.
352. Pérez Silva, Vicente. «Los libros en la hoguera», *Revista Credencial Historia* 52, (1994).
353. Arnold, Klaus, *Johannes Trithemius (1462-1516): Zweite, bibliographisch und überlieferungsgeschichtlich neu bearbeitete Auflage, Quellen und Forschungen zur Geschichte des Bistums und Nachstifts Würzburg XXIII*, Würzburg, Kommissionsverlag F. Schöningh, 1971.
354. Behrendt, Roland, «The Library of Abbot Trithemius», *American Benedictine Review* X, (1959), pp. 67-85.
355. William H. Sherman, *John Dee. The Politics of Reading and Writing in the English Renaissance*, 1995
356. Descrita con excelencia en Roberts, Julian y Watson, Andrew, *John Dee's Library Catalogue*, 1990.
357. Sherman, *Op. cit.*, p. 31.
358. *The history and antiquities of the University of Oxford*, ed. J. Gutch, vol. II, I (Annals), p. 108, de Anthony Wood.
359. *Old English Libraries*, 1911.
360. Paula R. Backscheider, *Daniel Defoe*, 1989.
361. Fernand Drujon, *Destructarum Editionum Centuria*, 1893.
362. *John Wilkins* (1969) de B.J. Shapiro.
363. L. Morales Oliver, *La política de Arias Montano y Felipe II en Flandes*, Madrid, 1927.
364. La bibliografía sobre el tema es extensa: Almela, J. A., *Descripción de la Octava Maravilla del Mundo que es la excelente y santa casa de San Lorenzo, el Real, Monasterio de Frailes Jerónimos y colegio de los mismos y seminario de letras humanas y sepultura de reyes y casa de recogimiento y descanso después de los trabajos del gobierno, fabricada por el muy alto y poderoso rey y señor nuestro Don Felipe de Austria, segundo de este nombre. Compuesto por el Doctor Juan Alonso de Almela, medico natural y vecino de Murcia, dirigido a la Real Magestad del Rey Don Felipe*, 1594; Andrés, G. de, «Entrega de la librería real de Felipe II (1576). Edición, prólogo e identificaciones de obras», *Documentos para la Historia del Monasterio de El Escorial*, Madrid, 7, pp. 5-233, 1964; Antolín, G., *La librería de Felipe II*, Madrid, 1964; Campos Y Fernández De Sevilla, F. J., *Fondo manuscrito americano de la Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, 1993; Zarco, J. , *La Biblioteca de El Escorial*, Barcelona, 1929.
365. Gregorio de Andrés, *Relación sumaria del Incendio de esta Casa y Con-*

vento de San Lorenzo el Real del Escorial en el año 1761, «Hispania Sacra», 1976, p. 17.

366. Julián Zarco Cuevas, *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid, 1924, p. LXXI.

367. En lo referido a Sexto Empírico, desaparecieron los manuscritos nros. 221, 297 y 299.

368. Hay un inventario de las pérdidas en *Catálogo de los códices griegos desaparecidos de la Real Biblioteca de El Escorial* (1968) de Gregorio de Andrés.

369. Gregorio de Andrés, *El incendio del monasterio de El Escorial del año 1671. Sus consecuencias en las artes y las letras*, Madrid, 1976.

370. Stephen P. H. Clark, David H. Clark, *Newton's Tyranny: The Suppressed Scientific Discoveries of Stephen Gray and John Flamsteed*, 2001.

371. Walford, Cornelius. *The destruction of libraries by fire considered practically and historically*, London, Chiswick Press, 1880, pp. 31-32.

372. Toulmin Smith, *English Gilds*, 1870, p. 287.

373. Moritz Schwarcz, Lilia, *A longa viagem da Biblioteca dos Reis. Do terremoto de Lisboa à Independência do Brasil*, Companhia das Letras, 2002.

374. Leonard Jacks, *The Great Houses of Nottinghamshire and the County Families*, Nottingham, 1881.

375. Les Elzevier. *Histoire et annales typographiques*, Bruxelles, 1880.

376. Koeman, Cornelis. *Joan Blaeu and his grand atlas : Introduction to the facsimile edition of Le grand atlas, 1663*, Amsterdam, Theatrum Orbis Terrarum, 1970.

377. Brunet, V, 121.

378. John Nichols, *Biographical And Literary Anecdotes Of William Bowyer*, 1782.

379. Curwen, Henry. *A History of Booksellers, The Old and the New*. London, 1873.

380. Suscinta, pero efectiva, la información del *Dictionary of Printers and Printing* (1839) de C.H. Timperley.

381. *Literary Anecdotes*, 1812.

382. Bagster, Samuel. *Samuel Bagster of London 1772-1851. An autobiography*, London, 1972.

383. Howes T-313.

384. Recomendando leer Marcella Grendler, «A Greek Collection in Padua: the Library of Gian Vincenzo Pinelli (1535-1601)», *Renaissance Quarterly* 33, (1980), pp. 386-416.

385. Angela Nuovo, «Biblioteche private tra Cinque e Seicento», en: *Biblioteca Nazionale Braidense, Arte della legatura a Brera. Storie di libri e biblioteche. Secoli XV e XVI*, catalogo a cura di Federico Macchi, Milano, ed. a cura dell'A., 2002, pp. 21-35.

386. Pierre Gassendi, *Viri Illustris Nicolai Claudii Fabricii de Peiresc, Senatoris Aquisextiensis vita*, Paris, 1641.

387. Jean Leon African, *Description de l'Afrique, tierce partie du monde. Premièrement en langue Arabesque, puis en Toscane et à présent mise en François. Nou-*

velle édition annotée par Charles Schefer, Paris 1896–98: Recueil de voyages et de documents pour servir à l'histoire de la géographie depuis le XIII^e jusqu'à la fin du XVI^e siècle, xiii–xv, I, p. xxiii.

388. Cfr. Carta de Peiresc a Saumaise, fechada el 20 de noviembre de 1635.

389. Anthony Hobson, «A Sale by Candle in 1608», *The Library*, 5th ser., 26/3, (1971), pp. 215–233.

390. Agnès Bresson, *Nicolas-Claude Fabri de Peiresc-Lettres à Claude Saumaise et à son entourage*, Firenze, 1992, p. 224.

391. Adolfo Rivolta, *Catalogo dei codici Pinelliani dell'Ambrosiana latini*, Milano, 1933, pp. XVII–LXXX.

392. *Bibliotheca Pinelliana. A Catalogue of the Magnificent and Celebrated Library of Maffei Pinelli, Late of Venice, comprehending an unparalleled Collection of the Greek, Roman, and Italian Authors, from the Origin of Printing*, London, 1789.

393. *Op. cit.*, p. gs. 18–19.

394. *The Life And Errors Of John Dunton, Citizen of London*, 1818.

395. Fundación Polar, *Diccionario de Historia de Venezuela*, 1998.

396. Jean Stradling, *Epigrammata*, 1607.

397. Sven Dahl, *Historia del Libro* (edi. esp., 1999r, p. 144).

398. Petersson, R. T., *Sir Kenelm Digby, the Ornament Of England*, Cambridge, MA, 1956.

399. *Voyage en Espagne*, 1823.

400. Recomendando revisar: Conaway, James. *America's Library. The Story of the Library of Congress, 1800–2000*, Yale University Press, 2000.

401. *Reports from the Departments of State, Treasury, War and Navy and General Post-Office, in relation to the destruction of Official Books and Papers in Consequence of the Incursion of the Enemy on the 24th of August Last. November 17, 1814*. Printed by order of the House of Representatives Washington: A. & G. Way, Printers, 1814.

402. Gleig, George R. *Narrative of the campaigns of the british army at Washington*, Philadelphia, 1821, p. 138.

403. Confieso mi apoyo a los argumentos de Eloi Chalbaud Cardona (*Historia de la Universidad de Los Andes*, Tomo IX, MCMLXXXII, p. 346), quien niega que fueran 30.000 los libros. Héctor García Chuecos (*Estudios de Historia Colonial Venezolana*, I, pp. 171–178) insiste en que Torrijos trajo 30.000 libros, además de un gabinete de Física en el que se contaban una máquina eléctrica, una neumática, globos celestes y terrestres.

404. Los libros estaban dispuestos como sigue: 1.058 libros de los Jesuitas, 617 libros de Ramos de Lora, 2.940 libros de Torrijos, 544 libros de Milanés.

405. Incunables son los primeros libros salidos de la imprenta hasta el siglo xvi.

406. *Estadística y Descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la Provincia de Mérida de Venezuela*, 1832.

407. *Colonial Records*, vol. I, p. 137.

408. Ford, N. C. «Benjamin Harris, printer and bookseller», *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, 2nd ser., v. 57 (1924), pp. 34–68.

409. *Preservation and Archives in Vietnam*, 1988.
410. La cifra está en *An Encyclopedia of World History*, 1948, p. 541.
411. Smith, «The Publication of Helvetius's *De l'esprit*», *French Studies* 18, pp. 332-44.
412. *Confesiones*, Libro XI, p. 527.
413. Gay III: 821; Tourneux IV: 21047.
414. *Op. cit.*, p. 62.
415. Brunet III, cols. 1874-1875.
416. Provisionalmente, me atrevería a sugerir la lectura de dos títulos: *Les manuscrits de la Bibliothèque du Louvre. Brûlés dans la nuit du 23 au 24 Mai 1871 sous le règne de la Commune* (1872) de Louis Paris y *Rapport sur les pertes éprouvées par les bibliothèques publiques de Paris en 1870 y 1871* (1871) por M. Baudrillart.
417. *La Débacle*.
418. Aymes, Jean René, *La guerra de la independencia en España* (1808-1814). Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1974.
419. Jiménez Gómez, Santiago. *Guía para el estudio de la Edad Media Gallega* (1100-1480), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1973, p. 118.
420. Palau i Dulcet, Antonio *Manual del librero hispanoamericano*, segunda edición. Tomo XXVI. Barcelona/Oxford 1975 pp. 347-348.
421. *Catálogo de obras en lengua catalana*, Madrid, 1923, p. 519.
422. «Una biblioteca pública en plena guerra a muerte», Biblioteca Nacional, 8, 1960, p. 3.
423. Cfr. *The Burnt Book: Reading the Talmud*, 1998.
424. «Los traductores de las Mil y Una Noches», *Historia de la Eternidad*, 1936.
425. *Captain Sir Richard Francis Burton*, 1990.
426. *Etymologiarum libri XX*, VI, 3-14
427. *Op. cit.*, VII.
428. *The Works Of the Learned Sr Thomas Brown*, London, 1686.
429. *Aeropagitica*, London, 1644, p. 5.
430. *Los libros condenados*, Plaza & Janes, 1973, p. 11.
431. *Ibid.*, p. 13.
432. Gérard Haddad. *Los biblioclastas. El mesías y el auto de fé*. Ariel, Buenos Aires, pp. 5-6.
433. *Ibid.*, p. 7.
434. *Ibid.*, p. 90.
435. La dispersión de fuentes no ha facilitado la investigación de esta sección, pero María Teresa Delgado ha logrado suministrarme una bibliografía pertinente: Escolar Sobrino, Hipólito, *La cultura durante la guerra civil*, Madrid, Alhambra, 1987; Turrión García, Maria Jose, «La biblioteca de la sección guerra civil del Archivo Histórico Nacional (Salamanca)», *Boletín de la ANABAD* 2, (1997), pp. 89-113; Gamonal Torres, Miguel Ángel; Herranz Navarra, Juan Francisco, «Los servicios de bibliotecas en el ejército popular

de la República durante la Guerra Civil», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios* 2, 4, (1986), pp. 35-39; Ruperez, María, «Bibliografía sobre la guerra civil», *Claridad* 16, (1986), pp. 99-105.

436. Rodríguez-Miñón, Rafael, *La vida y la obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño D. Antonio Rodríguez-Moñino*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2000.

437. Juan Manuel Fernández Soria, *Educación y cultura en la Guerra Civil (1936-39)*. Barcelona, NAU llibres, 1984. Capítulo III.

438. Ramón Rodríguez Álvarez, *La Biblioteca de la Universidad de Oviedo. 1765-1934*, Universidad de Oviedo 1993.

439. Borque López, Leonardo, *Bibliotecas, archivos y guerra civil en Asturias*, Gijón, Trea, 1997.

440. José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*. Madrid, Temas de Hoy, 2002, pp. 343-344.

441. En Juan Manuel Fernández Soria, *Op. Cit.*, p. 52.

442. *Ibid.*, p. 140.

443. *Ibid.*, p. 141.

444. *La guerra civil española*, Madrid, Ediciones Urbión, 1979, Libro II, tomo 3, p. 103.

445. *Navarra 1936: de la esperanza al terror*, Tafalla, 1986, vol. I, pp. 136 y 137.

446. Sobre los archivos destruidos, tema sobre el cual no versa directamente esta historia, convendría revisar la extensa bibliografía existente: Conde Villaverde, María Luisa; Andrés Díaz, Rosana de. «Destrucción de documentos en España: historia, prevención y reconstrucción», *ARCHIVUM* v. XLII, (1996), pp. 119-129; San Sebastián, Koldo, «El Exilio de los Archivos», *X Congreso de Estudios Vascos: archivos, bibliotecas y museos*, Iruñea, 21-25 abril, 1987. Separata. Donostia: Eusko Ikaskuntza, 1987. pp. 619-703; Sigalat Vayá, María José, «La guerra civil y los Archivos municipales. El caso de Carcaixent», *Biblioteques, Arxius i Centres de Documentació, Jornadas sobre Cultura en la Comunitat Valenciana. II. 1996*. Valencia, 1996, pp. 551-559; Jaramillo Gurreira, Miguel Ángel. «Los archivos y la Guerra Civil, 1936 a 1939», en *Historia de los archivos y de la archivística en España*. Valladolid: Secretariado de publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid, 1998. pp. 161-174; Zamora i Escala, Jaume Enric, «El salvamento de los archivos catalanes durante la Guerra Civil española (1936-1939)», *Lligall. Revista Catalana d'Arxivística* 16, (2000), pp. 85-151; Grau Pujol, Josep M.T.; Güell, Manuel, «La crónica negra de la destrucción de archivos en la demarcación de Tarragona», *Lligall. Revista Catalana d'Arxivística* 18, (2001), pp. 65-120.

447. *Historia de los archivos y de la archivística en España*. Valladolid, Secretariado de publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid, 1998, p. 165.

448. Debo al bibliotecario y amigo Emiliano Bartolomé Domínguez la obtención de toda esta valiosa información. En todos los casos, la fuente utilizada fue el *Repertorio cronológico de legislación*, elaborado por la editorial Aranzadi.

449. Daniel Sueiro y Bernardo Díaz Nosty, *Historia del franquismo*. Madrid, Sarpe, 1986. Tomo II, p. 114.

450. La bibliografía sobre este tema es inagotable. No obstante, he consultado con interés algunos textos para la elaboración de esta sección: Walberer, Ulrich (Ed.), *10 Mai 1933 Bucherverbrennung in Deutschland und die Folgen*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1983; A. Graf y H. D. Kuebler, *Verbrannte Buecher Verbrannte Ideen*, Hamburg, O. Heinevetter, 1993; Volker Dahm, *Das Juedische Buch im Dritten Reich Vol. 1: Die Ausschaltung der Juedischen Autoren, Verleger und Buchhaendler*, Frankfurt am Main, Buchhaendler Vereinigung, 1979.

451. Muchos años después, Heidegger advirtió que no participó en las quemaduras de libros. Es importante revisar, para conocer su punto de vista, el libro *Entrevista del Spiegel a Martin Heidegger* (Tecnos, Madrid, 1996):

SPIEGEL: Usted sabe que, en este contexto, se han elevado contra Vd. algunos reproches que afectan a su colaboración con el NSDAP y sus asociaciones y que en la opinión pública aparecen aún como no desmentidos. Así, se le ha reprochado que Vd. habría participado en la quema de libros organizada por los estudiantes o por las Juventudes Hitlerianas.

HEIDEGGER: Yo prohibí la planeada quema de libros que debía haber tenido lugar ante el edificio de la Universidad.

SPIEGEL: Además se le ha reprochado que Vd. permitiera que se retiraran de la Biblioteca de la Universidad y del Seminario de Filosofía los libros de autores judíos.

HEIDEGGER: Como director del Seminario sólo podía disponer de su biblioteca. No accedí a las reiteradas exigencias de retirar los libros de autores judíos. Antiguos participantes en mis Seminarios podrían hoy atestiguar que no sólo no fue retirado ningún libro de autores judíos, sino que estos autores, sobre todo Husserl, fueron citados y comentados como antes de 1933.

452. Rüdiger Safranski. *Martin Heidegger. Un maestro de Alemania*, Tusquets, 2000, p. 285.

453. *Gegen Klassenkampf und Materialismus Für Volksgemeinschaft und idealistische Lebenshaltung. Marx, Kautsky.*

454. El texto aparece en *Völkischer Beobachter*, May 12, 1933:

«Das Zeitalter eines überspitzten jüdischen Intellektualismus ist zu Ende gegangen, und die deutsche Revolution hat dem deutschen Wesen wieder die Gasse freigemacht. Diese Revolution kam nicht von oben, sie ist von unten hervorgebrochen. Sie ist deshalb im besten Sinne des Wortes der Vollzug des Volkswillens [...]

»In den letzten vierzehn Jahren, in denen ihr, Kommilitonen, in schweigender Schmach die Demütigungen der Novemberrepublik über euch ergehen lassen mußtet, füllten sich die Bibliotheken mit Schund und Schmutz jüdischer Asphaltliteraten.

»Während die Wissenschaft sich allmählich vom Leben isolierte, hat

das junge Deutschland längst schon einen neuen fertigen Rechts- und Normalzustand wieder hergestellt [...]

»Revolutionen, die echt sind, machen nirgends Halt. Es darf kein Gebiet unberührt bleiben [...]

»Deshalb tut ihr gut daran, in dieser mitternächtlichen Stunde den Ungeist der Vergangenheit den Flammen anzuvertrauen [...]

»Das Alte liegt in den Flammen, das Neue wird aus der Flamme unseres eigenen Herzens wieder emporsteigen [...].»

455. Dietrich Aigner. Die Indizierung «Schädlichen und Unerwünschten Schrifttums» im *Dritten Reich*. Frankfurt am Main: Buchhändler-Vereinigung, 1971, p. 1018:

Gegen Dekadenz und moralischen Verfall Für Zucht und Sitte in Familie und Staat H. Mann, Ernst Glaeser, E. Kästner

Gegen Gesinnungslumperei und politischen Verrat Für Hingabe an Volk und Staat F.W. Foerster

Gegen seelenzerfasernde Überschätzung des Trieblebens Für den Adel der menschlichen Seele Freud'sche Schule, Zeitschrift Imago

Gegen Verfälschung unserer Geschichte und Herabwürdigung ihrer großen Gestalten Für Ehrfurcht vor unserer Vergangenheit Emil Ludwig, Werner Hegemann

Gegen volksfremden Journalismus demokratisch-jüdischer Prägung Für verantwortungsbewußte Mitarbeit am Werk des nationalen Aufbaus Theodor Wolff, Georg Bernhard

Gegen literarischen Verrat am Soldatentum des Weltkrieges Für Erziehung des Volkes im Geist der Wehrhaftigkeit E.M. Remarque

Gegen dünkelfhafte Verhunzung der deutschen Sprache Für Pflege des kostbarsten Gutes unseres Volkes Alfred Kerr

Gegen Frechheit und Anmaßung Für Achtung und Ehrfurcht vor dem unsterblichen deutschen Volksgeist Tucholsky, Ossietzky

456. Guy Stern, *Nazi book burning and the american response*, 1990.

457. *Newsweek*, 20, may, 1933, p. 16, col. 1.

458. *Time*, 22, may, 1933, p. 21.

459. Bertolt Brecht, *Gesammelte Gedichte*, Band 2. Frankfurt, Suhrkamp 1978, pg. 694.

460. «Volksbibliothek im Nazionalsozialismus», *Buch und Bibliothek* 39, pp. 345-348, 1987.

461. Hay un recuento estadístico en Friedman, Philip. «The Fate of the Jewish Book During the Nazi Era», *Jewish Book Annual* 13, (1957-58), p. 4.

462. Dov Schidorsky, «Confiscation of Libraries and Assignments to forced labor: Two documents of the Holocaust», *Libraries & Culture* 4, 1998.

463. Citado en Shavit, *Hunger for the printed word*, pp. 48-49.

464. Briet, *Op. cit.* p.21.

465. Suzanne Briet, *Bibliothèques en détresse*. Paris, 1949, p.20.

466. *Encyclopaedia of Library and Information Science*, 1968-1994, vol. 2, p.310.

467. Vale la pena leer Viktor Reimann, *Dr. Joseph Goebbels*, 1971.
468. Philipp Cassert-Daniel S. Mattern, *The Hitler Library. A Bibliography*, 2001.
469. *De provinciale Bibliotheek van Zeeland*, 1953.
470. Briet, *Op. cit.*, p. 21.
471. La cifra alarmante procede de *Bibliothekswesen und Bibliographie in der USSR*. Uebersetzungen aus der Grossen Sowjetenzyklopädie, Berlin, 1958, p. 38.
472. Briet, *Ibid.*, 8, pp. 21-22.
473. The American Archivist, vol. 7, no. 4 (October 1944), pp. 252-255.
474. Ascarelli, F. «Le biblioteche italiane e la guerra», *Rivista storica italiana* LX, (1948), pp. 177-82.
475. G. Näther, *Bibliothekswesen in Italien*. München, 1990, p. 12.
476. Uren Stubbings, Hilda. *Blitzkrieg and Books: British and European Libraries As Casualties of World War II*, Rubena Press, 1993.
477. J. R. Russell, «Libraries under Fire», *ALA Bulletin* 35, (1941), pp. 277-279.
478. Lester Brooks, *Behind Japan's Surrender*, 1968.
479. *Who was it said: Resist not evil? I'll burn that book, so help me devil*.
480. Resumo esta increíble información de *Publishers Weekly* (5 de septiembre de 1942, p. 832).
481. *Virgilio* (1976, p. 91) de Agustín García Calvo. Las fuentes originales de esta anécdota son: Donatus, Vita Verg. 38f; Servius; Probus; Vita Gudianiana I; Anthol. Lat. 653 y 672; Aulus Gellius, N.A. 17.10.7.
482. Plin, 7.114.
483. Ov. Trist. 1.7.15-26; *Ibid.* 4.10.61-64.
484. «El Biathanatos», *Otras inquisiciones*, 1952.
485. Grolier, *100 Books Famous in English Literature*, 1902.
486. Farrer, James Anson. *Adam Smith. Biographica Sketch*, 1881.
487. Patrick Gardiner, *Schopenhauer* (1975), p. 24.
488. Enid Starkie, en *Arthur Rimbaud* (1989, p. 309), advierte que Rimbaud quemó sus manuscritos, pero es posible que sólo los libros que tuvo a mano, porque los ejemplares de esa mítica edición de 1873 se quedaron en los depósitos del editor.
489. Losseau, León, «La légende de la destruction par Rimbaud de l'édition princeps de Une saison en enfer», *Annuaire [pour 1915] de la Société des bibliophiles et iconophiles de Belgique* (1916).
490. Maxime Du Camp. *Souvenirs littéraires*, Paris, vol. I, cap. XII, 1882.
491. Mabbott, T.O. *Tamerlane and Other Poems*, New York: The Facsimile Text Society by Columbia University Press, 1941, p. xxx.
492. Harrison, James Albert. *The Complete Works of Edgar Allan Poe* (vol I -Biography, New York, T. Y Crowell, 1902, pp. 64-66)
493. Las famosas 12 copias conocidas están en Henry E. Huntington Library (San Marino, California), Harry Ransom Humanities Research Center (University of Texas, Austin), Berg Collection (Nueva York Public Library), Lilly Library (Indiana University), Colección Privada (adquirida en Sotheby's, Nueva York, en enero de 1990), Alderman Library (University of Virgi-

- nia), Joseph Regenstein Library (University of Chicago), Colección privada (adquirida el 7 de junio de 1988 en Sotheby's de Nueva York por 198.000 dólares), British Library, William Andrews Clark Library (University of California), Colección de Richard Gimbel y Free Library of Philadelphia.
494. *Crónica Personal*, 1998, p. 16.
495. Haddad, p. 137.
496. Jorge Luis Borges (*La biblioteca de Babel*, Buenos Aires, 2000, p. 58).
497. *Diario de Guerra y de ocupación* (1939-1948), 1972, p. 439.
498. Zhang Chensi, *A History of the Yong Lo Da Dia*, Beijing, Chinese Press, 1986.
499. *The Siege of the Peking Legations: A diary* (1970, pp. 125-127) de Lancelot Giles.
500. *Die Belagerung zu Peking* (1961, pp. 118-120) de Peter Fleming.
501. *Manoscritti danneggiati nell'incendio del 1904*, Biblioteca Nazionale Universitaria di Torino. Torino, 1986.
502. I. Borsa, «Archives in Japan», *Journal of the Society of Archivists* 7, (1984), p. 291.
503. *Boudewijn Büch*, Boekenpest. Amsterdam, 1988, p. 31.
504. AAVV, *Encyclopaedia of Library and Information Science*, 1968-1994. vol. 33, pp. 439-440.
505. A.H. Goetz, «Books in peril», *Wilson Library Bulletin* 47, (1972-73), p. 431.
506. *Ibid.*, p. 432.
507. *Ibid.*, p. 431.
508. *Ibid.*, p. 432.
509. *Abbey Newsletter*, Volume 10, 1, 1986
510. «Calcutta Bookfair Fire Disaster Appeal», *SASRF* 1, marzo de 1997.
511. *The water destroyed rare books and manuscripts preserved carefully for years* [...].
512. Otra versión habla de 20.000 libros. Cfr. «Reconstruir a partir de un libro» (El Universal, 12 de junio de 2000, p. 4-1) de María Elisa Espinosa.
513. R. J. Misiunas, *The Baltics States. Years of dependence 1940-1980*, 1983.
514. J. Kiss, *Die ungarischen Bibliotheken*. Budapest, 1972, p. 13.
515. Briet, *Op. cit.*, p. 22.
516. «The day they burned our books», *Azerbaijan international* 7.3, Autumn 1999.
517. Sería imposible recordar aquí toda la bibliografía revisada, pero resultan imprescindibles los textos siguientes: Asia Research Center. *The Great Cultural Revolution in China*. Hong Kong, Asia Research Center, 1967M; Joseph, William (ed.). *New Perspectives on the Cultural Revolution*. Cambridge, Harvard University Press, 1991; Lee, Hongyong. *The Politics of the Chinese Cultural Revolution*. Berkeley, 1978; Robinson, Joan. *The cultural revolution in China*, 1970.
518. Ting, Lee-hsia Hsu. *Government Control of the Press in Modern China 1900-1949*, Harvard University Press, 1974.

519. Lee-hsia Hsu Ting, «Library services in the People's Republic of China», *Library Quarterly* 53, 1983, p. 148.
520. *The tragedy of Tibet*, 1989.
521. Recomendando revisar *Un golpe a los libros* (1976-1983). Buenos Aires, Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura, 2001.
522. Diario La Opinión, 30 de abril de 1976, Argentina.
523. «Una revolución a hurtadillas», *El Malpensante* 12, Septiembre-Octubre 1998.
524. *Qué leer*, Año 4, Nro. 40, Enero 2000, p. 59.
525. «The hatred of memory», *The New York Times*, 28 May, 1994.
526. *Sorrow of Sarajevo*, Cargo press, England, 1996.
527. La bibliografía esencial sobre el legado destruido y los efectos devastadores de semejantes ataques puede leerse a través de varias fuentes: *The Art Treasures of Bosnia and Herzegovina*. Ed. Mirza Filipovic con texto de Djuro Basler, Sarajevo, Svjetlost, 1987; «Rebuilding Bosnia's Library: Local Scholars Seek Help of Colleagues Worldwide», *Chronicle of Higher Education*, vol. 41 no. 18, 13 January 1995, pp. A35-37; *Council of Europe. Parliamentary Assembly. Information Report on the Destruction by War of the Cultural Heritage in Croatia and Bosnia-Herzegovina*. Strasbourg, 1993; Detling, Karen J. «Eternal Silence: The Destruction of Cultural Property in Yugoslavia», *Maryland Journal of International Law and Trade*, vol. 17 no. 1, Spring 1993, pp. 41-75; Fisk, Robert. «Waging War on History: In Former Yugoslavia, Whole Cultures Are Being Obliterated», *The Independent* (London), 20 June 1994, p. 18; Lovrenovic, Ivan. «The Hatred of Memory.» *New York Times*, 28 May 1994, p. A15.
528. Ver nota anterior.
529. Consejo de Europa, 1993, doc. 6756, p.47.
530. Naciones Unidas, Comisión de Expertos de la ex Yugoslavia, 1994, Anexo VI, parágrafos 183-193, Anexo XI, parágrafos 17,22 y 33.
531. Boussingault, *Memorias*, Catalá, Caracas, 1974, p. 145.
532. *The Virginian Pilot*, March 4, 1997.
533. Vilani Peris, «Two decades after the burning down of the Jaffna Library in Sri Lanka», World Socialist Web Site, 30 de mayo 2001.
534. Daryl Lease, *The Ethical Spectacle*, January 1998.
535. *El hombre que se volvió loco leyendo «El Quijote»*, Barcelona, 1996.
536. «¡A la hoguera con Harry Potter!», *BBC MUNDO*, Martes 01 de enero de 2002.
537. «Cincius Romanus und seine Briefe» (*Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken* XXI, 1929-1930, pp. 222-225) de Ludwig Bertalot.
538. Todo lo referido a los insectos se basa en: Manfrini De Brewer, Mireya-Sosa, Claudio A. «Insectos en Bibliotecas y Archivos. Principales especies de insectos perjudiciales para las colecciones de bibliotecas y archivos y algunos depredadores naturales que ayudan a controlarlos», *Ciencia Hoy* 35, 1996.
539. Un hongo que se come los CD (*Mundo Científico* 226, pp. 72-73)

de Javier García Guinea, J. Víctor Cárdenes, María Jesús Martínez y Ángel Tomás Martínez.

540. *De la adivinación*, XXVII.

541. Debo a mi amigo Arsenio Sánchez Hernampérez, del Laboratorio de Restauración de la Biblioteca Nacional de España, haber podido constituir esta sección. Él es autor del libro *Políticas de Conservación en Bibliotecas*, Madrid, Arco libros, 1999. Casi toda la información aquí presente, incluidos los ejemplos, procede de su amabilidad y disposición desinteresada.

542. Entre otros, quisiera subrayar la importancia de esta bibliografía: Smith, Richard D. «Paper Deacidification: A Preliminary Report», *Library Quarterly* 36, 4, (1966), pp. 273-292; Smith, Richard D, «Deacidification of Paper and Books», *American Libraries* 6, 2, (1975), pp. 108-110; Young, Luther. «Librarians Try to Save Books from Their Own Paper», *The Sun*, November 13, (1989), A-1, A-5; Cookson, Clive. «New Chapter Opens in a Tragic Story», *Financial Times*, March 9, 1990, p. 10; Turko, Karen. *Mass Deacidification Systems*. Washington, D.C., Association of Research Libraries, 1990.

543. Hon, David N.S. «Critical Evaluation of Mass Deacidification Process for Book Preservation», en *Historic Textile and Paper Materials II: Conservation and Characterization*, editado por S.H. Zeronian y H. L. Needles. Washington DC: American Chemical Society, 1989. (ACS Symposium Series 410), p. 12.

544. Smith Richard D. «A comparison of paper in identical copies of books from the Lawrence University, the Newberry and the New York Public Libraries», en *Restaurator*, 1972, suppl. 2.

545. Smith, Richard, D. «Deacidifying library collections: myths and realities», *Restaurator* 8, (1987), pp. 71-72.

546. Cunha, George Martin. *Métodos de evaluación para determinar las necesidades de conservación en bibliotecas y archivos: un estudio RAMP con recomendaciones prácticas*. París : UNESCO, 1988.

547. *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*, 2001.

548. Richard G. Morgan. *Kenneth Patchen: 1911-1972*.

549. *Bajo el Samán*, 1963, pp. 105-107.

550. AAVV. *El día en que el terror cambió al mundo*, Septiembre, 2001.

551. *The Guardian*, 15 de abril de 2003.

552. Entre los catálogos de las bibliotecas: Naqshabandi, Usamah Nasir, and Zamyá Muhammad 'Abbas. *Makhtutat al-hisab wa-al-handasah wa-al-jabr fi maktabat al-mathaf al-'Iraqi*, Bagdad, Wizarat al-Thaqafah wa-al-I'lam, al-Mu'assasah al-'Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1980; Behnam Fadil Affadh, *târîkh al-tibâ'a wa la-matbû'ât al-irâqiyya*, Baghdad, 1984; Abd al-Jabbar Abd al-Rahman, *Iraqi national Bibliography*, 1856-1972, 3 vols., Bagdad, 1978; Zâhida Ibrahim, *Kashshâf al-jara'id wa al-majallât al-'irâqiyya*, Baghdad, 1976; Kurkis Awwad, A. *Dictionary of Iraqi Authors during the nineteenth and twentieth centuries (1800-1969)*, 3 vols., Baghdad, 1969; Kurkis Awad y Abdul Hamed al-Alouchi, *A Bibliography of Baghdad*, Baghdad, 1962; Abdul Husayn Y. Ali, *A list of Books and references concerning Basra*, Basra, 1981.

553. McGuire Gibson, «Cultural Tragedy in Irak: A Report on the Looting of Museums, Archives, and Sites,» IFAR Journal, Vol. 6, Nos. 1 & 2, 2003; Jonathan Steele, «Museum's Treasures Left to the Mercy of Looters,» The Guardian (London), April 14, 2003; David Blair, «Thieves of Baghdad Rob Museums of Priceless Treasure,» Daily Telegraph (London), April 14, 2003.

554. John M. Russell, «A Personal Account of the First UNESCO Cultural Heritage Mission to Baghdad», May 16-20, 2003.

555. Robson, Eleanor. «Irak's Museums: What Really Happened,» The Guardian (London), June 18, 2003.

556. Deblauwe, Francis. «Melee at the Museum. International Whodunit Lingers over Looting of Irak's National Museum in Baghdad,», *National Catholic Reporter*, October 17, 2003.

557. Abd Allah Al-Jabbouri, elaboró la historia de este centro con el título de *Maktabat al-awqâf al-'amma, târikhuhâ wa nawâdir makhtûtâtihâ*. Bagdad, 1969.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV, *Arqueología de las ciudades perdidas*, vol. 9, 1992.
- , *Diccionario de Historia de Venezuela*, Fundación Polar, 1998.
- , *Discoveries in the Judaean Desert*, 1955-1992, vol. I: Barthelemy, D., J. T. Milik, *Qumran Cave I*, 1955, vol. II: Benoit, P., J. T. Milik, R. de Vaux, *Les Grottes de Murabba'at*, 1961, vol. III: Baillet, M., J. T. Milik, R. de Vaux, *Les Petites Grottes de Qumran*. 1962, vol. IV: Sanders, J. A. *The Psalms Scroll of Qumran Cave II (IIQPs^{superscript}a)*, 1965, vol. V: Allegro, J. M. *Qumran Cave 4: I (4Q158-4Q186)*, 1968, vol. VI: De Vaux, R., J. T. Milik, *Qumran Grotte 4: II (Archeologie et 4Q128-4Q157)*, 1977, vol. VII: Baillet, M. *Qumran Grotte 4: III (4Q482-4Q520)*, 1982, vol. VIII: Tov, E. *The Greek Minor Prophets Scroll from Nahal Hever (8HevXIIgr) (The Seiyal Collection I)*, 1990, vol. IX: Skehan, P., E. Ulrich, J. Sanderson, P. J. Parsons, *Qumran Cave 4: IV. Palaeo-Hebrew and Greek Biblical Manuscripts*, 1992.
- , *Dort wo man Bücher verbrennt: Stimmen der Betroffenen*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1983.
- , *El día en que el terror cambió al mundo*, septiembre, 2001.
- , *Encyclopedia Britannica*, 2001.
- , *Encyclopaedia of Library and Information Science*, 53 vols., 1968-1994.
- , *Jewish Encyclopedia*, 1901-1906.
- , *La ricostruzione delle biblioteche italiane dopo la Guerra 1940-1945*, 2 vols., Roma, 1953.
- , *Livres et bibliothèques, XIIIe-XVe siècle*, Colloque de Fanjeaux, 1995, 1996.
- , *Oxford Dictionary of Byzantium*, 1991.
- , *Paulys Real-Encyclopaedie der classischen Altertumwissenschaft*, 1896 y ss.
- , *Thesaurus Linguae Graecae*, CD, 1998.
- , *Un golpe a los libros*, Buenos Aires, 2001.
- Abd al-Rahman, Badiyah Yusuf; Abd al-Sahib, Fatin; Azzawi, Husayn, *Fihris anawin al-makhtutat fi Maktabat al-Dirasat al-Ulya*, Bagdad, 1979.
- Accardo, Salvatore, «Dommages subis par les bibliothèques de Toscane et de

- Vénétie.» *Bulletin de l'Unesco à l'intention des bibliothèques*, vol. 21, n.º 3 (1967), pp. 126-130.
- Adamgy, Yiossuf, *A verdade acerca da biblioteca de Alexandria*, Loures, Al Furqán, 1989.
- Adamonis, Beverly Ann, «Library and Aerospace Personnel Match Wits to Restore Damaged Books», *The Library Scene*, vol. 8, n.º 4 (1979), p. 14.
- Afsaruddin, A, «The great Library of Alexandria», *The American Journal of Economics and Sociology*, 49, 3 (1990), pp. 291-292.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La actividad del santo oficio de la inquisición en Nueva España 1571-1700*, México, INAH, 1981.
- Ahmad, Salim Abd al-Razzaq, *Fihris makhtutat Maktabat al-Awqaf al-Ammah fi al-Mawsil*, Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Awqaf, 1975.
- , *Fihris makhtutat Maktabat al-Awqaf al-Ammah fi al-Mawsil*, Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Awqaf wa-al-Shuun al-Diniyah, 1982.
- Aigner, Dietrich, Die Indizierung «Schädlichen und Unerwünschten Schrifttums», en *Dritten Reich*, Frankfurt am Main: Buchhändler-Vereinigung, 1971.
- Akers, Robert C., «Florence to the Eighties: The Data and Archival Damage Control Centre», *Conservation Administration News*, 29 (1987), pp. 4-5.
- al-Chalabi, Daud, *Kitab makhtutat al-Mawsil*, 1927.
- Alexander, D. E., *Confronting catastrophe: new perspectives on natural disasters*, Nueva York, 2000.
- al-Husayni, Ahmad al-Rajibi, *Fihrist makhtutat Khizanat al-Rawdah al-Haydariyah fi al-Najaf al-Ashraf*, 1971.
- Almela Meliá, J., *Higiene y terapéutica del libro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- Alnander, Samuel Johansson, *Historia librorum prohibitorum in Svecica*, Upsaliae, [1764].
- al-Rashti, Muhammad ibn 'Abd al-Husayn; al-Husayni, al-Sayyid Ahmad, *Fihrist makhtutat al-shaykh Muhammad al-Rashti al-muhdah ila Maktabat al-Imam al-Hakim al-'Ammah fi al-Najaf al-Ashraf*, Najaf, Matba'at al-Nu'man, 1971.
- Alusi, Numan ibn Mahmud, *Fihrist makatib Bagdad al-mawqufah*, Jamiat Bagdad, Markaz Ihya al-Turath al-Ilmi, 1985.
- Alvarado Moreno, Jimmy, *Historia de la Biblioteca Nacional Rubén Darío de Nicaragua*, Managua, Palacio Nacional de la Cultura, 2001.
- Amram, David Werner, *The Makers of Hebrew Books in Italy. Being Chapters in the History of the Hebrew Printing Press*, Holland Press, Londres, 1988.
- Andert, Frank, Verbrannt, Verboten, Verbannt—Vergessen?: *Kolloquium zum 60. Jahrestag der Bücherverbrennung von 1933*, Leipzig, 1995.
- Andres, Gregorio de, *Catálogo de los códices griegos de la Biblioteca Nacional*, 1987.
- Anónimo, «Bibliocaust», *Time*, 21 (22 de mayo de 1933), p. 21.
- , «Book-Burning Day.» *New York Times*, 7 de mayo de 1933, p. 16.
- , «Germany: Students Exult as 'Un-German' Books Burn», *Newsweek*, 20 de mayo de 1933, p. 10.
- , «Germany's Book Bonfire», *The Literary Digest*, 115 (27 de mayo de 1933), pp. 14-15.

- , «Heidelberg Burns Un-German Books», *New York Times*, 19 de mayo de 1933, p. 9.
- , «Helen Keller Warns Germany's Students; Says Burning of Books Cannot Kill Ideas», *New York Times*, 10 de mayo de 1933, p. 10.
- , «Nazi Ban Derided by Writers Here», *New York Times*, 17 de mayo de 1933, p. 4.
- , «Nazi Students Raid Institute on Sex», *New York Times*, 7 de mayo de 1933, p. 12.
- , «Nazis Pile Books for Bonfires Today», *New York Times*, 10 de mayo de 1933, p. 1.
- , «Nazis Seize 500 Tons of Marxist Writings», *New York Times*, 22 de mayo de 1933, p. 9.
- , «Topics of the Times: Books for Burning», *New York Times*, 12 de mayo de 1933, p. 16.
- , «Wants His Books Burned.» *New York Times*, 13 de mayo de 1933, p. 7.
- , «War Situation», *Special Libraries*, vol. 62, n.º 1 (1971), pp. 32-40.
- Araujo, R. L. «Notes e Informacoes: Notas sobre Insetos que Prejudicam Livros», *Biologico* 1 (1945), p. 32.
- Archivo General de la Nación (Mexico), *Documentos para la historia de la cultura en México, una biblioteca del siglo XVII; catálogo de libros expurgados a los jesuitas en el siglo XVIII*, México, Impr. Universitaria, 1947.
- Aristeae. *Ad philocratem epistula*, 1900.
- Aristotelis, *Opera edidit Academia regia Borussica*, Ed. Por I. Bekker, Berlín, 1831-1870.
- Arksey, Laura, «The library of Assurbanipal, King of the World», *Wilson Library Bulletin*. 51 (1977), pp. 832-840.
- Arndt, Augustinus. S. J. *De Libris Prohibitis Commentarii*. Ratisbona, Cincinnati, Sumptibus F. Pustet., 1895.
- Arnold, Klaus, *Johannes Trithemius (1462-1516): Zweite, bibliographisch und überlieferungsgeschichtlich neu bearbeitete Auflage, Quellen und Forschungen zur Geschichte des Bistums und Nachstifts Würzburg XXIII*, Würzburg, Kommissionsverlag F. Schöningh, 1971.
- Arsalan, Ibrahim Khurshid, *Faharis al-rugayyat li-Maktabat Makhtutat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi*, Bagdad, al-Majma, 1981.
- Ascarelli, F., «Le biblioteche italiane e la guerra», *Rivista storica italiana* LX, (1948), pp. 177-182.
- Ashraf, A. y M. A. Khan. *Conservation and restoration of archival material*, Islamabad, National Archives of India, 1980.
- Asselineau, Charles, *L'enfer du bibliophile*, 1860.
- Athenaeus, *Deipnosophist*, 1927-1941.
- Aulus Gellius, *Attic Nights*, 1988.
- Awwad, Kurkis, *al-Makhtutat al-'Arabiyah fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad, Matba'at al-Rabitah, 1957-1959.
- , *Catalogue of the Arabic manuscripts in the Irak Museum Library*, Bagdad, Arabita Press, 1957-1959.

- , *Fihrist makhtutat khizanat Yaqub Sarkis al-muhdah ila Jamiat al-Hikmah bi-Bagdad*, al-Hikma University, Bagdad, Matbaat al-Ani, 1966.
- , *Makhtutat al-tarikhiyah fi khizanat kutub al-Mathaf al-Iraqi bi-Bagdad*, Bagdad: Matbaat al-Rabitah, 1957.
- ; Rajab, Qasim Muhammad, *Fihrist al-makhtutat al-Arabiyah fi khizanat Qasim Muhammad al-Rajab bi-Bagdad*, Matbaat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1965.
- Awwad, Mikhail, *Makhtutat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi: dirasah wa-fahrasah*, Bagdad: Matbaat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1979-1983.
- Baas, Valerie, «Know Your Enemies», *History News*, vol. 35, n.º 7 (1980), pp. 40-41.
- Back, E.A. «Bookworms», *Indian Archives*, vol. 1, n.º 2 (1947), pp. 126-134.
- Báez, Fernando. «Irak es un libro quemado», *La Vanguardia*, Suplemento Culturas, 29 de mayo de 2003, Barcelona, España.
- , *El Tractatus Coislinianus*, Mérida, 2000.
- , *Historia de la antigua biblioteca de Alejandría*, 2003.
- , *Los fragmentos de Aristóteles*, Mérida, 2002.
- Bagnall, R. S., «The origin of Ptolemaic cleruchs», *BASP* 21 (1984), pp. 7-20.
- Bailie, Gil, *Violence Unveiled: Humanity at the Crossroads*. Nueva York, Crossroads, 1995.
- Baker, H. D.; R. J. Matthews, y J. N. Postgate, *Lost Heritage: Antiquities Stolen from Irak's Regional Museums*, Londres: British School of Archaeology in Irak, 1993.
- Baker, Nicholson, *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*, 2001.
- Bald, Margaret, *Banned books: literature suppressed on religious grounds*, Nueva York, Facts on File, 1998.
- Banks, Edgard J., *Bismya or The lost city of Adab*, 1912.
- Barash, David P., *Understanding Violence*, Allyn & Bacon, 2001.
- Baratin, Marc y Jacob, Christian (eds.), *O poder das bibliotecas*, 2000.
- Barber, Giles, «Noah's Ark, or, thoughts Before and After the Flood», *Archives*, vol. 16, n.º 70 (1983), pp. 151-161.
- Barberi, F., «Esperienza di un Disastro», *Associazione Italiana per le Biblioteche*, vol. 6, n.º 5-6 (1966), pp. 135-143.
- Barón Fernández, J., *Miguel Servet: su vida y su obra*, Madrid, 1970.
- Basbanes, Nicholas, *A gentle madness. Bibliophiles, bibliomanes, and the eternal passion for books*, 1999.
- Basmah'ji, Faraj, *Kunuz al-Mathaf al-Iraqi*, Bagdad, Wizarat al-I'lam, Mudiriyyat al-Athar al-'Ammah, 1972.
- , *Treasures of the Irak Museum*, Bagdad, Al-Jumhuriya Press, 1976.
- Batini, Giorgio, *4 November 1966: The River Arno in the Museums of Florence*. Florence, Bonechi Editore, 1967.
- Baudrillart, M., *Rapport sur les pertes éprouvées par les bibliothèques publiques de Paris en 1870 y 1871*, París, 1871.
- Bauer, Walter, *Orthodoxy and Heresy in Earliest Christianity*, 1971.
- Bayer, Franz - Leonhardt, Karl Ludwig, *Selten und gesucht: Bibliographien und ausgewählte Nachschlagewerke zur erotischen Literatur*, Stuttgart, Hiersemann, 1993.

- Beck, Johann Wilhelm, *Specimen historiae Bibliothecarum Alexandrinarum: quod amplissimi philosophorum ordinis permissu*, Lipsiae: ex officina Langenhemia, 1779.
- Becourt, Daniel, *Livres condamnés. Livres interdits*, 1961.
- Behrendt, Roland, «The Library of Abbot Trithemius», *American Benedictine Review* X (1959), pp.67-85.
- Bekker-Nielsen, Hans, Arne Magnusson. *The Manuscript Collector*, Odense University Press, 1972.
- Bellinghausen, Hermann, «La muerte de los libros», *Nexos*, 44, 1981.
- Belyakova, L. A., «La préservation des livres dans les bibliothèques de l'URSS - La protection des livres contre la moisissure à la Bibliothèque nationale Lénine», *Bulletin de l'Unesco à l'intention des bibliothèques*, vol. 15, 4 (1961), pp. 214-215.
- Benayahu, Meir, *Sefarim she-nithabru be-Vavel u-sefarim she-neteku bah. Yerushalayim*, Yad ha-Rav Nisim, 1993.
- Benet, Stephen Vincent, *They Burned the Books*, Nueva York: Farrar & Rinehart, 1942.
- Benítez, Fernando, *El libro de los desastres*, 2000.
- Benzelius, Adolf, *De censura librorum*. Diss., praes. Samuel Klingenshierna, Stockholmiae, typis Petri Momma [1743].
- Bergier, Jacques, *Los libros condenados*, 1973.
- Bermant, Chaim y Weitzman, Michael, *Ebla: An Archaeological Enigma*, 1979.
- Bethe, Erich, *Buch und Bild im Altertum*, Aus dem Nachlass hrsg. von E. Kirsten, Amsterdam, 1964.
- Biagi, Delwin A., «Los Angeles: Success Comes with Practice», *Emergency Management Quarterly* (1986), pp. 2-4.
- Bidez, J., *Un singulier naufrage littéraire dans l'antiquité*, 1943.
- Bignone, E., *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro*, Florencia, 1936.
- Biondo, Flavio, *Historiarum ab inclinatione Romanorum imperii decades*, Venecia, Octavianus Scotus, 1483.
- Birchall, Frederick T., «Nazi Book-Burning Fails to Stir Berlin», *New York Times*, 11 de mayo de 1933.
- Birt, Theodor, *Die Buchrolle in der Kunst*, Leipzig, 1907.
- Blackie, W. J. «Preservation of Books in the Tropics», *Agricultural Journal of Fiji*, 3, 2 (1930), pp. 84-85.
- Blackmore, Susan, *Las máquinas de los memes*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Blades, William, *The enemies of books*, 1888².
- Blake Shubert, Steven, «The oriental origins of the Alexandrian Library», *Libri*, 43, 2 (1993), pp. 142-172.
- Blanck, Horst, «Un nuovo frammento del Catalogo della biblioteca di Tauromenion», *La Parola del Passato* 52 (1997), pp. 241-255.
- Blazina, Vesna, «¿El memoricidio es un crimen contra la humanidad igual que el genocidio?», *Studia Croatica* 134 (1997), p. 121.
- Bloch, Edgar (ed.), *Rashid al-Din Tabid. Djami el-tévarikh : histoire générale du monde. Tarikh-i moubarek-i ghazani: histoire des Mongols*, 2 vols., 1911.

- Bloom, Jonathan M., *Paper Before Print: The History and Impact of Paper in the Islamic World*, Londres, Yale University Press, 2001.
- Blum, R., *Kallimachos. The Alexandrian Library and the Origins of Bibliography*, 1991.
- Bodde, D., *China's First Unifier: A Study of the Ch'in Dynasty as seen in the Life of Li-Su*, 1938.
- Bolgar, R. R., *The Classical Heritage and its Beneficiaries*, Cambridge, 1954.
- Bolseé, J. «La protection des archives en temps de guerre», *Archives, Bibliothèques et Musées de Belgique*, 16, 2 (1939), pp. 116-120.
- Bonnard, A., «The reign of books: Alexandria, its library and museum», en: Bonnard, A., *Greek Civilization: From Euripides to Alexandria*, 1961, pp. 170-80.
- Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, 4 vols., 1989.
- Borin, Jacqueline, «Embers of the Soul: The destrucion of jewish books and libraries in Poland during World War II», *Libraries & Culture* 28 (1993), p. 4.
- Borque López, Leonardo, *Bibliotecas, archivos y guerra civil en Asturias*, Gijón, Trea, 1997.
- Boston, Guy D., *Terrorism: A Selected Bibliography. Supplément à la deuxième édition*. Washington: National Institute of Law Enforcement and Criminal Justice, Law Enforcement Assistance Administration, US Department of Justice, 1977.
- Bottero, Jean, *Ancestor of the West: Writing, Reasoning, and Religion in Mesopotamia, Elam, and Greece*, Chicago, University of Chicago Press, 2000.
- Boudinhon, A., *La nouvelle legislation de l'index*, Paris, 1899.
- Bowden, R., «On civil war and preservation of library materials, the recovery: Nigerian Library developments», 1970-1973, *Journal of Librarianship*, 6 (1974), pp. 179-202.
- Bowman, Alan K.; Greg Woolf, *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*, 2000.
- Bowring, John, *Conflagration of Åbo*, Soho, Howlett & Brimmer, 1828.
- Boyd, Clarence Eugene, *Public libraries and literary culture in ancient Rome*, 1915.
- Boyer, J., «Insect Enemies of Books», *Scientific American*, 98 (1908), pp. 413-414.
- Brenner, Hildegard, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus*, Hamburg, Rowohlt, 1963.
- Bresson, Agnès, *Nicolas-Claude Fabri de Peiresc - Lettres à Claude Saumaise et à son entourage*, Florencia, 1992.
- Bridgeman, B., *Biología del comportamiento y la mente*, Alianza Universidad, Madrid, 1991.
- Briet, Suzanne, *Bibliothèques en détresse*, 1949.
- Brinton, Selwyn, *The golden age of the Medici*, Londres, 1925.
- Brooks, P., «The Bookworm Vanquished», *Philippine Agriculturist*, 23 (1934), pp. 171-173.
- Browne, Thomas, *The Works Of the Learned Sr Thomas Brown, Kt. Doctor of Physick, late of Norwich. Containing I. Enquiries into Vulgar and Common Errors. II. Religio Medici: With Annotations and Observations upon it. III.*

- Hydriotaphia; or, Urn-Burial: Together with The Garden of Cyrus. IV. Certain Miscellany Tracts. with Alphabetical Tables*, Londres, 1686.
- Brownrigg, Linda L. y Margaret M. Smith, eds., *Interpreting and Collecting Fragments of Medieval Books*, Los Altos, Anderson-Lovelace Publishers, 2000.
- Bruce, Lorne D., «A Note on Christian Libraries during the Great Persecution 303-305 A.D.», *JLH* 15, 2 (1980), pp. 127-137.
- , «A Reappraisal of Roman Libraries in the *Scriptores Historiae Auguste*», *JLH* 16, 4 (1981), pp. 551-573.
- , «Palace and Villa Libraries from Augustus to Hadrian», *JLH* 21, 3 (1986), pp. 510-552.
- , «Roman Libraries: A Review Bibliography», *Libri* 35 (1985), pp. 89-106.
- Brunet, Gustave. *Dictionnaire de Bibliologie catholique*, 1860.
- Brunet, Gustave; Quérard, J. M., *Livres perdus et exemplaires uniques*, Arnaldo Forni Editore, 1984.
- Brunet, Jean Charles, *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, Firmin-Didot, 1860-1865.
- Büch, Boudewijn, *Boekenpest*, Amsterdam, 1988.
- Buchanan, Dennis, «Ancient Greek libraries», *State Librarian Journal* 34, 3 (1986), pp. 40-42.
- Buchanan, Sally, «The Stanford Library Flood Restoration Project», *College & Research Libraries*, 40 (1979), pp. 539-548.
- Bujanda, Jesús Martínez de, *Index de l'Université de Louvain, 1546, 1550, 1558*, Sherbrooke, 1986.
- Bujanda, Jesús Martínez de, *Index de Venise, 1549, Venise et Milan, 1554*, Sherbrooke, 1987.
- Bujanda, Jesús Martínez de, *Thesaurus de la littérature interdite au XVIe siècle: auteurs, ouvrages, éditions*, Sherbrooke, 1996.
- Burton, John Hill, *The Book-hunter*, 1898.
- Bury, Richard de, *Philobiblon*, 1888.
- Burzachechi M., «Ricerche epigrafiche sulle antiche biblioteche del mondo greco: II», *RAL* XXXIX (1984), pp. 307-338.
- Bushwell, G. H., *The World's Earliest Libraries*, 1931.
- Butler, Randall, «The Los Angeles Central Library Fire: Nightmare, Part. II», *Conservation Administration News*, 28 (1987), pp. 1-2.
- Butler, Randall, «The Los Angeles Central Library Fire», *Conservation Administration News*, 27 (1986), pp. 1-2, 23-24.
- Buzás, Ladislaus, *German Library History, 800-1945*, traducido por William D. Boyd, 1986.
- Cahill, Thomas, *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*, Bogotá, 1998.
- Canart, Paul, *Les Vaticani Graeci, 1487-1962: notes et documents pour l'histoire d'un fonds de manuscrits de la Bibliotheque vaticane*, 1979.
- Canetti, Elías, *Auto de fe*, 1994.
- Canfora, Luciano (ed.), *Libri e biblioteche*, 2002.
- , *Conservazione e perdita dei classici*, 1974.

- , *Julio César: Un dictador democrático*, 2000.
- , *The vanished library*, 1990.
- , *Una profesión peligrosa. La vida cotidiana de los filósofos griegos*, 2002.
- Capaldi, Nicholas, *Censura y libertad de expresión*, Ediciones Libera, 1976.
- Cappelletti, Angel J., *Textos y Estudios de Filosofía Medieval*, 1993.
- Casamassima, E., «La Nazionale di Firenze Dopo il 4 novembre 1966», *Associazione Italiana per le Biblioteche*, 7, 2 (1967), pp. 53-66.
- Casanova, Paul, *Mohammed et la fin du monde, étude critique sur l'Islam primitif*, 1911.
- Casson, L., *Libraries in the Ancient World*, Yale University Press, 2001.
- Castillo Gómez, Antonio (ed.), *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón, Ediciones Trea, 2002.
- Cavallo G., Maehler H., *Greek Bookhands of the Early Byzantine Period: A.D. 300-800*, 1987.
- Ceram, C. W., *Dioses, tumbas y sabios*, 1985.
- Cerny, Jaroslav, *Paper and Books in Ancient Egypt*, Londres, University College, 1947.
- Chalbaud Zerpa, Carlos, *Historia de Mérida*, 1983.
- Chartier, Roger, *Culture écrite et société. L'ordre des livres*, 1996.
- Chroust, A. H., «The miraculous disappearance and recovery of the Corpus Aristotelicum», *Class. Et. Med.* 23 (1963), pp. 50-67.
- Cicero. *De finibus*, London, Loeb, 1914.
- , *De natura deorum & Academica*, London, Loeb, 1972.
- , *De senectute, De amicitia, De divinatione*, London, Loeb, 1970.
- Cicerón, *Cuestiones Académicas*, México, Bibliotheca Scriptorum graecorum et romanorum mexicana, 1990.
- , *Disputas Tusculanas*, México, Bibliotheca Scriptorum graecorum et romanorum mexicana, 1987.
- Clanchy, M. T., *From memory to written record: England 1066-1307*, 1979.
- Clark, Albert Curtis, *The descent of manuscripts*, Oxford, 1918.
- Clark, W. P., «Ancient Reading», *CJ* 26 (1931), pp. 698-700.
- Clarke, G. W., «Books for the burning», *Prudentia*, 4.2, 1972.
- Cleator, P. E., *Los lenguajes perdidos*, Barcelona, 1986.
- Clendenning, Philip. «Academy of Sciences Library fire a national tragedy: 3,000,000 books damaged, 400,000 destroyed», *The Soviet Observer*, (1988), 17 de marzo – 1 de abril, pp. 1, 3, 7.
- Cline, Edward, «Censorship», *Encyclopedia of Library and Information Science* v. 70, 2002, pp. 38-57.
- Clowes, William Laird, *Bibliotheca Arcana seu Catalogus Librorum Penetralium, being Brief notices of books that have been secretly printed, prohibited by law, seized, anathematized, burnt or Bowdlerized. By Speculator Morum*. Londres, George Redway, 1885.
- Cobban, Alan, *English University Life in the Middle Ages*, 1999.
- Collins, Nina L., *The library in Alexandria and the Bible in Greek*, Leiden, Brill, 2000.

- Conde Villaverde, María Luisa; Andrés Díaz, Rosana de., «Destrucción de documentos en España: historia, prevención y reconstrucción», *ARCHIVUM* v. XLII (1996), pp. 119-129.
- Cookson, Clive, «New Chapter Opens in a Tragic Story», *Financial Times*, 9 de marzo de 1990, p. 10; Turko, Karen, *Mass Deacidification Systems*. Washington, D. C., Association of Research Libraries, 1990.
- Corbett, Dennis F. «Halon 1301: A Fire Suppressant that Respects Rare Books», *Harvard Magazine*, 78, 9, (1976), p. 12.
- Cotterell, Arthur, ed., *Historia de las civilizaciones antiguas. 1. Egipto, Oriente Próximo*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Cotton, P. E., «Fire Tests of Library Bookstacks», *National Fire Protection Association Quarterly*, 84, 15 (1960), pp. 288-295.
- Craig, Alec, *The banned books of England*, Londres, 1937.
- Cramer, F. H., «Bookburning and censorship in ancient Rome», *JHI* 6 (1945), pp. 157-196.
- Cribiore, Raffaella, *Writing, Teachers, and Students in Graeco-Roman Egypt*, 1996.
- Cunha, George Martin, *Métodos de evaluación para determinar las necesidades de conservación en bibliotecas y archivos: un estudio RAMP con recomendaciones prácticas*, París, UNESCO, 1988.
- Curless, M., «Fire Protection and Prevention in Libraries», *New York Library Association Bulletin*, 2 (1964), pp. 91-93.
- Curtius, E. R., *Literatura Europea y Edad Media Latina*, 1955.
- Curwen, Henry., *A History of Booksellers, The Old and the New*, Londres, Chatto and Windus, 1873.
- Cuthbertson, David, *A tragedy of the reformation, being the authentic narrative of the history and burning of the Christianismi restitutio, 1553, with a succinct account of the theological controversy between Michael Servetus, its author, and the reformer John Calvin*, 1978.
- Dadson, Trevor J., *Libros, Lectores y Lecturas: Estudios sobre Bibliotecas Españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco/Libros, 1998.
- Dahl, Sven, *Historia del libro*, Alianza, 1999.
- Dainard, J., «From Agamemnon to Alexandria: The Libraries of Classical Antiquity», *PNLA Quarterly* 65 (2001), pp. 28-32.
- Dalby, A. «Sumerian catalogs», *Journal of Library History* 21, 3 (1986), pp. 475-87.
- Daniels, Walter M., ed., *The censorship of books*, 1954.
- Davis, Donald G., jr., «TLA & Texas Libraries: The Early Years», *Texas Library Journal* 77 (2001), pp. 55-57.
- Daywahchi, Said, *Makhtutat al-Maktabah al-Markaziyah fi al-Mawsil*, Bagdad, Matbaat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1967.
- De Camp, L. Sprague, «Books that Never Were», *Fantasy and Science Fiction*, XLIII, 6 (1972), pp. 78-85.
- De Hamel, Christopher, *The Book: A History of the Bible*, Nueva York, Phaidon Press, 2001.
- De Vaux, R., *Archeology and the Dead Sea Scrolls*, 1973.

- De Vleeschauwer, Herman Jean, *Les bibliothèques ptoléméennes d'Alexandrie*, 1955.
- Defourneaux, Marcelin, *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIII^e siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1963.
- Delia, Diana, «From Romance to Rhetoric: The Alexandrian Library in Classical and Islamic Traditions», *American Historical Review*, 97(5), (1992), pp. 1449-1467.
- Dempsey, D., «Operation Booklift: Restoring the Library at the Jewish Theological Seminary of America», *Saturday Review*, vol. 50 (1969), pp. 39-41.
- Denis, Philippe, *Jean Morély et l'utopie d'une démocratie dans l'Église*, Ginebra, 1993.
- Déroche, F. (ed.), *Manuel de codicologie des manuscrits en écriture arabe*. París, Bibliothèque Nationale de France, 2000.
- Déroche, F. y F. Richard, *Scribes et manuscrits du Moyen-Age*. París, Bibliothèque Nationale de France, 1997.
- Déroche, F., A. Gacek y J. J. Witkamp (eds.), *Manuscripts of the Middle East*. Leiden, TerLugt Press, 1990.
- Deschner, Karlheinz, *Historia criminal del cristianismo*, vol. 3, Ediciones Martínez Roca, 1992.
- Devreesse, R., *Introduction à l'étude des manuscrits grecs*, París, 1954.
- Dewdney, S., *The sacred scrolls of the Southern Objibway*, Toronto, University of Toronto Press, 1975.
- Dickinson, Donald G., *Dictionary of American Book Collectors*, Greenwood, Nueva York, 1986.
- Diez Macho, Alejandro, *Apócrifos del antiguo testamento*, vol. II, Ediciones Cristiandad, 1983.
- Diringer, D., *The book before printing. Ancient, medieval and oriental*, Nueva York, Dover Publications, Inc, 1982.
- Diringer, D., *The illuminated book. Its history and production*. Londres, Faber and Faber, 1955.
- Ditchfield, P. H., *Books fatal to their authors*, 1903.
- Dittenberger, W., *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, I-IV, Leipzig, 1915-1924.
- Dix, T. Keith, «Books and Bookmaking», en Bruce M. Metzger y Michael D. Coogan, eds., *The Oxford Companion to the Bible*, pp. 93-95, 1993.
- , «Libraries in Roman Baths?», con George Houston, *Balnearia* 4.1 (1996), pp. 2-4.
- , «Ovid Strikes Out: Tristia 3.1 and the First Public Libraries at Rome», *The Augustan Age*, 7 (1996), pp. 27-35.
- , «Pliny's Library at Comum», *Libraries & Culture* 31, (1996).
- , «Public Libraries at Rome: Ideology and Reality», *Libraries and Culture*, 29.3 (1994), pp. 282-296.
- , «The Library of Lucullus», *Athenaeum*, 88 (2000), pp. 441-446.
- Donaldson, Ian, «The Destruction of the Book», *Book History* 1 (1998), pp. 1-10.
- Donini, P. L., *Tre studi sull'aristotelismo nel II secolo d.C.*, 1974.
- Dosa, Marta L., *Libraries in the Political Scene*. Westport, CT: Greenwood Press, 1974.

- Doucet, R., *Les bibliothèques parisiennes au xvi siècle*, Paris, 1956.
- Dover, K. J., *Literatura en la Grecia Antigua*, 1986.
- Drogin, Marc, *Bibliocasm: The mythical origin, magical power and perishability of the written word*, 1989.
- Drossaart Lulofs, Hendrik Joan, «Neleus of Scepsis and the Fate of the Library of the Peripatos», *Tradition et traduction. Les textes philosophiques et scientifiques grecs au moyen âge latin. Hommage a Fernand Bossier*, Ancient and medieval Philosophy, series 1, vol. 25, 1999.
- Drujon, Fernand, *Catalogue des Ouvrages, Erits et Dessins de toute Nature Poursuivis, Supprimés ou Condamnés depuis le 21 Octobre 1814 jusqu'au 31 Juillet 1877*, Paris, 1879.
- , *Destructarum Editionum Centuria*, 1893.
- , *Essai bibliographique sur la destruction volontaire des livres ou Bibliolytie*, Paris, 1889.
- Dudbridge, Glen, *Lost books of medieval China*, Londres, 2000.
- Düring, Ingemar, *Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens*, 1966.
- , *Aristóteles. Exposición e interpretación de su pensamiento*, 2000.
- , *Aristotle in the ancient Biographical Tradition*, 1957.
- Ebling, F. J., *Historia natural de la agresión*. México: Siglo XXI, 1966.
- Edmonds, J. M., *The fragments of attic comedy*, 1957.
- Eisenberg, Daniel, «Cisneros y la quema de los manuscritos granadinos», *Journal of Hispanic Philology*, 16 (1992), pp. 107-124.
- El-Abbadi, Mostafa, *The Life and Fate of the Ancient Library of Alexandria*, 1990.
- Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno*, Emecé, 1968.
- , *Mito y realidad*, Labor, 1983.
- Elschenbroich, Erika, *Wissenschaft und Kunst im Exil: Vorgeschichte, Durchführung und Folgen der Bücherverbrennung: eine Dokumentation*, Osnabrück, WURF, 1984.
- Enderis, Guido, «Nazi Fires to Get 160 Writers' Books.» *New York Times*, 6 de mayo de 1933, p. 8.
- Enu, C. E., «The effects of the Nigerian civil war on the library services in the former eastern region», *International Library Review*, 20 (1970), pp. 206-217.
- Ernesti, Johann. *Ueber das Recht, besonders das der Hierarchie auf Censur und Bücherverbote und über die sich anmaßende Abgaben-Befreiung der katholischen Geistlichkeit in weltlichen Dingen*, 1829.
- Erskin, A. «Culture and power in Ptolemaic Egypt: The Museum and Library of Alexandria», *Greece & Rome* 42, n.º 1 (1995), pp. 38-48.
- Escolar Sobrino, Hipólito, *La cultura durante la guerra civil*, Madrid, Alhambra, 1987.
- , *Historia Universal del libro*, 1993.
- , *La biblioteca de Alejandría*, 2001.
- Etherington, Don, «1985 Rare Book Fire», *Abbey Newsletter*, 10, 5 (1986), p. 72.
- Febvre, Lucien Paul Victor, *La aparición del libro*, 1962.
- Fehrle R., *Das Bibliothekswesen im alten Rom: Voraussetzungen, Bedingungen, Anfänge*, Wiesbaden, 1986.

- Felice Cardot, Carlos, «El impacto de la inquisición en Venezuela y en la Gran Colombia 1811-1830», *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, 624-625, octubre-noviembre de 1966.
- Fernández Soria, Juan Manuel. *Educación y cultura en la Guerra Civil (1936-39)*, Barcelona, 1984.
- Fernandez, Stella Marie, *Muerte y Resurrección del Libro*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1977.
- Ferris, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- Ferruti, Francesco, «Su alcuni recenti studi riguardanti la biblioteca attalide di Pergamo», *ArchClass* s/n, (1999-2000), pp. 305-327.
- Fessler, Joseph, *Das kirchliche Bücherverbot*, Viena, 1858.
- Fisk, Robert, «Waging War on History: In Former Yugoslavia, Whole Cultures Are Being Obliterated», *The Independent* (Londres), 20 de junio de 1994, p. 18.
- Flashar, H., *Die Philosophie der Antike*, vol. III, 1983.
- Forbes, Clarence A., «X-Books for the Burning», *Transactions of the American Philological Society*, 67 (1936), pp. 114-25.
- Forster, E. M., *Alejandro*, 1984.
- Fortenbaugh, William W (ed.), *Peripatetic Rhetoric after Aristotle*, 1994.
- Fortenbaugh, William W.; Schütrumpf, Eckart, *Demetrius of Phalerum*, Text, translation and Discussion, 2000.
- Fortson-Jones, Judith, «Fire Protection for Libraries», *Catholic Library World*, vol. 53 (1981), pp. 211-213.
- Fox, Marvin, *Interpreting Maimonides*, 1990.
- Fagnano, Gigliola (ed.), *Church, Censorship and Culture in Early Modern Italy*, Cambridge, 2001.
- Frankfort, H. y H. A.; Wilson, J. A.; Jacobsen, Thorkild, *El pensamiento prefilosófico*, vol. I, 1954.
- Franklin, Alfred, *Histoire de la Bibliothèque Mazarine et du palais de l'Institut*, H. Welter, 1901.
- Fraser, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., 1972.
- Frattarolo, C., «La Situazione delle Biblioteche della Toscana e del Veneto ad un Anno dall'Alluvione», *Accademie e Biblioteche d'Italia*, vol. 38 (1967), pp. 510-515.
- Fraxi, Pisanus, *Bibliography of Prohibited Books*, Nueva York, Jack Brussel Publisher, 1962.
- Frazer, James George, *El folklore en el Antiguo Testamento*, México, 1994^r.
- Freud, Sigmund, *El yo y el ello. Tres ensayos sobre teoría sexual y otros ensayos*, Orbis, 1984.
- , *El malestar en la cultura*, Biblioteca nueva, 1999.
- Frías León, Martha, *El libro y las bibliotecas coloniales mexicanas*, México, UNAM, 1977.
- Friedman, Philip, «The Fate of the Jewish Book During the Nazi Era», *Jewish Book Annual*, 13 (1957-58), p. 4.

- Friedrich, Thomas, *Das Vorspiel. Die Bücherverbrennung am 10. Mai 1933: Verlauf, Folgen, Nachwirkungen. Eine Dokumentation*. Berlin, LitPol Verlagsgesellschaft, 1983.
- Fromm, Erich, *Anatomía de la destructividad humana*, 5.^a ed., Siglo XXI Editores, 1980.
- Fu'adi, Abd al-Hadi, *Nusus al-madrasiyah al-qursiyat al-shakl*, Bagdad, 1979.
- Fujii, Hideo y Oguchi, Kazumi, *Lost Heritage: Antiquities Stolen from Irak's Regional Museums*, Fascicle 3. Tokio: Institute for Cultural Studies of Ancient Irak, Kokushikan University, 1996.
- Fulton, John Farquhar, *Michael Servetus, Humanist and Martyr; with a Bibliography of His Works and Census of Known Copies*, by Madeline E. Stanton, Nueva York, H. Reichner, 1953.
- Fyan, Loleta D., «The Michigan State Library: An Account of Water Damage and Salvage Operations», *ALA Bulletin*, n.º 45 (1951), pp. 164-166.
- Gaiser, K., «Plato's enigmatic lecture On the Good», *Phronesis* 25, 1980, pp. 69 y ss.
- Galeano, Eduardo, *Memorias del Fuego*, vol. I, 2000.
- Gamillscheg, E. y Mersich, B., *Matthias Corvinus und die Bildung der Renaissance*. Viena, 1994.
- Gamonal Torres, Miguel Ángel; Herranz Navarra, Juan Francisco, «Los servicios de bibliotecas en el ejército popular de la República durante la Guerra Civil», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios* 2, 4 (1986), pp. 35-39.
- Garbelli Filippo, *Le biblioteche in Italia all'epoca romana*, Milán, 1894.
- García Guinea, Javier (et alia), «Un hongo que se come los CD», *Mundo Científico*, 226, pp. 72-73.
- García Icazbalceta, Joaquín, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1954.
- García Martínez, F., *Textos de Qumrán*, 1992.
- Garin, E., *Giovanni Pico della Mirandola. Vita e dottrina*, Florencia, 1937.
- Garraty, John A., Gay, Peter, *Columbia History of the World*, 1972.
- Gavrilov, A. K., «Reading Techniques in Classical Antiquity», *CQ* 47 (1997), pp. 56-73.
- Geanakoplos, D. J., *Greek Scholars in Venice*, Cambridge, 1962.
- Gellrich, J. M., *The Idea of the Book in the Middle Ages*, 1985.
- Gertz, Elmer, *Censored books and their right to live*, Lawrence, University of Kansas Libraries, 1965.
- Giannini, A., *Paradoxographorum Graecorum Reliquiae*, Milán, 1965.
- Gibbon, Edward, *The decline and fall of the Roman Empire*, 1839.
- Gibson, Ian, *Erotomaniac: The Secret Life of Henry Spencer Ashbee*, Nueva York, Da Cap, 2001.
- Gil Fernández, Luis, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, 2.^a ed., Madrid, Editorial Tecnos, 1997.
- Giles, Herbert A., *History of Chinese Literature*, 1937.
- Giles, Lancelot., *The Siege of the Peking Legations: A diary*, 1970.

- Gillett, Charles R., *Burned Books: Neglected Chapters in British History and Literature*, 2 vols., 1974.
- Gilliard, Frank D., «More on Silent Reading in Antiquity: *non omne verbum sonabat*», *JBL* 112 (1993), pp. 689-696.
- Gimeno Blay, Francisco M., *Quemar libros... ¡qué extraño placer!*, Eutopías 2.^a época, Documentos de trabajo, vol. 104, Valencia, Episteme, 1995.
- Gneuss, Helmut, *Books and Libraries in Early England*, Aldershot, 1996.
- Goetz, Arthur H., «Books in Peril: A History of Horrid Catestrophes», *Wilson Library Bulletin*, vol. 47 (1973), pp. 428-439.
- Goodspeed, Charles Eliot, «The Story of Tamerlane», *Yankee Bookseller*, Boston, Houghton Mifflin Company (1937), pp. 197-211.
- Goody, J., *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, 1990.
- Gordon Childe, V., *Los orígenes de la Civilización*, 1936.
- Gordon, John D., «Edgar Allan Poe: A Catalogue of First Editions, Manuscripts, Autograph Letters from the Berg Collection», *The New York Public Library*, Nueva York (1949), p. 5.
- Gottschalk, Hans B., «Notes on the Wills of the Peripatetic Scolarchs», *Hermes* 100,(1972), pp. 314-342.
- Goytisolo, Juan, «Memoricidio en Ramala», *El País*, 14 de abril de 2002, p. 10.
- Grau Pujol, Josep M.T.; Güell, Manuel, «La crónica negra de la destrucción de archivos en la demarcación de Tarragona», *Lligall. Revista Catalana d'Arxivística* 18 (2001), pp. 65-120.
- Greenlea F, Richard E., *La inquisición en Nueva España s. XVI*, México, FCE, 1981.
- Grendler, M., «A Greek collection in Padua: The Library of Gian Vincenzo Pinelli (1533-1601)», *Renaissance Quarterly* XXXIII, #3 (1980), pp. 386-416.
- Grendler, Paul F., *The destruction of Hebrew books in Venice 1568*, Proceedings of the American Academy for Jewish Research, 1978.
- Gretser, Jacob, *De jure et more prohibendi expurgandi et abolendi libros hæreticos et noxios*, Ingoldstadt, 1653.
- Gutas, Dimitri, *Greek Thought, Arabic Culture*, 1998.
- Guy, Kent, *The Emperor's Four Treasuries: Scholars and the State in the Late Qianlong Period*, Cambridge, 1987.
- Haarmann, Herman, et al, «Das War ein Vorspiel Nur», en *Bücherverbrennung Deutschland 1933: Voraussetzungen und Folgen*, Ausstellung der Akademie der Künste vom 8. Mai bis 3. Juli 1983. Berlin, Medusa, 1983.
- Hadas, M., *Aristeas to Philocrates*, 1951.
- Haddad, Butrus, *Makhtutat al-Suryaniyah wa-al-Arabiyyah fi Khizanat al-Rahbaniyah al-Kaldaniyah fi Bagdad*, Bagdad: al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1988.
- Haddad, Gérard, *Los biblioclastas*, 1993.
- , *Manger le Livre*, 1984.
- Haddaw, Hamid Majid, *Makhtutat Maktabat al-Alamat al-Hijjat al-Sayid Abbas al-Husayni al-Kathani fi Karbala*, Karbala Matbaat Ahl al-Bayt, 1966.
- Haight, Anne Lyon, *Banned books, 387 B.C. to 1978 A.D.*, Nueva York, R. R. Bowker, 1978.

- Halivni, David, *The book and the sword : a life of learning in the shadow of destruction*, Nueva York , Farrar, Straus and Giroux, 1996.
- Hamel, Christopher de, *A History of Illuminated Manuscripts*, 1986.
- Hamilton, Robert M., «The Library of Parliament Fire», *Bulletin of the Canadian Library Association*, vol. 9 (1952), pp. 73-77.
- Hamlin, Arthur T. «The Libraries of Florence, novembre 1966», *ALA Bulletin* (1967), pp. 141-150.
- , «The Library Crisis in Italy», *Library Journal* (1967), p. 2519.
- Hamman, A. G., *L'épopée du livre. La transmission des textes anciens, du scribe à l'imprimerie*, Paris, 1985.
- Handover, Phyllis Margaret, *Printing in London from 1476 to modern times*. Londres, Allen and Unwin, 1960.
- Hansen, E. V., *The Attalids of Pergamon*, 1971.
- Harper, Henry Howard, *Library essays about books, bibliophiles, writers and kindred subjects*, Boston, 1924.
- Harris, Michael H., *History of Libraries in the Western World*. N. J.: Scarecrow Press, Inc., 1995.
- Harrison, James Albert, *The Complete Works of Edgar Allan Poe*, vol I - Biography, Nueva York: T. Y. Crowell, pp. 64-66, 1902.
- Hart, William Henry, *Index expurgatorius Anglicanus: or, A descriptive catalogue of the principal books printed or published in England, which have been suppressed, or burnt by the common hangman, or censured, or for which the authors, printers, or publishers have been prosecuted*, Nueva York, B. Franklin [1969].
- Havelock, E., *La musa aprende a escribir*, 1996.
- Heartman, Charles F y Canny, James R. *A Bibliography of First Printings of the Writings of Edgar Allan Poe*, Hattiesburg, Mississippi, 1943, pp. 13-19.
- Heiges, M. J., «Lessons From a Library Fire», *Minnesota Librarian* (1981), pp. 717-720.
- Heller, Agnes, *Instinto, agresividad y carácter*. Ediciones Península, Barcelona, 1980.
- Henchy, Judith, *Preservation and Archives in Vietnam*, 1998.
- Henderson, G. P., «Book Salvage at the Guildhall», *Library Association Record*, vol. 52 (1950), pp. 455-458.
- Hendrickson, G. L., «Ancient Reading», *CJ* 25 (1929), pp. 192-196.
- Herrman, Wolfgang, «Prinzipelles zur Säuberung der öffentlichen Büchereien», en *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*, 100 (16 de mayo de 1933), pp. 356-358.
- Hickin, Norman, *Bookworms: The Insect Pests of Books*, Londres, Sheppard press, 1985.
- Higman, Francis, *Censorship and the Sorbonne: a bibliographical study of books in French censured by the Faculty of theology of the University of Paris, 1520-1551*, Genève, 1979.
- Hobson, A., «A sale by Candle in 1608», *The Library* XXVI (1971), pp. 215-233.
- , *Grandes bibliothèques*, Stock, 1971.

- Hochhuth, Rolf, «Verbrannte Bücher: Verbrannte Menschen. Überlegungen zur Bucherverbrennung», *Die Zeit* 20 (20 de mayo de 1943), p.15.
- Hoepfner, Wolfram, «Zu griechischen Bibliotheken und Bücherschränken», *AA 1* (1996), pp. 25-36.
- Hollweck, Joseph, *Das kirchl. Bücherverbot. Ein Commentar zur Constitution L.sXIII. Officiorum ac munerum*, Mainz, 1897.
- Hon, David N. S., «Critical Evaluation of Mass Deacidification Process for Book Preservation», en *Historic Textile and Paper Materials II: Conservation and Characterization*, editado por S. H. Zeronian y H. L. Needles. Washington DC: American Chemical Society, 1989.
- Horsfall, Nicholas, «Empty Shelves on the Palatine», *Greece & Rome* XL 1 (1993), pp. 58-67.
- Horsfield, Margaret, *The burning books*, 1990.
- Horton, Carolyn, «Saving the Libraries of Florence», *Wilson Library Bulletin*, vol. 41, n.º 10 (1967), pp. 1034-1043.
- Houston, George W., «A Revisionary Note on Ammianus Marcellinus 14.6.18: When did the Public Libraries of Ancient Rome close?», *Library Quarterly*, 58, 3, pp. 258-264.
- Howes, Wright, U. S. -iana (1700-1950): a Descriptive Check-List of 11.450 Printed Sources Relating to Those Parts of Continental North America Now Comprising the United States, 1962.
- Huby, P. M., «The transmission of Aristotle's writings and the places where copies of his works existed», *Classica & Medievalia* 30 (1969), pp. 241-247.
- Hume, David, *Enquiry concerning Human Understanding*, 1748.
- Hurley, Timothy, *A Commentary on the Present Index Legislation*, Dublin, Belfast and Cork, 1907.
- Hutin, S., *Los gnósticos*, 1964.
- Ibrahim, Zahidah, *Fihrist al-makhtutat al-Arabiyyah al-musawwarah fi al-Irak wa-al-majdudah fi al-Maktabah al-Markaziyyah li-Jamiat Bagdad*. Jamiat Bagdad, 1970.
- Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, vol. I, 1993.
- Jackson, H., «Aristotle's lecture room and lectures», *Journal of Philology* 35 (1920), pp. 191-200.
- Jackson, Holbrook, *The Fear of Books*, Nueva York, 1932.
- Jacobs, G., «Report on Flood Damage at the Madison County Library», *Idaho Librarian* (1976), pp. 124-125.
- Jacoby, F., *Die fragmente der griechischen Historiker*, 16 vol., 1923-1958.
- James, M. R., *The wandering and homes of manuscripts*, Londres, 1919.
- Jammes, André, «De la destruction des livres», en *Le livre et l'historien: études offertes en l'honneur du professeur Henri-Jean Martin*, Genève, Droz, pp. 813-817, 1997.
- Jammes, Paul, *Le bucher bibliographique. Collection de livres condamnés, poursuivis et détruits*, París, 1968.
- Jaramillo Guerreira, Miguel Ángel, «Los archivos y la Guerra Civil, 1936 a 1939», en *Historia de los archivos y de la archivística en España*, Valladolid: Secretariado de publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid, 1998.

- Jianzhong, W., «The destruction of books and libraries in Shanghai during World War II», en *Journal of information, communication, and library science*, 2, (1996), pp. 9-14.
- Johnson, David Ronald, «The Library of Celsus, An Ephesian Phoenix», *Library Bulletin* (1980), pp. 651-653.
- Johnson, E. D., *History of the Libraries in the Western World*, 1970.
- Jones, Derek (ed.), *Censorship: A World Encyclopedia*, Fitzroy Dearborn, 2001.
- Jones, W. H. S. y Withington, E. T., *Hippocrates*, 4 vols. Loeb Classical Library, 1957-1959.
- Jordan, René, «Sifting the Ashes: Fire in the Library», *Tennessee Librarian*, vol. 34 (1982), pp. 15-19.
- Juburi, Abd Allah, *Fihris al-makhtutat al-Arabiyyah fi Maktabat al-Awqaf al-Am-mah fi Bagdad, al-Jumhuriyyah al-Iraqiyya*, Riasat Diwan al-Awqaf, 1973.
- Juburi, Abd Allah; al-Ankurii, Hasan, *Fihris makhtutat Hasan al-Ankurli al-muhdah ila Maktabat al-Awqaf*, 1967.
- Juburi, Abd Allah; Talas, Muhamad Asad, *Mustadrak ala al-kashshaf an makhtutat khazain Kutub al-awqaf*, Bagdad, Matbaat al-Maarif, 1965.
- Jürgen, Ernst, *Diario de guerra y ocupación*, 1972.
- Justice, Steven, *Writing and Rebellion: England in 1381*, 1994.
- Jütte, W. «Volksbibliothek im Nazionalsozialismus», *Buch und Bibliothek* 39, 1987, pp. 345-348.
- Kantorowicz, Alfred, «The Burning of the Books», *Free World*, V, n.º 5 (mayo de 1943).
- , *Why a library of the burned books?*, 1934.
- Kapr, Albert, *Johann Gutenberg: the man and his invention*, Aldershot, 1996.
- Kenyon, F. G., *Books and Readers in Ancient Greece*, 1932.
- Khaqani, Ali, *Makhtutat al-Maktabah al-Abbasiyyah fi al-Basrah*, Bagdad, 1962.
- Kibre, Pearl, *The library of Pico della Mirandola*, Columbia University Press, Nueva York, 1936.
- Knox, Bernard, «Silent Reading in Antiquity», *Greek, Roman and Byzantine Studies IX* (1968), pp. 421-435.
- Knuth, Rebecca, *Libricide: The Regime-Sponsored Destruction of Books and Libraries in the Twentieth Century*, 2003.
- Koeller, G. K., *Previsión y conservación de bibliotecas y archivos contra agentes bióticos, el fuego y factores climáticos*, Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1960.
- Koeman, Cornelis, *Joan Blaeu and his grand atlas: Introduction to the facsimile edition of Le grand atlas, 1663*, Amsterdam, Theatrum Orbis Terrarum, 1970.
- Konopska, Jean A. (ed.), *La Protection des biens culturels en temps de guerre et de paix d'après les conventions internationales (multilatérales)*, Versoix, 1997.
- Kornicki, P., *The book in Japan. A cultural history from the beginnings to the nineteenth century*, Leiden, Brill, 1998.
- Kraemer Koelier, G., *Previsión y conservación de bibliotecas y archivos contra agentes bióticos, el fuego y factores climáticos*. Madrid: Dirección general de ar-

- chivos y bibliotecas. Sección de publicaciones de la junta técnica de archivos, bibliotecas y museos, 1960.
- Kramer, Samuel Noah., *La historia empieza en Sumer*, Barcelona, 1985.
- Kroller, F. y S. Reinitzer, «Schaden an Kroatischen Bibliotheken durch die Kampfhandlungen 1991-1992», *Mitteilungen der Vereinigung Oesterreichischer Bibliothekare*, 45 (3/4), 1992, pp. 74-78.
- Krug, Antje (ed.), *Archive in Heiligtümern. From Epidauros to Salerno*, pp. 187-200, 1992.
- Kruk, Herman, *The last days of the Jerusalem of Lithuania. Chronicles from the Vilna Ghetto and the Camps*, 2002.
- Krummsdorf, Juliane y Werner, Ingrid, *Verbrannt, Verboten, Verbannt, Vergessen?: zur Erinnerung an die Bücherverbrennung 1933: Bibliographie zur Schwarzen Liste/Schöne Literatur: zusammengestellt und bearbeitet aus Anlass des 60. Jahrestages der Bücherverbrennung in Dresden am 8. März 1993. Dresden, Bibliothek beim Landesvorstand der PDS, 1993.*
- Labowsky, L., «Bessarion's Library and the Biblioteca Marciana», *Six Early Inventories*, Sussidi Eruditi, 31, Rome, 1979.
- Laertius, Diogenes, *Vitae philosophorum*, 2 vols., 1999.
- Laks, André y Most, Glenn W., *Studies on the Derveni papyrus*, Oxford, 1997.
- Lara Peinado, Federico, *Himnos sumerios*, Tecnos, 1988.
- , *Poema de Gilgamesh*, Tecnos, 1997.
- Lasso de la Vega, Javier. *Bibliofilia y comercio del libro antiguo*, 1947.
- Layton, Bentley, *The Gnostic Scriptures*, 1987.
- Lazinger Susan S., «The Alexandrian Library and the beginnings of chemistry», *Library history review*, 2, 3, (1984).
- Leighton, Phillip D. «The Stanford Flood», *College and Research Libraries*, vol. 40, n.º 5 (1979), pp. 450-459.
- Lemerle P., *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au Xe siècle*, 1971.
- Lemmons, Russel. *Goebbels and Der Angriff*. Lexington, KY, University Press of Kentucky, 1994.
- Leo, F. *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer litterarischen Form*, 1901.
- Lewis, Bernard, *The Assassins: A Radical Sect in Islam*, 1987.
- Lewis, N., *Papyrus in Classical Antiquity*, Oxford, 1974.
- Li, Meng-jinn, «Book Disasters in Chinese History», *Journal of the Hong Kong Library Association*, vol. 5 (1980), pp. 77-87.
- Littig, F., *Andronikos von Rhodos*, 3 vols., 1890-1894.
- Liu Guo Jun y Yicheng, Zheng. *The story of chinese books*. Beijing, Foreign Languages Press, 1985.
- Lloyd Jones, H., «Lost History of the Lost Library», *New York Review of Books*, 14 de junio de 1990, pp. 27 y ss.
- López Férez, J. A. (ed.), *Historia de la literatura griega*, 1988.
- Lord, C., «The early History of the Aristotelian Corpus», *American Journal of Philology* 107 (1986), pp. 137-161.

- Lorkovic, Tajana, «Destruction of Libraries in Croatia and Bosnia-Herzegovina», *International Leads* 7 (2), (1993), pp. 1-2.
- , «National Library in Sarajevo destroyed; collections, archives go up in flames», *American Libraries* 23 (9), (1992), pp. 736, 816.
- , «Wounded Libraries in Croatia», *Libraries and Culture* 30 (1995), pp. 205-206.
- Lovrenic, Ivan, «The Hatred of Memory: In Sarajevo burned books and murdered pictures», *The New York Times*, 28 de mayo de 1994.
- Lyon, Haight, *Banned books*, 1955.
- Mabbott, Thomas Ollive, «Introduction», *Tamerlane and Other Poems*, Nueva York: The Facsimile Text Society by Columbia University Press, 1941.
- , *The Collected Works of Edgar Allan Poe*, vol. I: Poetry, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press, 1969.
- Maillard, Firmin, *Les passionnés du livre*, París, Emile Rondeau, 1986.
- Mair, A. W., *Callimachus and Lycophron*, Loeb, MCMXXI.
- Maktabat al-Imam al-Hakim al-Ammah fi al-Najaf, *Min nawadir makhtutat Maktabat Ayat Allah al-Hakim al-Ammah*. al-Najaf, Matbaat al-Najaf, 1962.
- Manfrini De Brewer, Mireya; Sosa, Claudio A., «Insectos en Bibliotecas y Archivos. Principales especies de insectos perjudiciales para las colecciones de bibliotecas y archivos y algunos depredadores naturales que ayudan a controlarlos», *Ciencia Hoy*, 35, 1996.
- Manganaro G., «Una biblioteca storica nel Ginnasio di Tauromenion e il P. Oxy. 1241», *PPXXIX* (1974), pp. 389-409.
- Manganaro, Jean-Paul, *La véritable histoire de la bibliothèque d'Alexandrie*, París, Desjonquères, 1986.
- Manguel, Alberto, «Las bibliotecas y sus cenizas», *Letra Internacional*, 63 (1999), pp. 18-20.
- , *Una Historia de la Lectura*, Madrid, 1998.
- Maracchi Biagiarelli, R., «Si Studia a Firenze Dopo l'Alluvione?», *Bibliofilia*, vol. 69, n.º 1 (1967), pp. 103-111.
- Marshall, D. N., *History of libraries: ancient and medieval*, 1983.
- Martin, James J., «Other Days, Other Ways: American book censorship 1918-1945», *The Journal of Historical Review*, vol. 10, 2, pp. 133-141.
- Martin, James J., *An American Adventure in Bookburning: In the Style of 1918*, Ralph Myles Publisher, Inc., 1989.
- Martin, John H., «Après le déluge... Resuscitating a Water-logged Library», *Wilson Library Bulletin*, vol. 50, n.º 3 (1975), pp. 233-241.
- Marx, Jean., *Las literaturas célticas*, 1964.
- Mathaf al-'Iraqi, Mudiriyat al-Athar al-'Ammah. *Guide-book to the Irak Museum*, Bagdad: directorate General of Antiquites, 1966.
- Matthai, Robert A. (dir. publ.), *Protection of Cultural Properties during Energy Emergencies*. Nueva York, Arts/Energy Studio and American Association of Museums, 1978.
- Matthews, Fred W., «Dalhousie Fire», *Canadian Library Journal*, vol. 43, n.º 4 (1986), pp. 221-226.

- , «Sorting a Mountain of Books», *Library Resources and Technical Services*, vol. 31, n.º 1 (1987), pp. 88-94.
- Maylone, R. Russell, «A Case Studio in Disaster: The Memorial Day Steam Cleaning», *Illinois Libraries*, vol. 64, n.º 5 (1983), pp. 354-356.
- McKenzie González, Germán, «Un papiro revolucionario: 7Q5», *Vida y Espiritualidad*, 31, año 11 (1995).
- McKitterick, R., *The Carolingians and the written word*, 1989.
- Medina, José Toribio, *Historia del tribunal del santo oficio de la inquisición en México*, Fuente Cultural, 1952.
- Meiggs R. y Lewis, D. M., *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, 1988.
- Meijer, A. C. et R.M. Rijkse, «Het Vacuumvriesdrogen van Grote Hoeveelheden Natte Boeken in Zeeland», *Open*, vol. 17, n.º 3 (1985), pp. 121-127.
- Mellado, Francisco de P (ed.), *Enciclopedia moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio*, 1853.
- Méndez, Francisco, *Tipografía española o Historia de la introducción, programación y progresos del arte de la imprenta en España...*, Madrid, Imp. de las Escuelas Pías, 1861.
- Mendham, Joseph. *The Literary Policy of the Church of Rome exhibited in an Account of Her Damnable Catalogues or Indices*, Londres, 1826.
- Metacalf, C. L. & Flint, W. P., *Insectos destructivos e insectos útiles: sus costumbres y su control*, Continental, Madrid, 1965.
- Mielsch, Harald, «Die Bibliothek und die Kunstsammlung der Könige von Pergamon», *AA* 4 (1995), pp. 765-779.
- Milkau, Fritz, *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, III.I, 1955, pp. 10-11.
- Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, 1986³.
- Miller, Howard E., «Jail Library: Media Center Closed by Fire One Week After Opening», *Library and Archival Security*, vol. 3, n.º 2 (1980), pp. 41-43.
- Milton, John, *Works*, 1931-1938.
- Ministère de la Justice War Crimes Commission (Bélgica), *War crimes committed during the invasion of the national territory, May, 1940: the destruction of the library of the University of Louvain*, Lieja, 1946.
- Monfasani, J., *Byzantine Scholars in Renaissance Italy: Cardinal Bessarion and other Emigres*, Variorum, Londres, 1995.
- Monserrat Torrens, José, *Los gnósticos*, 2 vols., 1990.
- Montanari, Franco, *Pergamo. Lo spazio letterario della Grecia antica: 1, La produzione e la circolazione del testo: 2. L'ellenismo* / dir. da Giuseppe Cambiano, Luciano Canfora & Diego Lanza, Roma Salerno, 1993.
- Morau, P., *Der Aristotelismus bei den Griechen*, I, 1973.
- , *Les listes anciennes des ouvrages d'Aristote*, 1951.
- Moreau, Édouard de, *La Bibliothèque de l'Université de Louvain 1636-1914*, Louvain, 1918.
- Moreau, Michael, «Putting It Back Together: Los Angeles Central Library», *Wilson Library Bulletin*, vol. 61, n.º 7, (1987), pp. 35-39.

- Moreri, Luis, *Gran Diccionario Histórico o Miscelánea de Curiosidades de la Historia sagrada y profana*, v. 1, MDCCLIII.
- Moritz Schwarcz, Lilia, *A longa viagem da Biblioteca dos Reis. Do terremoto de Lisboa à Independência do Brasil*, Companhia das Letras, 2002.
- Morris, John, «Protecting the Library from Fire», *Library Trends*, vol. 33, n.º 1 (1984), pp. 49-56.
- Morris, John, *Managing the Library Fire Risk*. Berkeley, University of California, 1979.
- Morris, John, *The Library Disaster Preparedness Handbook*, Chicago, American Library Association, 1986.
- Mosse, George L., *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*. Nueva York: Grosset & Dunlap, 1966.
- Mudiriyat al-Athar al-'Ammah, Mathaf al-Mawsil, *Guidebook to the Mosul Museum*, Bagdad, Govt. Press, 1966.
- Muhamad, Mahmud Ahmad, *Fihrist makhtutat Maktabat al-Awqaf al-Markaziyah fi al-Sulaymaniyah*, Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Awqaf wa-al-Shuun, al-Diniyah, 1982.
- Nagaraia Rao, K., «Libraries and anti-Air-Raid Measures», *Modern Librarian*, vol. 13 (1942), pp. 27-31.
- Najaf, Mohammed Mehdi, *Catalogue manuscripts, Al-Emam Al-Hakim Public Library*, Najaf, Irak, Najaf, 1979.
- Najaf, Muhamad Mahdi, *Fihrist makhtutat Maktabat al-Imam al-Hakim*, Maktabat al-Imam al-Hakim al-Ammah fi al-Najaf, 1969.
- Naqshabandi, Usama Nasir, Al-'Irak, *Al-makhtutat al-Islamiyah fi al-'alam, al-juz' al-thalith*, Geoffrey Roper, Londres, Mu'assasat al-Furqan lil-Turath al-Islami, 2001.
- , *Makhtutat al-Amanah al-Ammah lil-Maktabah al-Markaziyah*, Jamiat al-Sulaymaniyah. Jamiat al-Sulaymaniyah., Amanah al-Ammah lil-Maktabah al-Markaziyah. al-Sulaymaniyah, al-Jamia, 1980.
- , *Makhtutat al-lughawiyah fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*, Bagdad, Mudiriyat al-Athar al-Ammah, 1969.
- , *Makhtutat al-musiqah wa-al-ghina wa-al-sama fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-Funun, 1979.
- , *Makhtutat al-tibb wa-al-saydalah wa-al-baytarah fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, 1981.
- , *Makhtutat al-adab fi al-Mathaf al-Iraqi*. al-Kuwayt: Mahad al-Makhtutat al-Arabiyah, al-Munazzamah al-Arabiyah lil-Tarbiyah wa-al-Thaqafah wa-al-Ulum, 1985.
- Naqshabandi, Usamah Nasir; Abbas, Zamyah Muhammad. , *Makhtutat al-falak wa-al-tanjim fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam-Dar al-Rashid lil-Nashr: *Tawzi al-Dar al-Wataniyah lil-Ilan wa-al-Tawzi*, 1982.
- , *Makhtutat al-hadith al-Nabawi al-sharif wa-ulumihi fi Dar Saddam lil-Makhtutat*. Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, Dairat al-Athar wa-al-Turath, 1988.

- , *Makhtutat al-hisab wa-al-handasah wa-al-jabr fi maktabat al-mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, al-Muassasah al-Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1980.
- , *Makhtutat al-tarikh wa-al-tarajim wa-al-siyar fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, al-Muassasah al-Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1982.
- Naqshabandi, Usamah Nasir.; Qishtayni, Amir Ahmad. *Makhtutat al-fiqhiyah*. Bagdad: al-Jumhuriyah al-Iraqiya, Wizarat al-Ilam, Mudiriyat al-Athar al-Ammah, 1976.
- Näther, G., *Bibliothekswesen in Italien*, Munich, 1990.
- Naudé, G., *Advis pour dresser une Bibliothèque*, Leipzig, 1963.
- Nelson, Dale. «A Holocaust at LC ?», *Wilson Library Bulletin* (1982), pp. 356-357.
- Nichols, Charles L., *The library of Rameses the great*, Berkeley, 1964.
- Nichols, John, *Biographical and literary anecdotes of William Bowyer*, Londres, 1782.
- , *Literary anecdotes of the eighteenth century*, Londres, 9 vols., 1812-1816.
- Nie wieder Faschismus und Krieg: die Mahnung der faschistischen Bücherverbrennung am 10. Mai 1933*, Berlín: Humboldt-Universität zu Berlin, Gesellschaftswissenschaftliche Fakultät, 1983.
- Noblecourt, A., *Les techniques de protection de biens culturels en cas de conflit armé*, París, Unesco, 1958.
- Nuño, Juan, «Libros en la hoguera», incluido en *La escuela de la sospecha*, Monte Ávila, Caracas, 1990.
- Nwafor, B.U., «Recorded Knowledge: A War Casualty — An Account of Library Devastation during the Nigerian Civil War», *Library Journal*, vol. 96, n.º 1, 1er janvier (1971), pp. 42-45.
- O'Donnell, James J., *Cassiodorus*, 1979.
- Ogden, Shereyn, «The Impact of the Florence Flood on Library Conservation in the United States of America», *Restaurator*, vol. 3 (1979), pp. 1-36.
- O'Gorman, Edmundo, «Bibliotecas y librerías coloniales, 1585-1694», *Boletín del Archivo General de la Nación* 10 (4), (1939), pp. 661-1006.
- Okpa-Iroha, N., «Reconstruction of Devastated Library Services in War Affected Areas of Nigeria», *Library Association Record* 73 (1971), pp. 108-109.
- Oluwakuyide, Akinola, «Nigerian Libraries After the War», *Wilson Library Bulletin*, vol. 46, n.º 10 (1972), pp. 881-882, 947.
- Orne, J., «Library of Congress Prepares for Emergencies», *ALA Bulletin*, vol. 35 (1941), pp. 341-348.
- Ortlob, J. Fr., *De Ephesinorum libris curiosis combustis*, Leipzig, 1708.
- Ossa, Felipe, *Historia de la escritura y la letra impresa*, 1993.
- Otsuka Kinnosuke, *Index librorum prohibitorum in the pre-war Japan : list of books and periodicals in Prof. Otsuka's collection burned secretly by himself in 1940-1941 under the pressure of the Tokko (Special Higher Police) and the Kempei (Military Police)*, Musashino, 1959.
- Ouaknin, Marc-Alain, *The Burnt Book: Reading the Talmud*, traducido del francés por Llewellyn Brown, 1998.

- Palau Y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano*, 2.^a ed., 28 v., Barcelona, 1948-1977.
- Pardo Tomás, José, *Ciencia y censura : la inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991.
- Paris, Louis, *Les manuscrits de la Bibliothèque du Louvre. Brûlés dans la nuit du 23 au 24 Mai 1871 sous le règne de la Commune*, Paris, Au Bureau du Cabinet Historique, 1872.
- Parpola, S., «Assyrian library records», *Journal of Near Eastern Studies* 42 (1983), pp. 1-29.
- Parrot, André. *Trésors du Musée de Bagdad des origines à l'Islam: Musée du Louvre Galerie Mollien*. Paris: Réunion des musées nationaux, 1966.
- Parsons, Edward Alexander, *The Alexandrian Library, glory of the Hellenic world; its rise, antiquities, and destructions*, 1952.
- Parthey, G. F. K., *Ptolemaeus Lagî, der Gründer der 32sten aegyptischen Dynastie*, Berlín, 1861.
- Paschini, P., *Domenico Grimani cardinale di S. Marco*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1943, VI, pp. 123-145.
- Pearcy, Lee, «Galen's Pergamun», *Archaeology* 38.6 (1985), pp. 33-39.
- Pedersen, Olof, *Archives and Libraries in the Ancient Near East 1500-300 B.C.*, CDL Press, 1998.
- Pedram, Latif, «Afganistán: la biblioteca arde», *Auto da fe* 1, otoño de 2000.
- Peignot, Gabriel, *De Pierre Aretin. Notice sur sa fortune, sur les moyens qui la lui ont procurée et sur l'emploi qu'il en a fait*, París, 1836.
- Peignot, Gabriel, *Dictionnaire critique, littéraire, et bibliographique des principaux livres condamnés au feu, supprimés ou censurés : précédé d'un discours sur ces sortes d'ouvrages*, París, A. A. Renouard, 1806.
- Peignot, Gabriel, *Essai historique sur la liberté d'écrire chez les Anciens et au Moyen Age; sur la liberté de la presse depuis le quinzième siècle, et sur les moyens de répression dont ces libertés ont été l'objet dans tous les temps ; avec beaucoup d'anecdotes et de notes; suivi d'un tableau synoptique de l'état des imprimeries en France, en 1704, 1739, 1810, 1830, et d'une chronologie des lois sur la presse, de 1789 à 1831*, Paris, Crapelet, MDCCCXXXII.
- Pelissier, R., *Les bibliothèques en Chine pendant la première moitié du XXe siècle*. París, 1971.
- Pérez Silva, Vicente, «Los libros en la hoguera», *Revista Credencial Historia* 52, abril de 1994, Bogotá.
- Pérez Vila, Manuel, «Una biblioteca pública en plena guerra a muerte», *Biblioteca Nacional*, 8, abril-junio de 1960, p. 3.
- Petersen, Klaus, *Zensur in der Weimarer Republik*. Stuttgart, 1995.
- Pettinato, Giovanni, «Ibla (Ebla), A. Philologisch», *RIA* 5 (1976), p. 9-13.
- Pettinato, Giovanni, *Ebla, una ciudad olvidada*, Barcelona, 2000.
- Pfeiffer, Rudolf, *Historia de la filología clásica*, I, 1981.
- Phillips, Zlata F., «Libraries are Devastated in War-Torn Croatia», *American Libraries* 23 (1992), p. 209.

- Pia, P., *Les livres de l'enfer. Bibliographie critique des ouvrages érotiques dans leurs différentes éditions du XVI^e siècle à nos jours*, Paris, C.Coulet et A. Faure, 1978.
- Pichon, Jean-Charles, *Histoire universelle des sectes et des sociétés secrètes*, 1969.
- Picón, Juan de Dios, *Estadística y Descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la Provincia de Mérida de Venezuela*, 1832.
- Pinner, H. L., *The World of Books in Classical Antiquity*, 1948.
- Pinto Crespo, Virgilio, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*. Madrid, Taurus, 1983.
- Pipes, Daniel, *The Rushdie Affair: The Ayatollah, the Novelist and the West*, Nueva York, Birch Lane Press, 1990.
- Platthy, Jenő, *Sources on the Earliest Greek Libraries with the Testimonia*, Amsterdam, 1968.
- Plinius, *Natural History*, Londres, Loeb, 1958-1989.
- Plomer, Henry Robert et alia, *A dictionary of the printers and booksellers who were at work in England, Scotland and Ireland from 1726 to 1775*, Londres, Bibliographical Society, 1932.
- Plumbe, Wilfred J., *The preservation of Books in Tropical and Subtropical Countries*, Hong Kong, 1964.
- Plutarch, *Lives*, Londres, 1914-1926.
- , *Moralia*, Londres, 1927-1976.
- Pomar, Juan Bautista, *Relación de Tezcoco* (ed. facsímil de la de 1891 con advertencia preliminar y notas de Joaquín García Icazbalceta), México, Bibl. Enciclopédica del Estado de México, 1975.
- Popper, William, *The censorship of hebrew books*, Katv Publishing, s/d.
- Postgate, J. N., *La Mesopotamia arcaica*, Madrid, Akal, 1999.
- Prescott, Andrew, «Their Present Miserable State of Cremation»: the Restoration of the Cotton Library», en *Sir Robert Cotton as Collector: Essays on an Early Stuart Courtier and His Legacy*, 1997.
- Prescott, William H., *Historia de los reyes católicos Don Fernando y doña Isabel*, México, 1952.
- Pugliese, Stanislao G., «Bloodless Torture: The books of the Roman Ghetto under the Nazi Occupation», *Libraries & Culture*, University of Texas Press, 34, n.º 3, 1999.
- Putnam, George H., *The Censorship of the Church of Rome and Its Influence Upon the Production and Distribution of Literature*, 1967¹.
- Queller, Donald E. & Thomas F. Madden, *The Fourth Crusade: The Conquest of Constantinople*, University of Pennsylvania Press, 1997.
- Quevedo, Francisco de, *Antología Poética*, 1984.
- Ramsden, Charles, *London bookbinders 1780-1840*, Londres, Batsford, 1956.
- Randall, David A., *The J. K. Lilly Collection of Edgar Allan Poe: An Account of Its Formation*, Indiana, The Lilly Library, 1964, pp. 1-10.
- Rauf, Imad Abd al-Salam, *Athar al-khattiyah fi al-Maktabah al-Qadiriyyah fi Jami al-Shaykh Abd al-Qadir al-Kilani bi-Bagdad*, 1974.

- , *Fihris Makhtutat Jami al-Sayyid Sultan Ali fi Bagdad*, Bagdad, Jamiat Bagdad, Markaz Ihya al-Turath al-Ilmi al-Arabi, 1985.
- Raynaudus, T., *Erotemata de malis ac bonis libris deque justa aut injusta eorum confixione*, Lyons, 1653.
- Raynes, Patricia, «Insects and Their Control in the Library», *Conservation Administration News*, 27 (1986), pp. 4, 24-25.
- Reale, Giovanni, *Platón. En búsqueda de la sabiduría secreta*, 2001.
- Redford, Donald B., «The earliest years of Ramesses II», *Journal of Egyptian Archeology*, 57, 1971.
- , *Akhenaten: The heretic king*, 1987.
- Redmont, Jane, «Library Flood Damages Manuscript Collection», *Harvard Divinity Bulletin*, 1982.
- Reuchlin, Johannes, *Recommendation whether to confiscate, destroy and burn all jewish books*, 2000.
- Reyes, Alfonso, *Obras Completas*, v. XX, 1979.
- Reynolds, Leighton; Wilson, Nigel G., *Copistas y filólogos*, 1986.
- Ribera y Tarragó, Julián, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*, Zaragoza, 1896.
- Richardson, G. D., «Fire in the Library of New South Wales», *Australian Library Journal*, n.º 20 (1971), pp. 29-30.
- Ritchie, James M., «The nazi book-burning», *The modern language review* 83 (1988), pp. 627-642.
- Rivera, I. R. de, «Sobre la destructividad humana: Un instinto o Una Carencia», en *Memorias*, vol. II, México, 1982, pp. 532-550.
- Rivolta, Adolfo, *Catalogo dei codici Pinelliani dell'Ambrosiana latini*, Milán, 1933, pp. XVII-LXXX.
- Roberts, C. H. y Skeat, T. C., *The Birth of the Codex*, 1983.
- Roberts, Julian y Watson, Andrew, *John Dee's Library Catalogue*, Bibliographical Society, 1990.
- Robertson, John W., *Commentary on the Bibliography of Edgar A. Poe*, San Francisco, Grabbhorn, 1934, pp. 64-65.
- Robinson, J. M. (ed.), *The Nag Hammadi Library in english*, 1988.
- Rodríguez Adrados, F., «Cómo ha llegado hasta nosotros la literatura griega», *Revista de la Universidad de Madrid* 1 (1952), pp. 525-552.
- Rodríguez Álvarez, Ramón, *La Biblioteca de la Universidad de Oviedo. 1765-1934*, Universidad de Oviedo, 1993.
- Rodríguez-Miñón, Rafael, *La vida y la obra del bibliógrafo extremeño D. Antonio Rodríguez-Moñino*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2000.
- Rogers, David, *The Bodleian Library and Its Treasures, 1320-1700*, Henley-on-Thames, 1991.
- Romero Tallafigo, Manuel, «Historia de los desastres en Archivos y Bibliotecas desde la Antigüedad hasta nuestros días», en Remedios Rey de las Peñas (dir.) *Sextas Jornadas Archivísticas: Los desastres en Archivos y Bibliotecas. Urgencias de su prevención y tratamiento*, 9-11 de octubre de 2001, *Foro Ibe-*

- roamericano de la Rábida, Palos de la Frontera, Huelva. Huelva, Diputación provincial de Huelva, 2003.
- Rose, Jonathan, *The Holocaust and the Book: Destruction and Preservation*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2001.
- Rose, V., *Aristotelis qui ferebantur librorum fragmenta*, Teubner, 1886.
- Ross, W. D., *Aristotelis fragmenta selecta*, Oxford, 1955.
- Rowell, H. T., «Protection of Libraries in Italy During the War», *Between Librarians: Journal of the Maryland Library Association*, vol. 13 (1946), pp. 7-9.
- Rubinstein, Nicolai, «Libraries and Archives of Florence», *Times Literary Supplement*, 1966, p. 1133.
- Ruperez, María, «Bibliografía sobre la guerra civil», *Claridad* 16 (1986), pp. 99-105.
- Rushdie, Salman, «Choice between Light and Dark», *The Observer*, 22 de enero de 1989, p.11.
- , «The Book Burning», *The New York Review of Books*, 2 de marzo de 1989, p. 26.
- , «The Empire Writes Back with a Vengeance», *London Times*, 3 de julio de 1982, p. 8.
- Russell, J. R., «Libraries under Fire», *ALA Bulletin* 35 (1941), pp. 277-281.
- Sable, Martin H., «The Protection of the Library and Archive: An International Bibliography», *Library & Archival Security*, vol. 5, n.º 2-3 (1983), pp. 1-183.
- Sable, Martin H., «Warfare and the Library: An International Bibliography», *Library & Archival Security*, vol. 7, n.º 1 (1985), pp. 25-97.
- Saenger, Paul, *Space between Words: The Origins of Silent Reading*, 1997.
- Salaberría, Ramón, «Arde la memoria», *Educación y biblioteca* 11, 104 (1999), pp. 5-20.
- Salih, Qahtan Rashid, *Al-Kashshaf al-athari fi al-'Irak*. Bagdad: Al-Jumhuriyah al-'Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-I'lam, al-Mu'assasah al-'Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1987.
- Salman, Isa, Usama Al-Naqshabandi, and Najat Al-Totonchi, *Arabic Texts Part I: Texts on Wood, Stone, and other Building Materials*. Bagdad: Ministry of Information, Directorate General of Antiquities, 1975.
- San Sebastián, Koldo, «El Exilio de los Archivos», *X Congreso de Estudios Vascos: archivos, bibliotecas y museos*, Iruñea, 21-25 de abril de 1987, Separata, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 1987, pp. 619-703.
- Sánchez Hernampérez, Arsenio, *Políticas de Conservación en Bibliotecas*, Madrid, Arco libros, 1999.
- Satikos, Konstantinos, *The Great Libraries: From Antiquity to the Reinassance (3000 b.c. to 1600 a.d.)*, 2000.
- Sauder, Gerhard, *Die Bücherverbrennung: zum 10. Mai 1933*, Munich, Hanser, 1983.
- Savage, Ernest A., *Old English Libraries*, 1911.
- Schelhorn, Johann Georg, *Amoenitates literariae, quibus varia observationes, scripta item quaedam anecdota & rariora opuscula exhibentur*, vol. 11, 1730.
- Scherer, Jacques, *Le «Livre» de Mallarmé*, 1957.
- Schmandt-Besserat, Denise, *Before Writing*, 2 vols., Austin, 1992.
- , *When Writing Came About*, Austin, 1996.

- Schmelzer, Menahem, «Fire and Water: Book Salvage in New York and Florence», *Special Libraries*, vol. 59, n.º 8 (1968), pp. 620-625.
- Schöffling, Klaus, *Dort wo man Bücher verbrennt*, Stimmen der Betroffenen, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1983.
- Schöne, Albrecht, *Göttinger Bücherverbrennung 1933. Rede am 10. Mai 1983 zur Erinnerung an die «Aktion wider den undeutschen Geist»*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1983.
- Schubart, Wilhelm, *Das Buch bei den Griechen und Römern*, 1921.
- Schuchner, Silvina, «La familia que enterró sus libros y tardó 18 años en recuperarlos», *Clarín*, 23 de marzo de 2001.
- Schwartz, Amy E., «Better than Ashes», *The Washington Post*, Monday, 9 de septiembre de 1996, p. A-19.
- Sebald, W. G., *On the natural history of destruction*, 2003.
- Sellers, David Y. et Richard Strassberg, «Anatomy of a Library Emergency», *Libraro Journal*, vol. 98, n.º 17 (1973), pp. 2824-2827.
- Semonche, Barbara P., *News media libraries: a management handbook*, 1993.
- Servet, Miguel, *Restitución del Cristianismo*. Primera traducción castellana de Ángel Alcalá y Luis Betés. Edición, introducción y notas de Ángel Alcalá. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980.
- Shaffer, Kenneth R., «The Conquest of Books», *Library Journal* 71, 2 (1946), pp. 82-85.
- Shapiro, B. J., *John Wilkins: an intellectual biography*, Berkeley, 1969.
- Sharpe, Kevin, *Reading Revolutions: The Politics of Reading in Early Modern England*, 2000.
- Shavit, David, *Hunger for the Printed Word: Books and Libraries in the Jewish Ghettos of Nazi-Occupied Europe*, 1997.
- Shipley, A. E., «Enemies of Books», *Tropical Agriculture*, vol. 2 (1925), pp. 223-224.
- Sider, Sandra, «Herculaneum's Library in 79 A.D.: The Villa of the Papyri», *Libraries and Culture* 25, 4 (1990), pp. 534-542.
- Sigalat Vayá, María José, «La guerra civil y los Archivos municipales. El caso de Carcaixent», *Biblioteques, Arxius i Centres de Documentació, Jornadas sobre Cultura en la Comunitat Valenciana. II. 1996*, Valencia, 1996.
- Silvestri, O., «Il Friuli Terremotato Riavra Anche le sue Biblioteche», *Accademie e Biblioteche d'Italia*, vol. 44 (1976), pp. 185-189.
- , «Le Biblioteche Frinlane Due Anni Dopo», *Accademie e Biblioteche d'Italia*, vol. 46 (1978), pp. 377-380.
- Simawe, Saadi A., «Rushdie's The Satanic Verses and Heretical Literature in Islam», *The Iowa Review* 20.1 (1990), pp. 185-198.
- Simmons, Alan, «Los Angeles: \$ 22 Million Blaze at Central Library Requires City's Largest Commitment of Firefighting Forces», *Firehouse*, 1986, pp. 33-35, 67.
- Slusser, Michael, «Reading Silently in Antiquity», *JBL* 111 (1992), p. 499.
- Smith, K. K., «Aristotle's Lost Chapter on Comedy», *CWXXI*, 1928.
- Smith, Richard D., «A comparison of paper in identical copies of books from

- the Lawrence University, the Newberry and the New York Public Libraries», en *Restaurator*, 1972, suppl. 2.
- , «Deacidification of Paper and Books», *American Libraries* 6, 2 (1975), pp. 108-110; Young, Luther. «Librarians Try to Save Books from Their Own Paper», *The Sun*, November 13 (1989), A-1, A-5.
- , «Paper Deacidification: A Preliminary Report», *Library Quarterly* 36, 4 (1966), pp. 273-292.
- , «Deacidifying library collections: myths and realities», *Restaurator* 8 (1987), pp. 71-72.
- Solinus, *Collectanea Rerum Memorabilium*, Berlín, 1895.
- Southey Auction Catalogue, *Fine Books and Manuscripts: Poe's Tamerlane*, Nueva York, 7 de junio de 1988, item 213.
- Sova, Dawn B., *Banned Books: Literature Suppressed on Sexual Grounds*, Nueva York, Facts on File, 1998.
- Speyer, Wolfgang, «Buechervernichtung», *Jahrbuch fuer Antike und Christentum* 13 (1970), pp. 123-154.
- Spuler, Berthold, *The Muslim World*, Londres, 1969.
- Ssu-ma Ch'ien, *The Grand Scribe's Records. Volume 1. The Basic Annals of Pre-Han China*, William H. Nienhauser, Jr. (ed.), Indiana University Press, 1995.
- Stalemo, Emilie, «Svenska Brandskyddsforeningens Bibliotek», *Tidskrift för Dokumentation*, vol. 18, n.º 6 (1962), pp. 73-76.
- Stanley Pease, Arthur, «Notes on Book-burning», en *Munera Studiosa: Studies in Honor of W.H.P. Hatch* (Cambridge MA), 1946, pp. 145-160.
- Stanzler, Margaret A., «Precious Paper: Saving it from Age, Floods, Fires -and Skunks», *Christian Science Monitor*, (1982), pp. 21-22.
- Starr, Raymond J., «The Circulation of Literary Texts in the Roman World», *CQ* 37, 1 (1987), pp. 213-223.
- Starrett, Vincent, «Have You a Tamerlane in Your Attic?», *Saturday Evening Post*, 27 de junio de 1925.
- Stavraki, Emmanuel, *La Convention pour la protection des biens culturels en cas de conflit armé*, Atenas, Ant. N. Sakkoulas, 1996.
- Stellhorn Mackensen, Ruth, «Moslem Libraries and Sectarian Propaganda», *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 51 (1934-35), pp. 83-113.
- Stern, Guy, *Nazi book burning and the american response*, 1990.
- Stevens, G.P., «A Doorsill from the Library of Pantainos», *Hesperia* 18 (1949), pp. 269-274.
- Still, J. S., «Library Fires and Salvage Methods», *American Archivist*, vol. 16, n.º 2, (1953), pp. 145-153.
- Stipcevic, Aleksandar, «Biblioteche distrutte e roghi di libri in Croazia 1991», *Il bibliotecario*, n.º 31 (enero-marzo de 1992), pp. 157-160.
- Strabo, *The Geography*, Londres, Loeb, 1917-1932.
- Strasaberg, Richard, «Books: Fire and Water Damage: A Selective Bibliography on Preventive Measures and Restoration Techniques», *Cornell University Libraries Bulletin* (1973), pp. 31-33.

- Streck, M., *Assurbanipal und die letzten assyrischen Könige bis zum Untergange Nivehs*, 1916.
- Strocka, Volker Michael, «Noch einmal zur Bibliothek von Pergamon», *AA 1* (2000), pp. 155-165.
- Strong, C. H., *A Brief Sketch of the Waldenses*, 1893.
- Strong, Gary E., «Rats ! Oh No, Not Rats !», *Special Libraries*, vol. 78, n.º 2 (1987), pp. 105-111.
- Stumvoll, J. L., «Florenzhilfe», *Biblos*, vol. 16, n.º 4 (1967), pp. 235-241.
- Sueiro, Daniel y Díaz Nosty, Bernardo, *Historia del franquismo*, Madrid, Sarpe, 1986.
- Suetonio, *Vida de los doce Césares*, 1974.
- Takács, Sarolta, «Alexandria in Rome», *Harvard Studies in Classical Philology* 97 (1995), pp. 270-272.
- Talas, Muhamad Asad, *Kashshaf an makhtutat khazain kutub al-Awqaf*, Bagdad, Matbaat al-Ani, 1953.
- Thiem, J., «Myths of the universal library: From Alexandria to the postmodern age», *The Serials Librarian* 26, 1 (1995), pp. 63-75.
- Thomas, Donald S., *A long time burning: the history of literary censorship in England*, Routledge & K. Paul, 1969.
- Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, Madrid, Ediciones Urbió, 1979.
- Thomas, R., *Oral tradition and written record in classical Athens*, 1990.
- Thompson, James Westfall, *Ancient libraries*, 1940.
- , *The medieval library*, 1939.
- Thomson, I., «Manuel Chrysoloras and the Early Italian Renaissance», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 7, n.º 1 (1966), pp. 63-82.
- Timperley, C. H., *Dictionary of Printers and Printing*, 1839.
- Ting, Lee-hsia Hsu, «Library Services in the People's Republic of China: A Historical Overview», *Library Quarterly* 54, 2 (1983), pp. 134-160.
- Ting, Lee-hsia Hsu, *Government Control of the Press in Modern China 1900-1949*, Harvard University Press, 1974.
- Todorov, Tzvetan, *Memoria del bien, tentación del mal*, Península, Barcelona, 2002.
- Toman, Jirí, *La protection des biens culturels en cas de conflit armé*, París, UNESCO, 1994.
- Torre Revello, José, *El libro, la imprenta. y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Casa Jacob Peuser, 1949.
- Tosi R., *Studi sulla tradizione indiretta dei classici greci*, 1988.
- Trelles, O. M., «Protection of Libraries», *Law Library Journal*, vol. 66 (1973), pp. 241-258.
- Tribolet, Harold W., *Flood Damage to Florence 's Books and Manuscripts* Chicago, R. R. Donnelly and Sons, 1967.
- , *Florence Rises from the Flood*. Chicago, R. R. Donnelly and Sons, 1967.
- Troconis de Veracoechea, Ermila, «Los Libros y la Inquisición», *Revista Nacional de Cultura*, n.º 191, enero-febrero de 1970, pp. 67-73.
- Tsien, Tsuen-Hsuin, *Written on bamboo and silk. The beginnings of chinese books and inscriptions*. Chicago/London/Toronto, 1962.

- Tuleja, Tad, *The Catalog of Lost Books: An Annotated and Seriously Addled Collection of Great Books That Should Have Been Written but Never Were*, Columbine Trade, 1989.
- Tumah, Salman Hadi, *Makhtutat al-Sayyid Muhammad Baqir al-Tabatabai fi Karbula*. al-Kuwayt: al-Munazzamah al-Arabiyah lil-Tarbiyah wa-al-Thaqafah wa-al-Ulum, Mahad al-Makhtutat al-Arabiyah, 1985.
- , *Makhtutat Karbala*, 1973.
- Turberville, A. S., *La Inquisición española*, F.C.E., México, 1960.
- Turrión García, María José, «La biblioteca de la sección guerra civil del Archivo Histórico Nacional (Salamanca)», *Boletín de la ANABAD* 2 (1997), pp. 89-113.
- Twitchett, Denis y Loewe, Michael, «The Ch'in and Han Empires, 221 BC-AD 220», en *The Cambridge History of China*, vol. 1, 1986, pp. 69-71; 751-52.
- UNESCO, *Acte final de la Conférence intergouvernementale sur la protection des biens culturels en cas de conflit armé*, La Haye, 1954.
- , *Lost memory – Libraries and archives destroyed in the twentieth century*, 1996.
- United States Department of the Treasury. *Letter from the Secretary of the Treasury, in relation to the destruction of official books and papers by the fire in the building occupied by the Treasury Department : inclosing sundry reports from the principals in the offices of that department: February 24, 1801*, Early American imprints, Second series ; n.º 1501, 1990.
- University of Oxford, *Judicium & decretum Universitatis Oxoniensis latum in convocatione habita August 19, anno Dom. 1690, contra propositiones quasdam impias & haereticas, exscriptas & citatas ex libello quodam infami haud ita pridem intra dictam Academiam perfide tyis mandato, ac divulgato, cui titulus est, The naked Gospel microform : quae praecipua fidei nostrae mysteria in ecclesia catholica, acspeciatim Anglicana, semper retenta & conservata, impugnant ac labafactant*, Oxonii, E Theatro Sheldoniano, Londres, 1690.
- , *Judicium & decretum Universitatis Oxoniensis latum in convocatione habita Jul. 21, an. 1683, contra quosdam perniciosos libros & propositiones impias*, Oxford, E Theatro Sheldoniano, 1683.
- Uren Stubbings, Hilda, *Blitzkrieg and Books: British and European Libraries As Casualties of World War II*, Rubena Press, 1993.
- Valette-Cagnac E., *La lecture à Rome. Rites et pratiques*, 1997.
- Van Der Kooij, Arie, «The city of Alexandria and the ancient versions of the hebrew Bible», *JNSL* 25/1, pp.137-149.
- Vernet, Juan, *Literatura árabe*, 1968.
- Verwey, Theodor, *Bücherverbrennungen*. Universitätsverlag, 2000.
- Vila, Samuel, *Historia de la Inquisición*, CLIE, 1977.
- Villehardouin, Geoffrey de, *Memoirs or Chronicle of The Fourth Crusade and The Conquest of Constantinople*, translate by Frank T. Marzials, London, Dent, 1908.
- Virden, Kathryn, «Hurricane Damage to Libraries in South Texas», *Texas Library Journal*, vol. 43 (1967), pp. 164-165.
- Virgilio, Biagio, *Gli Attalidi di Pergamo: fama, eredità, memoria*. Pisa, Giardini, 1993.

- Visicato, Giuseppe, *The power and the writing: the early scribes of Mesopotamia*. Bethesda, 2000.
- Wachsmuth, C., *Sillographorum graecorum reliquiae*, 1885.
- Walberer, Ulrich, *10. Mai 1933: Bücherverbrennung in Deutschland und die Folgen*. Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1983.
- Walford, Cornelius, «Chronological Sketch of the Destruction of Libraries by Fire in Ancient and Modern Times and of Other Severe Losses of books and Manuscripts, by Fire and Water», Appendice V, *Transaction and Proceedings, of the Second Annual Meeting of the Library Association of the United Kingdom*, 1879, pp. 149-154.
- , «The Destruction of Libraries by Fire Considered practically and Historically», *Transaction and Proceedings of the Second Annual Meeting of the Library Association of the United Kingdom* (1879), pp. 65-70.
- , *The destruction of libraries by fire considered practically and historically*, Londres, Chiswick Press, 1880.
- Waters, Peter, *Procedures for Salvage of Water-Damaged Library Materials*. Washington, Library of Congress, 1979.
- Watson, J. R., «A Tropical Bookworm in Florida», *Florida Entomologist*, vol. 26 (1943), pp. 61-63.
- Weigall, A., *The Life and Times of Akhnaton*, 1923.
- Weiss, Harry B. and Ralph H. Carruthers, «The More Important Insect Enemies of books and a Bibliography of the Literature», *New York Public Library Bulletin*, vol. 40, n.º 9 (1935), pp. 739-752, 827-841, 985-995, 1049-1056.
- Weiss, Harry B. et Ralph H. Carruthers, *Insect Enemies of Books*, Nueva York, New York Public Library, 1945.
- Weitemeyer, M., «Archive and Library Technique in Ancient Mesopotamia», *Libri* 6 (1956), p. 228.
- West, W. C., «The public archives in fourth-century Athens», *GRBS* 30 (1989), pp. 529-543.
- Westerman, W., *Library of Ancient Alexandria*, 1954.
- Whitfield, Roderick, Whitfield, Susan y Agnew, Neville, *Cave Temples of Mogao: Art and History on the Silk Road* (Conservation and Cultural Heritage Series), Getty Trust Pubn, 2001.
- Wiesner, Margot, *Verbrannte Bücher, Verfemte Dichter: Deutsche Literatur, 1933-1945 Unterdrückt und Verboten, Heute Lieferbar*, Frankfurt am Main, Buchhändler-Vereinigung, 1983.
- Wilford, John Noble, «Who began writing? Many theories, few answers», *The New York Times*, Science, 6 de abril de 1999.
- Willems, Alphonse, *Les Elzevier. Histoire et annales typographiques*, Bruselas, 1880.
- Wiley, A. Elwood, «The Charles Klein Law Library Fire», *Fire Journal*, vol. 66 (1972), pp. 16-22.
- Wilson, John A., *La cultura egipcia*, 1974.
- Wilson, N., «The libraries of the Byzantine World», *GRBS* 8 (1967), pp. 53-80.
- Winckelmann Johann Joachim, *Critical account of the situation and destruction*

- by the first eruptions of Mount Vesuvius of Herculaneum, Pompeii, and Stabia, Londres, T. Carnan and F. Newbery, 1771.
- Wolter-Von dem Knesebeck, Harald, *Zur Ausstattung und Funktion des Hauptsalles der Bibliothek von Pergamon*, Boreas, 1995.
- Wulf, Joseph, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation*. Gutersloh, 1963.
- Yates, Frances A., *Ensayos reunidos*, I. Lulio y Bruno, 1996.
- Zamora i Escala, Jaume Enric, «El salvamento de los archivos catalanes durante la Guerra Civil española (1936-1939)», *Lligall. Revista Catalana d'Arxivística* 16 (2000), pp. 85-151.
- Zarco, J., *La Biblioteca de El Escorial*, Barcelona, 1929.
- Zeisel, William, *Censorship: 500 Years of Conflict*. Nueva York: The New York Public Library, 1984.
- Zeno, Apostolo, *Dissertazione sopra le biblioteche antiche*, Venice, 1697.
- Zettler, R. L., «Nippur», *OEANE* 4 (1997), pp. 148-152.
- Zorzi, M., *La circolazione dei libri a Venezia nel Cinquecento: biblioteche private e pubbliche*, CLXXVII, 1990.
- Zweck, T., «Priceless books lost in bushfires», *InCite* 4, 6 (1983), p. 1.

AGRADECIMIENTOS

Han sido doce años de trabajo. Como es inevitable, nadie puede escribir una historia semejante sin contar con un grupo solidario de amigos dispuestos a reescribirla y corregir de modo severo cada uno de sus desaciertos históricos o literarios. Debo, por tanto, mencionar a Napoleón de Armas, Rafael Rattia, Enrique G de la G, Giovanni Márquez, Luis Cuevas y Jorge Chacín, cuyos comentarios del original enriquecieron este texto de modo determinante. Mi más afectuoso reconocimiento a Osmán Gómez, notable médico, cuya conversación siempre extraño.

No quiero dejar de agradecer a mi querido amigo y agente Guillermo Schavelzon, quien siempre creyó en esta obra y me recordó la charla que sostuvo con Julio Cortázar en torno a los libros destruidos en México. J. M. Bri-ceño Guerrero, filósofo y filólogo, maestro y amigo, discutió conmigo el daño causado por los epítomes en la historia de la transmisión de los textos griegos entre los siglos III a.C. y III d.C. Asimismo, María González, del Departamento de Preservación de la Universidad de Texas, en Austin, hizo comentarios magníficos que aproveché en la revisión y me envió una copia de un antiguo estudio de Cornelius Walford. Ha sido una extraordinaria suerte contar con su colaboración.

El profesor William W. Fortenbaugh, de Rutgers University, me envió generosamente la colección de libros donde compiló todos los fragmentos de Teofrasto y Demetrio de Falero. Richard Janko, profesor del Departamento de Clásicos Griegos y Latinos del University College London, me regaló un ejemplar de *Aristotle on comedy*, donde aparece la historia completa de la pérdida del segundo libro de la *Poética* de Aristóteles. He discutido con él aspectos bastante provechosos sobre el particular. Mi mayor palabra de agradecimiento para Charles Jones, investigador del Instituto Oriental de Chicago.

Owen Gingerich, de Harvard University, Donald Kerr, Special Collections Librarian de la Universidad de Otago y Olivier Thill, me explicaron con detalle lo concerniente a la colección del bibliófilo Gian Vincenzo Pinelli. Ugo Rozzo, profesor de Historia de las Bibliotecas en Udine, fue muy

amable al indicarme cómo se destruyó la biblioteca de Pico della Mirandola. Francis Herbert, de la Royal Geographical Society, de Londres, dedicó su tiempo a estudiar con atención todo lo relacionado a la quema del taller del gran Joan Blaeu, y le agradezco inmensamente su atención. Angela Nuovo me proporcionó datos muy valiosos sobre las colecciones de libros del Renacimiento italiano.

Paul Frank, de Harvard University, me orientó en todo lo relacionado con la censura y destrucción de libros en China, y le debo la transliteración de términos chinos de todo el libro. Julian Roberts atendió mi petición de explicarme los pormenores del saqueo de la biblioteca de John Dee. Jay Dyllon detalló la razón por la cual Rimbaud no pudo haber quemado la edición de su primer libro y, en añadidura, los avatares de la edición del Tamerlane de Edgard Allan Poe. Luis Cuevas me suministró datos y libros que complementaron felizmente la obra: estoy en deuda con su desinteresado servicio. La escritora argentina Carina Maguregui me facilitó un libro de Gérard Haddad, sin el cual todo lo dicho aquí hubiera estado empobrecido por el desconocimiento de las teorías de este prestigioso psiquiatra. Marcus Williamson me suministró informaciones importantes sobre algunos libros únicos y sobre la destrucción de la casa de algunos impresores como Samuel Bagster.

Emiliano Bartolomé Domínguez y Arsenio Sánchez Hernampérez, ambos bibliotecarios en España, estupendos amigos, se dedicaron a revisar y completar todo lo concerniente a la guerra civil y otros datos de la historia de España. Fred Schreiber me facilitó todo lo que se conoce sobre el destino de la primera edición del Corán. Michael Chase, de l'Année Philologique, me facilitó valiosos datos sobre las bibliotecas romanas y griegas más antiguas.

Expreso también mi más sincera gratitud a René Teyggeler, especialista en conservación de bibliotecas, Jerry Morris, Paolo Tinti, Clifford J. Scheiner, Alfonso Ruiz Cagigal, Alexandra Mason, María Teresa Delgado, Jesús Gascón, Silvia Cecilia Anselmi, Hans Mulder, Lázaro Civantos, Manuel Olivieri, Susana Ferrero, Benjamin Koch, Tamara Blanco, Ramón Araujo, Sergio Usquiza, Joseph Akl, Ramón Chacín, Natasha Álvarez, Malcolm Britt, Max Waddell, Juan Carlos Medina, Mauricio Bustamante, Alain Estévez, Muhammad Araim y Blanche Ebeling-Koning.

Lamento que la ORHA y la CPA mantengan tales amenazas a los funcionarios culturales de Irak que no puedo mencionar sus nombres sin poner en riesgo sus carreras. Confieso mi asombro porque la obra haya comenzado en Sumer y haya terminado en Irak. Es un ciclo extraño.

Estoy muy agradecido con los anticuarios y dueños de librerías de viejo que me proporcionaron datos a través de tres continentes. Reconozco el invaluable servicio prestado por miembros del personal de la Biblioteca Nacional de España, Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Biblioteca de Ajuda (Portugal), Bibliothèque de l'Arsenal (Francia), British Library (Reino Unido), Biblioteca Nazionale Braidense (Italia), Biblioteca Nazionale Uni-

versitaria (Italia), Boston Public Library (EE UU), Bibliothèque Sainte Genève (Francia), Bayerische Staatsbibliothek (Alemania), Biblioteca Universitaria (Canadá), Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial (España), Herzog-August-Bibliothek (Alemania), Houghton Library (Harvard, EE UU), Hispanic Society of America (EE UU), Bibliothèque de la Sorbonne (Francia), Trinity College (Irlanda), Biblioteca Apostólica Vaticana (Italia), Biblioteca Nacional de Venezuela, Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Biblioteca Simón Bolívar, Biblioteca Tulio Febres Cordero, y la Sala de Libros Raros y Antiguos de la Universidad de Los Andes.

Y no puedo olvidar a mis padres: Luis Alberto Báez Bello y Carmen Hernández. Este libro les pertenece.

ÍNDICE DE NOMBRES

- | | |
|---|---|
| Abd al-Latif: 63-64 | Al-Din al-Tusi, Nasir: 117 |
| Abelardo, Pedro: 119 | Al-Farabi: 71, 294 |
| Abraham: 152, 305 | Al-Hakam II: 125-126 |
| Abu Zeid, Nasr Hamed: 260 | Al-Hassan ibn-al-Sabbah: 115 |
| Abuna Za-Mika'el Aragawi: 246 | Al-Jadir, Walid: 35 |
| Abu-Risheh, Zuliekhed: 255 | Al-Kindi: 294 |
| Academos: 49 | Al-Mu'tadid: 126 |
| Acosta, padre José de: 132 | Al-Mulk Juveni, Ata: 116 |
| Adramitteno, Manuele: 140 | Al-Mutasim: 117 |
| Adriano: 75, 92 | Allende, Salvador: 255 |
| Afanasiev, Nikolai: 272 | Almanzor: 125-126, 218 |
| Africano, Sexto Julio: 90 | Altolaguirre, Manuel: 211 |
| Agatón de Atenas: 46 | Álvarez Gendín, Sabino: 210 |
| Aguiló Fuster, Mariano: 188 | Alveydre, Saint-Yves d': 186 |
| Agustín, san: 113-114 | Amado, Jorge: 237 |
| Akhnatón: 41 | Ammianno <i>véase</i> Marcelino, Ammianno |
| Alarico I: 92 | Amón: 39 |
| Alba, III duque de: 146 | Anacreonte: 99 |
| Alberghini, Giovanni: 149 | Anaxágoras: 45-46 |
| Alceo de Lesbos: 63, 99, 239 | Anderson, Margaret: 235 |
| Alcmán de Sardes: 47, 63, 99 | Andrónico III: 108 |
| Alcuino: 113 | Andrónico, Livio: 89 |
| Alcyonio: 143 | Andrónico de Rodas: 69, 73 |
| Aleixandre, Vicente: 210-211 | Annunzio, Gabrielle d': 287 |
| Alejandro Magno: 46, 50, 55, 68, 74, 76 | Antígono de Caristo: 67 |
| Alembert, Jean Le Rond d': 183 | Antíoco III el Grande: 76, 99 |
| Alexis de Turi: 47 | Antíoco IV: 80 |
| | Apelición de Teos: 71-73 |

- Apolo: 48, 51, 88-89, 297
 Apolófanes: 95
 Apolonio de Rodas: 59-60, 97
 Aquitano, Próspero Tiro: 142
 Arato de Sición: 47
 Arcesilao de Pitane: 59
 Arctino de Mileto: 47
 Aretino, Pietro: 150, 200
 Aristarco de Samos: 47
 Aristarco de Samotracia: 60, 73
 Aristófanes: 47, 248
 Aristófanes de Bizancio: 60, 99
 Aristón de Quiós: 59
 Aristóteles: 44, 46, 48, 55, 62-63, 67-75, 91, 105-108, 114, 119, 122, 140-141, 143, 165, 197, 248
 Aristoxeno de Tarento: 50
 Arnoullet, Baltasar: 138
 Arquias de Alejandría: 90
 Arquíloco: 63, 99
 Artemidoro de Éfeso: 82
 Ártemis: 50-51
 Asarhadón: 36
 Asch, Nathan Asch Schalom: 226
 Asclepiades: 52
 Asclepio: 92
 Astidamas: 47
 Asurbanipal I: 36-37, 301
 Asurbanipal II: 37
 Ateneo de Náucratis: 60, 71, 197, 200
 Atenión: 72
 Ático: 72, 91
 Atkyns, Roger: 167
 Attaleiates, Miguel: 107
 Attavanti, Attavante degli: 135
 Auberive, Nicolas-Philibert Hémeys d': 187
 Augereau, Antoine: 142
 Augusto, Cayo Julio César Octavio: 71, 88-91, 239
 Aureliano: 64
 Auster, Paul: 294
 Averroes: 141, 294
 Avicena: 294, 301
 Ba Jin: 257
 Bacon, Francis: 179
 Bagford, John: 198
 Bagster, Samuel: 170
 Baker, Nicholson: 281-282
 Balzac, Honoré de: 186
 Baquilides: 99
 Barbusse, Henri: 226
 Barjod, Aymé: 124
 Barlaam de Calabria: 108
 Barletta, Grassis: 142
 Barnacle, Nora: 194, 234
 Baruc: 79
 Basiano, Marco Aurelio Antonino
 véase Caracalla
 Beaumarchais, Pierre Caron: 185
 Beaumont, William: 168
 Beckford, William Thomas: 168
 Beer-Hofmann, Richard: 226
 Bello, Andrés: 171
 Ben Asher Levita, Elijah: 175
 Ben Hazam *véase* Ibn Hazm de Córdoba
 Bensley II, Thomas: 169
 Bergamín, José: 212
 Bergier, Jacques: 202-203
 Bernays, Jacob: 74
 Bernhard, Georg: 222, 226
 Beroso de Belos: 35, 47
 Berquin, Louis: 141
 Besalel: 78
 Bieler, L.: 99
 Bión de Borístenes: 52-53
 Blades, William: 18, 174, 186, 198-199
 Blaeu, Joan: 166-167
 Boccaccio, Giovanni: 113
 Bodley, Thomas: 157
 Bogdanos, Matthew: 297-298
 Boilas, Eustacio: 107

- Bolívar, Simón: 174, 190, 271, 287
 Bonaparte, José: 189
 Bonaparte, Lucien: 172
 Bonhomme, Macé: 154
 Bonvarlet, Jehan: 124
 Borges, Jorge Luis: 25, 120, 193, 239, 241-242, 294
 Borromeo, cardenal Federico: 173
 Bosquet, Georges: 142
 Boucher, J.: 142
 Bouillerot, Joseph: 142
 Bowyer, William: 167, 169
 Boyle, sir Robert: 165
 Bradbury, Ray: 24
 Bratslav, Nachman de: 192
 Braude, Joseph: 305
 Brecht, Bertolt: 223, 226
 Bresse, Arnaud de: 123
 Briceño, Francisco Javier: 149
 Broch, Hermann: 226
 Brock, Jack: 275
 Brod, Max: 226, 241
 Brohon, J. A.: 185
 Browne, Thomas: 197-198
 Brueghel, Pieter: 240
 Brunet, Pierre Gustave: 200-201, 283
 Bruno, Giordano: 120
 Bruto, Marco Junio: 88
 Buber, Martin: 226
 Buhle, Johann Gottlieb: 165
 Bunyan, John: 173
 Burgess, Hugh: 280
 Burnichon, Alberto: 259
 Burton, Isabel: 193
 Burton, Richard Francis: 193-194
 Bury, Richard de: 197
 Bush, George W.: 306-307
 Bywater, Ingram: 74
 Cahill, Thomas: 112
 Calder, Alexander: 286
 Calígula: 88
 Calímaco de Cirene: 59-60, 107
 Calvino, Juan: 137-138, 147
 Calvisio: 67
 Calzada, Sebastián de la: 180
 Cam: 152
 Cámara, padre Tomás: 64
 Cambrensis, Geraldus: 111
 Canfora, Luciano: 40, 61
 Carabina, Ambrosio: 151
 Caracalla: 64, 74, 90
 Cardona, Juan Bautista: 160
 Carlomagno: 113
 Carlos I de España: 129-130, 145, 175
 Carlos II de Inglaterra: 160
 Carlos II el Calvo, rey de Francia: 120
 Carlos III de España: 150
 Carlos V, emperador *véase* Carlos I de España
 Carlos IX de Francia: 147
 Carlos XII de Suecia: 182
 Carlos Martel: 113
 Caron, R. P. F. R.: 160
 Carr, sir Robert: 226, 239
 Carter, John: 172
 Casandro: 55
 Casiano: 114
 Casiodoro: 109-110
 Castiglione, Baldassare: 180
 Catulo: 143
 Caxton, William: 198
 Celestino I, papa: 110
 Ceram, C. W.: 131
 Cerreti, Conrado Guillermo: 259
 César, Cayo Julio: 61, 89, 196, 293
 Champier, Simphorien: 137
 Champollion, Jean-François: 40
 Chancellor, Richard: 155
 Chartres, Amaury de: 123
 Cadell I, Thomas: 168
 Cadmo: 44

Cheij Adi: 295	Cuahtlehuanitzin, Chimalpain: 133
Chesterfield, lord: 168	Cunningham, Peter: 172
Choniates, Miguel: 107	
Cicerón, Marco Tulio: 72-73, 91, 113, 138, 244, 278	Dalgarno, Giorgio: 159
Cioran, Emil: 242	Dalí, Salvador: 209
Cirilo, san: 97, 107	Dallaway, James: 169-170
Cisneros, cardenal Francisco Jimé- nez de: 127-129, 131, 189	Damascio: 97
Claudio I: 61	Dante Alighieri: 122, 153, 246
Cleland, John: 194	Daraul, Arkon: 115
Cleopatra VII: 61, 67	Darío I: 46
Cocheris, M. H.: 187	Darío, Rubén: 247
Cohen, Hermann: 226	Darwin, Charles: 194-195
Colines, Simon de: 138	Darwish, Mahmoud: 255
Colletet, François: 187	Davies, Joseph: 236
Colletet, Guillaume: 187	De Bury, Richard: 197
Collins, Joseph: 306	Dean, John: 168
Collins, William: 239	Dee, John: 154-155
Colomer, Enrique Alberto: 259	Defoe, Daniel: 158, 172
Columcille, san: 111-112	Demetrio de Falero: 54-58, 69, 71
Comstock, Anthony: 195, 234	Demetrio Poliorcetes: 55-56
Condillac, Étienne Bonnot de: 150	Demócrito: 49, 119
Confucio: 85	Demóstenes: 66, 75
Conrad, Joseph: 241, 248	Depons, François: 149
Constantino I el Grande: 90	Dering, sir Edward: 158
Constantino VII Porfirogénito: 106, 108	Descartes, Réne: 24
Cooper, James Fenimore: 240	Deucalión: 152
Cordo, Cremucio: 88	Deza, Diego de: 149
Corina de Tanagra: 46, 99	Díaz Mirón, Manuel: 247
Cornuto: 95	Diderot, Denis: 183
Cotterell, Arthur: 84	Dídimo de Alejandría: 60
Cotton, sir Robert Bruce: 179, 282	Dieste, Rafael: 212
Cowell, John: 181	Dietrich, A.: 63
Crates de Malos: 67	Dífilo de Sínopo: 47
Creso: 50	Digby, sir Kenelm: 175
Crisipo de Solos: 47	Dinant, David de: 123
Crisóstomo, Dión: 90	Dinócares de Rodas: 55
Crisóstomo, san: 107	Diocleciano: 64-65
Cristo <i>véase</i> Jesucristo	Diógenes Laercio: 48-49, 51, 53, 67, 69, 73
Cromberger, Juan: 131	Dión Casio: 61, 64
Cronio: 95	Dionisio Aeropagita: 120
	Dionisio Tracio: 73

Dioscórides: 162, 274
 Disney, Thomas: 158
 Disraeli, Benjamin: 174
 Divkovic, fray Matija: 267
 Dix, Otto: 226
 Djaout, Tahar: 260
 Döblin, Alfred: 226
 Dodsley, James: 168
 Dolet, Étienne: 138
 Domiciano: 88
 Dorfmann, Ariel: 255
 Dover, K. J.: 43
 Downes, Joseph: 169
 Dritzehn, Andres: 135
 Drujon, Fernand: 201-202
 Dudayev, Dzhokhar: 269
 Dunton, John: 174
 Duris de Samos: 47
 Dymant, Dora: 241

 Eanna: 29
 Eco, Umberto: 74
 Ecolampadio, Johann: 137
 Edschmid, Kasimir: 226
 Eduardo VI de Inglaterra: 156
 Edwards, James: 173
 Edwards, Jorge: 255
 Egaña, Ignacio de: 176
 Ehrenburg, Ilja: 226
 Ehrenstein, Albert: 226
 Einstein, Albert: 226
 El-Nawad, Muthfer: 255
 El-Saadawi, Nawal: 255
 El-Tell, Suhair: 255
 Eliano: 56
 Elissamburu, Óscar: 260
 Elmsley, Peter: 168
 Emerson, Ralph Waldo: 13
 Empédocles: 48, 107, 193
 Enesidemo: 106
 Enmekar: 30
 Enrique II de Castilla: 152

Enrique IV de Francia: 150
 Enrique VIII de Inglaterra: 156, 179
 Epafrodito de Queronea: 90-91
 Epicarmo de Cos: 49
 Epicuro: 93
 Epifanio: 96
 Erasmo de Rotterdam: 137, 173
 Eratóstenes: 59
 Eros: 49, 297
 Eróstrato: 50-51
 Escalígero: 173
 Eschenon, Aymé d': 124
 Escoto Eriúgena, Juan: 120
 España, José: 149
 Espeusipo de Atenas: 47, 68
 Espinosa, Diego de: 149
 Esquilo: 57
 Esquines: 45
 Estacio, Publio Papinio: 24
 Estesícoro de Himera: 99
 Estrabón: 72-73, 197
 Estratón de Lámpsaco: 56, 69-70
 Estrella, Omar: 259
 Eubulo de Atenas: 47
 Euclides: 141, 155
 Euforión de Calcis: 76
 Eumenes: 66
 Eunomio: 96
 Eupolis de Atenas: 45
 Eurípides: 46, 57, 76
 Eusebio de Cesarea, san: 49, 95, 101
 Eustracio de Nicea: 74, 107
 Eutiquio: 62, 64
 Evatlo: 48
 Ezequiel: 81

 Falconer, John: 234
 Faqir, Fadia A.: 255
 Fast, Howard: 236
 Federico II de Alemania: 145
 Federico II el Grande: 184
 Feijoo, padre Benito: 143

Felipe II: 146, 153, 160-162	Gabrielsson Emporagrius, Erik: 182
Felipe III: 120	Galeano, Eduardo: 260
Felipe IV: 120	Galeno, Claudio: 57, 66, 77, 90
Fergusson, John: 171	Gallegos, Rómulo: 284
Fernández, Héctor: 259	Galo, C. Sulpicio: 91
Fernández, Macedonio: 284	Gänsfleisch, Friele: 135
Fernando II el Católico: 127, 129, 146	García Jiménez, Salvador: 274
Fernando VII: 188	García Lorca, Federico: 207, 216
Ferrari, Claudio: 259	García Márquez, Gabriel: 255, 259
Feuchtwanger, Lion: 226	García Oliver, Juan: 212
Filangieri, Gaetano: 149	García Yebra, Valentín: 75
Filipo: 76-77	Garmendia, José Antonio: 149
Filipov, Mijaíl Mijáilovich: 235	Gaya, Ramón: 212
Filodemo de Gádara: 93	Geger, Maurice: 259
Filón de Biblos: 99, 196	Geist, Rudolf: 226
Filópono, Juan: 62-63	Gelio, Aulio: 65, 75, 91, 197
Filostéfano: 60	Gengis Khan: 116, 118, 293
Fink, George: 226	Genlis, Madame de: 187
Fisk, Robert: 293	Gensfleisch zur Laden, Johann: 135
Flamsteed, John: 162-163	Gibbon, Edward: 61, 64, 108, 168, 178
Flaubert, Gustave: 240	Gibson, McGuire: 306
Flavio Josefo: 79	Giles, Herbert Allen: 243
Fleming, Peter: 244	Giles, Lancelot: 243
Flore, Joachim de: 123	Gillett, Thomas: 168
Focio: 106	Giménez Caballero, Ernesto: 212
Foerster, Friedrich W.: 221, 226	Gladkow, Fjodor: 226
Fontenelle, Dubois: 184	Glaeser, Ernst: 221, 226
Fonvielle, M. le Chevalier de: 176	Gleig, George R.: 178
Forgaill, Dallan: 111	Goddio, Franck: 65
Fraga Iribarne, Manuel: 254	Goebbels, Joseph: 219-220, 222-223, 227
Francisco I de Francia: 138, 141	Goethe, Johann Wolfgang: 220, 274, 300
Franco, Francisco: 210, 214, 216, 254	Goll, Iwan: 226
Frank, Bruno: 226	Gómez de Castro, Álar: 128
Frank, Jacob: 191	González, Horacio: 259
Frazer, James George: 37	Gorgias: 46, 63
Freud, Sigmund: 223, 226, 274	Göring, Hermann: 219
Fromm, Eric: 258	Gottschalk, Hans B.: 69, 120
Frontón: 113	Gough, Richard: 169
Frost, J. T.: 177	Graf, Oskar Maria: 226
Fust, Johannes: 136	Green, Valentine: 168

- Gregorio I Magno, san: 109-110
 Gregorio IX, papa: 120, 145
 Gregory, G. de: 172
 Grimani, cardenal Domenico: 141
 Grosz, George: 226
 Grumach, Ernst: 224
 Grünberg, Karl: 226
 Gudea, príncipe: 32
 Guidonis, Bernardo: 145
 Gumiel, Diego de: 282
 Gutenberg, Johannes: 135-136
- Haddad, Gérard: 82, 203
 Hamilton, Samuel: 168
 Hammett, Dashiell: 236
 Hammurabi: 34-35
 Hancarville, Pierre François Hugues d': 186
 Hanley, James: 236
 Harrison, James Albert: 241
 Hartley, David: 143
 Harvard, John: 165
 Hasek, Jaroslav: 226
 Hasenclever, Walter: 226
 Haslewood, Joseph: 170
 Hattusili I: 38
 Hebraeus, Bar: 64
 Hecateo de Abdera: 39
 Hedvig Eleonora de Suecia: 182
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 219
 Hegemann, Werner: 221, 226
 Heilmann, Andres: 135
 Heine, Heinrich: 13, 218, 226
 Heisterbach, Caesarius de: 123
 Hellman, Lilian: 236
 Helvetius, Claude-Adrien: 183
 Hely-Hutchinson, John: 158
 Hemingway, Ernst: 226
 Henchy, Judith: 182
 Heracleón: 96
 Heráclito de Éfeso: 51, 90
 Hermann, Georg: 226
 Hermes Trimegisto: 42
 Hermias: 68, 70
 Hermipo de Esmirna: 60
 Hernández, Francisco: 162
 Hernández, Jesús: 213
 Hernández, Miguel: 210-211, 216
 Hernández Milanés, obispo Santiago: 180
 Herodoto: 44, 105
 Herrera, Juan de: 160
 Hesíodo: 45, 63, 98-99
 Hesiquio: 48
 Hevelius, Jean: 167
 Hierón: 76
 Hindenburg, Paul Ludwig Hans Anton von Beneckendorff und von: 218
 Hipatia: 19, 63, 97
 Hipócrates: 52
 Hisham II: 125
 Hitler, Adolf: 218-219, 222-223, 227
 Hobbes, Thomas: 158
 Hodejovsky, Jan: 225
 Hoffmann, Georg Franz: 165
 Holbach, barón de: 184
 Holitscher, Arthur: 226
 Homero: 49, 55, 59-60, 67, 74, 98-99, 141, 143, 288
 Hon, David: 280
 Honorio III, papa: 120
 Hooke, Robert: 165
 Horne Tooke, John: 168
 Horus: 41
 Hotopp, Albert: 226
 Hudde, Heer: 174
 Hugo, Victor: 241, 261
 Hulagu Khan: 116-117, 293
 Hume, David: 25, 168
 Hunt, Bryan: 286
 Hunyadi, János: 134
 Hunyadi, Matías: 134
 Hurtado de Mendoza, Diego: 161

- Hurus, Pablo: 283
Husayn, Sharif: 294
Husim-al-Din: 117
Hussein, Saddam: 16, 255, 307
Hutten, Ulric von: 114
Huygens, Christian: 165
- Ibas, Mar: 75
Ibn al-Kifti: 62-63, 72
Ibn Ezra: 121
Ibn Hazm de Córdoba: 126
Ibn-Abi-Usaybi'a: 71
Inanna: 32
Inocencio III, papa: 119, 123
Inocencio IV, papa: 145
Inocencio VIII, papa: 140
Irastoza, Francisco Javier: 180
Ireneo, san: 96, 100
Irujo Ollo, Manuel de: 208
Isaacs, Jorge: 25
Isabel I de Inglaterra: 154-155, 157
Isabel I la Católica: 127, 129, 146
Isaías: 80
Isidoro de Sevilla, san: 110, 197
Isis: 40
Isócrates: 198
Isouard, Jean Baptiste Claude: 143
Istro de Cirene: 60
Itzcóatl: 133
- Jacob, Heinrich Eduard: 226
Jacobo I de Inglaterra: 155
Jacoby, Felix: 44
Jaeger, Otto: 247
Jaime I de Inglaterra: 156
James, Thomas: 197
Janko, Richard: 75
Jefferson, Thomas: 178
Jenofonte: 76
Jerjes: 48, 75
Jerónimo, san: 48, 101
- Jesucristo: 81, 94-95, 97, 146-147, 191
Jiménez de Rada, Rodrigo: 212
Johnson, Joseph: 167
Johnson, Samuel: 168-169
Jomeini, ayatollah Ruhollah: 238
Jones, W. H. S.: 52
Joris, David: 139-140
José II de Alemania: 176
Joviano: 99
Joyce, James: 194, 234
Juan de Patmos: 81
Juan XXII, papa: 120, 124
Juana I la Loca: 147
Judí: 79
Juliano, Flavio Claudio, llamado *el Apóstata*: 99, 149
Jünger, Ernst: 242
Justiniano: 88
Jütte, W.: 224
- Kaczynski, Theodore, llamado *Una-bomber*: 285
Kaestner, Erik: 221
Kafka, Franz: 226, 241
Kahn, Wolf: 286
Kaiser, Georg: 226
Kallinikow, Josef: 226
Kanera, Ichijyo: 175
Kao-Tsung: 182
Kasmagomadov, Edilbek: 269
Katz, Alex: 286
Kaus, Gina: 226
Kayser, Rudolf: 226
Keach, Benjamin: 158
Keller, George: 172
Kempe, Anders Petrus: 182
Kerr, Alfred: 222, 226
Kerslake, Thomas: 171
Khayyam, Omar: 115, 294
King, Stephen: 275
Kisch, Egon Erwin: 226

Kläber, Kurt: 226	Llull, Ramon: 141
Kollantay, Alexandra: 226	Locke, John: 183
Korb, Johann Georg: 185	London, Jack: 226
Korrea, G.: 171	Longino: 95
Kraus, Karl: 226	Lovrenovic, Ivan: 263, 267
Ksitigarbha: 86	Lowry, Malcolm: 241-242
Kusmin, Michael A.: 226	Lucano: 113
	Luciano de Samósata: 75
	Lucrecio: 168
Lacroix, Paul: 200-201, 283	Ludwig, Emil: 221, 226
Laing, David: 172	Luis II: 134
Lampel, Peter: 226	Luis IX: 120
Landa, Diego de: 131-132	Luis XVI: 182, 184-185
Largo Caballero, Francisco: 208	Lundi, Jean-Luc: 273
Larrazábal, Felipe: 174	Lünzner, E.: 90
Láscaris, Constantino: 108	Lutero, Martín: 139, 144-145, 147
Lasker-Schuler, Else: 226	
Lawrence, David Herbert: 235	Mabbot, Thomas Ollive: 241
Lawrence, Jacob: 286	MacDonald, Claude: 243
Lawrence de Arabia: 293, 308	Macedonio, obispo: 96
Layard, Henry: 36	Maceo, José: 261
Le Carré, John: 203	Machado, Antonio: 212
Leblanc, Christian: 40	Macro, Pompeyo: 89
Legate, John: 181	Madden, Frederic: 179-180
Lemercier de Neuville, Louis: 194	Madison, James: 177
Lenin, Vladímir Ilich Uliánov, llama- do: 226, 236	Mahoma: 62, 108, 127, 237
Lenoir, Alexandre: 187	Mahomet, sultán: 108
León Africano: 173	Maimónides, Moisés: 121
León X, papa: 144	Malalas, Juan: 88
León, fray Luis de: 146	Malco de Bizancio: 90
Leto: 51	Malmesbury, Guillermo de: 120
Lewis, Sinclair: 226	Manetón: 63
Li Si: 84	Mann, Heinrich: 221, 226
Lichnowsky, Mechtilde: 226	Mann, Klaus: 226
Licofrón de Calcis: 60	Mann, Thomas: 226
Licurgo: 106	Mansfield, lord: 176
Lidin, Vladímir: 226	Manuel I: 105
Liepmann, Heinz: 226	Mao Zedong: 256-257
Lima, Silvia: 259	Marcelino, Ammianno: 64-65, 109
Limojon de Saint-Didier, Alexandre- Toussaint: 167	Marchety, François: 164
Linguet, Simon-Nicolas-Henry: 185	Marcial: 143
	Marco Antonio: 61, 67

Marduk: 34-35	Morin, Simon: 142
María Antonieta: 184	Moscati, Sabatino: 32
María I Tudor: 154	Muggleton, Ludowick: 181
Marlowe, Christopher: 88	Murr, Christoph Gottlieb von: 138
Marston, John: 156	Murray, John: 194
Martínez de Osma, Pedro: 124	Musil, Robert: 226
Marx, Karl: 186, 226, 236	
Matthaei, F. de: 165	
Matthiae, Paolo: 33	Nabokov, Vladimir: 25
Matthys, Jan: 139	Nabu: 36-37
Maule, Thomas: 181	Nabucodonosor I: 35
Mayo, Katherine: 272	Nabucodonosor II: 35
Médicis, Lorenzo de: 140	Nagare, Masuyuki: 286
Medigo, Elia del: 140	Naramsin: 34
Melanchthon: 138	Nasrim, Taslima: 237
Melitine, Flavia: 92	Nassau, Adolph von: 136
Melville, Herman: 170	Natanías: 79
Meng Tian: 84	Navagero, André: 143
Men, Alexander: 272	Negrín, Juan: 208
Mendelsohn, Erich: 226	Neleo: 69-71, 73
Mercator, Gerard: 155, 165	Nergal: 20, 37
Meyendorff, John: 272	Nerón, Claudio César: 88
Meyer, Kuno: 111	Neruda, Pablo: 143, 255, 259, 284
Milkau, Fritz: 40	
Millares Carlos, Agustín: 58	Neterowicz, E. M.: 257
Miller, Henry: 283	Neumann, Alfred: 226
Milton, John: 22, 158, 198	Neumann, Robert: 226
Miranda, Francisco de: 150	Nevelson, Louise: 286
Miró, Joan: 286	Newton, Isaac: 162-163
Mironov, obispo Nikon: 272	Nguyen, dinastía: 182
Mitrídates I: 72	Nichols, John: 169
Mladic, Ratko: 263	Nicolás II de Rusia: 235
Moderato: 95	Nicómaco: 95
Moerbeke, William de: 74	Nidaba: 30
Moisés: 78	Nieburgh, Carsten: 172
Molesmes, Jehan de: 124	Nietzsche, Friedrich: 219
Mondiere, Melchior: 142	Nisard, Charles: 173
Montaigne, Michel de: 93, 183	Nodier, Charles: 200-201
Montano, Benito Arias: 146, 160-161, 174	Noé: 152
Montemayor, Prudencio de: 146	Nostradamus: 154
Montesquieu, barón de: 150, 183	Novaciano: 100
Moraux, P.: 70	Numa: 87
	Numenio: 95

Nuovo, Angela: 141
 Nygaard, William: 238

 O'Callaghan, José: 81
 Oecolampadius, Johannes *véase* Eco-
 lampadio, Johann
 Ogigio: 152
 Olbracht, Iwan: 226
 Olimpiodoro: 49
 Omar I: 62-63
 Orfeo de Crotona: 43, 107
 Orígenes de Alejandría: 62, 95, 101
 Orosio: 61
 Ortega y Gasset, José: 209
 Orwell, George: 23
 Osimandas *véase* Ramsés II
 Osiris: 41
 Ossietzky, Carl von: 222, 226
 Othón, Manuel José: 247
 Ottwald, Ernst: 226
 Ouaknin, Marc-Alain: 192
 Ovidio: 24, 88-89, 239

 Pablo de Tarso, san: 94
 Pablo III, papa: 145
 Pablo IV, papa: 145
 Pablos, Juan: 131
 Paine, Thomas: 168
 Pakourianos, Gregorio: 106
 Palma, Ricardo: 176
 Pánfilo: 101
 Pannonius, Janus: 135
 Pantaino, Tito Flavio: 92
 Paoli, Giovanni *véase* Pablos, Juan
 Parra Pérez, Caracciolo: 235
 Parsons, Edward Alexander: 61
 Pascal, Blaise: 182
 Patchen, Kenneth: 283
 Patricio, san: 110
 Paul Lamanon, Robert de: 239
 Paulino de Dacia, obispo: 96
 Paulo II, papa: 127
 Pausanias: 45
 Payen, Anselme: 279
 Payne, John: 167
 Paz, Octavio: 212, 247
 Pedro I el Grande: 185
 Peignot, Etienne Gabriel: 124, 199-
 200
 Pereira, José Francisco: 151
 Pérez Vila, Manuel: 190
 Pérez, Carlos: 259
 Pérez, Udón: 248
 Perutz, Leo: 226
 Petrarca, Francesco: 108, 276
 Petronio: 194
 Pettinato, Giovanni: 33-34
 Pfefferkorn, Johann: 121
 Phillips, Tom: 246
 Pico della Mirandola, Giovanni: 140-
 141
 Picón, Juan de Dios: 180
 Píndaro: 46-47, 99, 239
 Pinelli, Gian Vincenzo: 173
 Pinthus, Kurt: 226
 Pisístrato: 75
 Pisón, Lucio Calpurnio: 93
 Pitodoro: 48
 Platón: 46-47, 49-50, 52, 59, 63, 67-
 68, 70, 95, 99, 105, 107, 119, 140-
 141, 248, 278
 Plinio el Joven: 92-93
 Plinio el Viejo: 50, 66, 113, 200, 248
 Plivier: 226
 Plotino: 73, 95, 248
 Plutarco: 46-47, 55, 67, 72-73
 Pococke, Edward: 64
 Poe, Edgar Allan: 241
 Polemeano, Tiberio Julio Aquila:
 92
 Polgar, Alfred: 226
 Polión, Asinio: 89
 Pólux: 45
 Pomar, Juan Bautista: 131

Porete, Marguerite: 123
 Porfirio de Tiro: 73, 95
 Porte, Hugues de la: 138
 Prados, Emilio: 211
 Prátiñas de Fliunte: 47
 Priestley, Joseph: 143
 Proclo: 74
 Prodi, Romano: 287
 Protágoras: 48-49, 119
 Proust, Marcel: 226, 259
 Prynne, William: 157
 Ptolomeo I Sóter: 55-57, 70-71
 Ptolomeo II Filadelfo: 54, 56-57
 Ptolomeo III Evergétas: 41, 57, 59
 Ptolomeo V: 66
 Ptolomeo VII Neofilopátor: 60
 Ptolomeo VIII: 60
 Ptolomeo Lago: 55
 Pynchon, William: 181

Quérard, Joseph-Marie: 283
 Queremón, llamado *el Estoico*: 95
 Quetzacóatl, Topiltzin: 133
 Quintiliano: 89
 Quinto Petilio: 87

Ra: 40-42
 Rabelais, François: 138, 200
 Radischev, Alexander: 185
 Ramos de Lora, fray Juan: 180
 Ramsés II: 39-40
 Ramsés III: 41-42
 Ramsés IV: 41
 Reale, Giovanni: 50
 Reeves, John: 181
 Reich, Wilhelm: 236
 Reimann, Hans: 226
 Remarque, Erich Maria: 222, 226
 Renn, Ludwig: 226
 Reuchlin, Johann: 121
 Reyes, Alfonso: 67

Reynolds, John: 173
 Rice, Edward: 193
 Riffe, Hans: 135
 Rimbaud, Arthur: 240
 Ringelnatz, Joachim: 226
 Robert, Nicolás Luis: 279
 Robertson, William: 150
 Robespierre, Maximilien de: 184
 Robinson II, George: 168
 Robustel, Jehan: 124
 Roca, Lope de: 188
 Rodionow, Iwan A.: 226
 Rodríguez-Moñino, Antonio: 209
 Romano, Hipólito: 96, 100
 Romanus, Cincius: 276
 Ross, Robert: 177
 Rossignol, P. Jean-Joseph: 185
 Roth, Joseph: 226
 Rousseau, Jean-Jacques: 150, 184
 Rousseau-Pallez, M.: 171
 Rowe, A.: 57
 Rowling, J. K.: 275
 Rowlands, Samuel: 142
 Rubiner, Ludwig: 226
 Rudbeck, Olaf: 165
 Ruhken, David: 99
 Ruiz Zorrilla, Manuel: 189
 Runciman, Steven: 107, 116
 Rushdie, Salman: 237-238
 Rustamov, Asaf: 253
 Rute, abad de: 207
 Ryley, Samuel William: 170

Sábato, Ernesto: 294
 Sacheverell, Henry: 158
 Safo de Lesbos: 46, 63, 99, 107, 239
 Saint-Exupery, Antoine: 259
 Saint-Leger, Didot: 279
 Salado, Mateo: 148
 Sales, Delisle de: 143
 Salmanasar III: 37

Sammonico, Sereno: 90	Sila, Lucio Cornelio: 72, 74, 91
Sánchez Hernampérez, Arsenio: 279	Silva, José Asunción: 174
Sánchez, Francisco, llamado <i>el Bro-</i> <i>cense</i> : 146	Simic, Goran: 264
Sandero, Antonio: 167, 176	Simónides: 99
Santoro, Roberto: 259	Sinclair, Upton: 226
Sanzara, Rahel: 226	Sixto, san: 124
Sargón de Akkad: 32, 34	Skaranos, Teodoro: 107
Sargón II: 38	Smith, Adam: 168, 239
Saturnino: 96	Smith, G. W.: 176
Savage, Ernest A.: 157	Smith, Richard: 280
Savonarola, Girolamo: 88, 122	Smith, Samuel H.: 178
Saxo Gramático: 175	Smith, W. H.: 166
Schefer, Charles: 173	Sochaczewer, Hans: 226
Schertel, Ernst: 227	Sócrates: 45-46, 49-50, 69, 76, 119
Schiller, Friedrich von: 220	Sófocles: 44, 46, 57, 69, 99
Schirokauer Schlump, Alfred: 226	Sofrón: 49
Schmemmann, Alexander: 272	Solimán I el Magnífico: 134-135
Schnebbelie, Jacob: 169	Sostschenko, Michael: 226
Schnitzler, Arthur: 226	Spencer, Edmund: 175
Schoffer, Peter: 136	Spinoza, Baruch de: 120
Schroeder, Karl: 226	Spivacow, José Boris: 258
Scoto, Ottaviano: 142	Spole, Anders: 165
Scott, Reginald: 156	Ssologub, Fjodor: 226
Seefeldt, Jorgen: 164	Stadelmann, Rainer: 40
Seghers, Anna: 226	Stalin, Iósiv Visariónovich Dzhu- gachvili, llamado: 253
Seleuco I Nicator: 75	Steinbeck, John: 235
Senaquerib: 36-37, 304	Sterne, Laurence: 158
Séneca, Lucio Anneo: 61, 196	Stevenson, Matthew: 160
Serapis: 57, 61	Stevenson, Robert Louis: 18
Servet, Miguel: 136-138, 282	Stoughton, Israel: 181
Seshat: 40, 42	Stubbs, John: 157
Seti I: 39	Suárez, Francisco: 142
Severo, Casio: 58, 88	Sucre, Ramos: 248
Sexto Empírico: 141, 162	Suetonio: 110
Shaw, George Bernard: 195, 293	Syncellus, Georgios: 65
Shi Huandi: 23, 83-85	
Sicilia, Ramón: 151	
Sículo, Diodoro: 39-40, 108	Taciano: 96, 100
Sidonius, Caius Sollius Modestus Apollinaris: 109	Tacio, Aquiles: 106
Sierpinski, Waclaw: 225	Tácito: 88
Sigüenza, José de: 161	Talbott, Edward: 154
	Tamerlán: 118

- Tamir, Arif: 116
 Tarquino el Soberbio: 87
 Tarquino Prisco el Viejo: 87
 Taylor, Thomas: 172
 Télefo de Pérgamo: 99, 196
 Tellegen, B. D. H.: 228
 Temistio: 106
 Teófilo: 61-62, 97
 Teofrasto de Ereso: 52, 55-56, 69-73
 Teón: 63, 97
 Teopompo de Atenas: 76
 Terencio: 138
 Thiers, Adolphe: 186
 Thomas, Adrienne: 226
 Thomas, Calvin Frederick Stephen: 241
 Thomas, Hugh: 212
 Thorkelín, Grímur Jónsson: 176
 Thorpe, John: 169
 Thot: 40, 42, 203
 Tiberio: 88, 92
 Tiglah Pileser I: 36
 Timágenes de Alejandría: 88
 Timón de Fliunte: 48, 57
 Tiranión: 72-73, 91
 Tito Livio: 87, 100, 113, 145
 Tito, Joseph: 264
 Toledo, Juan Bautista de: 160
 Toller, Ernst: 225
 Tolomeo, Claudio: 97, 137
 Torquemada, Antonio de: 207
 Torquemada, fray Juan: 132
 Torquemada, Tomás de: 129
 Tov, Baal Shem: 192
 Trajano, Marco Ulpio: 90-92
 Traven, Bernard: 226
 Trébuchet, Adolphe: 188
 Trechsel, Gaspar: 137
 Trechsel, Melchor: 137
 Tresmosin, Solomon: 283
 Trigan, Charles: 171
 Trincher, Pere: 188, 283
 Tritheme, Jean: 153-154
 Tucholsky, Kurt: 226
 Tucholsky, Ossietzky: 222
 Tucídides: 75, 105
 Turberville, A. S.: 147
 Türk, Werner: 226
 Turrianós, Nicolás: 161
 Twain, Mark: 199
 Twiss, Francis: 168
 Tyndale, William: 156
 Tzetzes, Juan: 65, 105
 Ugoletto, Taddeo: 135
 Unamuno, Miguel de: 207, 209
 Unruh, Fritz von: 226
 User-maat-Re *véase* Ramsés II
 Valdés, Fernando de: 149
 Valdez, Nélica: 260
 Valencia, Isabel: 259
 Valentino: 96
 Van Brugge, Jan *véase* Joris, David
 Vanek, Karel: 226
 Vargas Lleras, Getulio: 287
 Vargas Llosa, Mario: 237, 259
 Vargas, Getulio: 237
 Varrón, Marco Terencio: 66, 89
 Vernia da Chieti, Nicoletto: 140
 Vesalio, Andrés: 138
 Vespasiano, Tito Flavio: 90
 Vicent, Francesch: 188
 Villa, Moreno: 211
 Villena, Enrique de: 152-153
 Villeneuve, Michel de: 137
 Vincent, A.: 138
 Virgilio: 88, 113, 138, 153, 239
 Viterbo, cardenal Aegidio de: 175
 Vitéz, János: 135
 Vitrubio: 66
 Vitruoya: 92
 Voltaire, François Marie Arouet, llamado: 150, 183-184
 Vonnegut, Kurt: 235